ÁLBER VÁZQUEZ

GUERRAS MESCALERO en RÍO GRANDE

Las batallas hispano-apaches en el salvaje norte de América

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Que ni un solo lipán quede con vida
Ahora vosotros sois nosotros
Dijisteis que vendríais y no estáis
La Jornada del Muerto
Los amigos siempre permanecen cerca
Es otoño en el Llano Estacado
Una guarida de coyotes
La batalla de Garganta Honda
Cosas malas que nos suceden
Miedo, desvergüenza y caos
Cueste lo que cueste
Filo de sables al calor de una tarde de verano

Mapa de los territorios apache y comanche en la segunda mitad del siglo XVIII
Créditos

Que ni un solo lipán quede con vida

Era el primer día del verano de 1779. O el segundo. O el tercero. Cualquiera lo sabe. ¿Cuándo comienza realmente la estación? Seguro que se trata del veintitantos de junio, pero ¿quién lo sabe con certeza?

Y tampoco es que importe demasiado. No cuando lo que tienes ante ti es la gran batalla que llevas meses y meses aguardando. Años, si quieres. Vamos a luchar contra los malditos apaches lipanes y los vamos a enviar a todos, a todos y cada uno de ellos, al infierno. No vamos a dejar cuerpo con vida. Mataremos a los guerreros que se presenten a la batalla y, después, cuando hayamos dado buena cuenta de ellos, entraremos en sus campamentos y arrasaremos con todo. Son las órdenes y vive Dios que las vamos a cumplir: ni un solo lipán más sobre la faz de la tierra, pues los lipanes son, entre los apaches, las alimañas más infectas.

Exterminio absoluto. Es el plan. Y si, por azar del destino, algo se tuerce y no lo conseguimos, al menos acabemos con tantos como podamos. Sí, sencillo. Sí, al estilo de las tierras del Río Grande: todo es lo que parece. Tu muerte es mi calma.

Porque cien años no son suficientes. No, diablos, no lo son. Nosotros llegamos primero a estas tierras. Son nuestras. Nuestra casa desde hace más de dos siglos. Y ahora esos perros malnacidos vienen y deciden quedarse con todo lo que con tanto esfuerzo

hemos levantado. Creado de la nada. Perros lipanes: no te acerques a ellos pues te robarán el caballo, se comerán a tu perro, abrirán el cuello de tu mula para beberse su sangre, violarán a tu esposa, matarán a tu primogénito y dejarán con vida al resto de tus vástagos, para que vean cómo se ríen mientras te abren el vientre de parte a parte.

Así que vamos a matarlos a todos y asunto resuelto. El apache lipán es un error de Dios. Perdónesenos el atrevimiento, pero algo así no puede haber sido concebido de forma cabal. Nuestro Señor también comete errores. Lo hace, y los lipanes son la prueba. Nunca algo semejante debería haber pisado esta tierra. Ruborizarían al mismísimo Satanás. Vergüenza en el diablo por no estar a la altura de las circunstancias. Más crueles, más salvajes, más inhumanos, más feroces, desalmados y sanguinarios.

—Sargento, que no se desordene la columna —dijo el teniente Miguel Gauna mientras, a lomos de su caballo, observaba la alineación de los guerreros lipanes. Ni un cuarto de legua frente a ellos. Con el Río Grande a sus espaldas y esa sonrisa de perro loco en sus rostros.

—A sus órdenes, teniente —replicó el sargento.

A la columna no le sucedía nada. Una treintena de dragones a caballo perfectamente formados. Prestos para, a la orden del sargento, abrirse en formación de ataque y, lanzas en ristre, embestir a la horda lipán.

A quien todo aquello estaba poniendo realmente nervioso era al teniente. Demasiado mayor para estos asuntos, de verdad que sí. Cincuenta y cuatro años, la piel arrugándosele por momentos y la chicha retrayéndosele. El tiempo no pasa en balde y él nunca ascendería a capitán. Pero, y de esto no le cabía duda alguna, seguiría matando apaches antes del retiro definitivo. Cuatro o cinco años más. Y, después, se acabó todo.

—¡Sargento! ¡Cuente! —exclamó, asiendo con fuerza las riendas de su caballo.

¿Contar? Los hay a cientos, teniente, y no paran de moverse. No ha nacido el español que pueda contar una horda lipán. Dale una patada a un hormiguero y dime cuántas hay. ¡Imposible!

—Doscientos o trescientos —aventuró, sin embargo, el sargento. Sargento Mariano Ledesma. Veinticinco años y dispuesto a llegar a coronel. El típico soldado que observa, comprende de qué va todo este asunto y se pone a ello. Con ahínco. Con tesón. Con esa mezcla de conocimiento e inconsciencia que te hace ascender en las tierras salvajes del Río Grande. Aquí todo es descomunal. Todo es impensable. Todo resulta, a simple vista, propio de gigantes.

Que es exactamente lo que somos.

Siempre que el sargento Ledesma te miraba, parecía que sonreía. Y no lo hacía. Simplemente era la expresión propia de su rostro. Unos labios ligeramente estirados, las pobladas cejas más arqueadas de lo normal y la frente despejada. Mucho pelo hacia atrás que a casi todos sus hombres confundía: no estoy de buen humor aunque lo parezca, de manera que andaos con tiento.

—Trescientos, diría yo, sargento —dijo el teniente Gauna sin quitar ojo a la horda que continuaba desplegándose frente a ellos. Se levantó el sombrero con la mano izquierda y se atusó su cabello blanco con la derecha. Después, volvió a encajarse el sombrero. A la manera en la que te lo encajas cuando te dispones a arrancarte en galopada.

—Trescientos, teniente.

—¿Los oye, sargento?

Había sido una pregunta estúpida. Como para no oírlos. Los aullidos infernales de los lipanes tenían que estar escuchándose en cincuenta leguas a la redonda. No sabes qué significa algo así hasta que lo oyes y sientes cómo el miedo se te cuela por todos los agujeros del cuerpo. Por todos, no te quepa duda.

—Sí, teniente. Solo pretenden intimidarnos.

Y, caray, lo lograban. Una treintena de soldados bien alimentados, bien armados y bien pertrechados. Dispuestos para el combate. El entrenamiento de las tropas había sido concienzudo. El

sargento respondía de ello. Pero, ¿cómo entrenas a tus hombres para lo que brota, al unísono, de cientos de gargantas lipanes? De ninguna manera. No se puede, es todo. Les avisas de que algo así sucederá y ellos se hacen a la idea. De algún modo, lo imaginan. Toma una docena de perros y tortúralos con hierros al rojo durante horas y horas. ¿Sí? ¿Sabes de qué hablamos? Pues algo mil veces peor.

Peor.

Treinta contra trescientos. Soldados contra guerreros. Orden concebido para la exterminación del enemigo contra Dios sabe qué.

—¿Están los hombres preparados, sargento?

—Sí, teniente. Cuando dé la orden.

Gauna volvió a agitarse nervioso en su silla.

—Todavía no, sargento. Debemos aguardar.

A que el momento propicio llegue. A que se presente ante nosotros y lo reconozcamos. Solo entonces lanzaremos la columna contra el enemigo. Solo entonces podremos hacerlo con garantías de éxito.

—Al menos, tienen el río a sus espaldas —aventuró Ledesma.

Lo que no es poco, tratándose de un río al que no llamaban Grande en vano: había que cabalgar leguas y leguas para hallar un lugar donde el curso fuera vadeable a caballo. Muchas leguas. Tantas que a los lipanes no les daría tiempo a llegar. En caso, por supuesto, de que optaran por huir.

—A ellos les da igual —repuso el teniente. Mirada siempre fija en los desconcertantes movimientos del enemigo.

Les da igual porque no tienen la menor intención de huir. De evitar el enfrentamiento y la lucha. El martirio, llegado el caso. Han venido a morir, saben que han venido a morir y, aun así, no borran esa sonrisa de perro loco de sus rostros.

—Les impedirá retroceder —insistió, más por hablar que por otra cosa, el sargento. En algo había que matar el tiempo mientras el teniente daba la orden de atacar.

—No piensan retroceder. ¿Alguna vez en su vida ha visto retrocediendo a un apache lipán?

—No —concedió Ledesma.

—Van a luchar. Es todo, sargento. Si logran vencernos, aullarán más aún. Solo que, para entonces, nosotros estaremos caídos en el suelo. Mirada perdida y una lanza en mitad de las tripas. Una de esas lanzas con plumas… No sabe cuánto las odio, sargento. No lo sabe…

—Lo mismo le digo, teniente. —Y, tras una pausa en la que tragó saliva dos veces y se hizo sombra con la mano derecha para observar mejor, Ledesma añadió—: Quizás no sea una buena idea permitirles que se organicen demasiado.

—No lo es, sargento. Pero no se están organizando.

—No, teniente.

Era cierto y el sargento lo sabía. Había sido una estupidez formular una sugerencia como aquella. ¿Se organizan los lipanes? Digamos que se abren en fila y que azuzan los caballos. Chillan, se revuelven, intimidan a sus propias monturas y vuelven a ladrar: aguardan hasta que el ardor no puede contenerse y explota. Es algo que sabe hasta el último de los dragones que sirven en la ribera norte del Río Grande. El carácter lipán suple con desbordante bravura y ferocidad la ausencia de orden y disciplina. Atacan, es todo. Lo hacen siempre hacia delante y sin cuartel. Atacan, nada más. Para matarte. Para matarnos a todos.

—Sus caballos parecen buenos… —dijo Ledesma.

Los españoles hablaban por hablar. Para hacer más llevadera la espera. Porque no podían hacer nada distinto. Es en los prolegómenos de la batalla donde más te desesperas. Aguardas, y aguardas, y aguardas. Y el enemigo no parece madurar lo suficiente como para que tú estés en disposición de lanzar tu ataque. ¿Vamos? No, aún no. Paciencia. Calma. Entereza.

Si no retenemos el ataque, no les duraremos ni cinco minutos.

La treintena de dragones se encontraba detenida en un paraje casi desértico con leguas y leguas de llanura a sus espaldas. Se

hallaban a más de un día de distancia del presidio y habían acudido allí porque sabían que los lipanes lo estaban haciendo. Porque la noticia de una inusual concentración de fuerzas enemigas había llegado hasta el capitán. Y porque, dígase, la orden de acabar con cualquier lipán que no aceptara rendirse y someterse de inmediato había sido firmada, meses atrás, en Chihuahua. Resulta menos complicado de lo que pueda creerse: habrá paz y prosperidad para todo aquel indio, apache o no, que no se muestre hostil; y habrá guerra y enfrentamiento para los que nos ataquen, ataquen a nuestras gentes o roben el ganado español.

En eso estaban. En la guerra contra los lipanes. Treinta soldados a caballo y más de mil balas de plomo en las alforjas. Treinta lanzas, treinta sables, treinta mosquetes, treinta sombreros encasquetados hasta las cejas.

—¡Ajustaos las cueras! —gritó el sargento.

Y trescientos guerreros lipanes frente a ellos. Dispuestos a morir. Muerte de la que no regresas. Muerte de bala española. De tajazo con el sable. De degüello certero con un puñal corto. Ese que los dragones practican cuando ya no hay posibilidad de volver a cargar. Saltan sobre el enemigo, lo derriban por el impulso y le rebanan el cuello antes de que le dé tiempo a reaccionar.

Una inspiración es la distancia que existe entre tu muerte y la mía. O la mía.

—¿Vendrán, teniente? —preguntó, impaciente, Ledesma.

—Somos diez a uno, sargento —contestó Gauna.

Era su modo de decir que, si no se presentaban, estaban poco menos que perdidos. Como para ir encomendándose a la protección de la Virgen de Guadalupe.

—No se preocupe, teniente —aseguró el sargento mientras trataba de que el temblor en sus manos no se notara demasiado—. Seguro que nuestro emisario ha llegado a tiempo.

Lo hubiera hecho o no, lo cierto es que ya deberían estar aquí. Hace cuatro horas, como mínimo, que deberían estar aquí. No se te convoca para la batalla y llegas tarde. Dios santo, no. Es algo que,

desde luego, no se hace. Dijisteis que, llegada la hora, combatiríais a nuestro lado. Nos lo dijisteis, pero aquí estamos solos. Nosotros treinta contra los trescientos perros rabiosos lipanes.

Va a ser complicado. Aunque llevemos más de mil balas en las alforjas. Muy complicado.

—Los lipanes están preparados —dijo Gauna—. No retendrán por mucho más tiempo a sus caballos.

—¿Qué hacemos, teniente? —preguntó, impaciente, Ledesma—. Hay que dar una orden a los hombres.

La cara flaca y huesuda del teniente se volvió hacia el sargento.

—Que todos permanezcan en sus puestos, sargento.

—Con el debido respeto, teniente, si permitimos que los lipanes carguen contra nosotros, nuestras posibilidades de victoria se reducirán drásticamente.

Era cierto. Solo una carga cerrada de la caballería pesada española podía darles cierta ventaja en la batalla. Pero tan vaga que Gauna prefería aguardar.

Dijeron que vendrían, y vendrán.

De hecho, mirad hacia el este. A poco menos de una legua. ¿La veis como la ve el teniente? Una polvareda que nadie que lleve unos cuantos años sirviendo en estas tierras es capaz de confundir: son caballos que se acercan; que se acercan al galope; con sus jinetes echados sobre los pescuezos; arma en mano, dientes apretados y rabia dispuesta.

El teniente Gauna se volvió hacia el sargento Ledesma. Sonrió, o algo parecido. ¿Qué le dije? Sabía que vendrían.

Sabía que los apaches mescaleros acudirían a la cita: no todos los días se te convoca para masacrar a tus enemigos mortales con la aquiescencia y el auxilio de los sables y los mosquetes españoles. ¿Queréis que, de una vez por todas, vuestras ancestrales disputas queden dirimidas? ¿Deseáis que la batalla sea verdaderamente desigual? ¿Que salgáis a luchar y que la victoria, sin duda, caiga de vuestro lado? Bien, pues para que todo esto suceda, los dragones españoles deberán ayudaros. De verdad. En el campo de batalla.

Españoles y mescaleros. Todos juntos contra las hordas lipanes. Es el único modo de acabar con ellos, ¿no? Por separado, ninguno lo lograría jamás. ¡Unámonos! ¡Unámonos ahora y acabemos con ellos para siempre!

Esta tierra es España. Esta tierra es de los apaches mescaleros. De acuerdo. Será cierto o no lo será. Es posible que llegue el día en el que haya que dirimirlo. Pero en lo que sí estamos todos de acuerdo es que entre el Río Grande y el río Pecos no hay lugar para un solo lipán. Para ninguno.

¿Qué tal si venís y, juntos, los matamos a todos? Furor mescalero y mosquetes españoles. Demasiado bueno para dejarlo pasar.

—Maldita la gracia que les va a hacer esto a los lipanes —dijo Gauna.

Y se llevó la mano derecha al sable para desenfundarlo. Cuando lo alzó por encima de su cabeza, los treinta dragones se dispusieron a aguardar la señal.

Atacaban. En la más extraña de las batallas que ha conocido Nueva España. En Chihuahua no se lo van a creer cuando les llegue el informe. Porque lo que sigue es, simplemente, increíble.

* * *

Los apaches mescaleros no eran menos de doscientos. Caballería salvaje: animales magníficos y magníficos los sementales españoles de los que descendían. Sobre ellos, la estirpe que pretende dominar estas tierras. Es España, es Nueva España, es Nueva Vizcaya: es todo lo que tú desees, pero, sobre todo, esto es suelo mescalero. Ellos así lo afirman. Dejemos que lo crean. De momento. Dejemos que nos ayuden a acabar con la escoria lipán. Son sus hermanos, claro. Gente con la misma sangre corriéndole por las venas. Pero precisamente por eso: solo los hermanos pueden odiarse en la

manera que lipanes y mescaleros lo hacen. Apaches todos, pero enemigos hasta la muerte e incluso más allá.

Porque dicen que hay un cielo apache. Una pradera, un desierto polvoriento, un río, cuatro chozas malolientes y una hoguera que nunca se consume. Lo que los apaches tienen por bueno en esta vida. Bien, pues existe un cielo apache que es así y no de otra manera. Y sabed que a nadie se le oculta que lipanes y mescaleros continúan matándose allí. Tras la muerte terrenal. Tras el abandono de los cuerpos y la asunción de una condición esencialmente guerrera: lucha sin descanso entre los que ya no pueden morir más veces.

—Sargento.

—¿Teniente?

—Preparados.

—¡Preparados!

—Adelante.

—¡Adelante!

Gauna clavó con tal saña las espuelas en el caballo que el pobre animal relinchó de dolor. Lo hizo, pero salió hacia delante. Con furia y miedo a partes iguales. Es el modo, el único modo, en el que somos capaces de hacer frente a una enloquecida horda lipán. Furia desbordada: sed locos, pues la locura nos aproxima a la victoria; practicad con los sables lo que no os atreveríais a admitir en voz alta; sed infierno vosotros mismos. Y miedo: tened miedo, mucho miedo; un miedo ilimitado ya que nada de lo que frente a vosotros se extiende pertenece al universo de los buenos; temed y temed mil veces para, así, salvar vuestras almas.

—¡Cuente! —ordenó, a gritos, el teniente, mientras la columna de dragones se lanzaba a tumba abierta hacia el lugar donde los lipanes los aguardaban. Sonrisa desquiciada en los labios.

Ledesma se giró en su caballo y echó un vistazo rápido a la polvareda.

—Dos centenares —dijo.

—¿Está seguro, sargento?

Desde luego que no. Aún les falta un trecho por recorrer, son apaches y se mueven al galope como serpientes de agua. Hay lomas, hay polvo, hay un calor de cojones en el ambiente que todo lo nubla. Desde luego que no.

—Seguro, teniente. Doscientos.

—¿Jefes?

—Aún están lejos, teniente.

Para poder distinguir.

Pero no para escuchar. Ahora los aullidos de los mescaleros llegaban nítidos hasta ellos. Primero el grito y luego el guerrero. Primero la advertencia de que la muerte cabalga y luego la muerte en sí misma. No digas que no te hemos avisado.

—¡Veo a Volante!

—¿Con cuántos hombres?

—Un grupo numeroso de guerreros. ¡Al menos cincuenta!

Volante era uno de los jefes mescaleros con los que los españoles tenían tratos. Tiempo atrás, mucho tiempo atrás, había atacado con su banda el presidio de El Norte, pero los dragones españoles resistieron bien. Pocos muertos y un par de niñas secuestradas que no tardaron ni dos semanas en recuperar. Y, a continuación, el trato: tú no nos atacas más y nosotros te ayudamos.

Es lo que toda la vida se ha llamado una alianza. Amigos. O algo parecido.

Volante, un hombre de cuarenta y tantos años, pecho ancho y el rostro cruzado a cicatrices, aceptó. Comida a cambio de nada. Armas a cambio de nada. Caballos a cambio de nada. Mezcal a cambio de nada.

Habríamos aceptado el trato únicamente por el mezcal. Y nos disteis todo lo demás. No existe peor negociador bajo el sol que los estúpidos españoles. Tardamos seis semanas en dejar de reír.

Pero cumplieron. Todos cumplieron y las raciones de comida llegaban puntualmente. Les dieron mosquetes que no acababan de funcionar como era debido, pero, ¡diablos!, Volante tenía uno que

portaba siempre con la bayoneta calada. Calada y emplumada al estilo mescalero.

Sin embargo, los españoles no eran imbéciles. No tanto como los mescaleros creían. Sí, os damos cientos de raciones de alimentos. Víveres para que vuestra gente no pase hambre. Y más mezcal del que podríais trasegar en diez vidas. Pero tendréis que presentaros en la batalla cuando así se os requiera. Nada es gratis. Nada es completamente gratis. Queremos que nos ayudéis a acabar con los lipanes y habrá batalla. Acudid cuando se os llame. Sobrios.

Habrían luchado junto a los españoles contra los lipanes a cambio de nada. O entregando ellos mismos una docena de bisontes cazados en las llanuras del norte en pago por el enorme favor que se les hacía. ¿Os imagináis el tiempo que llevábamos soñando con este instante? Todos los lipanes muertos y nosotros, los mescaleros, únicos apaches que merecen llamarse así, seremos, para siempre, los dueños y señores de estas tierras. El Grande por el sur y el Pecos por el norte. Y nuestra nación en medio. Orgullosa y libre.

Es bonita la palabrería apache. Permites que los mescaleros hablen y suele ser entretenido escucharles. Durante las primeras horas. Después, poco a poco, el interés comienza a decaer. Se te despierta el apetito y bostezas. Pero ellos siguen fantaseando acerca del sueño apache: únicos, bravos, eternos.

De acuerdo, ¿matamos ya a todos los lipanes?

¡Claro!

—¡Veo a Alonso! —gritó Ledesma—. ¡Y a Bigotes! ¡Y a Domingo Alegre!

De manera que como mínimo cuatro jefes mescaleros se habían presentado a la batalla. Al frente de sus mejores hombres y ya a tiro de mosquete de la columna española.

—¡Golpearemos juntos! —ordenó el teniente.

Ledesma levantó un brazo e indicó a sus dragones que le siguieran. Como había ordenado Gauna, impactarían sobre la horda lipán en un solo grupo. Españoles y mescaleros juntos. Combatiendo

mano a mano. En la misma columna que enviaría a los trescientos lipanes que aguardaban frente a ellos al fondo del Río Grande.

Los apaches mescaleros se hallaban a escasa distancia de la columna española. Tan cerca los unos de los otros que sus polvaredas comenzaban a mezclarse.

—Extraño, ¿verdad, sargento? —sonrió Gauna, inclinándose un poco sobre el pescuezo de su caballo y sintiendo cómo el corazón del animal latía apresuradamente.

Como un puma con escamas.

—No le quepa duda, teniente —respondió, a gritos, Ledesma. Galopaban muy cerca el uno del otro, pero el estruendo reinante apenas les permitía oírse—. ¡No le quepa duda!

Los mescaleros alcanzaron a los dragones y se alinearon junto a ellos. Desde luego, nada parecido a la impecable formación española: los dragones avanzaban muy deprisa en fila de a cuatro y solo se abrirían en línea de ataque cuando el sargento lo ordenara. Ni un segundo antes. Por el contrario, los mescaleros aullaron, se acercaron a ellos y blandieron sus armas. Habían adornado profusamente sus monturas y afilado los machetes. Y sonreían al aproximarse a los españoles porque, ¡demonios!, aquello era realmente divertido. Divertido, excitante y conclusivo. ¡Vamos a matar lipanes!

—¡Alonso! —gritó el teniente Gauna al advertir la presencia de un apache pintado y emplumado de los pies a la cabeza.

Alonso era uno de los jefes mescaleros más proclives a alcanzar acuerdos con los españoles. Sí, aborrecía a los tipos de cara blanca. Pero aborrecía más a sus hermanos lipanes. Y los tipos de cara blanca eran enemigos de los lipanes, de manera que no era preciso reflexionar demasiado: todo aquel que odie a los lipanes es amigo de los mescaleros, aunque resulten aborrecibles.

No existe aborrecimiento que no se apacigüe con unas cuantas raciones de comida y un par de barriles de buen mezcal. ¿A que sí? Tipo listo, Alonso. Lo había comprendido rápidamente y se encargó, en persona, de hacerle el trabajo a los oficiales presidiales: los

españoles son buenos, los lipanes son malos; dejad de beber por un momento y pensad en lo que os digo.

Y ahí estaba el resultado de todo aquello.

—¡Teniente! —gritó Alonso desde su caballo. Blandía su machete de guerra en la mano izquierda y lo giraba sobre su cabeza al tiempo que mostraba una dentadura casi perfecta—. ¿Al ataque?

Algunos mescaleros hablaban español como si hubieran nacido quinientas leguas hacia el sur. No eran capaces de mantener profundas conversaciones, pero ¿acaso era necesario? Se comunicaban con fluidez y ello bastaba. Además, los españoles tenían un soldado traductor y, aunque los apaches hablaban un galimatías indescifrable de lenguas y dialectos, se las arreglaba más o menos bien. Y si la comunicación amenazaba con enturbiarse, los españoles descorchaban una garrafa de mezcal y asunto resuelto.

—¡Al ataque, Alonso! —gritó el teniente Gauna a modo de saludo.

—¡Ninguno con vida! —repuso el jefe Alonso.

Con la ayuda de Dios. Y de las mil balas que llevamos en las alforjas.

A por ellos.

Trescientos lipanes que ya no sonreían tanto. Lo cual no significaba que la locura hubiera desaparecido de sus semblantes. No, al contrario: ahora, serios y circunspectos, parecían más idos de lo habitual; si es que algo así era posible.

—¡Abríos! —ordenó el sargento a sus dragones.

Los treinta hombres trataron de hacer lo que Ledesma les pedía, pero los mescaleros que cabalgaban junto a ellos se lo impidieron. Portaban las lanzas en ristre y necesitaban abrirse en fila desplegada para que la carga de caballería fuese efectiva. Al menos, es lo que habrían hecho en condiciones de batalla normales. Pero aquello era cualquier cosa excepto un ataque español según las ordenanzas: dime en qué lugar está escrito que una columna de dragones cargue contra el enemigo junto al polvo, los aullidos, el sudor y las pinturas de guerra de doscientos mescaleros desquiciados.

Digamos que por esta vez se puede hacer una excepción.

—¡Cargad! —gritó, en último término, el sargento Ledesma.

El encontronazo fue tan violento que hizo retroceder cinco o seis pasos a la primera línea lipán. El que permanece quieto siempre se lleva la peor parte del golpe. Deberíais saberlo, tarados. Mejor: ahora, y antes de que la auténtica batalla dé comienzo, ya sumáis, entre hombres y monturas, más de treinta cuerpos muertos. Duele y más que os va a doler.

Nos va a doler. A todos.

Los lipanes más retrasados avanzaron con ímpetu y cayeron sobre el flanco izquierdo del ataque mescalero. Apaches contra apaches en la más salvaje de las batallas: se desgajaban la carne a dentelladas y machetazos; se erguían sobre los caballos y saltaban; saltaban de una forma más propia de los pájaros que de los hombres; mataban; mataban con saña denodada y celebraban, a gritos, la caída de los contrincantes.

Durante medio minuto, el teniente Gauna y sus hombres observaron confundidos. Solo uno de los soldados había sido desmontado por el enemigo y, aunque mostraba una fea herida en el hombro, no parecía tocado de muerte. De hecho, cuando Ledesma le interrogó con la mirada, el dragón se echó la mano al sable y lo empuñó con fuerza. Combatiría. Como todos.

Y llegaba el momento de sobreponerse al impacto y luchar. Recordad: los mescaleros están en nuestro bando; el resto, han de morir.

—¡Fuego a discreción, sargento! —ordenó el teniente.

—¡Mosquetes! —gritó Ledesma.

Los hombres dejaron caer las lanzas y desenfundaron los mosquetes. Llevaban una bala dentro, de manera que solo tenían que apuntar y aguardar la palabra más dulce:

—¡Fuego!

He aquí la diferencia entre lo que somos y lo que sois. Entre nuestro poder y el vuestro. Las armas que portamos os vencerán en cualquier batalla, pues ni el valor, ni el coraje desmedidos detienen

una bala de plomo que surca el aire directa a tu frente. No lo has notado, ¿verdad? Es que ni siquiera duele. El balazo atraviesa el duro hueso de tu cráneo y se cuela entre tus sesos. Lo que allí hace en menos tiempo del que tardas en comprenderlo te mata.

—¡Cargad! —ordenó Ledesma a sus dragones—. ¡Cargad de nuevo! ¡Tres disparos como mínimo!

Tres tiros antes de que los lipanes se les aproximaran tanto que ya solo servirían los sables. Es cuando conoces el sabor de la sangre enemiga. Literalmente: saltan los chorros hacia ti con tanta fuerza que se te cuelan entre los labios. Es fría. Fría como la de los lagartos. En nada parecida a la de las personas.

Bebe sangre lipán y su locura entrará en ti.

Los disparos de los dragones estaban dañando seriamente al enemigo. Pero sembraban la batalla de caballos perturbados por las detonaciones. Caballos que no se dejaban gobernar por sus jinetes y que los lanzaban hacia la posición de los mescaleros.

—¡Alonso! —gritó Ledesma—. ¡Van hacia ti!

El jefe apache asintió. Gracias. No sabes lo que esto significa para nosotros. Ahora, dejadnos porque tenemos cuentas pendientes que saldar. Cuentas viejas, que son las que auténticamente importan.

El jefe Alonso levantó una pierna por encima del pescuezo de su caballo y saltó a tierra flexionando mucho las piernas. En la mano izquierda portaba una lanza corta de filo de piedra. En la derecha, un puñal metálico de ocho dedos de largo. De esos que los españoles consideran perfectos para rajar cuellos de oreja a oreja.

Sus guerreros le imitaron. Saltaron a tierra y aullaron en los oídos de sus caballos para ahuyentarlos. Necesitaban todo el espacio disponible. Para matar a los lipanes. A la raza bastarda de la nación apache.

Alonso gritó algo en su jerga. Algo inquietante que enfervorizó a su gente: cerca de cuarenta guerreros, la mayor parte de ellos muy jóvenes, que estaban allí para matar o morir. Una de las dos cosas o las dos al mismo tiempo.

Al jefe Alonso fueron uniéndoseles el resto de los jefes: Domingo Alegre, Bigotes y Volante. Cada uno de ellos dispuesto a mostrar a los demás que su banda era la más audaz y valiente al sur del Pecos. Es bueno luchar al lado de tropas que compiten en el degolladero. Lo es, porque al enemigo solo le resta mostrar su cuello.

Sucedió con los lipanes. Poco a poco y en medio de estertores y sangre, los fueron empujando hacia la ribera del Grande. Allí la corriente era fuerte y el caudal intenso: entrar en el río era morir, pues ningún apache que se precie de serlo ha aprendido, jamás, a nadar. Así que muerte en las arenas de la orilla. Hay arbustos bajos y algunos caballos, ya alienados por completo, se han puesto a mordisquearlos. Hay reptiles entre las piedras, peces en el agua y pájaros en el aire. Miles de bichos que emprenden, porque les conviene, la huida.

Aquí no va a quedar mucho en pie.

—¡Sargento! —gritó Gauna.

Ledesma daba instrucciones a sus hombres para que aseguraran los blancos y no apretaran el disparador del mosquete antes de tiempo.

—¡Teniente!

—Deje de disparar. Tenemos a los mescaleros en nuestra línea de tiro.

Y no vaya a ser que le metamos una bala a Volante y, de pronto y de la forma más estúpida, las tornas cambien para nosotros. Son apaches y nunca escucharían nuestras explicaciones.

—A sus órdenes, teniente.

No quedaban más opciones.

—Desenvainad y descabalgad —ordenó Ledesma—. Y por ese orden, cabrones. ¡Que nadie ponga pie en tierra sin su sable desenvainado!

Y al degolladero. Con una inusual ventaja que ninguno de aquellos soldados había conocido en batalla alguna: los mescaleros se hallaban haciendo todo el trabajo sucio y ahora a los dragones

solo les restaba avanzar por lo que se había convertido en la retaguardia lipán. Vuélvete y observa mi cara y mi sable: no verás nada más en este mundo.

Con paso firme y lento, sorteando cuerpos derribados de hombres y caballos, los dragones de Gauna avanzaron con el propio teniente al frente del grupo.

—Ahora sin cometer estupideces —ordenó.

El fin de la batalla se hallaba próximo, la victoria caería claramente de su lado y no convenía perder la vida cuando ya nada estaba en juego.

Tajaron cuantos hombres se cruzaron en su camino. Lo hacían como lo que era: un trabajo no demasiado emocionante que alguien les había enviado a realizar. ¡Matadlos! Muertos están.

—¡Alto! —gritó Gauna, levantando el sable sobre su cabeza.

Hedía a sangre. A carnes abiertas, a humores, a vísceras, a sudor y a mierda.

—¡Alonso! —llamó el teniente a gritos—. ¡Alonso!

¿Creía que no cumpliríamos nuestra palabra? Aquí estamos, teniente. Empapados de sangre enemiga. Henchidos de orgullo y a punto de finalizar eso que nos ha traído hasta aquí.

El jefe Alonso se encaminaba en dirección al caballo del teniente Gauna cuando, de improviso, un perro lipán se le echó encima. Tan deprisa y tan audazmente que Alonso no lo vio venir. El perro tendría poco más de quince años. Sin embargo, su cuerpo era robusto, fibroso y ágil. Lo son los de todos los lipanes, ¿sabes? Por eso siempre hay que permanecer alerta cuando ellos se encuentran en las inmediaciones. Porque, en cuanto te descuidas, un bastardo te cae encima como ahora le sucedía al jefe Alonso.

El lipán había perdido las armas en la batalla. Sabía, además, que no le quedaban opciones: su gente estaba siendo exterminada por la acción combinada de dragones y mescaleros y pronto todos los lipanes terminarían por sucumbir. No habría misericordia y lo sabía. ¿Vamos a dejar de combatir hasta el último hálito solo porque ya no quedamos más que una docena en pie? No sueñes con ello.

Alonso rondaría los cuarenta años. Cuarenta y tantos, sí. Podrías ir y preguntárselo, pero se encogería de hombros y daría por bueno aquello que le sugirieras: ¿Cuarenta y tantos? Cuarenta y tantos. ¿Acaso importa? A los apaches, desde luego, no. Naces, creces y luchas. Es todo lo que necesitas saber. Que respiras y que, mientras respires, habrá enemigos que abatir. El resto carece de importancia. No nos importa cuántos años llevamos aquí siempre y cuando seamos capaces de abrirte las tripas.

Que era, precisamente, lo que pretendía el lipán que ya había agarrado por el cuello a Alonso: matarlo antes de que alguien le detuviera. Alonso sostenía su puñal de ocho dedos de filo metálico en la mano derecha y no dudó a la hora de clavárselo dos veces seguidas al lipán: una en el vientre; otra a la altura del estómago. Cualquier ser vivo habría sucumbido de inmediato. Al lipán, sin embargo, aquello pareció proporcionarle fuerzas extraordinarias. Como si todo el esfuerzo, que ya no le sería necesario a partir de entonces, pudiera ser concentrado en el instante magnífico.

¡Muerte al jefe Alonso!

Una idea maravillosa. El lipán abrió los dientes y se los clavó a Alonso en el cuello. Cerca de la carótida. Tan cerca que el jefe mescalero lo vio claro: si dejaba que el lipán tirara con fuerza en ese punto de su cuerpo, la sangre se le iría literalmente a borbotones. Y con la sangre, la vida. El honor y la victoria.

No iba a permitirlo. Sin arredrarse, introdujo un dedo de su mano libre en la boca del lipán y trató de desencajarle la mandíbula. El bastardo, con las dos puñaladas hondas en las tripas, no aflojaba. Entonces, Alonso tuvo una idea: levantó el puñal a la altura del rostro del guerrero lipán y se lo clavó con fuerza en la mejilla. Sintió cómo le fracturaba varios dientes, cómo le seccionaba la lengua y cómo se detenía junto a su dedo todavía introducido en la boca del adversario.

Y el malnacido todavía seguía apretando en torno a su carótida.

Alonso sabía que ninguno de los dos podría aguantar mucho más tiempo. Y que su vida peligraba de verdad. El lipán estaba casi

muerto, pero con la rabia del último estertor apretaba y apretaba en torno al cuello del mescalero. Y sucedió. Sucedió que la fuerza que Alonso precisaba brotó de lo más profundo de su ser.

¿Cuándo? Cuando, surgiendo de entre los cadáveres, vio la figura del teniente Gauna a caballo. Se aproximaba hacia él y blandía su sable en la mano. El jefe Alonso observó al soldado: carne arrugada, piel curtida y cabello blanco asomando bajo su sombrero. La cuera empapada en sangre y el control absoluto sobre un caballo al que no parecía perturbar aquel pequeño paseo entre congéneres agonizantes. El hombre que guía su montura con paso firme en el ocaso de la batalla se aproxima para salvarte la vida. Para, de un tajazo firme en la parte trasera del cuello del lipán, seccionar su espinazo, aflojarle así la mandíbula y solucionar el pequeño problema en el que te hallas envuelto.

Alonso no podía permitir que un hombre blanco le humillara de aquella manera. Prefería que el lipán le arrancara la carótida. Prefería morir desangrado en aquel mismo instante. Desangrado, pero con la honra intacta.

Así que se aplicó. Sacó el puñal de la mejilla del lipán, echó hacia atrás su mano y se lo volvió a clavar. Esta vez, en un ojo. Alonso apretó, revolvió el filo entre los sesos y lo extrajo de nuevo. Una vez más, mano al aire, ligero impulso y puñalada hacia el rostro del muchacho.

Hasta los perros lipanes terminan por expirar. Le había costado cinco o seis cuchilladas, cada una de ellas mortal de necesidad, pero al final lo había logrado. Mejor: la bravura y el encono del enemigo convertían en, si cabe, más gloriosa su victoria.

—No, teniente —dijo Alonso, y empujó lejos de sí el cuerpo muerto del lipán.

Gauna sonrió. Sabía que salvarle la vida a un jefe apache era tan humillante para él como yacer con su esposa. ¿Con qué cara te presentas en tu campamento y ante tu gente si le debes la vida y la victoria a un tipo de piel blanca?

—Creí que estabas en apuros —dijo el teniente, con una ligera sorna que no estaba seguro de que el mescalero fuera capaz de captar.

Alonso miró al teniente con el gesto circunspecto. Hay cosas con las que un apache jamás bromea. Esta es una de ellas y usted, teniente, lo sabe.

Pero hemos vencido. Los mescaleros se afanaban en degollar, uno por uno, a todos los heridos mientras los dragones se limitaban a limpiarse la sangre y a caminar entre los cuerpos abatidos. Hemos vencido y, quizás por ello, Alonso devolvió la sonrisa a Gauna.

—Gracias —expresó el teniente al tiempo que envainaba su sable y desmontaba del caballo.

—Gracias, teniente —repuso el jefe mescalero.

El resto de los jefes se aproximaba, cada uno de ellos rodeado de una pequeña cohorte de guerreros jóvenes.

—¡Volante! —exclamó Gauna, fingiendo alegría—. ¡Domingo Alegre! ¡Bigotes!

—Todos muertos —dijo Domingo Alegre en español. E inseguro ante la posibilidad de que no se le hubiera entendido, añadió—: Todos los lipanes muertos.

Exacto. De eso se trataba. Todos los lipanes muertos.

Era lo que nos había traído hasta aquí, ¿verdad?

Ahora vosotros sois nosotros

Los mescaleros ya no se fueron a ninguna parte. ¿Era este el plan? No, puede que no. Pero mejor cerca y en paz que lejos y tramando Dios sabe qué.

El teniente se mostraba como firme partidario de esto.

—Consiéntalo, capitán —dijo—. Así podremos vigilar de cerca a Alonso y a los suyos.

Tras la victoria en el Río Grande contra los lipanes, los mescaleros habían rondado perezosamente las inmediaciones del presidio de El Norte. Más de trescientas almas españolas dentro y dos docenas de ranchos en un radio inferior a una legua. El teniente consideraba a Alonso su amigo y aliado, pero, por si acaso, ordenó doblar las guardias. Más dragones armados patrullando los alrededores. Estos mescaleros parecen gente tranquila. Lo parecen, pero, a la menor dificultad, no dudéis en abrir fuego.

El capitán Vicente Herrán era un hombre demasiado mayor para ostentar el mando en el presidio de El Norte. Mantener limpia de apaches la ruta hacia El Paso y proteger las rancherías de la zona. Esos sitios en los que todo va bien hasta que, de repente y de la forma más inesperada, todo va mal. Amanece claro y las cosas se han torcido por completo antes de que el sol se ponga.

Hacía años que Herrán había solicitado el traslado a una posición más tranquila, pero el traslado nunca llegaba. Lo necesitamos allí, capitán. Un hombre de su experiencia y valía. Sabe cómo vérselas con esos salvajes. Es usted el tipo que necesitamos

en el Río Grande. Todavía no han llegado sus mejores días de servicio, capitán. Verá cómo la gloria le empapa hasta extasiarle.

Verá cómo sí.

De acuerdo. Si lo que querían era calma, tendrían calma. Herrán se dejó crecer la barba, las cejas y la languidez de la mirada. Algún día llegaría aquel maldito papel y, mientras tanto, aguardaría. Y cumpliría con su cometido.

Tomado por la parsimonia y la duda. Por el desánimo y la melancolía.

—No sé… —repuso vagamente a la sugerencia del teniente.

—Capitán, lo han solicitado formalmente. Los jefes mescaleros desean asentarse en las inmediaciones del presidio. Levantar casas, cultivar la tierra y vivir en paz con nosotros. ¿No era lo que siempre habíamos ansiado, capitán?

—Sí, pero me pregunto por qué ahora. ¿Por qué los mescaleros, que siempre han rechazado nuestras invitaciones para establecerse en un pueblo cercano al presidio, han cambiado, repentinamente, de opinión?

—En los últimos días, me he reunido varias veces con Alonso, Domingo Alegre, Volante y Bigotes. Y los cuatro se expresan de igual modo: temen que los lipanes del sur venguen a sus hermanos muertos.

—¿Lo cree posible, teniente?

Gauna se encogió de hombros y frunció el ceño. Los dos hombres se hallaban reunidos en la capitanía ante sendos vasos de mezcal. El de Gauna, intacto.

—No lo creo imposible —dijo el teniente—. A decir verdad, ni siquiera sabemos cuántos lipanes quedan con vida. En el peor de los casos, cuatrocientos o quinientos.

—¿Dónde se encuentran?

—En algún lugar próximo a la desembocadura del Río Grande.

—¿No puede ser más concreto?

—Son apaches, capitán. Hoy están aquí y mañana allá. Pero supongo que a no menos de setenta leguas de nosotros.

—Es mucha distancia…

—Que sus guerreros podrían cubrir en cuestión de días.

—Si es que realmente existen esos guerreros. Y, en caso de que existan, si deciden vengarse de los mescaleros.

—Así es, capitán.

—Todo muy vago, teniente…

—Lo que resulta indudable es que los mescaleros han solicitado el resguardo del presidio. Y que, en mi humilde opinión, deberíamos dárselo.

—Se trata de una decisión demasiado importante para que la tomemos nosotros, teniente.

—Pues preguntemos a Chihuahua, capitán.

—¿A Chihuahua?

—Sí, capitán. Tenemos a cuatro jefes mescaleros ahí fuera. Aguardando. Han solicitado la protección y el amparo del presidio. ¿No era eso lo que siempre habíamos pretendido? Que dejaran de vagar sin rumbo fijo, que se asentaran y que cultivaran la tierra. Que renunciaran a hostigar a nuestras gentes para vivir en paz.

Sonaba bien. Pero hasta alguien de ánimo tan calmoso como Herrán sabía qué era lo que no encajaba en todo aquello.

—Son apaches —dijo.

Son unos hijos de puta imprevisibles de los que no te puedes fiar. Porque si lo haces, te la juegan. Puede que hoy no. Puede que mañana tampoco. De hecho, puede que nunca lo hagan. Que sean sinceros de verdad cuando afirman que quieren vivir en paz con los españoles. Pero piénselo detenidamente, teniente, ¿vamos a dormir en paz por las noches con cuatrocientos o quinientos apaches a un cuarto de legua de distancia?

Tenemos mujeres e hijas.

—Preguntemos a Chihuahua, capitán —insistió el teniente Gauna—. Que ellos tomen la decisión y que, de esta forma, sea suya la responsabilidad.

Como si algo así lograra que nos sintiéramos más seguros.

* * *

En Chihuahua solo faltó que alguien ordenara cargar los mosquetes y disparar al aire. ¡Los apaches se rendían! No habíamos visto el momento de que algo semejante sucediera… Virgen santa, ¡por fin un golpe de buena suerte! Llegaban buenas noticias desde el presidio de El Norte. Un presidio del que, diantre, las noticias siempre habían sido fatales. ¿Fue o no fue una buena idea mantener al capitán Herrán en su puesto? Ese hombre sabe lo que se hace. Derrotó hábilmente a los apaches lipanes y está a punto de establecer una alianza definitiva con los apaches mescaleros. Mano dura con los que no se someten y mano tendida a aquellos que anhelan la paz. ¡Qué hábil soldado, el viejo capitán Herrán!

Por supuesto que vamos a autorizar el asentamiento apache. Si hace falta, a la sombra de los muros del presidio. ¡Los apaches confinados y cultivando la tierra! Hay que organizarlo todo antes de que cambien de opinión. Rápido, que alguien salga hacia El Norte con dos mil raciones de comida. Que se haga entrega de ellas a los mescaleros y que nada les falte. Paz, necesitamos esa paz como el aire que respiramos. Con los mescaleros definitivamente de nuestro lado, la frontera dejará de ser un lugar peligroso. Podremos ir, podremos venir y las comitivas no se verán obligadas a avanzar escoltadas por decenas de soldados armados. ¡Tierra de paz!

Nos ha costado, pero, por fin, las cosas funcionan como deben. Y es que la perseverancia y el buen trabajo siempre, y a la larga, arrojan resultados positivos.

Fue tanta la satisfacción experimentada en Chihuahua que el comandante general en persona decidió trasladarse hasta el presidio de El Norte para estrechar la mano de los nuevos aliados del virreinato. Teodoro de Croix, el tipo que solo responde ante el rey de España. El hombre al que nadie, a lo largo y ancho de toda América,

da órdenes. No lo hace porque todos están bajo su mando. Croix escucha al rey. Al rey y a nadie más.

Y ahora ha puesto en marcha su séquito para dirigirse hacia un presidio que se encuentra en el extremo más lejano del mundo civilizado. Tan extremo que, a ratos, sientes que allí la civilización se desvanece por momentos… Estaba y ahora no está. Éramos españoles de los pies a la cabeza y ahora esto es un pudridero infecto, salvaje y cruel. Nos comen las moscas.

Pero todo eso se había terminado. Pasábamos página al libro de nuestra historia. ¡Vive Dios que algo así había que experimentarlo en persona! Croix, a lomos de una magnífica yegua criada especialmente para él en España y traída desde el puerto de Cádiz como si de una princesa árabe se tratara, se puso al frente de su particular columna de sesenta dragones armados, veinticinco caballos de refresco y quince mulas de carga, y partió en dirección hacia El Norte.

La gloria de saberse grandiosos.

Junto a Croix, cabalgaba el coronel Manuel Muñoz. El hombre de Croix para después de los apretones de manos. Yo rindo a los apaches y, después y con más tiempo, usted se encarga de atar los cabos que queden sueltos. De total confianza de Croix, el coronel Manuel Muñoz. Sin excesiva experiencia en el campo de batalla, pero dotado de una capacidad innata para la diplomacia y la estrategia. De hecho, Croix, que no acostumbraba a callarse nada, se lo había dicho en más de una ocasión: Muñoz, usted llegará lejos; se lo digo yo, que lo haré mucho antes que usted.

Cabalgaban hacia El Norte presos de una inusual excitación. Ambos sabían que Nueva Vizcaya, y por extensión Nueva España entera, no volvería a ser la misma si el pacto con los apaches mescaleros prosperaba. Podrían desplazar cientos, ¡miles!, de colonos a las nuevas tierras pacificadas y asentarlos en ellas. Construir acequias, desviar los cauces de los ríos, levantar pueblos desde la nada, cultivar grandes extensiones de terreno, criar rebaños que se extenderían hasta donde se pone el sol…

Esto no había hecho sino empezar.

* * *

Croix llegó a El Norte con las ideas claras. Meridianamente claras: los mescaleros tendrían todo lo que precisaran; a cambio, solo les exigirían que depusieran las armas, que juraran no volver a atacar a los españoles ni a sus haciendas y que se bautizaran en cuanto el fraile del presidio lo considerara oportuno. Esto último, de hecho, podía esperar unos cuantos días. Paz, lo que de momento más interesaba al comandante general era la paz. Apaches desarmados y mucho aguardiente para celebrarlo.

Lo bueno de que alguien como Croix te prometa que nada de lo que pidas te será negado es que puede cumplir con la palabra dada. Con creces: raciones de comida gratis durante un año para todos los mescaleros que quieran asentarse junto al presidio de El Norte; ayuda en el levantamiento de las casas y del pueblo; y protección por parte de la guarnición de dragones.

Contra el ataque de los lipanes o contra el de quien sea. Mientras estéis aquí y aceptéis nuestras normas, sois de los nuestros. Somos la misma cosa. Si os atacan, se las verán con la caballería pesada española. Pocas bromas con nosotros cuando galopamos en formación de combate. Os pasaremos por encima y vuestras familias tendrán que repartirse vuestros restos al azar, pues nada reconocible quedará de vosotros.

De hecho, Croix, quizás a causa de la excitación de la que se hallaba preso ante la inminencia del acuerdo, decidió nombrar a los guerreros mescaleros como soldados auxiliares. Soldados auxiliares del ejército español. Los apaches. Los mismos de los que ni siquiera nos fiamos demasiado.

La oficialidad de El Norte escuchó la noticia con gesto parco y distante, pues cualquier otro podría haber sido tomado como intolerable insubordinación. Maldita la gracia que nos hace tener a

los apaches cerca de nuestras mujeres y de nuestro ganado. Pero de acuerdo: órdenes son órdenes y aquí se cumplen a rajatabla. Maldita, además, la gracia que causa ver cómo los mescaleros reciben gratis lo que nosotros obtenemos con el sudor de nuestra frente. ¿Te damos toda la comida y todo el mezcal que precises solo a cambio de que no nos mates? Caray, qué trato… Pero amén también a esto. Una vez más, las órdenes no se discuten.

Aquí somos gente disciplinada. Soldados hechos y derechos que cumplen con su deber.

Pero, pardiez, ¿es realmente necesario que los apaches mescaleros se conviertan en soldados auxiliares del ejército español?

Que sí. Que nadie ponía en duda su valor y su arrojo en la batalla. Todo el que tuviera dos dedos de frente desde el desierto de Sonora hasta la desembocadura del Río Grande lo sabía. Los apaches llevan la guerra en las venas y nadie más feroz que ellos en mitad de la contienda. Desde el día en el que nacen hasta el día en el que mueren. O alguien los mata.

Pero existía un aspecto que Croix parecía ignorar: la disciplina. Disciplina, sí. ¿Acatarán los mescaleros las órdenes del capitán? ¿Las obedecerán a ciegas, sean estas cuales sean? ¿Servirán con fidelidad al rey de España?

¿O se comportarán como apaches? ¿Como lo que, piénsalo, han sido, son y serán?

El entusiasmo de Croix, sin embargo, no conocía límites. El capitán Herrán lo observó y se dio cuenta de que más pronto que tarde algo se torcería. Y que, para entonces, Croix estaría muy lejos de aquí. Abrazos, apretones de mano y promesas grandilocuentes. Los apaches mescaleros, esos amigos en los que ahora confiamos. Tanto que los nombraremos soldados auxiliares de la guarnición. Para empezar, pues todo aquel que se esforzara y destacara en el servicio, podría ascender en cuestión de uno o dos años a soldado ordinario. A dragón de cuera y, qué diablos, incluso hasta a cabo de apaches.

Croix lo tenía todo muy bien pensado. Herrán también: como algo salga mal, seré yo el que tenga que arreglármelas para solucionarlo.

No, capitán, no. El comandante general exige mucho de sus hombres, pero nada que no esté en su mano cumplir. Descuide, Herrán, le dejo al coronel Muñoz. Es el tipo del pelo ensortijado, los ojos azules y la enorme papada. Pura mano izquierda, que es exactamente lo que aquí se necesita. Hay que caminar sobre las brasas sin quemarse. Y procurar, por todos los medios, que esto salga bien. El pueblo apache ha de prosperar.

—En cuanto esté de regreso en Chihuahua, daré las órdenes precisas para que envíen suministros de forma regular.

Croix había mandado llamar a los jefes mescaleros. Se abrieron las puertas del presidio para ellos y para los guerreros que les acompañaban. Debían acudir a la cita desarmados. Como gesto de buena voluntad.

Al teniente Gauna se le desencajó la mandíbula inferior cuando vio al jefe Alonso entrando a caballo en el presidio con los brazos en cruz. Erguido en la montura, orgulloso de ser quien era, mostrando el torso desnudo y sin una sola arma con la que defenderse si aquello se convertía en una encerrona. Gauna lo estaba viendo con sus propios ojos y aún dudaba: ¿pero podía ser cierto que el jefe Alonso estuviera entrando en la plaza del presidio sin armas? Él y, por supuesto, los cinco guerreros que le acompañaban. Brazos separados del cuerpo y palmas abiertas en señal de buena disposición.

Pues sí, teniente. No solo era verdad, sino que el resto de los jefes mescaleros hizo lo propio. Uno tras otro, y no exentos de cierto ceremonial que mucho agradó a Croix, Volante, Domingo Alegre, Bigotes y las pequeñas escoltas de cada uno de ellos atravesaron las puertas abiertas del presidio y se detuvieron en mitad de la plaza.

Gauna había ordenado al sargento Ledesma que permaneciera alerta. Dragones en las plataformas de los muros y los mosquetes

cargados y siempre a mano. Sin parecer hostiles, pero sin bajar la guardia. Son apaches y están en casa.

—No os faltará de nada —dijo, gozoso, Croix. Se dirigía principalmente a Alonso, pero sin escatimar miradas al resto de los jefes—. Durante un año, os daremos la comida que preciséis.

Alonso receló. De esa forma tan propia de los apaches que el teniente Gauna reconocía sin atisbo de duda, pero que al comandante general pareció pasársele por alto.

—De nada, os doy mi palabra —aseguró con rotundidad Croix.

Y la palabra del comandante general va a misa. Literalmente y con todas las letras.

El jefe Alonso asintió con menos emotividad de la que Croix habría deseado.

—Mi palabra —repitió el comandante general—. Y para que se cumpla fielmente, dispongo que el coronel Muñoz permanezca en el presidio durante tanto tiempo como sea necesario. Cuenta con poderes especiales y responde ante mí directamente.

El capitán Herrán miró al frente sin separar los labios. No solo no le concedían ese maldito traslado que llevaba años pidiendo, sino que ahora le enviaban a un coronel para hacerse cargo de un trabajo para el que, muy probablemente, carecía de toda experiencia.

Pero no pasa nada. Aquí se está a lo que se está y acatamos lo que se ordene.

Gauna miró de reojo a Herrán y vio el disgusto dibujado en su semblante. Amarga que te hagan algo así. Tú te partes el espinazo durante años y años en este pudridero de mala muerte para que ahora venga un mindundi y se lleve todo el mérito. Cabrones…

—Necesitamos ayuda para construir casas —dijo el jefe Alonso.

—¡Sin duda! —exclamó Croix entusiasmado—. ¡Tendréis ayuda! Comprendo perfectamente que tenéis que comenzar casi desde cero. La vida errática que hasta ahora llevabais ha quedado atrás y una nueva época da comienzo. Pero vivir en un pueblo no es

sencillo, desde luego que no lo es… Descuidad, os enviaremos el auxilio que preciséis. Nos tenéis de vuestra parte. Completamente.

—Ayuda… —La voz de Alonso sonaba insólitamente dubitativa. Como si hablara español mucho peor de lo que en realidad lo hacía.

—¡Ayuda, sí! ¡Muñoz! ¡Muñoz!

El coronel Muñoz, que no estaba ni a dos pasos de Croix, se hizo notar:

—¿Comandante?

—Dispóngalo todo, ¿comprendido? Quiero que tanto el jefe Alonso como el resto de los honorables jefes aquí presentes, dispongan de la mano de obra necesaria para levantar casas y cultivar campos. Tienen que aprender y ¡nosotros les enseñaremos el modo de hacerlo!

—Así se hará, comandante.

Herrán y Gauna, muy próximos también al comandante general, lo vieron dar un paso hacia Alonso. Poner sus manos sobre los hombros del jefe mescalero y mirarle a los ojos. Como si se pudiera ver dentro de la mente de un apache. Como si sus pensamientos fueran inteligibles para los hombres blancos.

—Espero mucho de esta alianza, jefe Alonso.

El mescalero no titubeó y en un gesto que puso nerviosa a la guardia personal del comandante general, sujetó, con las manos, los antebrazos de Croix.

—Fieles a los españoles para siempre —expresó Alonso.

Croix sonreía abiertamente y mostraba una dentadura echada a perder tiempo atrás. En cinco o seis años, aquel hombre estaría comiendo papillas de maíz y fríjoles.

—El coronel Muñoz, aquí presente, se ocupará de que los pactos se cumplan. Os ganaréis la vida y os irá bien. Cuento con ello, jefe Alonso.

—Los mescaleros somos gente de paz.

Que, por circunstancias de la vida, nos hemos pasado más de doscientos años robándoos el ganado. Son cosas que pasan. Borrón y cuenta nueva.

Entonces, el comandante general decidió que aquel era un momento tan bueno como cualquiera para repartir cargos y responsabilidades. Se deshizo del abrazo que le mantenía unido al mescalero y añadió:

—Jefe Alonso, creo que eres un hombre sincero. Que tus intenciones son buenas. Por todo ello, te nombro gobernador del nuevo pueblo apache que se funde en las inmediaciones del presidio.

Alonso se mantuvo serio. Al parecer, el indio supuso que aquella era la expresión adecuada para una ocasión semejante. ¡Gobernador! Ni más, ni menos.

De un pueblo que todavía no tiene ni nombre.

—Muñoz.

—¿Comandante?

—Recuérdelo. El jefe Alonso es el nuevo gobernador del pueblo apache.

—A sus órdenes, comandante. ¿Habrá un capitán de guerra en el pueblo? ¿Alguien que se encargue de mantener la paz interna? ¿De organizar una milicia apache en caso de que sea necesario?

—Sí, buena idea… Me parece adecuado que los propios apaches sean quienes resuelvan sus conflictos internos. ¿Qué te parece, jefe Alonso? Como gobernador, tu opinión es importante para mí.

Alonso asintió. No sabía exactamente cuáles serían los cometidos del capitán de guerra, pero estaba de acuerdo. Mientras les enviaran las raciones de comida prometidas, los españoles podían otorgarles todos los nombramientos que desearan.

—Bien… —continuó Croix, barriendo con la mirada a los otros tres jefes mescaleros y dando pequeños pasitos hacia ellos—. ¿Quién será el capitán de guerra de vuestro pueblo?

Volante, Domingo Alegre y Bigotes observaban cautelosos al comandante general. Una vez más, Croix intentó leer en sus miradas y en lo que había tras ellas. Resulta audaz, pero tú eres el comandante general. Sabes qué te traes entre manos y conoces bien a los salvajes. ¿Por qué otro motivo te habría situado el rey al cargo

de las Provincias Internas? Porque no hay secretos para ti en los ojos de un apache.

Croix reparó primero en Bigotes. El soldado que dio nombre al salvaje no se devanó los sesos, desde luego que no. Y es que, a pesar de que la mayor parte de los apaches eran barbilampiños, Bigotes lucía un denso mostacho que le asemejaba más de la cuenta a un retrasado mental. Tan feroz o tan cruel como cualquiera de los suyos, pero imbécil de cabo a rabo.

Después, el comandante general fijó su mirada en Volante. Evidentemente, un hombre valiente. Joven todavía y de aspecto despierto, había sabido abrirse camino entre el resto de guerreros de su banda para alzarse con la jefatura absoluta. Un tipo despierto y hábil, qué duda cabía… Pero sin la templanza de carácter que solo llega con la edad. Una templanza imprescindible en un capitán de guerra que debería mediar en conflictos y administrar justicia sobre la marcha.

Y, finalmente, Domingo Alegre. Quizás el único mescalero gordo de aquí a El Paso. Croix contempló su barriga prominente, el aspecto bonachón que le daban sus mofletes sonrosados y el respeto que su presencia parecía despertar no solo en sus hombres, sino también en los de los demás jefes. Domingo Alegre daba un paso al frente y el resto aguardaba consideradamente. Separaba los labios con intención de decir algo y los demás, sumisos, callaban.

¿Quién no querría a alguien así al cargo de la seguridad del asentamiento apache?

—Creo que serás tú —determinó, por fin, Croix dirigiéndose a Alegre—. Estoy seguro de que sabrás mantener la paz entre los tuyos. Y organizarlos para la batalla si el enemigo nos ataca.

Domingo Alegre asintió de inmediato. Desde luego que sabría organizar para el combate a los mescaleros. ¿Es que acaso había hecho alguna otra cosa en su vida? Que no confundiera a nadie su aspecto flemático y cachazudo. A Alegre le llamaban Alegre porque no borraba con facilidad la sonrisa de su rostro; porque siempre estaba dispuesto a bromear con quien fuera y a trasegarse un par

de garrafas de mezcal. Pero si de salir a campo abierto con el rostro pintado para la batalla se trataba, él cabalgaría con los que siempre lo hacen en vanguardia. Gauna, que había estado en la batalla contra los lipanes, podía dar fe de ello.

—Sí, lo harás bien —concluyó el comandante general.

Dicho lo cual, poco quedaba por añadir. Y mucho por hacer.

—En adelante —dijo Croix, dirigiéndose ahora a todos los presentes en la plaza del presidio—, solo espero que mis órdenes se cumplan con precisión y pulcritud, y que los apaches disfruten de su pueblo antes de que llegue el otoño.

A más de uno se le encogió el estómago.

¿De cuántas familias apaches estábamos hablando? De no menos de sesenta o setenta. Quizás más. Eso suponía varios cientos de mescaleros viviendo a cuatro pasos del presidio. De nosotros. Croix sabría mucho acerca de cómo pacificar indios, pero él ahora se largaba de regreso a Chihuahua y el resto se quedaba aquí. Aguantando el tipo de la mejor manera posible. Y sí, de acuerdo, dejaba al coronel Muñoz al cargo de todo. El tío del pelo ensortijado que, apuesta a que sí, jamás había visto qué hacen los apaches con los que no les caen bien. ¿Estuviste en la batalla lipán? ¿No?

Pues deja que te cuente:

Cuando ya hasta el último de los enemigos había sido abatido, cuando ningún guerrero lipán se mantenía en pie, los mescaleros desenvainaron sus cuchillos y degollaron uno por uno a todos los caídos. A todos. Vivos o muertos. Les rajaron el cuello e introdujeron el puño en ellos para asegurarse de que ni el azar los devolvía a la vida. Después, les cortaron las narices y se las comieron. Un bocado tras la batalla. ¿A quién no le apetece?

Y ahora estarán aquí. En casa. Veremos cómo Muñoz, pura mano izquierda, se las compone para que un buen día no amanezcamos todos con los cuellos rajados.

Dijisteis que vendríais y no estáis

El entusiasmo de Croix no era contagioso. Puede que en Chihuahua todos se doblasen de risa ante sus ocurrencias, pero en El Norte no. Las gentes del Río Grande son de otra manera. Su sentido del humor se ha agriado con el tiempo.

En fin, a ello. Croix y su séquito se despidieron y no volvieron a saber del comandante general en meses. Las órdenes eran claras y el objetivo se hallaba determinado. Teodoro de Croix no puede perder más tiempo. El papeleo se nos acumula en Chihuahua. Ha sido un placer, capitán Herrán. Veré qué puedo hacer en relación a su traslado. Pero quiero que sepa que estamos muy satisfechos con el trabajo que está desarrollando en El Norte. Lo borda usted, capitán. Ha nacido para esto. No sabríamos cómo encontrar a alguien mejor que usted para ostentar el mando aquí.

Adiós y buena suerte.

Muñoz, que pronto se reveló como un oficial pausado y poco dado a las estridencias, decidió en persona el lugar donde se ubicaría el pueblo apache. Lo decidió, pero, todo hay que decirlo, sin soberbia alguna por su parte: consultó al capitán, consultó al teniente e, incluso, se interesó por las opiniones del alférez y del sargento. Una decisión como aquella le correspondía tomarla a él, pero los que aquí llevaban sirviendo durante muchos años bien podrían realizar aportaciones interesantes.

Finalmente, se decantaron por un paraje situado a un cuarto de legua de los muros del presidio. Los tres cañones con los que

contaban en El Norte podrían hacer blanco en el pueblo de los mescaleros. No es que pretendieran disparar, entiéndase, pero, llegado el caso, consuela saber que los tienes allí donde tus balas alcanzan.

Y comenzaron las labores de construcción. Debían hallarse a finales de septiembre. En torno al veintitantos. Lo sabían porque alguien dijo que el verano tocaba a su fin. Muy bien, pero el Río Grande trae mucha agua incluso en verano y no es difícil poner en marcha una adobera. Mezclas un poco de hierba seca con tierra y agua e introduces la pasta en un molde de madera. Dejas que se seque al sol y en unos días obtienes unos magníficos adobes con los que levantar muros tan altos y resistentes como desees.

A los mescaleros, que habían rondado perezosamente las cercanías del presidio y que nunca olvidaban acudir con puntualidad al reparto de las raciones de comida que Croix les había prometido, dejaron de verles el pelo durante al menos dos semanas. ¿Dónde se habría metido esa gente? Sería casualidad o no, pero hacía falta mano de obra para comenzar a levantar el pueblo apache y allí no se presentaba nadie.

—¿Cree que les habrá sucedido algo, teniente? —preguntó el coronel Muñoz mientras se llevaba la mano al ala del sombrero para ajustársela, hacerse sombra y observar el horizonte.

Se hallaban en el paraje elegido para levantar el pueblo. Las medidas tomadas, las demarcaciones decididas y una docena de indios sumas cargados con cubos y herramientas de trabajo. Gauna en persona los había contratado. Las cuentas del presidio se irían al carajo gracias a este gasto imprevisto, pero sin la ayuda de albañiles de verdad, las casas no serían levantadas nunca.

Pero, ¿y los mescaleros? Dijeron que contáramos con ellos para el trabajo duro. Lo desconocen todo acerca de cómo fabricar adobes y erigir casas, pero el gobernador Alonso aseguró que pondrían todo su empeño en aprender. Los apaches jamás habían vivido en hogares de adobe, sin embargo, este y no otro era el momento. Contad con nosotros. Allí estaremos.

—No les ha sucedido nada —respondió, estoico, Gauna.

—Pero, ¿está usted seguro de que el jefe Alonso sabe que hoy es el día en el que vamos a dar comienzo a los trabajos?

A Muñoz no le cabía en la cabeza aquello. Algo imprevisto tendría que haberles sucedido, sí. De lo contrario, no se explicaba su ausencia.

—Por completo, coronel. Yo mismo se lo dije.

—Comprendo…

No, no comprendía. Pero era cuestión de tiempo que lo hiciese.

A falta de un plan mejor, Gauna ordenó que los sumas comenzaran a trabajar. Que fueran adelantando labor. Si tenemos que esperar a los apaches, se nos echa encima la Navidad.

—Parecían realmente interesados en iniciar una nueva vida en el pueblo… —comentó Muñoz. No dejaba de hacerse sombra con la mano y otear el horizonte.

—Lo están, coronel. No le quepa duda de ello.

Muñoz se volvió hacia el teniente. Si desean estar aquí, ¿qué se lo impide?

—A la vista de los acontecimientos, me cuesta creerlo, teniente.

—Son mescaleros…

Ya está. No se precisa más explicación. Son mescaleros, ¿comprende, coronel? Apaches mescaleros. Hoy desean fervientemente algo y mañana, si se descuida, lo contrario. No podemos confiar en ellos. Por mucho que el comandante general se empeñe.

—Teniente.

—Diga, coronel.

—No me gusta que me tomen el pelo.

Quizás la primera impresión fuera errónea: sí, Muñoz era un hombre cachazudo; pero no por ello partidario del relajamiento del orden y de la disciplina. No le digas que vas a ir si no piensas hacerlo.

—Me doy cuenta, coronel.

—Resulta inaceptable que hayan faltado a su promesa.

—Completamente inaceptable, coronel.

—¿Cuánto tiempo cree que podrán trabajar los sumas sin ayuda de nadie?

Gauna echó un vistazo hacia el grupo de indios. Pequeños, achaparrados y tomados por ese ritmo tan propio de la tierra: no lo hacen deprisa, no lo hacen despacio; y, sin embargo, avanzan a buen paso. Ya habían comenzado a cavar un canal para desviar el agua del río y formar una pequeña adobera. En uno o dos días, las hileras de adobes comenzarían a secarse al sol.

—Ahora están con las labores preparatorias. Pero calculo que en una semana o diez días serán precisas muchas manos para acarrear y apilar adobes. Levantar los muros de las casas no es complicado y los sumas saben cómo hacerlo. Pero, sin ayuda, les llevará un año entero lograrlo.

Necesitamos a los mescaleros. Aquí y a no tardar. A fin de cuentas, las casas serán para ellos. Y no, no podemos dejarlo todo en manos de los sumas. ¿Un año entero? Croix no se sentiría satisfecho con algo así. Muñoz se acarició su gorda y bien afeitada papada y concluyó:

—Busque al sargento. Que elija media docena de hombres y que salga a buscarlos.

—Coronel, la ribera norte es inmensa.

Inmenso al modo en el que aquí las cosas son inmensas. Nada, créelo, que se parezca a lo que tienes en mente. Ni por lo más remoto.

—Que los busquen —dijo Muñoz—. Y que me los traigan.

* * *

El sargento Ledesma escuchó la orden de labios del teniente y, sin mediar palabra, se dirigió hacia las caballerizas. Se largaban en cuestión de media hora, de manera que ya podían comenzar a ensillarle los caballos. Con media docena le bastaría: cinco dragones

y él al frente; un grupo bien elegido que le permitiera moverse con rapidez ahí fuera. No tenían mucho tiempo. O eso afirmaba Gauna.

—Los quiero en El Norte cuanto antes —dijo el teniente.

Ledesma asintió. Comprendido. Vamos, los buscamos y los traemos a casa. ¿Si se niegan les metemos un tiro entre las cejas?

Si se niegan, los convence, sargento. No sea usted tan obtuso de mente.

—Persuádalos de que es lo mejor para todos, sargento.

Persuasión, ¿comprende? Use la persuasión. Sargento. Sargento de dragones Ledesma. Nadie le ha explicado jamás cómo se hace, pero crea que confiamos en usted. Sabrá cómo vérselas con ellos. Si lo piensa, conoce usted a los mescaleros desde que tiene uso de razón, ¿no es así? Vamos, Ledesma, no sea patán. Va, los convence de que lo mejor es que se ciñan a la palabra dada y nos los trae. Antes de que Croix nos cuelgue a todos de salvas sean las partes.

Primero los caballos y luego los hombres. En orden de importancia. Cuando Ledesma abandonó las caballerizas, se dirigió a paso ágil hasta el barracón de los soldados solteros.

—Orozco, López, León, Cuéllar y Mesa. Nos vamos.

—¿Adónde, sargento? —preguntó Mesa, incorporándose en su camastro. Salvador Mesa, los mismos veinticinco años que el sargento Ledesma. Años y aspiraciones. Cualquier día de estos nos hacen coroneles, ¿verdad, sargento?

Sí. Duerme con un ojo abierto, no sea que lo anuncien y se te pase por alto.

—Hacia el norte.

Si sirves en el Río Grande, siempre se cabalga hacia el norte. Es pura lógica.

—¿Y qué vamos a buscar? —preguntó Mesa mientras se ajustaba las espuelas.

—¿Por qué supones que vamos en búsqueda de algo?

—¿No vamos en búsqueda de nada, sargento? En ese caso, ¿qué sentido tiene salir?

—Cierra el pico, Mesa. Vamos tras los apaches. El teniente quiere que busquemos al jefe Alonso y al resto. Los que iban a trasladarse al nuevo pueblo.

—¿Qué nuevo pueblo? —intervino, realmente interesado, León.

—¿Tú eres tonto?

—Pero sargento, yo…

Era tonto. Un tío ancho de espaldas y duro como una bala de cañón, pero tonto de los pies a la cabeza. Ledesma siempre lo elegía para llevárselo de expedición: si los problemas se presentan, y la experiencia dicta que siempre lo hacen, resulta adecuado luchar del lado de gente que piensa poco y actúa rápido y con contundencia.

Es el estilo apache, pero funciona. De salir airosa de los problemas más difíciles, la nación apache al completo sabe bastante.

—Por si no te habías enterado, los mescaleros se vienen a vivir a El Norte —explicó el sargento—. O ese era el plan inicial. Parece que no han hecho acto de presencia. No, al menos, cuando se les esperaba…

—Y ahora…

—Ahora vamos a ir y traerlos. Con calma y sin que nadie salga herido, ¿comprendido? Son las nuevas normas.

—Unas normas absurdas —intervino Orozco.

—No te corresponde a ti decirlo, Orozco. —El sargento fue taxativo—. Vamos, terminad de ajustaros las cueras. Salimos ahora mismo.

—López no está.

—¿Cómo?

—Que no está.

—¿Le toca guardia?

No exactamente. Conrado López era de esos dragones que derretían voluntades solo con la sonrisa. Una sonrisa que, a sus veintidós años conservaba intacta: si te metes en problemas y ves cómo un puño se dirige a toda velocidad hacia tu cara, ofrécele el pómulo en lugar de la mandíbula; las heridas sanan, pero un diente roto, roto queda para siempre.

—Iré a buscarlo —dijo el sargento—. Dentro de diez minutos os quiero con el equipo completo en las caballerizas. Pasaos por la armería y que el armero os dé los mejores mosquetes. Decidle que lo he ordenado yo.

—Tardará mucho, ¿sargento?

—Diez minutos.

La pregunta no había sido lanzada exenta de sorna. Pero diez minutos. Como que el sargento se llamaba Ledesma.

Diablos, tampoco era tan complicado. Hacía un par de semanas que al presidio habían llegado, junto al cargamento de suministros proveniente de Chihuahua, dos fulanas no demasiado esbeltas ni demasiado guapas. En fin, todo el mundo tiene derecho a ganarse la vida honradamente. Y en El Norte hay muchos soldados solteros con las soldadas intactas a los que los días se les hacen largos y pesados. Vayamos y, mientras les aligeramos el bolsillo, hagámosles la vida más agradable.

Dos fulanas era todo lo que el capitán estaba dispuesto a permitir en la posición. Dos. Se les ofrecería el amparo de los muros, pagarían por el alojamiento y la comida y, por supuesto, no serían partícipes de escándalo alguno: esto es un destacamento militar cristiano y los oficiales viven aquí con sus familias. Al primer soldado que se le atrape con los calzones bajados, se le arrestará durante una semana. Y la puta regresará a Chihuahua con la primera comitiva que salga hacia el sur.

Ledesma llegó hasta el portón del presidio y levantó la cabeza hacia el soldado que hacía guardia en la plataforma de madera.

—¿Has visto a López? —preguntó.

—No, sargento —mintió el centinela. Los centinelas siempre mienten mal. Por eso los eligen para hacer guardias de doce horas bajo un sol de justicia.

—¡Joder! —tronó Ledesma—. ¡Que no tengo tiempo, cojones!

—Junto a aquellos matojos.

Con la verdad por delante se va a todas partes. Y te evitas problemas con tu sargento, lo cual, en una guarnición pequeña y

alejada como El Norte, siempre resulta una buena estrategia. Mentirosos todos los centinelas, sí, pero capaces de traicionar a su propia madre a la primera de cambio. Lo dicho: no los eligen para el puesto en vano.

Ledesma se encaminó hacia el lugar indicado y allí estaban. La puta mirándole con una sonrisa en la cara y las nalgas de López moviéndose adentro y afuera.

—¡Soldado!

El culo de López se detuvo, pero el dragón se quedó quieto. Como si bastara permanecer inmóvil para que el problema desapareciera. Lo hacemos con las serpientes, de manera que es posible que también funcione cuando tu sargento te sorprende fornicando con una muchacha de moral relajada.

—¡Soldado! —repitió Ledesma con verdadero enfado. Lo que peor llevaba era aquella sonrisa en los labios de la fulana.

—Sargento… —dijo, aún sin volverse, López.

—Súbete los calzones. Nos vamos.

—Pero sargento, yo…

—¡Qué!

Ahora sí. Ahora López se volvió tímidamente y mostró su dentadura completa a Ledesma.

—Ya he pagado y si me da medio minuto, yo…

—No tenemos medio minuto. Levanta y vístete. Nos largamos. Hay trabajo.

—Vamos, sargento, no sea usted así… —intervino la fulana—. Me va a arruinar el negocio. Mire, deje que este muchachote termine su faena y, después, si quiere, le hago un precio especial. Por ser usted, sargento.

La muchacha sonreía. No con la sonrisa de circunstancias de López, sino con una sinceramente divertida. Cuando tu oficio es el que es, te lo tomas con humor o lo dejas en cuanto tienes ocasión. Y, obvio era, ella no lo había dejado.

Ledesma no dijo nada. Se volvió y comenzó a caminar en dirección hacia el portón del presidio.

—Si antes de tres minutos no estás sobre tu caballo con el equipo completo encima, no hace falta que te presentes —dijo.

De pronto, escuchó el sonido de carnes entrechocando violentamente. Una risita proveniente de la garganta de la muchacha, un par de gemidos y el grito ahogado de López. Lo tenía pagado y nadie le garantizaba que la joven fuera a estar allí cuando él, Dios sabe cuándo, regresara de su misión. Y, demontre, de los tres minutos ofrecidos por el sargento le sobraban uno y medio.

Ledesma se detuvo en la armería, pasó por la capitanía para informar de su marcha y se encaminó hacia las caballerizas. Allí, sus cinco hombres aguardaban sobre sus caballos. López, embutido en su cuera y con el sombrero encajado hasta las cejas, comprobaba la cazoleta de su mosquete.

El sargento no dijo nada. Todo estaba bien y ya solo le faltaba subirse a su caballo y ordenar la partida. Mientras ponía la bota en el estribo y se impulsaba hacia arriba, escuchó un par de piropos cerca del portón: o la chica se tomaba su tiempo para recomponerse la falda, o López era el amante más rápido de aquí al océano Atlántico.

—Nos vamos —ordenó—. En fila de a dos. Mesa, tú cabalgas conmigo.

La Jornada del Muerto

Ahora búscalos. Como si fuera sencillo… Los seis hombres cabalgaron durante varios días siempre en dirección norte. Sin prisa, sin castigar en exceso a las monturas. Los mescaleros podían estar aquí, allí o en ninguna parte, de manera que a ellos les daba igual ir deprisa o despacio. Y, ante la duda, en este lugar optas por cuidar de los animales. En dificultades, solo ellos te ayudarán. Más que las lanzas. Más que los mosquetes.

Cuando alcanzaron el río Pecos, el sargento Ledesma permitió que las monturas descansaran durante tres horas, momento que los hombres aprovecharon para darse un baño.

—Apestáis —dijo el sargento mientras se daba cuenta de que él mismo lo hacía.

A los hombres no les preocupaba el olor a mierda de caballo. Pero refrescarse tras casi una semana cabalgando era algo a lo que, desde luego, nadie haría ascos. Se deshicieron de las armas, se desnudaron por completo y entraron en el agua. Cerca siempre de los caballos, no fuera un mescalero sibilino a robárselos al primer descuido.

Porque estarían ahí. En alguna parte. No, no los encontraban por mucho que rastrearan la zona arriba y abajo, pero se hallaban cerca. Ledesma estaba seguro de ello. Esta tierra era de los mescaleros y, con lo que quedara de las bandas lipanes hacia el sur y los comanches al norte, no se aventurarían a salir de ella.

En cualquier caso, un área inmensa atestada de lomas, desfiladeros, cañones y escondrijos en los que ocultarse durante decenios. Podrían pasarse la vida buscándolos y no toparse ni con los restos de sus fogatas.

Por suerte, al día siguiente, cuando el sargento había ordenado encaminarse de nuevo hacia el sur y no avanzar hacia el peligroso territorio comanche, advirtieron en el horizonte una columna de humo.

—Ahí están —dijo Orozco.

Isidro Orozco tenía veintisiete años y era feo como el culo de un mulo. Pelo negro y rizado, patillas espesas, ojos inquietos y un labio superior desmesuradamente grande que le daba un aspecto siniestro. Te miraba y pensabas que lo más probable es que escondiera un cuchillo de dieciséis dedos a sus espaldas; te lo mostraría, te sonreiría y te abriría el pecho para arrancarte el corazón. Solo porque podía. Solo por el placer de hacerlo.

Nada más lejos de la realidad. Si por algo se caracterizaba Orozco, era por su carácter dócil y apacible. Podrías dejarle tus hijos a su cargo y los muchachos se hallarían en la mejor de las compañías.

—Con mil ojos —advirtió el sargento—. No estamos seguros de que se trate de la banda de Alonso.

—Pues será la de Domingo Alegre —intervino Mesa.

Otro tío al que su madre echó al mundo con la Virgen de Guadalupe ocupada en asuntos más importantes. Si Orozco impresionaba, Mesa causaba escalofríos. De hecho, los soldados que servían a su lado por primera vez tardaban unos cuantos días en caer en la cuenta de que él no era el enemigo. Sí, porta nuestras mismas armas. Nuestra misma cuera y el mismo sombrero encasquetado hasta las cejas. Pero no digas que, de puro malcarado, no parece apache.

Se le habrían mezclado más sangres de las necesarias. Eso sería. Su madre, su abuela, su bisabuela, y así hasta seis o siete generaciones hacia atrás habrían yacido de las formas más

extravagantes. Indias con blancos, mestizas con negros, negras con coyotes y vuelta a empezar. Agítalo bien y obtienes a Mesa. O algo, Dios no lo permita, peor.

—O no —repuso Ledesma. Detuvo su caballo y, con él, la partida de soldados, para observar con mayor detenimiento la columna de humo.

Algunos hombres bufaron. Vamos, sargento, que son amigos. ¿No es nuestro trabajo llevarlos al pueblo apache que los sumas están levantando? ¡Pues será por algo!

—Vale, vamos hacia allí —concluyó, por fin, el sargento—. No quiero que parezcamos amenazantes, pero tampoco todo lo contrario. ¿De acuerdo?

No mucho.

—¿Cómo se consigue algo así, sargento? —preguntó León. Que era en verdad, en dura pugna con tres o cuatro hombres más, el más tonto de la guarnición, pero cuya candidez, en ocasiones, se mostraba tan sagaz como la más aguda de las intuiciones de Orozco o de López.

—Echa la espalda hacia delante y mantén tus manos cerca del mosquete —explicó Ledesma.

No somos peligrosos, pero podríamos serlo. No causaremos problemas a nadie que no nos los cause. Venimos en son de paz y paz es lo que esperamos recibir a cambio.

Adelante. Cabalgaron al trote durante media hora hasta que llegaron al lugar donde ardía la fogata. Una fogata pequeña. Una banda, en consecuencia, poco dada a las cordialidades. Has de conocer este tipo de correlaciones si quieres salir con vida de lugares como este al que se aproximaban.

—Hay que joderse… —dijo Cuéllar.

De todos los soldados de la partida, Francisco Cuéllar era el único que había cumplido los treinta años. Y pensaba cumplir, como mínimo, otros treinta más, de manera que acostumbraba a conducirse con cautela y sosiego. Dos cualidades más que razonables en un dragón que sirve en Nueva Vizcaya.

La banda no tendría más de quince o diecisiete miembros. Habían levantado cuatro tiendas de piel de bisonte y el resto era desolación: cuerpos esqueléticos, miradas lánguidas y la placidez que adviene cuando el hambre extrema ha abotargado todos los sentidos.

—Esta no es la banda de Alonso —dijo el sargento—. Ni la de Domingo Alegre.

Dos guerreros se hallaban en pie y miraban a los soldados. Sostenían sendas lanzas en las manos y, por el modo en el que encaraban la columna española, parecían dispuestos a entablar batalla.

Aunque carecieran de cualquier posibilidad, pues la falta de alimento había dejado a aquellos mescaleros en los huesos.

—Somos amigos —dijo Ledesma, dirigiéndose hacia los dos guerreros. No venimos a luchar, de manera que estaría bien que no nos pusierais a prueba. Sin embargo, nunca se le pide a un mescalero que deje su arma en el suelo. No cuando la tiene asida y sus dedos se cierran en torno a ella—. Somos amigos —repitió Ledesma, nada convencido de que los apaches estuvieran comprendiendo lo que les decía.

Anuncias lo que eres y aguardas acontecimientos. No se puede hacer otra cosa.

La piel de una de las tiendas se abrió y un hombre de unos cuarenta y cinco años se agachó para salir. Llevaba el pelo largo y trenzado a la espalda, le faltaba el ojo izquierdo y se hallaba tan flaco y demacrado como el resto. Ledesma pronto lo reconoció. Y se puso a la defensiva.

—Jefe Tuerto —dijo.

Juan Tuerto. El tipo malo con el que las madres del presidio asustan a sus hijos cuando no quieren comerse la comida. Vendrá el jefe Juan Tuerto y se te llevará con él. Te arrancará la piel a tiras y se comerá la carne de los dedos de tus pies. Sin matarte primero, pues el jefe Tuerto no conoce la misericordia.

De hijos de puta está el mundo lleno. Y Juan Tuerto les lleva ventaja a todos ellos.

—Sargento —dijo Tuerto. Tenía el pecho desnudo y se cubría las partes con un paño que le llegaba hasta las rodillas.

—Hola, jefe Tuerto. Veo que me recuerdas.

—Hace mucho tiempo.

—Sí. Han pasado, por lo menos, dos años desde la última vez que nos vimos. Creíamos que habías partido hacia el norte.

—Lo hicimos.

—Y, como todos, regresasteis.

—Comanches.

Muy bravos, pero no lo suficiente para adentrarse en territorio comanche. Y menos, con el estómago vacío.

—Os lo han puesto difícil, ¿verdad?

El jefe Juan Tuerto no respondió. Se limitó a mirar al sargento Ledesma y a mostrar sus manos huesudas.

—No hay bisontes que comer.

—No.

—Tu gente pasa hambre.

—Sí.

—Comprendo…

Eres un bastardo, Juan Tuerto, pero quizás podamos llegar a un acuerdo. Si prometes portarte bien, por supuesto.

—Orozco —llamó Ledesma.

—¿Sargento? —se acercó el aludido picando muy suavemente a su caballo.

—Dame la garrafa de aguardiente.

—Sí, sargento.

El dragón introdujo su mano izquierda en una alforja de su caballo y extrajo de ella una botella de barro cocido que, acto seguido, extendió a Ledesma. El sargento la tomó, le quitó el tapón con los dientes y, tras escupirlo, dio un largo trago al contenido de la garrafa.

—Bebe conmigo, jefe Tuerto —dijo Ledesma, y le alargó la botella al mescalero.

Durante un rato que a los soldados les pareció interminable, Juan Tuerto no movió un solo músculo de su cuerpo. Vamos, Tuerto, ¿a qué esperas? ¿También en medio de la desdicha muestras orgullo? ¿Acaso te queda? Míranos, hijo de perra. Hasta Mesa, que siempre fue un tío flaco como un palo, está echando papada. Tenemos comida, ¿sabes? Mucha comida. Los tiempos cambian y a nosotros nos está yendo bien. Tan bien que ahora compartimos los víveres con los apaches. ¿Va o no ese trago? Si estamos molestando, podemos dar media vuelta y regresar por donde hemos venido. Nos disgustaría mucho incomodar.

Tuerto, como buen cabrón, era listo. Al menos, lo suficiente como para darse cuenta de que no tenía nada que perder. Quizás un poquito de orgullo, pero no demasiado.

Dio un par de pasos, se situó junto al caballo del sargento y aceptó la garrafa que Ledesma le alargaba. Dio un trago de ella y, a continuación, se la entregó a los dos guerreros que continuaban de pie y lanza en mano.

El sargento sonrió.

—Me alegro de que me consideres tu amigo —dijo.

—Juan Tuerto siempre es amigo de los españoles —repuso el mescalero.

Además de malo, mentiroso. Podríamos recordarte que, hace no demasiado tiempo, tus hombres y tú atacabais los ranchos españoles para robar el ganado. De noche, como lo hacen los auténticos miserables. Cuando en la hacienda no hay más que un par de hombres y algún suma con más miedo que vergüenza.

Pero finjamos que nadie recuerda nada. Que lo pasado, pasado está.

Los guerreros de Juan Tuerto bebieron con avidez. Aguardiente español. Seguro que hacía años que no probabais algo semejante.

—Y dime, jefe Tuerto, ¿qué haces tan cerca de El Norte? —preguntó, relajando su tono de voz, el sargento.

—Nada —respondió con acritud el mescalero.

—¿Nada? ¿Seguro? No quiero problemas, jefe Tuerto.

—No hay problemas. Mi gente tiene hambre. Es todo, sargento.

Quizás fuera una verdad a medias, pero era verdad a fin de cuentas. Saltaba a la vista. Bien, ahora alimentamos gratis a los apaches, así que procedamos.

—¡Orozco! —gritó Ledesma.

—¡Diga, sargento!

—Dadles raciones de comida a estas personas. Tres por cabeza.

—A sus órdenes, sargento.

Orozco, Cuéllar y León descabalgaron y desataron un fardo que contenía medio centenar de raciones de carne seca de buey. No suponían el manjar más preciado del mundo, pero llenaban las tripas. Y hacían que dejaran de rugir.

Cuéllar desenvainó su cuchillo y cortó las ligaduras del fardo. Las raciones, convenientemente empaquetadas, se desparramaron a los pies de Juan Tuerto.

—Comida —dijo el sargento—. Para ti y para tu gente.

Tuerto ni las miró. Y mientras él no diera su aprobación, ninguno de entre los suyos osaría acercarse a ellas. Dignidad apache, ¿comprendes? Puede llevarte a la tumba, pero con la conciencia y el orgullo intactos.

—Vamos, jefe Tuerto… —añadió, en tono afable pero firme, el sargento—. Tienes mujeres y niños ahí detrás. Y me da la impresión de que hace mucho que no comen nada que no sean raíces… Dales nuestra comida. Y bebe otro trago de la botella.

El jefe Tuerto tenía los ojos fijos en Ledesma.

—¿Por qué? —preguntó.

—No entiendo qué quieres decir, jefe Tuerto.

—Por qué vienes. Por qué nos das comida. Y licor.

Ledesma se encogió de hombros. De un modo tan condescendiente que logró ofender a Tuerto.

—Porque podemos —dijo—. Os daremos de comer.

El jefe de la banda no puede alimentar a su gente. En todo el verano, apenas han conseguido cazar un par de piezas no demasiado grandes. Y ahora llegan, venidos de la nada, seis españoles a caballo y nos regalan víveres.

Más de lo que un jefe mescalero puede soportar.

Pero el hambre de su gente era real. Ahí estaban su esposa y sus hijos. Su propia madre y varios miembros más de su familia. La jefatura de la banda le obligaba a cuidar de ellos. En cualquier circunstancia. También en esta. Por ello, Tuerto se tragó la ofensa y permitió, con un gesto de su mano derecha, que dos mujeres se hicieran cargo de las raciones.

—Me alegro de que aceptes nuestro regalo, jefe Tuerto —dijo el sargento. Sabía que sus acciones y, sobre todo, sus palabras, humillaban al mescalero y, no obstante, continuó—: Podemos daros mucha más comida, jefe. Mucha más.

Y aguardiente. Y armas, si decidimos que sois de fiar. No te lo esperabas, ¿verdad? Es posible que se trate de un golpe de buena suerte. El golpe de buena suerte tras el que llevabais tanto tiempo. O es posible que estéis ante lo peor que os podía pasar.

Lo peor: ahora los españoles os alimentan, como hacen con las ovejas.

Tú decides, Juan Tuerto.

El mescalero oyó las voces de los suyos a sus espaldas. Habían abierto algunos paquetes y comenzaban, ruidosamente, a dar cuenta de la carne seca. Está un tanto correosa, pero nos la vamos a comer igual. Gracias, gracias, gracias.

Juan Tuerto asintió. Era su modo de mostrar agradecimiento. Comida a cambio de orgullo. El trato no le hacía gracia alguna, pero no podía permitir que su gente muriera de hambre. Ya habían perdido a dos chiquillos aquel verano. Y uno más en la pasada primavera. Si no lograba que los suyos comieran con regularidad, en un par de años no quedarían ni cinco miembros de la banda con vida.

Claro que siempre podían acercarse a uno de los ranchos y, como en los tiempos de antaño, robar todo lo que precisaran.

Claro que ahora había soldados armados por todas partes. Soldados que, con el sargento al frente, les perseguirían hasta el Pecos e, incluso, más allá. Y lo que es peor: terminarían por darles alcance, por castigarles duramente y por recuperar lo robado.

—¡Eh, Mesa! —gritó Ledesma—. ¡Abre otra garrafa de aguardiente! ¡Los bravos hombres del jefe Tuerto tienen sed! ¡Vamos!

El dragón obedeció de inmediato. En una alforja de la grupa de su caballo guardaba tres botellas de barro con mezcal en su interior. No se trataba de mezcal del bueno, pero se dejaba beber. Y, diantre, los apaches eran capaces de trasegar veneno…

Mesa lanzó una garrafa a uno de los guerreros armados. El hombre, en un gesto bastante rápido para alguien que no llenaba la tripa hacía meses, dejó caer la lanza y atrapó la botella con una sonrisa en los labios.

El sargento permitió que los mescaleros bebieran. En silencio, observó cómo las mujeres, los niños y algún anciano que, Dios sabe por qué, aún conseguía mantenerse con vida, daban voraz cuenta de las raciones que Cuéllar había desempacado con su cuchillo.

Tras un rato en el que el propio Juan Tuerto bebió dos veces más de la garrafa de mezcal, Ledesma decidió que había llegado el momento de ir al grano.

—Jefe —comenzó. Tuerto le miró con su único ojo. Parecía más relajado que un rato antes. El aguardiente comenzaba a hacer efecto —. Jefe, quiero hacerte una propuesta. Una propuesta para ti y para los tuyos. Una propuesta formal y sincera. —Te tragas todo tu orgullo y haces lo que decimos. Sin rechistar—. No tenéis por qué pasar hambre, jefe. No estoy hablándote de entregas puntuales de raciones. No, nada de esto. Me refiero a algo mucho mejor, jefe. Algo con lo que nunca habríais soñado. —El sargento vio la desconfianza en el semblante de Tuerto. Pero su trabajo era intentarlo y lo intentaría hasta el final—. Estamos reuniendo a los

mescaleros en el presidio. Bueno, no exactamente en el presidio, sino en un pueblo junto a él. Un pueblo apache. Sin españoles.

Juan Tuerto no movió una ceja y, sin embargo, Ledesma se dio cuenta de que sus palabras le habían confundido.

—No hay pueblos apaches —dijo Tuerto.

—Ahora sí, jefe. Ahora sí. Hemos comenzado a levantarlo. Cerca del presidio, pero no lo suficiente como para que los españoles os molestemos. Los mescaleros vivirán en paz junto a nosotros. Construiremos casas, desviaremos una acequia para vosotros y cultivaréis vuestros propios maizales.

Ledesma hablaba como si Tuerto y sus muertos de hambre fueran ya parte del plan. Como si, de una forma o de otra, al jefe no le quedara más remedio que aceptar la oferta lanzada por el ejército español. Sabes que no te restan muchas más opciones, ¿verdad? Pues aprovecha la salida que te damos. Es digna y seguirás siendo el gran jefe Juan Tuerto. Ponte tu penacho de plumas, sube a tu escuálido caballo y cabalga frente a tus escuálidos guerreros. Dais escuálida pena, de verdad.

—Se acabó el hambre, jefe Tuerto. Los tuyos no tienen por qué pasar más penurias. Os ayudaremos, desde luego. Habrá raciones de comida durante un año para todos. Necesitáis tiempo para adaptaros a la nueva vida. Para aprender a cultivar la tierra y criar ganado. Vuestro propio ganado, jefe Tuerto. Y todos viviremos felices y en paz. Es una buena propuesta, piénsalo.

Parecía que Juan Tuerto no acababa de comprender.

—¿Un pueblo apache?

—Solo apache. Te lo prometo. El jefe Alonso ha sido nombrado gobernador.

Tuerto no pudo evitar torcer el gesto. No, no le caía bien el malnacido de Alonso. En el pasado, habían mantenido diferencias. Rencillas. Guerras. Somos mescaleros y odiamos a los españoles, a los comanches, a los lipanes, a los navajos y a todos los mescaleros que no pertenecen a nuestra propia banda. Y, a veces, ni siquiera eso.

Es la ley que nos gobierna.

—Los españoles no nos entrometeremos, jefe —continuó, lento y persuasivo, el sargento Ledesma—. De hecho, vosotros mismos os encargaréis de mantener el orden en el pueblo apache. Domingo Alegre ha sido elegido como capitán de guerra. Con él al frente de las bandas, seréis una gran nación. Orgullosa.

Y encerrada entre los muros de un pueblo. Y con el bastardo de Domingo Alegre al frente de todos los guerreros mescaleros. No, Tuerto no acababa de verlo. ¿Se pondría él al lado de Alegre para luchar? ¡Ni en mil años! Todavía le quedaba algo de dignidad en su menguado cuerpo.

—¿Domingo Alegre? —preguntó Juan Tuerto.

—Es de los vuestros. Un mescalero puro.

Otro cabrón. Como Alonso. No, el ofrecimiento del sargento no le parecía tan interesante. Con Alonso y Domingo Alegre al mando del pueblo, ¿qué le quedaría a él? Nada. Cultivar sembrados. Eso había dicho el sargento. Le pondrían una azada entre las manos y esperarían que trabajase como un maldito suma. Agachado sobre los canales de la acequia. La vista enterrada en el suelo y el cuerpo molido tras una dura jornada de trabajo.

¿Y la caza? ¿Nunca más saldrían a cazar?

—Iremos a las llanuras del norte. Necesitamos bisontes. Comida.

Ahora fue Ledesma el que torció el gesto. Los llanos del norte están atestados de comanches hostiles. De problemas. En serio, Tuerto, os vamos a dar mucha más comida de la que podáis engullir. Y lo que es más importante, bastante más mezcal del que un apache pueda trasegar en diez vidas consecutivas. No mentimos.

Pero el teniente habría deseado que fuera flexible. Que realizara vagas promesas con tal de lograr el objetivo. Tráigalos, sargento. No le pido que los ate de pies y manos, pero sí que los convenza. ¿Mentirijillas? A nadie hacen mal. Mienta un poco, sí. Hágalo y después, una vez que los mescaleros se hallen reunidos en el

pueblo, nos ocuparemos de que se sientan tan bien que ya jamás deseen regresar a la vida errabunda. Peligrosa. Hostil.

—Podréis ir a las llanuras del norte —dijo el sargento—. Podréis cazar tanto como queráis. El pueblo no es una cárcel y los apaches seréis libres de ir y venir siempre que lo deseéis. —Mientras no causéis problemas a los españoles. A ninguno. Ni siquiera al más lejano e indefendible de los ranchos—. Lo único que os pedimos es que os conduzcáis en paz. Que respetéis a nuestra gente y que respetéis nuestras leyes.

Juan Tuerto no parecía convencido del todo. A sus espaldas, los suyos continuaban dando buena cuenta de las provisiones entregadas por los soldados. Y los hombres que habían bebido de las garrafas de aguardiente comenzaban a dar evidentes señales de ebriedad.

—¡Los españoles son buenos con nosotros! —exclamó uno de los guerreros flacos de Tuerto.

El sargento se volvió hacia él. Sin prisa. Observándolo desde lo alto de su caballo. Haciéndose una composición de lugar.

—Tú eres Palo, ¿verdad?

El mescalero sonrió ruidosamente. Demasiado mezcal en un estómago vacío.

—Sí… —farfulló—. Así me llaman. Palo.

Porque ya era flaco antes de la hambruna. El guerrero se echó a reír como un demente y durante un rato nadie dijo nada. Ya se cansaría. En esto, la paciencia y el tesón eran importantes. Y el sargento lo sabía.

—Sí, los españoles son buenos con los mescaleros. Os damos comida y aguardiente. Y os proporcionamos una vida mejor.

—¿Mejor que cuál? —intervino, rudo, Juan Tuerto. Era difícil que las palabras de un cara blanca no le ofendieran. Difícil, pues soportar su sola presencia ya resultaba humillante.

—Mira a tu alrededor, jefe Tuerto —contestó, pausadamente, Ledesma—. Os morís de hambre. No es una forma de hablar, jefe. Y te aseguro que no pretendo insultarte. Pero veo lo que está ante mis

ojos. Y lo que ante mis ojos hay es hambre y desgracia. Deja que lo solucionemos. Permite que las cosas cambien para todos.

—¡Los españoles son buenos! —volvió a exclamar Palo. Acto seguido, le dio un nuevo ataque de risa espasmódica. Mostraba una dentadura a la que le faltaba más de la mitad de las piezas.

Juan Tuerto vociferó algo muy breve en lengua mescalero. Ledesma y sus hombres no comprendieron qué decía, pero les pareció que le mandaba callar. Si alguien tenía que hablar allí, ese era él. Todavía era el jefe de la banda. Todavía las decisiones importantes se hallaban a su cargo.

El guerrero enmudeció y el sargento comprendió que Tuerto era capaz de imponer su poder. ¿Por cuánto tiempo? No lo sabía, pero no le extrañaría que fuese hasta el final. Dejar morir lentamente a los tuyos con tal de no dar tu brazo a torcer…

—Vamos, jefe Tuerto, decídete… —apremió, entonces, Ledesma.

La intervención del guerrero había hecho vulnerable al jefe. Un ruido informe de mandíbulas mascando la carne entregada por los españoles se elevaba sobre la conciencia de Juan Tuerto.

Miró a Ledesma y asintió. Sin excesivo énfasis, pero lo suficiente.

—Has tomado la decisión correcta, jefe Tuerto —dijo el sargento, poniendo la espalda recta y sujetando las riendas del caballo con ambas manos—. Encamínate hacia el sur y alcanza el presidio. Una vez allí, dirígete al teniente y dile que os envía el sargento. Él sabrá qué hacer con vosotros.

De repente, el tono de Ledesma había dejado de ser persuasivo para convertirse en condescendiente. Os estamos perdonando la vida, salvajes de mierda. ¿Te entra esto en la cabeza? ¿Sí? ¿Acaso crees que nos costaría algo terminar, ahora mismo, con esta banda de mugrientos? Sois la vergüenza de la nación apache. Y tú, Juan Tuerto, el peor de los jefes que hemos conocido.

El sargento tiró de las riendas para que su caballo se girara. Y, durante un fugaz instante, cruzó su mirada con la del jefe mescalero. Continuaba en pie junto a él. Sin moverse. Con los

brazos pegados al cuerpo, el torso desnudo y su único ojo abierto de par en par. Observando los presuntuosos movimientos de los dragones a caballo.

Fue cuando el sargento lo vio claro. Cuando reconoció que en aquel hombre demacrado y famélico continuaba habitando un guerrero indomable y sanguinario. Estaba dentro, oculto bajo varias capas de adversidad, de desdicha, de incertidumbre y de mala fortuna. Pero vivo.

Vivo y dispuesto a brotar a la superficie en cuanto menos nos lo esperáramos.

* * *

Al día siguiente, unas cuatro leguas hacia el sur, hallaron a Patule el Grande y a su banda. Se hallaban acampandos junto a un pequeño curso de agua y aseguraron no saber nada de Juan Tuerto ni de los suyos.

—Mejor, sargento. Tuerto no es bueno —afirmó, rotundo, Patule.

No le habían llamado el Grande en un arranque de euforia, no. Patule era el único mescalero al que todos al norte del Río Grande debían mirar levantando la cabeza. Alto, musculoso y de piel notoriamente más clara que el resto de los de su raza, eran muchos los que pensaban que Patule no era apache. No un apache de sangre pura. Pero, ¿acaso alguien podía alcanzar la jefatura de su propia banda sin serlo?

Quién podía saberlo. Los apaches siempre mostraban comportamientos extraños. Erráticos, si se quiere. Hoy opino una cosa y mañana lo contrario. O no. Imprevisibles al modo en el que la imprevisión forma parte esencial de tu manera de comprender el mundo.

Y luego, la cierta indulgencia con la que Patule intervenía. ¡Claro que él y su banda habían robado a los españoles en el pasado!

¡Claro que continuarían haciéndolo si pudieran! Pero Patule no se ensañaba con las víctimas. No incendiaba las haciendas ni, a no ser que le hicieran frente, mataba a los colonos. Al contrario, se aseguraba de que quedara algo tras él para, en uno o dos años, regresar y volver a robar lo producido en el intervalo.

Un tipo listo, Patule. Partidario de la reflexión y del buen juicio y poco amigo de las acciones impulsivas. Lo dicho: diríamos que no es apache.

Tan listo que en ninguno de la treintena de miembros de su banda se advertía signos de desnutrición. Tampoco parecía, al menos en un primer vistazo, que anduvieran sobrados de víveres, pero hambre, hambre como la que Juan Tuerto y los suyos se hallaban soportando desde hacía meses, no existía en aquel lugar. Mejor para ellos; peor para las intenciones de Ledesma.

—¿Un trago, jefe Patule? —preguntó, todavía desde lo alto de su caballo, el sargento. No había dado la orden de desmontar y sus dragones permanecían a la expectativa. Tranquilos, pues no parecía que los guerreros de Patule fueran a darles problemas, pero sin bajar del todo la guardia.

—¿Es bueno el aguardiente? —preguntó el jefe mescalero.

—El mejor —mintió sin titubeos el sargento.

—En ese caso —sonrió Patule—, aceptamos.

Ledesma desmontó e hizo una señal a Cuéllar. Mezcal para todos. En abundancia.

Los dragones comenzaron a descabalgar. Mesa hizo ademán de desenfundar su mosquete, pero Ledesma se apresuró a negar con la cabeza. No, no mostremos recelos, ¿de acuerdo? Patule nos respetará.

Los guerreros de la banda eran jóvenes y tenían un aspecto saludable. Aceptaron el aguardiente que Cuéllar les tendía, pero aguardaron a que su jefe bebiera antes de hacerlo ellos. Después de dar unos tragos, devolvieron las botellas de barro a los dragones y no prestaron excesiva atención al alcohol.

Apaches que no dan muestras de enemistad y que se desentienden con facilidad del mezcal. Ledesma tuvo que realizar un esfuerzo para recordar que se hallaba frente a auténticos mescaleros. Los mismos salvajes que llevaban siglos aterrorizando a las misiones españolas establecidas entre el lugar que ahora pisaban y El Paso.

—Busco al jefe Alonso —anunció Ledesma tras una pausa. Se habían sentado en el suelo y todos, mescaleros y españoles, cruzaban las piernas frente a sí. Una postura realmente incómoda que terminaba por hacerte polvo la espalda.

—Llevamos una vida tranquila —repuso Patule. Observaba al sargento, pero ignoraba la presencia de los dragones. Un jefe mescalero solo se dirige a los de su rango. Y Ledesma, afortunadamente, parecía tenerlo para Patule.

—No lo dudo, pero me gustaría saber si lo has visto en los últimos días.

Patule se tomó su tiempo antes de responder.

—No lo he visto.

—¿Y a Domingo Alegre? ¿Has visto a Domingo Alegre? También lo busco. A él y a las bandas de Bigotes y de Volante.

—Sé que ahora lucháis juntos. —La réplica de Patule el Grande sorprendió a Ledesma—. Tranquilo, sargento —sonrió el jefe mescalero al advertir el pasmo en la cara del militar—. Nosotros también odiamos a los lipanes.

Ledesma tomó aire. Si ahora mismo Patule se levantara y afirmase que sentía a los lipanes como sus hermanos más queridos, habría resultado una contrariedad. De las importantes.

—Quisimos invitaros a la batalla —explicó el sargento—, pero no os encontramos.

—Fuimos hacia el norte.

—¿Hacia tierra comanche?

—Sí.

—¿No es peligroso?

—Lo es. Pero necesitaba cazar bisontes.

Patule se llevó los dedos a la boca y luego, con la cabeza, señaló el lugar donde se hallaban sus mujeres y sus niños.

—Hay que comer —dijo el sargento.

—Hay que comer —confirmó el jefe mescalero—. Aunque eso suponga luchar contra los comanches.

Ledesma vio la oportunidad y decidió no dejarla pasar.

—¿Y si te ofrezco un modo de dar de comer a los tuyos sin tener que arriesgaros en las llanuras?

—El riesgo es parte de la vida.

—Lo sé, lo sé, jefe Patule… No quería ofenderte ni cuestionar tu valor y el de tus guerreros. Pero, ¿no crees que existe un modo mejor de garantizaros el alimento diario sin internaros en la peligrosa tierra comanche?

Patule el Grande no parecía comprender. De hecho, hasta se encogió de hombros. ¿Se ha caído el sargento del caballo? ¿Se ha dado un golpe en la cabeza cuando os dirigíais hacia aquí?

—Piénsalo, jefe Patule —continuó Ledesma, inclinando su cuerpo hacia delante—. Nosotros tenemos la comida que precisáis. Y conocemos el modo de conseguir más.

El jefe mescalero comenzó a sonreír abiertamente. De inmediato, sus guerreros le imitaron. El cara blanca estaba de broma y ellos sabían reconocer cuándo alguien estaba de broma. Muy bueno, sargento, muy bueno. ¿Va a decirnos que ahora la comida es gratis? ¿Que cae de los árboles?

De los árboles no, pero viene en carretas desde Chihuahua. Como mínimo, durante un año. Digamos que provisionalmente. Mientras el asentamiento apache se pone en marcha.

—Hemos fundado un pueblo junto al presidio de El Norte —anunció, solemne, el sargento—. Un pueblo apache. Exclusivamente apache. Queremos que vengáis a vivir junto a nosotros.

Ledesma no se acostumbraba a escucharse hablando de aquella forma. Por más veces que lo repitiera, aquellas palabras siempre sonaban, en sus oídos, grotescas.

—Levantaremos casas para vosotros y corrales para el ganado —concluyó.

Patule soltó una carcajada. De nuevo, sus guerreros le imitaron. ¿Pero podía ser verdad que aquel hombre le estuviera hablando en serio? ¿Casas para los apaches? ¿De adobe? ¿Y corrales?

De pronto, el jefe mescalero se serenó. Y frunció los labios hacia arriba. En ese característico gesto que haces cuando, quizás, lo que te estén proponiendo no te parezca tan mal.

* * *

Cabalgar bajo aquel intenso calor no era el problema. Los dragones estaban acostumbrados a hacerlo y en rara ocasión protestaban por ello. Es el trabajo que has elegido. El único para el que servías o en el único en el que te aceptaron. En cualquier caso, estás aquí, sabes cómo son las cosas y las asumes. Si las soldadas llegan a tiempo, si el capitán no impide la presencia de un par de fulanas en el presidio y si el mezcal resulta razonablemente trasegable, ¿es o no el mundo un lugar maravilloso?

El problema acaece cuando te envían a patrullar sin rumbo fijo. Sales ahí fuera, contemplas la inmensidad que se despliega ante ti y se te encoge el alma. Lo hace porque, qué remedio, tú ahora tienes que recorrértela de norte a sur y de este a oeste. Buscando apaches. ¡Buscando apaches para rogarles que, por favor, se atengan a la palabra dada y tengan a bien encaminarse en paz hacia el presidio de El Norte! Los sumas tienen el trabajo muy avanzado, ¿sabéis? El pueblo está quedando precioso. Vuestro pueblo. Vamos, hombres de Dios, hacednos caso y regresad con nosotros. Veréis cómo todo sale bien.

—Quien debería estar aquí es el tal Croix —dijo, mientras cabalgaban en fila de a dos, Orozco—. Eso es. Que se suba él a un caballo y que busque a los putos mescaleros de los cojones. Yo ya estoy harto.

—Cierra el pico, Orozco —le espetó, con nulo énfasis, Ledesma. Cabalgaba en cabeza y tenía siempre la mirada puesta en el frente. Y esa sonrisa que no era sonrisa en sus labios. Ya sabes, parece que ríe, pero solo es su expresión natural.

—Pero, sargento… —protestó Orozco.

—Tiene razón —intervino Mesa. Los hombres hablaban despacio. Cuando el calor aprieta y la cuera se pega a la piel, lo mejor es no gastar energías en vano—. Si Croix quiere a los mescaleros en el presidio, que venga él a buscarlos.

—Cierra el pico tú también, Mesa —repuso Ledesma—. El comandante general da las órdenes que considera oportunas y nosotros las cumplimos. Sin rechistar.

—Pero si…

—Sin rechistar, Mesa.

Un calor que ahuyentaba hasta a los lagartos. Hacía rato que el terreno se había vuelto llano y que apenas observaban vegetación. De pronto, el sargento levantó una mano, mandó parar la columna y exclamó:

—¡Por todos los santos…!

—¿Qué sucede, sargento? —preguntó, confuso, López. Cabalgaba justo detrás de Ledesma y tiró levemente de las riendas de su caballo para salirse de la fila y avanzar un par de pasos.

—No pensaba que estuviéramos tan al norte… —reflexionó Ledesma. Hablaba en voz alta, pero parecía que lo hiciera para sí—. ¡Joder!

—¿Tan al norte, sargento? ¿Nos hemos desviado mucho de la ruta prevista?

En primer lugar, nosotros no disponemos de nada parecido a una ruta prevista. Y en segundo lugar, sí, nos hemos desviado una barbaridad.

—Esto es la Jornada del Muerto. Sin duda lo es… —dijo, con voz preocupada, el sargento.

La Jornada no era un período de tiempo. Era un lugar. Treinta y cinco leguas sin agua ni protección en un estrecho corredor entre las

montañas de San Andrés y el Río Grande. Entras ahí y has de vértelas con lo que hay dentro. La llaman del Muerto por algo y no hay que ser demasiado listo para adivinar por qué. Hasta el imbécil de León lo sabe. Míralo: grande como un castillo y con el corazón a punto de salírsele por la boca.

Si entramos en la Jornada, no es improbable que terminemos resecos al sol. Diablos, el propio nombre te lo advierte…

—¿Y si están ahí, sargento? —preguntó Cuéllar—. Ya sabe, Alonso y su banda…

¿Por qué habrían de estarlo?

¿Quizás porque para los mescaleros esto es como su territorio más querido? Los muertos a los que hace alusión el nombre del paraje son siempre españoles. Viajeros, frailes, soldados, comerciantes. Gentes que van del norte hacia el sur. Que atraviesan la Jornada del Muerto para no dar un enorme rodeo en la ruta hacia Santa Fe. Se arriesgan para ahorrarse diez o doce días de camino y acaban dando la vida por ello.

Del muerto. Español.

Ledesma se pasó dos dedos por la nariz. Se rascó el mentón y bajó la mano a la cantimplora.

—¿Cómo vamos de agua? —preguntó.

—Más de la mitad, sargento.

—Suficiente, sargento.

—De sobra, sargento.

Parecía que los muy idiotas tenían ganas de avanzar. Vamos. Seguro que Alonso está dentro. Habrán acudido a la Jornada para despedirse de ella. Tierra que fue apache y en la que los apaches vivimos nuestros años de gloria. Ahora nos van a hacer españoles. Españoles o algo por el estilo. Han dicho que levantarán casas de adobe para nosotros y que nos enseñarán a cultivar la tierra. Como hacen los sumas y los julimeños. Sí, pronto los mescaleros seremos como ellos. Tendremos que trabajar para ganarnos la vida. Una vida que será aburrida e infeliz como pocas, pero, ya sabes… Los tiempos cambian y los mescaleros con ellos.

¿Qué tal un último viaje a la Jornada del Muerto? Merece que nos despidamos como es debido de un lugar así. De las piedras, del viento, de la tierra, de las nubes. De lo que fue nuestro y ahora queda, para siempre, abocado al olvido.

—De acuerdo —accedió, sin tenerlas todas consigo, el sargento —. Iremos. Pero maldita la gracia que me hace.

Los hombres, un tanto absurdamente, experimentaron cierta euforia. Ninguno de ellos había estado allí dentro, pero todos conocían las historias que se contaban acerca de la Jornada: muerte, horror y desolación. ¿Quién en su sano juicio no echaría un vistazo? ¡Si estamos a sus puertas…! Además, carajo: somos soldados, estamos bien armados y llevamos semanas sin pegar un solo tiro. ¡Entremos!

Entraron. El sargento reordenó la fila y se pusieron en marcha. Despacio, en silencio y con los ojos bien abiertos. No existe otro modo de aventurarse en la Jornada del Muerto. Si Alonso, Domingo Alegre o alguno de los otros jefes se hallaban ahí dentro, lo encontrarían. Y le obligarían a cumplir con la palabra dada.

¿Estáis seguros de que llevamos agua suficiente?

* * *

Cabalgaron dos días en dirección norte. Sin prisa y con el silencio más desolado apoderándose de todo: de los soldados, de las monturas, del entorno, de la mismísima conciencia que de ellos mismos y de su misión tenían. Ahí estaban y, por momentos, se sabían solos.

Perfectamente solos.

O eso creían.

En la segunda de las noches en la Jornada del Muerto, Mesa hacía la primera guardia. En pie, junto a una hoguera que se extinguiría pronto. Los hombres dormidos y la inquietud casi solidificándose en torno al dragón. Mesa escudriñó las inmediaciones

del campamento y creyó escuchar una voz. Una voz que hablaba en español y que, podría jurarlo, se dirigía a él.

El dragón no se lo pensó dos veces. Si estás en la Jornada del Muerto y alguien, desde la oscuridad, te habla, carga el mosquete. Aunque lo haga en español. Tú ten el arma cargada, apunta hacia el lugar desde el que proviene la voz y no vaciles a la hora de disparar. ¿Españoles? Veremos.

Salva la vida. Es lo primero.

Pero, ¿estaba seguro? ¿Estaba seguro de que la voz era de verdad? ¿La oía o se la imaginaba? Mesa levantó el mosquete, lo apoyó en el hombro y, cuando lo hizo, escuchó los latidos de su corazón en la carótida.

Calma, Mesa. Cálmate o despierta al sargento. Elige.

No, no despertaría al sargento si no estaba, primero, seguro de que la voz que había escuchado era real. Sí, eso es lo que haría. Caminar hacia la oscuridad, alejarse de la hoguera y comprobar si algún mescalero malnacido le estaba tomando el pelo. Alonso, como seas tú, te meto un tiro entre las cejas. Aunque el comandante general Croix me arreste para lo que queda de año.

Nadie susurra a un dragón desde las sombras.

Unos cinco minutos después, volvió a oírla. ¿Quería ello decir que las voces eran reales? No saquemos conclusiones precipitadas. Quería decir que las oía. Que el viento, las alimañas o Dios sabe qué producían un ruido ambiguo que a Mesa le parecía una voz. Tanto como para avanzar, paso a paso, con el mosquete cargado y en el hombro.

—Sácanos de aquí…

Fuese o no el viento, hablaba en un español meridianamente claro.

—Llévanos de regreso a casa…

Mesa se dio cuenta de que el sudor le resbalaba a chorros por las sienes. Joder, ahora sí. Ahora despertaría al sargento. Ninguna ráfaga de viento silba con acento de El Paso.

El dragón comenzó a retroceder sin girarse. Había alguien ahí delante, en la oscuridad, y por nada del mundo dejaría de apuntarlo con el mosquete.

—Sargento… —susurró Mesa cuando llegó a la posición en la que los hombres dormían a pierna suelta.

Ledesma abrió los ojos, vio a su hombre con el mosquete al hombro y, de un salto, se puso en pie.

—¡Arriba todos! —ordenó sin alzar la voz. Dormían descalzos, pero con la ropa puesta—. ¡Los mosquetes! ¡Cargad!

Los soldados obedecieron de inmediato y en poco más de medio minuto apuntaban en la misma dirección en la que lo hacía Mesa.

Lo primero es lo primero. Y lo segundo, si procede, va después. Explícate.

Te tenemos cubierto, Mesa. Ahora dinos qué carajo pasa aquí. ¿Hay apaches en la oscuridad? ¿Agazapados, quizás? ¿Reptando como culebras hacia nosotros?

—He oído a alguien —explicó el dragón sin dejar de apuntar.

Seis hombres con los dedos en los disparadores. Seas quien seas, sal con las manos en alto. No tienes ninguna oportunidad, ¿sabes?

—¿Seguro, Mesa? —preguntó Ledesma sin dejar de escrutar la oscuridad.

—Seguro, sargento.

De acuerdo, vamos. No resulta sensato caminar por la arena sin las botas puestas, pero lo es menos bajar las armas sabiendo que ahí delante hay alguien.

Da por hecho que cualquiera que halles en la Jornada del Muerto es el enemigo. Dalo, carga y camina con paso firme.

Los seis hombres avanzaron diez, quince, veinte pasos. La hoguera quedaba atrás y la oscuridad, por momentos, se volvía más espesa. Más densa y áspera. Más, si quieres, pegada a la piel.

—No veo nada —dijo López.

—Sigue —ordenó Ledesma—. A tu derecha. León, cúbrenos las espaldas.

León no respondió, pero se giró y encañonó el lugar por el que habían venido.

Bien. ¿Y ahora qué?

—Le juro que escuché voces, sargento.

—¿Comprendiste lo que decían?

—Sí, sargento.

—Pero tú no hablas mescalero.

—No, sargento. Las voces me hablaron en español.

Un escalofrío recorrió el espinazo de los hombres. El de Ledesma también.

—No me jodas, Mesa… No hay nadie en treinta leguas a la redonda que hable español. Nadie, excepto nosotros seis…

—Pues la voz habló en español.

—¿Y qué te dijo?

No corría ni la más leve brisa. Nada. El viento detenido, un silencio completo y circular y la insoportable sensación de que algo estaba a punto de salir mal.

—Me pidió ayuda. Ayuda para regresar a casa.

—Joder, Mesa, eso es imposible…

Era Orozco el que había hablado. Un tío feo y sin botas que apunta con su arma cargada en la oscuridad. Es imposible que alguien pida ayuda. Lo es porque, y no nos cabe duda al respecto, ahí delante no hay españoles.

No, al menos, vivos.

—¡Cállate, soldado! —ordenó el sargento, tratando de controlar la situación.

Orozco obedeció. Resollaba como un caballo tras una galopada de tres leguas. Hay alguien ahí delante. Mesa lo ha oído y nosotros confiamos ciegamente en la palabra de Mesa. Está ahí. Está delante de nosotros.

—Voy a disparar —dijo Cuéllar, muy nervioso.

—¡No! —ordenó Ledesma—. No hasta que estemos seguros.

Y, de repente, Mesa escuchó claramente cómo la voz le volvía a hablar:

—Llévame a casa…

—¡Mi madre! —gritó—. ¿La habéis oído? ¡Ahí delante! Cuatro pasos frente al sargento.

—¿Dónde, Mesa? —preguntó el sargento, presionando un poco el disparador del mosquete. ¿Dónde?—. ¿Veis algo?

A Cuéllar le castañeteaban los dientes.

—Es blanco —dijo.

—¡Dónde, cojones!

—Seis pasos delante de usted, sargento. Una figura de color blanco.

—¡No la veo! ¡No la veo! ¿La ve alguien más?

El sargento estaba a punto de abrir fuego. Todos estaban a punto de abrir fuego. Ya solo restaba saber contra qué.

—Creo que yo sí… —titubeó López.

—¿Crees? Carajo, López, ¿ves algo o no ves nada?

López hizo un esfuerzo sobrehumano para concentrarse.

—Una mujer joven. Lleva un vestido blanco. Está delante de usted, sargento. Seis pasos. Ni uno más.

—¡Que nadie dispare!

¿Y si era de los nuestros? ¿Y si era una española que se había perdido?

Sí, pero, ¿quién se pierde y llega hasta aquí por sus propios medios? Perderse, ¿de qué?

—Hay comitivas que avanzan por este lugar —añadió el sargento—. Es probable que…

No terminó su frase porque, de pronto, alguien efectuó un disparo.

Después otro. Y un tercero.

—¡Parad! —gritó el sargento—. ¡Y cargad de nuevo! ¡Deprisa!

—Lo siento, sargento —farfulló atropelladamente Mesa—. Se me ha resbalado el dedo.

—¡Carga, cabrón!

Mesa había sido el primero en abrir fuego. Después, casi en un acto reflejo, Orozco y Cuéllar le habían imitado. Un disparo hacia la

oscuridad. Ahí delante. No puedes hablarnos en español desde la garganta del lobo y pretender que no nos tiemble el pulso. Endiablada voz.

—¡Llevadme a casa!

—¡La he oído! —exclamó, desencajado por el miedo y la euforia, López—. ¡Virgen santa, la he oído! ¡Está ahí mismo!

—¡Señora! —gritó Orozco—. Somos soldados españoles. ¡Señora!

El sargento Ledesma dio un paso hacia el frente y apuntó. Apuntó, apuntó, apuntó. Y escudriñó una vez más.

—¡No veo nada! —concluyó—. Ahí no hay nadie.

—Le juro por mi santa madre que la he escuchado hablar, sargento —repuso López avanzando y situándose a la altura del sargento.

—No dejes de apuntar. Esto no me gusta nada.

—¡Quiero irme a casa! ¡Llevadme a casa…!

—¡De nuevo! —gritó, medio loco, López.

—¡Señora! —vociferó Orozco.

—¡Tened cuidado! ¡Cuidado! —se desgañitó el sargento.

—¡La oigo de nuevo! —exclamó Mesa—. ¡Señora! ¡Venga! ¡Le ayudaremos! ¡Somos amigos! ¡Soldados del presidio de El Norte!

—¡No hay nadie! —gritó Ledesma.

—¡La oigo! —insistió Mesa.

—¡Y yo! —se sumó López.

—¡No está! ¡Os digo que no está! —zanjó el sargento—. Vamos a retroceder. Despacio, hacia la hoguera. No bajéis los mosquetes. No dejéis de prestar atención.

—¡Señora! —volvió a gritar Orozco.

—¡Cállate! ¡Y al próximo que dispare lo degüello! —ordenó Ledesma. Y volvió a decir—: Ahí no hay nadie.

—¡Sargento! —exclamó, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando, Mesa.

—He dicho que no hay nadie. Te lo has figurado.

—¡Yo no me he figurado nada! ¡López también la ha oído! ¡Y la ha visto!

—Yo también la he visto —terció Cuéllar—. Tenía el pelo rubio.

—Negro —rebatió López.

—No, rubio. Estoy seguro. Un vestido blanco y el pelo rubio. Y era muy guapa.

—Era morena. Con largas trenzas cayéndole por los hombros.

El sargento separó el mosquete del cuello. Lo sujetó por el cañón con la mano izquierda y lo volteó para posarlo en el suelo.

—Descansad —dijo—. No hay nadie.

—Pero…

—¡Que no hay nadie! —rugió—. Ya basta. Mesa, sigues de guardia. El resto, a dormir.

Como si, tras aquello, alguien pudiera pegar ojo en lo que restaba de noche.

* * *

Al alba, estaban todos en pie. Con las botas y las espuelas puestas y el sombrero calado. ¿Nos largamos de una santa vez, sargento? Ya masticaremos un pedazo de carne seca por el camino. Pero de aquí nos vamos cuanto antes.

Jamás se había visto a los dragones de El Norte ensillar los caballos a tanta velocidad.

¿Y la mujer de blanco? Pues decididamente no existe. Así lo asegura el sargento y así lo creemos todos. ¿Que Cuéllar y López la vieron? Bueno, pues quizás sí o quizás no. A fin de cuentas, la noche era casi de luna nueva y apenas se veía nada. Puede que se tratara de un puma. O de una roca. O del viento levantando arena en mitad de la noche.

Raro, porque, desde el preciso instante en el que habían entrado en la Jornada del Muerto, el aire se había detenido. Quieto.

Encallado en las puertas del desierto. Idiotas, vais donde ni el viento va.

Puede. Pero ya que hemos llegado hasta aquí, continuaremos. ¿Cuál era el plan? Oh, sí, buscamos a Alonso y a su gente. El gobernador del pueblo apache junto al Río Grande. Dijo que vendría y no cumplió con su palabra.

Y ahora nosotros vemos fantasmas por su culpa.

Porque, tras un largo rato cabalgando en silencio, los hombres comenzaron a murmurar. Hablamos sobre lo que ha sucedido o nos volvemos locos.

Hablemos.

—Yo creo que no vi nada —dijo López. Cara bonita López.

—¿Y lo dices ahora? Yo abrí fuego, cabrón —replicó Orozco. Feo culo de mulo Orozco.

—Vale, tío, lo siento… Se me fue la cabeza —trató de calmar a su compañero López—. La culpa es de Mesa, que se puso histérico.

—Tu puta madre —intervino el aludido—. Yo sé que oí lo que oí. Voces, tíos, voces que me hablaban en español.

—Yo también creí oír voces —sonrió López—. En fin, qué se yo… Nos pusimos nerviosos, eso es todo…

—Pero efectuasteis tres disparos —se inmiscuyó el sargento—. Mesa, Orozco y Cuéllar. Por este orden, si no me equivoco.

Culo de mulo Orozco trató de quitarle hierro al asunto:

—Qué son tres balas, sargento…

—No es por la munición, tarado. Es por todo lo demás. ¿Y si realmente había una mujer española frente a nosotros? La habríais acribillado a balazos.

—De noche y sin luna es bastante probable que hubiéramos errado los tiros.

—Estate seguro de que Cuéllar sí.

Los hombres rieron. Una risa tonta y desganada. Reír por no llorar.

—Pero, ¿en qué quedamos? —intervino, por primera vez, León. No, no acababa de comprenderlo del todo—: ¿Había o no había

mujer?

Había miedo para dar y repartir. Miedo tan intenso que a punto estuvo de convertirse en pánico. El miedo de los que pernoctan en la Jornada del Muerto. Poca agua, mucho calor y demasiado polvo. Ah, y apaches. No los ves, pero están ahí. Los españoles le pusieron el nombre al paraje. Y fue en honor de todos aquellos a los que ellos rajaron el cuello.

—Aquí no hay nadie —cambió de tema Orozco. Y no mentía: atravesaban una enorme planicie que les permitía ver tres o cuatro leguas en todas direcciones; no hay nadie, no hay nada.

Nosotros sin agua, sin viento y sin las ideas claras.

—Seguiremos un poco más —dijo el sargento—. Hasta esta noche.

¿Y después?

Nadie contestó. Si alguien se había resistido a entrar en la Jornada, ese había sido el sargento. El resto, maldita la hora, se empeñó en cabalgar hacia el centro del lugar. Y, mira, ahí mismo es donde ahora se hallaban. En medio de una soledad tan punzante que hasta el monótono sonido de los cascos de los caballos se agradecía como el más grato de los regalos.

Cuando el sol estuvo en lo alto del firmamento, se detuvieron durante media hora para que las monturas descansaran. Cuéllar sugirió la posibilidad de encender una fogata para calentar algo de comida, pero nadie le secundó. No había leña; ni ganas; ni apetito.

Sigamos. De nuevo sobre los caballos, avanzaron hasta que una loma apareció en el horizonte. El sargento la observó y decidió que irían hacia allí. En dos o tres días más, alcanzarían el extremo norte de la Jornada y saldrían de aquel lugar que tan de los nervios ponía a todos.

Jamás te acostumbras a cabalgar con tanta calma a tu lado. Porque la calma, aquí, es miedo. Miedo al silencio, miedo a lo que se esconde tras él, miedo a que, de pronto y sin previo aviso, el mundo se detenga. Si es que, diablos, no se ha detenido ya. Y nosotros, aquí.

Por la tarde, cerca ya de la loma, Mesa se paró.

—¿Qué sucede? —preguntó el sargento, haciendo lo propio.

Los caballos percibieron el nerviosismo de los hombres y relincharon varias veces. Cuéllar y León tuvieron que hacer un esfuerzo para que no se les fueran hacia delante.

A pesar de lo de la noche anterior, a Ledesma no le cabía duda de que Mesa era un buen soldado. Inteligente, sensato y poco dado a cometer estupideces.

—¿Por qué nos hemos detenido, sargento? —preguntó León.

—¿Qué pasa, Mesa? —volvió a interesarse Ledesma—. ¿Qué coño pasa?

Mesa ladeó levemente la cabeza. Entreabrió los labios y se mantuvo alerta. Muy despacio, casi de forma imperceptible, acercaba la mano a su mosquete.

—¡No jodas, Mesa! —intervino, taxativo, Orozco—. De verdad, no me toques los cojones más. ¡Qué carajo sucede aquí!

—Está cerca —dijo Mesa—. Puedo oírla.

—No seas hijo de mala madre, cabrón… —le replicó López—. Aquí no hay nadie, hostias. Mirad.

Miraron. Leguas de distancia y de desierto. Soledad absoluta y una loma no demasiado alta a media hora de distancia de ellos.

—Creo que está allí —dijo Mesa.

—¿En la loma? —preguntó Orozco, visiblemente enfadado—. Virgen santa, si está a, por lo menos, media hora de distancia… No puedes oír, desde aquí, a nadie que esté allí.

Al menos, a ningún ser humano. A ningún ser humano vivo.

Mesa giró la cabeza para mirar a Orozco.

—En la loma —concluyó.

—Imposible.

—En la loma.

¿Sargento?

—De acuerdo, calma. Vamos a ir al lugar que indica Mesa.

—Pero, sargento, es absurdo —protestó Orozco—. ¿Cuánta distancia hay de aquí a la loma? ¿Media legua? Puede que más. Y

usted sabe tan bien como yo que nadie puede escuchar voces a tan larga distancia.

—Yo confío en Mesa —zanjó Ledesma, chasqueando la lengua para poner en marcha su caballo.

Todos confiamos en Mesa. Es un buen dragón y cualquier hombre se sentiría feliz de servir a su lado. Pero lo que es imposible, es imposible. Y Mesa no puede escuchar voces a media legua de distancia.

Algo que, por cierto, hasta el propio Mesa sabía.

—Mirad —dijo mientras todos se ponían de nuevo en marcha—, os juro que la mujer está ahí delante. En la loma.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Porque lo sé. Por el mismo motivo que haría que el resto lo supiera.

—Es una española atrapada en este lugar —explicó Mesa. Causaba escalofríos escucharle hablar de aquella manera: calmado, algo triste; exhibiendo una seguridad impropia en los soldados de Nueva Vizcaya—. Está aquí y es nuestro deber llevárnosla con nosotros.

—De regreso a casa —remató López.

—De acuerdo, basta ya —intervino el sargento. O terminaba con aquello, o la dotación perdía el juicio—. Vamos a ir hacia la loma. Y me da igual que la mujer esté allí o no lo esté. De hecho, me da igual que la mujer exista o no. Iremos. Iremos porque si Alonso se oculta en la Jornada del Muerto, es muy probable que lo haga en esa loma. No hay muchos más escondites por aquí…

Era un razonamiento con muy poco fuste y Ledesma lo sabía. Pero sabía también que él era el sargento y que tenía el deber de mantener cuerdos a los hombres bajo su mando.

Se trataba del lugar. De la Jornada. Ledesma estaba seguro de ello. El lugar les había envuelto desde el mismo instante en el que pusieron pie en él y se empecinaba en volverlos locos a todos. Pocos salen con vida de la Jornada del Muerto y, sea lo que sea lo que aquí

habita, se asegura de que los que lo hacen, no alberguen deseos de regresar.

Nunca.

Alcanzaron la loma y comenzaron a ascender por ella. Y aunque la pendiente no era excesiva, los caballos se mostraban reacios a continuar.

—¿Qué cojones les pasa, sargento? —preguntó, extrañado, Cuéllar.

—Están cansados —contestó Ledesma.

—Cómo van a estar cansados si…

—Están cansados. Cierra la boca.

Mesa, ¿es este el sitio? ¿Desde aquí provienen las voces de la mujer? Convendría aclararlo, porque la loma no resulta un lugar agradable. ¿Sientes la presión? El nervio de aire que nos circunda. Las almas de mil españoles muertos.

Aquí. En la loma.

—Llevadme a casa…

—¡Joder! —gritó López, saltando de la silla de su caballo, poniendo pie en tierra y desenfundando su mosquete—. ¡La he oído! ¡La he oído! ¡Está aquí!

Y entonces, solo entonces, el resto también la oyó.

—Ayudadme…

Mesa, Cuéllar, León, Orozco y el propio sargento descabalgaron al unísono y echaron mano de sus mosquetes. León había desenfundado un puñal de doce dedos y lo sostenía entre la mejilla y el hombro mientras cargaba a toda velocidad. Las armas no resultan efectivas con los fantasmas, pero, ¿acaso se te ocurre otra cosa?

Dispararemos contra todo lo que se mueva. Español o apache. Vivo o muerto.

—Me estoy cagando encima, sargento —dijo Cuéllar. Y a juzgar por su mirada, no hablaba en sentido figurado.

—¡Venga, hostias, que no tenemos todo el puto día! —exclamó Ledesma.

—Ahora sí que lo ha escuchado, ¿verdad, sargento? —preguntó Mesa, y escupió dentro del cañón la bala que había guardado en la boca antes de poner pólvora en la cazoleta.

Reconocería que sí, si no llevara los galones en la casaca.

—No he oído nada, tarado —dijo—. ¡Y termina de cargar de una puta vez!

¿Luchamos contra los apaches o contra los fantasmas? ¿Es esto la locura o todavía puede decirse de nosotros que estamos en el extremo cuerdo del mundo?

El sargento dio una palmada en la grupa de su caballo para alejarlo unos pasos. Los dragones le imitaron.

—Adelante —ordenó—. Que nadie se separe de mí.

No tendría que pedirlo de rodillas. Durante cinco interminables minutos, los seis hombres caminaron en apretado grupo. Llevaban los mosquetes en el hombro y apuntaban hacia el frente. Hacia la loma. Hacia lo que se suponía que había en la loma.

Lo que les producía tanto miedo.

—Mesa, eres un hijo de puta —dijo Orozco con un ojo cerrado y el otro abierto.

—Vete a la mierda, Orozco —replicó Mesa sin contemplaciones —. Yo no me he inventado nada. Y lo sabes.

—No digo que lo hayas hecho. Pero estamos aquí por tu maldita culpa.

—¿Por la mía?

—Sí, por la tuya.

Porque por la de alguien tenía que ser. Continuad hablando, pues nuestras palabras son reales, sabemos que lo son y ello nos reconforta. Es poco, pero, dadas las circunstancias, no se puede pedir más.

—Vete a la mierda, Orozco —repitió Mesa.

—Tú la has escuchado tan claramente como yo. Es lo que te toca los huevos, ¿verdad? La oíste implorando ayuda.

—Por mí podemos dejarla aquí —intervino Cuéllar. Hablaba un tanto atropelladamente. Como si, mientras lo hacía, luchara para

tragarse de nuevo el corazón—. Mirad, sí, ¿qué os parece la idea? Damos media vuelta, retornamos a los caballos y cabalgamos hacia el sur. A galope tendido.

—Y reventamos a los animales antes de que anochezca. Una idea cojonuda, Cuéllar. Tú sí que llegarás a coronel.

—Es mejor reventar a los caballos que seguir aquí. Este puto lugar da… da miedo.

—Y cuando los caballos estén muertos, ¿qué hacemos?

—Seguimos a pie. Nos quedan víveres y agua suficientes.

—¿Y piensas que la mujer de blanco no nos seguirá?

No tiene caballo y pide auxilio. No parece muy capaz de recorrer seis o siete leguas por sí misma, ¿no?

Depende.

Depende de los arrestos que tengas para sostenerle la mirada.

—Santo Dios que todo lo puedes… —dijo López, bajando, inconscientemente, el mosquete—. Decidme que no la veis. Decídmelo, porque si es así me pego un tiro ahora mismo.

No haría falta, pues ahí estaba y todos se hallaban contemplándola. Limpia, clara y luminosa. Con un vestido blanco e inmaculado que le cubría las piernas hasta los tobillos y le dejaba los brazos desnudos a la altura de los hombros.

—Te dije que tenía el pelo negro —dijo López, dirigiéndose a Cuéllar—. Recogido en dos largas trenzas. ¿Las ves?

Las veía. Eso y los dos palmos de distancia entre el suelo y los pies de la mujer luminosa.

—Llevadnos a casa… —dijo ella, mirándoles fijamente.

—No es de verdad —repuso el sargento—. No puede serlo.

—Un puto fantasma… —balbuceó Orozco, bajando el arma.

—Llevadnos con vosotros… —insistió la mujer.

De pronto, el sargento abrió fuego. Un tiro rápido al centro del pecho del fantasma. Dio un paso al frente y llevó su mano derecha al bolsillo de la casaca para hacerse con un cartucho. Dientes abiertos para rasgarlo, bala bajo la lengua y vertiginosas maniobras

de carga. Una, dos, tres, cuatro y el mosquete, de nuevo, apoyado en el hombro.

—Retrocede, zorra —dijo el sargento. Y sin aguardar respuesta, volvió a abrir fuego—: ¡Vamos, cabrones! ¡Fuego a discreción!

¿Contra la peor de sus pesadillas? Suena estúpido. Suena, si quieres, ridículo. Pero estás en la Jornada del Muerto, tienes armas y eres soldado. De manera que disparas contra todo lo que te atemoriza. Esté vivo o esté muerto. Exista o sea un espejismo.

—¡Fuego! —exclamó Orozco, y presionó con furia el disparador de su mosquete.

—¡Fuego! —gritó López, avanzando un paso y apretando los dientes para amortiguar la detonación en sus oídos.

Dispararon. Uno tras otro. Seis, doce, dieciocho disparos seguidos. Y volvieron a empezar. En menos de dos minutos, habían apretado el disparador más de treinta veces. El olor de la pólvora era intenso y la humareda producida por la pólvora quemada tan espesa que apenas lograban verse. Pero se oían. Oían los gritos que proferían, la rabia que liberaban y el coraje dispuesto entre ellos y sus miedos.

De eso se trataba. De no flaquear jamás. De explicarle a este paraje que ellos eran dragones de la guarnición de El Norte y que nada ni nadie les haría retroceder. Tenían el alma encogida por el terror, sí. Los dedos agarrotados por el pánico. La voluntad a punto de quebrarse y el ánimo hecho trizas. Pero seguían adelante porque el sargento así lo ordenaba.

Y porque, diablos, ¿qué otra cosa podían hacer?

—¡Alto el fuego! —ordenó Ledesma.

Los dragones dejaron de disparar. La humareda no se disiparía antes de un rato, pero ellos se escuchaban jadear bajo el penetrante olor de la pólvora quemada. De momento, bastaba.

* * *

No puedes disparar contra lo que solo está dentro de tu cabeza; no, al menos, hacerlo y pretender que se muera. Seguirá ahí, siempre.

—¿Veis algo? —preguntó, con voz ronca, Ledesma.

—Nada, sargento —contestó López, girándose sobre sí mismo para mirar en todas direcciones—. La zorra se ha largado.

Convendría hablar con más educación acerca de los fantasmas. Sean o no parte de tus pesadillas, a los fantasmas no les gustan los tipos malhablados. Sobre todos, si, como López, son jóvenes, guapos y dueños de una sonrisa que hasta a las muchachas más contenidas les descuelga la mandíbula.

La zorra se ha largado. Menos mal.

—Permaneced alerta —advirtió el sargento.

Hemos abierto fuego sin saber muy bien contra qué. No corre aire, hace demasiado calor y, tras las detonaciones de los mosquetes, no se escucha nada. Nada en el sentido más literal: aquí, en esta loma perdida de la Jornada, no hay pájaros trinando, insectos revoloteando o serpientes reptando entre las piedras hacia ti. Solo está el silencio. La quietud extrema y la desquiciante sensación de que siempre estás pisando cosas que no ves, pero que se rompen en pedazos a tu paso.

Sin embargo, sí: la zorra se había largado. La humareda se disipó, los hombres se frotaron los ojos y se movieron, con cautela, hacia la posición en la que la mujer del vestido blanco había sido vista.

—No está —dijo Cuéllar.

—¿Era aquí? ¿Seguro que era aquí? —preguntó, inquieto, Orozco. Sostenía su mosquete con tanta fuerza que tenía las uñas blancas.

—Sí, aquí —respondió Ledesma—. No está. Y creo que no estuvo nunca.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Que nos la imaginamos.

—¿Todos al mismo tiempo? No hemos probado una gota de aguardiente en todo el día.

Ni aunque se hubiera trasegado un barril cada uno. ¿Sufren todos la misma visión? Quién lo sabe.

—Mirad, no tengo ni puta idea de lo que ha sucedido aquí. Y, además, os digo que me la suda. Sé que creímos ver algo. Y abrimos fuego contra ello. Es lo que hicimos y no me cabe duda alguna de que ha sido lo correcto.

Amén a eso, sargento. Hicimos lo correcto y no existe discusión al respecto. ¿Qué habría hecho cualquiera si se hubiese visto en nuestra situación? Orinarse encima; y disparar, y disparar, y disparar hasta acabar con toda la munición; y, al final, cuando ya no quedara ni un solo cartucho, enloquecer.

Quizás no seamos los mejores soldados del mundo, pero nosotros no hemos hecho nada de eso. No nos hemos meado encima, hemos dejado de disparar cuando el sargento lo ha ordenado y, mientras nadie diga lo contrario, permanecemos cuerdos.

Callaron durante unos minutos. Apenas quedaba ya rastro de la humareda y la visibilidad comenzaba a ser buena. León se sorbió los mocos y el sargento buscó, con la mirada, los caballos. No se hallaban demasiado lejos. En diez minutos caminando, los alcanzarían sin problemas.

Entonces, las divisaron. Muy cerca de la cumbre de la loma. Eran cuatro o cinco, quizás seis. Habían sido clavadas en la tierra polvorienta sin apenas distar medio paso las unas de las otras.

—Cruces… —dijo el sargento.

Cruces. Tumbas. Muertos. Los que dan nombre a la Jornada y con los que nunca pensamos toparnos. Diablos, esto es muy grande y siempre crees que podrás atravesar las treinta y tantas leguas sin hallar una sola calavera en tu camino.

Porque hacerlo da mala suerte. Porque hacerlo te deja sin aliento.

—Vamos —añadió el sargento.

—¿Vamos? —repuso Orozco—. Yo no voy ni atado, sargento.

—Tú vienes, imbécil. Todos venís.

¿Y qué se nos ha perdido a nosotros ahí, sargento? Vamos, sea razonable. Regresemos a los caballos y larguémonos de aquí. Seguro que esto es territorio sagrado apache. Esos lugares a los que, por la cuenta que nos trae, nunca vamos.

—¡Caminad! —exclamó Ledesma.

Caminaron. Acabamos de disparar contra un fantasma, de manera que nada de lo que haya en la cumbre de la loma puede ser peor.

No lo fue. Cinco cruces de madera en pie y dos más caídas. Tumbas viejas que no llevarían allí menos de cien años.

—¿Veis? —dijo el sargento—. No es nada. Unos cuantos enterramientos.

—De españoles —susurró León.

—Claro que de españoles. ¿Quién crees que va a aventurarse por estas tierras? Seguro que son españoles que viajaban hacia Santa Fe. Las fiebres o vete tú a saber qué acabaron con sus vidas.

Vete tú a saber qué: lleva el torso desnudo, plumas en el pelo, la cara pintada y un machete de filo de piedra entre los dedos. Todos conocemos la verdad en torno a estas tumbas, pero ninguno la dirá en voz alta. No somos tan insensatos.

—¿Y la mujer? —preguntó Mesa—. La que vimos y escuchamos.

—Está muerta —respondió el sargento sin apartar la mirada de las tumbas.

—Muerta, sí… Pero, ¿cómo?

—Ya te lo he dicho. Las fiebres.

O vete tú a saber qué.

Pero no nuestros disparos, porque, reconozcámoslo, hace un rato nos pusimos un poco nerviosos y abrimos fuego contra algo que solo estaba en nuestras mentes. Cuando nos hallemos de regreso en El Norte, nos reiremos al recordarlo; sin embargo, ahora mismo no resulta muy gracioso. No lo ha sido, ¿verdad? No, por todos los santos que no.

López había desenvainado su sable y removía, con la punta de él, la tierra de una de las tumbas.

—¡Mirad! —dijo, mostrando algo que, sin duda, parecía una tibia humana.

—Joder, López, no seas cabrón… —se enojó Orozco.

—¡Ha sido sin querer! —se defendió López—. Hostias, el tío que cavó esta tumba tenía mucha prisa. Tanta que no se molestó en hacer un agujero profundo…

—No tenías que enredar con el puto sable… Venga, enváinalo y deja en paz a los muertos.

Los hombres se aproximaron y observaron el hueso semienterrado. Mesa se agachó para verlo más de cerca y confirmó lo que todos pensaban:

—Lleva mucho tiempo aquí. Está limpio y no quedan restos de carne ni de piel.

—Será…, será… —comenzó a balbucear León.

—No lo digas, capullo —terció, brusco, Orozco.

—¿Será la mujer del vestido blanco?

—Tú eres idiota —bufó Orozco.

Y a pesar de que León le sacaba la cabeza, se fue a por él con tanta violencia que Ledesma tuvo que intervenir para separar a los dos soldados.

—Dejaos de gilipolleces —dijo el sargento—. Solo es un muerto. Un pobre desgraciado que tuvo la mala fortuna de morir en este paraje desolado. Sin un condenado fraile para darle la extremaunción. Bastante desventura tuvo, de manera que nosotros deberíamos, cuanto menos, mostrar un poco de respeto ante estos huesos.

Orozco asintió y se alejó de León. Es absurdo pelear entre compañeros cuando estás en el presidio. Son los tíos en cuyas manos pones tu propia vida. Pero más absurdo, si cabe, resulta hacerlo en un lugar como la Jornada. Aquí todo momento es el momento determinado: comprendes que tú siempre dependes de ellos y que ellos, lo quieran o no, dependen de ti. Nos vamos todos o no se va nadie.

—Yo creo que los mataron los mescaleros —reflexionó Mesa—. Y que, desde entonces, sus almas penan por el desierto. No pueden salir de aquí. No por sus propios medios. Por ello, nos piden que les ayudemos.

—Creo que Mesa está en lo cierto —asintió López—. Era eso lo que la mujer del vestido blanco nos pidió, ¿no? Que la lleváramos de regreso a casa.

—Bobadas —trató de cortar por lo sano el sargento.

Sin embargo, era demasiado tarde. La idea había cuajado entre los hombres y más de uno se hallaba rumiando el mejor modo de hacer lo que los fantasmas les pedían.

—Podríamos desenterrar los esqueletos y llevárnoslos hasta el presidio —dijo Cuéllar.

—O traer un fraile para que bendiga este cementerio y lo convierta en cristiano —aventuró Orozco—. Es más sencillo que lo que propone Cuéllar.

Al aludido no se lo parecía.

—¿Más sencillo que abrir las tumbas, meter los huesos en un saco y llevárnoslos con nosotros? Recuerda que la mujer de blanco no solicitaba un fraile. Ellos quieren salir de aquí. ¡Es lo que quieren!

—¿Y quién es el guapo que cargará con los esqueletos? ¿Tú?

A Cuéllar las ideas le bullían más deprisa que los arrestos. Caray, no, él no.

—Yo llevo la mitad de los víveres en mis alforjas —se excusó—. Lo siento, pero no tengo espacio. Que los lleve López.

López se hallaba envainando su sable cuando escuchó las palabras de Cuéllar. ¿Que él tenía que cargar con los huesos de los muertos? Ni soñarlo.

—¿Y por qué no los lleva tu puta madre, maricón? —sentenció, yéndose a por Cuéllar y agarrándolo con fuerza por la cuera.

—¡Deja a mi madre en paz, hijo de puta! —exclamó Cuéllar mientras lanzaba un puñetazo al rostro de López.

De acuerdo, es absurdo pelear con el tipo en cuyas manos pones tu vida, pero, diantre, no vas a permitir que te mienten a tu

madre sin hacer nada por evitarlo. En el presidio de El Norte y en la Jornada del Muerto. Cuestión de honor.

León empujó con violencia a Cuéllar, Orozco intervino propinando una patada en la espinilla de López y Mesa saltó sobre el grupo tratando de encajar un par de golpes del lado de los que eran partidarios de dejar los huesos en sus tumbas. Fueran estos quienes fueran.

El sargento, al ver todo aquello, sopesó seriamente la idea de abrir fuego de mosquete contra sus propios hombres y acabar con los problemas de una vez por todas. Cuando regresara solo al presidio, diría que cayeron en una emboscada y que una banda de apaches hostiles los mató a todos. Él, por suerte, pudo huir, pero vio con sus propios ojos cómo sus dragones eran degollados por feroces guerreros indios. Nadie enviaría una dotación a la Jornada del Muerto para comprobar que lo que declaraba era cierto.

Y, mira, cinco tiros en minuto y medio sí se sentía capaz de efectuar. Sería una buena ocasión para comprobar si todavía se hallaba en forma.

León, Orozco, Cuéllar, López y Mesa rodaban por el suelo en una maraña de golpes, patadas, bufidos e increpaciones. Tragándose el polvo de la loma y haciéndose trizas los uniformes. Y en ello estaban cuando una voz, fuerte y sutilmente insolente, habló a espaldas de Ledesma:

—Me alegra verle, sargento.

Ledesma se volvió como si algo tirara con increíble fuerza de él.

—¡Jefe Alonso! —no pudo evitar que la exclamación brotara de sus labios.

Alonso erguía su torso desnudo a lomos de una preciosa yegua negra. Con más orgullo en la mirada del que Ledesma necesitaba en aquel preciso instante.

—Joder, jefe Alonso —añadió Ledesma, ignorando la reyerta de sus hombres y dando un paso hacia el mescalero—. Llevamos días buscándoos.

Igual de tiesos en sus monturas, igual de desafiantes sus miradas, junto a Alonso se situaban tres de sus guerreros: Marinero, Trapote y José Seisdedos. Os recordamos a todos de la batalla contra los lipanes. Gente brava que supo estar a la altura de las circunstancias. Marinero y Seisdedos se contaron entre los hombres que degollaron, uno por uno, a todos los lipanes caídos. De Seisdedos nadie olvidaba jamás su mano izquierda dotada de dos pulgares y Marinero… En fin, alguien con un nombre así de absurdo no pasa desapercibido. En torno a Trapote, los recuerdos del sargento eran más difusos.

—¡Dejad de pelear, cojones! —espetó a sus hombres Ledesma. Volvía la cara, pero no el cuerpo, no fuera a notarse demasiado el sonrojo que en aquel momento experimentaba. ¿Cómo nos van a tomar en serio los apaches si ni siquiera sabemos comportarnos? ¡Dejad de pelear!

Los soldados, por la cuenta que les traía, obedecieron de inmediato. Cuéllar tenía un ojo amoratado, la mano de López se hallaba despellejada y Orozco se llevó dos dedos a la boca para comprobar si todas sus muelas seguían en su sitio.

—Os aguardábamos hace mucho tiempo —dijo Ledesma.

—Últimos días en el desierto —repuso, lacónicamente, Alonso. Levantó la mano derecha en el aire para señalar las nubes. El cielo. Lo que demonios importara en este mundo a los mescaleros—. Pero ya estamos listos para emprender el camino.

Bien. Por fin, una buena noticia.

—¿Y el jefe Domingo Alegre? —preguntó Ledesma—. ¿Y Bigotes? ¿Y Volante? ¿Dónde están? ¿Dónde están vuestras gentes?

Alonso sonrió y se tomó su tiempo antes de responder al sargento:

—Cerca. Iremos a buscarlos.

—Claro que irás a buscarlos, jefe Alonso. Y nosotros os acompañaremos.

Al mescalero se le borró la sonrisa de los labios. Parecía no gustarle que le hablaran en aquel tono. Pues ve acostumbrándote,

porque, desde ahora mismo, es el sargento Ledesma quien está al mando.

—Me habéis hecho perder el tiempo. Y lo que es peor, se lo estáis haciendo perder al coronel Muñoz.

Alonso no dijo nada. Esa exasperante indiferencia con la que los apaches se conducen. ¿Es que la palabra dada no significa nada para vosotros?

Que vayáis todavía medio desnudos debería explicarlo todo.

—Quiero que me llevéis hasta el lugar donde está el resto de los jefes. Y quiero que lo hagáis ahora.

Trapote y José Seisdedos se cruzaron una mirada. Llevaban arcos, flechas, lanzas cortas y machetes. Desde luego, no daba la impresión de que aquellos hombres se dispusieran a cavar los surcos de una acequia en cuestión de una semana. No, no lo parecía en modo alguno.

—Sí, sargento —dijo Alonso—. Solo queríamos despedirnos de nuestra vida anterior.

Sonaba más o menos sensato. Lógico, si se quiere.

—De acuerdo, pero si nos hubierais avisado de ello, nos habríais ahorrado muchas molestias —repuso Ledesma. Y dirigiéndose hacia sus hombres, añadió—: Id a por los caballos. Nos vamos junto al jefe Alonso y sus guerreros.

Los mescaleros aguardaron pacientemente hasta que los soldados españoles estuvieron sobre sus monturas y, antes de partir, Alonso se sintió en la obligación de mirar hacia atrás para pronunciar un par de solemnes palabras:

—Decimos adiós a la casa de nuestros antepasados.

El sargento le miró antes de clavar las espuelas en su caballo. Vuestros antepasados eran unos hijos de perra y ojalá que se estén pudriendo en el más abrasador de los infiernos. Mataron a los nuestros tan lejos de cualquier lugar civilizado que ahora sus almas se ven obligadas a vagar sin descanso ni consuelo.

El coronel nos mataría si te lo decimos con todas las palabras, jefe Alonso, pero, en el fondo, vosotros y nosotros sabemos que

seguís siendo los mismos malnacidos de siempre.

Los amigos siempre permanecen cerca

A finales de octubre, el pueblo apache comenzaba a parecerlo. Teniendo en cuenta que el trabajo lo había llevado adelante una docena de sumas sin ayuda de nadie, aquello era más de lo que se podía pedir: muros levantados, acequia perfilada, callejuelas transitables y hasta una pequeña plaza que podría servir de lugar de reunión. Ya sabes, ese sitio donde los apaches, tras una larga jornada de trabajo en los maizales, se reúnen y charlan amigablemente. Fuman, observan las estrellas y disfrutan del frescor del atardecer. Ya sabes.

El sargento Ledesma y sus hombres habían cumplido. De hecho, con creces: no solo habían hallado a las cuatro bandas de mescaleros que ya se habían comprometido a instalarse en el pueblo apache, sino que lograron que dos más se sumaran al proyecto. Fantástico. Encaramaos a los muros del presidio y echadles un vistazo: los jefes Alonso, Domingo Alegre, Volante, Bigotes, Juan Tuerto y Patule el Grande acampaban a menos de un tiro de cañón; ellos, sus bandas y la parsimonia propia de los mescaleros: haremos nuestro el pueblo cualquier día de estos, no le quepa duda alguna a ningún español; cualquier día de estos, prometido.

Gente de palabra, los apaches. ¿No dijeron que vendrían? Pues lo han hecho, por el amor de Dios. De acuerdo, Ledesma tuvo que cabalgar hasta la Jornada del Muerto para encontrarlos, pero ¿acaso

no ha merecido la pena? Si no lo hubiera hecho, ahora Tuerto y Patule no se hallarían aquí. Continuarían campando a sus anchas por ahí. Con lo que eso supone: peligro para nosotros, para nuestro ganado, para nuestras haciendas, para nuestras mujeres. De acuerdo, Patule hace tiempo que dejó de ser hostil. Sin embargo, ¿nos atreveríamos a decir lo mismo de Tuerto?

Así que todo está bien. Los mescaleros siguen acampados en la ribera sur del Río Grande, nosotros les suministramos más de doscientas raciones diarias de comida y los sumas continúan con el levantamiento de los muros. El plan no transcurría tal y como el coronel Muñoz lo había previsto, pero, qué carajo, transcurría. Era más de lo que muchos podrían decir. Y el comandante general Croix no pertenecía a ese tipo de hombres que se pierden en los detalles. ¿Habéis conseguido que los apaches permanezcan en paz? Pues enhorabuena. Cuando todo esto termine, Croix en persona invitará a mezcal del bueno a toda la guarnición. Trabajad duro por ello, muchachos.

Al pueblo apache lo llamaron Nuestra Señora de la Buena Esperanza. Y cruzaron los dedos para que no tuvieran que arrepentirse. Buenas esperanzas. Deseos de que nada se tuerza antes de tiempo. De que los mescaleros acepten las normas de convivencia que les ofrecemos y decidan cumplir con su parte del trato. No vemos el momento de que se pongan a laborar la tierra. A cuidar de sus propios ranchos y a disfrutar de la vida al sencillo estilo español.

El coronel Muñoz y el teniente Gauna, junto a tres dragones que les servían de escolta, se acercaron a caballo hasta el campamento mescalero. No se tardaba ni diez minutos desde la puerta del presidio. No llamaríamos impaciencia a esto, pero sí deseo de que algo sucediera de una maldita vez. Se nos echa el invierno encima y tenemos a cientos y cientos de mescaleros junto a nuestros muros. Sin bautizar, sin jurar lealtad al rey de España, sin adquirir las destrezas propias de los que viven del sudor de su frente. Sin, en

definitiva, tenerlas todas con nosotros. Los rancheros españoles se están poniendo nerviosos. Y con razón.

—¿No cree que deberíamos presionarlos un poco? —preguntó, poco seguro de que hacerlo fuera una buena idea, Gauna.

—¿Y cómo? —replicó Muñoz.

Avanzaban a un trote corto y tenían las primeras tiendas indias a menos de veinte pasos de distancia. Hogueras encendidas, mujeres amamantando bebés, viejas curtiendo pieles a dentelladas, ancianos somnolientos y muchos, muchos guerreros riendo como coyotes y bebiendo aguardiente directamente de las botellas de barro cocido.

—No lo sé, coronel, pero lo que sí sé es que no quiero tenerlos aquí.

Nadie lo quiere, teniente, nadie lo quiere. Pero la pregunta, de nuevo, es: ¿cómo hacemos para que se decidan a trabajar? ¿Enviamos a una dotación de treinta dragones armados para que les obliguen por la fuerza? ¿Son esas las medidas persuasivas en las que, una y otra vez, tanto hincapié hace Croix?

—Quizás Alonso nos ayude con esto —dijo Gauna—. Se supone que él es el gobernador de Buena Esperanza.

—Conduzcámonos con mesura, ¿de acuerdo, teniente? Lo último que deseamos es forzar la situación. Recuerde que los tenemos donde queríamos.

—Deberían de colaborar en el levantamiento del pueblo.

—Detalles, teniente, detalles… Los sumas lo están haciendo bien y será cuestión de días que el pueblo se encuentre habitable. Quizás, una semana, pero no más. ¿No podemos aguardar una semana?

—Los estamos alimentando a cambio de nada, coronel.

Muñoz se volvió hacia Gauna. Habían detenido sus monturas y se disponían a descabalgar.

—Ahora aquí las cosas son así, teniente.

Les damos de comer y mucho más.

—¿Quién lleva los cigarros? —preguntó Muñoz.

—Yo, coronel —respondió uno de los dragones de la guardia extendiéndole una cajita de madera sin pulir.

—Gracias.

A Alonso, como a todos los apaches mescaleros, le gustaban el aguardiente y los mosquetes españoles. Pero, sobre todo, le gustaban los cigarros que llegaban desde Chihuahua. Antes tenía que atacar las comitivas para hacerse con ellos, pero ahora el recién llegado, que mandaba más que el mismísimo capitán, se los traía en persona. Ojalá alguien le hubiera dicho antes que merecía tanto la pena estar en buenos tratos con los españoles…

Cuando Muñoz y Gauna entraron en la tienda de Alonso, hallaron en ella a Domingo Alegre, a Volante y a Juan Tuerto. Sentados en el suelo con las piernas cruzadas ante sí y no demasiado borrachos, lo cual era de agradecer.

—Gobernador Alonso —saludó Muñoz, quitándose el sombrero.

—Coronel —correspondió el aludido.

—Capitán Domingo Alegre. Jefe Volante. Jefe Tuerto.

La verdad era que resultaba un placer verlos sentados el uno junto al otro. Sin armas, ni pinturas de guerra y ni, al menos en apariencia, malas intenciones. Tripas agradecidas.

—Traigo un modesto presente con los mejores deseos del comandante general Croix —continuó Muñoz tras sentarse a horcajadas y aguardar a que el teniente, ya mayor para estas cosas, hiciera lo propio—. Ten, gobernador Alonso. Espero que sean de tu gusto.

Alonso se abalanzó sobre la cajita de madera y, con ojos ávidos, le arrancó la tapa de un manotazo.

—¡Cigarros! —exclamó.

Muñoz sonrió. Gauna sonrió. Los jefes mescaleros, mientras se repartían el contenido de la cajita, sonrieron. Unos daban, los otros recibían y todos, sin excepción, disfrutaban con ello. Sobre todo los españoles: locos por regalar lo que a nuestros dragones les cuesta la soldada de tres días.

—Y ahora, gobernador Alonso —dijo, en tono a medio camino entre la solemnidad y el hastío, el coronel Muñoz—, creo que deberíamos fijar una fecha para la entrada de tu gente en el pueblo apache. Los sumas ya casi han finalizado su trabajo.

—¡No hay prisa! —exclamó Alonso entre volutas de humo mientras acercaba la brasa de su cigarro a los labios y la soplaba con suavidad.

Sí la hay. Muñoz tenía la papada perlada de gotas de sudor. El pelo ensortijado adherido a las sienes y los labios tan rígidos que la sangre había comenzado a retirársele de ellos. Esa sonrisa del que se ha hecho a la idea de que la mayor parte de su trabajo se resolverá con buenos modales.

El coronel y el teniente. Un gordo tranquilo y un viejo cansado. El plan español para acabar con casi tres siglos de hostilidad apache. Sonrisas y mano izquierda. Y cigarros de Chihuahua. Cajas y cajas.

—Los sumas no pueden encargarse de todo el trabajo —explicó el coronel. Y se apresuró a suavizar su afirmación—: No, al menos, por tiempo indefinido.

—¡Pero si los mescaleros queremos ir al pueblo! —exclamó Alonso dando una larga, intensa y pastosa calada al cigarro.

—En ese caso, creo que estamos de acuerdo, gobernador…

No tan rápido, coronel. Los mescaleros no le ven problemas a la vida actual. Los víveres llegan puntualmente y los soldados del presidio se ocupan de mantener a raya a los lipanes. De acuerdo, puede que los matáramos a todos y que ya no quede ni un solo lipán desde aquí hasta el océano Atlántico, pero, quién sabe… ¿No son los españoles los que afirman que más vale prevenir? Pues prevengamos. Cuídense de que nuestros ancestrales enemigos no nos hagan daño. Es lo menos que pueden hacer por nosotros, ¿verdad? Al fin y al cabo, ahora los mescaleros sonreímos. Sonrisas y nada más. Un poco de aguardiente, buenos cigarros traídos desde el sur y armas. Armas de fuego que, en cuanto se nos pase la borrachera, aprenderemos a utilizar.

—Pronto, coronel, pronto… —dijo Alonso entrecerrando los ojos.

Lo bueno de los oficiales pausados como Muñoz era que no acostumbraban a rendirse con facilidad. Si de luchar cuerpo a cuerpo con los apaches se trata, envía al sargento Ledesma y a sus dragones. Por el contrario, si lo que deseas es convencerles de que lo que tú dices es lo que a ellos les conviene, el coronel es el hombre indicado. Mano izquierda Muñoz.

Y hueso duro de roer Alonso.

—No, gobernador. Tenéis que abandonar este campamento. No es seguro para nadie.

—Los soldados.

—Sí, claro que los soldados os defenderán de vuestros enemigos. Pero lo harían en mejores condiciones si aceptarais entrar en el pueblo. Podríamos construir muros exteriores en Buena Esperanza. Muros altos y fuertes que os defiendan de los lipanes.

—Muros…

—De adobe. Los sumas saben cómo hacerlo.

Alonso, que había mantenido un gesto contenido durante todo el diálogo, sonrió de nuevo. Algo que estremeció a Gauna: hay un arte especial en el modo apache de regirse y tiene mucho que ver con ese descaro a la hora de sonreír.

—Los sumas saben —dijo el jefe mescalero mientras se llevaba el cigarro a los labios.

Domingo Alegre, Volante y Juan Tuerto asintieron ruidosamente. Los sumas saben. Saben cómo levantar los muros. Perfecto, pues que lo hagan. Los mescaleros somos un pueblo paciente que sabe esperar. Porque seguiréis entregándonos las raciones de víveres, el aguardiente y los cigarros, ¿no es así?

Claro, gobernador Alonso, claro…

Muñoz y Gauna cruzaron una mirada furtiva. Ambos sujetaban sus cigarros encendidos entre los dedos y ambos, de cuando en cuando, les daban profundas chupadas para evitar que se apagaran. La humareda en el interior de la tienda comenzaba a ser tan densa que pronto no se distinguirían los unos de los otros. Y no es que creyeran que las cosas podrían ponerse difíciles, pero no resultaba

agradable encerrarte en una tienda con cuatro mescaleros tozudos, caprichosos y no exactamente sobrios.

—Es necesario que los mescaleros ayudéis a los sumas —explicó, siempre paciente, el coronel Muñoz—. Es lo que habíamos convenido, ¿recuerdas, gobernador Alonso? Acordamos que los mescaleros colaboraríais en el levantamiento del pueblo apache.

—Es cierto, coronel —intervino, por primera vez, Domingo Alegre.

Muñoz volvió la mirada hacia él.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo, capitán Alegre.

—Nosotros hemos aceptado las condiciones.

¡Pues cumplidlas de una maldita vez! A Gauna se le están durmiendo las piernas y es probable que tengamos que hacer entrar a dos dragones para que le ayuden a ponerse en pie y a encaramarse a su caballo.

—En ese caso, el pueblo…

—Pero hace tiempo que el verano quedó atrás.

Cierto. Nadie mejor que un mescalero para mirar al cielo. El verano ha terminado. Hace, por lo menos, un mes de ello. ¿Avanzamos?

—¡Y comienza a hacer frío por las noches! —exclamó Muñoz—. Razón de más para que ocupéis las casas del pueblo. Allí vuestra gente no pasará frío. Te doy mi palabra de ello, capitán Alegre.

—Frío por las noches, sí… —reflexionó en voz alta Alonso.

Fuera se escuchaban gritos y carcajadas. A buen seguro, algunos guerreros habían convidado a mezcal a los tres dragones de la guardia de los dos oficiales. Las instrucciones no podían haber sido más claras: no ofendáis a los mescaleros rechazando lo que os ofrezcan, pero ateneos a las consecuencias si luego no sois capaces de sosteneros sobre el caballo.

—Queremos que todo salga bien, gobernador Alonso —insistió, parsimonioso, Muñoz—. Pero he visto, cuando veníamos hacia aquí, niños recién nacidos.

—Sí —se apresuró a replicar, ufano, el jefe Alonso. Como si el mérito de que los bebés estuvieran ahí fuera exclusivamente suyo.

—¿Y no crees que los niños y sus madres estarían mejor al abrigo de las casas de abobe? ¿Ahora que comienza a hacer frío por las noches?

—El cielo siempre ha sido nuestro techo.

—Con el cielo por techo no os ha ido demasiado bien, gobernador Alonso.

—Los mescaleros siempre sobreviven —intervino, rudo y desafiante, Juan Tuerto.

Gauna, al que estaba a punto de darle un calambre en una pierna, se giró hacia él. Bastante menos diplomático que el coronel, desde luego.

—Pues el sargento Ledesma dijo que os encontró al borde de la muerte. Tu banda se moría de hambre, jefe Tuerto.

No se habla así a un jefe mescalero, teniente. Y menos a Tuerto. Te la va a guardar. Le has ofendido delante del resto de los jefes y ahora el rencor crecerá dentro de él durante el resto de sus días. Suena estúpido y excesivo, pero es que los tipos como Tuerto son estúpidos y excesivos.

Y miran siempre como si de la intensidad en la mirada dependiera que los pulmones se te saliesen por los orificios de la nariz.

—Entonces, estamos todos de acuerdo en que lo mejor sería ir abandonando este campamento para ocupar las casas del pueblo… —habló, conciliador, Muñoz. Tenía la casaca pegada al cuerpo por el sudor.

De pronto, Alonso se echó hacia delante y miró fijamente al coronel.

—¿Los soldados siempre protegen a los mescaleros? —preguntó.

Muñoz fingió que la pregunta le ofendía.

—¡Por supuesto, gobernador Alonso! —exclamó, abriendo repentinamente los brazos y consiguiendo que su papada vibrara—.

Los soldados del presidio siempre protegerán a los mescaleros que permanezcan en el pueblo apache y acepten nuestras leyes. Tenéis que bautizaros, es lo primero. Y, después, prometer fidelidad eterna al rey de España. Trámites, no te preocupes… En un par de días, lo solventamos todo y…

—Pero los soldados lucharán a nuestro lado, ¿es cierto, coronel?

—Si se diera la ocasión, claro… Pero no creo que tengamos que pensar en eso. Ha llegado el momento de la paz, gobernador Alonso. Ya no habrá más guerras y solo tendremos que ocuparnos de que llegue el agua a nuestros sembrados, de que al ganado no le falte pasto, de que…

—Los soldados españoles protegen a los mescaleros de sus enemigos.

¿Adónde quería llegar Alonso? ¡Sí, claro que les protegerían! ¡Ahora y siempre!

—No hay enemigos que os acechen, gobernador Alonso.

Fue Domingo Alegre quien tomó la palabra:

—Los hay, coronel.

Muñoz miró a Gauna. No comprendían. ¿Quién envía a un gordo lento y a un viejo artrítico a negociar con los mescaleros? Alguien que no sabe que ellos, siempre y de forma irremediable, te la juegan.

—Al norte —explicó Tuerto. En su torso extremadamente delgado se podían contar todas y cada una de sus costillas.

—¿Al norte…? —titubeó Muñoz.

Pero acto seguido, comprendió. Al norte. En las llanuras que se extienden más allá del río Pecos.

—No, gobernador Alonso —dijo, por primera vez taxativo, el coronel Muñoz.

—Sí —sonrió Alonso entre volutas de humo.

—Sí —se sumó Domingo Alegre. Sonriendo también. Fumándose aquel magnífico tabaco español.

—Tenemos que ir —concluyó Juan Tuerto—. Tenemos que ir y matar bisontes para el invierno.

—¡No los necesitáis! —exclamó Gauna—. Os proporcionaremos comida hasta que, en primavera, podáis recoger la primera cosecha. ¡Vuestra gente no pasará hambre!

—Iremos.

Tuerto observaba a los dos oficiales con su único ojo. Iremos porque los mescaleros siempre matan bisontes en otoño. Llevamos siglos haciéndolo y, de verdad, es importante que continuemos así. Las tradiciones no pueden ser abandonadas de la noche a la mañana.

Oh, aquella es tierra de comanches. Lo saben, ¿verdad? Enemigos acérrimos de los mescaleros. Nos odian. Los odiamos. Tanto que los mataríamos a todos, si pudiéramos. Queremos los bisontes. Debemos cazarlos y, honrar, de esta forma, lo que somos y lo que fuimos. Y queremos, de paso, vérnoslas de frente con las caras rojas de los comanches. Vérnoslas y combatirlos.

Son bastardos malnacidos que acosan y matan mescaleros por simple diversión. Nos humillan, nos golpean, nos expulsan de una tierra que, en modo alguno, les pertenece.

¿Sería usted, coronel, tan amable de ordenar que unos cuantos de sus mejores dragones nos acompañen para protegernos de ellos? Armados hasta los dientes. Pólvora, balas y sables bien afilados. Cazaríamos mucho más tranquilos con ellos cabalgando a nuestro lado. Los dragones mantienen a raya a los comanches y nosotros damos caza a cinco o seis bisontes. Le prometemos que no serán más. Cinco o seis. Los matamos, los desollamos y los cortamos en pedazos. Y, después, regresamos al Río Grande. Verá cómo, coronel, no sucede nada. Hasta la Comanchería llegan las noticias de los bravos dragones de El Norte. ¿No lo cree? Pues no lo ponga en duda, coronel. Ni se atreverán a acercarse a nosotros. En cuanto adviertan el brillo de los sables españoles, darán media vuelta y huirán con el rabo entre las piernas. Es lo que sucederá, se lo aseguramos, coronel.

Porque ahora su nación y la nuestra son amigas, ¿no es así? El rey de España con gusto estrecharía la mano del gobernador Alonso.

De igual a igual. Hombres poderosos que no titubean al frente de sus bandas. Guerreros que no olvidan quiénes son sus enemigos. Ni olvidan, ni perdonan.

Vamos a matar bisontes. A demostrar que la tierra de los mescaleros no se detiene en la ribera meridional del río Pecos. Iremos y los dragones de El Norte nos acompañarán.

No ha nacido el comanche que ose enfrentarse a los mosquetes españoles. Verá, coronel. Verá.

Es otoño en el Llano Estacado

El teniente Gauna llevó a Alonso hasta Buena Esperanza. Ellos dos solos. Desarmados. Sin guardia de dragones. Sin guerreros apaches. Solos. Dos hombres. Es importante que todos comprendamos la importancia de lo que está teniendo lugar aquí. Un momento único que determinará lo que después ha de llegar: paz; meses, años, siglos de paz, convivencia, progreso y respeto mutuo.

Vamos, jefe Alonso. Echa un vistazo. Ninguno de los dos somos ya niños, ¿verdad? El tiempo pasa deprisa. Existe cierto cansancio en nuestras miradas. El habitual, dicen, en los que han visto demasiado. Injusticia, muerte, desolación. Guerra, Alonso, guerra. Logremos, entre todos, que el enfrentamiento nunca vuelva a estar presente en nuestras vidas.

—¿Qué te parece, gobernador Alonso? —preguntó el teniente.

Se habían encaramado a una pequeña colina desde la que se divisaba Buena Esperanza. Y no es que fuera gran cosa, sobre todo si se comparaba al pueblo apache con la misión o el presidio, pero suponía un comienzo. Cien casas bien alineadas, mucho terreno adyacente dispuesto para el cultivo y los canales de la acequia a punto de ser inundados por el agua del Río Grande.

—Gran idea, teniente —respondió Alonso.

Gauna lo observaba de reojo. Los caballos de ambos hombres buscaban algo de pasto unos pasos por detrás de ellos y el cielo traía nubes. No muy lejos de allí, un suma le gritó algo a otro. Trabajaban duro en el levantamiento de los muros de adobe de

Buena Esperanza. El trabajo que ahora deberían estar realizando los mescaleros, sí… Digamos que no conviene volver a mentarlo. Dice el coronel que ahora salimos de caza. Que es temporada de bisontes y que los mescaleros están en su derecho de viajar al norte y abatir unas cuantas piezas. Vamos, Gauna, no sea usted pájaro de mal agüero. Dejemos que vayan. Enviemos al sargento Ledesma con ellos y verá cómo están de regreso en un par de semanas. Para primeros de diciembre, como muy tarde.

Gauna se fiaba de Alonso. O quería hacerlo. Sabía que con los apaches no convenía entablar demasiadas confianzas, pero, caray, había luchado junto a él en la batalla contra los lipanes. Mano a mano, españoles y mescaleros. Y podrían decirse muchas cosas de Alonso, pero no que no se comportara como se habría esperado de él: valiente, leal y directo. Dijeron que matarían lipanes y mataron lipanes. Dijeron que los españoles serían bienvenidos en la lucha y fueron bienvenidos. Dijeron muchas cosas y las cumplieron todas. Confiemos en que nada se tuerza ahora.

—Deberías permitir que tu gente entre en Buena Esperanza —dijo el teniente.

—Tras la caza —repuso Alonso.

El apache desplegaba los brazos para dotar de solemnidad a sus palabras. De continuo. En boca de aquel tipo, hasta la más insignificante menudencia cobraba la dimensión de una ceremoniosa plegaria lanzada a los cuatro vientos.

—¿Por qué no ahora, gobernador Alonso? —insistió el teniente —. Es absurdo que tus mujeres, tus niños y tus ancianos sufran penurias en campo abierto.

—Tras la caza —repitió Alonso. Y pareció que iba a explicar todo aquello de que los mescaleros honran a sus antepasados cada vez que levantan el rostro hacia el gran cielo protector, pero decidió mantener los labios cerrados. Silencio absoluto y brazos desplegados como un ave de carroña.

Soberbia nación, la apache. Alimentada día a día por las raciones españolas. Es importante que Alonso no lo olvide. Y es más

importante aún que jamás sepa que no está en mano de Gauna negociar nada: lo acordado, acordado se halla; y así será hasta que el comandante general Croix en persona diga lo contrario.

—De acuerdo —concedió el teniente—. Tras la caza.

Contemplaban cómo trabajaban los sumas. Amasaban el barro para fabricar los adobes, lo introducían en los moldes de madera, dejaban que se secaran al sol los que ya se habían endurecido un poco y acarreaban los ya secos hasta los muros. Un trabajo sencillo que podría realizar cualquiera tras un par de días de aprendizaje. Nada del otro mundo. Tierra, agua y hierba seca. Sol y carretillas. Levantamos muros a velocidad de vértigo. Todo es ponerse.

Tras la caza.

—Bisontes, teniente. Es lo que los mescaleros hacen en otoño.

A Gauna le molestaba que Alonso hablara de sí mismo en tercera persona, pero no replicó nada. Podría ser que el apache no dominara demasiado bien el español. O que, dominándolo, le pareciera más honorable referirse a él y a su hatajo de patanes hambrientos como si fueran gentes a las que solo conocía de vista.

—Ya sabes que el coronel ha autorizado la partida, gobernador Alonso. Iréis, cazaréis seis bisontes y regresaréis de inmediato al presidio. Sin demora alguna. Y después entraréis en Buena Esperanza. Debemos comenzar cuanto antes el período de adaptación, gobernador Alonso. Tu gente necesitará al menos un año entero para aprender a vivir en casas de adobe. Para desviar el río y cultivar las tierras. Hay mucho trabajo por delante.

—Un año es mucho tiempo, teniente.

—Lo sé. Pero tú y yo estaremos aquí para verlo. Desde luego que sí, gobernador. Las cosas van a salir bien.

—Bien.

Llegado este momento, el teniente retrocedió un par de pasos hasta su caballo. Introdujo la mano derecha en una alforja y sacó algo envuelto en una piel fina y bien curtida.

—Toma, gobernador —dijo mientras le alargaba el bulto a Alonso.

El mescalero observó el regalo en la mano del teniente y no se dignó a mostrar sentimiento alguno. ¿Sabes que los españoles acostumbramos a agradecer los presentes? Da igual que te importe un carajo. Tú finges sorpresa y te apresuras a demostrar gratitud. Pero no haces que la persona que te está agasajando tenga que aguardar con el regalo en la mano.

Una cuestión de simple buena educación. Algo de lo que, al parecer, los mescaleros carecéis.

—Gobernador —insistió Gauna—, un pequeño obsequio de parte del comandante general Croix… En reconocimiento por nuestra amistad.

Alonso miraba de reojo el bulto empaquetado en piel, pero no se decidía. ¿Se daba cuenta el mescalero de que tanta exhibición de dignidad terminaba por incomodar a los oficiales como Gauna? Diantre, puede que el apache no lo supiera, pero un teniente del ejército español estaba a cientos de leguas de distancia de un miserable jefe mescalero. Coméis de nuestra mano y, además, os permitís faltas de respeto como la de ahora. Toma el maldito regalo. ¿Sabes por qué el bulto tiene forma de cuchillo? Porque dentro hay un cuchillo. De dieciséis dedos de filo. Un cuchillo que Gauna asiría sin dudar para clavártelo en mitad del pecho y arrancarte el corazón. Por desagradecido. Y por cretino.

El teniente, sin embargo, respiró hondo. Un calor de los mil demonios, eso era lo que hacía allí. Y experimentó unos irrefrenables deseos de arrojar el regalo a los pies de Alonso, encaramarse a su caballo y largarse a su casa. A buen seguro que a aquella hora su esposa habría comenzado a preparar la cena. Un trago de mezcal, una buena cena caliente y a dormir. Y que aguante las impertinencias de los apaches el comandante general Croix.

—Gobernador Alonso —dijo, por tercera vez, Gauna—. Te ruego que aceptes este regalo y lo consideres el primero de muchos más. Es un cuchillo. Un buen cuchillo. Lo hemos traído desde Chihuahua especialmente para ti. El armero del presidio lo ha afilado esta mañana. Ha abierto la puerta de la armería y, sin emprender antes

ninguna otra tarea, se ha dispuesto a afilar el cuchillo del gobernador Alonso. El cuchillo que el resto de los jefes envidiará cuando lo vea en la cintura del gran Alonso.

Sin duda, Gauna estaba aprendiendo rápido del coronel Muñoz. Mano izquierda con los mescaleros, teniente, mucha mano izquierda…

Alonso no se pudo reprimir por más tiempo y tomó el regalo de manos de Gauna. Pero sin gran entusiasmo, todo hay que decirlo… Te regalan un magnífico cuchillo y tú no dices ni gracias.

Dejas caer lentamente los párpados y consideras que es suficiente. Los mescaleros hemos tomado siempre todo lo que hemos querido. Sin pedir permiso a nadie. Todo, pues todo lo que existe bajo el cielo apache pertenece o debe pertenecer a los apaches. ¿Agradecimiento por las dádivas? Estamos aquí, no nos mostramos hostiles y colaboramos mucho más de lo que jamás habríais soñado.

Una caída de párpados es suficiente. A fin de cuentas, dieciséis dedos de filo no son tantos.

Y ahora, a cazar.

* * *

El sargento Ledesma se puso en marcha antes de que el capitán hubiera finalizado de transmitirle la orden. La energía de sus veinticinco años intacta. Tanto como los anhelos de ascender cuanto antes en el escalafón. ¿Nos envían a la Comanchería? Pues allá vamos. Nueve dragones y él al frente de la columna. Diez tipos y la seguridad de que existen muchísimas posibilidades de que no regresen los diez. Comanches, amigos, comanches.

—La misión es de escolta, sargento —se explicó el capitán Herrán.

—Sí, capitán —replicó Ledesma, revisando el estado de sus espuelas antes de ponérselas.

—Escoltarán a un grupo de mescaleros que se dirigen a las llanuras del norte para cazar bisontes —aclaró Herrán.

—Sí, capitán —volvió a decir Ledesma. Las espuelas giraban perfectamente. Tuvo que pagar unos cuantos pesos más de lo habitual, pero había merecido la pena. No existía un par de espuelas como aquel en todo el presidio. Podía apostar a que no.

—Mescaleros, sargento.

Fue en ese momento cuando Ledesma fijó su mirada en el capitán. Sí, lo comprendía. ¿Cuál era el problema? Iría al norte junto a la partida de apaches. Y los escoltarían. Se ocuparían de que los comanches no les causaran daño. Lo había comprendido desde el principio. ¿Por qué insistía tanto el capitán?

Porque los hombres mayores de mirada lánguida tienden a pensar que las entendederas del resto están tan embotadas como las suyas.

—Sea prudente, sargento.

—Lo seré, capitán.

—Y no ponga en peligro a sus hombres más de lo necesario.

—No lo haré, capitán.

—Quiero que regresen todos con vida.

—Lo intentaré, capitán.

—Todos. No quiero bajas en nuestras filas a causa de un capricho de los mescaleros.

—Sí, capitán. Procuraré que no las haya, capitán.

—Si por mí fuera, no le enviaba a una misión como esta, pero…

—Lo sé, capitán. Me hago cargo.

Resulta sencillo hablar con hombres que, como Ledesma, siempre te dan la razón. Y un poco incómodo. Ya sabemos que un simple sargento nunca debería cuestionar las órdenes de todo un capitán de presidio, pero las circunstancias son las que son y cierta resistencia entre los hombres que enviamos a una misión absurda sería razonablemente bien recibida. Para, por lo menos, calmar nuestra mala conciencia. La mala conciencia del capitán…

—Suerte, sargento —concluyó Herrán antes de saludar y dar media vuelta.

—Muchas gracias, capitán. A sus órdenes.

La cuera le sentaba a Ledesma como cortada a medida. Se la embutió, la ajustó por los costados y se sentó para colocarse las espuelas. Después, ya en pie, salió de la estancia y se encaminó hacia la caballeriza. ¿Estáis todos? A Cuéllar lo arrestaron por emborracharse durante una guardia, pero cuento con Orozco, López, Mesa y León. Cuatro de mis preferidos. Y necesitaré a cinco más para completar la columna: Grijalva, Martínez, Carrillo, Sáenz y Barrios. Nepomuceno Barrios. No hace ni una semana que llegó al presidio. Dicen que en la carga bruta se inclina tanto sobre el pescuezo del caballo que es capaz de susurrarle frases amorosas al animal. Directamente en su oreja y mientras, con la mano y el antebrazo derechos sostiene la lanza. Sigue, chico, sigue. No aflojes ahora, por lo que más quieras. ¿Ves eso puntiagudo que avanza muy cerca de tu cabeza? Pues descuida, porque lo sostengo yo. Yo, el tío que tienes encaramado a tu lomo y que ahora te habla a la oreja. Vamos, no aflojes, chico. Ensartaremos un magnífico salvaje con nuestra lanza. Va a ser emocionante. Nos acercaremos a galope tendido hasta él, observaremos cómo levanta su arma amenazante y lo traspasaremos de lado a lado con nuestra lanza antes de que tenga tiempo de aullar. Fíjate en la expresión final de su rostro. Fíjate en ella, chico: es la del que ha reconocido la presencia de la muerte y de su sentencia. Habla de nosotros. De ti y de mí. Somos, tú y yo lanzados a galope tendido, lo más bello que Dios ha puesto en este mundo.

* * *

Los diez soldados abandonaron el presidio formando en fila de a dos. Les habían proporcionado buenos animales. No los mejores de la caballada, pero sí magníficos ejemplares. Cueras prácticamente

nuevas, mosquetes recién equilibrados y sables con el filo pasado por la piedra esa misma mañana. El capitán quería que regresaran todos y, si para ello tenía que gastarse unos cuantos pesos más, lo haría. Diablos, no siempre está uno a punto de establecer la definitiva paz con los mescaleros. Se hablaría del capitán Herrán durante siglos. Mirada lánguida y todo lo que quieras, pero fue él y no tú quien lo logró. Quien consiguió que los mescaleros se volvieran agricultores. Rancheros. Gentes cristianas y de bien.

Así que si hay que ir hasta la Comanchería para dar el gusto, el último gusto, a los mescaleros, enviaremos a los soldados que los escoltan con el mejor de los equipamientos. Que ni uno solo de los hombres de El Norte luche con el filo del sable mellado. Que ninguno abra fuego y se le atore la bala. Y que a los nuestros no les atraviese el hombro una flecha comanche porque la cuera no se le ajustaba al cuerpo como mandan las ordenanzas.

En quince días, de vuelta en casa. Tres semanas, a lo sumo. Suerte, Ledesma. Suerte, soldados.

Hallaron a los mescaleros a media legua del presidio. Listos para partir en dirección al Pecos. Ojalá hubierais aparecido tan rápido cuando os estuvimos buscando en la Jornada del Muerto. Sí, no digáis nada, porque no hace falta, pero ya sabemos de qué pie cojea cada cual: sois lo que sois y os dejáis ver cuando os conviene. Alonso, no nos jodas, ¿de acuerdo? Vamos de buen grado. Vamos a donde ni, por lo más remoto, tendríamos que ir. Los españoles no cazamos bisontes, ¿sabes? Por nosotros, podrían correr todas las manadas hasta que la tierra se acabara y terminaran por caerse al océano desde un acantilado. Miles y miles, ¡millones!, de bisontes levantando su última gran polvareda y cayendo cuando el suelo desaparece bajo sus pies. Comida para peces y ni un solo español moverá un dedo para que algo así cambie.

Nos importan menos que nada los malditos bisontes. Que os quede claro.

—¡Gobernador Alonso! —gritó Ledesma mientras se acercaba con su caballo al del apache.

Un centenar de mescaleros montados levantaban polvo nervioso en un radio de un cuarto de legua. Iban, venían, azuzaban a los animales, les obligaban a retorcerse, desmontaban de un salto, regresaban a lo alto de la montura a través de la grupa, hablaban en jerga apache, aullaban para darse ánimos… Los mescaleros salen de caza y se han de enterar hasta en El Paso. Salen a cazar bisontes y, si se tercia, algún que otro bastardo comanche. Se sienten capaces de eso y de mucho más.

—Sargento —saludó escuetamente Alonso.

Iba vestido con un taparrabos nuevo, algo que no pasó desapercibido para la perspicaz mirada de Ledesma. Te lo estás tomando muy en serio, ¿verdad, Alonso? Tú y todos los tuyos. Os gusta esto, ¿no? Decid la verdad: lo estáis deseando. Deseando volver a la vida de antaño. Cabalgar libres de sol a sol y no responder ante nada ni nadie. Dueños de vuestro propio destino.

Pero la libertad es cosa del pasado. Al menos, el tipo de libertad que añoráis. No mientras no sepáis alimentaros por vuestros propios medios y sin auxilio de los españoles.

—¿Preparado, gobernador? —preguntó Ledesma, mirando al mescalero con esa expresión tan suya: parece que te sonrío, pero yo en tu lugar no haría demasiado caso. Puedo ser mucho más cabrón que tú. Mucho más.

—Sí, sargento.

—¿Y el resto de los jefes?

—Cerca.

—¿Cómo de cerca?

El tono del sargento era imperativo. Que desde el primer momento tuvieran claro que allí mandaban ellos. Él, para ser más exactos. La proporción entre mescaleros y españoles era de diez a uno, pero no nos llevemos a engaño: si estamos aquí es porque al coronel se le ha metido entre ceja y ceja que ahora somos amigos del alma; pero nada más. El coronel está en su pleno derecho de ordenar lo que considere oportuno. Nosotros obedeceremos sin pestañear. Pero a cielo abierto, el sargento manda. Manda porque

aquí no hay alférez alguno, no hay tenientes, no hay capitanes y, desde luego, no hay coroneles.

Y a esta hora, mientras aquí tragamos polvo, en Chihuahua al comandante general Croix le estará acariciando el cuello una fulana de piel blanquísima. Pálida como tras un desmayo. Como al comandante general le gustan. O eso se comenta en el barracón de solteros del presidio.

—Cerca —repitió Alonso.

—¡Pues que vengan, hostias! —rugió Ledesma para dejar unas cuantas cosas claras—. Que vengan ahora mismo.

Lo que Muñoz no se había atrevido a realizar nunca lo solventaba ahora el sargento de un plumazo. Dejaos de tanto honor y tanto orgullo apache y haced lo que se os dice. ¡Sin tardanza! ¿O acaso os creéis que siempre nos tendréis a vuestro servicio? No somos vuestros sirvientes, miserables haraposos.

—¡Ya! —ordenó, impaciente, el sargento.

Alonso lo miró con dureza, pero se volvió hacia uno de sus guerreros y le dijo algo en jerga. El mescalero tiró con energía de las riendas de su caballo e hizo que se retorciera para emprender camino en dirección opuesta.

—De inmediato, sargento —dijo Alonso.

—Gracias, gobernador —repuso, sucintamente y en tono más moderado, Ledesma.

Aguardaron unos minutos. La jauría de mescaleros se agitaba como tomada por una fiebre extraña.

—¿Esto es siempre así? —preguntó, acariciando el pescuezo de su caballo, el dragón Martínez.

Ledesma lo miró con fijeza durante un segundo y apartó la vista antes de responder:

—¿Tú te crees que yo he salido muchas veces de caza con los mescaleros?

—Supongo que no, sargento.

—Pues ya lo sabes. Aquí todos somos nuevos.

—No nos la jugarán, ¿verdad, sargento? —preguntó Carrillo desde un extremo del grupo.

Ledesma se daba cuenta de que los dragones que no solían servir junto a él se hallaban más intranquilos de lo normal. Demasiadas novedades al mismo tiempo.

—No lo creo, soldado —respondió Ledesma—. Me fío de Alonso.

—¡Yo no me fío de ninguno de estos mamones! —exclamó López con desparpajo.

—No me toques los huevos —repuso, vivaz, Ledesma. Digamos que si tenemos que cabalgar durante dos o tres semanas junto a ellos, es conveniente que asumamos que no nos la van a jugar. De lo contrario, más nos valdría dar media vuelta y regresar al presidio. Ahora que estamos a tiempo.

—¡Son mescaleros! —añadió López.

Lo cual, mira, era verdad. Mescaleros de los pies a la cabeza. Y, diablos, ello hacía que en las palabras de López anidara un poso de razón. Son mescaleros y no son otra cosa distinta. No, porque, de algún modo, no pueden evitarlo. Como nosotros, por mucho que nos empeñemos, jamás dejaremos de ser españoles y de servir al rey.

Domingo Alegre, Volante, Juan Tuerto, Bigotes y Patule el Grande se abrieron paso entre la barahúnda de guerreros y se presentaron al sargento.

—Veo que estamos todos —dijo, levantando la voz para hacerse oír, Ledesma—. ¡Pues adelante! ¡Gobernador Alonso! ¡Ordena a tu capitán de guerra que ponga la columna en marcha!

Alonso lo contempló con esa expresión impávida que los apaches llevan adherida al rostro desde el mismo día en el que nacen. ¿Piensa el sargento que está ante una columna del ejército regular español?

Sí, exactamente eso es lo que cree. Y lo cree porque es en lo que van a convertir a todos los mescaleros de Buena Esperanza. En soldados auxiliares del ejército español. Soldados que deberán comportarse como tales. Cultivaréis la tierra, criaréis ganado y, además, realizaréis instrucción militar. A los dos o tres más listos de

entre todos vosotros los nombraremos cabos. Te cosemos los galones al taparrabos y ya eres el tío que manda sobre el resto. ¿A que resulta una sensación agradable? Pues acostúmbrate, porque salvo que desatines mucho, serás cabo hasta los restos. En serio, tampoco es que nos tomemos demasiado en serio lo vuestro, pero… Digamos que si todos fingimos convenientemente, habrá manga ancha a discreción.

Pero entre fingimiento y fingimiento, el jefe Domingo Alegre es el capitán de guerra. Está a las órdenes del gobernador Alonso y esperamos que ambos se comporten como se espera de ellos. ¿Sí? Claro.

—Y en español, por favor, gobernador Alonso —añadió Ledesma. Aquí, las órdenes se reparten en español.

Fue un gesto muy rápido. Alonso alcanzó su lanza corta ricamente decorada y emplumada, la levantó en el aire con la mano derecha y gritó algo en jerga mescalero. Algo muy parecido al aullido de los coyotes.

Miraba al sargento mientras lo hacía.

Los cien apaches allí reunidos aullaron en respuesta a la orden dada por Alonso. Acto seguido, Domingo Alegre, capitán de guerra mescalero, hizo lo propio y aulló sosteniéndole la mirada a Ledesma. La horda, febril, replicó con nuevos, más potentes y más agudos chillidos.

Alonso había cumplido las indicaciones del sargento. A medias: dio la orden de partir, sí, pero no en español. No obstante, se trataba de un buen comienzo. Poco a poco, aprenderían a obedecer. Lo harían o se acabaría la comida gratis.

Durante gran parte del día cabalgaron hacia el norte. Paulatinamente, los guerreros mescaleros, muy jóvenes la mayoría de ellos, fueron sosegándose y la columna avanzó sin sobresaltos. El primer objetivo era alcanzar el río Pecos. Llegarían allí en cuestión de pocos días, pero una vez vadeado, todavía restaría como mínimo una semana hasta llegar al Llano Estacado. Hasta la tierra de los bisontes.

De los comanches.

* * *

Ledesma cabalgaba en vanguardia de la partida. Él y cuatro o cinco dragones junto a Alonso, Domingo Alegre y Bigotes, y el resto repartido por ahí como buenamente Dios le daba a entender. Si querían convertir a aquella turba en soldados auxiliares del ejército español, tendrían que trabajar en firme durante meses. Años. Siglos.

Pero avanzaban, que era lo importante. A buen paso y sin incidentes reseñables. De acuerdo, los mescaleros de las diferentes bandas peleaban constantemente entre sí. Guerreros jóvenes que se retaban de continuo, que se ofendían y desagraviaban según la marcha avanzaba hacia el Pecos. Pero los jefes apaches parecían haber sido adecuadamente advertidos por Alonso y, tras la intervención de estos, la calma regresaba pronto al grupo. No jodáis ahora al sargento con vuestras pueriles contiendas. No lo hagáis, pues el sargento es capaz de, harto, ordenar que el grupo dé media vuelta y regrese a El Norte. ¿Queremos que algo así suceda? ¿Nos gustaría quedarnos sin caza? No. Pues dejad de hacer el idiota y comportaos con un poco de dignidad.

Somos apaches, no insignificantes sumas.

Por las noches, se detenían donde el sargento ordenaba. Más o menos, porque pronto se dio cuenta de que lo adecuado en tales circunstancias era consultarlo todo con Alonso. ¿Qué te parece este lugar, gobernador? ¿Crees que dispondremos de suficiente agua para los caballos, gobernador? ¿Serías tan amable de intervenir para que tus gentes dejen de pelear entre sí a todas horas, gobernador?

Nos duele la cabeza y contra eso no existe remedio conocido.

En la tercera noche, ya con el Pecos muy cerca, una reyerta acabó con la vida de un muchacho de la banda de Juan Tuerto. Feo asunto, porque Tuerto era de los que siempre encajaba mal los golpes.

—Cosa de mescaleros —le dijo Alonso a Ledesma. No se meta, sargento, porque esto no le incumbe. Deje que lo solucionemos a nuestra manera.

Los apaches discutieron airadamente durante horas. Con el grupo detenido para pernoctar, los caballos desensillados y varias hogueras encendidas en medio de un paraje desolado, Ledesma y sus nueve dragones se sentaron en el suelo y se dispusieron a cenar. Echarse un bocado al estómago mientras observaban cómo los mescaleros resolvían sus problemas al modo mescalero.

Gritando como no lo hacen las mujeres más chillonas de El Norte. De verdad, nos duele mucho la cabeza y mañana tenemos que cabalgar de sol a sol. Que alguien le raje el cuello al asesino del muchacho de Tuerto y acabemos con esto de una vez por todas.

Desgraciadamente, nada era tan simple. Los jefes intervenían, recababan testimonios e interrogaban a los testigos de la reyerta. Para nada, porque en cuestión de minutos volvían a empezar desde cero. Tuerto no daba su brazo a torcer y exigía un desagravio que, al parecer, el resto ni podía ni estaba dispuesto a ofrecer.

Tuerto era malo. Malo y vagamente idiota. Y sus hombres, fueran o no hijos suyos, se comportaban igual que él. Cometiendo errores a todas horas. Según Barrios, que comprendía un poco la jeringonza apache, el muchacho muerto había cuestionado el valor de los guerreros más jóvenes de Volante. Algo que los guerreros más jóvenes de Volante se tomaron como lo que a todas luces era: una gravísima afrenta que convenía aclarar allí y en aquel preciso instante. Un guerrero mescalero no puede cabalgar ni un solo paso con un agravio como aquel sobre sus hombros. ¿Humillado? ¿Ultrajados él, toda su familia, su linaje y sus antepasados? Antes muerto.

Y cuando alguien ha de estar muerto, mejor que sea el otro. Es lo que, siempre según Barrios, había sucedido. Lo dicho, dicho estaba y nadie se retractó, se avergonzó o pidió perdón. De manera que los guerreros de Volante rodearon al muchacho de Tuerto y, en un descuido del resto de su banda, lo mataron. Nada complicado,

porque los guerreros del jefe Tuerto continuaban flacos y desnutridos tras meses y meses de penurias. El orgullo rápido y los reflejos lentos. Lo mataron clavándole un machete en mitad del pecho.

Lo cierto era que nadie sentía excesiva simpatía por Juan Tuerto. Lo soportaban porque era uno de los suyos, pero no entregarían a un hombre de Volante para resarcir la muerte de un imbécil que, sin duda alguna para nadie, se merecía más que de sobra lo que le había sucedido. Lo siento, Tuerto, aquí lo dejamos. En el futuro, procura que tu gente mantenga sujeta su lengua. Si puede.

Los mescaleros, poco a poco, se separaron en grupos y se tumbaron para dormir. Tuerto todavía caminaba de un lado a otro, excitado, iracundo, preso de una sensación de impotencia que no le permitiría conciliar el sueño en toda la noche. Ahora, a la humillación de saberse bajo la atenta mirada de los españoles, se sumaba la afrenta proveniente de sus propios hermanos mescaleros. Esto no quedaría así. Obtendría su resarcimiento, desde luego que sí. No en esta noche ni, quizás, en la de mañana. Pero habría tiempo para todo.

Ocasión para la venganza.

—No me gusta —dijo Ledesma mientras se acostaba con los pies en dirección a la fogata y tiraba de su manta para cubrirse hasta la barbilla.

—¿Cómo se llama el tipo de Chihuahua que sostiene que es cuestión de tiempo que los mescaleros se conviertan en plantadores de maíz? —preguntó Mesa. Se hallaba tumbado boca arriba, entrecruzaba las manos en la nuca y observaba el grandioso cielo estrellado.

—Croix —respondió el sargento cerrando los ojos. Y un instante antes de quedarse profundamente dormido, añadió con voz tranquila —: Comandante general Teodoro de Croix.

* * *

Cuando llegaron al río Pecos, buscaron un lugar seguro para vadearlo. Y en ello estaban cuando los hombres de Bigotes, y también, aunque en menor medida, los de Tuerto, comenzaron a aullar. Esa excitación que los carroñeros del desierto experimentan cuando huelen la carne muerta frente a sí. Aúllan porque saben que pronto, si nada lo remedia, podrán hundir sus hocicos en sangre espesa y compartir pitanza con los gusanos.

—¡Sargento! —gritó Grijalva, cabalgando apresuradamente hacia la posición donde se hallaba Ledesma—. ¡Sargento! ¡Cuervos!

Cuatro. No, cinco. Cinco guerreros cuervo que les observaban desde la ribera norte del río. ¿Pero qué diablos hacen tan al sur cinco cuervos?

Nada bueno. Sus tierras se hallan más allá de la Comanchería. De cuando en cuando, se les ve aparecer por lugares tan meridionales como El Paso o El Norte pero, desde luego, no es lo habitual.

—Todos atentos —ordenó Ledesma, observando en la dirección que le indicaba Grijalva.

Los dragones comenzaron a comprobar las armas y más de uno metió la mano en la alforja de la munición para hacerse con un par de cartuchos.

—Estamos en paz con los cuervos —advirtió Ledesma.

Nosotros sí, pero los mescaleros… Los mescaleros son apaches y los apaches están siempre en guerra. Ellos contra el resto del mundo.

—¿Cuáles son las órdenes, sargento? —preguntó, algo nervioso, López.

—Vamos a ver qué pasa —contestó Ledesma, y picó espuelas en dirección a la algarabía. Cabalgas a través de los parajes más silenciosos del mundo y lo haces al lado de unos tipos que no pueden tener los labios pegados ni cinco minutos. Es mala suerte.

Ledesma y los dragones llegaron hasta la orilla del río y vieron a varios hombres de Bigotes empujando los caballos hacia el agua para, tras entrar bruscamente en ella, exhibir sus armas en alto, clamar a voz en grito lo desmesurado de su valor y regresar a la protección del grupo.

—¡Alonso! —llamó Ledesma—. ¡Gobernador Alonso!

Alonso se volvió hacia el sargento, lo miró y sacudió con la cabeza.

Son cuervos. Podemos matarlos y nadie tiene derecho a evitarlo.

Ledesma se pasó la mano por la barbilla. No le importaban en absoluto los cinco guerreros que, erguidos e impertérritos en sus monturas, les observaban desde el otro lado del río. De acuerdo, sí, los españoles estaban en paz con los cuervos. Pero eso solo significaba que no se atacarían unos a otros. Y nada más. Sin embargo, ¿quién saldría ganando con un enfrentamiento entre cinco cuervos y un centenar de mescaleros?

No Ledesma. No los españoles de El Norte. No, pues siempre que dos bandas indias, sean cuales sean las naciones a las que pertenecen, entran en conflicto, los españoles, de una manera o de otra, pagan las consecuencias. Siempre fue así, de manera que las cosas no tendrían por qué cambiar ahora.

—Gobernador Alonso —dijo, en voz alta para que todos le oyeran, Ledesma—. Quiero que busquemos otro lugar para cruzar el Pecos.

Alonso volvió a mirar al sargento.

—Este es un buen lugar —afirmó.

Con cinco guerreros cuervo aguardando al otro lado.

En ese instante, tres o cuatro flechas subieron en el aire y salvaron la distancia entre mescaleros y cuervos y fueron a clavarse

a unos veinte pasos de los cinco guerreros. Ni uno solo de ellos movió una pestaña. Sus caballos, pintos los cinco, estaban ricamente engalanados con pieles y plumas.

—No quiero problemas —añadió Ledesma—. Recuerda que nuestro objetivo es cazar bisontes en las llanuras del norte. Iremos al Llano Estacado, cazaremos y regresaremos de vuelta a casa. Y nada más.

El sargento remarcó estas tres últimas palabras. Y nada más.

Alonso sacudió de nuevo la cabeza.

—No puedo hacer nada.

—Eres el gobernador. Llama al capitán de guerra y ordénale que calme a vuestros hombres.

—No son mis hombres.

Alonso observaba la situación como quien ve llover tras seis meses de sequía. El espectáculo resulta agradable y podríamos permanecer así durante un buen rato, pero, a fin de cuentas, solo es lluvia.

Solo son guerreros cuervo. El enemigo. Y sepa algo más, sargento: ni Alonso, ni Domingo Alegre tienen especial interés en combatir con los cuervos. Claro, son el enemigo, ¡siempre lo han sido!, pero comprendemos que, en este momento, nada resulta más importante que alcanzar el Llano Estacado y dar comienzo a la caza. Sepa, sargento, que los mescaleros cumplimos con nuestra parte de los tratos. Dimos nuestra palabra y la cumpliremos.

Pero si Tuerto o Bigotes quieren ir a por ellos, están en su derecho. Pueden hacerlo y nadie, ni siquiera Alegre, ni siquiera el propio Alonso en persona, podrán hacer algo por evitarlo. Es ley entre los mescaleros que el jefe de una banda no se inmiscuye en los asuntos que conciernen a los jefes de otras bandas. Tus asuntos no son mis asuntos.

A Ledesma, toda la palabrería de los mescaleros le traía sin cuidado. Lo importante era, antes que nada, no retrasarse. El teniente había insistido una y mil veces en ello: de vuelta en El Norte cuanto antes. Pero es que, además, no convenía abrir un conflicto

con una nación poco o nada hostil con los españoles. Como si no tuviéramos ya suficientes problemas…

—¡Bigotes! —gritó Ledesma, alejándose de Alonso y acercándose al interpelado.

—Sargento —correspondió Bigotes volviendo su mostacho hacia Ledesma. En las últimas semanas se lo había dejado crecer, lo cual aumentaba, si cabe, su ya habitual aspecto de retardado.

—¡Detén ahora a tus hombres!

—Son cuervos.

Lo dijo como si ello lo explicara todo. Sargento, su enfado se debe, sin duda, a que no sabe que esos bastados del otro lado del río son guerreros cuervo. Del norte, sargento. Eternos enemigos de los mescaleros. Son cuervos, ¿comprende?

—Me da igual. Estamos aquí para cazar bisontes —dijo Ledesma.

La mirada turbia de Bigotes se posó de nuevo en el sargento.

—Hay enemigos en nuestro camino.

Sus hombres, diez o doce guerreros jóvenes y alguno no tanto, continuaban entrando al galope en el agua y deteniéndose con brusquedad allí donde no cubría ni tres palmos. Debía parecerles algo muy apasionante, pues congestionaban sus rostros, agitaban, entre gritos, las lanzas o los machetes en el aire y, antes de que a los cuervos se les pasara por la cabeza atacarles, regresaban, de nuevo al galope, hasta la orilla segura del río. Donde permanecen los nuestros. Contempladnos ahora con admiración. No se puede mostrar más valor. Miradnos todos, cuervos, españoles y demás mescaleros, y admitid que es así.

—No me toques los cojones, jefe Bigotes, y saca a tus hombres del agua —dijo un Ledesma al que se le había acabado la paciencia. Por suerte o por desgracia, el español de Bigotes no era tan bueno como para comprender la primera parte de la expresión del sargento —. ¡Saca a los hombres del agua, jefe Bigotes!

—No.

Bigotes simplemente se negó. Eres el sargento y se supone que tú mandas ahí. ¿Por qué un imbécil como Bigotes no te respeta?

Quizás sea porque no te haces respetar. Sí, quizás sea por eso.

—Vamos a marcharnos —dijo Ledesma, empujando su caballo hacia la posición de Bigotes. Lo tenía a menos de tres pasos de distancia.

—No —se negó, de nuevo, el jefe mescalero. Miraba alternativamente al sargento y a sus hombres entrando y saliendo del agua.

De pronto, Juan Tuerto se acercó y dijo algo a Bigotes en jerga apache. Ledesma no lo entendió, pero el tono empleado por Tuerto no auguraba nada bueno. Acto seguido, varios guerreros mescaleros de los que permanecían a la expectativa en la orilla, alzaron sus armas y comenzaron a chillar.

Iremos a por los cuervos y los mataremos.

—¡No, jefe Tuerto! —gritó Ledesma—. ¡Detén a tus hombres!

Bigotes había tenido la deferencia de negarse. Tuerto, ni eso. Simplemente, ignoró al sargento y continuó aguijoneando a los hombres. Y Ledesma sabía qué suponía eso. Los mescaleros llevan una llama ardiendo en mitad del pecho. Esa llama que, precisamente, los españoles tratan de extinguir desde hace siglos. No la avivéis, pues a nada bueno nos conducirá. No la avives, Tuerto. Por lo que más quieras, no lo hagas. Tú no ganarás nada, nosotros no ganaremos nada y nadie saldrá beneficiado. Los cuervos no nos han hecho nada. Dejémoslos ir.

Lo que Ledesma no comprendía era que sí les estaban haciendo algo. Algo grave. Algo intolerable. Algo, si se quiere, humillante.

No habían huido.

Los mescaleros llegaron hasta el Pecos, advirtieron la presencia de los cuervos, los cuervos advirtieron la de los mescaleros y se quedaron donde estaban. No abandonaron. No admitieron la supremacía de los mescaleros poniendo tierra de por medio. Al contrario: cinco contra cien, y aguardaban sin ni siquiera apartar la mirada.

A quien así espera, solo con la batalla puede correspondérsele.

Ledesma se dio cuenta de que los guerreros de Bigotes y de Tuerto se estaban preparando para un ataque contra los cinco cuervos. Puede que el lugar no fuera demasiado bueno para cruzar el Pecos, pero lo lograrían si ponían suficiente empeño.

—Barrios —llamó Ledesma.

—¿Sargento?

—Permaneced alerta. Sin movimientos bruscos, pero alerta. Corre la voz.

Barrios asintió con la cabeza y, sin prisa, se dirigió hacia donde estaba el resto de los dragones y transmitió la orden. Alerta, por lo que pueda pasar.

El sargento no perdía de vista a unos veintitantos mescaleros que tenían ya los cascos de sus caballos en el agua. Los azuzaban y los retenían al mismo tiempo, en esa maniobra desquiciada que vuelve locas a las monturas apaches. Y luego, tras mucho amagar, Bigotes aulló. Tuerto aulló y los veintitantos hijos de perra que estaban en el agua se lanzaron a galope tendido hacia el centro del curso.

El Pecos bajaba tranquilo. Un otoño seco nunca está de más cuando la emprendes contra los cuervos en mitad del río. Porque ahí iba a ser. En cuanto los mescaleros se fueron, entre aullidos, a por los cuervos, estos reaccionaron y respondieron de la única manera posible: doblaron los pies bajo las panzas de sus caballos, no evitaron el desafío y penetraron en el Pecos.

A orgullosa, a la nación cuervo, no le gana nadie.

Cinco a veintidós o veintitrés. Cuervos y mescaleros. Nos la tenemos jurada desde cien generaciones atrás. Alguien hizo algo a alguien y es momento de saldar cuentas. Vamos a ello. Orgullo, gloria y sangre.

Ledesma no lo permitiría. ¿Quién le aseguraba que aquellos cinco cuervos no eran sino la vanguardia de una gran banda en ese preciso instante encaminada hacia el sur? Cinco tipos a los que se les ha ordenado que se adelanten para asegurarse de que no hay

peligro. Y, de pronto, lo hay: cien mescaleros y diez españoles armados hasta los dientes. ¿Y ahora qué? Ahora aguardamos. Contra los españoles no tenemos nada y no buscaremos el enfrentamiento. Pero en cuanto a los mescaleros…

En honor a la verdad, ningún cuervo se movió hasta que los acontecimientos se precipitaron. Se hallaban en la ribera norte del Pecos y los españoles y los mescaleros en la sur. Habría bastado con cabalgar durante media hora más y buscar un sitio donde vadear en calma… Pero Bigotes no quiso; Tuerto no quiso. Y ahora los problemas eran para el sargento Ledesma.

—Barrios —dijo—. Carga y aguarda.

El dragón maniobró muy deprisa y completó la operación en menos de medio minuto. Sostuvo el mosquete con la mano izquierda y miró a sus compañeros. El sargento asentía con la cabeza en dirección a ellos y todos comenzaban a cargar las armas. Discretamente.

Cuervos y mescaleros no se encontraban ya a más de treinta pasos de distancia los unos de los otros. En la ribera sur, expectación. Todos miran, todos aguardan, todos se mantienen expectantes. Alonso, Domingo Alegre y el resto de los jefes cuyos hombres no están en el río, porque, diantre, este es un espectáculo que merece la pena contemplar; Juan Tuerto y, desde luego, Bigotes, porque aquí y ahora se pone en juego el honor de su banda. De, por supuesto, ellos mismos.

Salgamos victoriosos de esta batalla y el resto de los mescaleros admirará nuestro valor. Lo contarán a sus ancianos. Sus mujeres sabrán de la gesta del Pecos. Cinco cuervos muertos. Vagan sin narices ni cabelleras por el infierno cuervo. ¿A que es gracioso?

Ledesma, por su parte, tenía la atención puesta en el horizonte. Cinco cuervos solos son muy pocos cuervos. En algún lado habría más. Y, Dios, él no sabía casi nada acerca de las costumbres de la nación cuervo, pero se hallaban demasiado lejos de su casa para ser cinco y solo cinco. ¿Y si, de pronto, aparecía el resto? Cincuenta. Cien. Trescientos guerreros dispuestos para la más descarnada de

las batallas. Los matarían a todos y, acto seguido, continuarían su camino sin inmutarse.

Estuviera o no en lo cierto, el sargento no tardó en alcanzar una determinación. Su orden había sido clara y taxativa. Detened a vuestros hombres y nos largamos de aquí. Y con más de veinte apaches en el agua, la orden distaba mucho de estar siendo cumplida.

—Un tiro, Barrios —ordenó Ledesma.

El dragón apoyó, de inmediato, el mosquete en su hombro derecho. El caballo se le movió un poco, pero él bajó la mano izquierda hasta el cuello del animal y lo calmó. Tranquilo, amigo. Escucharás la detonación, pero para algo así ya nos hemos entrenado en el presidio, ¿recuerdas? No te va a doler. No te asustes. Hacemos nuestro trabajo, es todo. Tú el tuyo y yo el mío.

—A matar, Barrios.

El tiro no sería de aviso.

—Sí, sargento.

El dragón volvió a poner ambas manos en el mosquete. Cerró un ojo, apuntó y se aseguró de que seis o siete hombres, como mínimo, estuvieran a tiro.

—¿Listo? —preguntó Ledesma.

—Listo, sargento.

—A mi orden.

—Sí, sargento.

Lo cierto es que Ledesma se lo pensó un poco. ¿A quién dispararías tú en una situación semejante? Hay varios cuervos a los que no has visto en tu vida y que no te importan lo más mínimo. Ni siquiera deberían estar tan al sur. Sus tierras se hallan al norte, muchísimo más al norte. Son cinco y, aunque crees muy probable que haya más o muchos más, los cuervos no suponen un gran peligro para los ranchos españoles. Todos están demasiado lejos de todos. Así que aquí, en el Pecos, los dragones podrían abrir fuego contra ellos, matarlos y, con un poco de suerte, solucionar el problema. A Bigotes y a Tuerto probablemente no les sentara nada

bien que los españoles les quitaran los enemigos del filo del machete, pero al diablo con ellos… No es tarea del ejército español agradar a los mescaleros. Quizás Croix no sea de la misma opinión, pero si echas un vistazo a tu alrededor, te darás cuenta de que Croix no cabalga cerca.

De manera que, Barrios, preparado.

—Contra el mescalero de la izquierda —indicó Ledesma—. El que galopa separado del grupo.

Un guerrero de Tuerto. Ledesma lo conocía y hasta le había dirigido la palabra en alguna ocasión. No tendría más de diecinueve o veinte años. Quizás un propio hijo de Tuerto. O sobrino. O algo.

Barrios se tomó un par de segundos y apretó el disparador. Un único tiro y el mescalero se desplomó. Cayó boca abajo, salpicando, y una gran mancha de sangre comenzó a teñir el agua.

—Muerto, sargento —aseguró Barrios.

El resto de los dragones asió con fuerza sus mosquetes. Lo que venía a continuación, únicamente Dios lo sabía.

Ledesma buscó con la mirada a Alonso. Hemos matado a un mescalero y necesitamos saber cuál va a ser vuestra reacción. Antes de que se produzca.

Pero la mirada de Alonso resultaba indescifrable. No sabes si apruebo o desapruebo lo que ha sucedido. No sabes si te defenderé en una hipotética represalia por parte de la banda del guerrero muerto. No sabes, en realidad, nada. Pero has hecho fuego, sargento. Contra uno de los nuestros.

Sargento, tienes arrestos. Merecerías ser apache.

—¡Apuntad a todos! —gritó Ledesma. Si ya has disparado abiertamente contra uno, ¿por qué no encañonar al resto?

Los dragones se llevaron los mosquetes al hombro y los índices de las manos a los disparadores. No hay balas para todos y es más que posible que nos matéis antes de que nos dé tiempo a cargar de nuevo. Y, sin embargo, la elección del sargento no puede resultar más diáfana:

—Al primero que se mueva, le disparáis.

Y todo esto es porque aquí manda Ledesma. Lo comprenderéis por las buenas o lo comprenderéis por las malas; y puede que los españoles estén muertos antes de cinco minutos, pero así son las cosas.

Así y no de otra manera.

Fue entonces cuando Alonso esbozó una ligerísima sonrisa. Una sonrisa que no le pasó desapercibida al sargento y que le permitió respirar hondo: de un modo puede que sutilmente vago e inasible, el jefe Alonso aprobaba la acción de Ledesma. Un hombre de Tuerto menos. No diremos que nos alegramos, pero Tuerto es idiota. Quédate con esta levísima sonrisa a modo de aprobación.

Los mescaleros que se hallaban en el agua refrenaron sus caballos. Son valientes guerreros, pero saben del poder de una bala española. Mira al que ahora flota, boca abajo y con los brazos extendidos, en el agua. No, quietos todos. Un ojo en los cuervos y otro en los españoles. Por momentos, esto se llena de enemigos.

Los cuervos también detuvieron su avance. El agua les llegaba hasta la cintura y sus caballos comenzaban a tener problemas para progresar en una corriente cada vez más fuerte. No comprendían demasiado bien qué estaba sucediendo, pero los ojos ven y las orejas oyen: uno de los cabrones que se venía hacia nosotros yace sin vida porque alguien, desde el otro lado del río, le ha disparado. Con uno de esos artilugios que utilizan los tipos de piel blanca que viven en las tierras áridas del sur. Sí, un día de estos deberíamos hacernos con uno. Desde luego, no se puede decir que no sean efectivos…

Quietos, pues, todos. Ni un paso los mescaleros, ni uno los cuervos. Ni una palabra los hombres que permanecían en la orilla, ni un gesto más allá de la pura sorpresa.

Y tras la levísima sonrisa en los labios de Alonso, la ira descompuesta en el rostro de Tuerto. Hijos de perra. Habéis matado a uno de mis hombres.

—No te muevas, jefe Tuerto —le espetó Ledesma cuando vio que el mescalero se abría paso entre los caballos de los hombres de

la banda de Patule el Grande.

Tuerto, por supuesto, hizo caso omiso de la indicación del sargento.

—¡Quieto, Tuerto! —gritó Ledesma. En la dureza de su mirada se explicaba lo necesario: quieto o serás el siguiente. Ya estás al tanto: que no haya balas para todos no significa que no haya balas para algunos. Sabemos realizar cuentas básicas. ¿Sabes tú, Tuerto?

No lo parecía, pues el mescalero continuaba apartando hombres y caballos de Patule para abrirse paso. Labios prietos. Mirada de un solo ojo y pensamiento de una sola idea. Los perros españoles nos causan demasiado mal. Pongamos remedio a ello.

—Barrios —dijo Ledesma.

—Sargento.

—Carga.

Cartucho rasgado con los dientes, bala bajo la lengua, pólvora a la cazoleta, pólvora al cañón, baqueta, bala, pólvora, baqueta y todo preparado para una nueva detonación. Mosquete al hombro, dedo en el disparador y el ojo guiñado.

—Listo, sargento.

—Apunta a Tuerto.

—Sí, sargento.

Vamos a intentarlo por última vez. Que el coronel Muñoz no diga que no hicimos todo lo que pudimos.

—¡Tuerto! —gritó Ledesma.

Al mescalero solo lo separaban cuatro o cinco caballos del sargento.

—Saca a tus hombres del agua —ordenó el sargento—. Ahora mismo, o los mato a todos. Y después te mato a ti.

Ya está dicho. Sientes una extraña sensación cuando amenazas de muerte a un jefe apache. Por un lado, el alivio aflora. Es lo que sientes, lo que siempre has sentido: expresarlo en voz alta exorciza los demonios; y de qué manera… Pero, por otro lado, con el alivio adviene el miedo. El pánico, si quieres. El tipo es un apache y como tal actuará hasta el final. ¿Sabes de lo que son capaces? Claro, claro

que lo sabes. ¿Sabes que aun con una bala en mitad del pecho es capaz de dar cinco o seis pasos y clavarte los dientes en el cuello? No te cabe duda alguna. De manera que lo dicho, dicho está. Y lo que lo dicho conlleva, ahora se acerca.

Tuerto hizo ademán de desenvainar un cuchillo que portaba en su cintura. A Ledesma le bastó.

—Tiro sobre su cabeza y carga de nuevo —ordenó a su dragón.

Barrios obedeció. Para errar no es preciso apuntar demasiado. Levantó un poco el cañón del mosquete y apretó el disparador. La bala se perdió tres palmos por encima de la cabellera de Juan Tuerto.

Mientras el dragón se llevaba un nuevo cartucho a la boca y lo rasgaba con los dientes, Ledesma trató de hacerse con la situación.

—Yo soy quien está al mando —dijo en voz muy alta, pero sin gritar. Hablaba para Tuerto, pero también para el resto de los hombres allí presentes—. Soy quien manda, no lo olvidéis. Si queréis guerra, podemos comenzarla aquí y ahora. Solo somos diez soldados. Diez, y vosotros muchos más. Pero vamos a disparar. Que no os quepa duda. Dispararemos, mataremos a tantos de vosotros como podamos y, después, encomendaremos nuestras almas a Dios nuestro Señor. Gozad de la victoria del Pecos porque será la primera y la última.

Ledesma hizo una pausa para tomar aire. Sus hombres seguían encañonando a los mescaleros y nadie osaba hacer ningún ruido. Hasta los guerreros cuervo comenzaban a retornar a su lado del río.

Alonso escuchaba desde su caballo. Domingo Alegre, también. Y Volante. Y Patule. Hasta Bigotes parecía interesado en lo que el sargento tenía que decirles.

—Será la última —continuó Ledesma—, porque vendrán muchos hombres. Soldados fuertes sobre caballos poderosos. Muchas armas y mucha muerte. No tenéis ni idea de lo que somos capaces. ¡No tenéis ni idea! Ninguno de vosotros ha ido más allá del Río Grande. Ninguno conoce Chihuahua ni ninguna de las ciudades del sur. Y mucho menos aún: no tenéis ni la más remota idea de qué es

España. De cuán grande es su poder. Os aplastarán. Sin dudarlo y sin que les importe lo más mínimo.

Tuerto entornaba su ojo para mirar al sargento. El disparo de Barrios le había hecho desistir de la intención de llegar hasta él, pero continuaba cerca. Cerca y conteniendo su cólera.

—¿Qué me decís, amigos? —preguntó, ahora sí a voz en grito, Ledesma—. ¿Queréis guerra o queréis cazar bisontes? Es momento de elegir. Momento de tomar decisiones. Está en vuestra mano.

Fue Patule, al cual le había molestado el modo en el que Tuerto se abrió paso entre sus hombres, quien tomó la palabra.

—Yo no quiero guerra —declaró. Su torso musculoso y sus anchos hombros contrastaban con el raquitismo de Tuerto—. Yo quiero bisontes.

—¡Mesa! ¡López! ¡Orozco! —gritó Ledesma tras escuchar a Patule.

—¿Sargento?

—Dejad de apuntar al jefe Patule y a sus hombres. El jefe Patule es amigo de los españoles.

Los dragones obedecieron. Os conocemos a todos y uno por uno, de modo que no resulta una tarea complicada.

No apuntamos a la banda de Patule, pero apuntamos al resto. ¿Y bien?

—Yo no quiero guerra —se alzó, desde muy atrás, la voz de Volante.

—¡Orozco! ¡Mesa!

—¡Sí, sargento!

Cada vez menos pechos encañonados.

Ledesma se giró para observar a Alonso. Alonso, desde su caballo, le devolvió la mirada y asintió. Igual que, un instante después, hizo Domingo Alegre.

De manera que así están las cosas: los soldados españoles contra Tuerto, Bigotes y sus respectivas bandas. De pronto, las tornas cambian y las fuerzas se equilibran. Jefe Tuerto, solo tú y el retrasado de Bigotes queréis problemas. Podemos daros el gusto,

pero podemos, también, bajar nuestras armas. En serio, aquí nadie quiere disparar a nadie.

¿Permitimos que vayan en paz los cuervos y nos vamos a cazar bisontes? Seguro que ahora mismo los mejores ejemplares están atravesando el Llano Estacado. Son enormes, Tuerto. Descomunales machos que hacen temblar el suelo cuando los lanzas en estampida. ¿Qué te parece? ¿Lo hacemos? Todos juntos al lado de uno de los animales más grandiosos que Dios ha puesto sobre el mundo. Matémoslos, diablos. ¡Hagámoslo!

Y dejemos tranquilos a los guerreros cuervo que, te pongas como te pongas, en ningún momento han supuesto una amenaza para los mescaleros.

Tuerto silbó en dirección a los guerreros que todavía tenían las patas de los caballos en el agua y les hizo una señal con la mano: recoged el cuerpo del muchacho muerto y dad media vuelta.

Por esta vez, el sargento se saldría con la suya. Por esta vez.

Porque Tuerto no estaba dispuesto a tragarse la rabia. ¿Olvidar algo así? ¿Que un español ha matado a uno de tus guerreros? ¿Que, acto seguido, ha disparado por encima de tu cabeza? Y aún peor, ¿que estos bastardos a los que tomaba por sus hermanos de sangre le han dado la espalda a la hora de la verdad?

Cuidado con Tuerto. Cuidado todos porque la ira permanece en él. Y lo hará durante mucho tiempo.

—Sabia elección, jefe —dijo Ledesma cuando vio cómo dos guerreros de Juan Tuerto se agachaban para alcanzar el cuerpo del joven abatido, lo asían por un brazo y lo levantaban hasta situarlo en la grupa de uno de los caballos—. Somos amigos, jefe Tuerto. Espero que no lo olvides nunca.

No, no lo somos. Quizás sea necesario fingirlo durante un tiempo. Pero no somos amigos ni lo seremos jamás.

Poco a poco, el grupo de mescaleros comenzó a dispersarse. Sin prisa y sin aparente rumbo fijo, algunos guerreros abandonaron la ribera del Pecos y se internaron en un paraje de matojos y arbustos bajos. Buscaban un lugar donde acampar. Encender una hoguera,

sentarse en torno a ella junto a los tuyos y charlar un rato sobre los recientes acontecimientos. Los jefes tenían que hablar. Que hablar, que explicar lo sucedido a algunos guerreros que no acababan de comprender: ¿por qué los españoles han matado a un mescalero? ¿Por qué los guerreros cuervo pueden largarse sin sufrir castigo alguno? ¿Ya no somos apaches? ¿Ya no es el cielo sobre nuestras cabezas lo único que admitimos como inmutable?

—Deje que se marchen, sargento —dijo Mesa, acercándose a Ledesma—. No irán muy lejos y es necesario darles tiempo. Mañana continuaremos nuestro camino, si le parece.

Ledesma miró a Mesa y accedió llevándose la mano a la frente y rascándose bajo el sombrero. Los dragones procedían a descargar los mosquetes y a enfundarlos tras asegurarse de que de las cazoletas y de los cañones había desaparecido hasta el último grano de pólvora.

—Nos queda algo pendiente —dijo Ledesma a Mesa.

—¿Qué sargento?

Ledesma señaló con la cabeza hacia el río. Los cinco cuervos habían alcanzado la orilla opuesta y uno de ellos volvía la vista hacia atrás.

—¿Los cuervos, sargento? —preguntó, atónito, Mesa.

Sí, los guerreros cuervo. Podemos ignorar lo sucedido, pero eso no hará que ellos dejen de estar ahí.

—No debemos permitir que esto termine así.

—¿Por qué no, sargento? Que se vayan por su lado.

—No, Mesa, no… ¿Y si hay más? ¿Y si deciden llegarse hasta El Norte o El Paso?

—Allí hay muchos soldados. Sabrán arreglárselas. Un ataque cuervo lanzado desde tan lejos… De verdad, sargento, no creo que supongan un serio peligro para nosotros.

Ledesma tampoco lo creía. Y, sin embargo, deseaba que las cosas no quedaran así. Todo aquello le había causado, por decirlo de algún modo, incomodidad. Sí, algo parecido. Te topas con un pequeño grupo de indios no hostiles y los que contigo cabalgan la

emprenden con ellos en tal manera que el grupo se ve obligado a afrontar el ataque. No, no está bien.

La mayoría de los dragones había comenzado a imitar a los mescaleros y se alejaba de la ribera del Pecos para buscar un sitio en el que acampar, desensillar los caballos y deshacerse de las botas durante un rato.

El calor, por muy avanzado que esté el otoño, sigue siendo achicharrante.

—Vamos, Mesa —dijo, de repente, Ledesma.

—¿Ir? ¿Adónde, sargento?

—Tú y yo vamos a cruzar el Pecos.

—Pero, sargento…

—Sí. Y ahora mismo. Vamos.

* * *

Los caballos de Ledesma y Mesa entraron en el río tranquilamente. De hecho, los animales bebieron un poco de agua antes de que sus jinetes tiraran con suavidad de las riendas para obligarles a avanzar. Todavía no ha terminado nuestro trabajo. Un rato más y podréis ir junto al resto. Crece un pasto estupendo en las cañadas del Pecos, prometido.

En la mitad del cauce, el agua les llegaba al estómago y Ledesma y Mesa desengancharon la alforja de la munición y se la echaron sobre el hombro para que la pólvora no se mojara. Los hombres notaban la lenta presión del agua sobre las monturas: lenta e insuficiente para que te arrastre, pero en la que podrías terminar ahogado si tu caballo tropieza y, al caer, lo hace sobre ti.

Poco a poco, el nivel del agua comenzó a descender. Se acercaban a la ribera norte del río y en menos de tres o cuatro minutos se hallarían en tierra seca. Donde ahora mismo los cinco guerreros cuervo les aguardaban expectantes.

Podían verlos mejor. De los cinco, tres llevaban la cresta tan característica de los cuervos: cabello afeitado en los laterales de la cabeza y enhiesto el resto. Les otorgaba un aspecto fiero. Diablos, sí, lo hacía. Veías a un cuervo encrestado, su mirada dura y afilada fija en ti y notabas cómo un escalofrío te recorría el espinazo. No sabes qué tienen dentro de la cabeza. No sabes por qué afilan la parte superior de su cabello. En realidad, no sabes nada de ellos.

De los cinco hombres, no más de dos superarían la treintena de años. Lo cual no significaba nada. Eran jóvenes, sí, pero habían atravesado la tierra comanche y habían sobrevivido. Convenía tenerlo presente.

Cuando Ledesma y Mesa salieron del agua, se detuvieron un rato en la orilla para volver a ajustar la alforja de la munición y asegurarse de que las cazoletas de los mosquetes estuvieran secas.

—Sargento —llamó la atención Mesa.

—¿Qué?

—Nos observan.

Ledesma levantó la mirada y los vio. Los cinco a caballo y alineados tal y como los vieran por primera vez una hora antes. De nuevo expectantes. De nuevo impredecibles.

Al menos, no mostraban señales de hostilidad. Lo cual, qué duda cabe, era bueno.

—¿Tenemos un plan, sargento? —preguntó Mesa, terminando de ajustarse la cuera.

—Acerquémonos y veamos qué sucede —respondió Ledesma.

—Sargento… —Mesa no pertenecía a ese tipo de hombres que, a cada momento, cuestiona las órdenes. Quería ascender y sabía que, para ello, se hacía necesario mantener el pico cerrado. Pero tenía los mismos veinticinco años que el sargento y eso le proporcionaba cierta confianza. La justa, pero suficiente, para añadir —: No nos estaremos metiendo en un lío, ¿verdad, sargento? Porque a nosotros no se nos ha perdido nada aquí y…

—Quiero que a los cuervos les quede claro que los españoles no hemos tenido nada que ver en el ataque de hace un rato. No me

gustaría enterarme de que, dentro de unos meses, un grupo de encrestados ha arremetido contra un rancho de El Paso.

—El Paso está muy lejos, sargento.

—Lo sé. Pero no perdemos nada asegurándonos.

Podemos perder la vida. Ellos son cinco y nosotros solo dos. ¿Por qué no han venido con nosotros Orozco, López y el resto? No es una buena idea, sargento. No es una buena idea…

Pero es una idea. Y a golpes de idea, avanzamos. El fundamento básico de las tierras del norte de Nueva España. No lo olvides nunca.

Ledesma chasqueó la lengua y su caballo se puso en marcha. Mesa le seguía a muy corta distancia y los cuervos aguardaban. Veamos qué sucede.

—¿Usted conoce algo de lengua cuervo, sargento?

—No tengo ni puta idea. ¿Y tú?

—No, sargento.

—Tranquilo. Nos las arreglaremos.

Siempre lo hacemos. Bastaba con conocer la regla básica: hazles saber, desde el principio, que, aunque vas armado y serías un duro adversario en caso de que alguna de las dos partes optara por el enfrentamiento, venimos en son de paz. Mirad nuestras manos extendidas. Las palmas abiertas hacia vosotros y separadas del cuerpo. Amigos. Somos amigos.

¿Lo sois vosotros?

Los cuervos observaron con detenimiento a los dos españoles. Y se tomaron su tiempo. Tiempo cuervo: tan lento que a ratos se detenía y podías percibir su inmovilidad. Los guerreros fijaban en ti su mirada y la sostenían más allá de cualquier reparo. Te observamos y sería cortés por tu parte hacer lo propio.

—Deberíamos haber traído algunas baratijas —dijo Ledesma—. Nos vendrían bien.

—Vamos a cazar bisontes, sargento.

—Lo sé.

Los cuervos parecían muy atentos a la conversación que mantenían entre sí los dos soldados. Como si bastara escuchar con mucha atención para comprender una lengua extraña.

Y, de pronto, uno de ellos habló. El que, de entre todos, tenía la cresta más larga y enhiesta. Sin duda, el jefe de la pequeña banda.

¿Qué dijo? Quién lo sabe. Pero el caso es que habló y sus palabras estuvieron dirigidas a los dos españoles. Las pronunció una vez, las volvió a repetir y luego calló. El hombre que se hallaba a su derecha rio brevemente. Como reiría una culebra venenosa en el caso de que las culebras venenosas rieran.

—Esto no me gusta nada, sargento.

—Eres un cobarde, Mesa.

—Lo que usted diga, sargento, pero esto no me gusta nada.

—Creo que nos están invitando a que les sigamos.

—¿Cómo lo sabe, sargento?

—Me da en la nariz.

Fantástico. El mejor de los argumentos. Al sargento le daba en la nariz que una partida de cuervos les invitaba a seguirles. De acuerdo. Vayamos. Pero si algo sale mal, la culpa es suya, sargento. Por tener intuiciones estúpidas e infundadas.

El cuervo de la gran cresta apretó las rodillas y tiró de las riendas de su caballo para ponerlo en marcha. El resto de los cuervos le imitó y avanzaron despacio y en fila de a uno en dirección norte.

—¿Les vamos a seguir, sargento? —preguntó Mesa.

Ledesma se mordió el labio inferior durante un instante. Buena pregunta, pardiez. Buena pregunta.

—Sí —resolvió, no excesivamente seguro de lo que decía—. Solo durante un rato. Veamos qué pasa.

Los dos soldados azuzaron sus caballos y, cabalgando uno junto al otro, siguieron a una distancia prudencial a los cinco cuervos.

—Hemos perdido de vista el río —dijo, poco rato después, Mesa. Se había vuelto y había comprobado que tras ascender una pequeña

loma, ahora se hallaban descendiéndola por el sentido contrario. Y alejándose definitivamente del resto de los suyos.

Se disponía el sargento a responder a Mesa cuando, en la distancia, observaron una columna de humo. A algo así como a un tercio de legua, más o menos.

—Sabía que había más —dijo el sargento, feliz de que sus sospechas iniciales se vieran confirmadas.

—Están muy lejos —repuso Mesa. Malditas las ganas que tenía de cabalgar hasta aquel lugar tan distante de todo.

El cuervo de la gran cresta detuvo el avance de la fila y se giró en su caballo. Dijo algo en jerga cuervo y señaló primero la columna de humo y luego su propio estómago.

—Nos están invitando —dedujo el sargento.

—Eso parece —dijo Mesa.

—De acuerdo, Mesa, este es el plan: vamos, aceptamos su invitación y tratamos de que comprendan que lo de antes no ha tenido nada que ver con los españoles. Que, de hecho, fuimos nosotros los que detuvimos a los mescaleros que avanzaban, armas en mano, hacia ellos. Yo ordené a Barrios disparar contra el guerrero de Tuerto. Yo. Quiero que lo sepan.

Mesa seguía sin estar seguro de que aquella fuera una idea medianamente razonable. Las preguntas volvían a ser las mismas: ¿merecía la pena tomarse tantas molestias? Y mucho más importante aún: ¿merecía la pena poner sus vidas en peligro?

—Conforme, sargento —replicó, no obstante, Mesa. El sargento manda. Y Mesa, que esperaba serlo algún día, lo asumía con naturalidad.

Los cuervos avanzaron parsimoniosamente hacia la columna de humo. No hablaban entre ellos ni apenas se miraban. Cabalgaban, es todo. Los dos soldados hicieron lo propio. Siempre alerta ambos, por lo que pudiera suceder, pero adelante. Los españoles están en paz con los cuervos. No nos sucederá nada malo.

O sí. Cabalgas con guerreros cuervo.

En el campamento contaron seis tiendas, la mayor parte de ellas en no demasiado buen estado de conservación. Las habrían montado y desmontado mil veces. Cuervos nómadas que viajan de un lado a otro. Que no hallan espacio para ellos en territorio cuervo y que se ven obligados a deambular sin rumbo fijo. Pacíficos casi siempre. Hostiles si las cosas se ponen demasiado complicadas para ellos.

Todos somos malos con el estómago vacío, ¿no?

Ledesma y Mesa contaron a siete niños menores de cinco años, a cuatro mujeres de diferentes edades, a dos ancianas, a un viejo muy arrugado que dormitaba apaciblemente y a un hombre de unos cincuenta y cinco o sesenta años al que le faltaba la mano izquierda y tenía el rostro cosido a cicatrices y la habitual cresta cuervo en lo alto de la cabeza.

Había algunos caballos, un número indeterminado de perros de carga que correteaban libres de un lado a otro, fardos, pieles a medio curtir y restos de comida desperdigados por el suelo. Hedor a orín y la ausencia de miedo: puede que no parezcamos gran cosa a simple vista, pero jamás olvides que te hallas ante auténticos cuervos.

Ledesma y Mesa no lo olvidaron. Aunque de poco les sirvió.

El hombre de la mano amputada pronto se reveló como el jefe de la banda. Preguntó algo a los guerreros recién llegados y estos le ofrecieron toda clase de explicaciones. Fuimos hasta el río y nos vimos atrapados en una emboscada. Estiércol apache. Sí, sí, claro que les hicimos frente. Eran más que nosotros, muchos más, pero nos lanzamos contra ellos. Por desgracia, el honor de la victoria nos fue arrebatado. No mentimos. Nos disponíamos a matar a un buen número de enemigos cuando algo sucedió. ¿Qué? Que los españoles nos lo impidieron. Mataron a un apache y obligaron al resto a que retrocediera. Nos quedamos sin adversario cuando la batalla era ya inminente. Sin adversario, sin contienda y sin gloria.

Como lo contamos. Es la pura verdad.

Los españoles que ofendieron al pueblo cuervo en la forma en la que habéis relatado, ¿son estos que ahora os acompañan?

Los mismos.

—Sargento —dijo Mesa.

—¿Qué pasa? —repuso Ledesma, que trataba de comprender lo que los cuervos se estaban diciendo entre ellos. Infructuosamente, por supuesto.

—No me gusta nada el cariz que están tomando las cosas.

—No seas agorero, Mesa.

—De verdad, sargento. Esto pinta mal.

—No jodas, Mesa, no jodas…

De pronto, el cuervo de la mano amputada levantó el muñón en el aire y gritó algo. Todos en el campamento se detuvieron. Todos. Hasta los perros. Ha hablado el jefe y nosotros escuchamos.

El humo, o eso le pareció a Ledesma, comenzó a alzarse más negro en el aire. Negro, lento y desagradable.

—Esto no me gusta —anunció Ledesma en voz baja. Se dirigía, obviamente, a su dragón, pero tenía la mirada fija en el jefe cuervo.

—Se lo llevo diciendo desde hace un buen rato, sargento —dijo Mesa.

—No sé si ha sido una buena idea venir hasta aquí.

—Ya se lo advertí yo, sargento.

—Ten tu sable a mano.

—Sí, sargento.

—A mi orden, desenvaina. Primero los hombres a caballo. Y luego el resto.

Mesa abrió los dedos de la mano derecha y dejó caer la rienda que sujetaban. Después, como quien no le da importancia al gesto, apoyó la mano abierta en su muslo. A dos palmos de la empuñadura del sable.

El jefe cuervo dio inicio a una larga perorata que todos los suyos escucharon sin pestañear. A Ledesma le recordó a los sermones del capellán en las misas de los domingos. Algo ha sucedido, claro que

lo ha hecho. Pero lo importante no es eso: lo importante es lo que ha de suceder.

Hubo una palabra. Una palabra en lengua cuervo que Ledesma no sabría repetir. Corta, gutural, imperiosa. Fue ahí y Ledesma lo supo. Fue entonces cuando la orden brotó de los labios del jefe cuervo: ellos son ahora nuestros.

Todos los rostros de todos y cada uno de los seres vivos que se hallaban presentes en el campamento, se volvieron hacia ellos dos. También los caballos. También los perros. También el viejo arrugado que, de pronto y como si algo hubiera tirado de él hacia el mundo de los despiertos, abrió dos pequeños ojos acuosos y observó con ellos a las presas.

Porque es esto exactamente lo que sois, Ledesma. El único desagravio posible ante la ofensa infligida.

—¡Desenvaina, Mesa! —ordenó el sargento.

Mesa tardó un suspiro en asir la empuñadura del sable. De verdad que era un tío rápido. Muy rápido. Asió el sable, notó el modo en el que el filo comenzaba a desplazarse en el interior de la vaina y, de pronto, se detuvo.

Cinco flechas en cinco arcos tensados apuntaban directamente hacia sus pechos. A una distancia tan corta, las cueras no soportarían el impacto y las puntas de las flechas alcanzarían la carne. Al menos tres o cuatro dedos de profundidad. Suficiente para tocar los pulmones. O el corazón.

Mesa no movió un solo músculo. Únicamente levantó la vista para observar a su sargento y darse cuenta de que él hacía lo propio. Nos han atrapado como a dos idiotas.

Un guerrero cuervo le dijo algo. No había que conocer su jerga para saber qué: soltad los sables y estaos quietos. O cinco flechas cuervo terminarán ahora mismo con vosotros.

—Maldita sea… —masculló Ledesma.

—Se lo dije, sargento —insistió, en un susurro, Mesa.

—Ya sé que me lo dijiste, cojones… Pero hazme el favor de permanecer callado. De verdad. No puedo pensar mientras escucho

tus reproches.

A decir verdad, no había gran cosa que pensar. El campamento era una trampa para liebres y las liebres habían caído dentro. Los buenos sentimientos son el cebo perfecto. Lo son en todas partes, de manera que no tenían por qué no serlo aquí.

Un guerrero cuervo desmontó y se dirigió hacia los españoles. De un empujón, indicó a Mesa que debía descabalgar. Obedeció, qué remedio… Después, el guerrero se encaminó hacia Ledesma e intentó repetir la operación.

—No me toques, cabrón —dijo el sargento mientras desmontaba tomándose su tiempo. Estamos en vuestras manos, qué duda cabe, pero nosotros también tenemos orgullo.

El cuervo agarró a Mesa por la cuera y comenzó a tirar de ella.

—¡Joder! ¡Déjame! —gritó Mesa.

—Quiere que te la quites —le dijo el sargento, tratando de que su voz no pareciera desesperada—. Vamos, hazlo.

Mesa obedeció. Ledesma no aguardó a que el guerrero se lo pidiera a él y comenzó a deshacerse de su propia cuera. Había varios arcos apuntándoles y no convenía enfadar demasiado a los que mantenían la tensión de los hilos. Obedezcamos y busquemos nuestro momento. Es todo lo que podemos hacer.

El guerrero señaló las botas de los soldados. Y, después, sus casacas. Dijo algo. Una especie de graznido apenas articulado.

—Este bastardo quiere desnudarnos —dijo Mesa.

—Creo que sí —estuvo de acuerdo el sargento al tiempo que se sentaba en el suelo y comenzaba a quitarse las espuelas.

—¿Y vamos a hacerlo sin más?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Ninguna, sargento.

—Pues quítate la ropa. Y no te demores demasiado porque creo que se les está acabando la paciencia.

Mesa gruñó por lo bajo mientras apartaba las espuelas y comenzaba a quitarse una de sus botas.

—Sargento.

—¿Qué?

—¿Qué cree que va a suceder ahora?

Ledesma se tomó unos segundos para contestar.

—Nada bueno —dijo.

—Entiendo.

Mesa siempre había sido un soldado listo. Feo de causar espanto, pero inteligente. Lo suficiente como para hacerse cargo de la situación.

—De esta no salimos, sargento —dijo.

—No pierdas la esperanza, soldado —rechazó Ledesma.

Los salvajes les observaban en silencio. Veinte pares de ojos cuervo sin ningún otro sitio al que mirar. Y es que no todos los días atrapamos a dos auténticos soldados españoles…

Un perro delgado y maloliente se acercó a Mesa y comenzó a ladrarle con agresividad. Al principio, el dragón se limitó a ignorarlo. Se hallaba sentado en el suelo y luchaba para desprenderse de sus calzones. Pero el perro insistía y cada vez lo hacía más cerca del dragón. Hasta que, en una de estas, el animal se envalentonó y lanzó un mordisco al brazo de Mesa. No gran cosa, pero suficiente para que los dientes del perro quedaran marcados en la carne del dragón.

Mesa reaccionó de inmediato y sin pensar que varias flechas indias apuntaban al centro de su pecho. Dio un salto, se abalanzó sobre el perro y, a medida que le apretaba las mandíbulas con la mano izquierda, usó el brazo derecho para rodearle el cuello. El movimiento fue rápido y preciso y todos pudieron escuchar el crujido del espinazo del perro al partirse.

Acto seguido, Mesa soltó al animal, ya muerto, y continuó desprendiéndose de su ropa como si nada hubiera pasado. Algunos cuervos dejaron escapar unos murmullos, quizás de admiración, que el jefe del muñón atajó de inmediato. Aquí, silencio absoluto. Si el español es un bravo guerrero, mejor para todos.

Al cabo de un rato, Ledesma y Mesa se pusieron en pie. Completamente desnudos. Observaron a los cuervos y los cuervos

les observaron. Si algo ha de suceder, que suceda ya.

¿Va a dolernos, sargento? Me temo que sí, muchacho. ¿A los dos por igual? Quién sabe, soldado, quién sabe… ¿Saldremos de esta para contarlo? Es posible. ¿Cumplo los veintiséis, sargento?

No, Mesa, no. Estas bestias que abren fauces frente a ti son auténticos hombres cuervo. Rinden pleitesía a los caballos y, sin embargo, no dudan en abrirles las tripas para devorar sus vísceras aún latientes. Porque lo que late en el interior de un caballo les da la vida. Se trasmite de espíritu en espíritu y convierte en poderoso al que ya lo es. Muy poderoso. Inhumano.

Los guerreros cuervo asieron por los brazos a Mesa y al sargento y los empujaron hacia el lugar donde se hallaba un caballo de pelo negro. Esa insoportable atmósfera: la de los que no conocen qué es el miedo. Están aquí, vigilan y respetan lo circundante y no le tienen miedo. No, ¿por qué habrían de tenérselo?

—Esto no me gusta nada, sargento —dijo Mesa.

A Ledesma le encantaba. Dos cabrones lo tenían asido por los brazos y uno de ellos comenzaba a clavarle sus uñas. Garras de cuervo, ¿comprendes? Los llamamos así porque así han de ser llamados. ¿O qué te creías? Dicen que, en las noches sin luna, alzan el vuelo y se posan sobre las ramas altas de los árboles pelados. Se posan y aguardan. A que un español despistado aparezca. Sí, lo hacen. Y, después, actúan en consecuencia.

Como ahora.

Riámonos un rato. Los guerreros ataron las manos a los dos soldados.

—Por delante —dijo el sargento sopesando la posibilidad de abalanzarse sobre el cuervo que anudaba la tira de cuero en torno a sus muñecas. Sería capaz de arrancarle una oreja de un mordisco. Después, un rodillazo seco a su bajo vientre y un codazo en el cuello para dejarle sin respiración. Se trataba de un hombre fuerte pero, qué diablos, podría con él.

No así con el resto. Calma, sargento, calma. Aguardemos acontecimientos. Las cosas van a ponerse difíciles, desde luego, pero

la prisa nunca ha sido buena consejera. Si algo nos saca de esta, será la pausa y la adecuada identificación de nuestras oportunidades.

—Por delante, sargento —confirmó Mesa.

Que una horda de cuervos te ate las manos sobre el estómago es malo. Para qué negarlo. Malo de verdad… Pero podría ser peor si lo hubieran hecho a tu espalda. Entonces, te hallas indefenso. Real y definitivamente indefenso: no puedes usar tus puños, la capacidad de salir corriendo merma considerablemente y, en suma, estás a su completa merced.

Mejor por delante. Dadas las circunstancias.

Los cuervos extendieron dos sogas largas en el suelo. De cada una de ellas tomaron un extremo y lo anudaron a las muñecas de los españoles. Mesa y Ledesma se miraron. Se miraron entre sí y miraron a la banda de cuervos que, realizando un corrillo en torno a ellos, les observaba con avidez en los ojos. Avidez: de sacrificio; de tormento; de dolor y de muerte.

Después, los cuervos eligieron dos caballos y el sargento comprendió lo que les aguardaba. Y no era tan malo. Sí, por supuesto que te mueres. Pero al final del todo. Después de una larga, larguísima agonía que nunca acaba. Duele, duele más de lo que cualquiera podría imaginar, pero mientras hay dolor, existe vida. No te has ido al otro mundo. No te ha enviado, este hatajo de perros malnacidos, al infierno donde penarás por tus pecados.

Porque Mesa y Ledesma, averiguadlo ya, son un par de buenos pecadores. De los pies a la cabeza. Hechos y derechos. Comienzas de joven, con pecadillos sin importancia, y terminas acostándote con la mujer de tu vecino. Está mal, sabes que está mal y, de hecho, hasta aprecias al tipo a cuya esposa tienes con las faldas remangadas. Pero sigues. Sigues y porque sigues y no te arrepientes de hacerlo, pecas. Al infierno quedas condenado por los siglos de los siglos. Enviado por dos decenas de bárbaros que se pasan la lengua por los labios ante la inminencia de la sangre y el tormento. Del

tormento y de la sangre. De la muerte del español idiota que vino hasta aquí sin tener necesidad alguna de hacerlo.

Dos guerreros cuervo, dos de los que habían estado en el Pecos y a los que la intervención del sargento Ledesma les había salvado la vida, aullaron levantando las sogas en las manos. ¿Veis, hermanos? ¡Tenemos dos prisioneros! ¡Son nuestros y vamos a sacrificarlos para que los dioses nos sean propicios!

La horda cuervo aulló. Chirriaron como goznes oxidados y dieron saltitos de mujer en el aire.

—Joder… —murmuró Mesa, contemplando todo aquello y guiñando un ojo con desagrado.

Los dos cuervos que sostenían las sogas en cuyo extremo opuesto se hallaban maniatados Mesa y Ledesma saltaron sobre los dos caballos elegidos. Dos buenos ejemplares todavía jóvenes capaces de trotar sin descanso durante un buen rato. Los cuervos, una vez a lomos de los animales, aullaron de nuevo. Y, de nuevo, la horda cuervo aulló. Esto era algo que no les sucedía desde hacía mucho tiempo. No muy a menudo atrapas a un par de incautos. No muy a menudo puedes calmar la ira de los dioses. No siempre se halla a mano el momento en el que tú decides que ahora la suerte, la mala suerte que te ha estado acompañando durante mucho tiempo, cambia para ti.

Los jinetes azuzaron a sus caballos y los pusieron al galope. Galope rápido y seco. No muy largo, pero sí contundente. Para empezar. Para que esto dé comienzo y atraiga la atención de hasta el más adormilado de los dioses.

Cuando los caballos salieron corriendo, las cuerdas sostenidas por los jinetes se tensaron de repente y los dos españoles cayeron al suelo. Cayeron y fueron brutalmente arrastrados entre las piedras, los arbustos y la tierra.

—¡Encoge las piernas! —gritó Ledesma a Mesa.

Fácil es decirlo. Los guerreros cuervo no permitían que los caballos aflojaran la carrera y a aquella velocidad, el cuerpo de un hombre arrastrado se convierte en poco más que un fardo

inanimado: salta, se golpea, gira, vuelve a golpearse, se arrastra durante un rato y…

—¡Encógete, Mesa! —gritó, de nuevo, Ledesma mientras notaba el impacto de una piedra sobre su frente.

Por suerte, tan bruscamente como los cuervos habían puesto al galope a sus caballos, los detuvieron. No había transcurrido ni un minuto. Quizás ni medio. Pero Mesa ya mostraba una fea abertura en su ceja derecha y el sargento notaba cómo la espalda le ardía por las abrasiones.

Ledesma miró a su hombre. Ambos respiraban entrecortadamente. Apretaban los dientes, contraían los músculos, se clavaban las uñas en las palmas de las manos para hacer más soportable el dolor.

Vamos, Mesa, aguanta.

Los jinetes cuervo aullaron. Una vez más. Los dos españoles, para entonces, se habían hecho a la idea de qué les aguardaba: os arrastraremos de un lado a otro y emplearemos en ello, si es preciso, lo que resta de día. Pero a nuestros dioses se les presenta una ofrenda como es debido. Vosotros, por decirlo de alguna manera, moriréis hoy. Lo haréis y, así, el pueblo cuervo será aún más poderoso.

Vamos, Mesa, aguanta.

Los caballos volvieron a galopar, las sogas se tensaron de nuevo y el martirio de los soldados prosiguió. Ledesma logró flexionar las piernas y proteger su vientre y su estómago. No era gran cosa, pero se dio cuenta de que, en esa posición, los golpes se encajaban con mayor facilidad. Podrían torturarlo durante más tiempo. Más tiempo y más intensidad. El sueño cuervo hecho realidad en un sargento del ejército español: no se muere ni tras horas y horas de arrastrarlo desnudo por los pedregales.

Cuando los caballos volvieron a detenerse, Ledesma se dio cuenta de que Mesa lo estaba pasando realmente mal. No había sabido colocar los miembros de su cuerpo tal y como él le había

indicado o, simplemente, la fortuna no estaba de su lado. ¿Qué puedes esperar de una situación como esta? No demasiado.

—Eh, Mesa… —dijo el sargento con voz entrecortada. Le dolía el costado y no dejaba de pensar en que una o dos costillas se le habían fracturado—. Eh, muchacho.

El dragón no respondía. Tenía los ojos cerrados y los labios apretados. Bien, chico, bien. Que estos bastardos no nos vean llorar. Nosotros no suplicamos, ¿de acuerdo? No, porque, además de que resultaría inútil, no vamos a darles ese gusto.

—Sargento… —susurró, de pronto, Mesa.

Ledesma se giró para orientar correctamente su voz. Estaban a no más de seis o siete pasos el uno del otro. Hechos polvo. Literalmente.

—Eh, Mesa, vamos, aguanta. Solo un poco más, chaval.

—Me duele mucho, sargento…

—No es nada. Como cuando te caes del caballo.

—Yo nunca me he caído del caballo, sargento.

—Eres un puto mentiroso, Mesa.

—Se lo juro por mi madre, sargento. Nunca me he caído del caballo. Ni siquiera cuando era niño.

Ledesma miró al dragón y se quedó en silencio. Notó que tenía algo en la boca, lo escupió y se dio cuenta de que era un diente. No es que su dentadura fuera a serle de gran utilidad en la media hora que le restaba de vida, pero aquello era algo que molestaba: mátame, pero déjame morir con honor; y con todos los dientes en su sitio.

En fin.

La turba cuervo se acercaba a ellos cada vez que los jinetes se detenían. Avanzaban dando cortos pasitos y se detenían a una distancia prudencial de los dos españoles. Luego, doblaban las espaldas para no perder detalle. Mira, sangra por la nariz. Mira, se le ha partido el hueso de una pierna. Mira, del cráneo del más feo comienza a manar una sustancia gris y viscosa.

Qué grande es el pueblo cuervo. Y qué temible. Los dioses estarán orgullosos de nosotros. Satisfechos. Felices.

—Eh, Mesa, no te abandones.

—¿Por qué, sargento?

—Porque no. No lo hacemos y punto.

—Esto se acaba, sargento.

—Vete a la mierda, chaval.

—No me lo tenga en cuenta, sargento, pero es usted idiota.

—De remate, lo sé. Pero tú aguanta.

—¿A qué?

Eso. A qué. ¿Qué es lo que siempre esperamos? ¿Qué es lo que un soldado que ha cabalgado más allá, mucho más allá, de donde debería, puede aguardar ahora?

Refuerzos. Siempre.

Cinco disparos de mosquete. Ledesma estuvo seguro de ello. Cinco suenan, siempre, distinto de cuatro y de seis. No es necesario contarlos: reconoces la cadencia de la sucesión como si de voces humanas se tratara. Este es Barrios. Este otro, Orozco. Y Sáenz. Y López. Y Grijalva.

—¡Cargad de nuevo! —gritó una voz—. ¡Primero a los hombres! ¡Fuego! ¡Martínez! ¡Ve a las mujeres!

En el rostro de Ledesma, ese gesto que parece una sonrisa pero que, en realidad, no lo es. No, no se ríe porque nada de esto tiene ni puta gracia. De acuerdo, los nuestros están aquí. Alguien se ha dado cuenta de que faltábamos y ha decidido echar un vistazo. Y todo lo demás: oh, están en problemas; oh, así nos pagan los cuervos que les hayamos salvado las vidas; oh, vive Dios que vamos a poner remedio a tanto desastre.

—¡Martínez!

—¿Qué?

—¡Degüéllalas!

No tuvo que decírselo dos veces. Martínez miraba a las cuatro mujeres cuervo, pero no las veía. Únicamente veía el cuerpo de Mesa tendido en el suelo. Inerte. Destrozado por el malnacido que

no hacía ni treinta segundos que Sáenz había abatido de un tiro certero en mitad del pecho.

Las mujeres cuervo miraron cómo el dragón se les acercaba. ¿Había horror en sus semblantes? Quién podría decirlo… A fin de cuentas, son tan diferentes a nosotros que nada de lo que nosotros experimentamos tiene reflejo en ellos. Sin alma, eso es. Están deshabitados de toda alma, de toda humanidad, de todo sentimiento propio de los que a nosotros mismos nos llamamos gente.

No son gente, no. No son personas. No son nada que se les parezca.

Mesa ha muerto y Martínez degüella, una por una, a cuatro mujeres. Se toma su tiempo. Las agarra por el pelo con la mano izquierda, obliga a mostrarles el mentón y cruza sus cuellos con el filo del cuchillo que sostiene en la mano derecha. De oreja a oreja. Mueren casi de inmediato. Mucho más de lo que de Mesa se puede decir.

Todavía se escuchaban disparos. Los dragones habían abatido a todos los guerreros cuervo sin que ninguno de ellos tuviera tiempo para alcanzar su arco o su machete. Demasiado ocupados en la contemplación del sacrificio. Demasiado seguros de que los amigos de las presas no acudirían en su rescate.

Orozco, sable en mano y aún sobre su caballo, realizaba la parte más sucia del trabajo. Esa de la que nunca te sientes orgulloso, pero que alguien ha de hacer. Y más cuando es Mesa el que yace muerto en el suelo. Mesa, tu compañero. Tu amigo. Uno de esos tíos que lleva un uniforme idéntico al tuyo. Los siete niños cuervo no sufrieron. Orozco tuvo piedad suficiente para tajarles el cuello de un solo golpe. Porque en esto también existen modos y conveniencias: golpeas un poco bajo para que el tipo se desangre lentamente; o lo haces girando la muñeca en el último momento para arrancar un gran pedazo de carne que le mata, pero sin prisa. Trucos. Grados también para el estertor final.

No, eran niños y Orozco no se ensañó con ellos. Debía matarlos porque el castigo estaba decidido: nadie, absolutamente nadie,

saldría de allí con vida. Es lo que sucede cuando nos atacáis. Hacedlo bien o pagaréis las consecuencias.

Pagadlas, cabrones.

Grijalva descabalgó y se acercó, a paso ligero, hasta el lugar donde se hallaba tendido Ledesma.

—Sargento… —dijo, tocándole el brazo con suavidad.

—¿Dónde estabais? —protestó Ledesma.

—Nos costó encontrar el lugar, sargento. Lo siento…

—Es culpa mía… Joder…

Ledesma tosió atropelladamente y señaló, con la mirada, en dirección a Mesa.

—Está muerto, sargento —confirmó Grijalva.

—Mierda…

Sí, mierda. Montones de ella. Una decisión equivocada, es todo. Como tantas que en esta tierra se toman. No conviene atormentarse por ello.

—¿Y usted, sargento? ¿Cree que podrá ponerse en pie?

—Me parece que tengo un par de costillas rotas. Y magulladuras por todo el cuerpo. Pero sí, creo que podré ponerme en pie.

Grijalva desenvainó su cuchillo y cortó con él las ligaduras de las muñecas del sargento. Ayudado por López y Carrillo, el sargento se puso en pie.

—Le traen su ropa —anunció uno de los dragones.

Ledesma aún tardó unos minutos en volver a ser él. Se examinó de pies a cabeza y comprobó que su suerte había sido muchísimo mejor que la de Mesa: unos cuantos moratones, bastantes abrasiones, tres o cuatro heridas poco importantes y esas costillas fracturadas que dentro de un rato sujetaría con un vendaje bien apretado. Nada, desde luego, que, tras una noche de descanso, le impidiera cabalgar junto al resto.

Atardecía. Luz de otoño que cae lentamente sobre el poniente. Un lugar desolado, terrible y, al tiempo, majestuoso y solemne. Es el momento de las grandes preguntas. De las preguntas que carecen

de respuesta. ¿Qué hacemos aquí? ¿Es este nuestro hogar? ¿Confiaremos alguna vez en ellos?

—El jefe de la banda, sargento —dijo Grijalva.

León y Barrios traían, sujetándolo por los antebrazos, al hombre del muñón. El tipo de las grandes ideas. De las invocaciones y las peroratas. Si no fuera por ti, quizás ahora Mesa estuviera vivo. O quizás no. No lo sabemos porque aquí nunca nadie está seguro de nada.

Lo cual, dicho sea de paso, no te va a salvar la vida.

Ledesma terminó de ajustarse la cuera. Sin prisa. El cuervo del muñón no iba a ir a ninguna parte.

—¿Ves al del agujero? —preguntó el sargento mientras, con el dedo pulgar de su mano izquierda, señalaba la tumba en la que estaban introduciendo el cuerpo del dragón caído—. ¿Lo ves?

El cuervo del muñón no dijo nada. Se limitó a observar al sargento. A sostenerle, aún con cierto orgullo, esa mirada desafiante y venenosa.

El cuchillo de dieciséis dedos del sargento brilló rápido en el aire. De abajo hacia arriba. Un corte rápido de las venas del cuello y sangre brotando a chorros. Sangre cuervo que abrasaría la tierra allá donde cayese derramada.

* * *

Aún necesitaron cinco días más para alcanzar el Llano Estacado. Terreno fácil en el cual los caballos avanzan sin dificultad. Echas un vistazo a tu derecha y no hay nada. Has tenido la sensación de que sí, pero no. Nada. Haces lo propio hacia la izquierda e igual: nadie en decenas de leguas a la redonda. Nadie, nada. Silencio. Hasta te giras en tu caballo y observas el lugar que acabas de atravesar. Entornas los ojos, te haces sombra con la palma de la mano extendida sobre las cejas y, Dios, te das cuenta de que nada está más lejano del resto del mundo que este paraje.

Y, después, cuando alcanzas el Llano Estacado, caes en la cuenta de que estabas en un error. De que todo lo anteriormente experimentado puede ser aún más intenso. De hecho, lo es. Solos. Tan solos que el sonido de tu propia respiración se convierte en un acontecimiento de vital importancia. ¿Lo oyes? Dime, ¿lo oyes? Soy yo mismo. Tú mismo. Existo, ¿verdad? Cabalgo y es esta mi montura. Paso la mano por las crines del animal, las acaricio y escucho un leve relincho. Cabalgo. Cabalgamos. No hay nadie.

No ves un miserable ser vivo durante días. El terreno, ligeramente escarpado en ocasiones, se ha vuelto llano. Llano de una manera nueva y grandiosa: la extensión va más allá de lo que somos capaces de divisar. Bastante más allá. ¿Acaba en alguna parte? Dios santo que todo lo puedes, ¿existe modo de averiguarlo?

—Al menos, al enemigo lo ves venir —dijo Ledesma.

—Sí —respondió, escuetamente, Orozco.

Al menos. Bien, aquí estaban. Este era el lugar y este era el momento. Se detuvieron y los jefes mescaleros hablaron entre ellos mientras el sargento y sus hombres, reunidos en torno al primero, aguardaban.

A esta hora, los coyotes ya habrán encontrado la tumba de Mesa. Habrán removido la tierra con sus patas delanteras y estarán dando cuenta del cuerpo de nuestro amigo. Debimos cavar más hondo. Debimos hacerlo.

—Sargento —dijo Grijalva. Ledesma se volvió hacia él. Se hallaban muy cerca los unos de los otros. Casi rodilla contra rodilla. En los caballos, siempre. No eches pie a tierra en un lugar como el Llano. No, a menos que haya caído la noche o sea estrictamente necesario.

La soledad vaga como un animal. Busca alimento y te busca a ti.

—Qué.

—Sargento… —repitió Grijalva. Titubeaba. Puede que haya hombres más duros en el mundo. Puede. Pero no están en América.

Y Grijalva, a pesar de todo, titubeaba—. ¿Qué cree que va a pasar ahora?

El sargento se llevó la mano al sombrero y apretó con fuerza para encasquetárselo. Se trataba más de un gesto reflejo que de otra cosa. De un gesto nervioso.

—Supongo que cazaremos. Es a lo que hemos venido.

—Bisontes —intervino López—. Del tamaño de dos vacas. No te interpongas en su camino, Grijalva, o te arrollarán.

—¿Tú los has visto alguna vez? —se volvió Grijalva hacia López.

—En una ocasión —se jactó López—. Hace dos o tres años estuvimos por aquí. En las llanuras comanches. Y los vimos, vive Dios que lo hicimos…

—¿Y cómo son?

—Indescriptibles, Grijalva. No lo dudes.

—Basta de cháchara —cortó el sargento—. Esto es territorio enemigo y como en tal nos vamos a comportar, ¿de acuerdo? No quiero tonterías por parte de nadie. Ya he perdido un hombre y no quiero perder ninguno más. No sois gran cosa, pero el capitán me cortaría los huevos si no os llevo de regreso a casa. Mesa es el único al que vamos a perder.

Los dragones le miraron y alguno de ellos asintió con la cabeza. El sol caía a plomo sobre el Llano Estacado. Caía, se revolvía en torno a las patas de los caballos y subía por ellas hasta alcanzar a los jinetes. Se pegaba a la piel y ya no se movía de allí.

—¿Podemos aflojarnos las cueras, sargento? —preguntó, rompiendo el silencio, Carrillo.

En serio: no sois gran cosa y lo demostráis cada vez que separáis los labios para decir algo. Diablos, ¡no! ¡Claro que no podéis aflojaros las cueras!

—Esto es territorio comanche —respondió el sargento—. Seguiremos como hasta ahora.

—Pero no se ven comanches —protestó López, que tenía tanto calor como el resto.

—Me da igual. Nadie se desprenderá de su cuera sin mi permiso expreso. Me da igual si os da calor. A mí también me lo da la mía y me aguanto.

—Pero es que no se ven comanches…

¿Recuerdas de dónde somos? Sí, del presidio de El Norte. Está en la ribera sur del Río Grande. Allá donde el cauce discurre tranquilo hacia el sur y, de pronto, requiebra bruscamente en dirección norte. Allá, en aquel lugar ahora tan distante, está nuestra casa. Nuestros hogares, nuestras familias, nuestra gente.

De acuerdo, pues nadie se desprenderá de la cuera o de las botas hasta que distingamos, de nuevo, los muros del presidio.

Estamos a lo que estamos. Nos envían a una misión demencial y ponen nuestra vida en peligro porque en Chihuahua creen que el sol brillará más alto y más firme si terminamos por hacernos amigos de los mescaleros. Es el plan. Estúpido, pero es ese y no otro. Y nos toca cumplir las órdenes.

Lo cual no significa que nos comportemos como completos idiotas. Hay que protegerse, permanecer alerta y no bajar la guardia.

—Cállate, López —espetó Ledesma sin demasiado énfasis.

El sargento se volvió en su caballo para observar a los apaches. Todavía experimentaba dolores intensos, sobre todo en las costillas, pero se aguantaba. Si él flaqueaba, los dragones bajo su mando no serían capaces de hacerse con la situación. No, no convenía fiarse de nadie. Desde luego, no de Tuerto y de Bigotes. Pero tampoco de Domingo Alegre y del propio Alonso.

No te fíes jamás de los apaches. Digan lo que digan en Chihuahua. No lo hagas, vigila siempre tu espalda, mantén el mosquete a mano y sonríe siempre que puedas.

Que es, exactamente, lo que Ledesma hizo cuando su mirada se cruzó con la del jefe Alonso. Sonreír abiertamente y llevarse la mano al ala del sombrero a modo de saludo.

—Sargento, tengo una pregunta —dijo Sáenz.

Ahora Sáenz. De acuerdo, adelante. Que ninguna duda quede sin respuesta.

—¿Cómo cazaremos bisontes si no hay bisontes?

Digamos que los habrá. Que es cuestión de aguardar y de mantener los ojos abiertos. Y los oídos, porque a los bisontes los ves, no dudes de que los ves. Pero, sobre todo y antes que nada, los oyes. Y el sonido queda grabado en tu mente para siempre. Verás como así sucede.

—Nosotros no vamos a cazar bisontes —aclaró el sargento.

—Ni ellos, parece… —comentó Orozco.

—Nuestro trabajo empieza y termina con los comanches, ¿comprendido? —dijo Ledesma en tono serio—. El capitán Herrán nos envía en una misión de acompañamiento. Protegeremos a los mescaleros de los comanches si los comanches hacen acto de presencia. Y si nada de eso sucede, nos limitaremos a observar. ¿Todo el mundo comprende con claridad cuáles son las órdenes?

Los hombres escuchaban atentamente, pero ninguno de ellos parecía con prisas por asentir. Demasiado calor para movimientos innecesarios.

—¿Comprendéis o qué cojones? —alzó la voz el sargento.

Ahora sí, los dragones asintieron. Estar al acecho por si aparecen los comanches y no hacer nada en caso de que ello no suceda. Comprendido, sargento. No es necesario ponerse así. Hace calor. Y nos sentimos…, cómo expresarlo…

Extraviados de todo lo conocido.

Hágase cargo, sargento.

Y se hacía. Se hacía porque él sabía con exactitud cuál era el efecto que el Llano Estacado producía en los soldados españoles. Y porque precisamente lo sabía, deseaba mantenerse firme en sus posiciones. Soldados antes que nada, pues un soldado únicamente precisa de alguien que reparta las órdenes para él obedecerlas sin necesidad de pensar.

Los hombres que piensan acaban muertos en el Llano Estacado. Deja, pues, la mente en blanco y obedece al sargento. Sin vacilar.

Es la soledad. La brutal soledad a la que los cuerpos y las conciencias se someten. El entorno dulce, cálido y ligeramente afectuoso. Hierba alta y sedosa que se mece con la brisa del atardecer. Los caballos la adoran y no resulta extraño sentir la tentación de echar pie a tierra. De aflojarte la ropa y tumbarte cara al sol. Mira cómo las nubes adquieren extrañas formas. De perro, de serpiente, de mujer, de hoguera.

De cuchillo comanche que raja tu cuello.

—Sargento… —dijo Grijalva—. ¿Cree que tardarán mucho en decidirse?

Ledesma no tenía ni idea. ¿Cuánto tiempo tarda un mescalero en ponerse de acuerdo con otro mescalero? Mucho, a juzgar por lo intenso de las discusiones que mantienen.

—¿Qué dirán…? —fantaseó Orozco.

—Están acordando el modo en el que atacarán la manada —explicó Ledesma.

—¿La manada?

—La manada de bisontes.

—Yo no veo ninguna manada de bisontes.

Te dijimos que antes has de escucharla. Al bisonte, primero se lo oye y, después, se lo ve.

Escucha.

—¿Qué pasa, sargento?

Escucha. ¿Lo oyes? Vamos, haz un esfuerzo, patán. Afina el oído.

Ahí está. Ledesma se giró hacia los jefes apaches, notó el dolor intenso en sus costillas fracturadas y, a pesar de todo, recibió con agrado la sonrisa proveniente de labios de Alonso.

Llegan y lo hacen como solo los bisontes son capaces de hacerlo. Como solo en este lugar en el mundo conocido sucede.

Abrid bien los ojos porque esto no se parece a nada de lo que hayáis podido contemplar antes.

* * *

El rumor fue leve al principio. Tan leve que algunos de los dragones tardaron bastante rato en percibirlo. Pero, poco a poco, fue aumentando de intensidad.

Hablemos ahora, mientras todavía somos capaces de escucharnos. Antes de que la soledad y la calma del Llano Estacado sean sustituidas por el estruendo. El estruendo, la furia y la magnificencia de lo que en torno a nosotros sucede. Atentos, porque pronto nos volveremos insignificantes. Nos quedaremos indefensos y cualquier movimiento en falso supondrá la muerte más horrible, dolorosa y humillante.

Llegan y lo hacen en estampida.

—¡No es normal! —gritó el sargento.

—¿Cómo dice? —preguntó López.

—Que no es normal que los bisontes lleguen tan deprisa.

Lo que no es normal en el Llano, resulta siempre un problema para los que no son de aquí. Para los extranjeros. Para tipos como Ledesma y los suyos. Oh, maldita sea. ¿No podían salir bien las cosas por una vez?

No.

—Algo no va como debe, sargento —dijo Orozco, quien notaba cómo los caballos se agitaban. Perturbados—. Tranquilo, chico…

Ledesma se irguió en la silla. Observó el modo en el que los mescaleros orientaban su atención hacia el noroeste y se volvió hacia los dragones.

—Llegan las manadas de bisontes —avisó—. Muy deprisa. Tanto que hasta los propios mescaleros están asustados. Algo les pasa a los animales.

El suelo, de pronto, comenzó a retumbar. La propia tierra bajo los cascos de sus monturas.

—Sargento… —dijo Grijalva.

—Lo sé —repuso Ledesma.

Están aquí.

Los hombres trataron de que los caballos se calmaran y miraron, casi al unísono, hacia el noroeste. Hacia el lugar al que ya el centenar de guerreros mescaleros comenzaba a encaminarse. Con más aprensión en el cuerpo de la que podría esperarse de ellos. Todo hay que decirlo, diantre.

—Quizás la tarea que nos ha traído hasta aquí esté resuelta hoy mismo —dijo Ledesma sin creer él en sus propias palabras.

Pero lo cierto era que los bisontes se acercaban. Por miles y miles. En estampida lanzada a través del inmenso Llano. Hacia nosotros. Directos hacia nosotros.

—Pero qué hijos de puta… —dijo López mientras se le desencajaba la mandíbula al contemplar la fastuosidad de la escena.

—¡De acuerdo! —gritó Ledesma. Para que los hombres tuvieran claro que quien hablaba era el sargento y no otro y para, también, hacerse oír en mitad de un estruendo que se hacía atronador por momentos—. ¡Quiero que observéis el avance de la manada! La única forma de que no nos arrollen es cabalgar junto a ellos, ¿comprendido? ¿Lo habéis comprendido, cabrones? ¡Cabalgad junto a la estampida y en el sentido de la estampida! ¡Ellos no se desvían! ¡Hacedlo vosotros, pero muy poco a poco! ¡Fijaos en mí e imitadme!

—¿Y los mescaleros, sargento? —preguntó Orozco.

—¡Han venido a cazar! ¡Pues que cacen!

El suelo temblaba cada vez con mayor intensidad. Eso, el estruendo y el miedo a lo que avanzaba, intenso y poderoso, a ya no más de media legua de distancia.

—¡No nos separemos! —ordenó, a voz en grito, el sargento.

Restaba una pregunta y fue Barrios quien la formuló.

—Sargento, disculpe. ¿Por qué carajo vienen los bisontes en estampida?

Ledesma torció el gesto y tiró de las riendas de su caballo para evitar que se le fuera hacia delante. ¿Acaso no lo imaginas, soldado? Porque hay algo causándoles pánico. Corren en estampida y lo harán durante leguas y leguas si lo que les produce miedo no cesa. Y no va a cesar, soldado.

Porque saben que estamos aquí, saben que pueden controlar mil manadas de bisontes en desesperada estampida y saben que no existe arma más poderosa en el mundo. Es este el ejército más demoníaco jamás concebido. Nueve españoles están a punto de contemplarlo. Nueve y solamente nueve. Lo relatarán, pero nadie les creerá porque, ¿quién, desde la calma de una tranquila estancia cientos de leguas al sur de esta tierra, puede siquiera imaginar qué es una estampida de decenas de miles de bisontes enloquecidos?

¿Quién, aunque lo jures con la mano diestra extendida sobre la sagrada Biblia, dará crédito a tu versión? Sí, esa que te ronda ahora en la cabeza. Esa de la que el sargento Ledesma no duda.

—¡Son comanches! —gritó—. ¡Comanches!

—¿Dónde, sargento? —preguntó Carrillo—. ¡No los veo!

—Están, hacedme caso. ¡Están y guían la estampida desde todos los flancos!

Los soldados ya apenas se escuchaban los unos a otros. La tierra se movía bajo sus pies y el estruendo los envolvió como lo hace una tormenta inesperada: sabes que se aproxima, pero no te das cuenta de la velocidad a la que lo hace hasta que ya es demasiado tarde y la tienes encima.

—¡Cabalgad! —gritó, desgañitándose, el sargento. Y para dar ejemplo, clavó espuelas a su caballo y lo puso a galopar en el mismo sentido en el que se aproximaban las inmensas manadas de bisontes.

Los ocho dragones bajo su mando le imitaron e, inclinándose sobre los pescuezos de los caballos, los pusieron al galope. Algunos guerreros mescaleros de la banda de Patule el Grande se unieron a ellos y cabalgaron cerca de los soldados. Al parecer, en el reparto de tareas que los jefes apaches habían discutido con tanto esmero un

rato antes, a la banda de Patule le había caído en suerte el lugar en la vanguardia de la manada. Una posición magnífica, que nadie lo dude. El sitio donde viajan los grandes machos que guían las manadas. Fuertes, descomunales y obsesivos. Bichos grandiosos que, ¡sí!, mataremos sin piedad.

El estruendo se parece a la niebla: por mucho que entornes los sentidos, la realidad se dobla una y cien veces sobre sí misma. Y cabalgas, claro que cabalgas, pues es eso precisamente lo que el sargento ha ordenado, pero lo haces de modo instintivo y sin estar demasiado seguro de que te hallas en la senda correcta.

—¡Barrios! —gritó Ledesma, levantando un brazo. No permitiría que ninguno de sus hombres se perdiera en la estampida. No—. ¡Barrios! ¡A tu izquierda! ¡Mueve el puto caballo hacia la izquierda!

O te arrollarán. Porque ya están aquí. Porque podemos sentir el aliento de los grandes machos. Muy cerca. Gírate. Míralos. ¡Ahí!

Orozco se dio la vuelta y no dio crédito a lo que contempló. Diez, quince, veinte descomunales bisontes del tamaño de dos caballos cada uno de ellos. Olían a infierno y, al tiempo, a certidumbres. El poder de lo que es imparable, ¿comprendes? Guían la gran manada y la gran manada se convierte en un animal único. Un animal que, Orozco se irguió durante un instante en su silla, comprende más allá de lo razonablemente abarcable: inmenso, todopoderoso y endiabladamente rápido.

Porque los bisontes corrían como llevados por el propio Satanás. O, dicho de otro modo, porque el propio Satanás los llevaba. Ledesma lo había advertido y ahora lo comprobó con sus propios ojos.

Al otro lado. Más allá de las respiraciones secas y pesadas de los bisontes. Más allá de la polvareda y de la tierra temblando. Al otro lado del estruendo.

—¡Comanches! —gritó—. ¡Grijalva! ¡Carrillo! ¡Barrios! ¡López! ¡Joder, la madre que os parió a todos! ¡Cargad, cabrones, cargad!

Si para algo habían cabalgado hasta allí, era para abatir comanches. De acuerdo, cualquiera podría decir que los matices en

las órdenes concretas eran otros. Pero estaban cabalgando a galope tendido junto a miles de bisontes, de manera que no disponían de demasiado tiempo para la reflexión. Esto sucede tan deprisa que consume más existencia de la que podríais imaginar. Rapidez y ruido descomunal.

Y comanches con la cara y el torso pintados de color rojo. La peor de las señales. La advertencia de que la ferocidad será extrema. De que matarán si no les matas antes. De que matarán aun cuando les mates antes. Sí, porque un comanche de piel roja es capaz de levantarse de entre los muertos y luchar sin descanso. Te arrastrará contigo si antes no lo matas de nuevo. Dos veces. Tres veces. Las que sean precisas. ¡Hazlo!

Fue entonces cuando los mescaleros decidieron que la caza daba comienzo. Y dio.

Varios guerreros de Domingo Alegre cargaron sus arcos y empezaron a disparar contra el flanco de una gran hembra que corría muy pegada a la manada. Se hallaban algo retrasados respecto a los soldados, pero bastaba girarse para observarlos: sería justo reconocer ahora que varios dragones se admiraron ante lo que vieron, ante aquellos guerreros tensando los hilos de sus arcos mientras los caballos que montaban se desquiciaban por el miedo, el dolor y el esfuerzo; tensando y abriendo los dedos para disparar.

La gran hembra cabeceó varias veces antes de caer derrotada. Tenía no menos de siete u ocho flechas clavadas en el costado y los mescaleros se le acercaban tanto que podían, extendiendo el brazo, acariciarle el lomo. Los cuernos. La potencia de su alma salvaje.

Y cayó. De frente y dando tumbos sobre sí misma. La hembra hincó las patas delanteras, alzó su lomo e hizo que todo, si cabe, aún temblara más.

Los mescaleros aullaron de alegría. La primera pieza había sido cobrada y habría más. La manada era infinita, nuestras flechas también y qué decir en torno al ahínco apache… ¡Cazarían hasta que el mundo dejara de ser mundo, pues quien caza, respira, y quien respira, vive! ¡Vive!

Ledesma, de pronto, percibió un rostro entre los lomos de los bisontes. Se hallaba a ¿cuántos? ¿Treinta? ¿Cincuenta lomos de distancia del lugar en el que él galopaba? Al menos. En cualquier caso, al otro lado del torrente diabólico que, eso creyó, jamás se detendría sino cuando las bestias cayeran exhaustas. Nada, desde luego, que fuera a suceder de inmediato.

El rostro, pintado de rojo intenso y brillante por el sudor y la ira, refulgió. Como si un ser humano, de pronto, ardiera. Expulsara llamas, lenguas de fuego, de terror, de espanto incontrolable. Y el rostro sonrió al sargento.

Un sargento que no lo dudó. Desenfundó su mosquete, echó mano a la alforja de la munición, extrajo un cartucho y se lo llevó a la boca para rasgarlo con los dientes. En cuatro rápidas maniobras había cargado el mosquete y se lo llevaba al hombro para apuntar y hacer fuego.

Era un tiro difícil. Imposible. Y Ledesma lo sabía. No obstante, apretó el disparador. Ni siquiera, bajo el estruendo de la estampida, se escuchó la detonación producida por el arma.

—¿Le ha dado, sargento? —preguntó Orozco, que galopaba a su lado y había sido testigo de todo.

No, claro que no. El demonio de rostro sanguinolento no puede ser abatido tan fácilmente. ¿O qué creías, soldado? ¿Que esto sería tan sencillo?

Ledesma cargó una vez más. Pero ahora, cuando llegó el momento de disparar, se irguió todo lo que pudo en su montura. Endureció los músculos de las piernas, abrió la flexión en torno a sus muslos y separó las nalgas de la silla de montar. No más de un par de palmos, pero lo suficiente para que la perspectiva y la consiguiente trayectoria de la bala fueran otras.

Sonríe, bastardo. Ledesma apretó el disparador.

—¿Le ha dado, sargento? —volvió a preguntar Orozco.

Desde luego que no. Ledesma desistió y, mientras volvía a sentarse en la silla, enfundó el mosquete. Miró a Orozco y Orozco le

miró a él. Esto es todo lo que se me ocurre. A partir de ahora, improvisaremos.

—¡No nos pueden dar! —gritó, acercándoseles, López. Señalaba con el dedo índice de su mano izquierda varias flechas que surcaban el cielo desde el lado comanche de la estampida—. ¡Estamos fuera de su alcance!

Y ellos del nuestro. Ledesma lo acababa de comprobar por sus propios medios.

—¿Y Alonso? —preguntó, llevándose una mano a la boca para empujar sus palabras entre el ruido.

Los guerreros de Patule el Grande que, desde el principio, habían cabalgado junto a ellos, trataban, sin demasiado éxito, de abatir una pieza. Lo intentaron con un macho grande y robusto, después con una hembra y, finalmente y de nuevo, con un macho que se estaba separando demasiado del grupo. En los tres lograron clavar flechas, pero no con la profundidad y el acierto necesarios para tumbar a los colosales bichos.

No solo con intenciones se abaten bestias como estas. ¿Sois decididos? Más que un puma hambriento. ¿Sois valientes? Como el lobo. ¿Y astutos? Ni el más audaz de los coyotes nos supera.

Pues matad. ¡Cazad! ¡Hacedlo! ¡Hacedlo, mescaleros, antes de que los comanches encuentren el modo de acabar con todos nosotros!

—Alonso cabalga muy retrasado —indicó León, que había quedado algo rezagado al aflojársele una cincha, y llegaba ahora desde atrás.

—¿Como cuánto? —preguntó Ledesma.

León torció el gesto. El sargento no podía, dadas las circunstancias en las que se hallaban, exigir que fuera preciso. Alonso está detrás de nosotros. Bastante atrás, a juicio de León. Pero poco más era capaz de añadir.

—¿Se han cobrado alguna pieza? —insistió.

León desconocía la respuesta, pero aunque la hubiera sabido, no habría podido formularla: una flecha comanche atravesó,

describiendo una curva casi perfecta, el cielo y terminó por clavarse en el antebrazo izquierdo del dragón.

—¡Mierda! —gritó, horrorizado, León—. ¡Me han dado, sargento! ¡Me han dado!

Ya está. Ruegas y ruegas para que esto no suceda, pero, al final, sucede. Uno de tus hombres ha sido herido. No de gravedad, pues la flecha está muy lejos de cualquier órgano vital, pero el soldado se halla maltrecho. Inutilizado para el resto de la contienda, la batalla, el combate o como diablos queramos denominar a esto que está sucediendo aquí y ahora.

—¡Retírate! —ordenó el sargento—. Busca un sitio seguro y aguarda a que la manada pase. Volveremos a por ti.

León, está dicho, no era un tipo listo. Ni siquiera lúcido. Pero tenía un par de cosas muy claras en la vida: que deseaba morir de viejo y que nunca, bajo ningún concepto, abandonaría a los suyos en mitad de la batalla; no son propósitos que siempre vayan de la mano, pero a León no le pidas más.

La punta de la flecha ha alcanzado el hueso y se ha clavado firmemente en él, de forma que solo resta una opción: romperla en el punto donde penetra en la carne, rezar para que no se astille y continuar hacia delante y junto al resto.

Habrá tiempo para que, cuando todo se calme, alguien te extraiga el fragmento que ha quedado dentro.

Es lo que León hizo. Se alzó en la silla, apretó los muslos contra los flancos del caballo y usó su mano derecha para quebrar la flecha. Después, mientras tragaba salivazos de un intensísimo dolor, se dejó caer sobre el cuello de la montura y se tomó un instante para recuperar el aplomo. No te muerdas la lengua. No pierdas los nervios. No hagas que tu sargento se avergüence de ti. Cabalga y lucha con el brazo que aún mantienes sano. Tu sueño de morir de viejo se verá cumplido. Cuenta con ello, muchacho.

Fue ese el momento en el que Ledesma se dio cuenta de que debía tomar la iniciativa. Si dejarse llevar y aguardar acontecimientos no te está dando buenos resultados, haz

exactamente lo contrario. Puede que mueras de igual forma, pero has intentado algo diferente.

A ello. A por el salvaje de la cara roja y la sonrisa maligna en los labios. Tú debes ser el bastardo que guía la horda comanche, ¿no? El hijo de perra que ha lanzado a las manadas de bisontes en estampida. Contra nosotros. Sí, tú debes ser al que tenemos que meter un tiro en el pecho.

¿Y cómo te alcanzamos si media entre nosotros un abismo? Un abismo que abrasa a todo aquel que se le acerque demasiado. Mira a los imbéciles de Bigotes. Míralos. Uno se ha caído del caballo y ha muerto aplastado por las bestias. Otro más pierde el equilibrio y parece que va a seguir idéntica suerte, pero en el último momento recupera la posición. Volante se retira. Más tarde lo negará con ahínco, pero su caballo y los de cuatro guerreros que le acompañan se están separando de la estampida. Demasiado deprisa para que no lo tomemos por una retirada a tiempo. ¿No estábamos de caza?

—¿Cuántos bisontes han abatido? —preguntó Ledesma. No se dirigía a ninguno de sus hombres en concreto. Quien sepa algo que dé respuesta.

—Como mínimo, cuatro —dijo Sáenz.

—¿Lo has visto con tus propios ojos o lo supones?

—Lo he visto, sargento.

—De acuerdo. Ahora os diré lo que vamos a hacer.

—¿Sargento?

—Vamos a por los comanches.

—¿Cómo, sargento? Se encuentran al otro lado de la manada.

—Rodeándola.

—¿Por detrás? Es inmensa, sargento. No creo que se esté dando cuenta de cuán…

—¡Por delante!

Ledesma clavó con tanta fuerza las espuelas en su caballo que el pobre animal sintió el dolor hasta en la panza. Pero el sargento no titubeaba: las monturas servían a los jinetes y si tenían que

reventarlas a todas, lo harían sin dudar. ¡Más deprisa! ¡Hasta que escupáis vuestras propias tripas!

A Ledesma lograron seguirle en su avance cuatro dragones: Orozco, que era el que más cerca iba de él, López, Barrios y el propio Sáenz. Los caballos del resto simplemente no soportaban un avance tan vertiginoso como aquel y se quedaban atrás.

—¡Cubrid a los mescaleros! —ordenó Ledesma, volviéndose hacia Carrillo y los demás. Cubrid a esos hijos de puta y evitad que se metan en más problemas de los que ya tienen—. ¡Dos bisontes! ¡Permitid que cacen dos bisontes más y luego obligadles a retirarse!

Tras estas palabras, Ledesma volvió a clavar las espuelas en los flancos de su caballo. Las monturas españolas, ágiles y resistentes, tomaban la delantera a los pesados bisontes y los superaban con relativa facilidad. Cabalgaban tan cerca de ellos, tan pegados a su sudor y a sus resuellos, que López no pudo sustraerse a la tentación de extender su mano derecha y tocar el lomo de uno de ellos.

Sonrió al resto de los soldados. ¿Veis de lo que soy capaz? ¡Cabalgo con bisontes, amigos! ¡Cabalgo junto a las bestias más asombrosas que Dios nuestro Señor ha puesto sobre la faz del mundo!

Ledesma le habría partido el labio inferior de un puñetazo en caso de que hubiera tenido tiempo para algo así. Pero allí estaban a lo que estaban y la cabeza de la estampida se alcanzaba por momentos.

—¡Son los machos que guían al resto! —indicó el sargento volviéndose para gritar.

E hicieron lo que en siglos nadie osaría repetir: se adelantaron al propio estruendo, lo superaron y comenzaron a rodearlo. Sintieron aquellas miradas firmes clavadas en ellos, miradas de bichos que apenas sienten y que nunca varan. Miradas, cuernos y obsesiones. Carrera, bramidos, ímpetu ajeno al cansancio.

—Uh… —gritó Barrios mientras cruzaban, a la máxima velocidad que sus caballos podían, frente a la manada desbocada. Reía un tanto desquiciadamente—. ¡Uh!

—¡No os detengáis! —gritó el sargento—. ¡Pasad al otro lado!

—¡Uh! —exclamó Sáenz. Su corazón latía tan deprisa que estaba a punto de estallarle en mitad del pecho.

—¡Al otro lado! —insistía Ledesma—. ¡No miréis los cuernos!

¿Y por qué no? ¿Por qué no hacerlo? Son fabulosos. Espléndidos. Majestuosos.

—¡Nos matarán, sargento! —rio, loco, Barrios—. ¡Nos pasará la estampida por encima y no quedará nada de nosotros!

—¡Sigue, Barrios! ¡Continúa avanzando deprisa! —ordenó Ledesma.

—¡Deja de hacer el gilipollas! —le espetó Orozco, interponiéndose entre Barrios y los bisontes que encabezaban la manada.

—¡Pero si no pasa nada!

—¡Están demasiado cerca! ¡Demasiado cerca!

—¡No pasa nada!

El cuerno de uno de los machos estuvo tan próximo al muslo de Orozco que el dragón pudo tocarlo con la punta de sus dedos. Algo más fuerte que cualquier cosa conocida, ¿verdad? Algo distinto. Intenso, vital, muy potente.

—¡Salgamos de aquí! —gritó el dragón mientras recogía su mano y la llevaba, de nuevo, a las riendas. Picó espuelas, volvió a picarlas y las picó una vez más. Seguro que el caballo tenía la carne abierta, pero culminaban el tránsito o la suerte estaba echada para todos.

Ledesma fue el primero en descubrir al bisonte que corría en el extremo que necesitaban alcanzar. Animó a sus hombros con un grito espasmódico que los demás no llegaron a oír y se tumbó sobre el pescuezo de su caballo. Sácame de aquí, por el amor de Dios.

Los caballos cumplieron. Por poco, pero lo hicieron. De uno en uno, y cerrando un sobreexcitado Barrios la hilera, los cinco soldados españoles alcanzaron terreno seguro. Más o menos seguro, porque una estampida no es algo que disponga de límites claros; hay

bestias desbocadas por todas partes y debes estar muy atento para que un ejemplar perdido no te arrolle cuando menos te lo esperas.

Echa la vista hacia atrás, sargento. Contempla lo que se os viene encima.

Contempló: una docena de caras rojas comanches cabalgando embravecidamente hacia ellos. Teníamos planes para vosotros y no han salido como pensábamos. Creíamos que no soportaríais la presión de la estampida; que recularíais; que os asustaríais y que pondríais más tierra de por medio de la que habríais soñado jamás. Y, sin embargo, venís. Venís a por nosotros y solo sois cinco. Bien, os mataremos. Estamos teñidos para la más cruenta de las batallas. Estamos cubiertos de sudor y pintura roja. Brillamos como el sol, pues el propio sol somos. Moriréis, extranjeros.

—¡Orozco! —exclamó el sargento, conteniendo a su caballo. Los bisontes avanzando a tan corta distancia trastornaban a las monturas.

—¡Sargento!

—¡Cargad! ¡Cargad todos y ahora!

Ledesma hablaba al tiempo que actuaba. Introdujo la mano en la alforja de la munición, extrajo un cartucho y, mientras se lo llevaba a la boca, desenfundó el mosquete.

—Un disparo —gritó—. ¿Me habéis oído todos? ¡Un único disparo!

Porque no habría tiempo para más.

—¡Sí, sargento! —replicó Sáenz.

Los cuatro dragones cargaron los mosquetes: López fue el primero en terminar; Sáenz le siguió; Orozco y Barrios, que eran los que más problemas tenían para contener a sus caballos, fueron los últimos.

Apuntad al centro de la frente. Se la pintan de rojo. Pues gracias, cabrones, porque no existe mejor diana en mitad del Llano. Una suave brisa que acaricia la piel, el sombrero ligeramente ladeado y tu mosquete al hombro en un gesto rápido. Guiñas el ojo izquierdo, apuntas y es en ese instante cuando comprendes la

belleza que persiste en la inminencia de la muerte. Doce bestias inhumanas que no toman enemigos cabalgan hacia ti con armas entre los dientes. Te miran, te miran como si fueras la presa más alucinantemente concebida. Como si fueras lo que va a redimirles de todo mal. Eres tú lo que muere si no mata. Lo que mata o muere. La muerte, siempre y en cualquier caso.

—¡Atención…! —gritó el sargento. Notaba el sabor de la pólvora en la boca. El sabor rotundo del pánico mantenido a raya. No titubees, Ledesma. No lo hagas—. ¡Fuego!

Los cinco hombres dispararon al unísono y tres comanches cayeron. Dos de ellos lo hicieron hacia su derecha, con lo cual simplemente quedaron tendidos en el suelo tras rodar unos cuantos pasos, pero el tercero se desplomó bajo las patas de los bisontes enloquecidos. Suerte que al salvaje, para entonces, ya no le latía el corazón. Suerte, porque las bestias necesitaron un suspiro para desmembrarlo, partirle todos y cada uno de sus huesos y repartir sesos y vísceras por medio Llano Estacado. Eres parte del todo, cabrón. Cuando tus congéneres recen en las noches de solsticio, lo harán a la inmensidad de la que ahora tú formas parte indistinguible.

—¡Desenvainad! —ordenó el sargento.

Y picad espuelas hacia los comanches.

Los españoles eran cinco y los comanches, nueve. La lucha sería terrible, pero disponían de una posibilidad de salir con vida. Sáenz, Orozco, López, Barrios, Ledesma: es más que probable que no todos lo contemos. Comprendéis de qué va todo esto, ¿verdad? Somos soldados. Portamos un escudo bordado en la cuera y a él nos debemos. No somos bestias. Somos hombres. Somos soldados del rey. Somos los hijos de puta que tienen que vérselas con la escoria bastarda del mundo.

Pues a ello. Y sin rechistar.

El sargento abrió la cabalgada y los cuatro dragones le siguieron. El encontronazo resultó menos brutal de lo previsto. A fin de cuentas, peleas con miles de bestias pardas avanzando desbocadamente a tu lado. Un movimiento en falso y caerás bajo

sus patas. Morirás, ¿sabes? Seas español o seas comanche. Los bichos no hacen diferencias. No saben de nada y, sobre todo, nada les importa.

Avanzan como si el fin del mundo les persiguiera a corta distancia. Como si Satán y sus lenguas de fuego infinito les ganaran terreno a cada momento.

Ledesma pronto distinguió al tipo de la sonrisa miserable que había visto hacía rato. Cabalgaba al frente de los suyos, luego era el jefe, y lo hacía sin silla ni cinchas en la montura, por tanto sería un enemigo más que considerable; cabalgaba impulsado por un afán perverso: matar y a la misma muerte sostenerle valerosamente la mirada.

Cuando el sargento llegó a la altura del jefe comanche, tiró con energía de las riendas de su caballo y obligó a que el animal se abriera bruscamente hacia el lado izquierdo. Hacia terreno descubierto. No se trató de más de un paso, pero resultó suficiente para que el machetazo que el comanche le lanzó se perdiera en el aire. Erró, y quien yerra primero, no yerra dos veces. No si tienes delante a un sargento de presidio español. Con arrestos suficientes y los dos dedos de frente precisos para comprender que no habrá más oportunidades. Ledesma tiró con tanta intensidad de las riendas que su caballo, descompuesto, se irguió sobre sus patas traseras antes de girarse y encarar la posición del jefe comanche. El sargento, entonces, levantó el sable en el aire, apretó como jamás lo había hecho la empuñadura y lanzó un tajazo que alcanzó directamente la cabeza del comanche. El hierro, afilado no muchos días atrás, partió el cráneo por la mitad y dejó a la vista la sesera del salvaje. Un salvaje que, aún, sostuvo durante un interminable instante la mirada al sargento. Me has matado, extranjero. ¡A mí!

Sí, a ti. Me quedaría para ver cómo caes entre las patas de los bisontes, pero tengo trabajo. Los tuyos continúan presentando batalla y mis hombres me necesitan. Muere, malnacido.

Sáenz y López se las veían con cuatro comanches semidesnudos y Orozco, cuyo caballo continuaba dándole más problemas de los

que en ese momento necesitaba, se separaba un poco del grupo y combatía allí contra un cara roja al que el polvo proveniente de la estampida se le estaba adhiriendo a la pintura del rostro: si antes ya parecía una alimaña indeseable, para lo de ahora, pintura, mugre y malignidad, no existía descripción.

¿Y Barrios? Barrios se ocupaba del resto y con tan mala fortuna que había sido arrinconado de espaldas a la estampida. Si retrocedía un solo paso más, los bisontes se encargarían de él. Y, de acuerdo, que te mate un bravo comanche en plena batalla es algo que no acaba de hacernos gracia, pero que no deshonra. Sin embargo, ser desmembrado por un torrente de vacas salvajes… En fin, no, no es lo que uno sueña cuando se alista de joven.

Quizás por ello Ledesma eligió a Barrios como hombre al que asistir. Todos eran iguales para él, pero es deber de un sargento velar por los que en mayores dificultades se hallan. Y por la Virgen que ningún hombre ha estado nunca tan en peligro como ahora lo está Barrios… El aliento de la muerte en la nuca ha dejado, hace tiempo, de ser una frase figurada para él.

—¡Aguanta! —gritó Ledesma.

Barrios, que lanzaba sablazos con la mano derecha al tiempo que sostenía las riendas de su caballo con la izquierda, miró fugazmente al sargento. ¿Qué le había dicho? Dios bendito, el estruendo avanza a sus espaldas y tres o cuatro comanches se afanan por empujarlo a él. Sargento, no es por faltarle al respeto ni nada por el estilo, pero si va a hacer algo, ¡hágalo ya!

El caballo de Ledesma se resistió cuando le picó espuelas, pero cedió y avanzó con paso firme hacia la estampida.

Sable en mano, el sargento comenzó a lanzar tajazos a los comanches. Se pegaba tanto a ellos para asegurar los golpes que la cuera se le manchó de pintura roja. De sangre. Incluso de algo que posiblemente estuviera hasta hacía un momento en el interior del vientre del salvaje que tenía a su derecha. Lo observó mientras, destripado, se desplomaba. Observó la ausencia de miedo en la mirada del hombre. De miedo y de vergüenza. Moría como, desde

que era un niño, le habían dicho que debía ser: honorablemente y sin apartar nunca la mirada.

Un muerto es un muerto. Ledesma no era gente de tanto remilgo. A por el siguiente, que Barrios se está comportando con inaudita brillantez, pero no podrá con todos sin su ayuda.

El sargento empujó a su, ya para entonces, deshecho caballo contra el más cercano de los comanches que encontró en su camino. El salvaje, que no lo vio llegar, se revolvió y le lanzó un golpe de machete a la altura del pecho. Tres dedos más cerca y al sargento lo llevan de vuelta al presidio en la grupa de un caballo. Atado como un bulto de pieles sin curtir. Seco.

Ledesma aprovechó el momento en el que el comanche se desequilibró para lanzarle un tajazo rápido. Le daba igual matarlo o no: él únicamente deseaba desmontarlo, pues un hombre a pie en este lugar y en esta batalla se convertía en cadáver en cuestión de segundos. Todo muy deprisa. Todo muy ruidoso y salvaje.

Por desgracia, el filo del sable encalló en un hueso, que es lo peor que te puede pasar cuando luchas contra enemigos formidables: la herida que le has provocado quizás sea o no mortal; quizás determine el futuro de la contienda o no lo haga. Pero lo que sí resulta claro es que tú te ves obligado a abrir los dedos en torno a la empuñadura del sable y a dejarlo ir. No sabes cuánto desquicia algo así, pero el filo está clavado en el hueso del bastardo. Y el bastardo no dudará en arrancarse la lengua de un mordisco si así se aguanta el horrendo dolor que se halla sufriendo y te atrae hacia ti. Eres tú, es él.

Él, sin duda. Siempre. Ledesma dijo adiós al sable y echó mano de su cuchillo. Notable, desde luego. Dieciséis largos e interminables dedos de filo dispuesto a abrir gargantas. A separar carnes y a seccionar venas. No nos hemos cruzado con demasiados comanches a lo largo de nuestra vida, pero algo nos dice que su anatomía no dista demasiado de la común. Cuchillada al cuello y muerte segura.

De pronto, Barrios dio un salto y se abalanzó sobre el salvaje que tenía frente a él. Literalmente, sobre su caballo. Se sentó a

horcajadas en la grupa del animal y atrapó al comanche por el cuello con el brazo derecho. Apretó y apretó y soportó con furia entre los dientes los esfuerzos que el tipo hacía para liberarse del abrazo del dragón.

—¡Aguarda! —gritó Ledesma.

Y consiguió que su caballo se situara junto al que cabalgaban Barrios y el comanche.

—¡Atrás!

Fue una orden rápida que Barrios comprendió de inmediato. Arqueó su espalda, se dejó caer sobre las ancas del animal y expuso, así, el pecho, el estómago y el vientre del comanche. Aún se debatía. Aún creía que disponía de alguna posibilidad.

El pecho descubierto y pintado del salvaje fue diana segura para el sargento, que hundió, hasta la empuñadura, su cuchillo en él. Barrios notó cómo el comanche se moría. Cómo las fuerzas le abandonaban y cómo su alma se desprendía del cuerpo en dirección al cielo comanche. Si es que algo semejante existe.

—¿Dónde está el resto? ¿Orozco? ¿López? ¿Sáenz? —preguntó Ledesma.

—Los he perdido de vista —gritó Barrios—. Hace ya un rato.

Y, mientras lo decía, se dio cuenta de que el estruendo menguaba. De que, por fin, volvían a oírse cuando hablaban.

—Son los últimos bisontes —dijo el sargento—. La manada ha pasado.

Algunos bichos viejos y lentos avanzaban dando pesados saltos y resoplando ruidosamente. Se estaban alejando del resto de la manada y parecían saberlo. Si abandonas la manada o la manada te abandona a ti, es cuestión de tiempo que algo con dientes poderosos y afilados se aferre a tu garganta. En cualquier caso, sepa lo que sepa un bisonte, ¿a quién diablos le importa?

Nos importan nuestros dragones.

—¡Mire, sargento! —exclamó Barrios. Seguía a lomos del caballo comanche. Sin silla de montar ni riendas españolas. Pero se las apañaba. Como para no hacerlo.

Ledesma miró en la dirección señalada y vio cómo López y Orozco, ambos al unísono, daban cuenta del último comanche de la partida. En silencio ambos y como si uno actuara en ausencia del otro: sablazo tras sablazo, tajazo y tajazo; porque nunca se acaba de matar fehacientemente a cabrones como estos.

Poco a poco, Ledesma y Barrios se acercaron hacia Orozco y López. Todos se hallaban cubiertos de sangre fresca. Todos respiraban agitadamente y todos, sin excepción, guardaban silencio. Tras lo experimentado, no hay gran cosa que decir, ¿no es así?

—¿Y Sáenz? ¿Dónde está Sáenz?

Sáenz está muerto. Hace unos cinco minutos. Dos comanches se le acercaron por la espalda y le clavaron una lanza que le atravesó el pecho de parte a parte. Nada que nosotros no hubiéramos hecho con ellos si hubiésemos dispuesto de la menor oportunidad. Pero Sáenz cayó. Con honor. Con todo lo que tú quieras. Y ahora está muerto.

Ledesma pasó la mano por el cuello de su caballo. Miró hacia una estampida que comenzaba a dejar de serlo y se inclinó para escupir sangre. Ojalá no hubieran muerto más hombres. Ojalá esto fuera todo. Ojalá en dos o tres horas pudieran emprender el camino de vuelta a casa.

¿Tenéis vuestros malditos bisontes, mescaleros? ¿Los tenéis? El sargento espera que sí, porque, de lo contrario, no habrá más oportunidades. Ni una más.

De nuevo, Ledesma se volvió a inclinar en el caballo para escupir más sangre. Se pasó la lengua por las muelas y creyó que una de ellas se le movía un poco.

Soldados muertos, batalla intensa y muelas a punto de caérsete. Un resumen de mierda.

* * *

Cuando la manada pasó por completo, los hombres comenzaron a reagruparse. Había sido difícil en el extremo norte de la estampida, pero también al sur de ella. Los mescaleros no dejaban de ponerse en peligro, de tentar la suerte más de lo estrictamente necesario, y se acercaban demasiado a los bisontes. Resultado: al menos tres guerreros de Bigotes, uno de Volante y uno de Domingo Alegre habían perecido bajo las patas de los bisontes. Cuando Ledesma, Orozco, López y Barrios se acercaron, rezaban unas cuantas oraciones por ellos. No muchas. Dos o tres. Deprisa. Sin poner el alma en ello. Adiós, hermanos, os tendremos siempre en el recuerdo; fuisteis valerosos y honraremos por siempre vuestra memoria.

Y ahora, a desollar los bisontes. Que es a lo que hemos venido.

El sargento guio su caballo hacia un lugar donde veinte o treinta mescaleros rodeaban tres bisontes muertos. Con cien flechas clavadas cada uno de ellos. Cuesta matarlos, ¿verdad? ¿O es que, en el fondo, sois unos cazadores pésimos?

Más allá, a unos setenta pasos, otro grupo de mescaleros se inclinaba sobre otro animal muerto.

—¡Sargento! —llamó Grijalva al ver que se aproximaban.

Ledesma le miró sin responder. Habían echado el cuerpo sin vida de Sáenz sobre la grupa de un caballo comanche y Barrios tiraba de sus riendas.

—Joder… —se limitó a decir Grijalva.

Sí, joder. Le puede pasar a cualquiera. Puta mala suerte. Es lo que hay. El pan de cada día. Eso, todas las simplezas que se te ocurran y alguna más.

—¿Os habéis asegurado de que no haya más comanches por aquí? —preguntó, al rato, Ledesma. No desmontaban. No desmontarían hasta que se vieran fuera del maldito Llano Estacado. Que los mescaleros se apresuraran con lo suyo, porque al día apenas le quedaban horas de luz.

—Yo no he visto ninguno más, sargento —se encogió de hombros Grijalva.

—¿Carrillo?

—Me descolgué bastante hacia el este, pero no observé nada. Solo los cabrones con los que usted se enfrentó.

Los cabrones que acabaron con la vida de Sáenz. ¿Está casado este dragón? ¿Alguien lo sabe? ¿Sí? Pues ahora Ledesma tendrá que decirle a su viuda que la tumba de su marido está a varios días de camino hacia el norte. En territorio comanche. ¿Quiere llevarle flores, señora? Ni lo intente. Lo enterramos hondo, se lo juro, señora, pero a esta hora las alimañas habrán desenterrado el cuerpo y lo habrán devorado con fruición. Sáenz acabó como pienso para los coyotes. Mis condolencias, señora. Las de todo el ejército español. Lo tendremos presente en las oraciones del domingo y no dude de que el capitán dirá unas palabras. Sí, cavamos hondo.

Los dragones se reunieron en un grupo no demasiado cerrado y aguardaron. Se hallaban exhaustos. Cansados y cubiertos por una espesa capa de sudor, sangre y polvo.

—Nos largamos ya —dijo el sargento en voz baja. Suficiente para que hasta el último de sus hombres le escuchara.

—Complicado, sargento —replicó López.

Ya. Miraron en torno a ellos. Es el Llano y ves hasta donde tus ojos te lo permiten. No hay nada, absolutamente nada, que interfiera la visión, de manera que basta con girar la cabeza, despegar los párpados y llenarte de luz. De abulia y de hartazgo.

A los mescaleros les llevaría un par de días completar su ritual y el sargento lo sabía. Tenían que despedazar las piezas que habían logrado capturar, ocho en total, y preparar las pieles para que no se pudrieran en el camino de regreso a casa. Nada que cien salvajes no pudieran hacer en tres horas de trabajo, pero para lo que se tomarían su tiempo. Porque siempre lo hacen. Siempre viven despacio mientras nosotros observamos. Ponemos cara de indiferencia y observamos. Nadie cambia jamás el proceder apache. De ninguna manera.

—Vamos a enterrar a Sáenz —dijo Carrillo, alargando la mano para tomar de Barrios la rienda que sujetaba al caballo comanche.

Ledesma ni siquiera asintió. Sí, claro, hacedlo. Cavad un agujero en cualquier parte y regresad de inmediato a lo alto de vuestros caballos. No quiero gente en tierra. No quiero pisar este lugar por más tiempo del estrictamente necesario.

Media hora después, Alonso se acercó hacia el lugar donde Ledesma y los dragones observaban el agujero que Martínez y León se hallaban excavando.

—Mala suerte —dijo el apache.

Te metería una bala en el cuerpo, cabrón. Este tío ha muerto por vuestra culpa, ¿lo sabes? Claro que lo sabes. Y te importa un carajo.

—Sí —replicó, escuetamente, el sargento.

—La caza ha sido buena —explicó Alonso.

Desde el lugar donde se hallaban, podían observar tres fogatas encendidas. ¿Ya no os da miedo alejaros para recoger leña? Será porque no quedan comanches en las inmediaciones. Los matamos a todos, ¿recordáis?

—Hay que regresar a casa —dijo el sargento—. Cuanto antes.

Sabía que era inútil, pero tenía que intentarlo.

—Sí, sargento —respondió Alonso—. Cuando todo esté listo.

Es decir, en dos días. Desollar, cortar, seccionar y dividir la carne en piezas pequeñas. ¿Nos podemos quedar con los caballos de los comanches muertos? Nos serían de gran utilidad para transportar los bisontes. Gracias, sargento. No esperábamos menos de usted.

—Regresaremos directamente a El Norte —advirtió Ledesma.

Alonso no dijo nada. Obedecería la orden del sargento, pero no pensaba rebajarse y reconocerlo en voz alta. Un jefe apache tiene su orgullo.

La calma había regresado al Llano. Esa calma esencial que tanto inquieta a los caballos que, como los nuestros, han sido criados entre gente. No pasa nada. No sucede nada. El sonido de ningún animal llega hasta nosotros. Solo el sol y la calma perpetua. El calor y la obsesiva sensación de saberte en peligro mortal. No hay nadie. Está todo.

Por la noche, los ocho soldados se separaron un trecho de los mescaleros y establecieron su propio campamento. El sargento, porque no le había quedado más remedio, ordenó desmontar.

—Carrillo, haces la primera guardia.

—Sí, sargento.

—Tú, Martínez, duerme un rato. Te toca la segunda.

—A sus órdenes, sargento.

El resto, enfrentaos de cara a la noche y al silencio. A la ausencia de cualquier cosa que consideraríais imprescindible en vuestras vidas. Roed un trocito de carne seca, echad un trago de la cantimplora y ocupad el tiempo comprobando los mosquetes y la munición. ¿Qué tal vamos de cartuchos? ¿A alguien se le ha mojado la pólvora? No, todo va bien. Las armas funcionan y puedes escuchar el sonido de los artefactos en mitad de la noche. Clac, clac, clac. Hombres comprobando que siguen siendo hombres. Que son soldados, que están armados y que, porque están armados, a nada pueden ni deben temer.

Si se escuchara algún sonido… Uno, nada más que uno.

—Todo esto ha sido una pérdida de tiempo —reflexionó Orozco. Los soldados, medio embobados, miraban las llamas lentas de la hoguera. Ni siquiera crepitaba. Ni siquiera eso.

Ledesma se volvió hacia su hombre. Solo era una figura que renunciaba a moverse para no inquietar a la inmensa soledad que se extendía a sus espaldas. Si, de pronto, cobrara vida y abriera las fauces, los devoraría en cuestión de segundos. Un visto y no visto.

—Son las órdenes —dijo el sargento, a modo de única explicación.

Y sí, lo eran. De sobra lo sabían todos. Pero existen órdenes inteligentes y algunas que lo son menos. Cumplimos cada una de ellas, pero… Demonios, hay algo que se te revuelve en las tripas.

—Lástima por Mesa y por Sáenz —dijo Grijalva. Nunca le habían caído demasiado bien aquellos tipos, pero en lugares como el Llano uno no se detiene en detalles.

—Hemos pagado un alto precio —intervino Barrios.

—Demasiado.

—Sí. Demasiado.

Porque, y aunque ninguno de nosotros vaya a expresarlo en voz alta, la muerte de dos españoles no compensa a nadie. En Chihuahua, el tal Croix creerá que sí, pero nosotros sabemos que no. Malditos mescaleros. Ahí están, disfrutando de sus bisontes muertos. Un poco más y hemos de cazarlos por ellos. Barrios sabe tensar un arco apache. Y de Carrillo se dice que tiene mejor puntería que muchos mescaleros. Teníamos que haber venido solos. Diez dragones y un par de colonos en el pescante de sendas carretas y asunto resuelto. Matamos media docena de bisontes antes de que los comanches nos pongan la vista encima y desaparecemos. Rápido, preciso y eficaz. Habría funcionado. Sin muertos. Sin lamentos. Sin esta mala suerte que se nos ha pegado a la piel como un sarpullido.

—Mañana regresaremos a casa —dijo, tras un largo silencio, Grijalva.

Alguien removió las brasas de la hoguera con un palo. Brotaron algunas chispas que ascendieron levemente en el aire nocturno y se apagaron.

—No —repuso el sargento.

Los mescaleros necesitarían un día más para concluir sus estúpidos ceremoniales. Dejaremos que los completen. Es lo que querría el capitán. Lo que el teniente nos ordenaría si estuviera aquí. Son mescaleros, son nuestros amigos y hemos de respetar cada una de sus decisiones.

—¿Sabe, sargento? —bajó la voz Grijalva.

El sargento se limitó a alzar las cejas en la oscuridad. Le dolía hasta el último hueso de su cuerpo. Un dolor que tardaría semanas en remitir.

—Podríamos ir y matarlos a todos —fantaseó Grijalva—. Ahora, amparados en la noche. Están separados en bandas y no hay ningún grupo de más de veinte guerreros. Vamos, nos acercamos en silencio y los degollamos uno a uno. Somos ocho, de manera que no

nos resultaría complicado. Antes del amanecer habríamos concluido nuestra tarea. Ni un solo mescalero con vida. Muertos. Bastaría, entonces, con montar en nuestros caballos y regresar al presidio.

Ledesma se mantuvo en silencio durante un rato. Como si realmente estuviera sopesando la propuesta de Grijalva.

—¿Y qué diríamos? —preguntó al fin—. Una vez de vuelta en casa, quiero decir…

—Que los comanches nos atacaron. Por sorpresa.

—¿Y que no dejaron a un solo mescalero con vida?

—Exacto.

—Mientras que ocho de nosotros salimos indemnes de la batalla.

—Eso es.

—¿Y tú crees que el capitán se creerá una mentira semejante?

—Desde luego, sargento.

Ledesma lo pensó y se dio cuenta de que Grijalva tenía razón. Por eso, añadió:

—¿Y el teniente Gauna? ¿Acaso piensas que el teniente Gauna también se lo creerá?

Ahora fue Grijalva quien hizo una pausa para pensar bien su respuesta:

—No, el teniente no se lo creería.

Ledesma renunció a continuar y posó su mirada en las llamas. El resto hizo lo propio. No era una mala idea. Casi un centenar de apaches muertos en una sola noche. Hijos de perra que nos causan problemas y que más que nos van a causar. Haríamos un gran favor a las gentes del presidio si ahora mismo pusiéramos fin a tanta majadería. El mejor apache es el que está muerto. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Muy lejos, en la oscuridad infinita, alguien creyó oír algo. Voces provenientes de lugares imposibles de ubicar o algo por el estilo… Ruidos. Señales fehacientes de que ahí fuera algo se mueve. Sin embargo, pronto se quitaron esa idea de la cabeza. No, no hay nada ahí. Nada.

Carrillo finalizó su turno de guardia y se acercó para solicitar el relevo. Martínez se puso en pie, comprobó el armamento y se ajustó la cuera, pero cualquiera de los allí presentes lo habría hecho en su lugar. Ninguno era capaz de conciliar el sueño. Ninguno lo sería hasta que estuvieran, de nuevo, en casa.

A menos de diez pasos de distancia, los caballos de los soldados descansaban en la negrura. No hacían ruido. Ni el más leve relincho. Ni siquiera un jadeo. O un resoplido. Nada.

Como única artimaña posible para ahuyentar a la locura, el sargento Ledesma carraspeó. Y todos y cada uno de sus hombres, sin excepción, le imitaron.

Una guarida de coyotes

El coronel Muñoz observaba el modo tranquilo y parsimonioso con el que los mescaleros accedían a Buena Esperanza. Al pueblo apache. Por fin. ¿Despacio? Perfecto. Hay cosas en esta vida para las que no conviene apresurarse. Amigos, estáis haciendo lo correcto. Entrad todos. Con vuestras esposas, vuestros hijos, vuestros aliados. El pueblo apache es una realidad. Hoy, 10 de enero de 1780. Lo cierto es que nos ha llevado más tiempo y trabajo de lo previsto, pero la alegría no es, por ello, menor. Al contrario.

El teniente Gauna acompañaba al coronel. Habían cabalgado, junto a cuatro dragones, hasta las inmediaciones de Buena Esperanza y observaban las lentas evoluciones de las bandas indias accediendo al pueblo y tomando posesión de las casas construidas por los sumas. Alonso, gobernador a fin de cuentas, se encargaba de repartir las ubicaciones. La gente de Domingo Alegre aquí. Más allá, la de Volante y la de Patule el Grande. Junto a la del propio Alonso, que no se había reservado un mal sitio: cerca de la acequia, del agua, y del lugar por el que más rápido se puede abandonar Buena Esperanza. No, nadie tiene intenciones de largarse. Nadie. Estamos aquí, ¿no? Como lo prometimos. Dijimos que viviríamos en paz junto a los españoles de El Norte y estamos cumpliendo con nuestra palabra. No se puede decir que los mescaleros no se atienen a lo dicho.

¿Y las gentes de Juan Tuerto y de Bigotes? Pues el gobernador las envió al lugar donde el terreno de Buena Esperanza se inclina un

poco. Ni loma podríamos llamarlo, pero si ha de hacerse honor a la verdad, aquel no era terreno llano. Los sumas se emplearon a fondo para que las casas quedaran bien. Para que las paredes de adobe se levantaran sin torceduras ni amaños. Pon a un suma a levantar muros de adobe y, en cuanto te descuides, se hallarán tocando las nubes con la punta de los dedos. Saben bien lo que se traen entre manos. Nos ha costado una fortuna, pero paga Chihuahua. Y, diablos, si todo termina por salir bien, desde luego que merecerá la pena. Apaches pacificados. Apaches que dejan de matar y cultivan la tierra. Maíz apache. Buey apache. Acequia apache.

Muñoz se pasó la mano por su inmensa papada. De abajo hacia arriba y muy despacio: haciendo que las uñas descubrieran una incipiente barba. Desde que había llegado al Río Grande, se había dado cuenta de que no le bastaba con afeitarse una vez al día. No si deseaba lucir ese aspecto impecable que a él tanto le gustaba. Croix, el comandante general Croix, siempre lo decía: da igual si te hallas en los salones del palacio del virrey o en un lejano, polvoriento y seco desierto del gran norte de Nueva España: el aspecto de un hombre, ¡de un oficial!, ha de ser siempre impecable.

Por eso a la Jornada del Muerto o al Llano Estacado enviaban al sargento Ledesma. Porque puede lucir barba de una semana y nadie se lo tendrá en cuenta. Un gran tipo. Un gran soldado. Un hombre que llegará lejos. Siga así, Ledesma, siga así. El coronel le mencionará expresamente en su informe para Chihuahua. ¿Sonríe? ¡Hágalo, sargento, que motivos no le faltan! Y no descarte que en uno o dos años lo asciendan a alférez. ¿Ya dispone de sus propias tierras? ¿Se ha casado, Ledesma? ¿Tiene descendencia? Eche raíces, sargento. Échelas porque precisamente hombres como usted son los que aquí necesitamos. De verdad, hágase con unas buenas tierras en la ribera norte del Grande y llévese consigo a unos cuantos sumas. Que trabajen en la hacienda. Que pongan el rancho a producir. Y usted, sargento, permanezca entre nosotros porque, ya sabe, alguien debe vigilar a los mescaleros.

Siempre. Cada día. Cada hora. Cada minuto. No les vamos a quitar ojo de encima. Sabe de lo que le hablo, ¿verdad, sargento? Usted mejor que nadie se conoce el paño. Esta gente lleva lo que lleva en las entrañas y ni mil años de vida entre muros y maizales lograrán que desaparezca. Por ello, vigilamos. Nos mantenemos alerta. No perdemos detalle de lo que sucede.

Aunque lo que suceda no sea, de momento, gran cosa.

Domingo Alegre se había situado a la derecha de Alonso y se erguía como un palo clavado en la tierra. Era el capitán de guerra. El mescalero al cargo de mantener el orden, la paz y la calma. Pocos altercados en Buena Esperanza con él al tanto. Estaos seguros de que así será. De hecho, es el único apache con autorización para llevar armas. No es que sea el único que las lleva, pues de momento hacemos la vista gorda, pero sí al único que le reconocemos la capacidad: Alegre, mantén el orden; y si para ello consideras necesario meterle una bala a uno de los tuyos, lo haces. Mano dura al principio, como cuando los españoles establecemos un nuevo presidio. Mano dura, muy dura, y, después, tiempo habrá para relajar las cosas. Pero que nadie te tome por lo que no eres, Alegre. Es un consejo que te damos.

Con permiso para llevar armas, ¡y qué armas! El capitán Herrán en persona había proveído al jefe Domingo Alegre, para sorpresa suya y estupefacción general, de un par de magníficos mosquetes españoles. O eso le dijeron. Dos mosquetes: uno para el uso diario y el otro de reserva. Buenas armas, Alegre. Será poner el ojo en un sitio y poner en él la bala. Confiamos en ti como tirador. No dispones de experiencia alguna, pero sabemos que terminarás por cogerle el tranquillo. Toma veinte cartuchos y sal a practicar de vez en cuando. Si las balas se desvían al principio, es porque estas armas tiemblan un poco. Lo normal, descuida. ¿Crees que íbamos a darle armas defectuosas al capitán de guerra de Buena Esperanza? No, por el amor de Dios, no. Son los mismos mosquetes que llevan los oficiales del presidio. Los mismos. Idénticos.

Ni el mejor dragón en todo el Río Grande lograría un blanco a diez pasos con ellos. Ya, no lo saben. Ya, que no lo sepan resulta primordial para nosotros. En serio, ¿pensabais que, sin encomendarnos a Dios o al diablo, íbamos a darles armas auténticas?

De una forma o de otra, Domingo Alegre, mosquete en mano, montaba guardia junto al gobernador Alonso mientras este repartía las ubicaciones en el pueblo apache. Un trabajo demoledor. Dormiría, Alonso, durante diez días seguidos. Tras aquello, como mínimo. Jamás un apache trabajó tanto, pero la ocasión lo requería. Sin duda que sí. Nos establecemos junto a los españoles del Río Grande. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Pues así es. Se acabó el ir vagando de un lado para otro. Pasar hambre y ver cómo tu gente la pasa. Poca caza y mucha miseria. De un tiempo a esta parte, el devenir se ha torcido para el pueblo mescalero. Es tiempo de paz. De paz y de alianzas. Qué grande el comandante general Croix, que nos alimenta y nos ofrece techo por una pura cuestión de humanidad. Qué grande. Recordamos con afecto su porte distinguido. El modo de hablarnos, los ademanes y los presentes con los que siempre nos ha obsequiado.

Corresponderemos. De hecho, lo estamos haciendo en este preciso momento. ¿Qué día dicen los españoles que es? Ah, sí, 10 de enero de 1780. Disculpen que no conozcamos el calendario español. Disculpen que, cierto es, no conozcamos calendario alguno. Pero prometemos aprender. El calendario y todo lo demás. Somos de los vuestros. Somos, si se quiere, españoles. Apaches y españoles. Grandes pueblos que se unen para afrontar un destino común. Es seguro que, como dijo el comandante general Croix, las raciones de comida continuarán llegando gratis durante todo un año, ¿verdad?

—¿Y bien, Gauna? —preguntó el coronel desde lo alto de su caballo. El sol estaba en el cénit y, a pesar de hallarse en enero, calentaba más de la cuenta.

—¿Coronel?

—Suéltelo, teniente. Sé que le ronda algo por la cabeza. Y sé lo que es.

Los cuatro dragones que formaban la escolta de los dos oficiales se sonrieron en sus monturas. Se hallaban tras los dos hombres, de manera que podían hacerlo abiertamente sin que ninguno de ellos se diera cuenta.

—Nada, coronel.

—En confianza, teniente.

Muñoz insistía. Puesto que iba a permanecer aún durante muchos meses en aquel lugar, deseaba saber qué pensaban todos los oficiales bajo su mando. Al detalle. Sin veladuras.

—No me fío —confesó Gauna. Cada año que pasaba, tenía menos carne en torno a los huesos. Piel seca, pelo cano demasiado largo para un oficial y el gesto huraño. Se te queda así para siempre cuando pasas demasiado tiempo en un presidio de la línea norte de Nueva España. Y teniendo en cuenta que Gauna ya había cumplido los cincuenta y cuatro años, ese tiempo ha transcurrido de sobra.

—Va a salir bien —repuso Muñoz. Palabras mágicas. Brotaban de su boca, como impulsadas por un mecanismo secreto. Un disparador interno en el fondo de su garganta. Va a salir bien. Siempre. Va a salir bien. Lo ordenó el comandante general, de manera que no puede ser de otra forma.

Además, teniente, seamos sinceros el uno con el otro: ¿qué podría salir mal? Mírelos. Acceden pacíficamente al pueblo que hemos construido para ellos. Se instalan y ya las mujeres han comenzado a acercarse a la acequia con la intención de aprovisionarse de agua. Domingo Alegre vigila y Alonso no pierde detalle de lo que sucede. Tal y como lo habíamos planeado.

Tal y como lo habíamos planeado.

—Puede —dijo Gauna. Su caballo relinchó suavemente. Un gran animal. De porte altivo y orgulloso. El teniente se sentía feliz de poder montarlo.

—Así será.

¿Nota alguien que el sol calienta hoy un poco más de lo habitual? Se tratará de una casualidad. Hay días en los que hace más calor y días en los que no lo hace. Estamos en invierno y los días de invierno son así. Al menos, desde que nos hallamos en el Río Grande no hemos observado otra cosa distinta.

Ya, y, sin embargo, ¿nota alguien que hoy el sol calienta de una forma especial? Como si no tuviera otro modo de advertirnos. Luzco más intenso y os cuento lo que sé. Os cuento y os advierto. Y si sois listos, atenderéis a mi advertencia. Llevo aquí más tiempo que vosotros y sé lo que me digo.

—Mire, teniente —dijo Muñoz—. En Chihuahua están hartos de que la frontera norte sea un desastre. Llevamos así siglos y ha llegado el momento de ponerle remedio. Sabe usted tan bien como yo que no muchos cientos de leguas hacia el noreste están los asentamientos franceses e ingleses. Si no hacemos ahora algo por afianzar nuestro territorio en el Río Grande, pronto será demasiado tarde.

Los franceses y los ingleses no tienen apaches en sus vidas. Por ello, quizás, les vaya mejor. Nosotros nos las tenemos que arreglar con lo que nos ha tocado en suerte. En maldita sea nuestra mala suerte.

—Pacificarlos sin someterlos es la mejor opción de todas —continuó el coronel Muñoz—. Y no me diga que, en esto, no está de acuerdo conmigo.

—Lo estoy, coronel.

—Pero porque no le queda otro remedio, ¿no es así, teniente?

—¿En confianza, coronel?

—Completamente, teniente. De oficial a oficial.

—No estoy seguro de que esto vaya a salir bien. Los mescaleros jamás han vivido entre cuatro paredes y no sé si lograrán acomodarse a nuestros modos y costumbres…

—No sucederá de la noche a la mañana, teniente. Cuento con ello. ¿Acaso cree que soy un ingenuo? ¿Que el comandante general Croix lo es?

—No, coronel. Desde luego que no. Dios me libre.

—Se tratará de un proceso largo y duro. Existirán altibajos y con ello cuento. Pero lo verdaderamente importante es que este proceso ha sido pensado a largo plazo. Queremos paz en estos territorios porque de la paz depende nuestro progreso. Dependen los ranchos, las granjas y los pueblos. Solo con paz nos asentaremos en tal manera que el territorio no pueda ser reclamado por nadie más. El día en el que los franceses o los ingleses cabalguen hasta aquí, esto será tan español que no les quedará más remedio que dar media vuelta y regresar por el mismo camino.

Muñoz hizo una pausa y tragó saliva. Su descomunal papada vibró sutilmente.

—Pero para que todo esto suceda —concluyó—, necesitamos paz.

—Y para que la paz sea una realidad —añadió Gauna, observando las idas y venidas de los mescaleros en Buena Esperanza —, necesitamos que los apaches renuncien a su propia naturaleza.

Muñoz permaneció en silencio. No existía otro motivo para su presencia allí. Paz con los mescaleros. Paz apache. Firme y definitiva. A cualquier precio. Si hemos de gastar una fortuna levantándoles un pueblo, la gastaremos. Si, además, hemos de gastar otra fortuna en mantener durante uno o dos años a varios centenares de bocas, lo haremos sin dudar. Un estómago lleno es un estómago en calma. Conseguiremos que se acostumbren tanto al sedentarismo y a la paz que ya no desearán otra cosa en sus vidas. No solo no lo desearán: llegará un momento en el que desconozcan el modo de regresar a su vida anterior. A los saqueos, a los desmanes, a la muerte y a la desolación.

Convenceremos a los apaches de que la vida reposada es la mejor de las vidas. Puedes obtener muchos más beneficios si no asaltas los ranchos españoles. Si tú mismo te conviertes en ranchero. Te bautizaremos en cuestión de un par de días. El capellán del presidio ya está en ello. Después, solicitaremos, de muy buenas maneras, una reunión con el gobernador Alonso. Hay que conseguir,

como sea, que vuestras mujeres se cubran cristianamente. No es mucho pedir, Alonso, no es mucho pedir. Si se cubren, todos nos ahorraremos problemas. Créenos: sabemos de lo que hablamos. Y el resto vendrá solo. Unas cuantas cabezas de ganado para empezar; sí, claro que os ayudarán los sumas. Las acequias siempre a punto y el maizal verdeando hasta donde se pierde la vista; con los sumas, no lo dudéis. ¿Quedan algunas pequeñas obras a las que hacer frente en Buena Esperanza? ¿Algunas casas no han quedado como deberían? ¿Hay muros que completar? ¿Paredes que rectificar? ¿Estancias que construir?

Los sumas, amigos mescaleros. Los sumas se encargarán de todo. Estaría bien, no obstante, que les echéis una mano. Entendámoslo como una inmejorable oportunidad para aprender. Ellos saben trabajar de firme y únicamente tenéis que fijaros en cómo lo hacen. Son serviciales, los sumas. Se esfuerzan. Ponen el máximo interés en todo lo que hacen. Como, sin duda, habréis comprendido ya.

Y os tienen miedo. Pero esto ya lo sabíais, ¿no es así? Demasiado tiempo viviendo en las riberas del Río Grande. Demasiado tiempo echándose a temblar cuando ven la polvareda en lontananza. Primero el polvo y luego los aullidos. Lo que tras ellos adviene y el dolor desgarrado.

No hay suma bajo el cielo que no lo lleve impreso en la mirada. El terror. El auténtico terror a los mescaleros.

—Va a salir todo a pedir de boca —dijo Muñoz mientras tiraba de las riendas de su caballo y chasqueaba ligeramente la lengua. A casa.

* * *

En mitad de aquella misma noche, un disparo. Cuando todos estaban dormidos en el presidio. El disparo que retumba en la

llanura. Que proviene de un mosquete español y que siempre significa lo mismo: problemas.

El teniente Gauna atravesó a toda velocidad la puerta de su casa. Muñoz hizo lo propio y hasta el capitán se apresuró a calzarse las botas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, legañoso, Herrán. Parecía, bajo aquella inquietante penumbra, haber envejecido cien años. Un hombre demasiado mayor para casi cualquier cosa. Un hombre que, lo dijimos y lo diremos hasta desencajarnos la mandíbula, no debería estar aquí. Y menos, al mando.

—Yo me ocupo, capitán —respondió Gauna. Tampoco un muchacho, cierto es, pero sí capaz todavía de hacerse cargo de la situación—. Un disparo. Vamos a ver de qué se trata.

Un disparo en mitad de la noche ponía a todo el presidio en pie. En pie y en armas. Ni siquiera era necesario que los cabos o el sargento dieran las órdenes: cada soldado, cada dragón, sabía que tenía que ponerse las botas y correr hasta la armería. El armero, aún en ropa de cama, repartía ya mosquetes y munición. Vamos, no os detengáis. ¡Deprisa! Coged tantos cartuchos como podáis. Os los metéis en los calzones, si es preciso. Pero que ninguno salga ahí fuera sin plomo suficiente.

La algarabía fue considerable. Y rápida. Gauna, de algún modo, se sintió orgulloso al contemplar aquello. Hombres yendo y viniendo, mujeres ocupando sus puestos para la defensa de la posición, niños llenando cubos de agua y acarreando balas hasta los cañones. ¿Nos atacan los apaches? Bien, nada que no haya sucedido mil y una veces. Vamos a meterles plomo suficiente por el culo como para que la próxima vez se lo piensen dos veces antes de cabalgar hasta nuestro hogar.

Es como para sentirte orgulloso, ¿no?

Gauna corrió hasta el puesto de vigilancia más cercano a la puerta del presidio e interrogó directamente al dragón que se hallaba de guardia:

—¿Has disparado tú?

—No, teniente.

—Entonces, ¿quién lo ha hecho?

Llegaba, en ese momento, mano izquierda Muñoz. Un tiro, coronel, un tiro. En mitad de la noche. ¿Qué me dice a esto? ¿Dialogamos un rato? ¿Más cajas de cigarros para los mescaleros?

Cara de circunstancias que tratas de ocultar mientras te abotonas la casaca. Eres coronel al frente de una guarnición que nunca ha respondido ante nadie con mayor rango que el capitán. Nadie debe tomarte por lo que no eres. Respeto y dignidad. Ante todo.

Y tiros en la oscuridad. Tiros que no sabemos quién efectúa.

—Lo he escuchado igual que usted, teniente —se explicó el vigía—, pero no sé quién lo ha realizado.

—¿Hay dragones fuera?

El teniente se refería a jinetes. Tipos que, cuando es necesario, patrullan las inmediaciones a caballo. En los tiempos difíciles, no resulta mala estrategia. Armas a media docena de tíos, de esos tíos que seso entre las orejas no tendrán, pero arrestos sí, y para repartir, y los sacas al exterior. La orden, una: dispara contra todo lo que se mueva en el momento en el que se mueva. No lo dudes y hazlo. Si después te has equivocado y solo era una culebra, nadie te lo reprochará. Si después te has equivocado y solo era López que había salido a trajinarse a una mujer casada lejos de los ojos de su marido, nadie te lo reprochará. Tú dispara.

—No, no hay nadie —se explicó el vigía.

De acuerdo. Si no hay dragones haciendo la ronda por el exterior del muro ni ha disparado el tipo que hace la guardia, ¿quién carajo lo ha hecho?

El vigía extendió su brazo izquierdo y señaló con el dedo.

—El sonido ha venido de allí —dijo.

Gauna maldijo por lo bajo. Y para maldecir era, pues el dragón señalaba Buena Esperanza. Primera noche con los mescaleros en el pueblo apache, y ya a tiros. Fantástico.

—De acuerdo —intervino Muñoz, haciéndose cargo de la situación—. Iremos a ver qué pasa. Cinco dragones con el equipo completo, teniente.

—Sí, coronel.

—En cinco minutos, en las caballerizas. ¡Que alguien vaya ensillando los caballos!

No hace falta gritar, Muñoz. Los caballos hace rato que se hallan ensillados. Usted será coronel y sabrá de cosas que solo los coroneles saben, pero aquí, en El Norte, conocemos al dedillo el modo de hacer frente a un ataque enemigo. Los indios nos llevan asolando durante toda la vida, ¿sabe? El que más y el que menos es de por aquí. O de no muy lejos. Somos gentes que nacen, viven y mueren en lugares como estos. Presidios de la línea norte de Nueva España. Sonora, Chihuahua, Río Grande. Lugares así. De manera que no dé por hecho que no conocemos el modo de realizar nuestro trabajo. Hasta los niños que todavía maman lo saben. En armas hasta el capellán. El capellán, el primero, ¡qué diablos!

En cinco minutos estaban todos en las caballerizas y en diez al trote hacia Buena Esperanza. No se habían escuchado más disparos, lo cual podía tomarse como una buena señal. Sí, que sea eso. Ojalá.

¿Y quién dispone de un mosquete en el pueblo apache? Muñoz lo sabía, Gauna lo sabía y los cinco dragones que les acompañaban lo sabían: Domingo Alegre, el capitán de guerra. El mescalero a cuyo cargo había quedado la seguridad en el pueblo. ¿Nos podemos fiar de ti, Alegre? La duda ofende, coronel. Bien, que le den un par de mosquetes y algo de munición.

El capitán de guerra mescalero no puede imponer el orden desarmado. Es de cajón.

Los españoles no hablaban entre ellos mientras recorrían la corta distancia entre el presidio y Buena Esperanza. ¿Para qué? ¿Acaso merecía la pena elucubrar? La posición entera se hallaba en pie y todas las almas aguardaban en sus puestos. Si se trataba de una falsa alarma, mejor. Se ordenaría que regresaran a la cama y asunto resuelto. Y si había que dar la cara y ofrecer una respuesta

en toda regla, lo harían. Hace poco menos de un mes que nos llegó un cargamento de pólvora, de forma que podemos hacer fuego sin parar durante tres días y tres noches. Venid. Os esperamos atrincherados.

Cuando alcanzaron las inmediaciones de Buena Esperanza, escucharon la escandalera. Voces en jerga apache que, a voz en grito, expresaban Dios sabe qué deseos e intenciones. ¿Esta gente no duerme por las noches?

Entraron en el pueblo y más de un dragón acercó la mano a la empuñadura del sable. Presto para desenvainar. Y no es que todo aquello que tenían ante sus ojos diera exactamente miedo… No, no se trataba de eso. Digamos que, por expresarlo de alguna manera cabal, lo que el espectáculo les provocaba era un encogimiento en las entrañas: decenas y decenas, quizás más de un centenar, de mescaleros borrachos como cubas. Borrachos de no tenerse en pie. De no ser capaces de dar un paso sin tropezar e irse de bruces al suelo.

¿Sabes del orgullo que a los españoles se les sube a la cabeza cuando beben más de la cuenta? Pues multiplícalo por diez si se trata de apaches. Orgullo y aguardiente en las venas es la peor de las combinaciones posibles y, de esto, los mescaleros saben un rato largo. Por suerte, si el orgullo es profundo, la capacidad para empujarse aguardiente no lo es menos. El orgullo se acrecienta notablemente, tanto como disminuyen los reflejos y el equilibrio.

Menudo panorama.

—¿Quién les ha dado mezcal? —preguntó secamente Muñoz.

El teniente se volvió de inmediato hacia el coronel. Le miraba como si, en realidad, le hubiera preguntado acerca de quién se acostaba con su esposa cuando él atravesaba los muros del presidio.

—¡Nadie! —exclamó, casi escandalizado, Gauna.

—¿No les hemos dado aguardiente?

—¡Ni una gota, coronel!

La pregunta ofende. Diablos, no somos tan idiotas como para, en su primera noche, darles un par de barricas de mezcal para que

se empapen bien en él. Cosa que, por otro lado, no necesitan, pues, al parecer, conocen perfectamente la manera de abastecerse por sus propios medios.

—En ese caso, estos hijos de puta nos han robado —concluyó Muñoz.

—No le quepa duda, coronel, no le quepa duda…

—De acuerdo —añadió, tras una pausa, Muñoz—. Busquemos a Alonso. Y a Domingo Alegre. No me voy a marchar de aquí sin una explicación.

Les costó abrirse paso entre la multitud. Allí no había ni un solo mescalero sobrio y todos daban tumbos de un lado a otro. Tumbos y vivas a la oficialidad española. Gracias por mostrarnos el lado amable de la vida. Por el gozo, la calma interior y la alegría. Gracias, en suma, por el mezcal. Jamás nos dijisteis que erais capaces de destilarlo tan delicioso… El que nos dabais a nosotros no era ni la mitad de bueno. ¡Ni la mitad, coronel!

Vieron una barrica abierta y vacía en el suelo y, luego, ni medio minuto más tarde, otra.

—Son nuestras —confirmó, al reconocerlas, el teniente. Un tanto estúpidamente por su parte pues, ¿de quién iban a ser? ¿Acaso los mescaleros, de la noche a la mañana, han aprendido a destilar su propio aguardiente? Ni aunque pongan los cinco sentidos en ello durante mil años.

—Ya hablaremos luego de qué castigo reciben los que estaban de guardia y no se han percatado de que nos robaban —dijo, adoptando su característico tono cachazudo, el coronel—. Ahora, sin embargo, quiero encontrar a Alegre y zanjar el asunto del disparo.

No vamos a estar así todas las noches. No podemos permitir que, a la primera de cambio, un mescalero haga fuego y ponga al presidio en estado de completa defensa. Nosotros también tenemos vidas propias. Y queremos, en la medida de lo posible, disfrutar de ellas. O, al menos, dormir por las noches.

Dos dragones descabalgaron y comenzaron a apartar mescaleros borrachos del camino de los españoles. Sin demasiados

miramientos. Lo bueno de que no te tengas en pie es que no te tienes en pie. Te empujo con el dedo meñique y caes desplomado. Es muy humillante, sí. Lo más humillante que le puede suceder a un engreído apache. Pero, entre nosotros: mañana, cuando abras los ojos y notes que la cabeza está a punto de estallarte por el dolor, no recordarás nada de todo esto. Ni el más pequeño de los detalles.

Muñoz y Gauna se acercaron hasta una fogata encendida en mitad de una de las calles principales del pueblo y creyeron distinguir a Juan Tuerto. Fuera él o no, lo cierto es que desapareció de inmediato. Para algunos, ver las cueras españolas y esfumarse era todo uno.

Gauna sintió la tentación de enviar a un par de dragones tras la sombra, pero, ¿para qué? Limitémonos a buscar a Alegre y larguémonos cuanto antes de aquí. Huele a orín. A vómito y a heces. No llevan ni un día completo en el pueblo y ya apesta. Virgen santa, lo que nos aguarda.

Por fin, tras un buen rato de escudriñar en la penumbra, acertaron a distinguir las figuras de cuatro hombres. Erguidos, lo cual no se trataba de una insignificancia entre la turba de borrachos incapaces de mantener el equilibrio. Uno de ellos, además, le sacaba la cabeza al resto. Con holgura. Patule, sin duda. Patule el Grande. Y, como pudieron comprobar los españoles en cuanto se acercaron al grupo, Volante, Alonso y Domingo Alegre.

—Buenas noches —saludó Muñoz. Como quien no se ha dado cuenta del desastre.

—Coronel —concedió, tomando la iniciativa, el jefe Alonso. Observaban en silencio las evoluciones de los suyos. La gran borrachera con la que se habían decidido a celebrar la efeméride.

El coronel y el teniente no descabalgaron. Desde lo alto de las monturas y a la luz de las llamas de la fogata, podían distinguir los rostros de los jefes mescaleros. Suficiente.

—Gobernador Alonso —dijo Muñoz—. Hemos oído un disparo. —Alonso asintió con la cabeza. Como si el coronel se lo hubiera preguntado en lugar de reprochárselo—. Y no nos gusta que se

hagan disparos en mitad de la noche. En realidad, no nos gusta que se hagan disparos nunca.

Los mescaleros, indiferentes, observaron al coronel.

—He sido yo —intervino Domingo Alegre. Tenía el mosquete cruzado sobre el pecho, como una cincha.

—Capitán de guerra Alegre —tomó la palabra Gauna—, como afirma el coronel, no queremos que se realicen más disparos. Ninguno. Si vuelve a repetirse, te quitaremos el arma.

Alegre escuchó las palabras en silencio y apretó con fuerza sus dedos en torno al mosquete. Tendrían que cortárselos para arrebatarle su precioso tesoro.

—De acuerdo, teniente —concluyó, sin embargo. A fin de cuentas, Gauna era bien capaz de arrancarle un brazo con tal de cumplir su amenaza. Convenía ceder un poco y salvar la situación.

—¿Por qué has disparado, capitán Alegre?

El mescalero casi se encoge de hombros. ¿Por qué el sol saldrá por el este dentro de un rato? ¿Por qué el río es más caudaloso en primavera? ¿Por qué las nubes no se caen del cielo?

—Un disparo al aire —respondió—. Una mala idea.

Muñoz y Gauna comprendieron. Cuando no quedó ni una gota de mezcal en las barricas, los apaches, que eran de diferentes bandas y tan distintos los unos a los otros como un español de un holandés, se enzarzaron en disputas que, muy probablemente, acabarían en peleas. Una reyerta de esas que a nadie le gusta contemplar. Tampoco a los jefes mescaleros, que sabían del peligro que aquello comportaba: si ya desde la primera noche alborotamos mucho más de lo razonable, los tipos del presidio nos echarán de nuevo al desierto y dejarán de proporcionarnos comida gratis. Comida, caballos, mulas, cigarros y todo aquello que se nos pase por la cabeza solicitar. Dijeron todo y todo sería. Pero no si, a la primera de cambio, tensamos tanto la cuerda que se rompe.

Alegre, entonces, se dijo que algo así él sabía cómo resolverlo. Para ello era el capitán de guerra. Para ello le habían proporcionado armas y munición. Así que, resuelto como pocas veces en su vida, el

mescalero cargó el mosquete, disparó al aire y confió en que la detonación detuviera las peleas y los enfrentamientos. Un tanto ingenuamente por su parte, pues lo que había puesto en alerta a la totalidad de los habitantes del presidio no consiguió que las bandas de mescaleros ebrios se inmutaran cuanto menos un poco.

Nos sacudiremos de firme y alborotaremos hasta que no podamos con el alma. Y en eso estaban. Los jefes se limitaban a observar y a quitarse de en medio. ¿Habrían bebido de las barricas? Puede que sí, pero no lo suficiente como para que se les notara.

Miraban a los suyos desde la sombra. Con esa indolencia tan apache. Quizás se les vaya la mano y alguno salga muerto, pero así son nuestros muchachos. Valientes sin una gota de mezcal en el cuerpo. Incapaces de controlar la naturaleza de sus impulsos cuando el aguardiente te abre las entendederas.

¿Y si ponemos fin a todo esto? ¿Y si dejamos de hacer el idiota? Gauna no se anduvo por las ramas:

—Quiero que en media hora todo el mundo esté acostado.

Muñoz escuchó sus palabras y no pudo evitar sorprenderse. El mismo teniente se sorprendió. Los enviaba a la cama. Como hacían las madres con los críos de tres años en el presidio. Vamos, es tarde, a dormir todo el mundo. ¿No os dais cuenta de que hace un buen rato que ha anochecido? Todas las alimañas del desierto han salido a rondar por ahí, lo cual significa que, para los niños, ha llegado la hora de acostarse.

Dormid, amigos mescaleros. Dormid.

Los jefes apaches observaron a Gauna y no dijeron nada. Patule asintió con la cabeza, pero eso fue todo. Debía ser un buen hombre, el Grande. Nadie con ese tamaño tiene el alma negra. No sería justo, ¿verdad? Equilibrado. Razonable.

—Y quiero que algo así no se repita de nuevo.

Ahora sí, Alonso tomó la palabra:

—Nosotros tampoco, teniente.

Y era sincero. Aquello se les había ido de las manos. Tanto que, cuando se dieron cuenta de que así era, ya no podían pararlo. Los

chicos están hasta arriba de aguardiente, así que dejaremos que se les pase la borrachera. Dormirán durante un par de días y tendrán una resaca horrible durante tres más. Pero, después, todo volverá a ser igual.

Y no volveréis a robarnos mezcal, ¿verdad?

—Os daremos un poco de aguardiente junto a las raciones de comida —intervino Muñoz—. Y cigarros. Gobernador Alonso, nada de esto es necesario. —Alonso concedió con la mirada. Un gesto prácticamente inapreciable a la luz de una hoguera que ya comenzaba a menguar—. Y sobre todo —añadió el coronel—, quiero que el capitán Alegre no dispare su arma. No, sin motivo.

Se lo decía a Alonso. O al propio Alegre. ¿O era a Volante? Dios bendito, cada vez veían menos. En cinco minutos, aquello sería como el culo de un asno.

Muñoz chasqueó la lengua. Era momento de regresar al presidio. De advertir a todos los que allí se preparaban para la gran batalla, de que ya podían regresar a sus camas. Falsa alarma. Un cretino hizo un disparo al aire en Buena Esperanza. No, no hay heridos. Creemos. Se están zurrando de lo lindo, pero entre ellos. Mientras no atraviesen los lindes del pueblo, estaremos a salvo.

¿Y qué nos garantiza que no lo van a hacer? ¿Que no lo han hecho ya? El mezcal. El mezcal que nos robaron es del que ataca directamente al equilibrio. Te tomas un trago y ya notas que las paredes van y vienen. Con un solo trago. Qué no será si, en lugar de uno, son veinte… O treinta. Los que están ebrios no lograrían alcanzar los muros del presidio. Y a los que están sobrios, si es que los hay, ni se les pasará por la cabeza.

O se acaba la comida gratis.

A dormir. Lo ha ordenado el teniente.

* * *

¿Alguien recuerda que, tiempo atrás, cuando todo eran euforia y buenas intenciones, el comandante general Croix nombró soldados auxiliares a los indios mescaleros que aceptaran vivir en el pueblo apache? Soldados auxiliares del ejército español. De esos que, una vez completada la instrucción, actúan como ayudantes de los dragones. Salen en formación de a dos y cabalgan hasta que se topan con el enemigo. Los dragones forman la línea de caballería pesada y los soldados auxiliares permanecen un paso por detrás. Para rematar a todo aquel que no quede bien muerto. No es algo que suceda habitualmente cuando los dragones cargan en formación cerrada, pero, por si acaso, os quedáis atrás con el resto del equipo y remataís a los que malmueren en la batalla. Y a medida que vayáis sumando méritos, os permitiremos subir en el escalafón. Aquí necesitamos tipos que sepan mantener al enemigo a raya. Tipos a los que no les tiemble el pulso y que sepan que esta es la frontera norte de Nueva España y que como tal hay que defenderla. Uñas y dientes, que no se os olvide. Uñas y dientes. Cuando nos demostréis que sois capaces de enseñarlos y emplearlos, os permitiremos participar en la carga. Con lanzas como las nuestras. Con cueras idénticas a las que vestimos nosotros. Sables, botas, espuelas, sombreros y una navaja de afeitar con la que podrías partir en dos el aguijón de una avispa.

Mientras ese magnífico día llega, tenéis que realizar instrucción. Hasta que obedecer al sargento sea un acto reflejo. Hasta que esa mirada desafiante se borre para siempre de vuestros rostros. Cabrones apaches. Croix, sin ánimo de faltar al respeto a todo un comandante general, aquí creemos que a usted se le fue la mano. Ya, las intenciones eran buenas. Los propósitos, más. Pero, ¿se da usted cuenta de cómo nos miran?

No, porque usted vive en Chihuahua y Chihuahua está muchas leguas al sur del Río Grande.

Había transcurrido una larga semana desde la noche de la gran borrachera. Como se pronosticó, los mescaleros durmieron la mona durante largo tiempo y, después, la resaca fue de las de anotarla en

el diario del capitán. Al tercer día, más o menos, el jefe Alonso se acercó a pie hasta el presidio y solicitó del teniente Gauna que algunos sumas se acercaran con cubos de madera hasta Buena Esperanza. Es que olía muy mal. Mal, incluso para los apaches. El teniente estuvo tentado de ir y comprobarlo por sí mismo pero, ¿hacía falta? Olería a vómito seco, a orines y a heces.

—¿Para qué quieres los sumas, gobernador? —preguntó Gauna.

—Con cubos de madera —respondió Alonso.

A veces, resultaba agotador conversar con los mescaleros. Y uno entendía que tuvieran problemas con el idioma. Cómo no hacerlo… Pero no, no se trataba de eso. Se trataba de que tú te interesabas por el estado de los caballos y ellos te respondían que no llovía hacía un mes. Hasta mano izquierda Muñoz solía acabar perdiendo la paciencia.

—¿Para qué los sumas? —repitió, silabeando a conciencia, el teniente.

—Hay que baldear.

Comprendido. Porque siempre, tarde o temprano, comprendías. Atabas cabos y caías en la cuenta. Huele a rayos y hasta a ellos les parece molesto. Alguien debería ir y ocuparse de aquel hedor.

—Os daremos los cubos —dijo Gauna—. Y vosotros mismos os ocuparéis de limpiarlo todo.

—Cubos —repitió Alonso. A veces, a Gauna le daba por pensar si este hombre no sufriría de cierto retardo…

—Exacto, cubos. Hay unos cuantos en algún almacén. Os los damos y os ponéis a baldear ahora mismo. El río trae buen caudal, de manera que en vuestra acequia habrá agua de sobra.

En la acequia que hemos construido para vosotros.

—Queremos sumas —dijo Alonso.

Aquí, en El Norte, estamos acostumbrados a que cada cual se limpie su mierda. Resulta algo elemental. Al final, procuras no ensuciar demasiado. Y lo haces porque sabes que no habrá nadie que se ocupe de limpiarlo por ti. Solo el capitán y el coronel

disponen de asistentes. El resto, Gauna incluido, se encarga de lo suyo por sus propios medios.

—Sumas.

¿Y ahora qué? El teniente podría llamar a Muñoz y endosarle la responsabilidad de decidir. A fin de cuentas, el coronel estaba allí solo por aquel motivo. Paz con los mescaleros; paz a cualquier precio.

Le daría los indios sumas. ¿Que solicitan media docena? Les enviamos diez. ¿Que piden cubos de madera? Los equipamos con palas y rastrillos para que lo dejen todo como el primer día.

—De acuerdo —concedió Gauna—. Os enviaré a cuatro sumas. Pero solo por esta vez, gobernador Alonso. El presidio no se puede permitir un gasto semejante. Tenéis que aprender a realizar las cosas por vosotros mismos. Y a ganaros el alimento que os lleváis a la boca.

Por cierto:

—Ayer no hubo raciones —dijo Alonso en tono que al teniente le pareció de queja. De exigencia ligeramente impertinente.

—¿Ah, no?

Lo cierto era que Gauna no tenía idea alguna respecto a aquello. Él no se ocupaba personalmente de los asuntos de intendencia, aunque algo había escuchado en torno a una caravana de suministros que llegaba con retraso desde el sur.

—No, no hay raciones —dijo Alonso—. Y queremos las raciones. Tenemos hambre.

Sin medias tintas. Al grano. Mejor, así sabemos de qué pie cojea cada cual. Tras la borrachera, y una vez que el estómago se ha asentado un poco, te entra el apetito, ¿sí? Oh, y entonces caes en la cuenta de que esos ineptos españoles no nos han traído las raciones de hoy. ¡Protesta! No se puede tolerar que el pueblo mescalero realice enormes sacrificios en pos del mutuo entendimiento para, después, comprobar que los españoles son incapaces de atenerse a la palabra dada. Así no vamos a ningún lugar, teniente. Sépalo.

Gauna se pasó la mano por el pelo. Blanco, lacio, grueso, demasiado largo. Se le quedó de punta sin que él se diera cuenta y, acto seguido, se sorbió los mocos.

—De acuerdo —dijo.

Porque esa y no otra era la única respuesta posible. Tú ganas, jefe Alonso, y me temo que lo sabes. Sabes que no vamos a negarte nada de lo que pidas. Lo sabes y, por ello, tan siquiera te molestas en disimular. Quiero que unos cuantos indios sumas corran hasta Buena Esperanza y lo limpien todo de arriba abajo. Calles, casas, muros y hasta la última esquina donde el último de los nuestros vomitó las entrañas. Y quiero la maldita comida prometida. Ahora.

—Enviaré a varios sumas dentro de una hora. Y me ocuparé del asunto de los víveres. No sé qué diablos ha podido suceder…

—Gracias, teniente.

Por lo menos, Alonso era agradecido. Al modo en el que engrasas la rueda de una carreta: reconozco el esfuerzo que realiza, teniente, pero estese bien seguro de que mañana volveré y pediré un poco más.

Porque ambos sabemos que así funciona aquí todo, ¿no? Los mescaleros piden y los españoles dan. Y la paz, mientras tanto, prospera.

Salvo que…

—Gobernador Alonso —dijo Gauna, deteniendo al apache, que ya daba media vuelta para regresar a Buena Esperanza.

—Teniente…

—Un día de estos, daremos comienzo la instrucción.

Como el que oye llover.

—La instrucción militar —aclaró Gauna—. El comandante general Croix lo dejó bien claro. De ahora en adelante, los mescaleros varones en edad de servir, pasarán a formar parte del ejército español en calidad de soldados auxiliares.

Alonso le miró. Sí, recordaba aquello. Con tanta intensidad como deseaba que los españoles lo hubieran olvidado. ¿Croix no era de esa clase de hombres a los que se les calienta la boca en los

momentos importantes? Dijo lo que dijo, pero como podía haber dicho lo contrario…

Soldados auxiliares del ejército. Y esto era algo a lo que Gauna no pensaba renunciar. Hacemos la vista gorda si nos robáis dos barricas de aguardiente. No protestamos cuando se dispara al aire y se pone en estado alerta al presidio al completo. Y tragamos bilis al enterarnos de que la limpieza del desastre ha de correr por nuestra parte. Bien, así sea. La paz y la convivencia son lo primero. Amistad a raudales.

Pero vosotros recibís instrucción militar sí o sí. Gauna empeña su honor de oficial en ello.

—Pero teniente… —intentó protestar Alonso.

—Gobernador —adoptó Gauna un tono solemne. Ya no era por el mescalero; era por su propia dignidad de hombre y de soldado—, en seis días damos comienzo la instrucción. En la explanada norte del presidio. Junto al muro más cercano al portón de acceso.

Resulta tranquilizador que un vigía armado lo tenga todo a tiro de mosquete. No porque pensemos abrir fuego, por Dios que no. Pero tranquiliza. Esa es la verdad.

Alonso se revolvería durante un rato más. ¿Ponerlos a trabajar?

—Tendré que consultarlo con el capitán de guerra —dijo.

—El jefe Domingo Alegre estará de acuerdo conmigo, gobernador Alonso.

Después de lo del tiro al aire, como para no estarlo. Se lo debía y Gauna sabía que alguien como Alegre no se la jugaría. No en algo así.

—Los hombres no se han adaptado.

—Me importa un carajo. Instrucción militar en seis días. Quiero que aprendáis a montar utilizando sillas españolas. Quiero que manejéis la lanza y los sables. Y quiero que algunos de vosotros se conviertan en buenos tiradores.

Ya elegiría él mismo, en persona, a quién le daba un mosquete y a quién no. Porque si algo tenía claro el teniente era que no se podían repartir armas de fuego sin control. Es verdad que bastaba

con racionar convenientemente la munición para que los mosquetes quedaran convertidos en palos inútiles, pero aun así: mescalero armado, mescalero peligroso.

Alonso dudó durante unos segundos. Suficientes como para que Gauna se diera cuenta. ¡Bien! Si dudas es porque todavía nos queda un resquicio de autoridad. Porque todavía te tomas en serio nuestra capacidad de volvernos atrás. ¿Lo vas a echar todo a perder, Alonso?

—Los sumas estarán listos dentro de un rato. —¿Prefieres montar a caballo sobre silla española o limpiar vómitos y orines?—. Creo que disponemos de diez o doce cubos grandes de madera. Por alguna parte han de estar…

¿Cultivar los maizales o asir al viento un magnífico sable español?

Alonso contestó sosteniéndole la mirada a Gauna. Cincuenta y cuatro largos y cansados años en el cuerpo, las cejas espesándosele por momentos y el semblante para pocas bromas. Pero aún no ha nacido el mescalero que le haga bajar los ojos al teniente Gauna. Hasta ahí llegamos. Y cumplimos.

—De acuerdo, teniente.

—Que no se te olvide, gobernador Alonso —insistió Gauna.

—No, teniente.

—O tendremos problemas.

—Sí, teniente. —Demasiado para el orgullo del jefe mescalero. Por eso, agregó—: Queremos las raciones ya. Tenemos hambre.

—Las tendrás.

Gauna tomó aire y lo soltó muy despacio mientras observaba cómo Alonso daba media vuelta y, ahora sí, emprendía camino hacia Buena Esperanza. Los españoles cedían y los mescaleros también. Todos estaban poniendo algo de su parte. ¿Acaso Muñoz tendría razón? Gauna era escéptico al respecto, pero lo que no podía negar era que la negociación no había ido mal del todo.

¿O sí? De momento, le tocaba poner en marcha a los sumas. Caminar hasta la capitanía y comunicarle a Herrán los nuevos y extraordinarios gastos. En la cuenta de lo que nos adeuda

Chihuahua, que no es precisamente pequeña. Después, tendría que investigar por qué demonios los mescaleros no estaban recibiendo los víveres prometidos. Todos sabían que esta y no otra era la principal razón por la que habían accedido a asentarse en Buena Esperanza. Tontos no somos y, aunque no vayamos a ponerlo por escrito en uno de los informes que regularmente se envían a Chihuahua, aquí sabemos que el día en el que el abastecimiento cese, será un día complicado. De los que, de viejo, recuerdas como si fueran ayer.

—¿Y esas raciones? —gritó el teniente, hastiado, dirigiéndose a uno de los civiles que trabajaba en la intendencia—. ¿Es que tengo que ocuparme yo de todo o qué cojones?

* * *

Llegaron el día y la hora. Los dragones, los caballos, las armas, dos cabos, un teniente y un coronel. Todos en la explanada norte del presidio. Todos aguardando que los mescaleros hicieran acto de presencia. Comenzamos la instrucción militar. Sí, aquí y ahora. Daos cuenta de lo relevante del momento: hoy comenzáis a ser de los nuestros; españoles, ¿comprendéis? Vais a servir en el mejor y más poderoso ejército sobre la faz del mundo. ¿Que no os lo parece? Eso es porque no tenéis ni la más remota idea de qué es España. De dónde empieza y dónde acaba. ¿Chihuahua? ¿Sonora? Por el amor de Dios, ¡no! Somos tan grandes y poderosos que ni haciendo un gran esfuerzo durante cien vidas seguidas podríais imaginarnos en nuestra auténtica plenitud. España os rebasa. Os desborda. Su propio sueño resulta inasible para vosotros.

Pobres diablos sin más historia que el presente.

Y, sin embargo, quedáis formalmente invitados. A ser españoles. A ser de los nuestros. El comandante general así lo ha estipulado. Que todos los apaches que a nosotros en paz se acerquen, sean admitidos. Admitidos, protegidos y enseñados. No os faltará trabajo.

Ningún hombre con dos brazos, dos ojos y dos piernas será excluido del ejército. Sois, lo sabéis, soldados auxiliares.

O, para ser más exactos, lo seréis en el preciso instante en el que el período de formación se complete. No nos llevará demasiado tiempo. De verdad. A fin de cuentas, sois bravos guerreros, ¿no es así? Bien, pues de lo que ahora se trata es de enderezar la senda torcida. Ya no atacaréis sin orden ni concierto. Ya no aullaréis como alimañas. Ya no os ensañaréis con el enemigo ni tomaréis esclavos. De hecho, ni siquiera atacaréis si antes no sentís el peligro.

Nosotros, los españoles, no robamos nada a nadie. Vivimos de nuestro honrado trabajo y es misión de los soldados proteger ese estilo de vida. El que vais a adoptar. Todos juntos. Todos a una. Todos españoles.

—¡Teniente! —gritó Muñoz, erguido en lo alto de su caballo.

—¿Coronel? —se le acercó Gauna. Se sabía la pregunta antes de que el coronel la formulase.

¿Y esa caterva de hijos de perra? ¿No era hoy el día? ¿No es esta la hora? ¿Nos hallamos en el lugar convenido? La explanada norte del presidio de El Norte. No tiene pérdida.

—¿Dónde están Alonso y los suyos? —preguntó Muñoz. Se había afeitado no hacía ni media hora y su papada brillaba, reluciente, al tenue sol de la mañana.

—Debe de estar a punto de llegar, coronel.

—¿Está usted seguro de que Alonso conoce el día y la hora de nuestra cita?

—Sí, coronel. Las conoce.

Ahora es cuando vamos, entramos al galope en Buena Esperanza y nuestros dragones acaban con todo. Arrasan las casas, matan a las mujeres y degüellan hasta al último de los guerreros. Malditos bastardos, no hacéis otra cosa que tomarnos el pelo. Estamos, al menos el teniente Gauna lo está, hartos de vosotros. Hartos, pero de verdad.

—En ese caso —dice el coronel—, envíe a dos dragones al pueblo apache. Que se interesen por la situación.

—A sus órdenes, coronel.

La situación es la siguiente. La sabemos sin enviar dragones ni nada que se le parezca: Alonso no va venir porque a Alonso le importa menos que cero todo este asunto del ejército español y los soldados auxiliares. ¿Pero de verdad que alguien en su sano juicio puede creer que aquí terminaremos por alistar a mescaleros? ¿Cree alguien que cabalgarán sobre sillas españolas, asiendo riendas españolas y vistiendo cueras españolas? Si alguien lo cree, es que se trata de un auténtico idiota. Dicho sea esto con el debido respeto a la figura del comandante general Croix.

Tras el teniente y el coronel, formaba, a caballo, una veintena de dragones. Casi la mitad de la guarnición. El maestro armero había acudido, el capellán también y una docena de muchachos jóvenes se hallaban preparados para asistir a los soldados en la formación de los apaches. Que si llevad esos mosquetes hasta allí; que si ocupaos de que las cinchas de las monturas se hallen correctamente apretadas; que si ya va siendo hora de que aprendáis a mantener la pólvora en sitio seco. Etcétera. La mayor parte de estos chicos aspira a ingresar, más pronto que tarde, en las filas del ejército. Sus padres no lo ven con buenos ojos, pues los necesitan en los ranchos y en las granjas, pero los muchachos, y más a esta edad, resultan testarudos: papá, yo me alisto. En fin.

Que se interesen por la situación, teniente.

Y la verdad sea dicha, los mescaleros no habían dado problemas en los últimos días. O, por decirlo más exactamente: no habían dado, tan siquiera, señales de vida. Un par de hombres cargaban tres o cuatro mulas a primera hora de la mañana con las provisiones y cubrían el escaso trayecto entre el presidio y Buena Esperanza. Ni tiempo suficiente para que a las mulas les diera tiempo a rezongar. Una vez allí, las descargaban y regresaban de vacío. El teniente se interesaba: ¿y? Nada que merezca especial mención. Están. Esto es todo. Están.

Engordando día a día. Sin prisa y sin pausa. Comida española a la tripa y, tras saciarse convenientemente, a dormitar el resto de la

jornada.

Era lo que queríamos, ¿no, Muñoz? La paz que los estómagos agradecidos traen. Pues aquí está todo saliendo como lo teníamos planeado, Muñoz. Todo a pedir de boca, Muñoz. Es usted un estratega de los que ya no quedan. Lo ascienden a la primera de cambio, verá.

Gauna se volvió y dio una orden sin levantar mucho la voz. Dos dragones chasquearon la lengua y pusieron sus caballos a un trote lento. En dirección al pueblo apache. Que se interesen por la situación.

Quizás no nos entendimos y ellos creen que el encuentro está concertado para otro día. O han caído enfermos. O tienen problemas para convencer a los miembros más díscolos de las bandas de Bigotes y Tuerto. Lo miremos como lo miremos, estos mescaleros no han acabado de aceptar el hecho de que ahora deben permanecer aquí. De que terminarán convirtiéndose en españoles lo quieran o no.

O quizás, simplemente, no les da la real gana de venir. Y no ya a las bandas de Bigotes y Tuerto; al resto, a todos, a las gentes de los que no están a mal con nosotros: Alonso, Domingo Alegre, Volante y Patule. Existe cordialidad. Existe predisposición a la convivencia. Se aceptan con gusto todos y cada uno de los presentes y regalos que los españoles tengan a bien ofrecer. Pero ¿trabajar? ¿De firme? ¿Todos los días de la semana?

Mientras los dos dragones se alejaban a caballo, el resto aguardó en silencio. Un silencio un tanto molesto y embarazoso. Muñoz tenía la mirada fija en el frente y no la movía de allí en razón de sus galones. ¿Alguien se imagina a todo un coronel echando la vista atrás y arqueando las cejas? No, hay que aguantar como sea. Mirada al frente y que Dios disponga. Y que disponga rápido, porque pronto el sol comenzará a apretar y nos hemos enfundado el uniforme completo, cueras incluidas.

Unos veinte minutos después, los dos dragones regresaron. Uno de ellos señaló, con el dedo gordo de la mano izquierda, hacia atrás.

Ya vienen. Nos ha costado un poco convencerles, pero hemos logrado reunir un pequeño grupo.

Muñoz y Gauna, cada uno por su lado, entornaron los ojos para ver con mayor claridad. ¿Un grupo? Sí, cierto, varios hombres se acercaban caminando. No más de diez o doce. Quince, a lo sumo.

Esperábamos no menos de cien. Cien guerreros a los que formar en las artes de la batalla tal y como los españoles la entienden. Una ocasión maravillosa para acceder a miles de años de historia y conocimiento. Pertenecemos a la civilización más avanzada del mundo. Nuestras armas son las más poderosas y nuestras tácticas las más inteligentes. Y vamos a enseñároslo todo con pelos y señales. Venid a cientos. No seáis cretinos y acudid a nosotros porque lo que de nosotros aprenderéis carece de precio.

Catorce hombres, cinco de ellos demasiado viejos para participar en una carga de caballería pesada. Es todo lo que los mescaleros estaban dispuestos a ofrecer.

Ya es un comienzo. Bien, respiremos hondo. Menos es nada.

—Teniente —dijo Muñoz cuando los apaches se hallaron a unos veinte pasos de distancia.

—¿Coronel?

—Dispóngalo todo. Que comience la instrucción.

—A sus órdenes, coronel.

¿Y qué hacemos con la veintena de dragones uniformados y a caballo que se hallan tras nosotros? ¿No cree que resulta excesivo? ¿Y el armero? ¿Y el capellán? ¿Los enviamos a todos de vuelta al interior del presidio?

Al capellán no. Ya que está aquí, que bendiga a esos desgraciados. Falta les hará.

Dicho lo cual, el coronel Muñoz clavó ligeramente las espuelas en su montura y la puso al trote. En dirección a Buena Esperanza.

Iría solo. Sin escolta ni ayuda de nadie. Alguien le debía una explicación.

* * *

Alonso. Él era el tipo. Ser gobernador no es algo que únicamente sirva para quedarte con la mejor casa del pueblo. No, ser gobernador significa estar al mando. Y, por lo tanto, responder de forma adecuada a los requerimientos de la oficialidad española. ¿Es algo que necesite ser explicado con detalle? Alonso será muchas cosas, pero no es idiota. Y Muñoz, a estas alturas, no lo duda.

Le iría con quién sabe qué cuentos. A los mescaleros siempre les suceden cosas. Cosas extraordinarias que les impiden actuar como se espera de ellos. El coronel estaba preparado para escucharlas pacientemente. Acudiría, descabalgaría, saludaría con respeto al jefe Alonso y contemplaría la indiferencia con la que el mescalero le explicaba los motivos por los que no le había dado la gana acudir a la explanada. ¿Instrucción militar? No hemos dicho que nos neguemos a recibirla. En cuanto al momento adecuado para ello…

Sin embargo, lo que Muñoz se encontró cuando llegó a Buena Esperanza fue algo que no se esperaba: un jefe Alonso con el semblante cruzado por la inquietud. ¿Miedo? No, los mescaleros no experimentan miedo. O no al modo en el que los españoles lo sienten. Pero sí algo similar a la desazón. Una desazón honda e intensa que, desde luego, a aquel hombre le estaba carcomiendo por dentro.

Un guerrero de la banda de Alonso, ese al que, Dios sabe por qué, conocían con el nombre de Marinero, sujetó al caballo del coronel por las riendas y lo mantuvo quieto mientras Muñoz echaba pie a tierra.

—Gobernador Alonso, te esperábamos…

—Lo siento —respondió el mescalero.

¿Así? ¿De buenas a primeras una disculpa? En verdad que algo sucedía. Algo grave.

—Pero tengo problemas —añadió.

Muñoz se dio cuenta de que se refería al pueblo en general, pero también a él en particular. Alguien en Buena Esperanza cuestionaba su autoridad.

—Hay jefes que no están conformes con las reparticiones —dijo Alonso.

—¿De la comida? —se extrañó Muñoz—. Enviamos suficientes raciones para que nadie se quede sin alimentos.

—De la comida, de las casas, de las tierras…

—Vosotros no tenéis tierras.

Muñoz no había terminado de decir esto cuando se dio cuenta de que Alonso y el resto de los jefes ya habían comenzado a repartirse los terrenos adyacentes. Es lo que sucede cuando eres ambicioso y no tienes nada mejor que hacer en todo el día. Como si los viera: los seis jefes sentados a las puertas de Buena Esperanza y discutiendo en torno al modo en el que se repartirían aquello que tenían frente a ellos.

—Hay jefes descontentos con el reparto —insistió Alonso.

Pero se podía ahorrar la segunda parte. Hay jefes descontentos, es todo. Con el reparto o con lo que sea, pero descontentos a fin de cuentas. ¿Motivos? Los absurdos motivos que siempre empujaban a los apaches a hacer esto o lo otro. Sin sentido alguno para cualquiera que tuviera dos dedos de frente, pero poderosísimos para los mescaleros que se enorgullecen de serlo.

Muñoz, lo que dice Alonso es cierto: problemas.

—Vamos a ver —trató de razonar el coronel—, vosotros no tenéis tierras, de manera que no puede existir injusticia alguna en su reparto. No las tenéis y, de momento, no las vais a tener. Todo lo que nos rodea es propiedad, bien del presidio, bien de los rancheros. ¿Estamos de acuerdo en esto?

Alonso asintió. El tono firme de Muñoz y su propio desconcierto habían logrado que bajara la guardia.

—En cuanto a las casas de Buena Esperanza, son todas más o menos iguales. Las construimos así precisamente para evitar rencillas y envidias. Algunas están más cerca de la acequia y otras están más lejos, pero no creo que sea para tanto. ¿Sabes qué distancia hay desde mi casa hasta la capitanía? ¿No lo sabes? Pues mis pies sí, ya que la han de recorrer varias veces al día. Y mira mis galones: soy el coronel; un coronel en un lugar donde jamás nadie ha visto a uno con sus propios ojos.

Muñoz hizo una pausa y miró a Marinero, el cual escuchaba con suma atención cada una de las palabras que el coronel pronunciaba. ¿Pero qué clase de imbécil puede llamar así a un mescalero en pleno Río Grande?

—Y si hablamos de las raciones —continuó Muñoz—, tengo que advertirte de que hay lo que hay. No vamos a negociar nada más, ¿de acuerdo, gobernador Alonso? Os damos comida más que suficiente. No deberíais exigir más.

—No queremos más comida —dijo Alonso.

—En ese caso, ¿cuál es el problema? Dímelo, porque yo no lo veo por ninguna parte.

—Algunos jefes no están conformes con las reparticiones.

Volvían al punto de partida. ¿Cuándo aprendería el coronel a no enfrascarse en arduas discusiones con los mescaleros? ¿Acaso no llevaba suficiente tiempo en El Norte como para comprender que todas las argumentaciones eran, siempre, circulares? Digas lo que digas, expliques lo que expliques, ellos te escucharán con atención y regresarán al punto de partida.

—¿Qué jefes? —espetó Muñoz con cierta brusquedad. Su mano izquierda se le atoraba por momentos.

Alonso vaciló un poco. ¿Se iba a ir de la lengua? ¿Delatar a los que, entre los suyos, estaban dando problemas? Sí, claro. ¿Por qué no?

—Los que llamáis Tuerto y Bigotes.

¿Acaso tenía el coronel a otros en mente?

—Joder… —dijo, por lo bajo, Muñoz. Después, miró fijamente a Alonso y recuperó su tono de firmeza—: ¿Qué pasa con ellos?

—Dicen que yo no soy el gobernador.

—Tú eres el gobernador.

—Eso les digo yo. Que soy el gobernador. Pero ellos lo niegan.

—Tú eres el gobernador porque yo digo que eres el gobernador. Debería bastarles.

—Pues no les basta.

—Diles de mi parte, de parte del coronel Muñoz, que si no respetan tu autoridad, es como si no respetaran la mía.

Alonso se mordió el labio inferior. Sí, seguro que una amenaza tan poderosa intimida definitivamente a Bigotes y a Tuerto. Será decirles que el coronel lo manda y ponerse, de inmediato, a las órdenes de Alonso. Todo uno.

Con las divisiones entre las bandas apaches no contaban.

Cuando los mescaleros tenían hambre, se odiaban entre sí. Ahora que tienen los estómagos llenos, siguen odiándose entre sí. ¿Pero qué clase de gente es esta?

—Diles —concluyó el coronel— que obedezcan o que se atengan a las consecuencias.

* * *

Es lo que sucede cuando introduces demasiados coyotes en una misma guarida: que comienzan a lanzarse mordiscos entre ellos. ¿Acaso no lo habíais previsto? Parece mentira que llevéis media vida en el Río Grande. Los coyotes, de dos en dos. Toma un macho, toma una hembra y asegúrate de que son macho y hembra pues, de lo contrario, habrá dificultades.

De las grandes.

¿Y ahora qué, Muñoz? Ráscate la papada cuanto quieras, porque esto tiene visos de ir a peor. Croix dijo que Alonso y Alegre tomaban el mando de los mescaleros y a todos nos pareció bien.

¿Por qué no iba a parecérnoslo? De todos los mescaleros que conocemos, ellos dos son los más razonables. Razonables dentro de lo que un apache puede serlo. Pero sí, digamos que confiábamos en ellos. No ciegamente, desde luego, pero lo suficiente como para darles el mando y respirar tranquilos. No nos la liarán parda. No, di que no.

Pero, ¿y el resto? No lo pensamos a fondo. Hay que reconocerlo porque así es. Ninguno de nosotros barajó la posibilidad de que unos hijos de perra que sabemos que lo son se comporten como tales. Dios, qué ingenuos somos en ocasiones… Tú también, Muñoz. La mano izquierda que te caracteriza nos abre algunos caminos. Pero nos cierra otros. No existe ninguna forma correcta de actuar. Existen modos de proceder y los ponemos en marcha, uno detrás de otro, en la confianza de que alguno de ellos prospere. No siempre ha de salirnos todo mal, ¿no?

Pues metimos más de dos coyotes en la misma guarida. En aquel momento, nos pareció una buena idea. Ahora, con el tiempo, nos hemos dado cuenta de que no. De que quizás deberíamos haber procedido de forma más conservadora. Reúne a todos los mescaleros del Río Grande y enciérralos en un pueblo. Verás cómo en dos o tres años los encuentras cultivando maíz y cuidando de un rebaño de ovejas. ¿Por qué no tendría que ser así? Vamos a ayudarles a conseguirlo. Vamos a hacer por ellos lo que jamás hemos hecho por nadie. Tenemos dinero. Tenemos tierras. Tenemos recursos. Y sabemos que a todos, a todos y cada uno de los que habitamos estas riberas, nos conviene la paz. ¿Por qué no tendríamos que haberlo intentado?

Porque los coyotes se lanzan dentelladas a la primera de cambio. A nosotros, entre ellos, al enemigo común… ¿Qué más da? Sucede, es todo. Sucede.

Y ahora hay catorce mescaleros, cinco de ellos demasiado viejos, realizando instrucción militar con los dragones del presidio. Es lo que tienes, Muñoz. Piénsalo. ¿Notas cómo todo se detiene en torno a ti? Como estatuas de sal. Como acontecimientos que no

terminan de precipitarse. Casi lo logras, coronel. Ha estado muy cerca. Mucho. Al alcance de la mano. Pero no, catorce mescaleros aprendiendo el modo de servir en el ejército como soldados auxiliares no es algo de lo que puedas sentirte orgulloso. Ni siquiera vas a consignarlo en un informe, ¿verdad? Nadie te lo reprocha. Serías el hazmerreír de todo Chihuahua. Enviamos a Muñoz a El Norte y le dimos total libertad de acción. Disposición absoluta sobre nuestros recursos. Existe un plan, un plan que solucionará, de un plumazo, lo que tantos quebraderos de cabeza nos causa: apaciguamos a los apaches, convertimos la frontera norte en un lugar seguro y, de paso, armamos una gran fuerza de combate para cuando los enemigos del noreste lleguen. Los ingleses, los franceses, los comanches. Sean quienes sean, llegarán. Y tendremos que estar preparados para hacerles frente.

Soñad con una caballería apache perfectamente organizada, entrenada y pertrechada. Llevan cueras españolas porque son españoles y en el nombre de España luchan. Les hemos bordado nuestros escudos en el pecho. Se han cortado el cabello al estilo español y se encasquetan sombreros de ala ancha y pluma. Miran con esa mirada de rabia indeleble, pero son de los nuestros. Y se baten tan bravamente que alguien debería ir pensando en otorgarles unas cuantas condecoraciones. Soñad con una caballería apache que arrasa todo a su paso.

Sueña, Muñoz, pues es todo lo que ahora te queda.

Había sido taxativo con Alonso: diles a Bigotes y a Tuerto que no se anden con tonterías. Él era un tipo tranquilo, pero no le temblaría el pulso con los mescaleros que le dieran problemas. ¿Y? ¿Harían caso Bigotes y Tuerto a Alonso? ¿Serviría de algo su advertencia? ¿Respetarían, de ahora en adelante, la autoridad con la que los españoles habían investido a Alonso?

Muñoz pensó que lo mejor era no precipitarse. Ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Quizás aún se hallaban a tiempo de que todo se encauzara. Buena Esperanza no estaba mal del todo. Muchos granjeros españoles darían un brazo para que alguien les

ofreciera algo semejante: casa, comida y ningún apremio para que te ganes la vida por ti mismo. Ser un bastardo que siempre causa complicaciones, a la larga, tiene sus beneficios.

Pero paz. Queremos paz y, para lograrlo, tragaremos con lo que sea necesario.

¿Harán lo propio Bigotes y Tuerto?

* * *

Pronto se dieron cuenta de que la instrucción militar de los mescaleros les llevaría más tiempo del previsto. Y no es que los guerreros no pusieran empeño… No, al contrario. De los catorce que inicialmente acudieron, solo uno desistió. El resto continuó y siete u ocho más se les sumaron en los tres días siguientes. Ibas, montabas en un caballo ensillado y te enseñaban a utilizar la lanza y el sable españoles. Y, al finalizar el adiestramiento, llegaba un cabo con un aliento que tiraba de espaldas y te daba un trago de mezcal y un cigarro entero. Para ti solo.

Era divertido y abría el apetito, así que cada día eran más los guerreros que se animaban a hacer acto de presencia. Ninguno perteneciente a las bandas de Bigotes y Tuerto, desde luego, pero sí de las otras cuatro restantes. ¡Y te dan cigarros a estrenar!

Pero, a pesar de los esfuerzos que todos hacían para que aquello resultara, los mescaleros no avanzaban. Sí, se mantenían en equilibrio sobre las sillas de montar españolas. Esto, a pesar de que muchos de ellos protestaran por la incomodidad que les suponía, lo hacían de maravilla. Y sí, se las apañaban con las lanzas y los sables. Algunos insistían en asir estos últimos al modo en el que los apaches empuñaban los machetes indios, pero pronto se acostumbraron a hacerlo de la forma correcta.

Y, sin embargo, algo no funcionaba. Intentaron que cabalgaran juntos. Juntos en algo similar a una formación de ataque. Mi rodilla contra tu rodilla. Nuestras lanzas apuntando en la misma dirección.

Los caballos galopando al unísono y sin desviarse, ninguno, de la ruta trazada.

No lo lograron. Por mucho que lo intentaron, no lo lograron.

—Es cuestión de insistir —dijo el teniente Gauna, viendo cómo los cabos instructores se desesperaban y le lanzaban una mirada de interrogación. ¿De verdad que tenemos que pasar por esto, teniente?—. ¡Continuad! ¡Que practiquen una y otra vez!

En la confianza de que, tarde o temprano, lo hagan bien. Si hasta el más zopenco de los soldados españoles ha sido capaz de aprender a atacar en formación, los apaches también pueden lograrlo. ¿Qué tiene un español en las venas que no tenga un apache?

Di que la pregunta puede formularse al revés: ¿qué llevan los apaches en las venas que les impide asemejarse a los españoles?

Algo. Algo a lo que ninguno puede poner nombre, pero que todos conocen. Está ahí, vaya que sí está. Dentro de ellos. En mitad de su pecho y recorriéndole hasta el último recoveco de sus cuerpos flacos. Les miras a los ojos, les sostienes la mirada durante unos segundos y caes en la cuenta de que no se ha ido. Es lo que les hace apaches. Lo que los diferencia del resto del mundo. ¿Ira? ¿Rabia? ¿Violencia? No, nada de eso. Un apache puede sentarse a tu lado durante años sin que se le pase por la cabeza hacerte daño. Respetará tu hacienda, respetará tu ganado y respetará a tu esposa y a tus hijas. Y no mentirá si afirma que se conduce de buena fe. Los apaches somos buena gente. De verdad. No hacemos daño a los españoles. En el pasado quizás sí, pero ahora hemos comprendido que nuestro proceder estuvo errado.

Y tú, mientras te lo cuenta, ves eso dentro de sus ojos. Muy dentro, muy apaciguado, muy tenue. Pero está. Y no es ira, no es rabia y no es violencia. Es la suma de todo y nada al mismo tiempo. Es algo que les pertenece en exclusiva y que ni en un millón de años podríamos descifrar. No obstante, tememos esa mirada. La tememos porque sabemos qué persiste detrás. Ser perro viejo en estas tierras te otorga perspectiva. Una perspectiva maravillosa.

Vinieron más mescaleros y dijeron que querían hacer instrucción. Que les dieran el mezcal y los cigarros y que se ponían a ello de inmediato. Gauna les explicó que el procedimiento no funcionaba exactamente así. Primero, que sudaran un rato. Que se alinearan al sol y que aprendieran a empuñar el arma. Cuidado: estás ante un arma española; no la sostengas como un salvaje. Por el amor de Dios, ¡no! Esto no es un machete emplumado, maldito tarado. Honor. Pon honor y gallardía en todo lo que haces. ¿Quieres convertirte en un soldado auxiliar del ejército español? ¿Quieres servir a España? ¿Quieres dar hasta la última gota de tu sangre por el rey? Pues haz el favor de erguir la espalda y sujetar el sable como es debido. Y sí, te daremos el puto cigarro de los cojones.

Más mezcal, cabo. A los que hoy han venido por primera vez, lléneles el vaso más que al resto. Con cuidado para que el resto no se dé cuenta. Sí, que se vayan con la tripa caliente y el ánimo encendido. Los queremos aquí mañana. Y les daremos más aguardiente. Y les daremos cigarros y todo lo que nos pidan.

Tras los primeros días, Muñoz ordenó a Gauna que hiciera un censo de los mescaleros que acudían regularmente a recibir instrucción. Quiénes son, qué edad tienen y a qué banda pertenecen. Cuál es el jefe al que obedecen. Nos importa mucho conocer esto último. ¿Habrá hombres de Bigotes y de Tuerto entre los que están recibiendo instrucción militar? Míralos, hay algunos que ya desenvainan sin que te den ganas de apartar la mirada. No es que lo borden, todo sea dicho, pero se están esmerando. Lo lograrán.

¿Y bien? ¿Ninguno de las bandas de Bigotes y Tuerto? Lo sospechábamos.

Muñoz sabía ser taxativo. Mucho. Y lo había sido con el jefe Alonso. Diles a esos dos que se anden con cuidado. A buenas, lo que quieran. Podéis comprobarlo todos los días. Pero a malas… A malas va a ser terrible. Palabra de mano izquierda Muñoz. Y la palabra de un coronel la llevamos a misa.

Hazlo. El caso es que el 2 de febrero de 1780, el teniente Gauna, tras una inspección a fondo de Buena Esperanza, regresó al presidio e informó oficialmente a Muñoz.

—Coronel.

—¿Teniente?

Estamos jodidos.

—Bigotes y Juan Tuerto han abandonado Buena Esperanza junto a sus bandas. No queda ni uno de ellos.

—¿Cuándo ha sido?

Muñoz se mantenía cachazudo. Un coronel no pierde jamás los nervios cuando está siendo informado por un subordinado.

—Esta noche, creemos.

—¿Creen, teniente?

—Es lo que el jefe Alonso me ha comunicado.

—Pero usted no se fía demasiado del jefe Alonso.

¿Lo haría usted, coronel? ¿Lo hace usted? Nos fiamos tanto como un español puede llegar a fiarse de un apache. Sí, digamos que sí. Que no nos está mintiendo. Que ha sido esta noche cuando Bigotes y Tuerto han abandonado Buena Esperanza.

—Con sus bandas…

—Hasta el último integrante.

—Más de cien personas…

—Más de cien personas. Guerreros, mujeres, niños y ancianos. Se han llevado hasta sus perros. No queda nada.

—Es decir, que se han largado para no volver.

—Es lo que piensa Alonso.

—Y lo que piensa usted, teniente.

—Sí, coronel.

—Muchas gracias, teniente.

—Siempre a sus órdenes, coronel.

La madre que los parió a todos. Muñoz tuvo que aguardar a que Gauna desapareciera de su vista para poner cara de tonto. Esos malditos indios se la habían jugado. Vaya que sí. De verdad que no contaba con esto. De verdad que él creía que la advertencia que les

había enviado a través del jefe Alonso bastaría. De acuerdo, admitimos que sois jefes orgullosos y que no os sometéis fácilmente. El coronel Muñoz no os pide tanto. Solo paz y concordia. Alonso es el gobernador y deberíais obedecerle, pero nada os impide acudir directamente al coronel. Estamos a un tiro de mosquete los unos de los otros, ¿no? ¡Pues hablemos! Parlamentemos tantas veces como sea necesario y solventemos las diferencias. Nadie dijo que convivir resultara sencillo. ¿Acaso creéis que la vida en el presidio es un camino de rosas? ¿Por qué, entonces, tenemos siempre a uno o dos soldados bajo arresto? Esta tierra es difícil. Esta tierra convierte a los hombres en piedras. Esta tierra tuerce destinos. Pero estamos aquí, estáis aquí y queremos vivir juntos y en paz.

¿Teníais que marcharos de esta manera, cabrones?

Parece que sí.

Ahora, están ahí fuera. Se hallan resentidos con los españoles y no tienen qué comer. Son una caterva de hijos de perra inútiles e incapaces de sobrevivir por sus propios medios. Un coyote que abandona una guarida no lo hace sin llevarse consigo más resentimiento del que tú podrías soportar. Con ellos va. Pegado a la piel e incapaz de desprenderse. Ni bajo la lluvia. Ni restregándote por los pedregales. Ni dejando que el tiempo transcurra y las cosas se calmen por sí mismas.

Hay muchos mescaleros odiando en el Río Grande.

A eso, lo mires como lo mires, ha de llamársele fracaso. Sí, fracaso, pues aunque todavía cuatro bandas permanecen en Buena Esperanza, dos se han largado. Lo probaron y han preferido poner tierra de por medio. La vida sedentaria no iba con ellos. No tenían ni que mover un dedo en todo el día, pero prefieren tener al cielo por techo y hambre por sempiterno acompañante.

Ya se las apañarán, Muñoz, ya se las apañarán. Son apaches y los apaches están acostumbrados a morirse de hambre. Te vas quedando en los huesos hasta que el día menos pensado ya no puedes tenerte en pie. Y te mueres. De hambre. Con ese brillo

indeleble en la parte honda de los ojos. No te acerques o la última dentellada antes del estertor final será para ti.

Morir matando. O matar antes de morir.

—Teniente.

—Diga, coronel.

—Avise al capitán Herrán, sea tan amable.

—Sí, coronel. ¿Qué le digo?

—Que voy a enviar una columna de dragones al exterior.

—Sí, coronel.

—Salen hoy mismo.

—¿Antes de que los mescaleros huidos nos tomen ventaja?

—Me lee usted el pensamiento, teniente.

—Es mal asunto, coronel.

—Lo sé, teniente. Pero no puedo hacer otra cosa. Debemos asegurarnos de que Bigotes y Tuerto no dan problemas. Si no quieren estar en Buena Esperanza, lo acepto. Resulta un fracaso en nuestros planes, pero lo acepto. Lo que no voy a permitir es que haya mescaleros con el orgullo herido rondando las inmediaciones de El Norte.

—No podemos proteger a todos los ranchos.

—No podemos, teniente. Está usted en lo cierto. Pero eso no evita que diez o quince de nuestros soldados patrullen las inmediaciones. Quiero que Bigotes y Tuerto los vean. Que sepan que soy un hombre que cumple sus amenazas. Les dije que tuvieran cuidado conmigo. Que no me tocaran los cojones más de lo necesario. Y lo han hecho. Bien, quiero a los dragones del presidio de patrulla. Día y noche. Nuestros ranchos estarán siempre protegidos.

Más o menos, Muñoz. Más o menos.

8

La batalla de Garganta Honda

El rancho de Gregorio Núñez distaba medio día de camino del presidio de El Norte. Núñez era de aquí. De no muy lejos. Nacido con un cuarto de sangre blanca, un cuarto suma, un cuarto mulata y un cuarto de quién sabe qué. El típico hombre de la tierra que llega, se hace con un pedazo de terreno y levanta un rancho desde la nada. Esposa, tantos vástagos como Dios quiera enviar y hasta que nos llegue la hora. ¿Han cumplido cinco años los muchachos? Pues ya tienen edad para trabajar. Que den de comer a los caballos. Que los limpien, los cepillen y los hagan trotar un rato. Los capitanes de El Norte se los llevaban comprando a Núñez casi desde que el ranchero se estableciera: un negocio que no te hace rico, pero que te mantiene con vida. A ti y a los tuyos. Dios no nos exige más, a Dios no le pedimos nada de lo que ya dispongamos y todos contentos.

El 7 de febrero de 1780 fue un día importante en la vida de Gregorio Núñez. Entre otras cosas, porque fue el último. De él, de su esposa y todos sus hijos y caballos. ¿Nuestros ranchos estarán siempre protegidos, coronel Muñoz? Que se lo pregunten a Núñez.

Un grupo de mescaleros compuesto por treinta hombres de las bandas de Bigotes y Juan Tuerto alcanzaron el rancho y se

detuvieron a cien pasos de él. Desde allí, podían escuchar las voces de apremio que Núñez dirigía a sus hijos varones: ¡apaches!

¿Intenciones, papá?

Malas. Muy malas. Podemos olerlo. Estos mescaleros no tienen la menor intención de comerciar con nosotros.

Tenían tan poca intención como posibilidades Núñez y su familia de salir con vida de aquella. Los mescaleros se acercaron al rancho, dieron varias vueltas en torno a él y se aseguraron de que mereciera la pena el esfuerzo.

Merecía. Además de un par de bueyes y alguna oveja, los Núñez criaban veintitantos caballos y cinco o seis potrillos. Suficiente como para arriesgarse a que algún guerrero saliera herido del enfrentamiento. Porque si algo estaba claro era que el ranchero no les iba a dar el ganado a cambio de nada. No, tenían que quitárselo y por la fuerza. ¿Secuestramos a la esposa y obligamos al español a que nos entregue los animales a cambio de que le respetemos la vida? Diablos, no. Ya lo intentamos en el pasado y no fueron uno ni dos los rancheros que optaron por las bestias. ¡Quedárosla, cabrones, que el ganado es lo que me pone la comida en la mesa!

Así que, tras estudiar sus opciones durante diez o quince minutos, los hombres de Bigotes y Tuerto entraron en el rancho y aullaron como solo un mescalero sabe hacerlo: sacando el ruido desde los mismísimos intestinos.

Primero mataron a un chico de unos doce años que intentó hacerles frente con una vara de punta afilada. Después le abrieron el cráneo de un machetazo al propio Núñez y, por fin, se ocuparon del resto. Al menos, no violaron a las mujeres. Se limitaron a degollarlas una por una y a empaparse las narices en el olor de su sangre caliente.

Cuando hasta el último de los animales hubo sido saqueado, los mescaleros prendieron fuego a la casa y a los establos. Si alguien había en las inmediaciones, vería la columna de humo. Mejor. Es lo que deseaban. Que todo el mundo se enterara de que Bigotes y Tuerto cabalgaban de nuevo. Fuera, a cielo abierto. Entre los

angostos cañones y en el desierto. Cerca de los ríos o donde los parajes se encrespan. Pero libres. Libres siempre y capaces de lo peor. El modo de vida mescalero regresaba. Aparta de nuestro camino, español, o te mataremos. Porque podemos hacerlo. Porque sabemos hacerlo. Porque, tenlo bien claro, no nos importa nada hacerlo.

Mira qué bien arde Gregorio Núñez. Una expresión de horror en el rostro del que pronto no quedará sino una horrible sonrisa dentada. En cuanto las llamas se coman la carne de los labios. En cuando los ojos le estallen y el vello se consuma. Mirad a Núñez. Os lo haremos a todos.

También, si es preciso, a los que quedaron atrás en Buena Esperanza. Son mescaleros, como nosotros, pero mescaleros que han renunciado a su nombre y a su esencia. Les dijimos que cabalgaran a nuestro lado. Que todos unidos en una gran banda seríamos invencibles. Pero no. Optaron por quedarse y continuar siendo amigos de los españoles. Aceptando su comida, sus leyes y sus costumbres.

Pero, ¿cuándo un mescalero ha dormido en una casa con paredes de adobe? ¿Cuándo?

* * *

El sargento Ledesma salió del presidio en la mañana del 9 de febrero. Le acompañaban ocho dragones: Orozco, López, Cuéllar, León, Grijalva, Barrios, Carrillo y Martínez. El teniente insistió para que se llevara tres o cuatro hombres más, pero Ledesma rechazó su ofrecimiento:

—Prefiero ir con mi gente, teniente. Si no le molesta a usted.

Un grupo pequeño, compacto y bien avenido. De acuerdo, lo harían al modo del sargento.

—Vaya y patrulle la zona —le ordenó Gauna—. Ya sabe dónde se ubican nuestros ranchos. Haga una visita a cada uno de ellos,

pero no les diga que hay mescaleros hostiles ahí fuera. Asustarlos no serviría de nada.

Gauna estaba en lo cierto. Gregorio Núñez jamás habría sido capaz de cambiar su suerte en el supuesto caso de conocerla de antemano. Se acerca una horda de salvajes. ¿Y qué? ¿Qué puedes hacer tú para detenerlos? ¿Para evitar que te maten y se lo lleven todo?

Nada. No puedes hacer nada. Solo los soldados pueden. Y soldados, la verdad, hay pocos por aquí.

Ni los habría. Cierto que Ledesma y su grupo estaban fuera. Cierto que se movían rápido de un lugar a otro. Cierto que actuaban concienzudamente y que trataban de cumplir las órdenes del teniente. Pero esto es el Río Grande y aquí las distancias se miden por días de camino. Nada está cerca de nada y todo, en cuanto lo piensas, produce vértigo.

Gauna los había enviado a no menos de dos semanas de idas y venidas. Cuanto antes comencemos, antes estaremos de vuelta en casa.

Alcanzaron el rancho de Núñez cuatro días después de haber abandonado el presidio. El rancho o lo que quedaba de él: piedras ennegrecidas por el humo, cenizas y cadáveres abrasados.

—La puta madre… —dijo Grijalva, torciendo el gesto y apartando la cara. Los cadáveres todavía olían mal.

—¿Pero qué clase de cabrón puede hacer algo así? —se preguntó López.

—Ya sabes qué clase de cabrón —respondió Ledesma. Bigotes y Tuerto. No hay más cabrones por aquí. Y añadió—: Esto cambia las cosas.

Y de qué manera. Una cosa era saber que por ahí rondaban mescaleros hostiles. Tipos que no dudarían a la hora de robar una oveja o matarte un buey. Pero lo del rancho de Núñez elevaba los acontecimientos a una gravedad inusitada: si esto no supone un regreso a los viejos tiempos de provocaciones y pugnas, que baje Dios y lo vea.

—¿Qué hacemos ahora, sargento? —preguntó Orozco—. ¿Regresamos al presidio?

Habría que hacerlo. El coronel debería saber esto. Mire en qué han terminado sus maravillosos planes de pacificación apache. ¿Por qué no escuchó a los que le dijeron que los mescaleros no pueden vivir encerrados en un pueblo? ¿Por qué no cerró el pico y se evitó el trabajo de explicarnos cómo hemos de hacer nuestro trabajo? Váyase de vuelta a Chihuahua, coronel. Seguro que le echan de menos en las fiestas del comandante general Croix. Aquí, desde luego, no realiza grandes progresos. Gregorio Núñez seguro que sería de esta opinión.

—No —respondió Ledesma.

—¿No, sargento? Mire qué desastre… Hay que informar.

—He dicho que no. Daremos unas cuantas vueltas más por ahí. Hay más ranchos no muy lejos de este lugar y quiero saber si han corrido igual suerte.

—No serán tan cabrones…

¿Por qué no? ¿Qué diferencia existe entre arrasar un rancho y arrasar cuatro o cinco de ellos? Pues aunque no lo parezca, mucha. De verdad. Un rancho reducido a cenizas y unos cuantos cadáveres que enterrar es algo con lo que contamos. Entiéndase: duele y habrá de tenérseles en cuenta en nuestras oraciones durante mucho tiempo. Pero con la posibilidad de que nos asesine un hijo de perra es algo con lo que contamos cuando nos establecemos en las tierras del Río Grande. Vas, echas cálculos y confías en que todo vaya bien y que puedas llegar a viejo sin que ningún mescalero trastornado se cruce en tu camino. Pero se trata de algo en lo que confías. Levantas un altarcito a la Virgen de Guadalupe y le rezas cada noche. Con auténtico fervor. Que no vengan, que no vengan, que no vengan. Y, a veces, muy de cuando en cuando, el golpe de mala suerte te cae sobre la cabeza: vienen, y te das por jodido.

Por ello, porque un rancho más o un rancho menos entra dentro de nuestros cálculos, no vamos a regresar, de momento, al presidio. Hay que averiguar si el resto de los colonos ha corrido la misma

suerte. Porque como así haya sido, entonces sí que nos encontramos ante auténticos problemas. Problemas de los que no solucionan nueve hombres a caballo.

—Hay que enterrar a los muertos —dijo Martínez.

El sargento asintió mientras desmontaba. No faltaba más. Anudaos un pañuelo en torno a las narices y empezad a cavar un agujero. No nos andaremos con miramientos: todos en una tumba y asunto resuelto. A fin de cuentas, eran una familia. Vivieron juntos, murieron juntos y juntos descansarán hasta el día del juicio final. Sea.

Los soldados hicieron lo que el sargento les indicaba y, mientras unos apilaban los cuerpos, otros comenzaron a excavar el hoyo. Esta es tierra de mucho agujero con muerto dentro. Llevamos siglos haciéndolo. Demasiados, la verdad. Llegas desde el sur, te mata un salvaje y quedas expuesto a la intemperie quién sabe durante cuánto tiempo. A veces las alimañas dan cuenta de lo que queda ti. A veces no. Todo resulta incierto en el Río Grande. Pero lo que sí es seguro es que un español llega mucho después, se topa con tus restos, se persigna misericordiosamente ante ellos y cava un agujero en la tierra.

Los hay a miles y no lo sabemos. O lo sabemos, pero fingimos que no lo recordamos. Croix dice que este es un tiempo de paz. De concordia y de amistad. Olvidaos, muchachos, de los agujeros en la tierra. Bien.

—Ya está, sargento —dijo Martínez. Y lanzó la última paletada de tierra sobre la tumba. Los cadáveres abrasados dentro y Orozco improvisando una cruz con dos palos arrancados a un arbolillo.

—¿Va a decir una oración, sargento? —preguntó Barrios.

Ledesma asintió. Cómo no. Eran de los nuestros y, aunque en uno o dos años nadie los recuerde y esta tumba quede para siempre en el olvido, ahora es de ley rezar por sus almas. Querríamos que alguien hiciera lo propio si nosotros fuéramos los que están abajo. Aunque se trate de desconocidos. Cuando estás muerto y enterrado

en el puto culo del mundo, vendes tu alma al diablo a cambio de una oración de consuelo. Solo eso.

El sargento ordenó a los hombres que se descubrieran y comenzó a rezar en voz baja. El resto le siguió. No fueron más de dos minutos. Tres, a lo sumo. Soplaba una fina brisa del norte. Hacia allí está el Pecos. ¿Tenemos ranchos en las riberas del Pecos? No, tan lejos no. ¿Y los que son responsables de todo este desastre? ¿Habrán cabalgado hasta allí? Ahora que se han hecho con un buen montón de ganado, tienen provisiones de sobra. Pueden, por lo tanto, migrar hacia parajes más seguros. El Pecos no lo es del todo, pero te mantiene lejos de los españoles. Razonablemente lejos.

—Muchachos.

—Sargento.

—Tenemos que apresurarnos. Hay dos ranchos hacia el oeste. Y uno más a tres leguas en dirección norte. Visitaremos primero los del oeste y dejaremos para el final el del norte.

—Sí, sargento.

—Espero que se hallen bien.

—Si están sanos y salvos, ¿regresaremos al presidio para informar, sargento?

Ledesma titubeó.

—No lo sé…

En situaciones como esta, uno no sabe qué decisión tomar. Lo sensato es recabar información y regresar a casa. Han acaecido hechos muy graves y el coronel y el capitán deben tener noticia de ellos. Pero, por otro lado, el cuerpo te pide avanzar. Se han ido hacia el Pecos. Ledesma se jugaba la soldada de tres meses a que así era. Están allí y hasta allí deberíamos ir. Tenemos armas, somos rápidos y podemos intentar un ataque por sorpresa.

Ellos son más de cien. De acuerdo, hay mujeres, niños y ancianos que no cuentan a la hora de la batalla, pero, aun así, resultan demasiados. Podríamos salir malparados.

Atengámonos al plan inicial: veamos qué tal se encuentran en los ranchos que hay por esta zona y regresemos al presidio para dar

cumplida cuenta de lo sucedido. Es lo correcto. Es lo cabal.

* * *

Cabalgaron durante medio día hacia el oeste y divisaron el primero de los ranchos españoles. Detuvieron el avance y observaron detenidamente. Miras con tiento y parece que exorcizas todo mal. Se levanta una columna de humo, sargento. Desde la chimenea de la casa, sargento. Cocinan, sargento. Parece que están vivos, sargento.

Funciona. Al menos, por esta vez. Cierto es que repetirán el truco más adelante y resultará en vano, pero de momento, resulta: esta gente sigue viva.

Lo cual no significa que piques espuelas. Al contrario. Se acercaron despacio y con mil ojos. No es habitual que los mescaleros se embosquen para saltarnos encima a veinte pasos de una familia española, pero de todo hemos visto y a todo estamos acostumbrados. Es mejor cabalgar sin prisa.

—Orozco…

—A sus órdenes, sargento.

—¿Cómo se llama esta gente?

—No lo sé, sargento. El hombre acude al presidio una vez por mes. Con dos muchachos de mirada despierta. Sé quiénes son, pero no sabría decirle su nombre.

—Pero están bajo el cuidado del presidio.

—De eso no le quepa la menor duda.

Echemos un vistazo.

Cuando los dragones atravesaron el vallado exterior del rancho, una niña de unos cinco años cruzó la puerta de un establo, les señaló con el dedo y dijo algo. Sonreía. O algo por el estilo. Tenía la cara muy sucia, el vestido raído por cien partes y se le habían caído la mitad de los dientes de leche.

—¿Dónde está tu papá? —preguntó el sargento a la niña.

Desde luego, la voz de Ledesma parecía resultarle graciosa, porque ahora la criatura, ya sin ambages, se carcajeó descaradamente ante los soldados.

Debía de ser retrasada. Debían de serlo todos. Eres o te vuelves, porque no hay hijo de Dios que sea capaz de vivir en medio de esta inmensa soledad sin desquiciarse por completo. Cierto, cierto que desde Chihuahua se anima a los colonos a hacer el petate y fundar un rancho todo lo al norte que seas capaz de llegar. Tú hazlo y te prometemos dos cosas: que sea lo que sea eso que produzcas, te lo compraremos a un precio justo, y, además, contarás siempre y en todo momento con la protección de los soldados del presidio.

Cabalgaremos durante día y noche si sabemos que estás en peligro. Lo haremos y, al llegar, los nuestros te enterrarán como Dios manda. No se te comerán las alimañas de la noche, no… Cuenta con ello, amigo.

Y si eres del sur de Chihuahua, si nunca has tenido oficio ni beneficio, si te casaste joven y echaste pronto media docena de bocas hambrientas al mundo, te lo piensas. Vaya que si te lo piensas… Dicen que aquello está infestado de indios salvajes que, a la primera de cambio, te atan al tronco de un árbol, violan a tu esposa, desuellan a cada uno de tus hijos y, antes justo de pegar fuego a todo lo que con tanto esfuerzo has conseguido levantar, te cortan los huevos y se los llevan de recuerdo. Dicen que sucede todo eso y mucho más, pero, diablos… ¿estás tú en disposición de elegir?

Así que compras una carreta con los últimos pesos que te quedan, subes a ella a tu familia y pones rumbo al Río Grande. Preguntando se llega a todas partes. ¿El presidio de El Norte? No le quedan ni dos leguas. Llegará antes de que se ponga el sol. El capitán es un buen tipo. Confíe en él.

En él y en todos y cada uno de los hombres que allí llevan uniforme porque serán ellos, y no otros, esos de los que dependerá tu vida hasta el día en el que Dios o los apaches te aparten de este camino de lágrimas. No somos nada, pero, sin soldados, menos

todavía. Respeto a los tíos de la cuera porque ellos son los nuestros y nosotros somos ellos.

—¿Dónde está tu papá? —repitió el sargento.

A la niña le caían greñas de pelo sucio sobre la cara. Rio de nuevo y señaló al interior del establo. Bien, entiendes lo que decimos. No te irá mal en la vida.

—¿Oiga? —gritó Ledesma—. ¿Hay alguien ahí?

Los hombres se miraron entre sí. Si en lugar de ellos los que allí hubieran hecho acto de presencia fueran las bestias de Tuerto y Bigotes, aquella gente no se habría dado cuenta ni de que los mataban. Ni de eso.

Un hombre tan sucio o más que la niña apareció en el umbral de la puerta del establo. Tenía barba de veinte días y la piel cetrina. Miró a los soldados, se tomó un par de segundos para caer en la cuenta de que eran de El Norte y sonrió desdentadamente. Aquí nadie parecía tener la dentadura al completo.

—Carajo, no esperábamos a nadie —dijo el hombre.

Ya. Es que nadie en su sano juicio viene nunca por aquí. Solo nosotros, los soldados, y porque no nos queda más remedio.

—¿Ha visto indios? —preguntó directamente el sargento.

—¿Cómo dice? —apretó el entrecejo el hombre. Además de desdentado, duro de oído.

En ese momento, dos muchachos se presentaron en la puerta del establo. El ranchero, con la misma rudeza con la que apartaba el ganado, los mantuvo tras él de un manotazo. Es verdad que estos visitantes son de los nuestros. Pero no es menos verdad que cuando vives siempre en absoluta soledad, te vuelves desconfiado. De todo. De los nuestros, también. Muchachos, fiaros de mí, vuestro progenitor, de vuestra madre, que es una santa, y de nadie más. Al resto, tenedle siempre el debido respeto. Toda precaución es siempre poca.

Hablando de la santa, una mujer descomunalmente gorda comenzó a caminar hacia el grupo de dragones desde la casa principal. No sonreía, pero su rostro trasmitía afabilidad y confianza.

Se detuvo a corta distancia de los soldados, se puso los brazos en jarras y los miró de arriba abajo. Más de uno experimentó un escalofrío en el cogote.

—¡Cojones, qué hombres! —exclamó la señora. Tras ella, como pollitos a una gallina, tres niños o niñas, vete tú a saber, la seguían más o menos pegados a sus piernas.

El ranchero clavó la mirada en los soldados. Vais armados hasta los dientes y yo soy solo un pobre hombre que cría ovejas, pero ay de aquel que albergue lascivas intenciones sobre mi señora. ¡Bajad la mirada, maleducados! ¡A una mujer como la mía no se la observa con semejante descaro!

La gorda se palmeó un muslo y los pollitos acudieron, raudos, a la señal. Quietos aquí y sin desperdigárseme.

—Pero José —gritó la señora como si su marido se hallara a tres leguas en lugar de a diez pasos—, ¿no vamos a ofrecerles hospitalidad a nuestros soldados?

El tipo la miró huraño. No quiero hombres cerca de mi señora. No, pues yo mejor que nadie sé lo que un hombre tiene siempre en la cabeza.

A Ledesma, por suerte, tampoco le quedaban ganas ni tiempo para confraternizar.

—Nos vamos ya —dijo, haciendo ademán de tirar de las riendas del caballo—. Solo queríamos comprobar que todo iba bien por aquí.

El hombre hizo una pausa y rumió las palabras del sargento. La mujer miró a los soldados y se secó, con la palma de la mano derecha, un hilillo de baba que le caía por la comisura de los labios. Hasta lo alto de los caballos les llegaba su pestilencia. Solo mantenerla en su campo de visión les provocaba un asco difícil de soportar. Muchos habían atravesado valerosos lipanes con sus sables y no les había temblado jamás el pulso. Pero esto…, esto era diferente a todo lo anterior.

—¿Por qué no iban a irnos bien las cosas? —preguntó el ranchero tras la rumia. Aquí un día es igual a otro día. Y a otro, y a otro… Nada cambia, ¿sabe, sargento?

La gorda palmeó de nuevo su muslo para llamar la atención de las criaturillas y volvió a poner los brazos en jarras. Pero qué hombres, por el amor de Dios, qué hombres…

—¿No se quedarán aunque sea…? —comenzó.

—¡Ha dicho el sargento que se van! —cortó por lo sano su marido. Se largan y punto. No van, siquiera, a descabalgar. Que se te meta bien en la cabeza, pelandusca.

—Sí, nos vamos —confirmó el sargento. Y dirigiéndose únicamente al hombre, añadió—: Ándese con cuidado y mantenga a los muchachos alerta.

—¿Sucede algo, sargento?

—No, nada —mintió Ledesma—. Solo que hay por ahí unos cuantos mescaleros causando problemas.

—¿Problemas? ¿Graves?

Ledesma decidió que mentiría de nuevo. Aquel tipo era feliz en aquel lugar. Esposa, hijos, ovejas y un pozo de agua. Todo lo que un hombre puede desear en la vida. ¿Por qué, entonces, amargarle la existencia explicándole que cualquier día de estos eso que ama puede desaparecer de inmediato? Hay una horda de bastardos sueltos por ahí. Vendrán y, si lo hacen, nosotros estaremos demasiado lejos como para echar una mano. Morirás, pero, antes de hacerlo, tendrás que ver cómo cien pares de ojos ávidos de carne gruesa enfilan a tu esposa.

No, nadie merece una tortura semejante. Una mentira piadosa apenas es una mentira.

—No, ninguno. Están robando alguna que otra oveja. Nada más.

El ranchero, de nuevo a manotazos, hizo que sus muchachos dieran un paso al frente. No tendrían más de trece o catorce años.

—Ente mis chicos y yo sabremos cómo mantenerlos a raya.

Claro. El sargento asintió a modo de despedida y chasqueó la lengua. Los dragones hicieron lo propio y tiraron de las riendas para que los caballos dieran media vuelta. Nos vamos. Suerte, amigos.

La familia de españoles se quedó quieta observando cómo la columna de dragones se alejaba. Es algo que por aquí no ves todos

los días. Hombres que vienen, con los que intercambias unas cuantas palabras, y que se van. Un espectáculo digno de verse, por todos los santos que sí. Hombres a caballo. Y qué hombres…

* * *

Restaba día por delante y todavía cabalgaron durante casi tres horas más. Si lo piensas, de esto va el trabajo de los dragones de El Norte: atraviesas el muro del presidio, te encaminas en dirección al Pecos y deambulas sin rumbo fijo durante días y días. Aquí hay paraje para eso. Para eso y para más.

Ocuparon más de media hora en subir una gran loma árida. Cuando llegaron a la cima, se dieron cuenta de que no era tal, sino el extremo de una extensa meseta cuyo final no divisaban.

—Es por aquí —afirmó Ledesma, tras detenerse un instante y otear el horizonte.

Era. Siguieron durante un rato más y pronto, a lo lejos, se adivinaron las sombras del rancho español que buscaban. Caía la tarde y caía con la magnificencia que aquí siempre sucede todo: parecía, a ojos de un extraño, que hoy lo hacía por última vez y merecía la pena el desgaste de luz, color y grandiosidad.

—Esto no me gusta —dijo Barrios.

¿Tú que sabes?

—Calla —le replicó López.

¿Sabes algo? ¿Sabes algo que los demás no sepamos? ¿No? Pues calla.

—¿No lo notáis? —insistió Barrios.

—¿Qué tenemos que notar? ¿Tú eres idiota o qué te pasa?

—Es lo que está en el aire. Como si oliera distinto.

Los hombres fingieron que ignoraban a Barrios, pero todos ellos, el sargento incluido, aspiraron en silencio. No resulta sencillo explicar qué. No lo es, vive Dios. Pero hay algo aquí que todos percibimos y comprendemos. El aire que cae en nuestros pulmones

está cargado de tarde y de desdicha. De inmensidad y de melancolía.

Huele a la desesperación de los que no podrán contarlo.

—¿Cargamos las armas, sargento?

¿Y para qué? Lo que ha sucedido, sucedió hace días. Nadie quedará para hacerle frente. Ninguno. No os molestéis. No malgastemos pólvora en cargas innecesarias.

Llegaron al rancho y lo primero que vieron fue un buey al que le habían rajado el cuello y lo habían comenzado a despiezar para después abandonar atrás casi todo el lomo, la cabeza y las patas delanteras. También vieron el cadáver de una mujer de unos treinta años completamente desnuda y cubierta de sangre. Las moscas zumbaban ruidosamente en torno a ella y se posaban en sus ojos abiertos, en su entrepierna sanguinolenta y en los agujeros de las orejas. Más allá, una niña de trece o catorce años en similares circunstancias. Al menos, la muchacha conservaba casi toda su ropa. Buena señal y los dragones lo sabían: hay modos y modos de morir; en las vecindades del Pecos los conocemos todos y sabemos, por ello, que una muerte no es igual a otra.

Damos gracias al Señor.

Cruzaron el cercado del rancho y, sin descabalgar, avanzaron observando con detenimiento la obra de los guerreros de Tuerto y Bigotes. Se estaban desprendiendo, a gran velocidad, de la pátina de civilización que habían recibido de los españoles. Lo que ahora tenían ante sus ojos era apachería en estado puro: hijos de puta sedientos de sangre que roban, violan y matan. Lo hacen porque es la manera que de conducirse tienen. Es lo que les habita y lo que les conforma. ¿Recordáis qué hay al fondo de sus miradas? Pues los dragones lo tienen ante sí. Esto es y de esto se trata.

Vieron dos hombres, uno de unos cincuenta años y el otro de veintitantos, acribillados a flechazos. Al primero lo habían maniatado al vallado y le habían partido el cráneo por la mitad con algo duro y contundente. El segundo yacía boca abajo en el suelo. Tenía una docena de flechas clavadas en la espalda y en el cuello y cualquiera

podía darse cuenta de que le habían cortado las manos a la altura de las muñecas.

El rancho, inexplicablemente, se hallaba intacto. Se habían llevado todo el ganado, por supuesto, pero habían respetado la casa principal, el establo y el granero. Como si no mereciera la pena tomarse la molestia de encender teas para incendiar y arrasar por completo la hacienda. Se les habría hecho tarde. Tendrían prisa por conducir el ganado robado hacia sus campamentos en el Pecos. Algo así habría sucedido.

León y Grijalva desmontaron y entraron en la casa. Unos minutos después, salieron. Se cubrían las narices y las bocas con pañuelos. León mostró tres dedos.

—Niños —aclaró.

Los cuerpos olían muy mal, de lo cual el sargento dedujo que todo aquello había sucedido hacía días.

—Estarán Dios sabe dónde —dijo, refiriéndose a los mescaleros. Miraba hacia el lugar por el que el sol comenzaba ya a ocultarse. Dios les mostraba el esplendor del más bello atardecer jamás imaginado con la misma crudeza que disponía muertos en torno a ellos. Sosiego y violencia. Hermosura y muerte.

Ledesma dejó que transcurrieran unos minutos en silencio. Después, repartió órdenes:

—Carrillo, López, Martínez: cavad una tumba. Deprisa, antes de que anochezca. Grijalva, Orozco: entrad en la casa y buscad víveres en la despensa; nos llevamos todo lo que encontréis. Barrios, Cuéllar: en algún lugar debe haber un pozo o una acequia para que los caballos abreven; buscadlo y desensilladlos.

Pasaría allí la noche. Con la primera luz del alba, seguirían camino hacia el norte y tratarían de alcanzar en menos de medio día el tercer rancho que buscaban. El más septentrional de todos los que se hallaban bajo la protección del presidio.

Ledesma observó cómo sus hombres hacían lo que les había ordenado. Él era el único que permanecía sobre su silla. Tenía dentro

de sí eso a lo que, un rato antes, se había referido Barrios: el alcance de la vida y de la muerte.

* * *

Al día siguiente, llegaron al tercer rancho. El que más al norte se hallaba. El que prácticamente estaba a un tiro de mosquete del río Pecos. ¿Quién carajo os mandó estableceros tan lejos de casa? ¿Quién? Veis que todo en torno a vosotros es grandeza, es majestuosidad, es omnipresencia de Dios y os confiáis. Confiáis en que Dios lo tiene todo bajo control. Esto es inmenso y hay otra inmensidad igual de grande allá donde el horizonte se acaba. Y luego otra. Y otras. Pero Dios nuestro Señor se las sabe todas. No se le escapa una. Nos protegerá, claro que sí. Lo hará.

O no.

Nadie debería establecerse tan lejos de El Norte y de su guarnición. Recordad: una legua ya es demasiado. Diez, una locura. A partir de ahí, quedáis abandonados a vuestra suerte. Pero vas y, como no hay nadie más, cada cosa que existe te pertenece. Resulta sencillo. Y conmovedor: tomas, sin límite alguno, posesión de lo circundante. El tamaño del cercado que levantes solo depende de la fortaleza de tu par de brazos. Vamos, comienza, hombre del sur. Hazlo ya, caray. Clava estacas y convierte a esta tierra jamás pisada por hombres en territorio español.

Y lo haces. Y pasan los años y nada sucede. Calma absoluta. Tanta que terminas por creer que es verdad eso de que tú y nadie más que tú eres el único hombre en diez leguas a la redonda. Lo crees hasta que ellos te sacan de tu error.

Llegan. A media mañana. No ha nacido el mescalero que ataque al alba. ¿Para qué? ¿Acaso los españoles van a echarse su rancho sobre las espaldas y salir corriendo de allí? No, no irán a ninguna parte. Miradlos: continúan atareados en sus cosas. Como si esta

fuera una jornada más en sus vidas. Porque no saben que este, en realidad, es el último día en el que ven el sol sobre sus cabezas.

Al estilo apache. En banda abierta, desordenada, rápida y aulladora. Son treinta o treinta y cinco guerreros jóvenes y armados. Carecen de piedad o de cualquier sentimiento que se le parezca. Os matan a todos y lo hacen porque es lo suyo: ábrele la garganta al blanco y quédate con todo lo que posee. Somos mescaleros y lo que aquí existe y pervive nos pertenece. Vuestras mujeres incluidas.

Cuando Ledesma y la columna de dragones llegaron al rancho, era mediodía. Llevaban varias horas cabalgando y habrían alcanzado antes la posición si la hubieran conocido con certeza. Pero nada que esté tan lejos de El Norte permanece en un lugar exacto. Sabes del paraje porque has pasado por allí en varias ocasiones. Estuviste por última vez, ¿cuándo…?, hace un par de años. Sí, tuvo que ser entonces. Patrullamos de continuo, pero la guarnición va siempre corta de hombres y el territorio no se acaba jamás. A Dios le sobró mucha tierra y la puso toda aquí. Tierra y nada más. Apenas animales. Apenas arbustos. Apenas agua. Oh, sí, salvajes endemoniados. De esos, puso unos cuantos.

Hallaron al ranchero muerto y con la tripa abierta desde la base del cuello hasta el vientre. Se le habían salido las entrañas y ahora el pobre hombre no era sino un comedero de moscas. Las había a cientos. A miles. Tantas que el zumbido que producían no lo acallaría ni un cañonazo lanzado a diez pasos de distancia.

—López, Cuéllar —dijo Ledesma.

—¿Por qué nosotros, sargento? —protestó López. Este trabajo da asco. Nos tenemos que abrir paso entre las moscas para llegar al cadáver. Después, hemos de cavar un agujero y arrastrarlo hasta allí. ¿Por qué nosotros, sargento?

Porque alguien ha de ir y hacerlo. Las tareas que Ledesma tiene reservadas para el resto no resultan mucho más agradables: ve y descuelga a esa niña de las ramas de ese árbol; ve y reúne el cuerpo desmembrado del muchacho; ve y desentierra al recién nacido.

Antes de que las hormigas devoren sus restos.

—Yo no me alisté para esto —dijo Barrios mientras caminaba entre los cuerpos en avanzado estado de putrefacción. Él, al igual que el resto de los hombres, se cubría el rostro con un pañuelo que previamente habían humedecido en el abrevadero de los animales. No detenía por completo el paso del hedor, pero lo amortiguaba bastante. Algo es algo.

—Yo tampoco, Barrios —repuso el sargento—. Pero es lo que hay.

Lo es, y por ello estamos aquí. Porque si no somos nosotros, no es nadie, ¿comprendes? Somos el extremo norte del cabo extendido. Allá donde se deshilachan las hebras. Donde nada es seguro y todo resulta incierto.

—Puto norte —dijo Carrillo.

—Puto norte —replicó el sargento.

El resto de los hombres calló. Las moscas zumbaban como si fueran bisontes. Hacía calor y la soledad que experimentaban era tan intensa que, por momentos, se volvía visible. Ante sus propios ojos, sí. Una soledad que cobra cuerpo y presencia. Que la ves. Que está ahí y que sabes que no se marchará jamás. Vendrán hombres, vendrán siglos y ella seguirá aquí. Sosteniéndote la mirada, si es que tienes valor suficiente para contemplarla de frente.

—Enterrad los cuerpos —dijo Ledesma—. Diremos una oración rápida y nos largaremos.

—¿A casa, sargento? —preguntó Orozco.

—Desde luego.

A casa. Debemos informar. Era el plan inicial y nos vamos, en todo momento, a atener a él. Ya hemos visitado los tres ranchos que restaban. Uno a salvo y dos destruidos. Volveremos a El Norte e informaremos a Muñoz. Un desastre, coronel, un desastre. Los mescaleros han vuelto a las andadas. Enterramos unos quince cuerpos de españoles. Sí, todos estaban bajo la protección del presidio. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Echamos un vistazo, comprendimos que todo se había ido al infierno y volvimos para

contárselo. Coronel, los planes de pacificación no están yendo demasiado bien.

No, al menos, ahí arriba. En los territorios cercanos al Pecos.

—¿A qué distancia nos hallamos del presidio, sargento? —preguntó Grijalva.

—Creo que si nos damos prisa, en dos o tres días podríamos estar de vuelta.

—No es mucho. No, la verdad es que no. Aunque los caballos están cansados y no convendría exigirles demasiado.

—Se nos presentaría un problema si alguno de ellos dobla las patas antes de llegar a casa.

—Un problema, sí. Vayamos con calma, sargento. Da igual un día más o un día menos.

Y, a decir verdad, daba. ¿Acaso aguardan impacientes nuestras noticias? El coronel no es idiota. Y el teniente, tampoco. Saben que Tuerto y Bigotes estarán haciendo de las suyas por ahí. Quizás no imaginen que hayan podido llegar tan lejos, pero seguro que no esperan noticias felices.

—Enterraremos los cuerpos y emprenderemos camino en dirección sur —dijo el sargento—. Estoy completamente seguro de que Tuerto y Bigotes se hallan ya en el Pecos, de manera que no existen motivos para castigar los caballos.

—¿Qué cree que haría el coronel si atrapara a uno de estos bastardos? —preguntó Barrios. Su voz sonaba sorda bajo el pañuelo que le cubría medio rostro.

—Lo mataría sin dudar —respondió el sargento—. ¿Acaso tú no lo harías?

—No le quepa duda, sargento.

En menos de tres horas, tendrían oportunidad de demostrarlo.

* * *

No estaban demasiado seguros de a qué distancia exacta se hallaban del Pecos. Lo que sí sabían era que el rumbo correcto era el opuesto. Sin embargo, encontraron un pequeño arroyuelo que corría lento hacia el noreste y lo siguieron durante un cuarto de legua. Buscaban una poza lo suficientemente profunda para que los caballos pudieran beber en ella. Siempre que te topes con agua, detente y permite que abreven. Nunca sabes dónde estará el siguiente pozo. Ni siquiera sabes si existe un pozo más.

Los dragones descabalgaron, pero el sargento dio orden de que ninguno se desprendiera de la cuera o de las botas. Permanecerían allí el tiempo justo y continuarían camino hacia el sur.

Alguno se separó un poco para orinar. Otro se agachó para arrancar una brizna de hierba y ponérsela entre los labios. Dos o tres más iniciaron una conversación muy poco interesante y alguno más se entretuvo comprobando las cinchas de su montura.

Y, entonces, lo vieron. Como a un tercio de legua de donde estaban. O menos. Cerca, en cualquier caso. No suficiente como para intentar un disparo de mosquete, pero sí como para emprender la persecución.

—A por él —dijo Ledesma.

Y no añadió más. En cuestión de segundos, los hombres se hallaban de nuevo sobre las sillas y clavaban con virulencia las espuelas en los flancos de los animales. Hemos descubierto a uno de esos bastardos y vamos a darle caza. Será divertido. Será estupendo. Calmará la desazón que encoje nuestros corazones.

Hijo de perra: ¡date por muerto!

El mescalero cayó en la cuenta de que nueve soldados le enfilaban a galope tendido cuando ya era demasiado tarde para él. No obstante, intentó la huida. ¿Quién no lo haría? De un ágil salto, se encaramó a su caballo y lo apremió para que saliera a la carrera de allí. El mescalero no era tonto y había reconocido las cueras. Las lanzas, los sables, los sombreros y las miradas inyectadas en odio. Sabemos a qué os habéis dedicado en la última semana. Lo

sabemos y es por ello que cabalgamos hacia ti como si nos fuera la vida en ello.

Porque nos va. Porque te vamos a atrapar y vas a pagar tú por todos. De momento.

Tras diez minutos de salvaje galope, los dragones alcanzaron al apache y se abrieron para rodearlo. Barrios y Orozco, que cabalgaban los animales más rápidos, superaron al mescalero y le mostraron los sables a medio desenvainar: ¿te detienes o te detenemos?

El mescalero refrenó su caballo. Estaba atrapado y entregaría su brazo derecho a los dioses si salía vivo de esta. De momento, se aguantó la rabia cuando León, de un manotazo, lo descabalgó lanzándolo a tres o cuatro pasos de distancia de su montura.

—Hola, cabrón —dijo Grijalva. Miraban al mescalero que, tendido en el suelo, les devolvía la mirada. Olía a sudor de caballo español. Olía muy bien.

Los soldados, uno a uno y sin darse prisa, desmontaron y acariciaron los pescuezos de sus monturas. Buenos chicos. Ha sido emocionante, ¿verdad? Hacía tiempo que no nos dábamos una cabalgada como la de hoy. Corta, pero intensa. Te abre los pulmones. Te entona los músculos. Tendríamos que repetirlo más a menudo, pero ya sabéis que, cuando estamos lejos de casa, no conviene gastar energías en vano.

El mescalero intentó una sonrisa. Eh, amigos. Eh, soy de los de Buena Esperanza. No haríais daño a un pobre hombre desarmado y flaco, ¿verdad?

Fue entonces cuando el sargento cayó en la cuenta.

—Tú eres Palo —dijo muy despacio, como si se lo estuviera pensando cuando lo decía—. Sí, claro que eres Palo. Uno de los guerreros de Juan Tuerto.

El mescalero abrió mucho la boca. No se le ocurriría otro modo de parecer inocente.

—¡Palo, sí! —exclamó—. ¡Me llamo Palo!

Te conocemos bien, cabrón. Desde hace años. Y bien, Palo, ¿qué habéis estado haciendo desde que abandonasteis Buena Esperanza?

—¡No he hecho nada! —añadió el mescalero. Los dragones le rodeaban, pero ninguno de ellos se mostraba amenazador. ¿Para qué? Eran nueve contra uno. El apache no tenía posibilidad alguna. Van a sucederte cosas muy feas. Mucho.

—¿Y quién dice lo contrario? —preguntó, tomándose su tiempo, el sargento. Se aflojó un poco la cuera. Los hombres, al observarle, consideraron que tenían permiso para hacer lo propio.

—¡No he hecho nada! —repitió Palo.

—¿Qué me dices de los ranchos? —preguntó Grijalva.

—¿Qué ranchos? ¡No sé nada de ranchos!

Mientes más que hablas. Y lo que es peor: se te nota en la cara.

—Hemos visto un par de ranchos arrasados. Cerca de aquí —continuó Grijalva.

—¡No sé nada!

—Palo.

—¡No sé nada!

—Palo.

—¡Qué!

—Te vamos a joder tanto como vosotros jodisteis a los nuestros.

—¡No sé nada!

—Te vamos a meter un sable por el culo, cabronazo.

—¡Yo no fui!

—¿Quién fue?

—¡Yo no estuve!

—No mientas, bastardo. ¡Pues claro que estuviste! ¿Violaste a alguna de las niñas, hijo de puta?

—¡No! ¡No! ¡Yo no hago eso!

Grijalva había hablado tanto como en los últimos tres días juntos. Quizás por ello, se hartó y, dando un paso hacia delante, le clavó el puño derecho en el estómago a Palo.

—No le pegues —intervino Ledesma.

—¿Por qué, sargento? —preguntó Grijalva.

—Quiero decir que no le pegues en la boca del estómago. Le dejas sin respiración y así no hay forma de hacerle hablar.

—Disculpe, sargento.

Es lo bueno de cabalgar junto a un sargento como Ledesma: que se las sabe todas y que te avisa cuando estás a punto de fastidiarla. Grijalva tomó impulso y estrelló la bota de su pie derecho contra el rostro de un Palo que se reclinaba mucho hacia el frente. Cuatro o cinco dientes del mescalero saltaron por los aires.

—Así sí, muchacho —confirmó Ledesma—. Dale duro, pero que no pierda el conocimiento.

Grijalva pateó durante un buen rato a Palo. El mescalero encajaba los golpes como buenamente podía y los soldados observaban. No es que resultara entretenido, pero rompía la monotonía.

—Ahora me vas a decir lo que queremos saber —dijo, por fin, Ledesma.

Palo escupió sangre a borbotones. Se dejó rodar por el suelo y se agarró con fuerza a unos hierbajos. Tosía como si fuera a escupir los pulmones.

—Yo no… —acertó a farfullar.

—Déjemelo a mí, sargento —intervino Orozco.

De acuerdo. Necesitamos ideas nuevas, porque el sistema de Grijalva no acaba de funcionar.

Orozco se agachó frente a Palo y buscó su mano derecha. Después, le obligó a abrirla y extendió los dedos sobre una piedra plana. Desenvainó un cuchillo de proporciones descomunales, paseó el filo delante de los ojos de Palo para que lo viera bien y, de un golpe seco, seccionó el dedo meñique del mescalero.

¿Imploran los apaches? Jamás. Y Palo, todo hay que decirlo, no rogó por su vida. Se quejó, lloriqueó un poco y se mordió la lengua varias veces. Pero implorar para que aquello se detuviera no lo hizo. A cada cual, lo suyo.

Orozco levantó de nuevo el cuchillo en el aire y lo volvió a dejar caer sobre la mano derecha de Palo. Esta vez, seccionó el dedo anular. Limpiamente. El armero de El Norte no les afilaba los cuchillos demasiado a menudo, pero cuando lo hacía, era a conciencia. Un filo perfecto.

—Pregúntale algo —sugirió Martínez.

—¿Cómo dices? —se volvió hacia él Orozco. Parecía no comprender.

—Que dejes de cortarle dedos y que le preguntes algo. Así funciona.

Orozco pensó en ello. Sí, quizás Martínez tuviera razón.

—Oye —dijo, dirigiéndose a Palo—, podemos seguir aquí tanto tiempo como quieras. Aún te quedan muchos dedos en las manos. Cuando acabe con ellos, empezaré con los de los pies. Y cuando no te quede un solo dedo en el cuerpo, te cortaré la polla y se la echaré de comer a los caballos. ¿Entiendes lo que te digo, maricón?

Palo asintió con la cabeza.

—De acuerdo —continuó Orozco. Exhibía su cuchillo ensangrentado frente al rostro del mescalero—. Ahora quiero que me digas una cosa. Y quiero que me digas la verdad, ¿de acuerdo?

El indio volvió a asentir.

—¿Dónde está el resto de los tuyos? ¿Dónde están Tuerto y Bigotes?

Palo tosió. A Orozco le pareció que para ganar tiempo y le golpeó con la empuñadura del cuchillo en la cabeza. Un golpe seco que no te quiebra el hueso, pero que te atonta. Un poco.

Fue ahí cuando el mescalero se le revolvió. Tampoco gran cosa, pero lo hizo. Amagó una dentellada que el dragón esquivó retirando el brazo. ¿Qué te pasa, cabrón? ¿Ahora muerdes? Pero si ni siquiera te quedan dientes…

Y menos que te van a quedar.

Al perro que intenta una mordida a su amo, se le enseña, de un golpe, que no se debe actuar así. Manda el hombre que no está tendido en el suelo. El que no sangra a borbotones y al que le

arropan ocho más como él. Tú jamás fuiste demasiado listo, ¿verdad, Palo? El más tonto de la banda. El imbécil que ha decidido que hoy es un buen día para salir de caza. No hay enemigos cerca porque no existe enemigo alguno para un mescalero libre. Sois dueños y señores de lo que nos circunda. Reyes en esta tierra desolada y magnífica. Disponéis y creáis.

Orozco apretó los dientes y comenzó a golpear con fuerza en la boca de Palo. Se valía de la empuñadura del cuchillo y lo hacía con furia. ¿Has intentado morderme? ¿A mí? ¿Pero no ves que, desde hace un rato, estás en mis manos? Jódete, salvaje. Te vamos a dejar sin dientes. Y luego, además, nos vas a decir lo que queremos. O seguiré cortándote dedos.

—Vale, puto marica —dijo Orozco con la cara salpicada de sangre. Palo escupía dientes y más dientes. ¿Tienen los apaches el mismo número de dientes que las personas? Seguro que no—. Ahora dime dónde están los tuyos. Sin gilipolleces o te mato ahora mismo.

Lo mataría de igual forma, pero tampoco era cuestión de adelantárselo al indio.

—Allá —farfulló Palo. Antes tenías la boca llena de dientes y ahora no te queda ninguno. Puede parecer una tontería, pero no te acaba de brotar igual la voz. No te acaba.

—¿Dónde es allá? —interrogó Orozco.

Palo se incorporó un poco y buscó, con la mirada, el sol. Trataba de orientarse.

—Allá —repitió mientras señalaba en dirección norte.

—¿Están en el río, marica? Vamos dímelo. ¿Han ido vuestras bandas a refugiarse en el Pecos?

Parece que fue entonces cuando el mescalero se dio cuenta de que de aquella no salía. Los españoles lo iban a matar. Sí, seguro que sí. Y que lo hicieran porque, tras la paliza que había encajado, Palo nunca volvería a ser el mismo. ¿Qué guerrero acude a la batalla sin un solo diente? ¿Con huesos fracturados y heridas mal curadas? Mejor morir allí. Honorablemente y a manos del enemigo.

Quizás por ello, se echó a reír. A la cara de los españoles. Me río porque todo me importa un carajo. Porque jamás podréis doblegarme. Porque, por mucho que me peguéis, mi esencia es apache y apache lo será también tras la muerte. Soy algo que nunca imaginaríais. Algo que no comprendéis y que os supera por completo.

—Dale otra hostia —sugirió Barrios. El calor apretaba y aquello dejaba de resultar divertido. Dale otra hostia, que nos diga de una puta vez lo que queremos saber y pongámonos en marcha. Un cretino como Palo no merece que le dediquemos tanto tiempo.

Orozco siguió la recomendación de su compañero y volvió a golpear a Palo. En la cabeza varias veces y, tras incorporarse, con la punta de la bota en los riñones.

Y Palo reía. Más y más. Los dragones se aburrían y Orozco resollaba como un caballo tras una galopada. Contesta, Palo, contesta. Hazlo y te mataremos de una forma rápida. Prometido. Sabes que, llegado este momento, a ninguno nos compensa pasarnos aquí el resto del día.

—Quita —dijo, de pronto, Grijalva agachándose sobre el mescalero y desenvainando su propio cuchillo.

Orozco le hizo caso. Dos dragones no compiten entre sí. Uno comienza el trabajo y el otro lo culmina. No hay nada personal en ello.

Grijalva le cortó la oreja derecha a Palo. Con cierta parsimonia, porque así es como más duele. Después, se la mostró al mescalero. La sostuvo frente a sus ojos y la giró varias veces. Lo cierto es que no era gran cosa. Un trocito sucio y ensangrentado de carne, piel y cartílago.

—¿Dónde están? —dijo Grijalva—. Venga, Palo, dínoslo.

Parecía que iba a pedírselo por favor. Oye, Palo, somos enemigos y todo eso, pero estaría bien, si no resulta excesivamente molesto para ti, que nos dijeras dónde se oculta tu gente. Queremos ir y mataros a todos, pero no es nada que vosotros no haríais con nosotros, ¿no es así? De hecho, no es nada que vosotros no hayáis

comenzado a hacer con nosotros. Lo de los ranchos no se nos va a olvidar fácilmente. ¿O qué creíais?

Palo levantó la mano derecha, esa en la que solo le quedaban tres dedos, y señaló el norte.

—El Pecos es muy grande —dijo Grijalva—. Queremos saber dónde. El sitio exacto en el que os habéis escondido con todo el ganado que nos habéis robado.

—Garganta… —masculló, casi en un susurro, Palo.

—¿Garganta? —preguntó Grijalva.

El sargento Ledesma comprendió de inmediato.

—Se refiere a Garganta Honda. Seguro que están ahí.

Grijalva miró a Ledesma y, acto seguido, se volvió hacia Palo.

—¿Está en lo cierto el sargento? ¿Os ocultáis en Garganta Honda?

Y de nuevo, la risa desquiciada del mescalero. Joder, así no acabaremos jamás. Cualquier tío al que le hubiéramos hecho lo que a Palo, nos habría confesado hasta el nombre de su primera novia. Y este bastardo se ríe a carcajada limpia. Que alguien recuerde que hemos de decirle a Croix que los mescaleros no son criaturas de este mundo. A ver qué responde.

—Están en Garganta Honda —dijo Ledesma, quien tomó la risa de Palo como una confirmación—. Tiene sentido. Se trata de un paraje en el que el Pecos se estrecha y corre entre altos cañones. Una garganta profunda en la que puedes ocultarte sin dificultad. Te permite establecer puestos de vigilancia en lugares estratégicos y advertir cualquier aproximación del enemigo. Un buen lugar para esconderse, desde luego.

Quién lo diría, Palo no había pronunciado su última palabra. Conteniendo la risa, como si realizara un gran esfuerzo después de que alguien hubiera dicho algo realmente gracioso, tragó gargajos de sangre, moco y saliva y añadió:

—Grandes bandas…

—¿Qué dices, tarado? —preguntó Grijalva, levantando la empuñadura de su cuchillo, pero sin dejarla caer sobre el mescalero.

—Hay grandes bandas de mescaleros llegando desde el lugar por el que nace el sol…

Los hombres se miraron entre sí.

—No hay más bandas de mescaleros —dijo Grijalva, continuando el interrogatorio. De pronto, aquello se había puesto interesante—. Solo las vuestras y las que se hallan en Buena Esperanza. Ni una más.

—Las hay. En el lugar donde nace el sol.

—¿Al este? Aquello es territorio lipán.

Por eso mismo. Porque es territorio lipán y a los lipanes los exterminamos uno a uno el verano pasado. ¿Recordáis? Que ni un solo lipán quede con vida.

Ahora los mescaleros que erraban por aquellas tierras han hecho suyos los antiguos territorios de caza lipanes.

—Vienen —balbució Palo—. Vienen y crearemos una gran banda. Ellos y nosotros.

¿Son estos los planes de Tuerto y Bigotes? ¿De verdad que son capaces de urdir algo tan ambicioso? ¿Una gran banda de mescaleros? Bien, ¿y con qué finalidad?

—Y cuando estén todos juntos… —añadió Palo, antes de detenerse para escupir más sangre—, cuando estén todos juntos y seamos la gran nación de antaño…

—¿Qué? —se adelantó el sargento—. ¿Qué vais a hacer, malditos?

Palo sonrió a Ledesma. Una sonrisa que no merecía más golpes, pues en ella había un poso de dignidad. Eres una culebra, Palo, pero te has comportado como un hombre. Es de ley reconocerlo.

—Muerte —dijo Palo dejándose caer hacia atrás. Apenas le quedaba un hilo de vida en el cuerpo.

Ledesma podía respetar la dignidad del mescalero, pero necesitaba información. Y la obtendría a cualquier precio.

—Orozco —llamó.

—¿Sargento? —dio un paso al frente el aludido.

—Córtalo en pedacitos.

—Sí, sargento.

—Hasta que nos lo cuente todo.

—A la orden, sargento.

—Quiero saber qué cojones se proponen estos hijos de puta.

Nada bueno, sargento, nada bueno. Orozco se agachó sobre Palo y, con las rodillas hincadas en la tierra, comenzó a cumplir la orden de Ledesma. El resto de los soldados miraba hasta que, cuatro o cinco dedos después además de la nariz y el ojo izquierdo, se aburrieron y comenzaron a conversar, aturulladamente, entre sí.

—¿Por qué diablos estarán reuniendo una gran banda los mescaleros hostiles?

—No, Tuerto y Bigotes son un par de retrasados. Nadie les obedecerá.

—¡Es falso que haya más bandas hacia el este!

—¿Y tú qué sabes? El este es territorio casi inexplorado. No vamos mucho por allí. ¿O es que te alistaste ayer?

—Digamos que sí. Que hay tres o cuatro bandas de mescaleros de las que no tenemos noticia. ¿Por qué habrían de acudir a la llamada de Tuerto y Bigotes? Estos tíos no son precisamente los más queridos entre los apaches. Recuerda que el jefe Alonso no los tiene en buena estima…

—No te fíes jamás de ellos. Es lo único que podemos decir sin temor a equivocarnos. No te fíes jamás de ellos porque lo que para nosotros resulta absurdo, para ellos tiene todo el sentido del mundo.

De pronto, Orozco giró su cabeza y exclamó:

—¡Eh!

—¿Pero por qué…? —continuó alguno.

—¡Eh!

—¡Qué!

—El mescalero ha muerto.

—Maldita sea…

—Y no nos ha dicho para qué están juntando una gran fuerza de combate en Garganta Honda.

—Si es cierto que lo están haciendo…

—Si es cierto…

Todos, por un instante, se quedaron en silencio. Pasó un ángel. ¿El de Palo, que se desprendía de su cuerpo e iniciaba su ascensión hacia el cielo? No, claro que no… Los mescaleros no tienen ángeles en su interior. Nadie que no sea de los nuestros los tiene. Y ellos, definitivamente, no lo son. ¿Alonso, Domingo Alegre? ¿Quizás Volante y Patule el Grande? Dejémoslo para más tarde. Quién sabe… Lo que sí sabemos es que Palo jamás tuvo un ángel dentro. Y si lo tuvo, huyó espantado en el momento en el que asaltaron el primero de los ranchos españoles. Sangre, muerte y mujeres violentadas.

—Muchachos…

—¿Sí, sargento?

—A los caballos. Regresamos a casa. Debemos informar sobre todo esto.

—A sus órdenes, sargento. ¿Enterramos al mescalero, sargento?

No. Que se lo coman las bestias.

* * *

Cabalgaron hacia el sur durante tres días. Tres días tranquilos y en ausencia de ruido. La despiadada calma de las tierras al norte del Río Grande. Te adentras en ellas y te adentras, al tiempo, en el silencio perpetuo. Tú, el resoplar de tu caballo y los pensamientos bulléndote dentro. Hasta el más pequeño de ellos. Hasta ese que nunca pensaste que pudiera hallarse ahí.

Tuerto y Bigotes han enviado emisarios hacia el este. Mientras tanto, ellos se aprovisionaban en los ranchos españoles. Nos llevamos todo lo que sea comestible, pues aguardamos visitas. Muchas bocas que alimentar. Muchas. Bravos guerreros que llegan desde las llanuras del este. Mescaleros que apenas han tenido contacto con los españoles, pero que responden a la llamada de sus hermanos. Venid y, juntos, mataremos a los que han traicionado nuestra naturaleza apache. Porque, sabed, hay gente de nuestra

propia sangre viviendo como blancos. Como españoles. Sí, creedlo, la hay. Están en el Río Grande y se alimentan de raciones que les envían desde el sur. Sumisos. Quietos. No apaches.

Ahora acabaremos con ellos. Acabaremos con los que se dicen mescaleros, pero, en realidad, no lo son.

—¿En qué piensa, sargento? —preguntó López. Cabalgaban muy cerca el uno del otro. Tanto que, a ratos, las alforjas del dragón se tocaban con las de Ledesma.

—Que pinta bien.

—Eso creo yo, sargento.

—Tuerto es un cabrón al que debimos haber matado hace tiempo. Nos habría ahorrado muchos problemas.

—Y Bigotes…

—Bigotes es idiota. Un mal bicho, pero idiota de remate. No podría urdir un plan lo suficientemente dañino por sí solo. Pero junto a Tuerto…

Ledesma no terminó la frase. El terreno se encrespaba un poco y los caballos comenzaron a resoplar.

—Debimos matarlos cuando pudimos —confirmó López la opinión del sargento—. Pero ya sabe usted que las órdenes eran otras…

Las de Chihuahua. Las del comandante general Croix. Paz con los mescaleros a cualquier precio. Pero, ¿y si los mescaleros no aceptan el trato? Cualquier tipo de trato. Incluso el más ventajoso para ellos. Comida gratis. Aguardiente gratis. Techo gratis. Y unos cuantos sumas a cuenta del capitán para que realicen las tareas más pesadas.

¿Qué pasa cuando los mescaleros no aceptan nada de nosotros? ¿Cuando nos atacan y nos matan como a gusanos?

Que nos vemos obligados a replicar.

—¿Qué cree que dirá el coronel Muñoz? —preguntó López.

El sargento no tenía ni idea. ¿Qué hay dentro de la cabeza de hombres como el coronel? Quién sabe… Quizás aprendiera algo si les acompañara en la próxima expedición. Patrulle con nosotros,

coronel. Encarámese al caballo y pase catorce horas al día sobre la silla. A veces no encontramos agua. A veces nos quedamos sin víveres. A veces nos pica una serpiente y la pierna se nos hincha como el tronco de un árbol. No siempre llegas a tiempo al presidio. No siempre tu compañero saja bien la herida y extrae todo el veneno. Te mueres, coronel. En medio de la nada y el silencio. Te mueres, pero no abres la boca porque este es nuestro trabajo y, diablos, nos sentimos orgullosos de él. ¿Se siente usted orgulloso del suyo, coronel? Cabalgue junto a los dragones de El Norte durante dos o tres semanas y, luego, con toda tranquilidad, responda. Responda lo que realmente piensa y actúe en consecuencia. Dígale a Croix que todo esto es un descomunal error. Que los burócratas de Chihuahua se están equivocando de plano.

No existe paz posible con los mescaleros. Existe la guerra y existe el exterminio. Si no le gusta la idea, debería pedir el traslado a América del Sur. Dicen que allí no hay apaches. Mejor para ellos.

Cuando atravesaron la puerta del presidio, Ledesma se enteró de que estaban a 7 de marzo. Habían pasado casi un mes fuera y habían cavado muchas fosas. Demasiadas.

Al menos, el grupo no había sufrido pérdidas. Ni siquiera se les había muerto un solo caballo. Cierto era que a los pobres bichos los tendrían que retirar del servicio durante dos o tres meses hasta que recuperaran de nuevo la forma, pero todos habían aguantado como se esperaba de ellos. Buenos animales.

El coronel Muñoz atravesó la puerta de la capitanía y se dirigió hacia Ledesma y sus dragones. El grupo se había detenido en mitad de la plaza y los hombres comenzaban a descabalgar ante la admiración general. Nadie separa los labios cuando un dragón que llega de una larga misión echa pie a tierra. Escuchamos el sonido de sus espuelas. La respiración de los caballos y los filos de los sables rozando muy levemente la cara interna de las vainas. Como caricias.

* * *

No lo vieron claro. Por mucho que el sargento Ledesma lo repitiera una y otra vez. No lo vieron claro y, en principio, optaron por no hacer nada. Es más seguro. Es más fácil. Es más, desde luego, cómodo.

Bien, pues lo dicho, dicho está. Ledesma no pensaba insistir. De hecho, ni siquiera estaba a su alcance hacerlo. Era un sargento y los sargentos salen fuera cuando se les dice. Reúnen una columna de dragones y tragan leguas y polvo. Van, vienen e informan. Asunto resuelto. ¿Que ahora no queréis hacernos caso? Allá vosotros. Allá todo el mundo.

Llevamos tanto cansancio sobre las espaldas que ahora solo deseamos dormir. Una buena dormida de tres o cuatro días completos. De un tirón. Apáñeselas como quiera, coronel. El trabajo de los que salen fuera, hecho está. Y, aunque esté mal decirlo, impecablemente.

No hubo reuniones formales en la capitanía. De algún modo, y quizás debido al carácter taciturno y poco solvente del capitán Herrán, Muñoz prefería tratar directamente con el teniente Gauna. Mandaba que les ensillaran un par de caballos, reunían una guardia corta de tres o cuatro hombres y salían a pasear por las inmediaciones del presidio. Hoy hacia el norte, mañana hacia el sur. Sin rumbo fijo. Echamos un vistazo. Aquí, en El Norte, nos pasamos la santa vida echando un vistazo. Manteniéndonos alerta, pero no demasiado. Permaneciendo al tanto de todo lo que ocurre, pero sin deslomarnos.

Es que aquí somos todos perros viejos. Menos usted, coronel. Ya aprenderá.

—No deberíamos quedarnos de brazos cruzados —dijo en uno de esos paseos a caballo el teniente. Tampoco perder el juicio y sacar a toda la guarnición del presidio rumbo a Dios sabe qué destino, pero movernos un poco. Estar atentos. A nuestro estilo. Un ojo aquí y el otro en el Pecos.

—¿Y qué se le ocurre que podríamos hacer, teniente? —preguntó Muñoz mientras los dos oficiales y sus escoltas enfilaban, a

trote lento, la senda que llevaba hacia Buena Esperanza—. Porque aquí, dentro de lo que cabe, las cosas van bien.

Los mescaleros del pueblo apache parece que se están acostumbrando a la vida entre cuatro paredes. Alonso en persona se lo ha comunicado al coronel en varias ocasiones: mantenemos nuestra queja porque no siempre las raciones llegan a tiempo y en buenas condiciones, pero, por lo demás, nuestro acuerdo se mantiene.

¿Trabajan bien los sumas que les enviamos, gobernador Alonso? Como mulas, coronel. Como mulas. No sabe usted lo agradecidos que le estamos por el gesto. La ayuda que los sumas nos prestan es esencial. Esencial, coronel. Sin ellos, no somos nada. Pobre gente, los mescaleros, que necesitamos asistencia perpetua. Pobre gente. ¿Recuerda que la semana pasada le advertimos de que nos hallábamos próximos a quedarnos sin aguardiente? Pues ha sucedido, coronel, ha sucedido. Desolador. Sea usted tan amable de hacer algo al respecto. Sí, entendemos que los barriles han de llegar desde Chihuahua, pero muévase, coronel. Tenemos a los muchachos sobrios desde la mañana a la noche. ¿Y quién quiere permanecer sobrio si hay mezcal a mano? Usted no es un don nadie, coronel. Agilícenos el asunto del aguardiente. No sabe cuánto se lo agradeceríamos…

—Las noticias que trae el sargento Ledesma no son buenas —dijo Gauna—. Pobre gente… Nunca fui partidario de que se establecieran ranchos a una distancia tan grande del presidio.

—Entienda que es necesario, teniente. Necesitamos colonizar las tierras del norte.

—¿Y un rancho supone colonia? Coronel…

—Si hay uno, habrá más. Créame, que yo de estos asuntos sé más que usted. Enviamos colonos y dejamos que se establezcan. Y en cuanto empiecen a irles bien las cosas y la voz se corra, es cuestión de tiempo que cien o doscientos más se apresuren a establecerse en las inmediaciones. Se lo garantizo.

—Sea como sea, coronel, ahora están muertos. Todos.

—No todos, teniente, no todos.

—Más de los que deberían. El esfuerzo de años se ha ido al garete.

—Eso sí, teniente. Tengo que reconocérselo. Deberán empezar casi de cero.

Lo cual, ¿importa? Aquí tiempo es lo que nos sobra. Llegarán nuevos pobres diablos desde el sur, los montaremos en una carreta y les daremos víveres para un par de meses. Seguid en línea recta y cuando halléis un buen lugar para estableceros, echad pie a tierra. Aquello es vuestro. En cuatro o cinco meses, una columna de dragones se pasará por allí. Sí, claro que os encontrarán sin dificultades. Buscarán por todas partes y, al final, darán con vosotros. Esto es demencialmente inmenso, pero tenemos tiempo de sobra. Si para entonces seguís con vida, tomarán nota de vuestra ubicación y el capitán inscribirá esas tierras a vuestro nombre en el registro del presidio. Un buen negocio, se mire como se mire: no teníais nada excepto el cielo sobre vuestras cabezas y ahora sois dueños de vuestro propio rancho. Prosperad, amigos, prosperad. Os compraremos todo lo que seáis capaces de producir y, en cinco o seis años, enviaremos más colonos para que se asienten en las inmediaciones. Es bonito tener vecinos. Aunque se hallen a medio día de camino a caballo. Es bonito de veras.

—Me preocupan las intenciones de Tuerto y de Bigotes —dijo el teniente.

—Yo no lo haría… —repuso el coronel—. ¿Qué cree que puede hacer? ¿Atacar el presidio? Por el amor de Dios, teniente… Sea sensato. Ni con doscientos guerreros serían capaces de doblegarnos.

—Puede que tenga razón, coronel…

—La tengo, teniente. Ese par de tarados no supone un peligro para nuestra seguridad, se lo garantizo.

Somos fuertes. Estamos bien pertrechados y la guarnición es joven y dispuesta. No hay mejor armero en todo el norte de Nueva España que el nuestro. ¿Lo ha visto equilibrando un mosquete? Ya puede apuntar a ojos cerrados con uno, que hará blanco. Un artista,

sí señor. Un auténtico artista, nuestro maestro armero. Dios le dé salud durante muchos años.

—Pero sigo pensando que deberíamos hacer algo —concluyó el teniente.

Muñoz se pasó la mano por la papada y se arrellanó en la silla. Estaba engordando, pardiez. Más.

—Las órdenes del comandante general Croix son unas y solo unas, teniente: paz con los mescaleros. A cualquier precio, lo sabe. Bien, pues exactamente eso es lo que vamos a hacer. Sobre todo ahora que las bandas se encuentran ya establecidas en el pueblo apache.

—Cuatro de ellas, coronel.

—De acuerdo, cuatro de ellas. Teníamos seis, pero dos han huido. Ya regresarán cuando el hambre les apriete.

Ledesma dijo que el mescalero que les informó acerca de las intenciones de Tuerto y Bigotes había pronunciado una palabra antes de que se les muriera. Muerte.

Que es, precisamente, la palabra que más odiamos por aquí. Muerte. Si hemos de elegir entre la nuestra o la vuestra, no nos preguntéis con cuál nos quedamos.

—Tuerto es un mal bicho —explicó el teniente—. En el pasado nos dio muchos problemas.

Muñoz no era hombre predispuesto a subir el tono de una conversación. Hablemos, pero en calma. No he cultivado esta magnífica papada en vano.

—De acuerdo, teniente, usted gana —dijo—. ¿Qué propone?

El caso era que Gauna no proponía nada. Todo aquello le intranquilizaba un poco y se sentía en la obligación de transmitir dicha intranquilidad a su superior. Nada más.

—Confío ciegamente en el sargento Ledesma —dijo—. No le diré que es como un hijo para mí, pero casi. Y Ledesma afirma que los mescaleros que se hallan escondidos en el Pecos traman algo.

—¿Qué, por Dios bendito?

A Muñoz casi le sale una exclamación. Casi.

—Un ataque. Estoy seguro de que estamos hablando de un ataque. De lo contrario, ¿por qué iban a estar reuniendo una gran banda?

—No creerá usted que existen mescaleros hacia el este, ¿verdad, teniente? Ni siquiera el sargento está seguro de que los haya. Simplemente, y como es su deber, Ledesma nos transmitió lo que le había dicho el mescalero al que interrogaron.

—Coronel, con el debido respeto: yo llevo aquí muchos más años que usted. Muchísimos.

—No cabe duda de que es así.

—Y quizás no sepa demasiado acerca de política. Pero lo que sí sé sin atisbo de duda es que de los apaches no conviene fiarse jamás.

—Los que están en Buena Esperanza no causan problema alguno.

—Y se lo concedo. Pero jamás se fíe. No por completo. No lo haga y no dé por hecho que no existen bandas muy al noreste de las que nosotros no tenemos noticias.

—¿En territorio lipán?

—En territorio lipán, coronel. Los mescaleros son oportunistas, y si nosotros limpiamos la zona de lipanes, ahora ellos estarán ocupando sus territorios de caza.

—Si es que tales bandas existen.

—Si es que tales bandas existen. Pero yo, si fuera usted, lo comprobaría. ¿Qué perdemos con ellos?

Tiempo. Y tiempo es lo que aquí tenemos de sobra. El tiempo lento, pesado y blando del Río Grande.

—De acuerdo, teniente —concluyó, tras una breve pausa, Muñoz. Tenían Buena Esperanza a la vista y observaban cómo algunas columnas de humo se elevaban parsimoniosamente desde las chimeneas de las casas. ¡Cocinan como personas! Por fin esta gente está asimilando nuestras costumbres. ¡Por fin!—. En una semana o dos puede que enviemos a algunos soldados hasta el

Pecos. Que vigilen a ese Tuerto y que se aseguren de que no nos causa más problemas.

¿Unos cuantos soldados? Bastante más, coronel. Bastante más.

* * *

Cuando accedieron a Buena Esperanza, se sorprendieron ante la paz reinante. Muñoz, sin poder evitarlo, sonrió. Todo hecho dientes. Esto es, precisamente, lo que con tanto ahínco hemos buscado. Apaches viviendo en armonía. Entre ellos y con los españoles.

Y lo cierto era que la gente de Buena Esperanza iba, venía, se ocupaba de sus asuntos y no organizaba las habituales alharacas a las que los mescaleros les tenían acostumbrados. ¡Era cuestión de darles tiempo! ¿Quién dice ahora que el comandante general Croix estaba equivocado? ¿Quién? ¡Que dé un paso al frente!

Ya solo nos falta que se sustenten por sí mismos y la historia se verá completada. Con la paz apache, el fortalecimiento de la frontera norte de Nueva España será un hecho. Venid, ingleses, venid. Y os toparéis con una invulnerable línea de cientos de presidios defendidos por españoles armados hasta los dientes. Ni un paso atrás. Esta tierra es nuestra. Ahora y para siempre.

Alguien avisó a Alonso de que los soldados habían llegado. El coronel y el teniente, ni más ni menos. Alonso se tomó sus buenos diez minutos antes de dignarse a aparecer. Cualquier gobernador que se precie ha de hacerse esperar. Los españoles lo saben y lo aceptan, los mescaleros lo saben y lo propician. La clave reside en hallar en punto exacto. No te ofendo y reconoces mi autoridad.

Alonso, desde luego, poseía una habilidad peculiar para reconocer esos diez minutos justos. Era llamado, se retiraba al interior de su casa, expulsaba a todas las mujeres de la estancia y se sentaba a esperar. En silencio. En la penumbra. Sin hacer ni decir nada. Aguardando, que es lo que mejor saben hacer los apaches.

Aparte de matar enemigos.

Cuando por fin el mescalero se presentó frente a los jinetes, estos le saludaron llevándose las manos a la frente.

—Buenos días, gobernador Alonso —dijo Muñoz, adoptando ese tono a medio camino entre la solemnidad y la firmeza tan propio de él cuando se dirigía a los mescaleros. Eres el gobernador, pero porque yo lo digo. Que no se te olvide.

Alonso asintió dos veces a modo de correspondencia. Ni una más. Demasiado pronto para separar los labios. Para dignarse a hablar con el coronel. Se le cambiaría la cara antes de medio minuto. Verás.

—¿Sabes algo de los jefes Tuerto y Bigotes? Hace ya mucho tiempo que partieron de Buena Esperanza…

Alonso se encogió de hombros. ¿Cómo iba él a saber algo? Desde que accedieran a tomar posesión del pueblo apache, no se había movido de allí.

—Pues yo sí que he recibido noticias —continuó Muñoz. A ratos miraba por encima de la cabeza de Alonso. Tenéis todo esto muy limpio y ordenado. Da gusto venir de visita, la verdad. Te felicito, Alonso, te felicito. Cualquier día dejo de enviarte a los sumas—. Malas noticias.

Dijo esto el coronel y posó sus ojos en el mescalero. Y el mescalero le sostuvo la mirada. Preocupado.

Muñoz se dio cuenta. Todos somos importantes y todos sabemos cosas. Pero yo más que tú. Es así y así será siempre.

Había inquietud en el semblante de Alonso. Quizás por ello, el coronel añadió:

—Ya sé que tú y los tuyos no tenéis nada que ver con esto. No estaría aquí si lo creyera. Nuestros pactos son sólidos y no dudo de la buena voluntad de los mescaleros de Buena Esperanza.

—¿Malas noticias? —preguntó el jefe Alonso, turbado.

—Sí… —contestó el coronel. Volvió a levantar la vista por encima de la cabeza de Alonso—. Han atacado varios ranchos españoles. Han matado a unos cuantos de los nuestros y se han

llevado todo el ganado. Al parecer, están reuniendo una gran banda en las riberas del Pecos…

—¿Una gran banda?

—Mescaleros del este. Mis hombres capturaron a un guerrero de Tuerto y le interrogaron: el ganado que han robado lo necesitan para alimentar a los cientos de personas que han de venir desde el levante.

—¿De territorio lipán?

—Sí, de territorio lipán.

Se hizo un silencio que Muñoz prolongó voluntariamente. Si has de decirme algo, ya me lo dirás. No tengo prisa.

—No hay más bandas —sentenció, al rato, Alonso.

—Es lo que yo creo —dijo Muñoz.

—Hace años sí, pero ahora ya no.

—¿Había bandas de mescaleros hacia el este?

—Lucharon contra los lipanes y perdieron. Puede que quedaran algunos hombres, pero pocos.

—Comprendo…

Muñoz se entretuvo rodeando su mano con las riendas del caballo. Observaba la punta de sus dedos como si lo hiciera por primera vez en la vida. Caray, son diez.

—Resulta que el mescalero al que mis hombres atraparon, el de la banda de Tuerto, dijo algo respecto a un posible ataque.

En realidad, no lo había hecho, pero Alonso no tenía por qué saberlo.

Funcionó. Inexplicablemente, pero funcionó. El jefe mescalero abandonó el habitual trato condescendiente que utilizaba con los oficiales españoles y fue directo al grano. Y es que la situación lo requería.

—Debemos ir a por ellos, coronel —dijo en un español casi perfecto—. Antes de que sea tarde. Los dragones del presidio y nosotros. Hablaré con el resto de los jefes y reuniremos una gran banda para luchar en el Pecos.

—¿Contra Tuerto y Bigotes? ¿De verdad quieres ir a luchar contra tus antiguos amigos?

—Ellos no me preocupan. Me preocupa el resto. La gran banda que están reuniendo. Si permitimos que eso suceda, vendrán hasta el Río Grande. Vendrán con la peor de las intenciones.

Muñoz no pudo evitar una sonrisa. Que lo hagan. ¿Acaso creen que van a poder con nosotros? No nacimos ayer. El Norte es fuerte y la guarnición está preparada. El presidio al completo lo está. Hombres, mujeres y niños. Si deciden venir, los masacraremos abriendo fuego indiscriminado desde los muros.

—No se atreverán a atacar el presidio, gobernador Alonso.

—No quieren atacar el presidio, coronel.

—¿No?

El mescalero dio un paso hacia delante y se situó muy cerca del caballo de Muñoz. Tanto que uno de los dragones de la guardia del coronel acercó muy despacio la mano hacia la empuñadura de su sable.

—No —sentenció el jefe Alonso. Y explicó—: Quieren destruir Buena Esperanza. Quieren acabar con nosotros.

* * *

Caramba, caramba… Aquello daba un giro a las cosas. Inesperado. Curioso. Quizás hasta ventajoso para los españoles. De manera que los odios y las inquinas entre vosotros llegan tan lejos… Sabíamos que no os teníais en buena estima. Sabíamos que Tuerto y Bigotes os la tenían jurada a más de uno. Sabíamos cosas. Y lo que no sabíamos, nos lo imaginábamos. Pero, desde luego, de lo que no teníamos ni la más remota idea era de que las rivalidades llegaran tan lejos. Tan, tan, tan lejos. Van a venir para mataros a todos. Implicando para ello a unos mescaleros del este de cuya existencia ni siquiera tenemos constancia. Se aprovisionan de carne y víveres, se ocultan en un lugar seguro para urdir sus planes y aguardar el

momento propicio, y atacan. Buena Esperanza cae, las bandas de los mescaleros partidarios de la colaboración con los españoles son destruidas y…

¿Y?

¿Qué diablos ganan Tuerto y Bigotes con todo esto? Lo más probable es que, en medio de la cruenta batalla que se desate, muchos de los suyos caigan. Hombres que, a buen seguro, pertenecerán a su propia familia: hijos, primos, sobrinos, hermanos… No hay lucha que no se cobre su precio.

Ganan porque ganan. Desde la mentalidad española, resulta complicado de entender, pero hasta los niños mescaleros que apenas caminan lo comprenden. Nos odiamos tanto y con tanta intensidad que el resto del mundo desaparece ante nuestros ojos. Desaparecen las llanuras, desaparecen las montañas, desaparecen los ríos. Desaparecen los españoles, los presidios, las tropas armadas y cualquier intento de estrechar lazos. No queda nada. Nada excepto las animadversiones. Y a ellas nos damos. Y en ellas nos centramos. Venceremos porque vencer, en sí mismo, supone un loable objetivo. Ganar y ser solo nosotros. Nosotros con toda la tierra para nosotros.

Muñoz y Gauna no supieron, en principio, cómo tomarse aquello. De hecho, se sintieron bastante confusos durante un rato largo. Abandonaron Buena Esperanza, se encaminaron al presidio y, una vez en él, descabalgaron y se dirigieron a la estancia que servía de comedor para los oficiales.

—Teniente…

—Coronel…

—Buen provecho.

Les sirvieron sendos platos de carne de buey guisada, pero ninguno de ellos consiguió terminárselo. Las reflexiones en el interior de sus cabezas eran tan intensas que abotargaban cualquier intención. Dicho en plata: a ratos, y para un observador que no reconociera los galones en el uniforme, aquellos dos hombres meditabundos no pasarían de ser un pobre par de tontos retardados al que alguien, por pura caridad, alimenta. Dios y la pena obligan.

Qué cariz han tomado los acontecimientos. Qué cariz…

Por fin, el coronel se animó a compartir con el teniente sus inquietudes. No le quedaba otro remedio.

—Curioso… —dijo mientras se pasaba la lengua por los dientes para eliminar los restos de comida.

¿Curioso? A Gauna se le ocurrían muchas formas de describir lo que hacía un rato había escuchado y presenciado, pero, sin duda, entre ellas no se hallaba la utilizada por Muñoz.

—Creo que deberíamos volverlo a nuestro favor —repuso el teniente sin irse por las ramas. Aquí estamos a lo que estamos, coronel. No lo olvide jamás.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Que una guerra entre mescaleros no es algo que nos perjudique.

Muñoz miró al teniente y se tomó unos segundos para responder.

—Ciertamente, no lo es.

Gauna, animado por la aquiescencia del coronel, expuso su rumia sin ambages. Seamos prácticos y vayamos al grano.

—Si se matan entre ellos, asunto resuelto. Muerto el perro, muerta la rabia.

—Le recuerdo, teniente, que las órdenes de Chihuahua y, por lo tanto, las que llegan desde España, son claras al respecto: debemos lograr la paz con los mescaleros como paso previo a una paz global con todas las naciones apaches. Resulta vital para nosotros que esta tierra se civilice. Vital, ¿comprende? Si no lo logramos, nuestros planes en la frontera norte de Nueva España jamás podrán ser llevados adelante. Al menos, no con éxito garantizado.

—De acuerdo, coronel. No niego ninguna de sus palabras. Pero estará de acuerdo conmigo en que algo estamos obligados a hacer con los mescaleros hostiles. Los informes del sargento Ledesma son concluyentes al respecto. ¿No habíamos decidido que era una buena idea enviar a unos cuantos hombres para que vigilaran de cerca a Tuerto? Pues el cielo se ha abierto ante nosotros. Se lo aseguro,

coronel: aquí, en lugares como El Norte, los golpes de suerte no son nada habituales. En absoluto, puede tener la seguridad de ello.

—¿Qué quiere decir?

—¡Que estamos ante el más grande de ellos! Solo necesitamos chasquear los dedos para que Alonso, Alegre y el resto se pongan a nuestras órdenes.

—¿Está usted seguro, teniente?

—No me cabe la menor duda. Piense en la cara que puso Alonso cuando le referimos lo que nos contó el guerrero de Tuerto. A nuestro querido gobernador le hemos estropeado el día. A estas horas, me juego la paga de una semana, estará deliberando con el resto de los jefes en torno a lo que deben hacer.

A Muñoz comenzó a interesarle el razonamiento del teniente.

—¿Y qué cree que determinarán?

—¿Qué haría usted si considera que su pueblo se halla en grave peligro? ¿Que una poderosa fuerza de combate se está conformando a tres o cuatro días de distancia de aquí para atacarnos sin reservas? Exterminio, coronel, exterminio. Es lo que Tuerto y Bigotes pretenden para los mescaleros de Buena Esperanza. Se odian y solo la muerte zanjará las diferencias entre unos y otros.

—¿Le parece que el presidio está en peligro?

—Tuerto está loco, pero no es idiota de remate. Sabe que puede atacar nuestros ranchos más lejanos y salir más o menos indemne. Pero nunca se atreverá a lanzar un ataque suicida contra nuestra posición. Han pasado el suficiente tiempo en Buena Esperanza como para saber que disponemos de muchos hombres, de muchas armas y de muchas balas. No se la jugará con nosotros, coronel. Puede estar seguro de ello.

—De manera que irán solo a por los mescaleros de Buena Esperanza.

—A por los renegados. A por los que ellos consideran que no son dignos de llamarse apaches.

Muñoz hizo una pausa que aprovechó para repantigarse en su silla y rascarse el cuello y la papada. Respiraba con sonoridad y, de

un bolsillo de su casaca, extrajo un cigarro algo arrugado que estiró cuidadosamente antes de llevárselo a los labios y solicitar lumbre.

—Podemos intentarlo —dijo, al poco, Muñoz. Reflexionaba en voz alta—. El único objetivo de la misión que me mantiene aquí es conseguir y garantizar la paz con los mescaleros del Río Grande. Por supuesto, con el menor gasto posible para Chihuahua. No están los tiempos para dispendios, ¿me sigue?

—Al pie de la letra, coronel.

—Por supuesto, todo lo que suponga mantener a nuestros soldados con vida resulta un ahorro contante y sonante.

Lo bueno de los coroneles es que saben de qué va todo esto. Saben de armas, saben de estrategias, saben de política y, desde luego, saben de cuentas. Muchísimo, pues de ellas depende el éxito o el fracaso de todo lo anterior. Gran tipo, nuestro Muñoz.

—Con sus palabras no hace sino corroborar las mías, coronel —repuso Gauna—. Usemos a los guerreros de Alonso contra los mescaleros hostiles del río Pecos.

—Mescaleros contra mescaleros… Pero, ¿de verdad usted cree que…?

—Se matarán entre ellos. De la más salvaje de las maneras posibles. De otros asuntos quizás no sepa demasiado, pero creo que conozco un poco a los mescaleros. Aborrecen a otras naciones apaches. Aborrecen a los comanches, por supuesto. Y a los navajos. Pero si detestan a alguien por encima de todo, es a un mescalero que ellos consideran renegado. Más o menos, como el odio entre hermanos: las heridas jamás se restañan y todo acaba mal.

A estas alturas de la conversación, el teniente Gauna sonreía ligera e involuntariamente. Muñoz le observaba con semblante circunspecto. A fin de cuentas, él era allí el que debía dar la orden final. Fuera esta cual fuera.

—Mescaleros contra mescaleros —se repitió a sí mismo el coronel—. Suena bien…

Sonaba de maravilla. De hecho, Gauna creía, con buen criterio, que ni siquiera sería necesario acudir hasta Buena Esperanza y, tras

reunir a los jefes apaches, solicitar de ellos su ayuda.

Vendrían. Vendrían y se pondrían a disposición de los españoles antes de tres o cuatro jornadas. Eso, o el teniente Gauna no comprendía cómo funciona el mundo.

* * *

Tardaron menos de un día. A la mañana siguiente, muy temprano, los jefes Alonso, Domingo Alegre, Volante y Patule el Grande se aproximaron a caballo hasta el presidio. El soldado de guardia dio el aviso y varios hombres se apresuraron a abrir el portón.

Tras ellos, a unos treinta pasos de distancia, les seguía un grupo de setenta hombres a caballo. Los guerreros más fuertes, jóvenes y dispuestos de las bandas de los cuatro jefes.

Gauna sonrió al verlos. Si elegís lo mejor entre lo mejor, si lleváis a vuestros propios hijos a una batalla incierta, es porque realmente consideráis que el peligro es auténtico. Iréis a por Tuerto antes de que Tuerto venga a por vosotros. Algo que no os cabe la menor duda de que, tarde o temprano, sucederá.

Ledesma, vaya preparándose. Se va usted hasta Garganta Honda con estos apaches. Al frente de la columna. Que es, precisamente, lo que ahora nos toca dejar claro. Meridianamente claro: mandamos nosotros.

Domingo Alegre, en su calidad de capitán de guerra de Buena Esperanza, portaba al hombro el mosquete que los españoles le habían entregado.

Semblantes graves y altivos, como la circunstancia lo requiere. Había más boato en los jefes apaches del norte de América que en las damas de la realeza al otro lado del Atlántico. Cosas que pasan.

El teniente se presentó ante los cuatro jefes. Esta vez, él acompañaría al sargento Ledesma y se haría cargo del mando. Como cuando fuimos a exterminar perros lipanes. Habían transcurrido

nueve meses que parecían nueve siglos. La cadencia del tiempo en el Río Grande no perdona.

—Me alegro de verte por aquí, gobernador Alonso —saludó Gauna sin olvidar el debido protocolo: menciónalos a todos o la ofensa será de las que no se olvidan fácilmente; y no es momento adecuado para agraviar a ningún mescalero—. Capitán Alegre. Jefe Volante. Jefe Patule.

Los mescaleros sacudieron levemente las cabezas desde lo alto de sus caballos. No se habían pintado las pieles, pero llevaban el pelo más emplumado de lo habitual. Te acicalas para la guerra. Como todos. Echas mano de tu mejor uniforme, de tu mejor cuera, de tu mejor mosquete. De eso que te hace sentir bien contigo mismo. No te salvará la vida si tú no pones algo más de tu parte, pero ayuda.

En los penachos de plumas se demuestra el poder. En las lanzas profusamente decoradas. En los arcos, en las flechas, en los machetes, en la forma salvaje y única de encaramarse a un caballo y, sin silla ni espuelas, gobernarlo con una precisión que muchos jinetes españoles querrían para sí.

Gauna no hizo más preguntas. No las hizo porque sabía que no obtendría respuestas. ¿Por qué expresar con palabras lo que a la vista de todos está? Nos hallamos listos para la partida. Hemos elegido a nuestros mejores guerreros. Se quedan unos cuantos al cuidado de Buena Esperanza y de las mujeres, niños y ancianos que allí dejamos, pero el resto va. Hacia el Pecos. Hacia el paraje del Pecos donde decís que están ocultos Tuerto y Bigotes. Y vamos porque no deseamos aguardar. Permanecer de brazos cruzados y no hacer nada por evitar lo inevitable.

Ahora es el tiempo. Porque ya es primavera y porque la primavera es una buena época para luchar y para morir, para morir y para defender la dignidad y el honor de los auténticos apaches mescaleros del Río Grande.

—Necesito una hora —dijo el teniente, mirando primero a Alonso y después a Alegre. Tendría, ahora que abandonaban el

pueblo, que invertir el tratamiento: en situación de combate, Alegre era el hombre al que debía dirigirse. El capitán de guerra mescalero —. Mi sargento debe reunir a sus hombres. Partiremos entonces.

Los jefes asintieron, pero ninguno de ellos hizo amago de descabalgar. Aguardarían allí. Enhiestos como un poste. Ellos en la plaza y sus setenta guerreros al otro lado del muro de adobe.

Un cabo, casi de modo inconsciente, se encaramó a la plataforma y observó el pequeño ejército apache. No formaban ni se disponían en orden alguno pero, aun así, su presencia imponía. El cabo miró de reojo al cañón más cercano. Tenía tres balas junto a él. Si alguien le alargaba un poco de pólvora, se sentía capaz de hacer un disparo en menos de un minuto. ¿Le parece, teniente? Un disparo de cañón para sembrar el desconcierto y, acto seguido y una vez que la guarnición al completo se haya subido a la plataforma, fuego de mosquete a discreción. Hay unos noventa civiles en el interior del presidio. Hombres, mujeres y niños. Gente que sabe qué ha de hacer en caso de ataque. Todos han memorizado una posición y una tarea: abastecimiento de los soldados, refresco de los cañones, retirada de los cadáveres. Rezar es importante, pero moverse deprisa y con acierto lo es todavía más.

Cabo, ya nada es lo que era. Hoy, quién lo diría, luchamos mano a mano con los mescaleros. ¿Qué ganamos con ello? Buena pregunta, cabo, buena pregunta. Llegará lejos, cabo. Es usted un tío despierto de cojones.

Una hora después, el sargento Ledesma formaba al frente de sus ocho dragones de confianza. Gauna, como en anteriores ocasiones, insistió para que eligiese a algún hombre más, pero el sargento se limitó a sonreír. Déjeme hacer, teniente. Esto es mejor así. Confíe.

Gauna confió. Y lo hizo, sobre todo, teniendo en cuenta que hoy él, personalmente, se ponía al frente de la columna. Por primera vez en su vida, comandaba una fuerza de ataque mixta: diez españoles uniformados y cubiertos de pólvora hasta las orejas y setenta soldados auxiliares mescaleros.

¿Saldría bien? ¿Se iría todo al fondo de un pozo negro? En verdad, no se hacían tales preguntas. Puede que por responsabilidad. Puede que por inconsciencia. O porque el calor ya apretaba de firme.

El teniente chasqueó la lengua e hizo que su caballo atravesara el portón del presidio. Él cabalgaba primero y así debían verlo los jefes mescaleros. El sargento observó el lento trotar de Gauna y se giró hacia los suyos:

—Venga, gandules. Hay trabajo.

Pasaron, uno detrás de otro, frente a los cuatro jefes. Despacio, como si no fueran a ningún lado importante. El teniente les había marcado el paso y ellos se limitaban a seguirlo.

Orozco, que cerraba la columna española, fue el único que no chasqueó su lengua. Miró a Alonso, Alonso le devolvió la mirada y tiró suavemente de las riendas de su montura. El dragón les cedía el paso. Un pequeño gesto de deferencia para que no quedaran humillados en la retaguardia del grupo.

El capitán Herrán entreabrió la puerta de la capitanía y, a través de ella, asomó la cabeza al exterior. Después, y sin molestarse en saludar a nadie, se volvió a ocultar, cerró la puerta, retrocedió hasta su escritorio y anotó la fecha en sus papeles: 21 de marzo de 1780.

Primavera en el Río Grande.

* * *

El avance hasta el Pecos se llevó adelante sin contratiempos. Gauna optó por imprimir un ritmo ágil a la columna: trote rápido y que nadie se quede atrás. De alguna forma, ardid de soldado viejo: yendo deprisa hay menos tiempo para ocuparse de cualquier otra cosa que no sea el avance.

Los mescaleros se comportaron. Quizás porque a los que más les iba en esto era a ellos. Gauna se imaginó a Alonso y a Domingo advirtiéndoles a todos. Avisándoles de que aquí y ahora, tonterías,

las justas. Tenían que llegar hasta el Pecos, tenían que encontrar a las gentes de Tuerto y de Bigotes y tenían que matarlos a todos. Sin miramientos. Como se hace con las serpientes: te las topas en tu camino y no dudas de que partirlas por la mitad con tu cuchillo es la mejor de las opciones.

Quizás hoy no te muerdan y te envenenen. Pero puede que mañana sí.

Desde el principio, los soldados españoles cabalgaron ligeramente separados de los mescaleros. En teoría, todos formaban parte del mismo ejército. De una forma un tanto vaga, y puesto que muchos de ellos ya habían recibido cierta instrucción militar, a los guerreros apaches podía ya considerárseles como soldados auxiliares españoles. De una forma un tanto vaga, que nadie se llame a engaño: ni respondían adecuadamente a las órdenes del sargento, ni, aunque algo así hubiera sido deseado alguna vez por ellos, se hallaban en disposición de hacerlo.

Una cosa es que todos anhelemos que algo suceda. Y otra bien distinta que los mescaleros, de la noche a la mañana, se imbuyan de los hábitos y usos militares españoles.

¿Sabes qué sucede cuando el sargento da una orden? En realidad, es sencillo, pero de puro simple, a los mescaleros no parece entrarles en la cabeza. Que obedeces. Lo haces a ciegas y solo porque es el sargento quien ha hablado. Podrían fijarse un poco y extraer conclusiones por ellos mismos. Ledesma, una vez puestos en marcha en dirección norte, apenas hablaba con sus hombres. No, porque tampoco tenían gran cosa que decirse. Aquí no gastan saliva en vano ni los coyotes del desierto. Pero cuando el sargento separa los labios y se dirige al hombre que cabalga inmediatamente al lado de él, el hombre, como movido por un impulso interno, obedece al sargento. No piensa, porque pensar no es cosa de dragones: actúa; hace lo que se le pide; ni rechista. Va.

Así se es dragón en el norte de Nueva España. Así se es y así son las cosas porque, además, no de otra forma podrían ser.

Habitamos un territorio que siempre está en guerra. Somos frontera y la defendemos.

Habría bastado con que alguno de aquellos orgullosos guerreros mescaleros dijera las palabras mágicas: Sí, sargento. ¿Ves qué sencillo? Sí, sargento, y de ahora en adelante siempre confiaremos en vosotros. No del todo, desde luego. Locos de remate no nos hemos vuelto. Pero sí un poco más que ahora. Sí, pues sabremos que sois nosotros, que comprendéis y respetáis nuestros procedimientos. Manda quien manda y el resto obedece. Sí, sargento. Y podríamos decir que vuestro trabajo como soldados auxiliares del ejército español ha comenzado de veras. Incluso, qué cosas, antes de recibir el sagrado bautismo. Asunto al que, por cierto, deberíamos dedicarle un poco de atención cualquier día de estos. El capellán está harto de repetirlo: somos cristianos o somos bestias de Satanás. No existe término medio.

Mientras cabalguen a nuestro lado, no se revuelvan contra nosotros y reconozcan un objetivo común, de momento nos conformamos. Llegarán tiempos mejores. Distintos.

Ahora son como son y son lo que son. Apaches y soldados. Casi todo de lo primero y muy poco de lo segundo. El coronel Muñoz decía que se trataba de darles tiempo. Pero puede que sea porque el coronel Muñoz nunca abandona el presidio para avanzar hacia la batalla. Porque él no los tiene ahora cabalgando a tres pasos de distancia. Separados de nosotros, pero no lo suficiente como para decir que no cabalgamos juntos. Vamos. Vosotros estáis ahí y nosotros estamos aquí. Y los caballos se echan leguas a las patas.

Caballos que, por cierto, son todos españoles. Y no en el sentido de que no existe caballo en toda América que no proceda de las tripas de una de nuestras yeguas robada hace quién sabe cuánto tiempo, no… En el sentido más puro y literal, pues había sido una más entre las acostumbradas peticiones de los mescaleros. Buena Esperanza es un lugar maravilloso para vivir y esperamos que nuestra vecindad dure siglos, pero, entendedlo, somos gentes que gustan de cabalgar a cielo abierto. Prometemos estar siempre de

vuelta a la hora de la cena, pero, ¿no habría posibilidad de que nos entregarais cien o ciento cincuenta caballos? Es que los nuestros no se hallan en un estado precisamente bueno… En fin, coronel Muñoz, ya comprende usted que nosotros necesitamos monturas. Y que, por otro lado, ¿de qué mejor manera podremos servir a los intereses del presidio que a lomos de caballos jóvenes y fuertes?

Y ahora los setenta guerreros mescaleros que avanzaban a paso rápido hacia el Pecos lo hacían cabalgando animales criados en los ranchos cercanos. Caballos destinados a los hombres del presidio y que Muñoz había adquirido a los rancheros sin escatimar un peso. Esto lo paga Chihuahua. Y lo hace porque la paz no tiene precio.

Alcanzaron el río tres días después de haber partido del presidio. El Pecos se deslizaba con su habitual parsimonia. Un río ancho y calmoso de riberas suaves y desérticas. Piedras, rocas, tierra, arbustos y hierbajos. Lo habitual por aquí. Un paraje vastísimo y de pocas estridencias. Fue entonces cuando Gauna comprendió que había llegado la hora.

La hora de dejar bien claro que allí mandaba él. Mandaban los españoles y cualquier otra opción quedaba descartada por completo.

—Sargento —dijo Gauna mirando el río.

—¿Sí, teniente?

—Vaya y sitúese al frente del grupo. Donde está Alonso.

—A sus órdenes, teniente.

—Vaya solo y deje bien claro que se pone al mando del grupo. De los mescaleros también.

—Sí, teniente.

Ledesma se disponía a hacer lo que Gauna le había ordenado cuando este añadió:

—En cuanto lo tenga todo bajo su mando, iré yo.

El sargento miró al teniente, asintió con el mentón y puso a trotar a su montura.

En la vanguardia del grupo apache, Alonso y el resto de los jefes observaban la majestuosidad del Pecos. Hablaban entre ellos

en jerga india, pero, aun así, se callaron cuando el sargento se les acercó y les sobrepasó.

—Gobernador Alonso —dijo Ledesma, tratando de parecer ceremonial. A ver cómo os lo tomáis—, de ahora en adelante, el teniente Gauna asume el mando. Totalmente y sin reserva alguna. Tras él, voy yo. Y detrás de mí, el capitán Domingo Alegre. ¿Entendido? Esta es la cadena de mando. Que nadie lo olvide.

Hace unos cuantos años, a quien así hubiera hablado a un jefe mescalero le habrían quedado treinta segundos de vida. Pero, y puede que en esto el coronel Muñoz no anduviera descaminado, los tiempos comienzan a ser otros.

Los jefes apaches ni pestañearon. Solo Patule el Grande, ese indio que, de puro juicioso y reflexivo jamás nos pareció tal, asintió con la cabeza. Sí, comprendido, sargento. Tiene lógica lo que usted dice… Mientras dé usted soluciones a todos nuestros problemas, nos tendrá a su lado.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Gauna, sabedor de que la pausa y la paciencia jugaban de su lado, actuaba sin prisa alguna. Por ello, solo un buen rato después, cuando el sargento comenzó a lanzarle miradas nerviosas, el teniente le dijo, en voz baja, al dragón que más cerca de él se hallaba:

—Vamos.

Y clavó ligeramente las espuelas a su caballo. El bicho, que no se lo esperaba, respondió con prontitud y salió trotando hacia delante.

Gauna bajó la cabeza y miró a los jefes apaches situándose de forma que el ala del sombrero le hiciera sombra.

—Bien —anunció tras carraspear un poco—, no estamos muy lejos de Garganta Honda. Unas cuatro o cinco leguas hacia el noroeste. Señaló con el dedo para que los jefes apaches comprendieran el punto cardinal—. En menos de medio día —continuó— estaremos allí. Sin embargo, debemos ser prudentes. Mi plan pasa por avanzar un par de leguas más siguiendo la ribera del río y buscar un sitio para pernoctar. Todavía nos quedarán varias

horas de luz, pero resulta inútil intentar un ataque hoy mismo. Se nos echaría la noche encima y perderíamos la ventaja de la sorpresa. Recordad que ni siquiera sabemos cuántos son exactamente.

El jefe Volante, el más joven y, por lo tanto, el menos templado de los jefes mescaleros, se agitó en su caballo y dijo algo:

—¿Por qué no enviamos exploradores?

Gauna ya lo había pensado, pero, en un principio, había desechado la idea. Sabían dónde estaban Tuerto y Bigotes: en Garganta Honda, un paraje cuya ubicación conocían sin atisbo de duda.

—Es bueno saber cuántos son —añadió, con nitidez palmaria, Volante. No es lo mismo enfrentarte a cien que a doscientos. ¿Sabemos si esas bandas que supuestamente existen al este y cuyo auxilio fue reclamado por Tuerto y Bigotes han llegado al Pecos? ¿Cuántos guerreros hay en Garganta Honda?

El teniente observó al sargento y el sargento, aunque le sostuvo respetuosamente la mirada, no movió un músculo. Hacerlo, y ambos hombres lo sabían, habría supuesto cuestionar, delante de los jefes mescaleros, su capacidad para tomar decisiones correctas.

Gauna vislumbró que Volante tenía razón. Era bueno saber qué les esperaba para, de este modo, actuar en consecuencia. Así lo hizo saber. Dos pájaros de un tiro: elegía la mejor de las opciones y lo hacía a iniciativa de uno de los jefes. A buen seguro que se lo tomaban como un buen augurio. El teniente es un tipo duro y estricto, pero escucha lo que los mescaleros tienen que decir.

—De acuerdo —dijo Gauna—. Enviaré ahora mismo una partida de tres hombres en misión de exploración. Pero quiero que estén de vuelta antes de que caiga la noche.

Si cabalgaban deprisa, podrían llegar hasta Garganta Honda en un par de horas. Tres hombres a galope tendido en terreno llano. Sí, dos horas a la sumo. Ir, echar un vistazo rápido y regresar para informar.

—Elija tres hombres —ordenó Gauna en voz alta para que todos le escucharan—. Dos mescaleros y un dragón.

¿Cómo? ¿Irían dos apaches y sería Ledesma el encargado de elegirlos? Los jefes apaches mantuvieron serio el semblante: antes muertos que dejar traslucir sus emociones, pero a Gauna no le engañaban.

Que las decisiones, también las que afectan directamente a los mescaleros, las tome un blanco, era algo que no les hacía la menor gracia.

Pues exactamente eso es lo que pretende el teniente.

—Tú y tú —dijo Ledesma moviéndose con su caballo entre los mescaleros. Señaló a dos hombres de la banda de Alonso: Marinero y José Seisdedos. Les conocía de tiempo atrás y había luchado junto a ellos en varias ocasiones. Buenos hombres, leales y bravos. Si tenía que enviar a uno de sus soldados junto a dos apaches, que estos fueran Marinero y Seisdedos. No se la jugarían en la Garganta.

Alonso sonrió. Es un honor que seleccionen a tus guerreros para una misión peligrosa. Un auténtico honor.

—¡Orozco! —gritó el sargento sin molestarse en dar media vuelta.

El dragón chasqueó la lengua y apretó los flancos del caballo con los muslos.

—Sargento…

—¡Vas tú con ellos!

—A sus órdenes, sargento.

Sabía que la cosa estaba entre López, Cuéllar y él. Y Mesa, si es que todavía estuviera vivo. En tareas de exploración y reconocimiento se envía siempre a dragones experimentados. Y más si tus compañeros de partida son dos apaches.

—Mirad —dijo Gauna—, no quiero gilipolleces.

El teniente no creyó que Marinero, Seisdedos y los jefes apaches comprendieran el término, pero su muchacho sí, y eso le bastaba. Orozco, nada de gilipolleces.

—Con muchísimo tiento y sin que os descubran, tratáis de localizarlos y de contar cuántos son. En eso consiste la misión. Queremos saber cuántos son y punto. Una vez que los sepáis, salís de allí a la velocidad del rayo. ¡Pero sin descubriros! Tenemos que mantener la capacidad de sorpresa. Mañana, si Dios quiere, vamos a darles mucho por culo a esos bastardos hijos de la gran puta.

Alonso sonreía de oreja a oreja. Gauna hablaba deprisa y él desconocía alguna que otra palabra de la arenga del teniente, pero, aun así, le satisfacía que dos hombres de su banda fueran en vanguardia. Seisdedos había tomado como esposa a una de sus hermanas y Marinero era su primo segundo por parte de padre. Nos unen lazos estrechos. Lazos de sangre que jamás, suceda lo que suceda, se rompen. Cabalgad junto al español y comportaos como se espera de vosotros. No deshonréis a la gente de vuestra banda.

Bajo ningún concepto y sea cual sea la circunstancia, deshonréis a los nuestros. Prefiero perderos a manos del enemigo que veros regresar en falso.

¿Ves? Es lo que nos diferencia: a Ledesma le bastaba con que su hombre volviera sano y salvo. Si lo estropeas todo, mala suerte. Pero tú vuelve. Aunque sea, arrastrándote como una culebra. Te cubriremos, chico. Siempre lo hacemos.

Los tres hombres se aprovisionaron de agua y partieron. Orozco había dejado atrás su lanza pero, salvo por esto, llevaba consigo todo el equipo propio de la caballería pesada: sable, escudo, mosquete, puñal, alforja de munición, cuera ceñida al pecho, botas altas, espuelas y sombrero calado hasta las cejas. Los dos mescaleros, por su parte, viajaban ligeros: una manta india a modo de silla de montar, unos calzones por toda vestimenta, el pelo largo anudado a la espalda en una larga trenza, arco, flechas, cuchillo, lanza corta y machete. El plan es no dejarnos ver, pero si nos sorprenden, venderemos cara nuestra vida.

Pusieron los caballos al galope y siguieron el río en sentido contrario al de la mansa corriente. Orozco, en una ocasión, había cabalgado casi hasta las fuentes del Pecos. A muchísimas leguas de

aquí. Eran otros tiempos. Cuando el capitán Herrán todavía no se había vuelto taciturno y se afeitaba la barba cada mañana. Cabalgaban durante semanas sin divisar un alma humana: española, inglesa, francesa o india.

Cuando llegaron a Garganta Honda, Orozco detuvo la marcha. Habían galopado hasta allí sin apenas cruzar palabra y todavía no estaba seguro de si se podía fiar de los dos mescaleros.

—Es mejor que sigamos a pie —dijo.

Los apaches le miraron, asintieron y descabalgaron. Era un buen comienzo.

Dejaron los caballos, tomaron las armas y comenzaron a caminar. La Garganta Honda era un territorio de poco más de un tercio de legua en el que el río, sin perder nunca su habitual mansedumbre, se hundía entre dos paredes de roca casi verticales. Un escondite perfecto en un lugar donde los escondites no abundan. Un escondite y, al tiempo, una madriguera.

A unos treinta pasos de distancia del borde del acantilado, Orozco se agachó y comenzó a caminar en cuclillas.

—Que no os vean las plumas —dijo con una media sonrisa en el rostro. En aquel momento y en aquel lugar, aquel par de salvajes eran los tipos que podrían salvarle la vida si le venían mal dadas, de manera que más le valía caerles bien. Nunca se sabe. Y doble verdad aquí, en el remoto Pecos: nunca, nunca jamás, se sabe.

Llegaron al borde rocoso de la Garganta. Orozco se tendió por completo en el suelo y comenzó a reptar. Vamos, imitadle. Sois apaches, Virgen santa. ¡Al suelo y como las víboras! Marinero y Seisdedos lo hicieron. Tres hombres avanzando muy despacio entre la hierba corta y reseca. Sintiendo cómo los bordes puntiagudos de los cantos se te clavan en las tripas. Sintiendo que, en cuanto nos asomemos al precipicio, nada volverá a ser igual para nosotros.

La caída era considerable, pero no lo suficiente como para que una voz a destiempo no les descubriera. Orozco, por lo tanto, decidió comunicarse por gestos. O intentarlo por lo menos. Asomaremos la cabeza, ¿de acuerdo? Tened cuidado de que no se

desprendan piedrecitas, ¿vale? Por nada del mundo descubramos nuestra presencia, ¿comprendido?

Comprendido. Marinero y Seisdedos eran hombres sensatos. Lo suficiente como para darse cuenta de que si la gente de Tuerto y de Bigotes les sorprendía agazapados por allí, los primeros en ser degollados serían ellos. Tienes a dos de esos que fueron tu propia sangre y a un español al que conocemos de vista. ¿Con quién te ensañas primero?

Llegados al borde, se asomaron. Tres cabecitas en medio de la inmensidad. Tres puntitos alejados de todo, mas observantes. ¿Y qué ven? ¿Qué se muestra al alcance de sus ojos?

Un campamento mescalero. Cuatro, no, cinco hogueras encendidas, pero tan débiles que las columnas de humo se disipaban antes de alcanzar lo alto de los riscos. Por ello no las habían divisado antes. ¿Acaso os coméis la carne cruda? Orozco no se perdió en elucubraciones y recordó la orden dada: tú cuenta cuántos son; y, tras saberlo, es tiempo de más el que pierdes allá.

Marinero y Seisdedos, porque eran, al igual que los del campamento, mescaleros, veían muchas más cosas. Muchísimas más. Tú cuenta, dragón. Nosotros completaremos el relato de lo que sucede en Garganta Honda.

El orden en el que estaban dispuestas las tiendas fue lo primero en lo que se fijaron. Los mescaleros no las clavan al suelo sin reconocer, al hacerlo, quién manda allí y cuánto. Una figura agachada salió de una de las tiendas, se incorporó trabajosamente y, tras echar un vistazo, se puso a caminar de forma titubeante. Desde aquella distancia no podrían haberlo jurado, pero la figura parecía corresponder a Tuerto. Sí, ese caminar encorvado es propio de él… Cuando está sobrio y cuando se ha trasegado medio barril de aguardiente español. ¿Y qué haces tú saliendo de la tienda que gobierna todo el campamento? ¿Acaso ya no compartes poder con Bigotes? Nadie te lo reprocharía, pues es bien posible que Bigotes no esté totalmente en sus cabales. Se cayó de un caballo cuando era pequeño. O su padre le crujió el cráneo contra una piedra. O,

simplemente, nació idiota. Se cuentan tantas cosas… Pero lo que todos saben, lo que todos sabemos, es que Bigotes, además de malo, es imbécil. ¿Combinación perversa? No, si tus planes pasan por aprovecharte tanto de lo uno como de lo otro. Es cuestión de saber de qué tirar en cada momento determinado.

Reconocemos más rostros. Gente con la que estuvimos en Buena Esperanza. Hombres y mujeres de las bandas de Tuerto y de Bigotes… Y hombres y mujeres cuyas caras nos suenan vagamente, pero que jamás estuvieron en el pueblo del Río Grande. Son mescaleros, qué duda cabe… Mescaleros como nosotros. A Marinero y a Seisdedos no se les escaparía una cosa así. Son de nuestra sangre.

Seisdedos se los señaló a Orozco con el dedo índice de su mano izquierda. Ese grupo de unos siete hombres. ¿Los ves, español? Tres son bastante jóvenes, dos casi son niños y los otros dos tienen unos cuarenta o cincuenta años. Es difícil adivinarlo desde aquí. Bien, pues esos hombres no pertenecen a las bandas de Tuerto y de Bigotes.

Orozco comprendió rápido. Así que era cierto. Había bandas hacia el este, en territorio que fuera lipán, y han acudido a la llamada de los mescaleros hostiles. ¿Qué les habrán prometido? ¿Comida para dos inviernos? ¿Gloria y honor? Son la parte de la sangre que deshonra a la nación completa: lo primero.

Dales algo con lo que llenar el estómago, ofréceles un poco de diversión a cambio y verás qué rápido vienen. Eh, queremos matar a todos los hermanos del sur. Se han aliado con los españoles. Sí, nosotros también estuvimos por allí, pero pronto nos dimos cuenta de que nuestra naturaleza es otra. ¡Somos apaches!

Y en eso queda resumido todo razonamiento. Lo somos.

También lo eran Marinero y Seisdedos. Y no por ello la sangre dejaba de hervirles en las venas. Orozco se dio cuenta de que se estaban poniendo más nerviosos de la cuenta y decidió que había llegado el momento de dar media vuelta. No sabía exactamente cuántos guerreros había allá abajo, pero realizó una estimación

rápida. Contando los recién llegados, entre cien y ciento treinta. En el peor de los casos, ciento cincuenta. Pon ciento sesenta y nos cubrimos las espaldas. Pero ni uno más.

Y a punto estaba de dar por terminada la observación cuando creyó reconocer a alguien. Apretó el mentón contra el suelo de tierra y entornó los ojos para enfocar mejor al hombre. Diablos, sí, era él. Un tipo chaparro y desalmado, de unos cincuenta y cinco o sesenta años. Ágil, retorcido y, por lo que Orozco recordaba de él, feroz y sanguinario como pocos. ¿Y su nombre? Dios, lo tenía en la punta de la lengua… Lo habían tratado, ¿cuándo…? ¿Hacía diez años? Sí, más o menos. Una década atrás, justo cuando se había alistado en el ejército y, como lo más natural del mundo, lo habían enviado a servir a El Norte. Alguien pensó que tenía aptitudes. O que a alguien tan feo y malcarado como él nadie lo echaría de menos si un mescalero le abría el pecho a la primera de cambio. ¿Su santa madre? Un favor que le hacían, mira…

Lo que Dios te quita por un lado, te lo da por otro. Y Orozco sería feo como pocos, pero tenía una memoria milagrosa. Te veía una vez y ya no olvidaba tu cara. Cierto que le costaba un poco asociar el rostro al nombre, pero era cuestión de tiempo. ¿Cómo te llamas tú, hombrecillo miserable, al que vimos asesinar a uno de los tuyos solo porque sospechaste que cuestionaba tu jefatura en la banda? Fue imaginárselo, con razón o sin ella, y abrirle el vientre con un cuchillo de filo de piedra. Delante de los españoles. Para deshacerse de un posible adversario y para dejar bien claro ante los tipos de piel blanca que él era, a pesar de su aspecto insignificante, un guerrero fiero al que jamás le temblaba el pulso.

¡Esteban! ¡A aquella mala bestia lo llamaron Esteban! Sí, Orozco ahora lo recordaba. El dragón tenía diecisiete o dieciocho años cuando el jefe Esteban mató, ante media docena de dragones entre los que él se hallaba, a aquel pobre diablo que, a buen seguro, jamás había urdido plan alguno para sustituirle al frente de la banda. Pagó con su vida el afán de Esteban por demostrarnos de lo que era capaz. Se desangró con la mirada fija en los dragones y los dragones

no movieron un dedo para ayudarle. En los asuntos entre mescaleros nosotros no nos metemos.

O no lo hacíamos hace diez años. Ahora los tiempos han cambiado. Y de qué manera…

Orozco creyó que no había nada más que ver. Por ello, comenzó a retroceder en dirección hacia el lugar donde se hallaban los caballos. Primero reptando, después avanzando en cuclillas y, cuando consideró que los mescaleros de la Garganta ya no podrían descubrirle, completamente erguido.

Marinero y Seisdedos, excitados ante lo que veían, se retrasaron un poco, pero pronto le siguieron. Vaya, aquello que habían contemplado les interesaba sobremanera. No todos los días alguien viene de tan lejos para matarte, ¿verdad?

—Hijos de puta —dijo Seisdedos cuando se hallaron junto a los caballos.

Orozco le miró. Qué rápido aprendéis la parte del idioma español que os interesa.

—Tranquilos —repuso el dragón mientras asía las riendas de su caballo y se preparaba para montar—. No son tantos.

—Son muchos… —dijo Marinero.

—Y nosotros también. No seáis cobardes…

Orozco introdujo una bota en el estribo y se impulsó hacia arriba. Una vez sobre el caballo, sonrió a los dos mescaleros, que le miraban como embobados.

—¿Os vais a quedar ahí? —preguntó—. Venga, hombre, que pronto será de noche.

Marinero y Seisdedos reaccionaron a las palabras de Orozco saltando sobre sus caballos. Se irguieron en las monturas y adoptaron una expresión severa. Si por un momento ha parecido que titubeábamos, no nos lo tomes en cuenta. Es que no esperábamos ver por aquí a las gentes del este. En el fondo, albergábamos la secreta esperanza de que Tuerto y Bigotes no consiguieran reunir el valor necesario para ir a por nosotros. Y si no el valor, sí los guerreros precisos.

—Ahora está claro que tenemos que matarlos a todos —dijo Orozco. Y, tras pronunciar estas palabras, clavó las espuelas en su caballo y lo puso a galope tendido.

Hay que ir e informar. Garganta Honda está infestada de lobos hambrientos.

* * *

La noticia de que el jefe Esteban y su banda habían acudido a la llamada de Tuerto y de Bigotes no gustó nada al teniente. Lo cierto era que pensaban que, a estas alturas, estarían todos muertos. Tanto tiempo sin saber de ellos… Pero estos cabrones se adaptan a todo y son capaces de sobrevivir durante años enteros sin comer nada más que raíces y hierba. Como animales. Animales duros y correosos que no doblan las rodillas ni aunque se las partas con un palo.

Está claro. Hay que matarlos. Y cuanto antes porque no podemos permitir que se organicen y que avancen hacia el Río Grande. Los matamos en el Pecos y lo que sucede en el Pecos, en el Pecos queda para siempre. Escribiremos un informe, el capitán lo firmará y regresaremos a nuestra vida de costumbre. Los españoles en El Norte y los mescaleros amigos en Buena Esperanza.

—Parece que Tuerto ha asumido por completo el mando de las bandas —informó Orozco al teniente y al sargento.

—No me extraña —arguyó Ledesma—. Ese Bigotes no tiene dos dedos de frente. Si no fuera por la influencia de Tuerto, seguro que jamás se habría vuelto hostil.

—Da igual, sargento —repuso Gauna—. A estas alturas, todo eso nos da igual. Dice Orozco que, como máximo, estamos hablando de ciento cincuenta o ciento sesenta guerreros. ¿Es así, soldado?

—Sí, teniente —contestó Orozco—. No pude contarlos a todos, pero estoy completamente seguro de que no son más.

—Perfecto… —rumió Gauna—. Si atacamos por sorpresa, les venceremos sin apenas bajas en nuestro lado. La Garganta es una ratonera. Los vamos a acribillar.

—¿Y dices que no habían situado vigías en lo alto de los riscos? —se interesó Ledesma.

—No, sargento. No los había. Creo que no nos esperan.

Gauna miró primero al sargento y, después, a Orozco. Parecía cansado y su cabello blanco, normalmente enhiesto, le caía sobre la frente.

—Buen trabajo, muchacho —dijo, dirigiéndose al segundo—. Partimos mañana al alba. Avise de ello al jefe Alegre. Y a Alonso. Y al resto de los jefes, diablos… Es mejor que los tengamos a todos de nuestra parte.

Las primeras luces de la mañana llegaron pronto y los dragones encendieron una pequeña fogata para prepararse el desayuno. Vamos a matar decenas y decenas de apaches, pero eso no evita que lo hagamos con el estómago lleno. Hay cosas que son sagradas. Se sentaron en torno a la hoguera y asaron tres liebres a las que Barrios y Cuéllar habían dado caza la tarde anterior.

Los mescaleros, por su parte, bullían en frenética actividad. ¿Son así siempre los prolegómenos de la batalla entre los apaches? Gauna y los suyos lo desconocían, pues, siendo sinceros, esta vez era, que recordaran, la primera en la que combatían juntos partiendo todos desde el mismo origen.

—Creo que están nerviosos porque vamos a enfrentarnos a sus hermanos —aventuró Carrillo, observando de reojo.

—Ni hablar —sentenció López, que sostenía el palo en el que había sido ensartada una de las liebres—. Lo que les enferma es la posibilidad de no haber llegado a tiempo. Un poco más y esos maricones los pillan desprevenidos en Buena Esperanza. Los degüellan a todos en mitad de la noche y no tienen tiempo ni de echar mano de un cuchillo para defenderse.

—¿Y qué me decís del tal Esteban? —preguntó Barrios. Era el último que se había incorporado a la guarnición del presidio y, por lo

tanto, el que más ajeno a todos los cuentos y rumores se hallaba.

—Un hijo de perra —confirmó Orozco.

—¿Tú le conociste?

—Y el teniente. ¿Verdad que sí, teniente?

Gauna asintió. Miraba con glotonería las liebres. Habitualmente no era de los que comían mucho antes de la batalla, pero aquella mañana se había levantado con un apetito inusitado. En cuanto estén medio hechas, nos las repartimos.

—No lo dudes, muchacho. Conocí a ese cabrón. Y no te miento si te digo que recé varias avemarías para que Dios se lo llevara derechito al infierno. Es mala persona, te lo digo yo. Muy mala persona.

Orozco asintió. ¿Podía ser que, de los diez militares españoles allí presentes, solo el teniente y él sirvieran en el presidio una década atrás? Pues sí… Estos son lugares en los que las caras varían a menudo: hay soldados que se casan, abandonan el ejército y se convierten en rancheros; soldados que solicitan el traslado a lugares en los que la paga es menor, pero la vida más llevadera; y soldados a los que, un buen día y sin previo aviso, un salvaje les clava una flecha en la cuenca del ojo y se mueren con cara de no estar creyéndoselo del todo.

—Reparte la carne —dijo un cada vez más impaciente Gauna.

—Calma, teniente —repuso el sargento—. Los mescaleros tardarán todavía una hora en estar listos.

En organizarse. En preparar los machetes y las lanzas. En pintarse el torso y la cara con pinturas de guerra. En recogerse el cabello y adornárselo con penachos de plumas. En rezar a su caterva de dioses falsos.

Pero Gauna sentía punzadas en la parte baja del estómago. ¿Inquietud? No, ¿por qué? Había combatido en cien batallas contra todo tipo de salvajes. Siempre, o casi siempre, al mando. De hecho, la lucha de hoy no se presentaba complicada. Su plan pasaba por situar a los dragones en lo alto de los riscos de la Garganta y, desde allí, realizar fuego a discreción contra el campamento de los

mescaleros hostiles. El trabajo sucio, en principio, quedaba reservado para Alonso, Alegre y el resto de los jefes amigos. Os cubrimos, comenzad a descender a la Garganta. Taparemos los huecos para que ninguno de esos cabrones escape. Va a ser una escabechina.

Sí, una escabechina. Pero que tenía que salir bien. O el comandante general Croix, debidamente informado por el coronel Muñoz, montaría en cólera y la pagaría con él. Gauna había cumplido cincuenta y cinco años el mes anterior y, descartadas ya todas las posibilidades de ascender a capitán de presidio, solo aspiraba a un retiro honroso. Pero esto que no se lo quitara nadie. No, porque se lo había ganado a pulso. Año a año. Campaña a campaña. Enemigo muerto a enemigo muerto.

—Sirve la puta carne —dijo.

Y ahora nadie se atrevió a llevarle la contraria. El teniente estaba de mal humor y, como él era el teniente y el resto sus subordinados, no quedaba más remedio que obedecer y callar.

—Está sabrosísima —comentó, un rato después y con la boca llena de carne a medio asar, Barrios. Sonreía. Sonrieron. Todos, incluso Gauna. Vamos, teniente, que estamos a muchas leguas de casa y se presenta ante nosotros una difícil jornada. Tomémonoslo con calma.

Qué remedio.

Por fin, el capitán Alegre se presentó ante los españoles. Estamos preparados, teniente. Cuando quiera.

Gauna se puso en pie, observó a Alegre y se levantó un poco el sombrero para mesarse el cabello. Acto seguido, volvió a encajárselo. Hasta las cejas. Vamos allá.

Ledesma se levantó y todos los dragones le imitaron. Algunos todavía con la boca llena. Es posible que no probemos bocado en lo que resta de día, de manera que haz acopio. El camino es largo. Y las batallas, aunque no te des cuenta, te dejan sin fuerzas. Exhausto. Agotado.

Caminaron hasta el sitio en el que se hallaban los caballos españoles y se aseguraron de que todo estuviera en su lugar. Revisaron las alforjas de la munición, comprobaron que los sables no se atoraran en las vainas y acariciaron las cazoletas de los mosquetes enfundados. Suave al tacto. Preciso al oído. Limpio a ojos de un soldado que en este artilugio deposita la mayor parte de sus esperanzas.

—¡A los caballos! —ordenó, de un grito, Ledesma. Tenía las comisuras de los labios manchadas de grasa de liebre asada. Miraba al resto y lo hacía con ese gesto propio de él: crees que sonrío, pero no te lo tomes excesivamente en serio, pues podrías tener un disgusto—. ¡A los putos caballos, gandules!

Los hombres obedecieron de inmediato. Gauna, que ya montaba el suyo, avanzó hacia el grupo de los mescaleros y se situó en lo que sería la vanguardia de la columna.

—Capitán Domingo Alegre —dijo—. Gobernador Alonso.

Y el resto. Todos a caballo. Todos pintados como un mescalero lo hace. Vamos a matar enemigos. Vamos a por la gloria y la venganza. Nos han traicionado y la traición, entre apaches, se paga con la muerte. ¿Veis esa expresión en los rostros de los jefes? ¿La veis en Patule el Grande? ¿En Volante? ¿En los demás? Es el rictus de los que la emprenden contra a quien jamás podrán perdonar. Es importante comprenderlo, pues solo así se entiende el ímpetu que a sus pasos imprimirán. Muerte como última expresión de lo que somos. Muerte segura y cierta: la de ellos o la de nosotros.

No es tiempo de charla. ¡Vamos!

El teniente clavó espuelas y puso al grupo a un trote rápido. Sabía dónde se hallaba oculto el enemigo y conocía la estrategia a seguir. Alonso y Alegre se esforzaron por mantenerse a su lado, pero el sargento empujaba su caballo para interponerse entre uno y otros. Nadie que no sea español y que vista una cuera con el escudo de Nueva España cabalga junto al teniente. Nadie lo hace. Es así y esto no admite discusión.

Muchos de vosotros moriréis hoy, Alonso. En tres o cuatro horas, contaremos los cadáveres. Ninguno entre los hombres del presidio de El Norte, tenlo por seguro. No hemos venido hasta aquí para morir. Ya hemos perdido dos soldados en el último año. Recuerda a Mesa. Recuerda a Sáenz. No vamos a perder a ninguno más.

Por ello, nuestra posición en la batalla ha de ser la más cómoda y segura. Ya, es que somos los que tenemos las armas de fuego. Los que estamos entrenados para usarlas y los que, además, llevamos las alforjas de la munición repletas de balas hasta los topes. Tranquilos, que caerá sobre Tuerto y sus bestias una bonita lluvia de plomo. Tocaremos mucho al enemigo antes de que vosotros alcancéis su campamento para rematar el trabajo.

Cuando divisaron la Garganta, un tercio de legua antes de llegar hasta la parte superior de los riscos, Gauna ordenó que el grupo se detuviera. Lo ordenó. Sin miramientos porque allí mandaba él. Se extrañó cuando los mescaleros obedecieron sin rechistar. ¿Qué ha sido del orgullo apache? Tiende a hundirse en el miedo que Tuerto, Bigotes y Esteban provocan, ¿no es así? Son perros rabiosos que no dudarán en ensañarse con aquel de vosotros que muestre debilidad. El amigo español establece la diferencia. Lo sabéis. El amigo que tiene armas de fuego, que sabe usarlas y que va a hacerlo. Trágate, por una vez, todo tu orgullo, Alonso. Eres un gran jefe. Todos los sois. Pero aquí y ahora, el jefe de todos los mescaleros se llama Gauna.

Y explica cómo han de ser las cosas:

—Vamos a separarnos, capitán Alegre —dijo el teniente. Se esforzaba mucho para contener a su montura que, como las de los demás, resoplaba tras la intensa cabalgada—. Vosotros rodearéis los riscos para bajar hasta el campamento. Nosotros, por nuestra parte, avanzaremos a pie hasta el filo de la Garganta. La aproximación será lenta, así que dadnos tiempo. Una vez alcanzada la posición y tras haberos advertido, abriremos fuego intenso contra Tuerto y los otros. ¡No os precipitéis!

A ver si de aquí, al menos, sacamos una pequeña enseñanza: la cadencia en la batalla es tan importante como la fuerza o la intensidad. Hagámoslo todo al ritmo adecuado y en el orden correcto.

Alegre y Alonso asintieron. Gauna miró a Patule y a Volante. Vosotros también. Vosotros también debéis mostraros conformes. ¿Entendéis lo que decimos? ¿Sí? ¡Pues asentid, joder!

Lo hicieron. Bien, adelante. Los grupos se separaron y, como impulsados por una vieja querencia, los dragones se ordenaron en una columna de a dos. Hemos galopado entre apaches y lo hemos hecho como Dios nos ha dado a entender. Pero ahora que, de nuevo, estamos solos, regresa la habitual disciplina.

—Sargento —dijo Gauna.

—A sus órdenes, teniente.

—Mis dragones…

El grupo respondió al unísono:

—¡Teniente!

—No nos la vamos a jugar por estos cabrones, ¿de acuerdo?

En confianza y ahora que no nos oye el coronel Muñoz: que se jodan los putos apaches. No faltaremos a la palabra dada y haremos eso que exactamente hemos prometido. Nos situaremos en lo alto de la Garganta y castigaremos al enemigo con fuego directo. La distancia es importante, y podemos matar a muchos de ellos antes de que la batalla dé comienzo. ¡Pero hasta ahí! El resto es cosa de los mescaleros. Que se maten entre ellos y que acaben todos en el infierno.

—Sí, teniente —respondió el sargento en nombre de todos sus hombres.

Aún cabalgaron, a trote muy lento, durante un rato más. Se aproximaban despacio a los riscos que se alzaban sobre la ribera sur del Pecos. La gran Garganta Honda cuya sola mención estremecía a los muchachitos de Chihuahua. ¿Sabéis que existe un lugar que no es obra directa de Dios nuestro Señor? ¿Un lugar tan grandioso como siniestro? Se llama la Garganta Honda y allí acostumbran a

ocultarse los más salvajes y despiadados apaches que cabalgan en aquellos parajes lejanos. Es tierra de Satán. Tierra de demonios purulentos, de lobos descabezados, de indios capaces de extraerte el corazón del pecho con sus propias manos. Y devorarlo mientras todavía late.

Más o menos en el lugar donde la tarde anterior Orozco, Marinero y Seisdedos lo habían hecho, la columna se detuvo y los dragones descabalgaron.

—Tomad los mosquetes y echaos al hombro las alforjas de la munición. Nada más —indicó el teniente—. Quiero que vayamos ligeros. Hay unos cien pasos hasta el borde del risco. Los recorreremos sin hacer ruido y buscaremos una posición adecuada.

—Orozco —llamó el sargento sin levantar la voz. Estaban lo suficientemente cerca como para andarse con tiento.

—¿Sargento?

—Señala la dirección en la que está el campamento.

El dragón no titubeó ni un segundo. Alzó su brazo derecho, extendió el dedo índice y apuntó. Desde ese lugar, en caída vertical. No se separan ni diez pasos del muro de la Garganta. Simplemente, nos tendremos que tender en el suelo y disparar.

—Vamos —ordenó el teniente tras echarse su alforja al hombro. Pesaba.

Los diez españoles caminaron hacia la Garganta que se extendía frente a ellos. No hablaban entre sí porque uno nunca sabe qué decir cuando se encamina hacia la batalla. ¿Buena suerte, amigo? ¿Que Dios te acompañe? ¿Te juro que entre tu esposa y yo jamás hubo nada?

No. Vas y lo haces con naturalidad porque, vaya, alguien en el sur ha decidido que tu sustento depende de esto. Matamos apaches. Comanches, navajos y todo aquel hijo de perra que nos pretenda mal. Y no es que disfrutemos con ello, no… Sería poco cristiano sentir de esta forma. Pero ya que hemos de hacerlo, lo hacemos sin que nos remuerda un ápice la conciencia. Solo es el trabajo que nos han encomendado. Solo eso.

—A partir de ahí —susurró el sargento—, todos agachados.

En campo abierto, la instrucción de un sargento supera con creces a la de un teniente. Hay veinte pasos hasta la Garganta. Quince. Únicamente diez. Un buen sargento sabe qué hemos de hacer ahora. Y un buen teniente sabe reconocerlo así y callar. Gauna apretó los dedos en torno a su mosquete y avanzó como si de uno más se tratara.

La Garganta parecía cortada a tajazos: arriba, una gran llanura cuyos límites apenas se distinguían en el horizonte y abajo, tras una gran caída vertical, el Pecos. Lento y cachazudo como una vaca preñada. El sargento levantó la mano derecha en el aire, detuvo al grupo, se echó al suelo y comenzó a reptar hasta el mismísimo borde del precipicio.

Tras asomar la cabeza para indagar, volvió a retrasarse un par de pasos y dio la orden al resto: avanzad, pero que nadie separe la tripa del suelo; están ahí abajo y, de momento, no sospechan nada.

En menos de un minuto, los diez hombres se hallaban tendidos boca abajo en la que sería su posición definitiva. Sabéis cómo va todo esto, ¿verdad? Es sencillo. Situáis la alforja junto a la cadera, sostenéis el mosquete con la mano derecha y, en cuanto el sargento lo ordene, disparáis a discreción. Todo lo que abajo se mueve es el enemigo. Todo, ¿comprendido? A esta distancia, resulta imposible apuntar con tino, de manera que dirigid vuestros disparos a los grupos. Tenemos balas de sobra, pero nuestro tiempo es limitado. Disparad y tratad de hacer blanco. No se os exige más.

Aún aguardaron durante casi media hora. Alegre parecía haberse tomado al pie de la letra el ruego que el teniente le había dirigido: dadnos tiempo para que nos situemos en el lugar adecuado. Mejor. Es mejor permanecer aquí tendidos durante media hora que llegar tarde y comenzar a disparar cuando ya apenas resultan efectivas tus balas.

Y por fin, la batalla dio comienzo. Lo cierto es que los españoles no advirtieron la presencia de los mescaleros amigos. Ellos se limitaban a esperar con los mosquetes preparados. Los que sí se

dieron cuenta de que les atacaban fueron las gentes de Tuerto, Bigotes y Esteban. De pronto, la calma reinante en el campamento se tornó bullicio y movimiento. Las mujeres y los niños al interior de las tiendas y que todo hombre capaz de empuñar un arma, lo haga.

—Están muy cerca —consideró Gauna que, como el resto de los españoles, no veía a los mescaleros amigos, pero a cuyos oídos llegaban ya el sonido de los cascos de sus caballos y los aullidos con los que invocaban la victoria.

—Atención… —dijo el sargento antes de añadir sin levantar en exceso la voz—: Fuego, hasta que ordene lo contrario.

Guiña un ojo y no lo abras.

Los soldados comenzaron a disparar sobre los mescaleros hostiles. Mataron tres o cuatro en la primera descarga de los mosquetes y Cuéllar no dudó en adjudicarse uno de ellos.

—El flaco a la derecha de la tienda de la piel rota ha sido mío —dijo.

—Cállate, Cuéllar —repuso el sargento mientras se volvía cara al cielo, palpaba en la alforja de la munición, extraía un cartucho, se lo llevaba a la boca, lo rasgaba con los dientes, se introducía la bala debajo de la lengua y procedía a realizar las maniobras de carga—. Y dispara.

Eso hicieron. Como mínimo, quince tiros por hombre. Una lluvia de balas que mermó considerablemente las fuerzas de los hostiles.

—Les estamos dando por el culo —dijo López con los labios ennegrecidos por la pólvora.

—Dispara, López —sentenció Ledesma. Hablaba, pero sin detenerse ni un segundo. Cháchara con los hombres cuando estás a lo que estás. El sargento sabe que les gusta. Que disfrutan diciendo insustancialidades y escuchando cómo Ledesma les reprende levemente.

De pronto, cinco o seis flechas impactaron no muy lejos de ellos. Los mescaleros hostiles respondían a su ataque, pero los españoles se hallaban bien parapetados en el filo del risco y solo asomaban la cabeza y los brazos para hacer fuego.

—Como se les ocurra disparar alto, estamos jodidos —reflexionó Orozco.

Y era cierto. Haz que tu flecha suba mucho en el cielo y que caiga sobre la cima del risco. Allí están los que nos acribillan con sus balas. ¡Intentemos una defensa!

Lo habrían intentado, sí, si en ese preciso momento Alegre, Alonso y el resto de mescaleros amigos no entraran a degüello en el campamento hostil.

—Tarde, Orozco —dijo el sargento, asomándose al risco y mirando hacia las tripas de la Garganta—. Ya no les quedan oportunidades.

Los guerreros de Volante y los de Alonso avanzaron por tierra mientras los de Domingo Alegre y Patule el Grande se desviaban hacia el agua y, entre grandes salpicones, rodeaban las tiendas de los hostiles y atacaban abriendo un segundo flanco.

—Alto el fuego —ordenó Ledesma—. No quiero que matemos a los nuestros.

Los dragones obedecieron de inmediato. Solo Barrios, al que la orden le había sorprendido con el arma recién cargada, apuntó y disparó.

—Tranquilo, sargento —dijo sonriendo con la boca negra—. Era uno de los malos. Se lo aseguro.

Tumbados como estaban, observaron. No trates de imaginar un lugar mejor para contemplar una batalla encarnizada, pues no lo lograrás. Este es el lugar perfecto: lo suficientemente cerca para no perder detalle y lo suficientemente lejos como para que un machetazo desviado no te seccione la carótida.

Mirad. La lluvia de flechas ha cesado. Están muy ocupados repeliendo el ataque. Mirad. Mueren a decenas.

Y, desde luego, la batalla fue corta. El escaso espacio disponible y la neta superioridad de los atacantes resultó determinante. ¿Quién dijo ratonera? Pues justamente eso. Un agujero es el mejor escondrijo posible, pero también la mejor tumba. Los niños del presidio, cuando descubren el hueco en el que se oculta un alacrán,

reúnen hierbajos secos, los introducen con sumo cuidado en la oquedad y les prenden fuego. Mueren los alacranes asados en su propio veneno.

Como ahora los mescaleros hostiles en Garganta Honda. Borbotones de sangre cubriendo los cuerpos de los guerreros a caballo y nada parecido a la piedad: mataban con igual saña a los hombres que se iban hacia ellos machete en mano, que a las mujeres, los niños y los ancianos. A todos los conocían y hasta los habían tratado de cerca en Buena Esperanza. Pero planeasteis nuestra muerte y ahora es muerte lo que traemos para vosotros. Nada que pueda considerarse injusto. Morid, y porque, en el fondo, sois de nuestra sangre, no deshonraremos lo que, tras vuestra muerte, quede de vosotros. No os robaremos, ni os desollaremos, ni haremos nada impropio de mescaleros. Cortaremos la cabeza de los jefes y nos marcharemos por el mismo camino que nos ha traído hasta aquí.

Sois los hijos bastardos de la nación apache, pero, a fin de cuentas, sois hijos de ella.

Volante, Alonso y los guerreros de ambos jefes mescaleros habían abandonado el agua y se repartían entre las tiendas. Fueron directamente a por los hombres. Saltaron de los caballos, se abalanzaron sobre ellos y les tajaron el cuello. Muerte rápida en el mejor de los casos. Les clavaban una lanza en el pecho, de una cuchillada precisa les abrían el vientre o, si acaso, lanzaban un machetazo al centro de la frente: puede un hombre corretear por ahí durante dos o tres minutos con un machete de filo de piedra clavado en mitad del cráneo; el tipo ve el mango y trata de asirlo, pero no puede; no puede porque, aunque él no lo sepa y se empeñe en lo contrario, ya no es de este mundo.

El sargento, en un vistazo rápido, dio por hecho que la mayoría de los guerreros de Tuerto y de Bigotes se hallaban ya muertos. El propio Alegre, cubierto su grueso torso de sangre enemiga, descabalgó, se agachó sobre el cuerpo de un hombre muerto y, tras girar su rostro y asegurarse de que en las alturas se parapetaban

todavía sus aliados, gritó algo y alguien próximo a él le lanzó un machete. Alegre, aquel hombre al que los españoles no le habían puesto el nombre en vano, se inclinó sobre el cadáver y, en dos o tres machetazos rápidos, separó la cabeza del tronco. Y se puso en pie. Y sostuvo la cabeza del hombre muerto en el aire. Y miró hacia arriba.

—Tuerto… —dijo Ledesma.

Sí, Tuerto. Alegre os lo mostraba para que contemplarais la victoria. Para que fuerais partícipes de ella. Habéis batido bien la zona. Nos desbrozasteis el terreno y sembrasteis muerte y desconcierto. Gracias, españoles. Tuerto está muerto. Y Bigotes también. Patule nos lo ha confirmado y pronto le cortaremos la cabeza. Es todo, pues no nos ensañaremos más. Dejamos a algunas mujeres con vida. Abandonamos a los ancianos a su suerte. Y nos vamos de aquí.

La venganza de los mescaleros ha culminado.

No tan pronto.

—¡Mire, sargento! —exclamó Cuéllar, extendiendo el brazo y señalando un punto en un extremo del campamento de hostiles.

Se trataba del jefe Esteban. Del hombre que todavía no se encontraba muerto. Del perro salvaje al que habían dejado con vida y que ahora mordería sin dudar. ¿Cuánta de su gente ha caído a manos de Alonso y los demás? ¿Cómo odia un mescalero a otro mescalero? En una forma que no podríais comprender, pues nunca entre españoles se ha dado animadversión semejante. Y se han dado muchas y muy grandes, vive Dios que sí.

Esteban, el enano endemoniado que ahora monta sobre su caballo y, seguido de diez o doce de sus hombres, parte en sentido opuesto al curso del Pecos. Galopan por la orilla y lo hacen con tal decisión que, a buen seguro, conocen una salida fiable. Van hacia el noroeste. Hacen algo con lo que, maldita sea, no contábamos.

—Hijos de mala madre… —dijo el teniente Gauna, sujetándose el sombrero para que la leve brisa que se había levantado, no se lo

llevara. Encasquétatelo hasta las cejas y no lo pierdas jamás. Es lo primero que te enseñan cuando llegas al Río Grande.

—Se escapan —dijo el sargento. Y miró al teniente.

Se escapan, sí. ¿Es, acaso, de nuestra incumbencia? Que lo hagan. Que se larguen de aquí y regresen a los territorios lipanes. Nunca debieron salir de allí.

Todo esto, en principio, resulta cabal. Dejemos que los apaches heridos pongan cien leguas de tierra de por medio. Nadie objetaría nada al respecto. Pero hay algo más. Algo que el teniente rumia. Que el sargento sabe. Que hasta el último de los dragones presentes en el risco de la Garganta Honda da por supuesto: sois bestias paridas por Satanás y en consecuencia os comportaréis.

¿Quiénes han propiciado su desgracia? Los españoles. ¿Dónde están los españoles? Donde siempre han estado: en el Río Grande. ¿Somos muchos? ¿Podemos devolverles el daño causado? No. Sí.

Preguntas y respuestas que tan siquiera merece la pena hacerse. Sabemos lo que sabemos y, el resto, lo intuimos: vendrán a El Norte; mañana, dentro de un mes, en tres años. Nos obligarán a aguardarles y deberemos preparar la defensa. Los mataremos a todos, claro que sí. No son más que una docena de guerreros sin tierra ni amigos. Son un trozo de infierno sobre la tierra.

—Teniente…

—Diga, sargento.

—¿Qué le parece si…?

Si vamos adelantando trabajo. Los matamos ahora y resolvemos un problema que puede amargarnos la vida durante quién sabe cuánto tiempo. Quedan ranchos españoles que no podremos proteger. Ranchos que sufrirán la ira de Esteban. Ya sabes de qué va todo esto: violamos a tus mujeres, las volvemos a violar y las violamos por tercera vez. Matamos a todo tu ganado, desmembramos a los muchachos y cavamos una fosa para el resto: seréis enterrados en vida y moriréis asfixiados.

—A los caballos —dijo Gauna.

Sí, vamos a ir adelantando trabajo. Muñoz puede decir lo que le parezca, pero no permitiremos que una banda de hostiles rabiosos campe a sus anchas entre el Grande y el Pecos. Es territorio que nos pertenece. Que es nuestro y llevamos siglos colonizando. Nuestra casa, ¿verdad, Muñoz? Defendámosla de quienes quieren destruirla, pues quien no defiende con uñas y dientes aquello que le pertenece, no merece ser llamado español. No es de los nuestros, sino otra cosa. Dale tú el nombre que prefieras.

Los dragones se pusieron en pie, recogieron las alforjas de la munición y se las echaron al hombro. Hicieron lo propio con los mosquetes y comenzaron a caminar en dirección a los caballos.

Barrios silbó y uno de los animales, que se apacentaba tranquilamente a una cincuentena de pasos, levantó la cabeza y los observó con cara de pasmo: ¿de nuevo al camino? De nuevo, chico. Vas a ver cómo galopamos.

—Si nos damos prisa y no nos extraviamos —dijo el sargento cuando llegaron hasta donde se hallaban los animales—, podemos darles alcance en una o dos horas.

Los hombres aseguraron las alforjas, enfundaron los mosquetes y montaron sobre los animales.

—¿Hacia el noroeste, teniente? —preguntó Ledesma.

—Sigamos el Pecos —respondió Gauna.

Estaban en lo alto de la Garganta, pero si seguían la senda que los riscos marcaban, llegarían hasta el lugar donde todo vuelve a ser río y orilla: el Pecos es un río calmoso y pacífico que no gusta de estridencias. Que se deja domar y que no turba a los viajeros. Tomaos la Garganta como algo ajeno a él. Quien la puso aquí, sabrá por qué.

Ledesma dejó que fuera el teniente el que primero clavara espuelas. Está usted un poco mayor para todo esto y se ha vuelto lento. Pero sigue siendo el teniente y aquí moriríamos por usted. Vamos, señor. ¡Apresúrese!

Gauna, por fin, se acomodó en su silla. Es cierto que apenas existen ventajas en hacerte viejo. Es cierto que, a cielo descubierto,

retardas la marcha de los soldados. Pero no es menos cierto que los años te han enseñado a ser precavido. A estudiar bien la situación antes de emprender una tarea que resultará, y que nadie ose afirmar lo contrario, muy peligrosa.

—Avanzaremos despacio —concluyó Gauna tras pensárselo mucho.

—Pero, ¿cómo…? —balbuceó Ledesma.

—Lo que oye, sargento. Avanzaremos despacio y siguiendo el desfiladero. Después, cuando la Garganta comience a menguar y todo se vuelva pendiente, bajaremos con mucho cuidado.

—¡Teniente! ¡Huirán! ¡Vayamos a galope tendido y golpeémosles rápido! En dos horas, Esteban y sus guerreros cabalgarán por las putas llanuras incendiadas del infierno.

—No —repuso, circunspecto, Gauna. Prevención, que es lo único que tienes después de cincuenta y cinco años en este mundo de Dios—. Un enfrentamiento ahora no es lo que nos conviene.

—Somos diez, teniente…

Ledesma no comprendía. Vamos, los abatimos a todos y regresamos a casa. En tres días, estaremos cenando caliente en el presidio.

—Somos diez y ellos son diez. O alguno más. Si luchamos ahora, perderemos a alguno de nuestros hombres.

—¡No tiene por qué suceder!

—Sucederá, sargento. Usted lo sabe tan bien como yo. Sucederá. No podemos matar a una docena de perros furibundos saliendo indemnes del enfrentamiento. Y lo sabe, sargento.

Ledesma casi se muerde la lengua. Era cierto. El teniente tenía razón. No obstante, ¿y qué? Cuando te envían a los presidios del norte, sabes que puedes morir. Pues muramos, diablos, muramos.

Pero nunca estúpidamente. ¿No comprende que no merece la pena?

—Seamos inteligentes —reflexionó el teniente—. Avancemos sin descubrir nuestra posición y golpeémosles cuando más vulnerables los consideremos.

De acuerdo, sonaba bien. Aunque algo así supondría retrasarlo todo dos o tres días más. O una semana.

—No tenemos prisa, sargento —dijo Orozco, al que las palabras del teniente le habían parecido muy razonables.

Ninguna prisa. Es primavera, apenas hace frío por las noches y podemos cazar liebres para alimentarnos de ellas. Tenemos llanura y tiempo por delante. Puede Esteban huir adonde quiera: le seguiremos; le seguiremos, acabaremos con él y regresaremos a casa. Todos. Sin bajas, sargento.

—A sus órdenes, teniente —dijo Ledesma. ¿Clava espuelas, si es tan amable, o permaneceremos aquí de cháchara durante el resto del día?

—Vamos —dijo Gauna. Y puso la columna en marcha con un golpe de espuelas tan leve que apenas incomodó al animal. Es maravilloso portar a tíos de pelo cano.

Tardaron casi tres horas en abandonar el filo de la Garganta. No divisaban al grupo del jefe Esteban, pero ello no parecía preocupar a Gauna. Si están ahí, y lo están, los encontraremos. La ribera sur del Pecos es desoladoramente inmensa, pero camino solo hay uno: el que remonta el río o el que desciende con él. ¿Podrían intentar un vadeo? Podrían, pero resultaría demencial y más de un caballo moriría en la tentativa. No, no lo harán. Están ahí delante, es todo. Ya daremos con ellos. Cuando nos convenga.

¿Y el gobernador Alonso? ¿Y los mescaleros amigos que habían tomado parte en la batalla de la Garganta? El teniente estaba seguro de que, una vez degollado el último hostil, regresarían a Buena Esperanza. Allá se encontraban sus mujeres y sus niños, de forma que hasta allá se encaminarían. Si alguien no precisa que se le muestre la ruta, ese es un mescalero. Retornaremos, tras la caza de Esteban, al presidio y nos los encontraremos tumbados al sol: mezcal, raciones de comida gratis y siestas de mediodía. Los sumas se ocupan de las acequias.

A última hora de la tarde, Grijalva advirtió algo en el horizonte. Un poco de polvo levantándose en el aire. Apenas perceptible.

—Son ellos —dijo el teniente.

Claro. ¿De qué otra cosa podría tratarse?

—Siguen el curso del río —añadió—. Como suponía.

—Teniente.

—¿Sí, sargento?

—¿Se da cuenta de que si los seguimos, nos alejaremos más y más de casa?

—Me doy perfecta cuenta, sargento. ¿Cree que no conozco estos parajes?

—No pretendía insinuarlo, teniente.

—Lo sé. Pero sepa usted, sabed todos, que estamos obligados a ir tras ellos, pues, de lo contrario, serán nuestros rancheros quienes lo paguen. Hombres y mujeres inocentes. Por no hablar, por supuesto, del presidio. ¿Acaso creéis que Esteban no está lo suficientemente loco como para intentar un asalto a El Norte?

No hacen falta tantas explicaciones, teniente. Iríamos de igual forma. Usted ordénelo y bastará.

* * *

La caza de Esteban les llevó más de una semana. Divisaban al grupo y, tras seguirlo durante un rato, volvían a perderlo. A veces, durante casi un día completo. Pero siempre, si cabalgaban sin perder de vista al Pecos, lo hallaban de nuevo en lontananza.

—¿Cree que nos habrán visto, teniente?

Los muchachos se aburrían. La marcha a trote lento carecía de todo aliciente y el Pecos, diablos, era el río más aburrido del mundo.

De manera que a los dragones les dio por hacerse preguntas. Por hacérselas a Gauna. Vamos, teniente, que usted se las sabe todas. Que lleva vida y media en el presidio y que ha padecido lo indecible. Cuente, por Dios, cuente…

—Sí, nos han visto —respondió Gauna.

—Mal bicho, este Esteban…

Era Carrillo el que hablaba. Se había echado hacia atrás el sombrero y el sargento le reprendió como a un chiquillo:

—Cúbrete, gilipollas. Si no quieres morir de una insolación…

—Podríamos dejarlos malheridos —aventuró Barrios—. Les partimos las rodillas con un palo y les metemos un cuchillo en el bajo vientre. Te desangras muy despacio y no puedes dar ni un paso. Curiosamente, es el sol el que se encarga de ti. Mueres achicharrado a media tarde.

—No vamos a hacer tonterías, Barrios —repuso Ledesma. Los mataremos a la vieja usanza y listo. Nadie con dos dedos de frente tienta a la suerte. Ese de ahí delante es el jefe Esteban. No te fíes de su aspecto: a miserable y sanguinario no le gana nadie. Ni el maldito Tuerto, que en paz descanse.

Un silencio de veinte pasos. Los caballos moviéndose lentamente y mirando de reojo al río. Dentro de un rato, alguien permitirá que metamos las patas en él. Ni siquiera desmontan, pero dejan que bebamos hasta saciar la sed.

—Hay dos niñas a las que no hallamos jamás —dijo inesperadamente Gauna.

—¿Dos niñas, teniente? —preguntó López.

—Sí, de un rancho que se hallaba a tres leguas del presidio. Hermanas. Se las llevaron hace unos doce años. Quizás más.

—¿Quién se las llevó, teniente?

—Ese maldito Esteban. Lo perseguimos durante semanas hasta que dimos con su campamento. Se encontraban muy cerca del Llano Estacado. A las puertas del territorio de los comanches.

—No parece que Esteban sea un miedoso…

—No lo es, chaval, no lo es. Los hijos de puta como Esteban no conocen el miedo.

—¿Y qué hicieron, teniente?

—Nada.

—¿Nada, teniente?

—¿Qué podíamos hacer? Las niñas no estaban. Registramos el campamento y lo volvimos del revés. Deshicimos todas las tiendas,

una por una. Apartamos a las mujeres y a los niños del resto, y el capitán Herrán, que entonces no se había convertido todavía en el hombre que hoy es, interrogó duramente al jefe Esteban. De esa forma en la que confiesas hasta el más insignificante de los pecadillos, ¿comprendes?

—Le dio bien por culo. Bravo por el capitán Herrán…

—Le dio más que bien. Pero Esteban no habló.

—Puede que él no tuviera a las niñas en su poder.

—Y puede que el sol que ahora brilla en el firmamento no se ponga jamás. Puede, pero no resulta probable.

—Las tenían…

—Claro que las tenían. Y lo sabíamos. Tras el interrogatorio de Esteban, el capitán Herrán se centró en varios de sus guerreros. Sin resultados.

—Hijos de perra…

—Sí. Hijos de perra. Las tenían y solo Dios sabe qué habrá sido de ellas. Lo más probable es que murieran a los cuatro o cinco años. Las dejan encinta varias veces y les obligan a trabajar como nunca imaginaríais. Las revientan, muchachos, las revientan. Pobres criaturas…

—Debe ser duro regresar a casa sin ellas.

—Lo es. Pero más lo es cabalgar hasta el rancho de su padre y decirle al pobre hombre que ya no verá jamás a sus niñas. Creo que era viudo… Sí, sin duda, lo era. Tenía algún hijo varón más que le ayudaba en las tareas del rancho, pero aquellas dos niñas eran su tesoro.

—¿Qué fue de él, teniente?

—No lo pudo soportar y se volvió hacia el sur. Supongo que para empezar una nueva vida. Ya sabes: te tumbas cada noche en tu camastro, cruzas los brazos sobre el pecho y piensas que en ese preciso momento una mala bestia estará violando a tu chiquilla. Una y otra vez. Un día tras otro. Dejándola encinta y obligándola a parir bestias a pesar de que no tiene más que trece o catorce años.

Los hombres callaron. Divisaban de nuevo al grupo en el horizonte y algunos, puede que involuntariamente, azuzaron más de la cuenta a sus monturas.

—Despacio —indicó el sargento. No nos interesa acercarnos. No todavía.

Por la noche, dormían en dos turnos y todos participaban de la vigilancia. Todos, Ledesma y Gauna incluidos. Saben que les vamos a la zaga, pero por nada del mundo nos sorprenderán. Encendemos fuego. Claro que lo hacemos. Ellos son mescaleros y no necesitan que una llama en mitad de la noche les señale el punto en el que pernoctamos. Nos encontrarían igualmente, de manera que, ¿por qué privarnos de una cena como es debido…? Barrios y Grijalva salían a cazar liebres y nunca regresaban de vacío. Los soldados las asaban metiéndoles un palo afilado por el culo y las devoraban en menos de diez minutos.

Y cinco hombres se echaban a dormir. Y los otros cinco se situaban en torno a ellos, con los mosquetes cargados y la mirada fija en las inmediaciones. Con un pie adelantado y prestos para abrir fuego en cuanto algo se moviera ahí delante.

No creemos que Esteban sea tan insensato como para intentar un ataque desesperado. Pero es Esteban y, porque lo es, más nos vale tomar toda clase de precauciones.

—Oiríamos sus caballos —susurra Martínez, que pertenece al grupo que está de vigilancia.

—¡Eh…! —protesta alguien de los que se acurrucan bajo sus mantas.

—Vale, perdona —se disculpa Martínez. Pero, al rato, continúa —: Tendrían que dejarlos muy lejos de aquí si no quieren que los oigamos. Hacerlo y luego arrastrarse sigilosamente hasta aquí.

—Complicado —le replica, también en un susurro, León—. Complicado…

Sí, pero, por si acaso, tenemos la mirada fija en la noche. Damos por hecho que no vendrán, pero situamos a cinco hombres

en tareas de vigilancia. Cinco cuidan de cinco. ¿Te has visto en alguna de estas?

Al cuarto día tras la partida de Garganta Honda, se puso a llover. Lo hizo intensamente, aunque solo durante una hora. Después, escampó y las ropas de los hombres se secaron al sol. Al quinto día, a López le picó un bicho en la mano izquierda. Se había agachado para arrancar una brizna de hierba y sintió el picotazo. ¿Qué ha sido? Ni idea, pero duele de cojones. ¿Te habrás envenenado? Pues quién lo sabe… Es cuestión de esperar.

Eso hicieron. El sargento observó la herida y sugirió que quizás se hubiera tratado de una serpiente. Después añadió que, en cualquier caso, no estaba seguro. Que, en estos casos, lo adecuado es dejar que pase el tiempo: si en tres o cuatro horas el pecho no se te ha comprimido y has dejado de respirar, es que tampoco era para tanto. Eso sí, el dolor y la hinchazón no te los quita nadie.

Cabalgaron durante cinco horas más y no pareció que a López se le detuviera el hálito. Sigues sobre tu caballo, así que no era nada… Duele, sí, claro que duele. Nos hacemos cargo. Pero tendrás que aguantarte y lo sabes. Estamos tan lejos de casa…

Al séptimo día, el teniente Gauna dijo que se prepararan. El momento del ataque definitivo sobre la banda de Esteban había llegado. Los dragones se miraron los unos a los otros y trataron de averiguar qué era exactamente lo que había variado respecto a los días anteriores. ¿Qué ve Gauna que no veamos el resto? Nadie lo sabe. Pero no es teniente por casualidad, así que obedeceremos a ciegas sus órdenes. ¿Que atacamos hoy? Pues adelante. Estamos preparados.

Sin embargo, a última hora, Gauna observó el cielo y decidió que mejor posponerlo un día más. ¿Por qué? Nadie lo sabía y nadie osó preguntar. Bastaba con maravillarse de que un hombre como aquel les guiara con tan buen juicio.

Y ni uno solo entre los soldados se tomaba esta opinión en vano. No, pues fue el criterio del teniente, y el de nadie más, el que logró que todo saliera bien. Que Esteban y sus malnacidos cayeran

bajo sus armas y que ninguno de los dragones de El Norte muriera en el combate.

Salvo por la picadura en la mano de López, los españoles no tuvieron que lamentar ninguna herida. Ninguna. Echad un vistazo a los informes del resto de los presidios de la línea norte de Nueva España y decidnos si os topáis con algo semejante. Diez hombres que cabalgan en pos de diez demonios. Diez hombres que confían ciegamente en su teniente pues saben que él y nadie más que él conoce las claves de la lucha verdadera. La lucha cruel y encarnizada contra mescaleros salvajes.

En la mañana del octavo día tras la partida de la Garganta, el teniente ladeó su montura hasta la posición en la que cabalgaba López y le preguntó:

—¿Y esa mano?

—Mejor, teniente.

Bastó. Gauna se rascó la parte alta de la frente y, como si nada sucediera, dio la orden:

—Preparaos. Vamos a atacar.

La columna, de pronto, abandonó la fila de dos en la que habitualmente avanzaban y se abrió en abanico. Una galopada feroz y un ataque con fuego de mosquete. Primer disparo a media distancia. Trataremos de abatir siquiera tres enemigos. Después, cinco hombres abriéndose hacia la izquierda y cinco hacia la derecha. Ha de ser veloz nuestra marcha pues solo así evitaremos sus flechas. Mientas tanto, carga de las armas y preparados para el segundo disparo, que será el último. Tratad de que dos o tres más caigan y, por el amor de Dios, poned mil cuidados en no abatirnos entre nosotros.

Y a partir de ahí, Virgen María, santifica nuestros sables, pues en ellos va tu victoria.

—¡Adelante! —gritó el teniente mientras clavaba espuelas y ponía su animal a galope tendido. Un horror desquiciante, chico, sí, lo sabemos. Pero te hemos entrenado para esto y has de responder como se espera de ti. Si nos sacas de aquí con éxito, podrás pacer

con calma durante un mes o dos. O tres. Pero ahora… ¡ahora carga la caballería pesada española! ¡Atentos todos!

La banda de Esteban no se acobardó. Al contrario, apretaban los dientes y fundían miradas. Venid, que nuestros machetes y nuestras lanzas os atravesarán de parte a parte.

Refrenaban sus caballos con tanta virulencia que dos o tres de ellos se levantaron, a punto de enloquecer, sobre sus patas traseras. Oían los chillidos provenientes de las gargantas de sus jinetes. Las llamadas a la guerra. Las invocaciones a los dioses. Cada una de las maldiciones apaches que en aquel preciso instante estaban siendo exhortadas.

Tú aúlla como un perro que yo tengo pólvora y balas.

—¡Fuego! —gritó Gauna.

Los dragones apoyaron los mosquetes en el hombro, apuntaron y apretaron el disparador. Diez tiros que descabalgaron a dos hombres de Esteban. Podría haber sido mejor, pero no estaba mal. Dos menos para causarnos problemas.

Como estaba previsto, los españoles se separaron en dos grupos y rodearon a los mescaleros, los cuales comenzaron a dispararles flechas. ¿Veis cómo ceñirse la cuera al pecho no es ninguna tontería? ¡Detienen las flechas! Puede que alguno de vosotros sienta una punzada allá donde el proyectil ha impactado, pero nada más. Tú sigues cabalgando y, más importante todavía: comienzas a cargar tu mosquete para efectuar ese segundo disparo que el teniente os ha pedido.

—¡Orozco! —exclamó Cuéllar al ver que el dragón se llevaba ya su arma al hombro para abrir fuego—. ¡Al otro lado! ¡Al otro lado, hostias!

Orozco comprendió lo que Cuéllar quería decirle. A unos diez o doce pasos de donde ellos se encontraban, Ledesma y Carrillo habían desenvainado los sables y se lanzaban a un cuerpo a cuerpo contra los mescaleros.

—¡No hay más disparos! —gritó Cuéllar.

Y era cierto que, al menos para Ledesma, Carrillo y el resto de los dragones que luchaban en el otro flanco, no los había. Simplemente, los mescaleros se les habían echado encima antes de que tuvieran tiempo de completar la segunda carga. Planes son planes y realidad lo que te sucede a cada momento.

Sin embargo, Orozco tenía su mosquete al hombro. El ojo guiñado y el pecho de un cabrón en el punto de mira.

—¡Puedes dar a uno de los nuestros! —le advirtió Cuéllar mientras dejaba caer su mosquete al suelo y desenvainaba el sable.

Puedes. Pero no va a suceder. Diablos, no. Tengo el disparo listo, tengo el disparo listo… ¡Fuego!

No se trató del propio Esteban, pero sí de un bastardo que combatía muy cerca de él. La bala de Orozco le reventó la cabeza y lo envió al paraíso apache en menos de lo que tardó en desplomarse del caballo. ¿Ves, Cuéllar, como no pasa nada?

Uno menos.

Y ahora sí. Ahora empuñemos el sable y acabemos de una puta vez con ellos.

Donde un hombre ordinario necesita de un tajazo para expirar, un guerrero maldito de Esteban precisa de tres. Pues démoselos. Apretemos la carga y no les dejemos espacios libres. Que sientan el aliento de nuestras monturas. Que se crucen nuestras miradas. Causáis pánico, Dios santo que sí. Resultáis horribles y todo lo que se mueve cerca de vosotros, muta en horror. Pero conocemos el modo de acallar nuestro rugido interno. Sabemos que si morís, morirá, al tiempo, nuestra angustia.

Los rodearon y ya no eran más de cinco. Esteban, el enano tarado hijo del mismísimo Satán, entre ellos. Asían sus machetes emplumados. Portaban ira y se sabían contiguos a la auténticamente muerte final. La gloriosa. La que, en realidad, hace que todo comience de nuevo.

Hay un infierno sin llamas ni presencias. Blanco, y muy frío al tacto. Sin caballos. Sin hierba. Sin más destino que tu propia y eterna soledad.

Hasta allí los enviaron. Sablazo a sablazo, los mescaleros fueron cayendo y, con ellos, sus monturas. Fue Esteban el último en quedar con vida. Fue él y, al caer el teniente en la cuenta, dio una orden liviana. Como si, al fin y al cabo, ni siquiera fuera necesaria:

—Atrás —dijo. Y tiró de las riendas de su caballo para obligarle a retroceder.

Los dragones le imitaron e hicieron que todos los caballos dieran tres pasos hacia atrás. Rodeaban a Esteban en un círculo del que ya no escaparía. Y no porque no lo intentara: el mescalero, loco, hizo que su caballo girara varias veces sobre sí mismo.

¿Buscas una ocasión para la huida? No la hay. ¿Crees que todavía no ha llegado tu momento? No podrías estar más equivocado.

Y los dragones se calmaron. Y la muerte se situó a dos palmos sobre la cabeza de Esteban y allí aguardó. Quieta. Expectante.

La mirada del jefe Esteban sería algo que ninguno de los allí presentes olvidaría jamás. Miraba como el lobo al que el cazador le ha cercenado las cuatro patas. Sigue vivo, continúa anhelante, pero no se resigna a su destino. No, porque no está en la naturaleza de los lobos hacerlo. No, porque Esteban cree, piensa, siente, que puede mataros a todos. Que debe mataros a todos.

—Barrios —dijo Gauna al tiempo que se inclinaba sobre su silla y acariciaba el pescuezo de su montura. Buen bicho… Calma, que muy pronto estaremos de regreso en casa. Esta vez, de verdad.

—¿Teniente?

—Un tiro a la cabeza.

—¡A sus órdenes, teniente!

Cosas malas que nos suceden

Cuando regresaron, todo había cambiado.

El Grande, que siempre nos trató con afecto y protección, había enfurecido. Alguien hizo algo y nosotros pagamos las consecuencias. Alguien despierta la ira de Dios y comienza a morir gente. Por suerte, son ellos los que caen. Ellos y no nosotros. Dios escribe recto. Siempre.

Los soldados llegaban exhaustos desde las tierras altas del Pecos y se toparon con la desolación: el río se había desbordado allá donde el pueblo de Buena Esperanza se extendía y todo lo había arrasado a su paso.

Se acercaron al presidio, atravesaron la puerta que se encontraba abierta y accedieron a una plaza que hervía en actividad: soldados que se apresuraban de un lado a otro, hombres que salían hacia Buena Esperanza o que llegaban de allí, sumas y julimeños con el rostro crispado por el agotamiento.

El teniente ordenó a los hombres que desmontaran y se encaminó hacia la capitanía. No habían dado dos pasos cuando el coronel, desde la armería, les llamó a voz en grito.

Ledesma se giró hacia él con un gesto cansado en los labios. Ligeramente estirados. Ese estilo tan propio del sargento. Parece que sonríe pero, en realidad, te está enfilando con su mirada, ¿recuerdas?

—¡Teniente! —exclamó Muñoz.

Gauna, junto a Ledesma, se giró también. Un instante más tarde que el sargento. Se está haciendo mayor y los reflejos se toman su tiempo para responder.

Diez hombres en mitad de la plaza del presidio. Llegamos de cumplir con lo nuestro y nos topamos con esto. ¿Es que aquí no existe tregua?

—¡Teniente! ¡El río se ha ido al carajo!

Muñoz sabía ser expresivo. Al puto carajo. En algún sitio, vete tú a saber dónde, habrá llovido más de la cuenta. Los ríos que recogen agua en el culo de América la envían, toda, al Grande y el Grande hace lo que puede con ella. Y, por lo general, no lo hace mal: viene calmoso las más de las veces y solo de cuando en cuando se embravece. Nos asentamos en sus riberas tras observarlo durante mucho tiempo. Nos provee y no causa problemas.

Casi nunca.

—En el pueblo apache, el agua llega hasta las rodillas.

A pesar de lo cual, habían muerto más de diez mescaleros. La absurda costumbre de dormir a cualquier hora y en cualquier sitio. Piensa tú en ancianos tendidos en el suelo. Como si les hubieran dado un balazo: en mitad de la calle a pesar de que tienen casa; boca arriba y con las manos plácidamente cruzadas sobre el pecho. Duermen, los cabrones duermen como si el mundo y sus circunstancias no fueran con ellos. Y, claro, van. Ni uno solo de los presentes en el presidio recuerda que el Río Grande se haya desbordado alguna vez, pero el capitán Herrán confirma perezosamente: hace veinte o treinta años, a quién le importa, sucedió algo parecido. Solo que, entonces, no existía el pueblo apache. Se inundó la tierra y murió algún que otro suma. Lo he leído en un informe antiguo de los que se guardan en la capitanía.

Algún que otro suma. Bastantes mescaleros. Existe una diferencia, ¿verdad?

Muñoz portaba el alma en un puño. Como si se le hubiera desprendido del cuerpo y, en el último segundo, hubiera logrado

atraparla antes de que partiera para siempre. La tenía ahí, oculta entre los dedos.

—Ha sido horrible, teniente —dijo. Y saludó militarmente a Gauna y al resto—. ¿Todo bien?

Bueno, se interesaba por las cosas que verdaderamente importan. Recuerda que todo esto es idea suya, ¿no es así, coronel? Que hemos estado luchando en el Pecos porque usted nos lo ordenó. Que regresamos todos y en perfecto estado de revisión, pero por puro milagro. No sabe lo duro que es todo ahí arriba. No tiene ni la más remota idea, coronel.

Al grano. Nuestro proyecto de alojar a los apaches del Río Grande en un pueblo civilizado está en serio peligro. Al carajo, teniente. Al puto carajo.

—Todo bien, coronel —repuso Gauna—. Le escribiré el informe en cuanto nos recuperemos.

—De acuerdo, de acuerdo… —El coronel agitó los brazos en el aire para ahuyentar la idea. Necesitaba que los soldados recién llegados se prepararan para trabajar. Hay que poner orden en mitad del caos. Y hay que hacerlo de inmediato—. Les doy media hora para que tomen un bocado.

—¿Media hora, coronel? —preguntó Ledesma. No es una insubordinación que un simple sargento se dirija de esta manera a un coronel. Pero están en presencia de un teniente y, por lo tanto, lo que a Ledesma le toca es mantener cerrada la boca.

Los ocho dragones observaban la conversación. Todos habían descabalgado, aunque aún sujetaban las riendas de las monturas. ¿Pero es que nadie va a venir a hacerse cargo de los animales? No, parece que hoy no. Todos están ocupadísimos con el desastre.

—Media hora, sargento —dijo Muñoz. Puede que tuviera el alma encerrada en el puño de la mano derecha, pero seguía siendo el oficial de mayor graduación en el presidio. Dicho en plata: allí mandaba él y el resto obedecía—. Me hago cargo de que usted y sus hombres llegan agotados. Le aseguro que sí, sargento. Y le aseguro, al tiempo, que sabré compensarles cuando llegue el momento.

Todos tendrán una paga especial. —De acuerdo, nadie acudía a hacerse cargo de los caballos, pero el coronel se hallaba pronunciando bellísimas palabras. Se habrían embelesado escuchándolas durante horas—. Habrá unos cuantos pesos extraordinarios si ahora responden como se espera de ustedes, sargento —concluyó Muñoz.

Gauna intervino. Por supuesto que sí, coronel. No le tenga en cuenta las palabras al sargento. Está exhausto tras días y días de marcha y batalla. Eso es todo. Pero ahora mismo nos ponemos a sus órdenes.

—¡Ya habéis oído al coronel! —se dirigió el teniente a los soldados—. En media hora, os quiero a todos aquí. Echad un trago, comed algo y presentaos en media hora. Ni un minuto más.

—Me gustaría disponer de más tiempo para asearme y… —comenzó a decir Grijalva.

Un soldado de los que siempre se agradece tener a tu lado. Rápido con el mosquete, certero con el sable y hábil sobre el caballo. Pero un poco marica cuando no hay enemigos a los que abatir.

* * *

Cuando acudieron a Buena Esperanza, tomaron consciencia de la magnitud del desastre: el pueblo entero se hallaba inundado y, a pesar de que los sumas trabajaban de firme en las acequias para ensancharlas, el agua se había estancado y no se movería de allí hasta que el Río Grande volviera a su madre.

—Hemos perdido la cosecha de maíz —dijo el coronel, señalando, desolado, los maizales arrasados por el agua.

Habían dejado los caballos a unos cincuenta pasos de distancia y cubrieron el resto del camino a pie. Muñoz y Gauna, los dos solos. Sin dragones que les guardaran las espaldas porque aquí ya no quedaba nadie que pudiera pretenderles mal. Los sumas doblando

los riñones, algunos soldados acompañados de civiles del presidio trabajando en el otro extremo del pueblo y Ledesma y un cabo internándose en el agua y comprobando la profundidad del río.

—¿Qué ha sido de Alonso, Volante, Alegre y Patule? —preguntó Gauna.

El coronel daba por hecho que el teniente sabía que habían vuelto a casa. Llegar ellos y producirse la calamidad. Todo uno.

—Retornaron hace una semana —dijo, sin evitar una mueca de sorpresa en el rostro—. Dijeron que mientras ellos se encargaban de Tuerto y de Bigotes, usted, teniente, corrió, junto a sus hombres, tras los mescaleros que habían acudido en auxilio de los hostiles.

Más o menos, así fue. Y Gauna se sintió impresionado al saber que Alonso y el resto habían regresado diligentemente a casa. Se presentaron ante el hombre al mando del presidio, saludaron e informaron. Sin mentir ni una sola vez. ¿Sería cierto que los mescaleros estaban cambiando?

—Y luego, el desastre —explicó Muñoz—. El río se desbordó y en menos de una hora había inundado todo el pueblo apache. Nuestro trabajo de tanto tiempo, teniente, nuestro trabajo…

El coronel se encontraba realmente compungido. Por decir algo y romper el silencio, el teniente comentó:

—Menos mal que el presidio ha quedado intacto. Y, según me han dicho, ninguno de los ranchos españoles ha resultado afectado de gravedad.

Muñoz miró a Gauna y, por un instante, este último creyó que el coronel habría preferido que fuera al revés: nosotros pasamos a mejor vida, pero el proyecto de pacificación apache se mantiene intacto. Sin embargo, Gauna desechó de inmediato la idea. El coronel se implicaba a fondo en la tarea que le había encomendado el comandante general Croix, pero no hasta el extremo de preferir nuestra propia ruina.

—Es cierto, teniente —dijo Muñoz. Y, por si a Gauna le hubieran quedado dudas al respecto, añadió—: Gracias a Dios, no tenemos que lamentar la pérdida de ningún cristiano.

Solo una decena larga de mescaleros atolondrados. De esos que se duermen por las esquinas y no ven venir la lengua de agua. Se lo tienen merecido, qué diablos… Si hubieran estado, como les venimos repitiendo que han de hacer, trabajando en los maizales, nada de esto habría sucedido. El agua llegó con fuerza, pero no con tanta como para derribar a un hombre adulto. De hecho, todos los que se hallaban despiertos cuando el Grande se desbordó continúan respirando. Y se desbordó a mediodía.

Lo cual no evita que ahora tengamos que reconstruirlo todo. No desde cero, pero casi. ¿Echarían una mano los mescaleros, coronel?

No me haga reír. Que no estoy para bromas.

Y lo dijo. Con una consternación tal, que hasta la última de las palabras vibró:

—Los apaches han abandonado Buena Esperanza.

Como para no hacerlo. Hay tres palmos de agua, coronel. Dentro y fuera de las casas. Agua estancada y objetos flotando por todas partes.

—Pero no se habrán marchado muy lejos… —aventuró el teniente.

—No —respondió, raudo, Muñoz. Gracias al cielo, no—. Se hallan a media legua hacia el sur. Quizás algo menos.

—En ese caso, ya regresarán, coronel.

Muñoz bajó la mirada, cruzó nerviosamente los brazos sobre el pecho y, tras permanecer así durante unos segundos, los estiró de nuevo.

—Caray, teniente, lo teníamos. Estaban aquí y habían comenzado a acostumbrarse a la vida en el pueblo…

—La verdad es que respondieron razonablemente bien en su trabajo como soldados auxiliares…

—¿Lo ve? ¡Hasta en eso nos estaba yendo de maravilla! ¿Por qué ahora una inundación? ¿Por qué este cataclismo?

Gauna se encogió de hombros. Él qué sabía…

—Y lo peor de todo es que esto no lo vamos a solucionar de un día para otro.

—Las aguas volverán a su cauce, coronel…

—Sí, sí, claro que lo harán… No me cabe duda de que así será. Tengo a los sumas trabajando día y noche con las azadas. Están excavando desaguaderos para ver si así le ayudamos al río… ¡Maldita sea nuestra suerte…!

Los lamentos de Muñoz acabaron por hastiar al teniente. Al final, no se trataba más que de un tipo gordo que estaba perdiendo la esperanza. Con los galones de coronel en la casaca y todo lo que quieras, pero a punto de caer derrotado.

Y por un poco de agua.

—¿Los mescaleros se hallan solos? —preguntó, al poco, Gauna.

—Sí, solos… Salieron del pueblo inundado y dijeron que se irían hacia el sur. Les pedimos que se quedaran para ayudar en las tareas de limpieza y reconstrucción, pero se negaron. Diría que Alonso se lo pensó un poco… Sin embargo, terminó por afirmar que sus gentes se encontraban muy asustadas y que lo mejor para todos era que buscaran tierra seca.

Muñoz miró a Gauna y Gauna a Muñoz. La típica palabrería apache. Preparémonos para el día en el que aprendan, por fin, a hablar correctamente nuestro idioma.

—¿Qué hay allí? —preguntó el teniente—. Donde dice que se han instalado los mescaleros…

—No estoy seguro —respondió Muñoz. ¿Por qué le hacía aquellas preguntas? ¿Acaso no era Gauna el teniente de El Norte? Él lo sabría mejor que nadie, por el amor de Dios… No obstante, un coronel es alguien que aporta soluciones a los problemas que se presentan—. Puedo informarme.

—No se moleste, coronel… Creo que lo mejor será que envíe a Ledesma a echar un vistazo.

Muñoz se alarmó. Todo se iba al infierno y, además, a mayor velocidad de la prevista.

—¿Cree que pueden estar causando dificultades? —preguntó. Y no tardó ni medio segundo en arrepentirse de haber realizado la pregunta.

Gauna respiró hondo. Mire, qué quiere que le diga, teniente… Son mescaleros. ¿Todavía no ha comprendido cómo es el mundo tal y como lo conciben los apaches?

—No, supongo que no… Alonso y el resto se comportaron debidamente en el Pecos. De verdad que sí. Estoy orgulloso de su labor. Pero…

Pero son mescaleros.

—Hágalo, teniente. Envíe a Ledesma con unos cuantos hombres y que se aseguren de que todo está en orden.

—Quizás les convenza de que deben regresar…

Y quizás, si cerramos los ojos y fingimos que no ha sucedido, el agua que ahora todo lo inunda desaparezca.

—Me conformo con que el sargento se cerciore de que han establecido un campamento y que no se mueven de allí. No quiero a los mescaleros rondando libres. Y, desde luego, por nada del mundo, los quiero al sur del Río Grande.

Porque el sur es territorio colonizado. Porque tenemos decenas y decenas de ranchos en muchas leguas a la redonda. Porque tras las líneas que los presidios demarcan apenas se mueven soldados. Lo llamamos terreno seguro porque terreno seguro lo consideramos.

Y ahora hay cuatro bandas de mescaleros aguardando a que algo suceda.

—Sería una buena idea —dijo Muñoz— que, ya que van, les lleven unas cuantas raciones de comida.

No vaya a ser que, en todo este tiempo, se les haya olvidado proveésela por sí mismos. Es decir, sin robársela a los españoles…

—Desde luego, coronel. Lo dispondré todo de inmediato.

Gauna levantó la mirada y vio cómo Ledesma hablaba con el cabo. Estarían a unos doscientos pasos de él. Si hubiera un soldado cerca, le habría encomendado la misión de ir y avisarle, pero Muñoz y él se encontraban solos… De acuerdo, no resultaba nada ortodoxo, pero no se le ocurría otro modo de hacerlo.

El teniente se llevó dos dedos a la boca, los situó entre los labios y silbó largamente. Al poco, Ledesma se giró hacia él. Gauna

solo tuvo que retirar sus dedos de la boca y asentir con la cabeza. Sargento, preséntese a la mayor brevedad posible.

Ledesma se despidió del cabo y comenzó a caminar a paso ligero en dirección a la pareja de oficiales.

—Se da cuenta de lo delicado que resulta todo esto, ¿no es así, teniente? —expuso Muñoz mientras ambos seguían con la mirada la aproximación del sargento.

—Me doy cuenta, coronel. Soy consciente de ello.

—Debe traerlos de vuelta a Buena Esperanza.

—Estoy seguro de que el sargento lo intentará con todas sus fuerzas.

A Muñoz se le notaba dubitativo. No parecía tenerlas todas consigo. Y no era para menos: te levantas un día con el asunto de la pacificación apache bien encauzado y, de pronto y en menos de una hora, todos tus esfuerzos se convierten en tres palmos de agua estancada. Sin que ni siquiera haya llegado la hora del almuerzo.

—¿Piensa que Ledesma es el hombre adecuado para llevar adelante una tarea semejante?

Esto es El Norte, coronel. Tenemos a Ledesma y a nadie más.

—El sargento es de mi total confianza, coronel —respondió Gauna. Esa era la respuesta: porque no disponía de otra y porque, sí, así lo consideraba. De su total confianza. Como un hijo para él, Ledesma.

—De acuerdo —dijo Muñoz. Había realizado una breve pausa entre las palabras de Gauna y las suyas. A modo de disculpa, ya sabe… No quise decir que Ledesma me pareciera un mal soldado. Nada que objetar al respecto, teniente. A fin de cuentas, yo soy el recién llegado, ¿verdad?

* * *

En tres horas, el sargento tenía reunido al grupo. Ellos a caballo y una carreta repleta de raciones de comida en cuyo pescante el

teniente había sentado a un colono mofletudo y sonrosado. Ledesma lo conocía porque formaba parte de la milicia local y sabía que, a pesar de su aspecto candoroso, aquel tipo pertenecía a esa clase de hombres que han aprendido a defender lo suyo con uñas y dientes. Nos la agarramos buena en cuanto tenemos ocasión; y encaramados al muro y con un mosquete entre las manos, somos capaces de abatir salvajes a cuarenta pasos de distancia.

—Hermosilla, ¿no? —dijo Ledesma, dirigiéndose a él desde lo alto de su caballo.

—Sí, sargento —contestó el hombre—. Para servirle.

—¿Llevas armas, Hermosilla?

Llevo ocho dragones y un sargento. ¿Para qué iba a necesitar más?

—No, sargento. Ya sabe usted que el capitán no lo permite.

—De acuerdo…

Además, se trata de Alonso y de los demás. Buena gente. No causan problemas.

—Pero en cuanto descargues la comida, te das media vuelta.

—Sí, sargento. Lo que usted diga.

Ledesma estaba de mal humor. Raro en él, sí. Un carácter propio de la tierra, el suyo: rudo casi siempre, pero tomándole la necesaria distancia a las cosas, las personas y los acontecimientos. Pasa lo que pasa y lo observamos.

Pero, ¿cómo le tomas la distancia adecuada a los mescaleros? Ahora resulta que se hallan a media legua. Si no fuera porque unas lomas se lo impiden, podrían divisarlos desde el presidio. ¿Qué hacen allí? Han huido del desastre. De las inundaciones y de la desgracia. O eso han hecho creer al coronel. Que ya lleva sus largos meses en El Norte y que ya podría haber aprendido algo en torno a la manera en la que aquí se respira.

Se han ido porque les ha dado la gana. Hay tres palmos de agua en el interior de sus casas, desde luego. ¿Qué haría un español en semejante circunstancia? Lo que todo hombre de bien: remangarse los calzones y comenzar a achicar; poner orden en el

desconcierto; zanjar los lloros de los niños con un par de bofetones y obligarles a trabajar de firme.

Todos hacemos todo por todos. Somos la misma cosa y así se lo explicamos, en su día, a los mescaleros: os dijimos que vosotros erais nosotros, que formábamos parte de algo nuevo que jamás se resquebrajaría.

Sí, dijimos tantas cosas…

—¡Vamos! —ordenó Ledesma de un grito.

Los dragones se pusieron lentamente en marcha y retuvieron los caballos para dar tiempo a que Hermosilla azuzara al tiro de la carreta.

—¡Venga, cabrones! —decía el colono mientras sacudía, una y otra vez, las riendas—. ¡Adelante!

No habían transcurrido ni veinte minutos de marcha cuando, a lo lejos, divisaron el campamento mescalero. En total, y según cálculos que el teniente le había proporcionado al sargento, unas cuatrocientas personas. Gauna y su obsesión por contar y recontar. Asegúrese, sargento. Debe haber cuatro centenares de mescaleros. Incluidos, por supuesto, los niños y los viejos. Cuente, sargento, cuente. Y si cree que no alcanza la cifra, viene y me lo dice. Es importante porque si no están ahí, es porque están en otra parte. Apaches deambulando de un lado a otro. Como si esto fueran las llanuras al norte del Pecos.

El plan, sargento, es que haga entrar en razón a Alonso. Si alguien puede, es usted, muchacho. Alonso le tiene en buena estima. Le escuchará. Sí, lo hará.

—¿Sabe que en los tres primeros años que pasamos en el Río Grande apenas teníamos qué llevarnos a la boca? —preguntó Hermosilla. Se lo decía a Ledesma, que cabalgaba parsimoniosamente al lado de la carreta.

El sargento no se dignó a responder. Sabía que el colono tenía algo que decir e iba a decirlo. Fuera Ledesma partidario de ello o no. Así que optó por ahorrarse la saliva.

—Tres años, sargento, tres largos años… —continuó Hermosilla —. Se me caía el alma al suelo al ver a mis chicos pidiéndome comida y yo sin nada que ofrecerles… Por suerte, todo cambió poco a poco y un par de buenas cosechas nos puso en el camino de la prosperidad. Doy gracias a Dios por ello todos los días, sargento… A Dios, al capitán y a toda la gente buena de El Norte.

¿Y esto nos lleva a…?

A que, de pronto, alguien te sienta en el pescante de una carreta abarrotada de comida y te pide que la guíes hasta un paraje desértico. Es que hay cuatrocientos apaches hambrientos allí, ¿sabes, Hermosilla?

—Y ahora les damos comida gratis. A ellos.

A ellos. A unos salvajes que ni siquiera se han bautizado todavía. ¿Dicen ustedes que son españoles? Pues puede que el coronel lo crea, pero, desde luego, nadie más en todo El Norte es de esa opinión.

—Les damos la maldita comida a cambio de nada, joder… Y mis chicos pasaron hambre durante tres largos años. ¿Entiende lo que quiero decirle, sargento?

Hasta la última palabra. No obstante, es tu opinión, Hermosilla. Y puede que también la de todos los demás, pero nosotros no vamos a abrir la boca para contradecir al coronel. Y tú tampoco deberías hacerlo, Hermosilla. Eres un vecino de El Norte y, como tal, vives bajo mando militar. Idioteces, las justas.

Aunque tengas más razón que un santo.

Por fin, una hora y media después de haber partido desde el presidio, la pequeña comitiva alcanzó el paraje donde los mescaleros acampaban al aire libre: contaron no menos de ochenta tiendas y quince o veinte refugios improvisados con un par de palos y un pedazo de piel de buey. Lo más probable es que las cuatro bandas continuaran juntas y que nadie hubiera decidido partir.

¿Por qué habrían de hacerlo si el coronel siempre envía la carreta de los víveres? Al verla, el alborozo fue indescriptible. Muchos niños se lanzaron contra las ruedas de la carreta y a

Hermosilla se le crispó el rostro cuando tuvo que detener, de golpe, la marcha para que nadie resultara herido. Se trata de pequeños salvajes que, aun y a pesar de su corta edad, no dudarían en rajarte el cuello si el jefe de su banda así se lo pidiera, pero… Por todos los santos, él no dormiría en paz sabiendo que había aplastado con las ruedas de su carreta a un par de aquellos pequeños diablos.

—¡Bajaos de ahí! —gritó el colono. Y asió una vara de madera y, haciéndola silbar en el aire, comenzó a azotar con ella a los niños apaches—. ¿Pero es que no me habéis escuchado? ¡He dicho que abajo! ¡Abajo todos! ¡Os daremos la comida, pero en orden! ¡Sargento! ¡Sargento, por el amor de Dios! ¡Haga algo!

Tenían mucha hambre atrasada y no lo ocultaban. El sargento se pasó la mano por la nariz y se acarició el lóbulo de su oreja derecha. ¿Qué haces? ¿Ordenas a tus soldados que abran fuego contra la horda de pequeños salvajes que nos ha tomado al asalto? Vaya, pues quizás no sea una mala idea…

No haría falta. Los mescaleros gozaban del don del momento perfecto. Llegaban y, al verlos, siempre tenías la sensación de que algo malo habría sucedido si se hubieran demorado tan solo un instante más…

—¡Gobernador Alonso! —exclamó, con más efusividad de la deseable, Ledesma.

Alonso y Patule el Grande caminaban en dirección a los españoles. Con gesto contenido. Como si las provisiones gratis no tuvieran importancia alguna: somos nosotros, los apaches mescaleros, los que nos dignamos a recibiros en esta tierra que, sabedlo, es nuestra y nos pertenece.

Te hacían sentir como un completo imbécil.

Te daban ganas de desenfundar los mosquetes y borrarles aquel gesto del rostro. Os traemos víveres y, aun así, nos miráis con petulancia. Hijos de puta.

—¡Gobernador Alonso! —repitió Ledesma—. ¡Me alegro de volver a verte! ¡También a ti, Patule el Grande!

Los dos jefes se detuvieron junto al caballo del sargento y Alonso hizo una señal para que alguien fuera y terminara con el alboroto que estaban causando los niños. Fue cuestión de dos segundos: tres mujeres se acercaron a la carreta y, a manotazo limpio, espantaron a los críos como si de moscardones se tratara. Miramientos, ninguno.

—Sargento —dijo el jefe Alonso.

—Traemos vuestras raciones —informó Ledesma mientras descabalgaba—. En la carreta.

—Una carreta pequeña.

Lamentamos que te lo parezca, jefe Alonso. Os alimentamos gratis y, no obstante, os mostráis descontentos. Tienes muchos guerreros, Alonso. Los vimos destripando enemigos en Garganta Honda. ¿Qué tal si os echáis el arco al hombro y salís de caza?

—Una carreta pequeña, sí —confirmó Ledesma, observándola y fingiendo que se daba cuenta por primera vez—. Pero traemos mucha comida.

—Mucha gente aquí…

—Precisamente de eso quería hablarte… —El sargento caminó hacia Alonso y Patule y se detuvo a unos tres pasos de ellos—. ¿Qué diablos hacéis aquí? Este lugar es una mierda, gobernador. Mira tu gente. Está hambrienta y desprotegida.

Hambrienta, puede. Desprotegida, en absoluto. Un mescalero jamás lo está si junto a él se halla el resto de su banda.

—Los apaches sabemos soportar el hambre.

Hasta que llega la carreta de los víveres, claro… Los tiempos cambian, Alonso. Y los mescaleros ya no tenéis la fortaleza ni el aguante de antaño.

—¿Dejarás que tus mujeres y tus niños coman? —preguntó Ledesma. Y se preparó para esperar durante un buen rato pues sabía que, a una pregunta como la formulada, Alonso no podía responder de inmediato. Cuestión de mesura. Por supuesto que permitiré que mis gentes coman de tu mano española. Pero debe

transcurrir un período de tiempo entre la oferta y el consentimiento. Dignidad y apariencia.

—¿Qué fue de Esteban? —se interesó, entonces, Patule.

Ledesma le miró y sonrió. ¿A ti qué te parece, indio?

—Estamos aquí, ¿no? —dijo, sin prisa por contarle la verdad, Ledesma. Él también, si se lo proponía, sabía demorarse en las respuestas.

—¿Les disteis alcance?

—No lo dudes, jefe Patule, no lo dudes…

—¿Y?

¡Cuente, sargento!

—Esteban no supondrá un peligro para nadie más —explicó Ledesma. Miraba de reojo el rostro serio de Alonso y se daba cuenta de que no podía, o no sabía, ocultar su interés—. Los matamos a todos.

—¿A todos?

—A todos. No dejamos a nadie con vida.

Patule volvió una mirada entusiasmada hacia Alonso, pero Alonso se mantuvo impertérrito. Luego lo hablamos, Patule. No demostremos satisfacción frente a los españoles.

—Gracias, sargento —dijo, no obstante, el jefe Alonso.

—Os hemos quitado un peso de encima.

Alonso pareció no comprender la expresión. Dejémoslo correr. Me entiendes perfectamente, pero no vas a admitir que la presencia de Esteban os preocupaba sobremanera. Antes muerto.

—Bien —añadió Ledesma tras una breve pausa—. ¿Descargamos la carreta o qué? Vamos, gobernador Alonso, que se nos va a hacer de noche…

Alonso, por fin, accedió. Con gran dignidad, hizo una señal a uno de sus hombres que, a su vez, la trasmitió a las mujeres. Id, ayudad al colono a descargar y ocupaos de que todos llenen la tripa. Los guerreros, primero. Las mujeres jóvenes, después. Y tras ellas, el resto: ancianos, niños y perros.

Observaron cómo Hermosilla, sudoroso y jadeante, se encaramaba a lo más alto de la carga de la carreta y, desde allí, comenzaba a dar instrucciones a las mujeres. Ledesma se asombró de la rapidez con la que todos actuaban. Estaba claro que nadie realizaba aquello por primera vez.

En eso estaban, cuando los jefes Volante y Domingo Alegre hicieron acto de presencia. Este último, con su sempiterno mosquete español al hombro.

—Jefe Volante —dijo el sargento a modo de saludo. El mal humor que le había acompañado durante todo el camino, de pronto, había desaparecido. Es cuestión de cogerles el tranquillo a los mescaleros: si consigues ver muy al fondo de ellos, te das cuenta de que resultan un pueblo realmente divertido. Involuntariamente, qué duda cabe, pero divertido a fin de cuentas—. ¡Eh, capitán Alegre! Creo que tienes que devolverme el mosquete.

Alegre frunció el ceño de tal modo que podría haber desencadenado una tormenta en medio del desierto. ¿Quitarle el mosquete? ¿Quitarle su mosquete? ¡Por qué!

Porque ya no estás donde te dijimos que debías estar.

—Fuera de Buena Esperanza, ya no eres capitán de guerra. Te destituimos, Alegre. Ahora eres solo un jefe. Devuélveme el mosquete.

Mantengamos la calma. No estamos en Buena Esperanza, pero por causa de fuerza mayor.

—La riada, sargento —trató de explicarse Alegre.

—Sí, la riada —dijo Volante con voluntad de agradar. Por nada del mundo deseaba que se enfadara el hombre que les proveía de comida. Él tenía tantas bocas por llenar como el resto de jefes pero, a diferencia de ellos, Volante era joven y su autoridad en la jefatura de la banda podría, en un momento de dificultad extrema, ser puesta en cuestión por otros guerreros igualmente jóvenes.

—¡El mosquete, jefe Alegre! —insistió Ledesma con el semblante serio.

—No nos hemos alejado del presidio —trató de argumentar Alegre.

El sargento le miró con rudeza y, tras diez o quince segundos en los que solo se escuchaban las imprecaciones de Hermosilla desde lo alto de la carreta, no pudo aguantar más y cedió. Abrió los labios y sonrió a Alegre.

—¡Pues claro que puedes quedártelo! ¡Sigues siendo nuestro capitán mescalero!

Alegre respiró hondo. Varias veces. Caray, qué cerca había estado de perder su preciadísima arma…

—¿Te queda munición, capitán? —preguntó el sargento.

—Apenas. Pocos cartuchos.

Pues un día te pasas por el presidio y ya te daremos más. Eso sí, tras reubicaros en Buena Esperanza. Porque vais a volver, ¿no es así?

—¡Orozco! —llamó, de pronto, Ledesma.

—¿Sargento? —replicó el dragón.

—Oye, Orozco, ¿no habíamos traído unos cuantos cigarros para los jefes?

—Sí, creo que sí, sargento. Deberían estar en mi alforja.

—¡Compruébalo, Orozco! Me gustaría obsequiar a nuestros amigos con ellos.

A pesar de que no se hallaban a más de cinco pasos de distancia el uno del otro, hablaban entre sí a grito pelado. Como en una mala representación teatral.

—¡Ah, sí, aquí están los cigarros! —se oyó exclamar a Orozco un rato después. Tenía las manos metidas en su alforja y no se decidía a sacarlas de allí. Emotividad en cada movimiento. Expresión y drama.

—¡Entreguémoselos, pues, a los jefes! ¡Y fumemos a la salud del coronel, quien consigue que cosas tan buenas como estos cigarros y estos víveres nos sean enviadas cada semana desde Chihuahua!

Ledesma se dio cuenta de que respiraba un tanto agitadamente. Hablar de aquella manera agotaba a cualquiera. Quizás por ello, cuando Orozco le alargó los cigarros y él los repartió entre los jefes apaches, regresó a su tono y volumen de voz habituales.

Definitivamente, se encontraba de buen humor. Fantástico, porque tenía que negociar el regreso de los mescaleros a Buena Esperanza. Para algo semejante, provéete de paciencia y desparpajo. O acabarán contigo.

Alguien acercó una brasa y soldados y jefes mescaleros encendieron sus cigarros. Ledesma no fumaba habitualmente, pues le parecía una pérdida de tiempo, pero la mayor parte de los hombres del presidio no dudaban a la hora de gastarse unos cuantos pesos en una caja o dos de esos retorcidos cigarros traídos desde Chihuahua. Lo mejor del norte de Nueva España. Cultivados y enrollados especialmente para el ejército. O es lo que se decía. A saber…

—Son buenos, ¿eh, gobernador? —dijo, sonriendo, Ledesma. Tenía su propio cigarro entre los dedos y le daba chupadas sin demasiado interés. Aquello no era lo suyo. Los mescaleros que tenía ante él, sí.

Alonso asintió sumisamente. También el resto: Patule, grande como una montaña; Volante, fibroso, ágil y despierto; y Domingo Alegre, el gordito afable al que le dimos el mosquete y lo nombramos capitán.

Los miras y no puedes dejar de pensar que estás ante un hatajo de pobres diablos. Gentecilla que trata de mantener su dignidad intacta cuando les ofreces una carreta repleta de comida, pero que pierden las formas ante un cigarro mal enrollado. Un cigarro torcido que, digámoslo con todas las palabras, no es exactamente lo que fuma el comandante general Croix. Se entiende, ¿a que sí?

Vas a ver de qué es capaz la gentecilla.

Ledesma dio una bocanada a su cigarro, lo giró frente a sí y echó el humo sobre la brasa para avivarla. Ni tiraba adecuadamente ni él acababa de hacerse con el asunto. Esto del tabaco era una

costumbre de salvajes. Se guardaría mucho de expresarlo delante de los oficiales, la mayor parte de los cuales fumaba de continuo, pero eso era lo que él pensaba. Exactamente eso.

Y entonces, casi sin quererlo, se dio cuenta de que algo sucedía a unos veinticinco pasos de donde se hallaban. Un grupo de muchachos y dos o tres hombres mayores, casi ancianos, se reían a carcajadas y armaban jaleo. Sin que Alonso o cualquier otro jefe, absortos en sus cigarros, se diera cuenta o hiciera algo al respecto.

—¿Qué sucede ahí? —preguntó Ledesma entre volutas. Le interesaba aquello. Di que por instinto. Di que porque algo en su interior le indicaba que debía interesarse. ¿Qué coño pasa?

—Nada, sargento —contestó Patule.

¿Cómo que nada? ¿Os estáis fumando mis cigarros, comiéndoos la comida que yo, en persona, os he traído hasta aquí, y ahora me respondéis con evasivas? No le toques los cojones a un sargento de dragones. Aunque te llames Patule y le saques cabeza y media.

—¿De qué se ríen esos niños? —preguntó, de nuevo, Ledesma. Y, mientras lo hacía, arrojó su cigarro al suelo, lo pisó con la bota para destrozarlo y evitar, así, que cualquier desgraciado de los que por allí abundaban, se abalanzara sobre los restos y los hiciera suyos, y comenzó a caminar en dirección al bullicio.

Y, al hacerlo, pasó junto al jefe Alonso y, voluntariamente, le rozó con el brazo. Ledesma tenía el semblante serio. Se han acabado las risas y se han acabado porque lo digo yo. Te toco al pasar, Alonso. Sabes qué significa algo así, ¿verdad? Tú no eres idiota, Alonso. No lo eres y, por ello, levantas la mirada y me observas. Estoy hasta los cojones de tus ojos de memo. De tu mirada hueca y presuntuosa. De tu digo sin decir.

¡Hazte a un lado! El sargento va adonde le da la gana. Os guste o no.

Orozco, López y Grijalva fueron detrás de Ledesma. El resto, aguardó junto a los caballos. Se daban cuenta de que el sargento no bromeaba. De que sus movimientos se habían vuelto precisos y decididos. Quizás no fuera nada del otro mundo, pero convenía estar

alerta. Siempre conviene, y más cuanto te hallas en el interior de un campamento mescalero. Hay cuatrocientos bastardos en torno a ti. Olvidar una realidad semejante sería propio de suicidas.

Ledesma recorrió sin apresuramiento los veinticinco pasos. Se escuchaba el sonido de sus espuelas. Un sonido metálico y tintineante que mostraba la naturaleza de lo que realmente somos. Ledesma y sus tres dragones: Orozco dos pasos por detrás de él y, a continuación, López y Grijalva. El feo, el guapo y el marica. A cualquiera de ellos podrías encomendarte, pues ninguno de ellos flaquea con el puñal entre los dedos. Hazte cruces.

El sargento apartó a varios niños y descubrió el origen de tanta risa: tenían a un indio desnudo y atado a una piedra y se divertían torturándolo un poco. Nada que Ledesma no hubiera visto mil veces: unos cuantos dedos de las manos cortados, un ojo reventado, heridas en pecho, piernas y espalda y sus partes ennegrecidas. La costumbre apache de quemarte los huevos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Ledesma en tono severo. No se metería en los asuntos internos de los mescaleros, pero quería saber. Y porque él quería saber, los otros se hallaban obligados a informarle—. ¡Qué ha hecho, hostias!

Los jefes se sorprendieron ante el tono que, de repente, adoptaba el sargento. Este hombre tan pronto sonríe de oreja a oreja como exhibe un humor de perros. No hay quien lo entienda.

—Nada —dijo Domingo Alegre. Si él era el encargado de mantener el orden entre los mescaleros, él daría las explicaciones.

—¿Cómo que nada? ¿Tenéis a un tío medio muerto atado a una piedra y me decís que nada?

—Nada, sargento —insistió Alegre, sosteniendo su cigarro dos palmos por delante de su rostro. Lo sostenía utilizando los cinco dedos de la mano, igual que el resto de los apaches. Una forma un tanto peculiar de fumar, pero no serían los españoles quienes se lo explicaran.

El indio torturado gimió cuando uno de los niños le introdujo un palo por un agujero de la nariz y empujó con fuerza. Otro, al tiempo,

le agarraba del pene y tiraba de él. Con un poco de suerte, se desprende y nos morimos de risa.

Ledesma no sintió atisbo alguno de piedad. Que se joda. Pero una cosa es que le importara un carajo el destino del apache y otra, bien distinta, que sus requerimientos no fueran atendidos de inmediato.

—¡Hermosilla! —gritó el sargento.

El colono, que seguía encaramado a la carreta y aún no había finalizado el reparto de los víveres, se giró hacia el sargento y se puso la mano derecha sobre las cejas para hacerse sombra.

—¡No les des una puta ración más! —ordenó Ledesma.

Hermosilla asintió con la cabeza y se sentó sobre un saco de carne seca. Lo que usted mande, sargento.

—Capitán Alegre —añadió Ledesma, volviéndose hacia el jefe mescalero—, te hago responsable de todo lo que aquí suceda.

—Pero sargento… —comenzó a explicarse el mescalero.

—¡Ni sargento ni hostias! —exclamó Ledesma—. ¡He hecho una pregunta! Y cuando yo pregunto, quiero respuestas. ¡De inmediato!

El sargento miraba a Alegre, sí, pero no por ello perdía de vista a Alonso y al resto. Ojos para todos, muchachos. Veremos cómo acaba todo esto.

—Solo es un apache que atrapamos el otro día… —dijo Alegre, que no comprendía en absoluto el arranque de furia del sargento. Continuaba sosteniendo su cigarro a dos palmos de su rostro. Los cuatro jefes mescaleros lo hacían.

En cambio, ya no había un solo dragón fumando. Diferencias entre quien comprende y quien no.

—¿Dónde lo atrapasteis? —preguntó el sargento mientras miraba al indio maniatado. Unos treinta años, cuerpo musculoso, rasgos inconfundiblemente apaches, pelo largo y negro y el torso tostado por la continua exposición al sol.

—Oh, cerca de aquí —indicó Alegre. E hizo un esfuerzo por recordar—. Sí, cerca de aquí.

Señaló extendiendo la mano que no sostenía el cigarro e indicó un vago paraje hacia el noroeste.

—¿Cerca de la orilla del río?

—Sí, eso es. Cerca de la orilla del río.

—¿Lo conocéis?

—No lo habíamos visto nunca. Lo atraparon varios hombres de la banda de Volante. Habían salido de caza, ¿sargento?

Aunque usted insista en no creérselo, los mescaleros somos capaces de proveernos de nuestra propia comida. Ya.

—Es raro… —reflexionó en voz alta Ledesma—. No comprendo qué hace por aquí un mescalero que no es de ninguna de vuestras bandas. ¿Puede que algún guerrero de Esteban escapara con vida de Garganta Honda y haya decidido emprender una venganza por su cuenta?

Fue entonces cuando los cuatro jefes mescaleros prorrumpieron en risas. Risas que pronto fueron carcajadas y que todos los que por allí andaban, imitaron de inmediato. Este sargento nos resulta un tipo desternillante. Le escuchas y te doblas de risa. ¡Hasta que te duele el estómago! ¡Caray, qué hombre!

El prisionero, por su parte, gemía cada vez con mayor intensidad. Los niños continuaban introduciéndole palos por todos los orificios de su cuerpo y ahora una niñita que no tendría más de seis o siete años, se había procurado un cuchillito de filo romo con el que pretendía cortarle los testículos. El prisionero, preso del pánico, la apartó de una patada desesperada y los mescaleros, al verlo, rieron, si cabe, más. ¡Haced que pare o se nos cortará la respiración!

—¡Sargento…! —dijo, por fin y en cuanto pudo recuperar el habla, Alegre—. Ese hombre no es un mescalero.

Ledesma mentiría si afirmara que en ese momento no se sintió desconcertado. Miró a Orozco y observó cómo el dragón fruncía hacia arriba el labio inferior. Ni idea en torno a lo que aquí está sucediendo, sargento.

—Explícate, capitán Alegre.

—Ya se lo he dicho, sargento. No es un mescalero.

—Pues a mí sí me lo parece… Sus rasgos apaches, su…

Domingo Alegre, entonces, comprendió de inmediato. La mirada gruesa del sargento Ledesma le impedía percibir los detalles.

—Es un apache —interrumpió Alegre—, pero no un mescalero.

—¿Ah, no…?

Ledesma se mostró tibio y vacilante. Por mucho que le molestara hacerlo.

—No, sargento.

El tono de Alegre denotaba cierto sarcasmo. Un recurso poco propio de los apaches. Puedes tratarlos durante décadas y no percibir atisbo de doblez en sus palabras.

—Es un chiricahua —concluyó su explicación Alegre—. Un apache chiricahua.

Lo dijo como si su afirmación no tuviera importancia alguna. Sí, salimos de caza, nos topamos con un chiricahua y lo atrapamos. ¿Qué hay de extraño en ello?

Que los chiricahuas viven en las fuentes del río Gila y que nosotros estamos muy lejos de allí. ¿Qué diablos hace aquí un maldito chiricahua?

Ledesma experimentó una aguda preocupación. Chiricahuas en el Río Grande únicamente puede significar que nuestros problemas se han multiplicado por dos. En el mejor de los casos.

—Quizás se trate de un hombre solo —aventuró Orozco, comprendiendo lo que le rondaba por la mente a su sargento—. Un aventurero…

¿Existen mescaleros aventureros? ¿Lipanes aventureros? ¿No? En ese caso, ¿por qué habrían de existir chiricahuas aventureros? Si vas a abrir la boca, Orozco, que sea para decir algo inteligente.

—Interroguémosle —sugirió Grijalva.

No es mala idea. Ledesma observó a los mescaleros. Todavía alguno de ellos reía, pero la mayoría se hallaba expectante.

—Me lo llevo —dijo el sargento.

—Imposible.

Era Alonso quien ahora había hablado. El gobernador. El jefe al que el resto de los jefes escucha.

—¿Por qué? —espetó Ledesma, obviando cualquier tratamiento de cortesía. Mira tú qué rápido se nos han pasado las ganas de ser amables.

—Porque es nuestro —respondió, rotundo, Alonso.

Y se quedó mirando al frente. Todos los jefes se quedaron mirando a un punto indeterminado entre Ledesma y la carreta de los víveres. Piense que podemos permanecer así durante el resto del día. Durante días enteros. Semanas.

Ledesma no era de los que rumian en exceso las cosas. De acuerdo, no discutiría con los mescaleros. Y sí, lo de impedir que Hermosilla siguiera repartiendo los víveres no había sido sino una bravuconada. ¿Acaso tenía otra opción? Os lo daremos todo o quienes hoy perderemos nuestros testículos seremos nosotros. Muñoz parece un hombre tranquilo, pero solo lo parece.

Sin embargo, el sargento intentó algo más.

—¿Qué crees que hace por aquí, gobernador Alonso? —El jefe mescalero se encogió de hombros. ¿Quién puede saber algo así?—. Está muy lejos de su territorio —insistió Ledesma.

No tanto, si lo piensa detenidamente. Son solo unas cuantas leguas más al norte de la Jornada del Muerto.

Bastantes leguas. Y en terreno que, de pronto, se vuelve bosque cerrado y montaña abrupta. Los chiricahuas no se dejan ver mucho por el Río Grande. Pareciera que las grandes extensiones les causan vértigo.

Lo que causa vértigo, sargento, es el hambre. Las tripas vacías y tu gente enflaqueciendo día a día.

—¿Puedo hablar con él, gobernador Alonso?

El mescalero le contempló como se contempla a un perro al que alguien ha intentado sacrificar de un golpe seco en la cabeza y no lo ha logrado. Al menos, al primer intento.

—No se puede hablar con él, sargento.

Porque está medio muerto, porque ya solo gime y porque…

—No habla nuestra lengua.

Habla en jerga chiricahua. Que se parece a la jerga de los mescaleros como el español al inglés. Ni se moleste en intentarlo, sargento.

—Mierda… —dijo, para sí, Ledesma.

Miró al prisionero y no hizo nada más. Los niños mescaleros lo tomaron como una señal inconfundible y continuaron divirtiéndose con él. Le metían piedrecitas en una herida del tamaño de una moneda que habían logrado practicarle en un costado.

—Le ayudaríamos —dijo Volante.

Señaló el cigarro que todavía sostenía entre sus dedos. Y en la expresión de su rostro Ledesma creyó ver agradecimiento. Por los cigarros y por la comida. Por todo, sargento, le ayudaríamos. Pero no podemos hacer más. Nadie habla la lengua del chiricahua y no sabemos más de lo que le hemos dicho. Además, el cabrón está medio muerto…

—Habrá que informar de esto, sargento —dijo Grijalva, impacientándose. Como el coronel se entere de que hemos dado con un chiricahua y no hemos corrido a contárselo, nos arresta durante una semana.

Ledesma echó un último vistazo al prisionero antes de regresar hasta el lugar donde estaban los caballos.

—¡Hermosilla! —llamó.

—¿Sí, sargento? —respondió el aludido desde lo alto de la carreta.

—Termina de repartir las raciones.

—A sus órdenes, sargento.

—¡Y rápido, que tenemos prisa!

—¡Como usted mande, sargento!

Puede que no sea algo importante. Que, como dice Orozco, se trate de un desgraciado que vagaba sin rumbo fijo. Tuvo la mala fortuna de toparse con una partida de mescaleros armados y lo capturaron. Ya, pero, ¿un hombre solo y tan lejos de su casa? El sargento sabía lo suficiente sobre los apaches como para no dar

crédito a esta posibilidad. Es cierto que existen indios errabundos. Tipos con un arco y un caballo que se las arreglan en soledad durante años y años. Pero todos ellos, sin excepción, siguen una regla inquebrantable: no se acercan a otros apaches y, menos aún, a hombres blancos.

Porque te atrapan y, si te atrapan, te matan. Es lo que le va a suceder al prisionero de los mescaleros. Se lo han dado a los niños para que se diviertan con él. Para que aprendan unos cuantos trucos que, en el día de mañana, pueden serles de utilidad. Haz un corte muy profundo y observa cuánto tiempo tarda la sangre en fluir por él. Golpea en los costados y escucha el sonido de las costillas al fracturarse. Pártele el hueso de la frente. Retuércele el cuello. Arráncale las uñas y los dientes. Introdúcele cosas por sus agujeros. Por todos sus agujeros. Y córtalo en tantos trocitos como puedas.

Es divertido. Ardientemente divertido.

* * *

Contrariamente a lo que el sargento había creído, al coronel Muñoz no pareció importarle demasiado la gran noticia. De acuerdo, los mescaleros han atrapado a un chiricahua, ¿y? ¿Afecta eso a la paz con los mescaleros? ¿No, sargento? Entonces, no enrede, haga el favor. Bastantes problemas tenemos. Bastantes son las dificultades que se nos presentan. ¿Ha convencido a Alonso para que traiga a sus gentes de vuelta a Buena Esperanza? No, no lo ha hecho. ¿Y por qué? ¿Porque se dio cuenta de que tenían a un chiricahua atado a una piedra y eso le pareció determinante para la suerte del presidio? Ande, sargento, y no toque más los cojones. Como si aquí no estuviéramos ya ante una enorme montaña de dificultades…

Los mescaleros siguen acampados fuera del pueblo apache. Cerca del presidio, sí, pero lejos del alcance de sus disparos. Ni aunque utilizáramos nuestro cañón más potente, lograríamos hacer

llegar una bala hasta ellos. Cuatrocientos apaches libres. Es lo que tenemos entre manos y el problema que debemos solucionar.

Cuanto antes.

Y déjese, sargento, de chiricahuas. A nosotros los chiricahuas no nos han hecho nada. Viven en los bosques donde nace el río Gila. Lejos de aquí. Al parecer, los presidios de Sonora sí se ven afectados por sus ataques, pero no los del Río Grande. ¿Hay registros en los papeles de la capitanía al respecto? ¡Capitán Herrán! Haga usted el favor de comprobarlo. ¿Son los chiricahuas tan insensatos como para cabalgar hasta El Norte y atacarlo?

Bueno, son apaches… De manera que todo lo que podamos referir en torno a la sensatez o a la ausencia de ella carece de importancia. Uno o mil. Son capaces de venir y de intentar trepar por los muros. Les golpeas con un palo en las manos y caen al suelo. Observan las heridas. Han perdido varias uñas y tienen los nudillos en carne. Y regresan al muro.

Regresan porque la testarudez les puede. Es entonces cuando un dragón carga el arma y dispara contra el trepador. Le hiere, pero no lo suficiente como para hacerlo caer. Sangre y más sangre. Dolor y el tipo que aprieta los dientes. Te mira. Te observa. Te recordará durante el resto de su vida si ahora mismo no le matas.

Llega media docena de soldados y abren fuego al unísono. El hijo de puta muere. Muere a los pies del muro y tú comprendes que este enemigo es formidable. Jamás le superarás en bravura. Desde luego, nunca en testarudez. Ni en arrojo. Ni en inconsciencia. Ni en tesón.

—Hubo un ataque de chiricahuas —confirmó el capitán. Se habían reunido en la estrecha capitanía y el sargento daba cuenta de lo sucedido al coronel, al capitán y al teniente—. Mi predecesor en el mando dejó algo escrito, pero la letra resulta ilegible. Y la fecha está borrosa… Pero diría que fue hace unos quince años. Sí, más o menos. Unos quince años, no menos.

—¿Ve, coronel? —dijo Gauna, como si ello bastara para convencer a Muñoz.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —replicó el coronel—. ¿Que unos cuantos chiricahuas atacaron el presidio hace década y media? ¿Adónde nos lleva eso?

A que si han venido una vez, pueden regresar. A que conocen el camino y saben que estamos aquí.

—Sería conveniente tomarnos en serio la información facilitada por el sargento —dijo, alternando la mirada entre el coronel y el capitán, Gauna—. Hay chiricahuas en el Río Grande.

—Hay —replicó Muñoz—, permítame que le corrija, teniente, un chiricahua en el Río Grande. Y se encuentra a buen recaudo. Nuestros amigos mescaleros se encargarán de él.

De eso no le quepa duda. De que se encargarán de él. En cuanto a que los mescaleros son nuestros amigos, qué quiere que le digamos, coronel…

—Sugiero que enviemos patrullas a recorrer las inmediaciones —dijo Gauna—. ¿Capitán?

Herrán asintió. Pero, en lo que a él respectaba, le podía haber preguntado si estaba de acuerdo con prenderle fuego al presidio y abandonar la posición, y habría respondido igualmente. Mire, lo que ustedes quieran. Yo solo aguardo mi traslado al sur, ¿comprende?

—Si enviamos hombres a patrullar, descuidaremos la reconstrucción de Buena Esperanza —repuso Muñoz.

—Mandamos soldados, coronel —dijo Gauna. Y con tiento, se aventuró a añadir—: No braceros.

Mandamos sobre la guarnición del presidio de El Norte, en el Río Grande. Con todo lo que esto conlleva, ¿de acuerdo, coronel? Lo que aquí es común, puede no serlo en otras partes. Pero aquí luchamos día a día por nuestras vidas. No lo olvide.

—Reclutaremos más indios sumas. Y algunos julimeños de la misión, si hace falta. Gente tranquila a la que no le asusta el trabajo duro. Son baratos y, aunque el dinero no nos sobra, en Chihuahua se harán cargo de la situación. Respondo de ello.

—Ya tenemos muchos sumas trabajando en Buena Esperanza. Pero mientras el río no vuelva a su madre, no solucionaremos nada.

—Será cuestión de unos pocos días. De una semana, como mucho. Miren, ustedes conocen mejor que yo el comportamiento del Grande, pero, por lo que tengo entendido, los desbordamientos no son habituales. Esta riada ha sido algo excepcional y, como tal, se solucionará rápido. Las aguas siempre vuelven a su cauce más pronto que tarde.

—Lo cual no arregla el problema de los chiricahuas —dijo, tenaz, Gauna.

Ledesma no separaba los labios. El capitán, para qué, tampoco. Aquello se había convertido en una discusión a dos bandas: el coronel y su obcecación en no contemplar nada más allá del objetivo que le había traído hasta El Norte y el teniente, al que el instinto desarrollado tras décadas de servicio le advertía de que algo no marchaba bien.

—No hay chiricahuas en El Norte.

Muñoz se había tomado un par de segundos para replicar a Gauna. Esos dos segundos que proporcionan empaque a tus palabras. Que advierten a tu interlocutor de que, aunque lo parezca, la opinión de uno y la del otro no flotan en el aire a la misma altura.

—Sí, coronel —concedió, sumiso, Gauna.

—Gracias, teniente. Le aseguro que aprecio mucho su consideración.

—¿Cuáles son las órdenes, coronel?

—Seguiremos como hasta ahora. Hay que reconstruir Buena Esperanza y eso es algo que, según mis últimas informaciones, puede llevarnos cierto tiempo. Si al menos los mescaleros nos ayudaran… Si se decidieran a colaborar, podríamos retirar todos los escombros en un par de días y reconstruir los muros afectados por la riada en otros dos. En menos de una semana, el problema se habría solucionado. Siempre que el río vuelva a su cauce, claro…

—No se preocupe, coronel. Los sumas trabajan de firme y hay una veintena de soldados ayudándoles en las tareas de desescombrado y limpieza.

—Bien…

Por un momento, el coronel vaciló. Se llevó la mano a la papada, la acarició nerviosamente y buscó un pañuelo en el bolsillo de su casaca para secarse el sudor de la frente con él.

—Hace calor… —dijo.

—Es la época, coronel. La primavera avanza y, cuando esto sucede, el calor aprieta en el Río Grande.

Transcurrieron unos minutos en los que nadie habló. Cuatro hombres reunidos en la estrecha capitanía. Unos hablan, otros escuchan. Todos piensan por cuenta propia. La importancia de la paz con los mescaleros, mi ansiado traslado al sur, hay chiricahuas cerca, matémoslos a todos de una puta vez: coronel, capitán, teniente, sargento.

Desde la llegada de Muñoz al presidio, Herrán y él compartían la pequeña estancia. Muñoz, a pesar de ser el oficial de mayor graduación, respetaba al capitán y no abusaba de la hospitalidad: hizo suyo un pequeño armario donde guardaba sus enseres y utilizaba la mesa y la silla de la capitanía solo cuando Herrán no precisaba de ellas. La mano izquierda de Muñoz se extendía, cómo no, a todos sus subordinados, incluidos los de mayor rango.

A ese minúsculo armario se dirigió con paso cansino y pesaroso. ¿Se le están haciendo largos los meses en El Norte, coronel? Muy pronto hará un año de su presencia aquí, ¿no es así? Sí, largos, muy largos… Del armario, Muñoz extrajo una botellita de barro cocido y cuatro vasos.

—Este mezcal me lo traen especialmente para mí —explicó, poniendo la botellita y los vasos sobre la mesa—. No soy hombre que beba mucho, pero me gusta echar un trago de vez en cuando. Creo que esta ocasión lo merece. Señores…

Se hizo un silencio que el coronel utilizó para descorchar la botella y llenar los vasos hasta el borde. Movimientos lentos y pulso vacilante.

—Un trago, señores —dijo mientras dejaba la botella sobre la mesa y tomaba el vaso más cercano a él.

Los otros tres hombres hicieron lo propio.

—Capitán…, teniente…, sargento…, quiero que sepan que es para mí un honor servir a su lado. —El coronel había levantado su vaso a la altura de la barbilla y hablaba con tono solemne—. La misión que nos ha sido encomendada es de vital importancia para nuestro rey. Y lo es, por lo tanto, para el comandante general Croix que directamente ante él responde. Tenemos que lograr una paz estable con los mescaleros. Cueste lo que cueste. ¡Brindo por ello!

Los hombres murmuraron el brindis por lo bajo y se bebieron el mezcal de un solo trago. Después, dejaron los vasos sobre la mesa cuidando de no realizar demasiado ruido al hacerlo. Esto no es una cantina.

—Sargento… —dijo, de pronto, el coronel.

Ledesma no pudo evitar sorprenderse. En modo alguno resulta ordinario que, en una tesitura como aquella, el coronel se dirija directamente a un humilde sargento de dragones.

—A sus órdenes, coronel —respondió Ledesma. Habría dado un paso al frente si el angosto espacio de la capitanía se lo hubiera permitido. Hábitos son hábitos.

—No quiero que piense que soy un inconsciente —dijo Muñoz.

—No lo pienso de ninguna manera, coronel.

—Me doy perfecta cuenta de que a ustedes les preocupa la seguridad del presidio y de todas las rancherías que hay bajo su protección directa.

—Desde luego, coronel. No he creído otra cosa en ningún momento.

—Lo sé, sargento, lo sé… Aquí todos perseguimos el mismo objetivo: la paz con los apaches.

—Sin duda, coronel.

—Por ello, porque necesitamos que la paz se asiente y prospere, voy a permitir que usted y unos cuantos hombres de su confianza patrullen las inmediaciones del presidio. No perdemos nada por hacerlo, la verdad es esa… Si no encuentran chiricahuas, cosa que sinceramente espero que suceda, perfecto. Pero si los encuentran, quiero que tomen las medidas oportunas.

¿Qué considera oportuno un hombre de paz como Muñoz? Ledesma enarcó las cejas a modo de interrogación.

—Los mata sin miramientos, ¿está claro? —Meridianamente claro, coronel—. Aunque —concluyó Muñoz con una leve sonrisa aflorando a sus mejillas gordezuelas—, me apostaría el cuello a que no hay un solo chiricahua ahí fuera.

Tiene usted un cuello respetable, coronel. Por galones y por tamaño. Un cuello de los que hacía tiempo que no se veían por El Norte. ¿Quiere jugárselo? ¿Está seguro?

* * *

Los días transcurrieron lánguidos y pesados. Largos, porque comenzaban a cabalgar con la alborada y no dejaban de hacerlo hasta que se ponía el sol.

—Al primer chiricahua de los cojones que atrapemos, lo cortamos en trocitos —dijo, en una ocasión, Cuéllar.

Rumiaron aquello durante más de media hora. Lo cortamos en trocitos. Lo cortamos en trocitos. En trocitos.

Fue entonces cuando León amagó una respuesta:

—Muy pequeños.

Sí. Que se jodan. Y cabalgaron escuchando el rumor de la sangre en sus venas durante el resto del día.

Fuera de una manera o de otra, lo cierto fue que, tras cinco o seis días de búsqueda, no hallaron chiricahuas en las inmediaciones del presidio. Ni chiricahuas ni ser viviente alguno. Un coyote que les observó desde muy lejos y que corrió espantado cuando López le disparó con el mosquete.

—¿Tú eres gilipollas o qué te pasa? —le reprendió el sargento—. ¿Acaso no sabes que no se puede gastar munición sin un motivo claro?

—Nos lo habríamos cenado, sargento —se defendió el dragón. Que el sargento dijera misa, si quería… Él dispararía cuando le diera

la gana. ¿Acaso un hombre que se pasa el día entero sobre la silla de montar no tiene derecho a un poco de diversión?

—No dispares más —zanjó el sargento.

López abrió la cazoleta del mosquete y sopló dentro de ella para extraer los restos de la detonación. Después, utilizando el dedo pulgar de su mano derecha, volvió a cerrarla y enfundó el arma.

—Sí, sargento.

Aprovechaban las idas y venidas para echar un vistazo a los mescaleros acampados al sur del Grande. Muñoz había sido taxativo al respecto: de acuerdo, salid y buscad chiricahuas; pero que no transcurran dos jornadas consecutivas sin recabar noticias de Alonso y los otros.

Mientras Hermosilla realice su viaje diario con la carreta, los mescaleros no se irían a ninguna parte. Pensadlo con detenimiento: si existía una situación favorable para ellos, era esta y no otra. Vida al aire libre, sin ataduras ni estrecheces; y tantas raciones de comida gratis como deseemos.

—¿Qué ha sido del chiricahua? —preguntó, en una de sus rutinarias visitas al campamento mescalero, Ledesma. La piedra a la que había estado atado seguía allí pero el apache no.

—Se murió, sargento —contestó Volante.

Lo raro es que os aguantara tanto con vida.

—Se lo dimos de comer a los perros —añadió el jefe mescalero con absoluta naturalidad. Como si, en realidad, esta explicación adicional estuviera de sobra.

—¿Habéis visto más chiricahuas por aquí? —se interesó Ledesma. Ni siquiera desmontaban de los caballos. Se acercaban, comprobaban que todo estuviera en orden y continuaban patrullando las riberas del Grande.

—A ninguno, sargento.

—Me diríais la verdad si así no fuera, ¿no, jefe Volante?

La duda ofende. Y sobre todo a un mescalero.

—Por supuesto, sargento. ¿Tiene más cigarros, sargento?

—No, no tengo más cigarros, jefe. Quizás mañana me acuerde de traerte unos cuantos.

Se miraron. Volante esbozó una sonrisa y Ledesma picó espuelas.

—No nos lo diría, sargento —dijo Martínez una vez que se hubieron alejado veinte pasos.

—Lo sé.

Y poco más. Avanzaban a trote lento hasta que Ledesma, tras observar la posición del sol en el firmamento, ordenaba el regreso al presidio. Cuando pasaban junto a Buena Esperanza, se interesaban por los progresos en las tareas de restauración y limpieza.

—Los sumas han reparado ya la mayor parte de los muros dañados por el agua —explicó un cabo que se hallaba al frente de las labores de reconstrucción—. Y ahora apenas queda medio palmo de río en el pueblo…

—Y no en todas partes, según puedo ver… —comentó, apoyando los antebrazos en la silla y empujando el sombrero hacia atrás, el sargento.

—No, no en todas partes. Toda la zona sur se encuentra ya seca.

—De manera que la mayoría de las casas son, de nuevo, habitables, ¿no, cabo?

—Sí, sargento. Así es. Los mescaleros podrían reinstalarse mañana mismo, si así lo desearan.

No queda nada del maizal y las acequias continúan muy deterioradas, pero Buena Esperanza es habitable. Ve y cuéntaselo a los mescaleros.

—¿Lo sabe el coronel, cabo?

—Desde luego, sargento.

—Muchas gracias, cabo.

—A sus órdenes, sargento.

Ledesma se incorporó en su montura y chasqueó la lengua para seguir su camino. Sabía que en breve sería requerida su presencia en la capitanía. Sargento, deje usted de buscar. Ha tenido su

oportunidad, no puede negarlo. Pero no hay chiricahuas en el Río Grande y sí cuatrocientos mescaleros que debemos reinstalar en Buena Esperanza. ¿Me haría el favor, sargento, de ir hasta el lugar en el que se encuentran y rogarles que regresen? ¿Irá, sargento Ledesma? Muchas gracias, es usted muy amable.

Fueron. Era un día a primeros de mayo. Ledesma se había hecho a la idea de que la discusión con Alonso y el resto de los jefes adquiriría tintes agrios. Muñoz pretendía que los mescaleros regresaran a Buena Esperanza y ya no admitiría nuevos retrasos al respecto: vais al pueblo o a Hermosilla no le veis más el pelo por aquí.

Lo que realmente vieron fue a unos diez indios a caballo. Erguidos sobre las monturas, armados con lanzas y machetes emplumados y, aunque se hallaban demasiado lejos como para distinguirlo con nitidez, pinturas de guerra cruzándoles los torsos y las mejillas.

Chiricahuas. Esos mismos a los que pensábamos cortar en pedacitos. Bien pequeños, León, ¿recuerdas?

—Sargento… —susurró, sin atreverse a levantar mucho la voz, Barrios.

Lo sé, muchacho. Los he visto.

—¿Qué hacemos, sargento? —insistió Barrios.

De momento, nada. Están lejos y nos observan. Hagamos lo propio. Y esperemos.

—¿Cargamos, sargento? —preguntó Orozco.

—Calmaos… —dijo, despacio, Ledesma.

No hagamos nada que los inquiete. Están lejos. Bastante lejos. No lanzarán un ataque desde allí.

—Son chiricahuas, ¿verdad, sargento? —se interesó Martínez.

¿Tú has visto a un chiricahua con tus propios ojos alguna vez? Uno de verdad. No, el prisionero de los mescaleros no cuenta. Aquel estaba echado a perder. Medio muerto. Casi con un pie en las sagradas planicies.

De los auténticos. ¿Alguno de los aquí presentes ha contemplado chiricahuas en libertad?

—Creo que sí, Martínez —repuso Ledesma. Tienen que serlo. Deben serlo.

Una vez que hemos descartado que sean mescaleros, no caben muchas más posibilidades. Pero es que, por otro lado, queremos que se trate de chiricahuas. Entiéndase: ojalá no hubiera un solo apache de aquí a Santa Fe. Ojalá. Pero ya que ha de haberlos, que su presencia nos dé la razón frente al coronel. Ese hombre necesita saber que no hemos nacido ayer. Que este territorio lo conocemos como la palma de la mano. El territorio y lo que en él sucede.

Dos o tres caballos relincharon. Significaba nerviosismo. Significaba que algunos hombres apretaban más de la cuenta los muslos. Vamos, muchachos, calma…

Si hay apaches hostiles en las cercanías, se debe acudir al presidio y alertar al capitán. Es lo primero y lo más importante. Ledesma lo sabía, pero es algo que sabe hasta un niño de cuatro años: si divisas apaches en lontananza, avisa de inmediato al capitán. ¡Ya!

—Regresamos a casa —dijo el sargento.

Lo dijo, pero no tiró de las riendas de su caballo. Al contrario. Se quedó allí, quieto y observante. Es como contemplar un atardecer maravilloso. De esos atardeceres maravillosos a los que el Río Grande nos tiene acostumbrado. Te sientas en el umbral de tu casa, enciendes un cigarro y miras hacia el oeste. Algo grande y desoladoramente bello lo enrojece todo a su paso. El sol decae y, mientras lo hace, inunda esta tierra de majestuosidad extrema. Es la señal certera de que Dios nuestro Señor existe y gobierna sobre nuestras almas.

De igual forma que la presencia de diez chiricahuas a caballo significa que Satán existe. Que nos contempla y que nos pretende.

A él nos enfrentaremos con todas nuestras fuerzas. Tenemos armas. Tenemos gente. Tenemos el coraje necesario para partiros la crisma y no sentir el menor remordimiento por ello.

Comencemos.

—Regresamos —repitió el sargento.

Y, ahora sí, tiró de las riendas de su animal, el cual, inquieto, relinchó.

* * *

Pocos planes, planes certeros. El capitán, por deferencia, fue informado en primer lugar. Acto seguido, la noticia llegó a oídos del coronel y del teniente.

—Hay apaches chiricahuas en las inmediaciones del presidio —dijo, con severidad, Ledesma. Esto es lo más grave que nos sucede en el último año. Lo más grave.

—¿A qué distancia exactamente, sargento?

—A una legua hacia poniente, coronel. Quizás ni siquiera eso.

—¿En la ribera norte o en la ribera sur?

—En la norte, coronel.

—Es decir, que se hallan lejos de los mescaleros…

—Sí, coronel. De hecho, dudo de que los mescaleros tengan noticia de su presencia.

—Comprendo…

No, no comprende, coronel. Pero sigamos. Usted hace las preguntas. Está al mando y todos le debemos respeto y obediencia.

—No creo que se trate de nada importante —reflexionó Muñoz.

Ledesma se mordió la lengua para no responder. Un simple sargento no tiene derecho a presentar objeciones. Por suerte para todos, un teniente sí.

—Es importante —dijo, inflexible, Gauna.

—Teniente… —comenzó Muñoz, volviéndose hacia Gauna.

—Coronel, es importante. Con el debido respeto, la situación se ha tornado grave. Muy grave.

—¿Porque hay diez indios ahí fuera?

Precisamente por ello. ¿Es que no lo entiende?

—Diez chiricahuas a caballo y armados no es algo que debamos tomarnos a la ligera. Si hay diez, puede haber más. De hecho, es bastante probable que haya más.

—Pero no comprendo… Están tan lejos de su territorio…

—Mire, coronel… —comenzó Gauna. Y se detuvo. Una cosa era decir las cosas claras y otra, bien distinta, mostrarse irrespetuoso con un superior—. No se fíe usted de las distancias. Lejos, cerca… A veces, damos importancia a lo que no la tiene. No la tiene porque los apaches no se la conceden.

—De acuerdo, teniente. Sin embargo, ¿por qué hay diez chiricahuas acechándonos? Si es que están acechándonos a nosotros…

—Lo están, coronel. Si reflexiona acerca de la posición en la que el sargento los divisó, se dará cuenta de que no van tras los mescaleros.

—¿Por qué?

—Habrían vadeado el río mucho más hacia el norte.

—¿Está seguro de ello, teniente?

No, no lo está. Aquí nadie está nunca completamente seguro de nada. Pero necesitamos explicarnos lo que sucede para actuar en consecuencia. He aquí nuestra explicación. Sea adecuada o no, el tiempo nos lo dirá.

—Sí, coronel. Estoy seguro.

—¿Recomienda que avisemos a Alonso, teniente?

Gauna no titubeó. Aunque tampoco ofreció una respuesta directa:

—Capitán —dijo—. ¿Qué opina usted?

Herrán, quizás por primera vez en los últimos seis u ocho meses, se expresó con sensatez. Tres palabras y más razón que un santo.

—Oigamos al sargento —dijo.

Las miradas se volvieron hacia Ledesma. Si el capitán dice que hable, ¡hable, por el amor de Dios!

—No —masculló el sargento.

—¿No? —preguntó Gauna.

—No, teniente. Creo que no debemos informar a los mescaleros. Esto no va con ellos y solo lograríamos que se asustaran. Y si lo hacen, huirán en la dirección más rápida para ellos según su ubicación actual: hacia el sur.

Y no queremos mescaleros al sur del Río Grande. No, ni por lo más remoto.

—¿Estamos seguros de que los chiricahuas no han venido para enfrentarse a los mescaleros? —preguntó, de nuevo incisivo, el coronel Muñoz.

Daban ganas de encogerse de hombros y largarse de allí. Descorchamos una botella, echamos un trago y fingimos que los problemas no existen. Todo empeorará muy deprisa, pero no antes de que nos hayamos empujado hasta la última gota de aguardiente.

—Hoy no estamos seguros de nada, coronel —dijo Gauna—. De nada. Pero, por otro lado, nunca lo estamos, esa es la verdad.

Muñoz asintió levemente.

—Mire, coronel —intervino el sargento—, si los chiricahuas han cabalgado durante tantas y tantas leguas para luchar contra los mescaleros en una batalla cuyo sentido se nos escapa por completo, lo mejor es no interponernos. De verdad, a nosotros no nos va nada en esa lucha. Es cierto que todos sus planes de pacificación se verían seriamente alterados, pero…

Ledesma se detuvo. ¿Necesitaba explicar el resto?

—Si los apaches se exterminan entre sí, se acabaron todos nuestros problemas —reflexionó Muñoz.

—Aunque así no suceda, coronel. Si la batalla entre apaches la ganan los chiricahuas, estos regresarán victoriosos a su territorio en las montañas. Un territorio que está demasiado lejos del presidio y de nuestros ranchos. Los chiricahuas jamás han supuesto un problema importante para El Norte.

—¿Y si la batalla la ganan los mescaleros?

—En ese caso, continuamos donde lo dejamos. Convenceremos a Alonso para que regresen a Buena Esperanza.

—¿Usted cree que…?

Ledesma atajó por lo sano. Impropio de un sargento, pero lo hizo.

—¿Sabe lo que le digo, coronel?

—¿Qué, sargento?

—Que estamos elucubrando sobre algo que jamás sucederá.

—¿Por qué lo dice, sargento?

—Porque los chiricahuas, como he afirmado con anterioridad, no han venido para enfrentarse a sus hermanos mescaleros.

Han venido a por nosotros. Y cuanto antes lo comprendamos, mejor para todos.

Si eres un recién llegado, te formularás la pregunta de rigor: ¿por qué? ¿Por qué van a atacarnos? ¿Qué les mueve a realizar un acto semejante?

Sin embargo, si eres perro viejo en esta tierra, no perderás un instante planteándote cuestiones que sabes que carecen de respuesta. De respuesta lógica, sensata, española. Han venido, es todo. Están ahí y esa es la única realidad que debemos tener presente. Están. Armados.

Y no son ni peores ni mejores que el resto de los indios que conocemos. Son, simplemente, apaches.

—Teniente.

—¿Sí, coronel?

—Con el permiso del capitán aquí presente, ponga en alerta al presidio.

Nos atacan.

* * *

El estado de alerta suponía la movilización de todas y cada una de las almas existentes en el presidio y en sus aledaños. La guarnición al frente de la defensa, por supuesto; pero también todos los civiles presentes. Todos significa exacta y precisamente todos: hombres,

mujeres, niños, ancianos… Si puedes caminar, tienes tu lugar en la defensa de la posición. Es más, aunque no puedas ni dar un paso, alguien se ocupará de encaramarte hasta la plataforma del muro y acomodarte junto a un saco de munición y un mosquete. Cuando escuches la orden del sargento, dispara. Dispara y no dejes de hacerlo hasta que los mates a todos o ellos te maten a ti.

Si lo piensas despacio, vivimos una existencia sencilla. Sin complicaciones. Sol, trabajo duro y armas para defendernos de los apaches. Quizás no sea la mejor de las vidas que un hombre puede vivir, pero es la que a nosotros nos ha tocado en suerte.

Algo sí tenemos meridianamente claro: no nos dejaremos matar sin vender cara nuestra piel. No, pues Dios nos lo recriminaría duramente cuando nos toque saldar cuentas con Él. Somos sus siervos y su palabra extendemos.

Y tenemos armas. Y sabemos utilizarlas. Y vamos a hacerlo.

El presidio bullía en actividad. Tras un aprovisionamiento intensivo de agua y víveres, el portón fue cerrado y la tranca asegurada. En el interior, quinientos sesenta españoles de toda condición: la guarnición al completo, las familias de los soldados y de los oficiales, los colonos de los ranchos y granjas adyacentes, los civiles que servían en la posición y un puñado de sumas cristianos.

Oh, y es posible que los mescaleros echaran de menos a Hermosilla en los próximos días. No os hemos dicho nada por no preocuparos, pero esto está infestado de chiricahuas. No, no va con vosotros. O eso creemos. Nos quieren a nosotros. El presidio alberga riquezas a sus ojos inmensas y algún jefe con más arrojo que cabeza ha decidido que va a quedárselas para él. A fin de cuentas, el presidio solo lo habitan unos cuantos cientos de perros españoles. Raza inferior donde las haya que enseña a labrar la tierra en lugar de a matar enemigos. ¡Acabaremos con ellos en menos de un día!

Ya. Id viniendo.

En El Norte disponían de cuatro cañones, los cuales fueron limpiados concienzudamente y aprovisionados de balas. Cuatro soldados sirviendo en cada cañón. Si haces cuentas, comprendes

que una parte importante de la guarnición se te va en el servicio de la artillería. Por no hablar de los muchos civiles que colaboran en tareas de aprovisionamiento y refresco de las armas. Pero créetelo: si los chiricahuas atacan el presidio, habrá un momento, un momento en el que no se hallarán demasiado lejos ni demasiado cerca, en el que el fuego de los cañones los diezmará de forma notable. Sembraremos las inmediaciones de cadáveres y de desconcierto. Y, tenlo por seguro, será esto segundo lo que dará la ventaja definitiva a los tiradores.

Si una cosa sabían acerca de los apaches, es que los ataques no los demoran eternamente. Da igual que sean mescaleros, lipanes o chiricahuas. Atacan rápido. Puede que transcurran dos o tres días. Puede, incluso, que se preparen durante una larga y tediosa semana. Pero no más. Si han venido a atacar, atacarán. Lo harán rápido y sanguinariamente, pues el resto de las opciones no son apaches: ni estudian con detenimiento las diferentes estrategias a su alcance, ni valoran la potencia de fuego del enemigo, ni corrigen las decisiones ya tomadas. Hacerlo sería de cobardes. Y de los apaches podemos decir muchas cosas, pero no que son cobardes. No lo son.

De manera que con el portón del presidio cerrado y todo el mundo alerta, se dispusieron a aguardar. En turnos, como ordenó pronto el teniente. La mitad de las almas vigila de día; la otra mitad, lo hace de noche. Dormir, comer, escudriñar el horizonte. Nadie habla más de la cuenta. Nadie se emborracha. Nadie se encama si no es para dormir. Aquí defendemos la posición.

Aún tardaron cuatro días en hacer acto de presencia. Nada que no estuviera previsto. Lo dijimos: son apaches y los apaches no se demoran.

—¿Cree que los chiricahuas actuarán como los mescaleros? —preguntó el sargento Ledesma al teniente Gauna. Observaban la línea enemiga que se estaba formando a un cuarto de legua del presidio. Cuente, sargento, cuente: ¿ochenta? ¿Noventa? ¿Quizás cien?—. Cuando los mescaleros eran hostiles y atacaban el presidio, quiero decir…

—No lo sé, sargento —respondió Gauna—. No he combatido demasiado a los chiricahuas del Gila.

Nadie lo ha hecho por aquí. ¿Importa algo, acaso? Son apaches, métaselo en la cabeza. Y aunque bien es cierto que pertenecen a una familia lejana cuyo lenguaje resulta incompresible para los apaches del Río Grande o del desierto de Sonora, apaches son. Y como apaches los trataremos, ¿de acuerdo?

Atacan como perros rabiosos, se encaraman a los muros hasta que les cortas las manos a tajazos y muerden. Muerden, aúllan, gritan, lanzan lluvias de flechas, siembran nuestro aire de certeros machetazos, de golpes secos de hacha de filo de piedra… ¡Matémoslos sin tardar!

Un cabo había ordenado que se despertara a los dormidos. Necesitamos cada par de brazos. Cada par de brazos, en El Norte, significa exactamente eso: nadie, bajo ninguna circunstancia, está exento de colaborar en la defensa. Nadie.

Había casi doscientas personas encaramadas a la plataforma de madera adyacente al muro. Crujía en algunas partes, pero resistiría. Siempre lo había hecho y, además, no hacía ni un año que la habían reforzado con varios pilares nuevos.

—Prepare la artillería —le dijo el teniente al sargento.

—A la orden.

Es decir, gire los dos cañones más cercanos hacia la posición en la que se encuentran los chiricahuas. Todavía se hallan lejos, pero llegará en el momento de abrir fuego.

—Intentaremos dos andanadas, sargento.

—Sí, teniente.

Lo cual significaba que la segunda carga tenía que ser muy rápida. Los chiricahuas se lanzarían a caballo contra el presidio, el teniente aguantaría, aguantaría un poco más, y cuando creyese que el momento exacto había llegado, daría la orden de disparar. Un balazo de cañón y un poco de metralla puede llevarse por delante de cinco a seis jinetes y a varios caballos. Te arranca la cabeza. Te la separa del cuerpo y, durante unos cuantos segundos, cabalgas.

Cabalgas a galope tendido sobre tu magnífica montura. Eres grande, eres valiente y te hallas descabezado. Los niños españoles que desde lo alto del muro del presidio lo observen, no lo olvidarán jamás pues jamás se olvida la imagen de un poderoso chiricahua cabalgando sin cabeza hacia ti.

Y hay muchos niños sirviendo en la plataforma. Los hay, sobre todo destinados en tareas de refresco y abastecimiento. Cubos de agua y tanta pólvora como puedan cargar. Una pieza clave en la defensa que, más tarde, el capitán en persona agradecerá familia por familia: no hay nada que envanezca más a un muchacho de doce años que sentir cómo el capitán posa su mano derecha sobre su hombro izquierdo, le mira y le dirige, ¡exclusivamente a él!, la palabra. Gracias, chico. Eres importante para nosotros. Eres, he aquí las palabras más intensas que un español del Río Grande puede oír en vida, uno de los nuestros.

Uno de los nuestros.

La fila enemiga se hallaba prácticamente completada. Cuente, sargento, cuente. Definitivamente, no son tantos como creímos en un principio. Hay unos cincuenta y cinco guerreros pintados. Sesenta, a lo sumo. Pintados: dispuestos para la batalla. Armados, emplumados y con un ardor bulléndole en las entrañas. Desde niños nos han enseñado que los días que verdaderamente importan son estos. Hoy es día apache. Hoy es jornada que merece la pena ser vivida. El resto queda como tiempo que transcurre en vano.

Vienen porque aspiran a la gloria que supone una victoria sobre la posición española. Vienen por eso y porque, además, pretenden hacerse con las riquezas que atesora el presidio. Que son muchas y muy valiosas, no lo olvide nadie. Raptarán, de paso, a tres o cuatro niñas y se las llevarán con ellos para convertirlas en chiricahuas. Violarán a algunas de nuestras mujeres y arrancarán tantos cueros cabelludos como puedan. Es el botín tras la victoria. El enloquecimiento, la enajenación, el desvarío que adviene tras la gran muerte.

Pero, claro, nosotros no vamos a permitir que nada de eso suceda. Porque nosotros, y esto es algo que parecen desconocer, vamos a defendernos con eficacia. Estamos entrenados y sabemos qué hay que hacer y en qué momento. Lo sabemos todos. Todos: el presidio funciona como un cuerpo único que respira y actúa al unísono. Sabemos pocas cosas y apenas disponemos de certezas. Pero sabemos defender la posición y sabemos asimismo qué hemos de realizar para vencer.

Santificados sean los miembros de la guarnición. Todo gira en torno a ellos y todo, más aún, en el espacio que el capitán determina con su presencia.

Cuando Herrán se encaramó a la plataforma, los oficiales se hallaban ya en ella. Con el uniforme completo y el sombrero encasquetado hasta las cejas.

—Todo preparado —saludó Gauna—. A sus órdenes, capitán.

—Observo que la línea enemiga ha sido formada —dijo Herrán.

—Sí, capitán. Llevan así una media hora.

—Todavía no aúllan demasiado.

El capitán no sería el hombre de antaño, pero conocía a los apaches. Aúllan, pero aúllan mucho más cuando la galopada de ataque es inminente.

—No, capitán. No lo hacen.

—Hay elementos dispersos sumándose por los flancos.

—Algunos cabrones se habrán quedado dormidos.

—¿El plan, teniente?

—Fuego de artillería cuando se hallen a media distancia. Dos disparos de cada cañón. Después, fuego de mosquete a discreción. Hay veinte tiradores apostados en esta parte del muro. Nuestros mejores dragones, capitán. Cada uno de ellos cuenta con dos civiles que le asisten, uno sobre la plataforma y otro debajo de ella. Estamos bien aprovisionados de balas y pólvora, de manera que, si es preciso, pueden disparar durante horas.

—Bien, teniente. Me gusta.

—Y si, a pesar de todo, alguno de ellos logra alcanzar el muro y trepar por él…

—Entiendo, teniente.

—Lo cortaremos en pedazos. Tenemos a la guarnición al completo sobre la plataforma. Había dos soldados arrestados, pero me he tomado la libertad de perdonarles el castigo. Están aquí para servir y servirán.

—No tienen ninguna posibilidad.

—Ninguna, capitán.

—Y, sin embargo, se disponen a atacar.

—Lo hacen, capitán.

—Directos a una muerte segura.

—Sí, capitán.

El coronel Muñoz escuchaba la conversación. Interesado, esa es la verdad. Él había sido enviado al presidio para propiciar la paz con los mescaleros. Pero nada más. Si una horda chiricahua se hallaba presta para lanzarse contra la posición, no podía hacer nada sino mantenerse en segundo plano y aprender de aquellos soldados. No era, Muñoz, hombre al que el orgullo le pudiera, no… Al contrario: escuchaba, aprendía y no emitía juicios de aquello que no era de su incumbencia. Les atacaban, era consciente de las nulas posibilidades de los chiricahuas y, sin embargo, se maravillaba ante una actitud prácticamente suicida.

—Teniente —dijo, aprovechando que el intercambio de frases entre Herrán y Gauna parecía haber concluido.

—Diga, coronel.

—¿Por qué lo hacen?

—¿Cómo dice, coronel?

—Pregunto que por qué lo hacen. Por qué nos atacan. Es obvio y patente que no conseguirán derrotarnos. Ni siquiera tendrían demasiadas posibilidades en una batalla a campo abierto.

Gauna, a pesar de que conocía de sobra la respuesta, se tomó su tiempo para responder:

—Porque son apaches, coronel.

Muñoz no pudo evitar un gesto de sorpresa. También de disgusto. ¿Se le estaba insubordinando el teniente? A juzgar por la respuesta dada, lo parecía. Pero, caray, creía conocer bien a Gauna tras muchos meses de tratarlo intensamente y no lo consideraba un oficial dado a la insubordinación.

—¿Perdone, teniente? —preguntó con un tono de voz en el que iban implícitos los galones. De coronel, teniente, de coronel.

Gauna observaba la línea enemiga. Estaba casi formada por completo, lo cual quería decir que el ataque era inminente. Diez minutos. Quince, pero no más.

Se da cuenta de que ahora no tenemos tiempo para necedades, ¿verdad, coronel?

Y, sin embargo, giró su cabeza, se llevó la mano al ala del sombrero y lo levantó ligeramente. Habló con tranquilidad pasmosa. Como habla un teniente de dragones cuando su presidio se dispone a ser atacado por una horda salvaje de chiricahuas del río Gila. Esto es un puto destino en el que la mayoría de los soldados que sirven en América no duraría ni una semana. Si existen puertas a través de las que acceder al infierno, estarán por aquí. Cualquier día de estos salimos y las buscamos. Puede acompañarnos, si le parece. Será bonito sostener la mirada a los guardianes que la custodian. Seguro que los muy cabrones van pintados como los apaches. Con plumas en el pelo y esa mirada de coyotes locos que a tantos y tantos hombres desquicia.

—Porque son apaches, coronel —dijo Gauna—. Porque han sido concebidos y educados para la lucha. Desde que comienzan a gatear. Desde que dan sus primeros pasos. Los entrenan para esto, coronel. Siempre ha sido así y siempre será así. Los apaches no son como nosotros. Ellos creen que la guerra es lo mejor que puede sucederles en la vida. Nosotros, como usted bien comprende, pensamos y sentimos lo contrario.

Gauna terminó su pequeño discurso y Muñoz asintió con la cabeza. El teniente no lo había dicho, pero se hallaba contenido en sus palabras: y toda esa monserga de la pacificación que Croix y

usted se traen entre manos no nos traerá más que desgracias. Sépalo, coronel.

Batallan porque en la batalla reside la vida. Y en la muerte, propia o ajena, el honor más grande que un apache pueda experimentar.

El teniente observó la línea enemiga. Cada par de ojos que se hallaba en la plataforma del muro contemplaba la línea enemiga. Había llegado el momento.

—¿Lo oye, teniente? —dijo Herrán. Muñoz no podría haberlo jurado, pero le pareció que el capitán sonreía levemente.

—Lo oigo, capitán —respondió Gauna, levantando su mano derecha en el aire y golpeando la parte superior de su sombrero con ella.

—Ahora sí que aúllan de verdad.

—¡Artilleros!

Dos voces en medio del silencio más absoluto.

—¡Todo listo, teniente!

—¡Preparados, teniente!

Gauna gritó. De una manera que hizo que todos los presentes, las quinientas sesenta almas encerradas tras los muros del presidio, sintieran el orgullo de ser quienes eran y de hallarse a las órdenes de un hombre como el teniente Gauna. Podría estar en otro lado y se encuentra aquí. Podría servir en cualquier otra parte de España, pero ha hecho de este trozo de tierra el mundo. Le estaremos siempre agradecidos por ello. Por encasquetarse el sombrero, ajustarse la cuera y disponerse a darlo todo por nosotros.

—¡A mi orden!

A su orden. Y, mientras tanto, silencio, ansia y expectación.

Ya vienen.

La horda chiricahua se lanzó al ataque. Un ataque furibundo, salvaje y rabioso. Iban hacia los españoles como si nada más importase. Chiricahuas contra el presidio de El Norte. Se hablará de esto durante generaciones. Veréis.

Doscientos pares de ojos sin perder detalle del galope apache.

—Cincuenta y siete —dijo en voz baja el sargento. Por fin estaba seguro.

Doscientos pares de ojos ensimismados en cincuenta y siete salvajes lanzados a tumba abierta hacia ellos. Es el momento en el que sabes que todo se reduce drásticamente a esto: ellos te matarán si tú no los matas antes.

Y cualquier otro pensamiento está de más. ¿Dijimos que vivíamos una vida sencilla? ¿Lo dijimos? Pues mira, a veces continúa simplificándose a velocidad de vértigo. Hasta alcanzar una simpleza pasmosa.

—¡Fuego los cañones! —rugió Gauna.

Al unísono, como si lo tuvieran ensayado, los dos cañones descargaron metal con tanta violencia que cayeron como mínimo ocho apaches. Dos de ellos, tras el desconcierto inicial, se dieron cuenta de que solo se hallaban heridos y se pusieron en pie. Encararon el presidio con más rabia si cabe y comenzaron a correr en dirección a él.

—¡Cargad! ¡Cargad de nuevo! —gritó el teniente.

Los soldados apretaron la carga y dispusieron la pólvora.

—¡Fuego! —les apremió Gauna—. ¡Fuego!

Disparó primero el que más cerca se hallaba de los oficiales. Unos tres o cuatro segundos más tarde, el segundo. Por desgracia, esta vez la andanada se les había ido larga. Solo la bala lanzada en último lugar había logrado descabalgar a un jinete. No era más que un muchacho. Dieciséis o diecisiete años. Muy probablemente, esta sería su primera batalla de verdad. Y, desde luego, la última. Te vas al paraíso de los apaches con una bala de cañón española en mitad del pecho. Serás la envidia de los tuyos, verás.

—¡Tiradores! —gritó el teniente—. ¡Fuego de mosquete! ¡Fuego a discreción!

Los tenían a menos de ciento cincuenta pasos cuando empezaron a disparar. Y, entonces, sucedió algo realmente imprevisto. Algo que nunca habrían esperado.

Aparecieron los mescaleros. Un grupo pequeño, de unos doce o trece hombres a caballo. Venían al trote y no dudaron en avanzar entre el muro y los chiricahuas lanzados al ataque.

Lo que traían con ellos determinaría, de forma irremediable, el desenlace de la contienda. Y mucho más.

—Pero qué cojones… —comenzó a decir Gauna.

—¿Qué hacen ahí? —se preguntó, casi en un grito, el sargento —. ¡Que se aparten o los arrollarán!

Porque si algo habían comprendido los españoles era que los mescaleros no acudían con la intención de sumarse a la contienda. No del lado español, pero tampoco del chiricahua.

Muñoz dio medio paso al frente y apoyó las manos sobre el muro. Al verlo, Gauna no dudó:

—Retírese, coronel —dijo. E insistió—: Retírese. Se está colocando bajo sus flechas.

¿Qué flechas? Nadie ha disparado una sola flecha todavía.

—¡Atención! —gritó Gauna—. ¡Que nadie dispare contra los mescaleros! ¿Me ha oído todo el mundo? ¡Que nadie dispare contra los mescaleros!

Durante unos momentos, reinó cierta confusión. ¿No disparamos a los mescaleros, pero sí a los chiricahuas? ¿A nadie? ¿Y si, por error, le metemos una bala en la cabeza a un mescalero? Hemos escuchado su orden, teniente, pero no resulta sencillo cumplirla: unos se están situando muy cerca de los otros. Demasiado cerca. Cada vez más.

—¡Teniente! —exclamó el sargento señalando con el dedo. Los chiricahuas continuaban su avance desquiciado y ya no se hallaban a mucho más de noventa o cien pasos del muro—. ¡Mire, es Alonso!

Gauna se dio cuenta de que era cierto. Alonso y Domingo Alegre al frente de una comitiva de diez u once hombres más.

Y eso no era todo:

—¡Traen una mujer con ellos! —exclamó uno de los soldados que servía en el cañón más cercano a la posición de los oficiales.

Ledesma entornó los ojos y comprobó que el dragón no se equivocaba.

—Joder, es verdad… —dijo.

A su lado, Gauna no perdía de vista a los chiricahuas. La presencia de los hombres de Alonso había confundido a los soldados y ahora apenas uno o dos tiradores se afanaban en abrir fuego contra el avance chiricahua.

—¡Seguid disparando! —gritó el teniente—. ¡A discreción!

—¡Abatiremos al jefe Alonso! —dijo alguien que Gauna no supo identificar. Su voz sonaba lejana en la abarrotada plataforma.

—¡Disparad!

Muñoz no estaba tan de acuerdo con esta última orden. Hasta ahora la situación era claramente de guerra. Nada que objetar, pues, al comportamiento del capitán y el teniente. No solo tenían que abrir fuego contra los chiricahuas para defender al presidio y a sus gentes, sino que era su deber. Defendemos a los nuestros por encima de todo.

Sin embargo, ahora había mescaleros amigos en mitad de la batalla. Amigos, sí, por dos razones: primero, porque así lo había considerado Muñoz hasta ese mismo instante; y, segundo, porque nada en la actitud de los mescaleros hacía suponer que se habían vuelto hostiles.

No estaban aquí para luchar mano a mano con sus hermanos chiricahuas. Ni habían cabalgado desde su campamento para sumarse a la defensa del presidio. A juzgar por la expresión de estupefacción en los rostros de Alonso, Alegre y los guerreros que les acompañaban, aquellos indios no se habían dado cuenta de que allí estaba teniendo lugar una batalla hasta que fue demasiado tarde para todos.

—¡Ordene que cese el fuego! —solicitó, con voz firme, el coronel. Miraba al capitán, pero se dirigía al teniente. A usted le harán caso: ordene que paren.

—No puedo hacer eso, coronel… —respondió, confuso, Gauna. Miraba alternativamente a los chiricahuas y a los mescaleros.

—Hágalo. Se lo ordeno —repuso, taxativo, Muñoz.

No hizo falta. De pronto, un jefe chiricahua aulló algo y detuvo en seco el avance de sus gentes. Todavía caían guerreros chiricahuas bajo el fuego de mosquete.

—¡Detenga los disparos! —repitió el coronel.

Gauna no tuvo opción.

—¡Alto el fuego! —gritó, dejándose la garganta—. ¡Que nadie más dispare de momento! ¡Cargad y manteneos alerta!

En ese momento, Alonso azuzó a su caballo y lo dirigió hacia los chiricahuas. Fue entonces cuando todo, todo excepto el trote ligero de Alonso, se detuvo. Nada más inesperado: una batalla que se presume encarnizada ha sido lanzada y nadie, absolutamente nadie, puede detenerla. Siempre fue así y siempre lo será.

Pero hoy algo raro sucede. Un jefe apache amigo de los españoles se interpone en una contienda a la que no ha sido llamado y la siembra de paz. Cabalga hacia el enemigo. Habla con el enemigo. Se hace entender. Señala, avisa, advierte. Largaos u os aguarda una muerte mucho peor que la que los españoles tienen reservada para vosotros. Una muerte lenta y dolorosa que sabrías soportar si viene envuelta en honor y gloria.

Pero no, lo que los mescaleros os traen no tiene nada que ver con eso. Ni por lo más remoto.

De improviso, y ante la sorpresa de los doscientos pares de ojos que observaban agazapados en el muro del presidio, el jefe chiricahua levantó un brazo en el aire, se impulsó con las piernas hacia arriba en su caballo y gritó algo en jerga india. Los del presidio lo entendieron rápido: damos media vuelta y nos largamos de aquí.

Tan deprisa como hemos venido.

Ni siquiera se molestaron en recoger los cuerpos de los guerreros ya abatidos por los tiradores. Lo cual hizo que, si cabe, la confusión se tornara mayor entre los españoles que observaban. Los apaches nunca abandonan a sus muertos en la batalla. No, si está en su mano hacerlo: se los llevan, los honran durante semanas e inventan leyendas inauditas en torno a sus hazañas.

En dos minutos, no quedaban chiricahuas a la vista y todo fue silencio de nuevo.

—Manteneos en las posiciones —ordenó Gauna sin levantar la voz.

Lo harían. Hasta que alguien les explicara qué había sucedido ante sus ojos.

Alonso se encargaría de ello. Oyeron, a pesar de la distancia que les separaba, cómo el jefe mescalero chasqueaba la lengua para encaminar su caballo hacia el muro. Pasos lentos. Desprovistos de hostilidad. Es Alonso, que llega para hablar con sus amigos españoles.

Veinte mosquetes cargados le apuntaban al centro del pecho. Un pecho desnudo y sin pinturas de guerra. Alonso tan siquiera venía armado…

—Teniente —dijo el jefe cuando estuvo lo suficientemente cerca del muro. Levantaba la cabeza y se hacía sombra con una mano para distinguir bien a los que en lo alto del muro se hallaban.

—¿Qué ocurre, gobernador Alonso? —preguntó Gauna. ¿Quieres hacernos el favor de explicar qué carajo ha sucedido?

—Hay problemas —dijo, silabeando las palabras, Alonso.

—¿Qué problemas?

Gauna se estaba poniendo nervioso. Cuando los apaches sufren problemas, los españoles los sufren también. Multiplicados por dos.

Alonso se giró para observar a Domingo Alegre y al resto de su grupo. Después, volvió a dirigir la mirada hacia lo alto del muro.

—Hay enfermedad —dijo.

Algunos de los soldados que tenían el dedo en el disparador del mosquete se revolvieron inquietos. Más de uno y más de dos aumentaron inconscientemente la presión de su índice. Enfermedades es algo que no queremos aquí. ¿Chiricahuas? Tantos como quieras. Sabemos qué hacer con ellos. Cómo tratarlos. Cómo defendernos de su presencia. Llevamos siglos matando indios y, mal está decirlo, sobre ello sabemos un poco.

Pero, ¿enfermedad? Lejos de aquí.

Muñoz miró a Gauna y Gauna miró a Muñoz. Gauna a Ledesma, Ledesma a Muñoz y a Gauna y, por fin, Gauna a Herrán. Y Herrán miró al cielo. De nuevo, volvía a su sempiterno ensimismamiento. Mucho le había durado la lucidez…

—¿Qué enfermedad? —preguntó, de un grito, el teniente.

No hacía falta dar voces porque Alonso se hallaba realmente cerca de ellos. De hecho, demasiado cerca para pronunciar palabras como las que traía en sus labios.

—No lo sé, teniente —respondió el mescalero.

Mientes. Mientes y sabemos que mientes. No estarías aquí si no fuera porque la enfermedad es verdaderamente grave. ¿A que sí? Alonso, a nosotros no nos la juegas.

—Que retroceda diez pasos —dijo en voz baja el sargento. Miraba al jefe mescalero, pero se dirigía a Gauna. Y a Muñoz. Este asunto le concierne de forma directa, coronel.

—Mantengamos la calma —repuso Muñoz en el mismo tono contenido.

Muñoz sería muchas cosas, pero no era tonto. Y no acumularía gran experiencia en los presidios de las tierras septentrionales, pero algo sabía. O barruntaba. Lo suficiente para no pedirle al teniente que levantara su orden anterior. Continuad todos en vuestras posiciones. Ojos abiertos de par en par, mosquetes apuntando y dedos en los disparadores.

—Ayuda, teniente —dijo Alonso. Se mantenía quieto y erguido en su caballo, pero sin mostrarse excesivamente altivo—. Ayuda.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gauna—. Cuéntamelo, gobernador.

—Hay gente enferma entre nosotros.

—¿Enferma de qué?

—Enferma.

Estaba claro que Alonso no quería decir más. Sin embargo, ata cabos: sobradamente enfermos como para venir a pedirnos ayuda; y sobradamente enfermos como para ahuyentar a una horda de sanguinarios chiricahuas.

—Pídale que retroceda diez pasos —insistió Ledesma.

—Calle, sargento —replicó un cada vez más nervioso Gauna. Se quitó el sombrero, se pasó la mano derecha por el cabello cano y se volvió a cubrir—. Coronel, ¿qué opina?

Muñoz no quitaba ojo del mescalero. A simple vista, y desde aquella distancia, el hombre parecía completamente sano. Tan sano como siempre.

—No me gusta —dijo.

Ya. Y al resto de nosotros tampoco. No es necesario que nos envíen a todo un coronel para alcanzar conclusiones de semejante hondura.

—Necesitamos más información —añadió Muñoz.

De acuerdo. Turno del teniente.

—¡Gobernador! —dijo, levantando mucho la voz para que todos, mescaleros y españoles, le oyeran—. Necesito saber qué demonios ocurre aquí. Dime de qué estáis enfermando.

Alonso se tomó su tiempo antes de responder. De hecho, ni siquiera llegó a hacerlo. Se limitó a levantar su brazo derecho y ordenar, así, que los demás se acercaran.

Con Domingo Alegre a la cabeza, el grupo de guerreros y la mujer se acercaron hasta la posición donde se hallaba el jefe Alonso.

—Que no avancen más —dijo Ledesma—. Que se retrasen.

—Cállese de una maldita vez, sargento —replicó, entre dientes, Gauna—. Bastante complicada es ya la situación.

—Y más que lo será si continúan avanzando. Están enfermos, teniente.

—A simple vista, no lo parece —reflexionó Muñoz.

¿O sí?

—Miren a la mujer… —dijo Ledesma.

El grupo de guerreros y los dos jefes mostraban un aspecto más que saludable, pero la mujer no. La mujer, encorvada en su caballo y con signos evidentes de hallarse mareada o febril, tenía la cara y los brazos cubiertos de pústulas.

—Mierda puta… —dijo Gauna.

El resto quizás no, pero él sí había comprendido a lo que se enfrentaban. A algo muy grave. A algo muy peligroso. A algo que podría aniquilarnos a todos en un plazo máximo de una semana. Diez días, siendo optimistas.

—¡Tiradores! —llamó de un grito el teniente. Y ordenó—: ¡A mi señal, fuego!

—¡Teniente! —se escandalizó Muñoz. ¡Si son nuestros amigos…! Los tipos a los que llevamos meses y meses pacificando.

Usted no tiene ni idea de qué va todo esto, coronel. Hágase a un lado.

—Ayúdenos —dijo Alonso, haciendo que la mujer se situara a su lado. Tendría unos veinticinco años. O veintiséis. Lo que estaba claro era que no cumpliría ni uno más.

—Mire las pústulas —dijo Gauna a modo de única explicación.

—Pero, teniente… —continuaba preso de la confusión el coronel.

—¡Es viruela!

Muñoz se llevó la mano a la boca. Como para reprimir un gritito. Lo hacen las mujeres. Las de alta alcurnia, por supuesto. Oh, caramba, ¡es viruela! ¡Moriremos todas!

Sí, en cuestión de días.

—Coronel, con el debido respeto —dijo Gauna con voz solemne —, tenemos que hacer frente a esta situación del único modo posible.

—¿Qué modo? —preguntó Muñoz. No pensaba oponerse a las decisiones del teniente, pero la pregunta le brotó de forma instintiva. Quería saber. Quería saber qué medidas tomarían para evitar una muerte segura.

—Alejando a los mescaleros de nosotros —explicó el teniente—. Los quiero muy lejos. Al otro lado del río. Que regresen a su campamento y que aguarden allí.

—Morirán todos.

—Muchos, es cierto. Pero se trata de viruela, coronel. De una epidemia de viruela. No hay nada que podamos hacer por ellos.

Morirán. Están muertos. Y si no nos protegemos, nosotros lo estaremos dentro de una semana.

—¿Abrirá fuego contra Alonso?

—Lo haré si es preciso. Necesito que se retire. El sargento estaba en lo cierto. Deben irse. Deben hacerlo ya.

Muñoz asintió. Se mostraba conforme. Haga lo que considere oportuno, teniente. Mi misión aquí es pacificar indios, no causar la destrucción total del presidio.

—¡Gobernador Alonso! —gritó Gauna, volviéndose hacia los mescaleros—. No podemos hacer nada por vosotros. ¡Nada!

—Estamos enfermos. Cada vez más —repuso el jefe apache.

—¡Debéis iros! Regresad al campamento y separad a los que están enfermos de los que no lo están.

—Nosotros no abandonamos a nuestra gente.

—Tienes que hacer lo que te digo, gobernador Alonso. Regresa al campamento y aguarda allí durante dos semanas.

—No tenemos comida.

Gauna vaciló durante unos instantes.

—Os lanzaremos unos cuantos sacos de fríjoles. Es todo lo que os vamos a dar. Compréndelo, gobernador. La enfermedad puede matarnos a todos. ¡A todos!

Nada más salvaje y cruel que la viruela. Al menos, a los apaches hostiles los vemos venir. Pero, ¿quién sabe cuándo nos atacará la maldita viruela? ¡Nadie!

Gauna ordenó que trajeran treinta sacos de fríjoles y que los arrojaran por el muro.

—Es todo, gobernador Alonso —aclaró el teniente—. No podemos daros más. Lo siento, amigo. Ahora debéis marcharos. ¡Llevaos a esa mujer de aquí! ¡Alejadla del muro! ¡Ahora!

Alonso observó los cañones de los mosquetes apuntándoles. Los tiradores acodados en el abobe, los ojos guiñados y los dedos en los disparadores. Abrirían fuego si el teniente así lo ordenaba. De manera que los abandonaban a su suerte… Treinta sacos de fríjoles y cruzad el río cuanto antes.

—Lo siento mucho, gobernador —añadió Gauna. Y no mentía—. Pero ahora debéis marcharos. No puedo hacer nada más por vosotros. Lamento muchísimo que tu pueblo haya enfermado, pero es mi deber proteger al mío.

¿Acaso no éramos la misma cosa? ¿Sangres hermanas? ¿Vosotros sois nosotros y nosotros somos vosotros?

Sí, lo éramos. Pero ahora se ha desatado una epidemia de viruela. Lo dicho se lo lleva el viento aunque, desde luego, rezaremos por vosotros. Mucho. A todas horas.

El jefe Alonso miraba fijamente a los hombres del muro. No separó los labios, pero tampoco hizo ademán de poner en marcha su caballo.

—¿Cuántos han caído enfermos? —preguntó, tras un breve silencio, Gauna. No podía reprimir cierto sentimiento de misericordia por aquellas gentes.

—Que se vayan ya —insistió, mucho más pragmático, el sargento. O terminarán por contagiarnos. Viruela, teniente. Hablamos de una epidemia de viruela. Muerte segura para todos.

—Diez —respondió Alonso.

—Tienes que apartar a esas diez personas del resto —explicó el teniente—. Apartadlas de vosotros y no os acerquéis a ellas bajo ningún concepto.

Alonso señaló a la mujer enferma.

—Es mi hermana —dijo.

Gauna se mordió el labio inferior.

—Haga que se vayan, teniente —repitió Ledesma—. U ordene que los tiradores hagan fuego.

Gauna ignoró al sargento. Sí, tenía toda la razón de su parte, pero solo precisaba de un minuto más. Un minuto y largaría de allí a los mescaleros.

—Siento que tu hermana haya enfermado —dijo Gauna.

Muñoz asintió. Por un lado, comprendía la angustia del sargento. Pero, por otro, sabía de la necesidad de no quebrar todos los lazos de amistad con los mescaleros. Si sobrevivían a la

epidemia, los planes de pacificación habrían de ser retomados. Y mejor hacerlo con un jefe Alonso que supo que, al menos, mostrábamos compasión por el destino de su propia familia.

—Pero tienes que separarla del resto —continuó explicando Gauna—. Es importante que lo hagas. Alejadlos quinientos pasos de vuestro campamento. Dejadles un poco de agua y algo de comida y marchaos de allí. Deprisa y para no volver. Comprendo que resulta doloroso lo que te pido, pero has de hacerlo, gobernador Alonso. Apelo a tu responsabilidad como jefe de banda y como gobernador del pueblo de Buena Esperanza. Debes proteger a tu gente de la enfermedad. Se trata de la viruela, no se puede curar y resulta mortal. Lo lamento muchísimo, pero es la pura verdad. Estás obligado a hacer lo que te digo y a hacerlo cuanto antes.

Alonso continuaba en silencio. Escuchaba las palabras del teniente y parecía reflexionar acerca de ellas, pero no decía nada.

—Teniente —dijo una vez más el sargento—, si no obedecen de inmediato, tendremos que actuar.

Gauna sabía que Ledesma no erraba en sus palabras.

—Márchate, gobernador —solicitó el teniente. Su tono calmado no reflejaba, en modo alguno, la desazón que experimentaba por dentro—. Te deseo buena suerte. Dentro de unas semanas, iremos a ver cómo os va. Mientras tanto, te pido que ninguno de vosotros se acerque al presidio. Si lo hacéis, ordenaré a mis hombres que disparen a matar. Entiéndelo: no me queda otro remedio. Sois nuestros amigos, pero la enfermedad lo cambia todo.

Somos amigos, pero dispararéis si nos veis merodeando por los alrededores. Comprendido.

Alonso tiró de las riendas de su caballo y se acercó a Domingo Alegre para decirle algo casi al oído. Después, ambos jefes, seguidos del resto del grupo, comenzaron a trotar en dirección sur. Ponían rumbo a su campamento.

No llevaban más de dos o tres minutos alejándose del presidio cuando la mujer enferma se cayó del caballo. Al parecer, la fiebre le impedía continuar sobre la montura. Dos guerreros echaron pie a

tierra y, levantándola con cuidado, la ayudaron a montar de nuevo. Quizás no lograra llegar. En cualquier caso, los españoles no lo sabrían jamás.

Diez minutos después, los mescaleros habían desaparecido de la vista de los que todavía en el presidio continuaban encaramados a los muros. Hasta dos horas más tarde, Gauna no ordenó que se levantara el estado de alerta.

* * *

Ahí se quedaron. En el interior del presidio. Con el portón cerrado y dos soldados haciendo guardia de forma permanente frente a él. De este lugar, nadie sale ni entra. Y ya puedes argüir lo que te dé la gana. Si estás dentro, dentro te quedas, y si estás fuera no entras ni aunque te arrodilles y nos lo pidas en nombre de la santísima Virgen de Guadalupe.

Ahora mismo, ni al propio comandante general Croix le abriríamos la puerta. Váyase por donde ha venido, Croix. Y ándese con ojo, que la viruela nos ronda.

Porque estamos seguros de que es viruela, ¿verdad, teniente?

Discutieron sobre ello. Sin apasionamiento, pues nadie osaría restarle importancia a lo advertido por Gauna, pero a fondo. De una forma o de otra, lo que ahora nos sobra es tiempo.

—¿Está completamente seguro? —interrogó Muñoz.

—Completamente, coronel.

—¿Sin atisbo de duda?

—Ninguna, coronel. Por desgracia, esta no es la primera vez que me las veo con la viruela. Le aseguro que sé reconocer las señales, coronel.

—No quiero restarle importancia a lo que sucede, compréndame… Ni cuestionar sus conocimientos ni su autoridad, teniente…

¿Pero? ¿Qué clase de objeciones pueden ser planteadas ante un diagnóstico como el del teniente? Es viruela. Es la muerte a las puertas de casa. La muerte segura e infalible. No podemos abrir fuego de mosquete contra ella. Ni preparar la artillería. Ni enviar a la caballería pesada.

La viruela te mata sin que sepas cómo. Te mata, es todo.

—Solo pretendo que estemos seguros —añadió Muñoz. Se le veía compungido. Para menos no era: si la salida de los mescaleros de Buena Esperanza ya había puesto en serio peligro sus planes de pacificación apache, el advenimiento de una epidemia de viruela lo enviaba todo al infierno. Esto, se analice con benevolencia o no, resultaba un auténtico desastre—. Seguros del todo, teniente.

—Lo estoy —dijo Gauna, poco dispuesto a dejarse intimidar. Con el debido respeto, Muñoz no tiene ni idea de qué sucede. Menos aún, de qué puede suceder si no tomamos medidas al respecto. Medidas drásticas, inmediatas y decididas—: No entrará ni saldrá nadie del presidio en dos semanas.

Muñoz miró al teniente y asintió. Reconocía que el teniente hacía lo correcto. Pero, caray, un poco de buena suerte no nos vendría nada mal. El desbordamiento del Grande había resultado fatal para sus planes pero, poco a poco y con mucho esfuerzo, todo volvía a ser como antes. Era cuestión de días que los mescaleros se reasentaran en Buena Esperanza. Y luego, llegaron los chiricahuas. Y, tras los chiricahuas, la maldita viruela. Y ahora, el confinamiento. La cuarentena. El encierro.

Quinientas sesenta almas confinadas entre unos muros que, en el mejor de los casos, pueden acoger a doscientas o doscientas cincuenta. Hay más del doble. Tenemos agua, sí. Disponemos de suficientes víveres, desde luego. Pero, ¿cómo terminará todo esto? ¿Sabremos comportarnos como personas y no como salvajes?

El presidio es un puesto militar. Por supuesto que seremos capaces de mantener el orden. Todo gira en torno a la guarnición. A los soldados. Ellos logran que seamos lo que somos. Que no olvidemos nuestras raíces ni nuestra naturaleza.

Este pedacito de tierra amurallada en el gran y salvaje norte de América se llama España. Que nadie lo olvide nunca.

Cinco días después vieron al primer mescalero rondando por las inmediaciones. Lo avistó un centinela situado en el muro sur y dio rápidamente la voz de alarma. Varios dragones se encaramaron de inmediato a la plataforma de madera.

—¡Tomad los mosquetes, tarados! —les recordó, al tiempo que les apremiaba, el sargento.

Cartuchos de munición y que se dé aviso a los muchachos que se ocupan del abasto.

—¿Cargamos, sargento?

—Todavía no. Aguardemos la orden del teniente.

Lo observaron durante un buen rato. Se trataba de un mescalero de unos cuarenta años. Flaco, de escasa estatura y con el pelo recogido en una larga trenza que le caía casi hasta la cintura. Venía a pie, daba tumbos de un lado a otro y no parecía llevar armas.

—¿Lo reconoce, sargento? —preguntó Muñoz.

—No, coronel. Probablemente sea un hombre de Volante. O de Domingo Alegre. Son los que mayor costumbre tienen de deambular solos y sin rumbo fijo.

Demasiados años haciéndolo como para que olvides la costumbre de la noche a la mañana.

—¡Eh! —gritó Ledesma, dirigiéndose al mescalero. El indio tan siquiera levantó la cabeza. Caminaba muy despacio en dirección al portón de acceso al presidio—. ¡Eh, tú! ¡Detente en donde estás!

El mescalero ignoró por completo las indicaciones del sargento. Quizás fuera sordo. Quizás fuera tonto. Quizás fuera todo eso y mucho más. Pero allí no pensaban correr riesgos.

—¿Cree que está enfermo, teniente? —preguntó Muñoz.

Antes de responder al coronel, Gauna habló a Ledesma:

—Sargento, cinco tiradores con el mosquete cargado. Los quiero aquí mismo, codo con codo.

—A sus órdenes, teniente —respondió Ledesma mientras, con rápidos gestos, indicaba a sus hombres dónde debían situarse. ¿Veis al cabrón de ahí fuera? Pues cargad de inmediato, apuntadle al corazón y aguardad. El teniente se lo va a pensar un poco más. Yo habría abierto fuego de inmediato, pero es que yo no soy tan bella persona como nuestro teniente. ¿Comprendido, cabrones?

Palabra por palabra.

—No lo sé, coronel —respondió, por fin, Gauna a la pregunta de Muñoz—. No lo sé, coronel, pero si ese imbécil no responde pronto a nuestras instrucciones, ordenaré al sargento que abra fuego.

Contra un guerrero que muy probablemente nos acompañara en nuestras campañas contra los lipanes o los apaches hostiles de Garganta Honda.

La expresión del rostro de Muñoz era de aspereza. Hosquedad, si se quiere. Comprendía lo que le decían y comprendía, al tiempo, que estaban en lo cierto. Pero sabía que hacer lo que había que hacer suponía alejarse, aún más si cabe, de sus propósitos en El Norte.

Los cinco tiradores del sargento Ledesma estaban preparados. Con una rodilla sobre la plataforma y el mosquete apoyado en el adobe. Ojo guiñado, dedo en el disparador y los labios negros de pólvora. Abrirían fuego sin pestañear en cuanto el sargento diera la orden.

Intentémoslo una vez más:

—¡Eh, escucha! —vociferó Gauna—. ¿No me oyes? ¡Te hablo a ti! ¡Al mescalero que se acerca caminando hacia el muro! ¡Detente! ¡Detente ahora o te dispararemos!

Había, entre soldados, ayudantes y civiles, unas cuarenta personas encaramadas a la plataforma. Y varios cientos debajo, con la ansiedad carcomiéndoles por dentro. ¿Qué sucede al otro lado del muro? Desde aquí no vemos nada. ¿Hay mescaleros? ¿Están enfermos? ¿Son muchos?

Al menos, nadie separaba los labios. Nadie cuchicheaba, ni hacía comentarios, ni se tomaba la libertad de opinar en voz alta. Es

algo que en un presidio no sucede jamás. Cuando los oficiales al mando deliberan entre sí, han de hacerlo como si estuvieran completamente solos. A tres leguas de distancia, a cielo abierto y sin más compañía que el viento. Silencio y quietud absolutos. Somos más de quinientas almas atrapadas en el presidio, pero aquí ni los bebés lloran a destiempo. No lo hacen porque antes los ahogarían sus madres cubriéndoles la cara con una manta que permitir que su llanto se interpusiera en las meditaciones de los oficiales.

—Sargento —añadió Gauna tras una pausa y ahora en voz baja y calmada—. Prepárese.

El mescalero continuaba avanzando hacia ellos. Ahora mismo no se hallaba a más de treinta pasos del muro. Suficiente para Gauna. Te hemos dado todas las oportunidades. Ha estado en tu mano retroceder y no lo has hecho.

Entonces vieron claramente las pústulas en su rostro. La enfermedad no se hallaba muy avanzada, pero el pobre diablo estaba enfermo. Y no podemos permitir que te acerques más.

Ni siquiera podemos herirte. Sería lo humanitario, ¿verdad? Un tiro a una pierna, otro a la otra y se acabó tu paseo. No avanzas hacia nosotros, pero tampoco somos nosotros los que te hemos matado. Lo hará la enfermedad en cuestión de dos o tres días. Morirás como un perro a treinta pasos del muro, podremos observar tus estertores finales y rezaremos por ti. Tanto que se nos secará la boca. Eso sí: por nada del mundo abriremos la puerta para salir, recogerte y ayudarte en lo que podamos.

Tú ya estás muerto. Sea humanitario o no, vamos a ahorrarte las penas de un tiro en el pecho. Nos lo agradecerías si la fiebre no te hiciera delirar. Vamos a matarte. Y lo vamos a hacer porque, digámoslo sin ambages, no podemos permitir que un enfermo de viruela delire durante dos días a treinta pasos de nosotros. Sabemos que la viruela se contagia por proximidad y ello nos basta.

—Sargento —dijo el teniente.

—¿Teniente?

—Abra fuego.

—Atención, soldados… Apuntad al centro del pecho. Un tiro sin recarga.

Cinco balas era más de lo que merecía aquel desgraciado. Dispararon al unísono y lo vieron caer sin tan siquiera tiempo para llevarse las manos a los agujeros del pecho. Quedó tendido en una posición extraña. Con las piernas dobladas como si se arrodillara, pero con el cuerpo entero vuelto hacia atrás.

—Gracias, sargento —dijo Gauna.

Muñoz y él intercambiaron una mirada fugaz. No podemos dejarlo ahí. ¿O sí? ¿Que se vaya pudriendo día a día? Está demasiado cerca y el hedor llegará hasta nosotros. Y quién sabe si, junto a él, la enfermedad.

Sinceramente, habría que salir y quemarlo.

—Enviaré a un par de sumas —dijo el teniente—. Ellos se encargarán.

—Bien, teniente. Hágalo.

Ni aunque un dragón fuera tras ellos apoyándoles el cañón de un mosquete en los riñones. Todos y cada uno de los sumas presentes en el presidio se negaron a cumplir la petición del teniente. Trabajamos duro por un puñado de pesos, pero nada más. No estamos al perpetuo servicio de la guarnición. Vaya usted, teniente Gauna. Se cubre el rostro con un pañuelo húmedo y camina hasta el lugar donde yace el mescalero muerto. El mescalero relleno de viruela por dentro. Vaya usted o métanos en la cárcel a todos. Haga lo que le parezca, pero los sumas no mueven un dedo.

Lo cierto era que Gauna se hacía cargo. Él tampoco iría. De hecho, él no pensaba ir. Pero alguien tenía que hacerlo. Y, de verdad, tampoco es tan complicado hallarlo si sabes cómo. Esto es un presidio y muchos de los que aquí sirven lo hacen por los pesos extraordinarios. Aquí siempre se paga un poco más. Ya sabes, a cambio del riesgo de que un apache te atraviese el cuello con una flecha emplumada.

—Dos voluntarios —pidió el teniente. Había descendido a la plaza del presidio y hablaba en voz alta, pero sin gritar. Todos le oían

perfectamente—. Necesito dos voluntarios para salir al exterior y quemar el cuerpo del mescalero.

Había un tipo que respiraba sonoramente en primera fila. Por lo demás, nadie entre las quinientas y pico almas realizaba el menor ruido. Silencio absoluto.

—Vamos, dos voluntarios —se impacientó Gauna—. Diez reales para cada uno.

Una fortuna por media hora de trabajo. López y Orozco se miraron.

—Teniente —dijo el primero. Se hallaba a unos veinte pasos de Gauna y entre el dragón y el oficial se apelotonaban unas cincuenta personas.

—Habla —repuso el teniente.

—No arderá.

—¿Cómo dices?

—Que no arderá, teniente, se lo aseguro. Podríamos reunir leña y prender una buena fogata, pero no será suficiente: hay viento y el viento consumirá la madera antes de que el cadáver se queme del todo.

Gauna no lo había pensado, pero el dragón estaba en lo cierto. Lo adecuado con la viruela es quemarlo todo: cadáveres, utensilios que han sido utilizados por los infectados y hasta las casas donde vivieron, si es preciso…

Pero ahora carecían de medios y de posibilidades.

—¿Y si lo enterramos? —sugirió López.

Gauna titubeó durante un instante. De acuerdo, lo enterrarían. Un hoyo bien profundo y el cuerpo adentro.

—En seis meses los gusanos habrán dado cuenta de él y asunto resuelto —concluyó López.

Perfecto, todo esto está muy bien. Elucubramos a las mil maravillas. Pero, una vez más, ¿quién va?

—¿Irás tú, López? —preguntó directamente el teniente. Varios cientos de ojos seguían atentamente la conversación. Ahora miramos a uno y, después, al otro.

—¿Ha prometido treinta reales, teniente? —preguntó López. Si se la iban a jugar, que fuera por una cantidad realmente sustanciosa.

—¿Treinta reales? No me toques los cojones, López.

—Disculpe, teniente.

Y el silencio de nuevo. De acuerdo, puede que haya cientos de voluntarios dispuestos a cubrirse el rostro con un pañuelo y acercarse, pala en mano, al cadáver del mescalero infectado.

Trascurrió un minuto. Dos. Tres. Nadie decía nada. Nadie se iba a ningún lugar. Todo permanecía en quietud extrema.

Gauna terminó por ceder. Qué remedio. Miró a Muñoz, el cual mantuvo su rostro imperturbable. Lo cual, en leguaje militar, significaba que accedía a la petición de López. Dele los malditos treinta reales y que salga a cavar.

—Veinte —regateó Gauna. Ninguno de sus hombres se le subía a las barbas. O no con tanta facilidad.

—Veinticinco —repuso López. El teniente no lograba verle la cara al dragón, pero, por el tono de su voz, habría jurado que el muy cabrón sonreía al tiempo que negociaba.

—De acuerdo, veinticinco —cedió Gauna. No pensaba pasarse allí el resto del día. Y, la verdad sea dicha, López se la estaba jugando y de verdad. La viruela se le pegaba a uno en cuanto menos se lo esperaba. La simple proximidad bastaba—. Pero no irás solo.

—Orozco viene conmigo —afirmó López.

—¿Orozco?

—Sí, teniente. Iré. Por otros veinticinco reales.

Hijos de puta.

—De acuerdo. Trato hecho. Salís de inmediato. Cubríos el rostro con un pañuelo húmedo. Encasquetaos el sombrero hasta las cejas y vestíos la cuera. Ah, y guantes. Llevad los guantes de montar. No quiero que toquéis el cadáver más de lo necesario, ¿de acuerdo?

—Sí, teniente —respondió López.

Por alguna razón, Gauna no estaba seguro de que aquel par de patanes comprendiera, en realidad, la clase de peligro al que se

enfrentaban. Eran buenos hombres en el campo de batalla y sabían cómo vérselas frente a enemigos mucho más poderosos que ellos. Pero enemigos, a fin de cuentas, de carne y hueso. De los que ves venir.

En diez minutos, se enfrentarían a una de las peores enfermedades que existen. Si te agarra, comienza a despedirte de todo esto.

—Que el agujero sea bien hondo —insistió Gauna—. No quiero que con las primeras lluvias que caigan, el cuerpo quede al descubierto. No sería la primera vez que nos florecen manos resecas tras las tormentas de primavera.

—Descuide, teniente —repuso Orozco—. Sabemos cómo cavar un agujero.

Hemos excavado muchas tumbas, ¿sabe? Muchas. Demasiadas. Y hemos empujado dentro a muchos de nuestros camaradas y amigos. Amigos y camaradas.

—Preparaos.

El teniente lo dispuso todo para que la tranca que cerraba el portón fuera retirada. Apostó a cinco soldados armados en las inmediaciones con la orden explícita de disparar contra todo aquel que quisiera entrar o salir del presidio. Van López y Orozco. Observamos sus evoluciones desde la empalizada y les dejamos entrar una vez que hayan concluido su tarea. Nada más.

Varios compañeros les ayudaron a ponerse las pesadas cueras y a ajustárselas en los costados. Alguien empapó sus pañuelos en agua tibia y les ayudó a anudárselos en la nuca.

—Vamos —dijo López, quien no parecía especialmente preocupado. Se enfundaba sus guantes de piel de buey mientras caminaba despacio hacia el portón. Con el suave tintineo de sus espuelas soñarían todos los muchachos del presidio durante semanas—: Venga, Orozco, no te quedes atrás. Y no olvides tu pala.

Porque no vamos a estar yendo y viniendo, ¿sabes? El salvaje de ahí fuera tiene la viruela y aquí la gente se pone muy nerviosa cuando la viruela anda cerca. ¿Nosotros? Hombre, tampoco es que

no la temamos… Pero hemos visto y sufrido demasiado como para que ahora algo que ni siquiera comprendemos nos arredre. Son veinticinco reales extras por cabeza.

Dos soldados cerraron el portón una vez que López y Orozco lo hubieron atravesado. Orozco se detuvo y volvió la vista atrás. Carajo, cuánta prisa os dais cuando queréis… Escucharon cómo corrían la tranca. ¿Era preciso? ¿Acaso la viruela, convertida en un monstruo de siete cabezas, brotaría del cuerpo del mescalero muerto y se lanzaría contra el presidio escupiendo fuego por cada una de sus siete fauces abiertas?

—Acabemos cuanto antes con todo esto —dijo López mientras se acercaba al cuerpo.

Observó la piel del indio cubierta de pústulas y costras. El rictus de dolor cuajado en el rostro. El miedo, el pánico, la alucinada observación de la muerte final.

López tocó el cadáver con la punta de su bota.

Desde lo alto del muro, se escuchó a Gauna gritar:

—¡No lo toques, gilipollas! ¡No lo toques, a menos que sea necesario!

¿Hacía falta insultar? López miró hacia el muro y vio las cabecitas de los que allí se apostaban. Agachados en la plataforma y asomando únicamente lo indispensable. Hemos defendido el presidio de ataques apaches exponiéndonos mucho más. En fin, al grano…

—Aquí mismo —dijo Orozco, y señaló un punto a tres o cuatro pasos del cadáver. Clavaba la punta de la bota en la tierra para comprobar su dureza.

—De acuerdo —asintió López. Da igual un lugar u otro. Cavemos y larguémonos de aquí.

Los dos dragones se ajustaron el pañuelo a la nariz y asieron con fuerza sus palas. Durante un largo rato, solo se escuchó el sonido de la tierra al ser removida. Dos hombres cavan una tumba. Bonito resumen de lo que somos y hacemos en el Río Grande.

Algunas personas más se habían encaramado a la plataforma de madera y ahora no eran menos de cincuenta los pares de ojos que

observaban. Un bello espectáculo. El sol en lo alto, un calor de cojones y dos hombres pala en mano.

—Yo creo que esto ya está —dijo, una media hora después de haber comenzado, Orozco.

Se hallaba dentro del agujero y se giró hacia el muro. Llevándose una mano enguantada al ala del sombrero, realizó una señal a Gauna. Mire, teniente, esto tiene que tener seis o siete palmos de profundidad. Más que suficiente, ¿no cree?

Gauna asintió. De acuerdo, arrojad el cadáver dentro y cubridlo de tierra.

Orozco lanzó su pala fuera del agujero y apoyó las manos en la tierra para flexionarlas y ayudarse a salir de allí. Y en ello estaba cuando escuchó un disparo. Instintivamente, se dejó caer y se acurrucó en la tumba.

—¿Qué pasa? —gritó a su compañero.

—¡Han disparado desde el muro! —respondió López, que se había echado al suelo a uno o dos pasos de distancia del agujero. Casi codo con codo con el mescalero muerto. El tío apestado por la viruela. Genial.

—¿Ves algo? —preguntó Orozco.

—Ni hostias. No sé qué cojones sucede.

—Mierda puta, voy a salir…

En ese momento, alguien volvió a disparar desde el muro. López agachó la cabeza y se la cubrió con las dos manos.

—¡Joder! ¡Hostia puta! ¿Qué hacen? ¿A quién disparan?

Estaban desarmados. Ni siquiera se habían llevado consigo un triste puñal. Ya sabes, cuando sales a cavar tumbas, no te cargas con todo el equipo. Una pala, un pañuelo y adelante.

—¡No os mováis! —gritó alguien desde el muro. Orozco y López reconocieron la voz de Ledesma. El sargento siempre vela por sus muchachos—. ¡Quietos los dos!

De acuerdo. No tendrían que pedírselo dos veces. Pero, no obstante, estaría bien saber qué pasa. Por qué disparáis y hacia dónde. ¿Estamos en mitad de la línea de fuego?

Orozco no soportaba aquello. No era un tipo impulsivo ni solía cometer errores propios de la improvisación o la inconsciencia, pero permanecer acurrucado en el fondo de una tumba que tú mismo has cavado mientras los tuyos disparan contra Dios sabe qué, es más de lo que podía soportar. Sin pensárselo dos veces, estiró las piernas, apoyó las manos en el borde del agujero y, de un salto, se impulsó fuera.

—¡Túmbate, imbécil! —fue el saludo que recibió desde el muro. Ledesma, de nuevo.

Orozco obedeció y se dejó caer junto a López. Y al cadáver del mescalero infectado.

Todavía dispararon cuatro veces más. Primero, dos tiros muy seguidos y, tras una pausa de diez o quince segundos, otros dos.

—Oye, ¿tú ves algo? —preguntó López.

Orozco levantó un poco la cabeza y miró hacia delante. Nada.

—Tienen que estar hacia tu derecha.

¿Quiénes? ¿Quiénes tienen que estar?

—Al infierno, voy a incorporarme —dijo López, y comenzó a levantarse.

—¡Que te agaches, tarado! —gritó, de inmediato, Ledesma.

Mire, sargento, deje de vociferar. No vamos a permanecer con la nariz enterrada en la tierra durante horas. Sobre todo, mientras los demás disparan sobre nuestras cabezas.

—Por todos los santos… —susurró López. Se hallaba de rodillas y con las piernas ligeramente flexionadas. Se habría sentado sobre sus talones si no llevara las espuelas puestas.

—¿Qué ves? —preguntó Orozco al tiempo que él mismo imitaba a su compañero y se levantaba.

No fue necesario que López respondiera. Allí mismo, a unos treinta y cinco pasos de distancia de ellos, tres guerreros mescaleros caminaban despacio y arrastrando los pies hacia ellos. A dos no podían verles las caras, pues tenían la barbilla enterrada en el pecho, pero al tercero sí: costras, pústulas, sudor y mirada perdida.

Estaban, sin la menor duda, infectados. Llevaban viruela suficiente en el cuerpo para matar a media Nueva España.

De nuevo, un tirador disparó desde el muro. La bala se clavó en la pierna de uno de los mescaleros que caminaban hacia ellos y el hombre se tambaleó. López y Orozco lo observaron: sacando fuerzas de donde no las había, el tipo pudo recomponerse y continuar. La herida provocada por la bala no habría pasado de ser superficial.

Tienes ganas de vivir. Estás destrozado por dentro y la infección te devora. Incluso hay españoles disparándote con balas de verdad. Sientes cómo te laceran la carne. Sientes el dolor y la angustia. Y, sin embargo, continúas. Continúas caminando hacia los dos dragones que hay frente a ti. Están a treinta pasos. A menos. Sigues avanzando. Necesitas ayuda y ellos te la pueden prestar. Ayuda, por favor, pues hay algo dentro de mí que me abrasa. Me engulle desde el interior. Me destroza por completo.

Ayuda.

No, aquí no ayudamos a los infectados: cinco tiros casi al unísono y el mescalero más próximo a los dos dragones cae abatido. Durante un instante, ven cómo mueve el pie derecho. Es el estertor final y lo saben. El cabrón ha dejado de respirar. De ser un problema inmediato.

—Más tumbas —dijo Orozco.

—Sí, más tumbas.

López se puso en pie. El sargento continuaba gritándoles desde el muro, pero los dos mescaleros sobrevivientes caminaban despacio. La enfermedad les había arrebatado las energías y prácticamente se arrastraban. Los tiradores, López y Orozco lo sabían de sobra, estaban, en este preciso instante, cargando sin demora y pronto volverían a escuchar disparos. Y, cálmese de una vez, sargento, que ni siquiera estamos en la línea de tiro.

—¿Crees que nos darán veinticinco reales más por cada uno de esos de ahí?

Como habían previsto, una nueva ráfaga de disparos impactó en los cuerpos de los dos infectados. Uno de ellos murió de inmediato.

El otro, aunque fue derribado, se quedó sentado en el suelo. Rogaba clemencia con la mirada. Un poco de ayuda para un pobre indio que ha caído enfermo. Vosotros los españoles tenéis un remedio para esto, ¿verdad que sí? Ninguno de vosotros está enfermo y eso lo demuestra.

—Lo siento, tío —masculló en voz baja Orozco. No pretendía que el mescalero le oyera, pero, aun así, lo dijo. Lo sentimos porque ahora mismo uno de los soldados que está ahí arriba se halla cargando la bala que te matará. No podemos hacer nada por ti. Eso sí, nos aseguraremos de que no respiras antes de empujarte al agujero y echar tierra sobre tu cuerpo. Caridad cristiana.

Dos disparos bastaron. Parecía que el sargento había decidido ahorrar munición. Una bala le dio en el cuello y la otra en la cabeza. El mescalero resbaló hacia atrás como un bulto.

López y Orozco se sacudieron el polvo de las cueras y se giraron hacia el muro. Aguardaban algún tipo de explicación. O, al menos, de instrucción. ¿Ahora qué?

Ahora seguís con lo que teníais entre manos.

—¡Enterradlos también! —gritó Gauna.

Cuando Orozco se volvió para buscar su pala, vio que López permanecía con la mirada clavada en el muro. Sin mover un músculo.

—Déjalo —dijo.

—¿Por qué ahora tenemos que cavar tres tumbas más?

—Porque lo ordena el teniente.

—Ya, joder, pero nosotros hemos aceptado este trabajo de forma voluntaria.

—Y ahora el teniente te ordena que excaves más tumbas. ¿Qué parte de todo esto no entiendes?

—La que no me asegura veinticinco reales adicionales por cada cadáver de más.

Orozco hizo una pausa. No pensaba discutir con López. Sobre todo porque aquello no les llevaría a ningún lugar. Gauna había ordenado que cavaran y eso, precisamente, es lo que harían.

—Agarra la pala —dijo con cierta languidez en su tono.

—Vale.

Desde el muro, Ledesma gritó:

—¡Tranquilos, no hay más!

Gracias, sargento. Usted cúbranos.

—Oye… —dijo Orozco—. ¿Qué te parece si ampliamos el agujero que ya tenemos hecho y arrojamos ahí los cuatro cadáveres?

Todo lo que supusiera ahorrase paladas, le parecía una buena idea a López.

—De acuerdo —contestó.

Si se hubiera tratado de españoles, habrían excavado tumbas separadas. Todo español que viva en esta tierra y sea de los nuestros merece un agujero propio. Pero estos tíos son mescaleros. Y, por mucho que el coronel Muñoz insista, no son españoles ni lo serán jamás. Un agujero para los cuatro y nos largamos.

Orozco volvió a saltar al interior de la tumba y se puso a cavar. Desde arriba, López le imitó. La tarea de ensanchar el hoyo les llevaría, por lo menos, media hora más.

En el muro del presidio, decenas de pares de ojos escudriñaban las inmediaciones. Gauna tenía a quince tiradores apostados en el adobe con los mosquetes cargados y el dedo en el disparador. En cuanto diviséis a un mescalero, abrís fuego. Ni siquiera aguardéis el mandato del sargento. Abrís fuego y listo.

¿Y si no está infectado? ¿Y si es el jefe Alonso que se acerca para comunicarnos algo?

Abrís fuego. Es la orden: mescalero que veáis, mescalero que abatís.

Si queremos sobrevivir, no podemos permitir que se nos acerquen. Infectados o no, ahora mismo los mescaleros suponen un enorme peligro para nosotros.

Cuando López y Orozco consideraron que el hoyo era suficiente como para contener los cuatro cuerpos, se tomaron un breve

descanso. Recuperar el resuello y secarse el sudor. Bajo las cueras, los guantes y los pañuelos, se hallaban completamente empapados.

—Si lo sé, no vengo —dijo López—. Los putos veinticinco reales no compensan.

—Me lo dices dentro de un rato.

López sonrió. Entre las quinientas sesenta personas que había encerradas en el presidio, se hallaban tres fulanas de Chihuahua que tenían previsto regresar con la próxima comitiva de abastecimiento, pero que quedaron atrapadas tras la orden de aislamiento. Ni demasiado guapas ni demasiado listas: las típicas chicas que se aventuran hasta El Norte.

Se estaban haciendo de oro. Imagina en qué piensan los hombres en un lugar donde no hay demasiadas cosas que hacer ni ningún sitio al que ir.

—Intentaremos sacarle otros veinticinco al teniente —dijo, a pesar de todo, López.

Había dejado su pala y se había acercado al cadáver de uno de los mescaleros. Lo asió por el pelo y lo arrastró hasta el hoyo.

—Sal de ahí —le dijo a Orozco—. Creo que ya es suficiente.

—¿Cabrán?

—Cabrán.

* * *

Transcurrieron semanas sin que atisbaran un solo mescalero. Muñoz y Gauna supusieron que habían aprendido la lección. Si te acercas al presidio, recibes un tiro. O dos. O tres. Y, después, un par de tíos con la cara cubierta atraviesan el portón, cavan un agujero en el suelo y te arrojan dentro sin demasiados miramientos. Paletadas de tierra encima y adiós al honor y a la gloria apaches.

Semanas y semanas que se hicieron largas, monótonas y pesadas. Siempre comían lo mismo, siempre bebían la misma agua tibia y siempre veían las mismas caras. Al menos, la armonía entre

los allí encerrados, salvo pequeños altercados que el sargento supo atajar de raíz, se mantuvo desde el principio hasta el final. Mucha gente de muy diferente condición, poco espacio y largos días de calor y verano. Si no sucedió algo grave, fue porque Dios no quiso. En esto estuvo de nuestra parte. Agradecidos le quedamos.

Y lo más importante: nadie, absolutamente nadie en el interior del presidio, enfermó. Las dos primeras semanas fueron claves, pues si alguien se había contagiado, las pústulas no tardarían en aparecer. A medida que el tiempo pasaba y nadie mostraba indicio alguno de encontrarse enfermo, los oficiales respiraron tranquilos. A partir de ese momento, se trataba solo de aguardar. Dejar que el tiempo transcurriera y rezar por los mescaleros. El capellán organizó varias misas, pero lo cierto era que nadie se daba codazos por asistir. ¿Orar por los mescaleros? ¿Por los apaches? ¿Lo harían ellos por nosotros?

Además, había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que los vieron, que lo más probable era que la epidemia hubiera acabado con todos ellos. Muñoz, ha sido un placer tenerle entre nosotros. Pero podría ir considerando que la pesada carga que Croix puso sobre sus hombros se ha evaporado por completo…

—Creo que ya no hay peligro —dijo un buen día el teniente Gauna.

Se había asegurado de ello y había echado las cuentas una y mil veces. La viruela mata rápido y mata intensamente. Una vez que lo ha hecho, desaparece: bien porque se muestra benévola y deja ir a unos cuantos, bien porque ya los ha matado a todos y se extingue de pura inanición.

El 4 de julio de 1780, el teniente Gauna ordenó que se desatrancara el portón. El que lo deseara, era libre de salir a campo abierto. La cuarentena había finalizado, pues el riesgo de enfermar había desaparecido.

Prácticamente todos lo hicieron. Salieron y estiraron las piernas. Experimentaron esas inconvenientes sensaciones que acompañan a la libertad: cierta desazón, cierta inquietud, miedo. ¿Y si, durante todo este tiempo, los chiricahuas han estado agazapados tras la

loma más próxima? Aguardando pacientemente a que los españoles abrieran la puerta del presidio. ¿Semanas? Pues semanas. Con la tripa pegada a la tierra. En silencio. Observantes.

No, no había nada que temer. La guarnición estaba para protegerles. Y, además, de los chiricahuas no había ni rastro. Se habrían largado a sus campamentos en las fuentes del Gila. Y si tenían dos dedos de frente, allí continuarían. Una epidemia de viruela es algo que no puedes tomarte a la ligera. Acaba contigo y con todos los tuyos. Te extermina.

Excepto si eres mescalero.

Dos días después de la apertura del portón, Muñoz pidió a Gauna que enviara a unos cuantos hombres en misión de reconocimiento. Que vayan hasta el lugar donde acampaban los mescaleros y que comprueben si siguen allí. Si han sobrevivido. Y en caso de que así haya sido, que se informen de cuántos quedan en pie.

Habría que reanudar las comitivas de abastecimiento. Comunicaremos a Chihuahua que todo vuelve a ser seguro por aquí. Envíe un emisario, teniente. Y que avise de que necesitamos de todo. Literalmente, de todo: víveres, caballos, semillas, munición y mezcal. Esto va a comenzar casi desde cero.

Gauna ordenó a Ledesma que se preparara. Pidió que les ensillaran unos cuantos caballos y fue conciso en cuanto a las instrucciones:

—Vaya y cuente, sargento —dijo—. Necesitamos saber cuántos mescaleros quedan.

La obsesiva manía de Gauna por convertirlo todo en número. ¿Cuántos? Pues seguro que con un buen puñado nos encontramos. La viruela no es suficiente para acabar con ellos. O no con todos.

—A la orden, teniente —repuso Ledesma.

De nuevo a lomos de los caballos y de nuevo a campo abierto. Vida sencilla, gran vida. ¿Quién puede pedir más? Aunque estemos en pleno verano y el sol caiga a plomo sobre nuestras cabezas: tras

largas semanas de obligado encierro, que el teniente nos envíe a dar una vuelta por los alrededores es lo mejor que nos puede pasar.

De camino al lugar donde se hallaba el campamento mescalero, aunque dando un breve rodeo, se levantaba un rancho español. Pequeño, muy pequeño. Casi, de puro insignificante, invisible. Se hallaba situado sobre una colina muy suave y Ledesma siempre echaba un vistazo cuando pasaba cerca de allí. Como solía ocurrir, no recordaba el nombre del ranchero, pero sí su cara: redonda, con pómulos gordezuelos y ojos muy negros y enterrados en el rostro.

—Martínez —llamó Ledesma.

—¿Sargento?

—¿El nombre de ese tío?

—Beldarráin, sargento.

Sí, eso, Beldarráin. Un buen hombre que nunca les había dado problemas. De la gente que nos gusta tener en el Río Grande.

Vieron humo saliendo de la chimenea. De un modo o de otro, esa gente había sobrevivido a la viruela.

—Acerquémonos —dijo, sucintamente, el sargento chasqueando la lengua.

Los hombres enfilaron sus caballos hacia el rancho. Una mujer y una niña de unos seis años trabajaban en un minúsculo huerto. El cercado tras el que guardaban treinta ovejas se hallaba abierto y un hombre de unos cuarenta y cinco años lo atravesaba con un animal recién esquilado sobre los hombros.

Todos dejaron de trabajar cuando vieron a los soldados. Beldarráin, sin demasiados miramientos, arrojó la oveja sobre la cerca y el animal, al verse libre, buscó rápidamente la protección del rebaño.

—Buenos días —saludó Ledesma—. Veo que todos estáis bien.

—Buenos días, sargento —devolvió el saludo el ranchero. Le miraba directamente a los ojos, de una forma un poco impropia en un hombre de su condición—. Oímos lo de la enfermedad y nos encerramos durante casi un mes.

Ledesma asintió con la cabeza.

—Solo salíamos durante un par de horas al día para dar de comer al ganado —explicó el hombre—. A fin de cuentas, por aquí casi nunca viene nadie, de manera que difícilmente podrían contagiarnos. Aunque…

Beldarráin se detuvo. Parecía no estar seguro de lo que iba a decir.

—¿Qué? —le animó Ledesma.

—No lo sé, sargento… Pero quizás sí nos hayan visitado.

—¿No lo sabes?

—No, no podría asegurarlo. Pero mientras permanecíamos encerrados, escuchábamos ruidos extraños provenientes del exterior.

—¿Y no saliste a comprobar de qué se trataba?

—No. Nunca lo hacemos. No es seguro.

—¿Cuántas veces escuchasteis esos ruidos?

—Dos o tres veces y siempre de noche. Y en una de ellas, mi esposa creyó ver sombras que se movían en la oscuridad. Una noche cerrada y sin luna.

—Entiendo… ¿Has echado algo en falta? ¿Alguna oveja?

—No podría afirmarlo con exactitud, sargento.

El ranchero miró a Ledesma. Contar hasta treinta no es algo que esté al alcance de cualquiera en estas tierras. El ranchero sabía que tenía un rebaño y podía reconocer su tamaño de forma indiscutible. Pero, ¿echar de menos una sola oveja?

—Puede que te hayan robado y no lo sepas —dijo Ledesma.

—Puede, sargento. —Beldarráin se encogió de hombros. Aparentaba desinterés sobre el asunto. Se lo cuento, sargento, porque es bueno para todos que ustedes, los del presidio, lo sepan, pero nada más—. El asunto de la epidemia nos ha retrasado mucho. Mire en qué fechas estamos y yo todavía me hallo esquilando.

—Es tarde, sí…

—Pero seguimos vivos y damos gracias a Dios por ello.

Aunque sabes que alguien te ha robado una oveja.

El sargento se dispuso a dar media vuelta para seguir con su camino. Sin embargo, antes de tirar de las riendas de su caballo,

formuló una pregunta más:

—¿Eran silenciosos?

—Como los fantasmas.

Ledesma miró a la mujer y a la niña y después al hombre. Un pequeño rancho demasiado alejado del río, pero en el que las cosas no parecían ir mal del todo.

—Suerte, amigo.

—Para servirle, sargento. Está en su casa.

—Mantén los ojos abiertos. Y si ves algo raro, llégate hasta el presidio e informa.

—Lo haré, sargento.

Los dragones se despidieron y azuzaron los caballos rumbo al sur. En media hora, alcanzarían la zona donde los mescaleros acampaban. El calor era intenso y varios soldados solicitaron permiso para quitarse las cueras. El sargento lo negó. Nadie patrullaba con él sin el equipo al completo. ¿Hacía mucho calor? Por supuesto que lo hacía. El verano es siempre caluroso en el Río Grande.

El clima ideal para incubar traiciones.

* * *

Los mescaleros habían sobrevivido. Siempre lo hacen y en esta ocasión también. Antes de divisar las primeras tiendas, dos niños de seis o siete años de edad les salieron al paso. Se encontraban bastante sucios, pero ninguno de ellos mostraba pústulas o costras en la piel. Sanos. Con la mano extendida hacia el español. Dadnos algo, soldados. Un poco de comida. Pólvora. Un trago de mezcal.

—No tenemos nada —dijo, tratando de ahuyentarlos de un manotazo, Ledesma. Pero los niños conocían al sargento y no parecían tenerle miedo—. ¡Que os larguéis, he dicho!

—¡Vamos! —gritó Orozco al lado de Ledesma—. ¿Acaso no habéis oído al sargento? ¡Largo de aquí, haraganes!

El campamento se hallaba dividido en dos: la zona de los vivos y la zona de los muertos. Parecía que, de algún modo, el jefe Alonso había seguido las indicaciones del teniente Gauna: separaron a todos los enfermos y los llevaron a una zona situada a unos quinientos pasos del campamento. Habría resultado más conveniente una distancia mayor, pero, desde luego, esos quinientos pasos les habían salvado la vida.

En la zona de los vivos había hogueras encendidas y mujeres curtiendo pieles de animales pequeños. En la zona de los muertos, hacía semanas que no se escuchaba nada.

Ledesma reconoció a un guerrero de Domingo Alegre y le pidió que les llevara junto a sus jefes. El hombre, que no entendía demasiado bien el español, al principio no comprendió. Sin embargo, su reacción tranquilizó a Ledesma: llega un puñado de soldados armados a tu campamento y, pese a que no comprendes una sola palabra de lo que dicen, no te muestras hostil.

Señal de que no todo se ha ido al carajo. El coronel Muñoz se alegrará de saberlo.

—Digo que queremos ver a tu jefe —insistió Carrillo—. Vamos, no es tan difícil. ¿A qué crees que hemos venido? ¿A aprender a preparar caldo de carne de liebre seca al estilo apache?

Por fin, tras varios intentos, el guerrero pareció comprender y les guio a través de las tiendas. El hombre caminaba sin prisa y eso le proporcionó tiempo a Ledesma para fijarse bien en los rostros de todos aquellos que iban encontrando a su paso: cara limpia de pústulas, cara limpia de pústulas, cara limpia de pústulas…

El guerrero llegó a una tienda abierta por la parte superior y, tras agacharse, entró en ella. Dos minutos después, Alonso, Alegre y Patule levantaron la piel que cubría el hueco de acceso y salieron. Se hicieron esperar. Hambrientos, diezmados y en serias dificultades, pero con el orgullo apache intacto. Estos que tienes delante, Alonso, son los hombres que te han dado, y te darán, de comer. Los que lograrán que, a una palabra suya, se reanude el suministro de raciones de comida. Haced el favor de mostrarles un poco de

respeto. Y, en la medida de lo posible, no les hagáis esperar. No es que tengan prisa por marcharse a ninguna parte, pero, diablos, es el sargento del presidio…

—Hola, gobernador Alonso —dijo Ledesma desde lo alto de su caballo. Frente a él, Alonso y Alegre y, un poco más retrasado, Patule el Grande. Seis o siete guerreros los acompañaban a modo de circunstancial séquito. Lo hemos pasado muy mal, pero seguimos siendo los mismos de siempre.

—Sargento —repuso Alonso, levantando las palmas de sus manos y mostrándoselas a los soldados—. Ha pasado mucho tiempo.

—Desde luego que sí, gobernador… —Ledesma miró a su alrededor y procedió a descabalgar. De una de sus alforjas extrajo una botella de mezcal y, con ella entre las manos, se aproximó a los jefes mescaleros—. De parte del coronel Muñoz. Con el deseo de que nuestros lazos de amistad se mantengan intactos.

Alonso la cogió, la miró y no dijo nada. Después se la entregó a Domingo Alegre, que la hizo desaparecer de la vista de los soldados, e invitó a Ledesma a entrar en la tienda de pieles.

—Orozco, López —dijo el sargento—. Conmigo.

Los tres dragones accedieron a la tienda. Amplia y relativamente limpia, pero impregnada de un intenso olor a humo y a hierbas chamuscadas. Deberíais airear esto de vez en cuando…

Los tres jefes mescaleros se sentaron, tres de sus guerreros hicieron lo propio y Ledesma, Orozco y López les imitaron.

—Cigarros —solicitó Patule el Grande. Sonreía.

—No hay cigarros —dijo Ledesma en un tono que no era amable ni hosco. No tenemos cigarros, pero aunque los tuviéramos, no os los daríamos. Alguien debe empezar a cumplir nuestras órdenes antes de que reciba una sola ración de comida de nuestra parte. La botellita de mezcal ha sido un presente. Un regalo. Un gesto de cortesía del coronel Muñoz. Nada más.

—¿Y el jefe Volante? —preguntó Orozco.

Los guerreros mescaleros no hablaban en presencia de sus jefes. Menos aún, formulaban preguntas. ¿Por qué, en ese caso, los

guerreros españoles sí lo hacían? ¿Por qué tomaban la palabra en presencia de su sargento?

Porque nos sale de los cojones.

Ledesma sonrió. Vale, aflojemos un poco. Lo habéis pasado mal. Todos lo hemos pasado mal. Los efectos de la viruela son espeluznantes. Pero ha llegado el momento de que las cosas cambien. De que cambien en la dirección que nosotros deseamos. Permanecéis aquí, en el campamento cercano a El Norte, y esto quiere decir algo: que contáis con nosotros y con lo que nosotros os suministramos.

Despacio, Ledesma. Careces de la proverbial mano izquierda de Muñoz y algo así puede, a la larga, costarnos caro. Aunque, haciendo honor a la verdad, la maña del coronel no nos ha servido, precisamente, de gran ayuda. Al menos, hasta ahora…

—Volante ha salido de caza —explicó Alonso—. Necesitamos comida.

—Bien… —asintió Ledesma—. Son tiempos difíciles…

—Hay hambre.

—Pondremos remedio a eso.

—Mucha hambre, sargento.

—En cuestión de una semana o dos, tendréis a Hermosilla de vuelta. Con una carreta de víveres cargada hasta los topes.

—Nuestras gentes tienen miedo.

—¿Miedo?

¿A qué tiene miedo un mescalero?

A lo que no ve, no oye y no entiende y, sin embargo, lo mata despiadadamente.

—Han muerto muchos de los nuestros. La enfermedad, sargento…

Ledesma recordó el encargo de Gauna. Cuente, sargento, cuente…

—¿Cuántos de vosotros han caído por la viruela?

—Muchos.

—¿Cuántos?

Beldarráin no era el único por aquí que no sabía contar.

—Muchos —repitió Alonso.

Ledesma hizo una pausa. Miró a los tres jefes mescaleros y, después, a sus dos hombres. Orozco asintió.

—Lo mejor será que vayamos y contemos los cadáveres —dijo Ledesma.

Alonso abrió desmesuradamente los ojos. Parecía que el sargento le hubiera propuesto salir al exterior y echar a volar. Lo hemos aprendido durante el encierro en el presidio. Mira, indio, ahora agitamos los brazos y nuestros pies se separan del suelo. Con un mosquete al hombro, conquistaremos el Llano Estacado y mucho más. Seremos grandes, Alonso. Grandes de verdad.

—No vamos a ir al lugar de los muertos.

—¿Por qué no, Alonso? El peligro de contagio es muy pequeño. Quemaremos los cadáveres en una gran pira, ¿qué te parece?

Alonso titubeó. Aunque sus planes pasaban por no hacer nada y dejar que los cadáveres se pudrieran al sol durante meses o años, la propuesta de Ledesma le cautivaba. Honor apache para los que han muerto. Fuego que todo lo purifica. Que todo lo enaltece y libera.

—Una hoguera de mil pares de cojones —dijo López sonriendo —. Vamos, gobernador. Será divertido.

Ledesma también sonrió. Sí, Alonso, será divertido. Quemaremos a tu hermana, a tu madre, seguramente que a alguno de tus hijos. Vamos a quemar mucho cadáver mescalero. Será divertido. En lo que a nosotros respecta, y que de esto no se entere el coronel, un mescalero muerto es un mescalero que no tenemos que alimentar. Menos viajes para Hermosilla, ¿comprendéis, tarados?

—Una gran pira —reflexionó en voz alta el jefe Alonso. Mientras lo hacía, observaba los rostros de Patule y de Alegre.

Hay señales que todavía no captamos, pero que se producen. Ahí, frente a nosotros. Tres jefes llegan a un acuerdo y nosotros no hemos percibido cómo. Pero lo han hecho, que es, a fin de cuentas, lo que importa.

—Acepto —accedió Alonso en nombre de los tres.

* * *

Cubrieron caminando los quinientos pasos que separaban el mundo de los vivos del mundo de los muertos. Los dragones con evidente despreocupación; los mescaleros, temerosos de que algo terrible y sobrecogedor cayera sobre sus cabezas.

—Nos cubriremos el rostro —dijo Ledesma, procediendo a enrollarse su pañuelo sobre la nariz y la boca—. No nos podemos contagiar, pero el hedor será considerable.

Los mescaleros ignoraron a Ledesma. No era el hedor lo que les preocupaba, sino las molestias que pudieran causar a sus muertos. Muertos que ahora merecían respeto y recuerdo.

Será divertido, cabrones.

El hedor, como Ledesma había previsto, era considerable, aunque no tanto como para hacerse insoportable. La mayoría de los cadáveres llevaba ya muchas semanas siendo pasto de los gusanos y el ardiente sol del verano los había resecado considerablemente.

—A trabajar, muchachos —dijo Ledesma, agachándose, agarrando el pie de un muerto y tirando de él para separarlo del resto—. Los pondremos en fila y los contaremos. Después, los quemamos.

El sargento hablaba con sus hombres como si los mescaleros no se hallaran presentes. Necesitaban su tiempo y Ledesma lo sabía. Tomáoslo con calma, que nosotros, como siempre, nos ocupamos del trabajo sucio. Sí, si lo comprendemos. No es la muerte lo que os turba, pues no ha nacido el apache que tiemble ante la perspectiva de criar malvas. Es la segunda y vigilante existencia, ¿verdad? Los muertos que perviven y os observan. Durante toda tu vida eres un desgraciado al que apenas dirigimos la palabra, pero, una vez que te has convertido en antepasado, alabanza, elogio y sentido recuerdo.

—Estos tíos no saben qué hacer con tal de no trabajar —dijo López mientras agarraba por las manos el cadáver de una anciana y tiraba de él para situarlo en la fila—. Míralos ahí, sin dar ni golpe.

—Están rezando —repuso Orozco.

—Pues yo no oigo nada.

—Es que rezan para sí.

Rezaran o no, los mescaleros se limitaron a observar las evoluciones de los españoles. Con cierto brillo extraño en los ojos. No incomodéis a nuestros muertos. No perturbéis sus espíritus ni su dignidad.

—Ciento cuarenta y dos —dijo, tras media hora de trajinar con cadáveres, el sargento—. Sí, estoy seguro. ¡Pon a ese niño junto a la mujer del brazo roto, Orozco! ¡Venga, hazlo y nos largamos de aquí!

Fue entonces cuando los mescaleros se decidieron a hablar:

—¿Y la pira? —preguntó el jefe Alonso. Era necesario rendir homenaje a todos los que habían quedado atrás.

—¿Qué pira? —preguntó el sargento mientras se sacudía el polvo de la casaca.

—La pira, sargento. La gran hoguera gracias a la cual los espíritus de nuestras gentes se verán honrados.

—Oh, esa pira…

Ledesma se sorbió los mocos y descansó su mano izquierda sobre la empuñadura del sable que portaba en la cintura. La hoja cascabeleó suavemente dentro de la vaina. Se la habían afilado aquella misma mañana, mira…

—Bueno, creo que os bastáis para reunir un poco de leña. Los cuerpos están muy resecos, de manera que arderán bien. Que trabaje tu gente, Alonso.

No se había dirigido a él dándole trato de gobernador y el mescalero se dio cuenta. No asintió. No se negó. No hizo absolutamente nada. Miró al sargento y se quedó quieto como un palo mientras los dragones se marchaban.

Te dejamos todos tus muertos perfectamente alineados. No te quejes.

10

Miedo, desvergüenza y caos

Al día siguiente, doscientos cincuenta mescaleros se presentaron en el presidio. Portón abierto, centinela incapaz de creer lo que estaba viendo y un aviso a la oficialidad que llegó tarde.

Habían levantado el campamento y se trasladaban al interior del presidio. Tú no quemas mis muertos, yo me voy a vivir a tu casa.

—Miedo —dijo Alonso a modo de única explicación—. Nuestras gentes tienen mucho miedo.

No tuvieron tiempo para cerrarles la puerta. Tal como suena: Gauna, en medio de un ataque de ira, ordenó a cinco soldados que corrieran hasta la puerta y la cerraran. De inmediato. Corred la tranca y apoyad las espaldas en ella para que nadie entre. Nadie. Malditos mescaleros de mierda. Se han traído con ellos hasta el último de sus pulgosos perros.

No pudo ser. Esas cosas que, cuando suceden, te sorprenden con el paso cambiado.

Sonreían como se sonríe a un destino que viene de cara. Los mescaleros accedían a la plaza del presidio y, curiosos, lo observaban todo con agrado. Así que es aquí donde os escondisteis durante la cuarentena… Caray, qué bonito es esto. Qué buen aspecto tiene todo… Oh, vaya, incluso disponéis de un almacén para los víveres. ¡Y un montón de barriles llenos de aguardiente!

Lo vamos a pasar bien juntos. Muy bien.

—¡Dígame qué sucede aquí, teniente! —exclamó el coronel Muñoz, aproximándose a paso ligero a la capitanía. No llegó a entrar

en ella: cientos de mescaleros le cerraban el paso—. ¡Qué cojones pasa aquí!

Jamás se le había visto así al coronel. Mano izquierda Muñoz, por primera vez desde que llegara a El Norte, estaba a punto de perder los nervios. Si es que no los había perdido ya.

Y no era para menos. El presidio había sido invadido por hordas apaches. Amigas, de acuerdo. Que no mostraban hostilidad alguna, cierto. Pero nuestro hogar, de improviso, se nos ha llenado de salvajes.

¿Quién coño se dejó la puerta abierta?

—¡No lo sé, coronel! —replicó Gauna. Trataba de abrirse paso entre la multitud, pero un apretado grupo de mujeres entradas en carnes se lo impedía. Quizás no hayan pasado tanta hambre durante las últimas semanas… Eso, o a los mescaleros les nutre de maravilla el aire y las brisas.

—Hoy fusilo a alguien —dijo Muñoz—. ¡Por mis muertos que lo hago!

Tenía las mejillas enrojecidas y parecía que de un momento a otro fuera a estallarle el corazón. Bom, y el pecho abierto en canal; tripas y sangre salpicándolo todo y los mescaleros deslomándose de risa. ¿El coronel? Estalló. No nos lo recuerdes…

El sargento Ledesma, separado de los oficiales, no perdió el tiempo. Ordenó a los hombres que se hallaban cerca de él que tomaran sus armas y se encaramaran a la plataforma. Cargadlas, sí, cargadlas. Me importa un carajo que los jefes mescaleros se lo tomen a mal. Me importa un carajo todo. Ahora mismo tenemos el presidio invadido por los apaches. No me preguntéis cómo ha sido porque no tengo ni puta idea. Sé lo mismo que vosotros. Mirad, joder, mirad: y preparaos para lo peor.

Sin embargo, lo peor no llegaría nunca. O dicho de otra manera: esto, precisamente esto, era lo peor. Los mescaleros se habían venido a vivir a nuestra casa. A ser de los nuestros. A ser nosotros.

¿No era lo que siempre habían deseado los españoles? Pues ya estaba. Que salga el capellán y que nos bautice. Uno por uno.

Guardaremos religiosa y serena cola. Somos, los mescaleros, gente de bien. Solo buscamos paz y concordia. Protección contra el miedo que nos asola y alimentos. Algo que llevarnos a la boca. Volante, la verdad, no es tan buen cazador como él cree. Nos trae algunas liebres, pero poco más. Hay hambre entre nosotros. Mucha hambre. Dijisteis que nos ayudaríais cuando lo necesitáramos. Dijisteis tantas cosas…

Ha llegado el momento de que las cumpláis, españoles.

Por suerte o por desgracia, la multitud fue disgregándose poco a poco y los oficiales encontraron el modo de acercarse los unos a los otros. Gauna, cuando observó el rostro arrebatado de Muñoz, se vio en la obligación de pedirle que se sosegara. En el fondo, aquella invasión no parecía suponer un peligro para la integridad de las personas que vivían en el presidio. Ledesma, quizás pueda usted ir ordenando a sus hombres que descarguen los mosquetes. Y que bajen de la plataforma. No será necesario abrir fuego contra los mescaleros. Por Dios que es la orden que a todos el cuerpo nos pide dar, pero no lo haremos. No, o de verdad que al coronel le estalla el corazón en el pecho.

—Se van —dijo un cabo que se hallaba próximo al teniente y al coronel.

—No se van —replicó Gauna—. Se quedan.

Los mescaleros abandonaban la plaza del presidio, pero para tomar posesión de las viviendas. De los aposentos, los barracones, las estancias, los almacenes, la armería… No, la armería no. Eso es lo último.

—Cabo, vaya y póngame dos hombres en la puerta de la armería. Que maten a cualquier mescalero que intente atravesarla. Sin titubeos. Lo matan y se acabó.

No vamos a andarnos ahora con los pies de plomo de siempre, ¿verdad, coronel?

—Hágalo, cabo —ordenó Muñoz, al ver que el soldado titubeaba un poco.

—Sí, coronel —respondió el hombre. Y trató de disculparse por su vacilante proceder—. Es que esto que nos sucede…

—¡Apresúrese!

Sí, esto que nos sucede es algo con lo que no contábamos. Extraño, muy extraño… Cuando en Chihuahua lean el informe, no le van a dar crédito. ¿Cómo que doscientos cincuenta mescaleros se han trasladado a vivir al interior del presidio? ¿Pero no les habíamos construido un pueblo exclusivamente para ellos? ¿Cuántas casas? Ciento trece. Ciento trece casas que ahora están vacías. ¿Y por qué?

Porque los mescaleros tienen miedo. O dicen que tienen miedo. En cualquier caso, apelan a nuestra protección. A nuestros muros. A lo que somos y nos hace inmunes a la enfermedad y a los ataques del enemigo.

—Teniente —dijo Muñoz. Ríos de sudor le resbalaban mejillas abajo y el pelo ensortijado, ahora completamente humedecido, se le había pegado al cráneo dándole un aspecto un tanto cómico.

Lo cierto era que, si no resultara dramático, sería como para partirse de risa. ¡Invadidos! ¡Por cuatro bandas de mescaleros al completo! ¡Mujeres, niños, ancianos y perros! ¡Los de Patule, incluso, pasean un coyote que dicen que no muerde! ¡Amaestrado!

—Diga, coronel —respondió Gauna.

Los dos hombres observaban cómo los mescaleros abrían y cerraban puertas. La esposa de un soldado golpeó a un guerrero de Domingo Alegre cuando este intentó acceder a su hogar. Un golpe con una enorme cazuela de tierra cocida que aguantó el impacto: los apaches tendrán el cráneo duro, pero la pericia de los españoles cociendo barro no es algo que se supere fácilmente.

—¡Eh! —exclamó el guerrero, llevándose las manos al lugar donde había recibido el golpe.

—¡Fuera de aquí, Satanás! —repuso la señora. Y el resto de los mescaleros allí presentes prorrumpió en risas y carcajadas. No nos sucedía nada tan gracioso desde que el hijo pequeño de Marinero se sacó un ojo al dispararse una flecha a sí mismo. ¡Qué día!

—Teniente —dijo Muñoz—, vaya en búsqueda del capitán y reunámonos en la capitanía. Y localice también al sargento. Nos reunimos de urgencia.

Si es que la capitanía no ha sido asaltada por una entrañable familia apache y ahora no están encendiendo una fogata con los papeles del capitán.

* * *

Puede que existan muchas preguntas, pero solo una de ellas es relevante: ¿cómo diablos los echamos de aquí?

Ninguno de los hombres tomó asiento. En la capitanía, Muñoz, Herrán, Gauna y Ledesma se dispusieron a trazar un plan. Nosotros, que hemos sido capaces de exterminar a los lipanes; nosotros, que fuimos a la Jornada del Muerto y regresamos para contarlo; nosotros, que luchamos contra los comanches en el Llano Estacado y contra los hostiles en Garganta Honda; nosotros, que salimos indemnes de una terrible epidemia de viruela.

Nosotros.

¿Cómo demonios se nos han colado dos centenares y medio de hijos de perra mescaleros en el presidio?

—En Chihuahua… —comenzó a decir el coronel. Parecía que de un momento a otro fuera a romper a llorar. Como un niño. Como en una pesadilla.

Centrémonos y afrontemos el problema. Es grave, pero no irresoluble.

—Lo esencial es echarlos a todos —afirmó Herrán—. Rápido y cuanto antes.

Por lo menos, el capitán lo había formulado con las palabras exactas. A la calle y de inmediato.

—Se han puesto a cocinar —informó, sucinto, el sargento—. En algunas casas y en el barracón de los soldados solteros.

—¿De dónde han sacado los víveres? —preguntó Gauna. Se trataba de una pregunta absurda que, en condiciones normales, jamás habría formulado. Pero absurda era también la situación en la que se hallaban, de manera que…

—De la despensa —explicó Ledesma. Del único lugar donde guardamos víveres.

—¿Y no había nadie para impedírselo?

—Teniente… ¿Qué se supone que debemos hacer?

¿Nos limitamos a situarnos entre ellos y la comida o abrimos fuego a discreción? Porque, de verdad, como la orden a cumplir sea la primera…

—No lo sé —confesó Gauna. Y, con severidad, añadió—: Hemos de dilucidarlo entre todos. ¿Capitán…?

—Hay que echarlos —repitió Herrán. La primera vez que lo dijo tuvo su interés. Pero ahora ya sabemos que ese y no otro es el propósito. Si no tiene nada más interesante que aportar, ensimísmese como acostumbra y déjenos trabajar. En cien años, no se habían enfrentado a un problema de aquellas dimensiones en El Norte.

—La cuestión es cómo.

Cómo los devolvemos a su campamento en el sur. O, mejor, cómo los enviamos a Buena Esperanza, que es donde deberían estar y de donde no tendrían que haberse movido en estas últimas semanas. Si el Río Grande no se hubiera desbordado…

Pero lo hizo. Y, si lo pensamos detenidamente, puede que aquello no fuera malo del todo. Sí, los mescaleros abandonaron el pueblo. Sí, muchos de ellos murieron en la terrible epidemia posterior. Y ahora, quién sabe si por despecho, por venganza o porque realmente se hallan asustados, se nos han metido en casa. De la forma más tonta e inesperada, pero en casa. Están cocinándose nuestra comida, seguro que no tardarán en abrirse nuestros barriles de mezcal y Dios no quiera que les pongan el ojo encima a nuestras jovencitas. Que son unas cuantas y están de muy buen ver.

Pero todas las desgracias han logrado que a Muñoz se le perturbe el ánimo. Que se replantee sus planes. No lo dice abiertamente, pero los demás se dan cuenta. Queríamos vivir en paz con los mescaleros. Nadie afirma que las intenciones del comandante general Croix no fueran honestas. Quiso intentarlo y nos dejó al coronel para que se hiciera cargo del asunto.

¿Y ahora? Ahora nos enfrentamos a una situación que en nada se parece a la que imaginábamos. Están aquí y se muestran amigables, pero ocupan nuestras casas y se comen nuestra comida.

—De forma hipotética, sargento, ¿cree que nuestros soldados podrían matarlos a todos sin que la población del presidio sufra daños?

Gauna decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. ¡Pues claro que no, hombre de Dios! Entre los doscientos cincuenta mescaleros hay muchas mujeres, muchos ancianos y demasiados niños. Pero también hay guerreros que no dudarán a la hora de morir matando.

—Mire, teniente… —comenzó a explicarse Ledesma.

—Lo sé, sargento —le cortó Gauna—. Disculpe, ha sido una pregunta estúpida. Estoy, supongo que como todos, un tanto confuso ante lo inesperado e inconveniente de la situación.

—Debemos hallar el modo de sacarlos de aquí —intervino, más sereno, el coronel. Al menos, ya no parecía que estuviera a punto de echarse a llorar—. La convivencia no es posible ni deseable. Tienen que regresar a Buena Esperanza.

—No creo que estén dispuestos a ello, coronel —dijo Gauna.

—Pues les obligaremos a hacerlo. Pero tienen que irse. El Norte es un destacamento militar español y no puede albergar a más de dos centenares de apaches. Es… es…

—Aberrante.

—Gracias, teniente. Exacto. Resulta una aberración. Y en Chihuahua no lo admitirán de ninguna de las maneras.

—Podemos solucionarlo nosotros solos…

—Es mi deber informar, teniente.

—Desde luego, coronel. No pretendía sugerir lo contrario. Pero si logramos echar a los mescaleros del presidio, puede que en Chihuahua se lo tomen como lo que es: un pequeño incidente.

—¿Piensa que estamos ante un pequeño incidente?

—En modo alguno. Sin embargo, podría serlo si actuamos pronto.

—Expúlsenlos, teniente.

—Sí, coronel. Así lo haremos. Déjelo en mis manos.

—Pero sin violencia. No quiero que nadie salga herido.

A palmaditas en el hombro. Vamos a expulsar a los mescaleros pidiéndoselo por favor. Seguro que funciona, coronel. Por lo menos, el capitán se ensimisma y no nos obliga a escuchar sus delirios.

* * *

García llegó aquella misma tarde. García, un colono que se había construido un rancho a legua y media hacia el noroeste del presidio. Buena tierra: agua, llanura y soldados a una cabalgada de tres cuartos de hora.

—Me están robando, teniente —dijo. Traía el caballo al borde del desfallecimiento. Viejo, cansado y torpe. Y García poniéndolo al galope a la primera de cambio—. Robando, como se lo digo, teniente.

¿Tú te crees que aquí no tenemos problemas? ¿Has echado un vistazo a tu alrededor? Mira, tarado, mira: cientos de mescaleros viviendo en nuestras casas y al modo apache. En una semana habrán consumido todos nuestros suministros, habrán convertido en harapos nuestras ropas, en jirones nuestras mantas, en andrajos las dotes que las madres, cuidadosa y pacientemente, reúnen durante años para sus muchachas.

Vivimos en medio del caos y ahora tú, García, ¿nos vienes a denunciar que te están robando?

—Dos bueyes en dos semanas.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—Hace unos diez días. Y la segunda, anteayer.

Gauna se rascó la nuca. Todo va de mal en peor y no sabes ni por dónde empezar.

—¿Sospechas de algún vecino?

—No, teniente.

—¿Estás seguro? Puede que algún vecino envidie tu ganado. Si mal no recuerdo, los tuyos son los mejores bueyes que se crían en el Río Grande.

Gauna se había empujado más de uno y más de dos filetes provenientes de aquellos animales. Son cosas que no olvidas fácilmente.

—Seguro, teniente. Mis vecinos son gente honrada. Confío en ellos.

Y era cierto. Confiaban los unos en los otros por la más poderosa de las razones: no les quedaba otro remedio. Si estás ahí fuera, hoy tú necesitas a tu vecino y mañana tu vecino te necesita a ti. Compartimos lo esencial de la vida. Nos ayudamos. No competimos entre nosotros. Y, sobre todo y lo más importante, no nos perjudicamos. Resultaría suicida. Estúpido. Demencial.

Cuatro y a golpes. No.

—En ese caso… —rumió Gauna.

En ese caso, se trata de los indios. ¿Necesita que García se lo diga con palabras? Pues adelante:

—Mire, teniente, pude verlos. Fue en la primera de las ocasiones. La de hace diez días.

—¿Qué viste?

—No estoy seguro. Vinieron de noche y ya sabe usted que nosotros no salimos de noche. No es sensato.

Al teniente no se lo expliques. Es él quien reparte las instrucciones y las recomendaciones. Él en persona ha recorrido cada rancho y cada granja. Los ha examinado, los ha estudiado y siempre ha concluido de igual forma: seguid, pero una vez que haya anochecido, encerraos en casa y no salgáis hasta la alborada.

Al grano, García, que no tenemos todo el día: ¿qué viste?

—Vi sombras moviéndose entre los matojos. Dos figuras, quizás tres. Caminaban en silencio y agachándose para no ser sorprendidos.

—Pero tú los viste.

—A través de una rendija que hay en una de las ventanas que dan al establo, teniente.

—Entiendo, García…

—Envié a mi esposa a la habitación del fondo. A ella y a los chicos.

A los doce. Una prole de las que gustan por aquí. En Chihuahua se frotan las manos cada vez que, cada cinco o seis años, les remitimos los censos. Españoles por doquier. Repartidos en el gran y salvaje norte. Cómo no va a salir bien todo esto…

—Y me dispuse a observar —concluyó García.

—¿Dices que eran dos?

—O tres, teniente. No puedo asegurarlo con certeza. La noche era cerrada y no había luna.

—¿Pero estás completamente seguro de que eran hombres?

—Tanto como de que ahora estoy frente a usted relatándoselo. Créame, teniente, que no le miento…

—No, García, no…

Gauna continuaba rascándose la nuca. Con tanta desazón que, a este paso, se levantaría la piel de un momento a otro. Hombre nervioso piensa por dos.

—¿Dirías que se trataba de indios?

Hay por ahí una pareja de julimeños que está causando complicaciones. Poca cosa, la verdad. El sargento pensaba encargarse de ellos un día de estos. Sí, seguro que son los julimeños. Cuando Ledesma les ponga la mano encima, se van a enterar. Los azotará con una vara hasta que recen el rosario en francés. Verás, García, cómo esto lo solucionamos más pronto que tarde.

Pero ahora, hazte cargo… Tenemos el presidio invadido por los mescaleros.

—Eran indios, no me cabe duda, teniente —dijo García.

Pues ya está. Son los julimeños. Se enterarán, te lo prometo, García. El sargento hará que entren en razón y, acto seguido, te los enviará para que trabajen en tu rancho durante seis meses. Sin cobrar, por supuesto. Les das techo y comida, nada más. Y que se deslomen de sol a sol para saldar la deuda que han contraído contigo.

Aquí nadie roba a nadie. Nosotros no hacemos eso.

—De acuerdo, García. Y ahora, si me disculpas, tengo muchas cosas que atender y…

García no solo era rápido con lo que tenía entre las piernas.

—Se trata de dos bueyes, teniente.

—¿Qué insinúas?

—Que es mucho para un par de julimeños.

Que pueden robarte una gallina, pero no un buey. Algo así queda fuera de su alcance. Por muy descarriados que se hallen. ¿Qué harían los julimeños con un buey? ¿Y con dos?

—No crees que sean julimeños…

—No, teniente.

Y esta es la razón principal de que haya decidido venir a denunciarlo. Tengo miedo, teniente. Miedo porque sé que hay alguien que viene a mi casa y me roba.

—No te preocupes, García —dijo, quitándole importancia, Gauna —. No corréis peligro alguno.

García llevaba el suficiente tiempo en el Río Grande como para saber que las palabras de Gauna eran puro artificio. Sí, cálmate y regresa con los tuyos. De acuerdo, si vuelven a robarte, ven y cuéntamelo. ¡Por supuesto que te escucharé! No, ahora no puedo enviarte a un par de soldados. Estamos hasta arriba de trabajo. ¿No te había dicho que miraras a tu alrededor? Doscientos cincuenta mescaleros, García. Haciendo fogatas con lo primero que se pone a su alcance. Salvo el polvorín, la armería y la capitanía, no hay una

sola estancia en el presidio que hayamos podido mantener fuera de su alcance. Una plaga tras una epidemia. Y no creas que sabemos qué es mejor.

—Me enteré de lo de los chiricahuas —dijo, en voz baja, García. Como no queriendo importunar.

—¿Y qué? —Gauna sabía por dónde iba el ranchero, pero no se lo pondría fácil.

—Que quizás los chiricahuas…

—Olvídalo. Estaríais muertos todos.

—Pero los chiricahuas…

—Los chiricahuas no te roban un buey en mitad de la noche. Van a pleno día y arrasan con todo. Violan a tu mujer, matan a los chiquillos y a ti te abren el cráneo de un machetazo. Luego desvalijan el rancho y, antes de marcharse, le pegan fuego.

—Sí, teniente, si no le digo que no…

¿Pero? Gauna se rascaba ahora las orejas. Las dos al mismo tiempo. En condiciones normales, habría parecido un demente. En medio de la locura reinante en el presidio, su gesto no llegaba ni a excentricidad.

—Pero si no son mis vecinos y no son los julimeños que usted dice…

¿Quién nos queda?

—Se trata de apaches, teniente —concluyó García. Le había costado pronunciar aquellas palabras, pero ahora dichas estaban. Son ellos, diga usted lo que diga, teniente.

—Chiricahuas… —dijo Gauna hablando para sí.

O no. Quién sabe. Esto, y hoy podemos afirmarlo más alto que nunca, está atestado de apaches. ¿Verdad?

* * *

Ya eran dos los rancheros que habían denunciado robos: Beldarráin y García. Como para empezar a tomárselo en serio. Si es cierto que

hay chiricahuas rondando el presidio y los ranchos bajo su protección, habrá que disponerlo todo para defendernos. Para, dicho sea con propiedad, pasar al contraataque. Nadie nos roba y sale indemne. No, porque para eso, precisamente, tenemos a la guarnición de El Norte. Para proteger. Para defender. Para ajustarle las cuentas a todo el cabrón que mal nos pretenda.

En ello estaban, cuando llegó una caravana de abastecimiento. Tres días después de la entrada de los mescaleros en el presidio. Portón abierto de par en par, carretas que avanzan hasta el interior de la plaza y una muchedumbre semidesnuda que brota de la nada, se abalanza sobre los víveres y se hace con ellos antes de que los españoles tengan tiempo de reaccionar. Los mescaleros nos la han vuelto a jugar. ¿En qué diablos estamos pensando?

—Son nuestros víveres —dijo el jefe Patule cuando Gauna se acercó a él para recriminarle la actitud de su gente.

—Son los víveres del presidio —explicó el teniente.

—Nos prometisteis comida.

Sí. Y en buena hora lo hicimos. Por cierto, hace un par de días que no vemos a Muñoz. No se encuentra bien y se ha encerrado en su casa. Había quince mescaleros dentro, pero ordenó a cuatro dragones que los echaran a patadas. Su casa era su casa. Pequeña, discreta y mal orientada, pero suya. Nadie tenía derecho a invadirla. Nadie. Los mescaleros tampoco. El día menos pensado se sentaba al escritorio y redactaba un informe para el comandante general Croix. Las verdades, una detrás de otra. Croix, esto se nos ha ido de las manos. Y no sabe cuánto.

Menos abrir fuego, los dragones contaban con autorización del teniente para hacer lo que quisieran. Podían arrebatarles, a los mescaleros, lo sustraído, podían echarlos de las casas ocupadas, podían patearles el culo o mentarles los antepasados. Cualquier cosa excepto herirles de gravedad. Más de un soldado la emprendió a puñetazos contra un guerrero apache. Mala idea. Les saltas un par de dientes y, encima, tienes que soportar el regocijo de la horda. ¡Pelea! ¡Pelea! Los tipos resultaban incansables. Aunque los

desdentaras a golpes, no cesaban de doblarse de risa. Comeréis sopa el resto de vuestras vidas, pero la reyerta mereció la pena.

Y no había forma humana de que abandonaran el interior del presidio.

Miedo. Es lo que Alonso aducía una y otra vez. Tenían mucho miedo y a Buena Esperanza no estaban dispuestos a regresar. El Río Grande ya se desbordó una vez y, tras llevarse por delante a unos cuantos de los suyos, obligó al resto a huir hacia el sur. No, Buena Esperanza era un pueblo maldito que solo traía desgracias a los pobres mescaleros.

Paz, comida y entendimiento. No solicitaban más. Si acaso, un poquito de aguardiente y algo de sana diversión. Con los soldados nos llevamos de maravilla. De cuando en cuando, organizamos una buena pelea y la felicidad nos dura días. Recordarlo y romper a reír hasta que te brotan las lágrimas es todo uno. Buenos hombres, los soldados españoles. Sus madres deben estar orgullosas de haberlos criado.

Y, mientras tanto, el tiempo pasaba. Así, sin más. Con cerca de setecientas personas hacinadas en el interior de un presidio que no había sido construido para acoger a más de trescientas. Cuatrocientas, si se apretaban un poco.

—Gobernador Alonso —repitió, una vez más, Gauna—. Debéis abandonar El Norte. Hay ciento trece casas vacías en Buena Esperanza. Casas que son las vuestras y que os están aguardando. Los sumas hicieron un magnífico trabajo de limpieza y reconstrucción, te lo garantizo.

—El río se desborda.

—Se desbordó, es cierto. Pero tú y yo sabemos que no es, en modo alguno, habitual. El Grande siempre baja tranquilo.

—Se desbordó.

—Sí, sucedió. Y para evitar nuevas desgracias, ordené a los sumas que levantaran un muro de protección. Lo hicieron y no tienes más que ir y verlo. Si lo deseas, podemos acudir juntos. ¿Qué

te parece? ¿Avisamos al capitán Domingo Alegre y nos damos una vuelta por allí?

—Nuestra gente no quiere ir a Buena Esperanza.

Gauna alcanzaba pronto su límite. Y perdía la paciencia. No, no era el tipo de antaño.

—¡Pues aquí no podéis seguir!

—¿Por qué, teniente?

—¿Me preguntas que por qué? ¿Acaso no lo ves? ¿No te das cuenta de que no cabemos? Hay familias enteras que duermen al raso. ¡En la plaza del presidio! ¡Familias españolas que han sido expulsadas de sus hogares!

—Construya más casas, teniente. Como las de Buena Esperanza. Los sumas saben.

Hay tres dragones apostados en la plataforma. Uno al norte, otro al este y otro al sur. Bastaría una señal del teniente para que abrieran fuego. Tres balas sobre Alonso y fin de la discusión.

Gauna respiró hondo. Varias veces seguidas y ante el semblante imperturbable del jefe mescalero.

—No podemos construir más casas. El presidio es un destacamento militar español. Tienes que comprender eso, gobernador Alonso. Por el amor de Dios, tienes que comprenderlo… Vuestro lugar no es este.

—Dijisteis que ahora éramos españoles. Lo dijo el coronel.

—Desde luego que sí, gobernador… Pero ser español no te da derecho a vivir dentro del presidio. Hay muchísimos españoles que viven al otro lado de los muros.

—Sí, teniente.

—Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, teniente.

—Entonces, ¿por qué no me haces caso y trasladas a tu gente? Buena Esperanza está ahí mismo. Apenas existe distancia entre el presidio y el pueblo apache. Son prácticamente la misma cosa.

—Pero el presidio tiene muros. Y soldados.

Esta discusión no les llevaba a ninguna parte y Gauna lo sabía. Por eso, se limitó a lanzar un ultimátum:

—Mañana os quiero a todos fuera del presidio. Y no hay nada más que decir.

No lo habría, pero lo cierto y verdadero era que, al día siguiente, los mescaleros continuaban haciendo vida dentro del presidio. Encendiendo hogueras con lo que más a mano tenían y defecándose por los rincones. En poco tiempo, el aire en el presidio se había vuelto nauseabundo.

Olor a mierda, fogatas por dondequiera que se mire y toda una guarnición al borde de un ataque de nervios. En tal situación nos hallamos.

¿Soluciones?

Gauna mandó llamar al coronel y le rogó que saliera de su encierro voluntario. Esto debemos solucionarlo entre todos. Reunión de urgencia en la capitanía. Hay que trazar un plan para expulsar a los mescaleros. Al que se le ocurra algo, que lo diga. Cualquier cosa. Estamos desesperados y escucharemos todo tipo de opiniones. Por descabelladas que, en otra situación, nos hubieran parecido.

—¿Mejor, coronel? —preguntó Herrán. Nada en su rostro: hombre, sí, nos hallamos al borde del abismo, pero yo, sinceramente, estoy muy mayor para esto. Me preocupo por la salud del coronel y poco más. El teniente se ocupa de todo. ¿Verdad que sí, Gauna?

Qué remedio.

—Mucho mejor, capitán, muchas gracias —respondió Muñoz—. No le oculto que estos días han sido complicados para mí. —Todo lo que tenía en mente se ha venido abajo—. Habrá que replantearse nuestros planes —añadió—. Todos. Desde el principio hasta el final.

¿Los matamos de una santa vez?

—Por ese motivo les he reunido aquí —dijo el teniente Gauna—. Nada funciona con ellos. Nada. Les he rogado que abandonen el presidio. De buenas maneras y con educación. Se lo he pedido de una forma un poco más agresiva. Incluso, discúlpeme coronel, he

ordenado a Alonso que se largue. De forma directa y sin miramiento alguno.

Muñoz asintió levemente. Me hago cargo, teniente, me hago cargo… Usted actúe y luego Dios dirá.

—Los resultados a la vista están —concluyó Gauna.

Siguen aquí y la guarnición comienza a ponerse nerviosa. Muchos soldados viven en el presidio con sus familias. Martínez tiene dos muchachas de doce y trece años. Las encerró cuando los mescaleros tomaron El Norte y no las deja salir. No se fía. No se fía y teme que cualquier mescalero borracho se las desflore. Y eso sí que sería un problema de verdad. Lo sería porque Martínez, seguramente que acompañado por más soldados, la emprendería contra los mescaleros. Y no a puñetazos, no… Martínez tiene un mosquete y sabe usarlo. Carga tres veces por minuto y no yerra un tiro a media distancia. Sería una escabechina. Hasta que los mescaleros reaccionaran, claro, y devolvieran el ataque. Una batalla cuerpo a cuerpo en la plaza del presidio.

Lo último que deseamos.

—Si pudiéramos lograr que volvieran a Buena Esperanza… —dijo Muñoz.

—Olvídelo, coronel —repuso Gauna—. No van a volver.

—Entonces, ¿qué hacemos? La situación es insostenible. En unos pocos días, han acabado con los víveres que teníamos reservados para todo un mes. Y están quemando los muebles y los jergones. Lo he visto con mis propios ojos.

El coronel lo relataba como si estuviera descubriendo algo a los allí presentes. ¿Dónde se cree usted que hemos estado en los últimos días? Observe las ojeras en el rostro del sargento. Apenas ha pegado ojo. Lo tenemos levantado día y noche. Junto a Orozco, López, Grijalva, Cuéllar y algunos más, hace rondas de continuo. Se asegura de que todo, dentro de lo que cabe, esté en orden. Ya sabe, coronel: lo que ahora consideramos orden.

Con que las cosas no vayan a peor, nos conformamos. Triste, pero así es.

Parece que es Ledesma el que más al tanto está de las novedades. ¿Nos informaría, sargento?

—El grupo más numeroso de mescaleros se ha instalado en el barracón de los soldados solteros y en los dos almacenes adyacentes —explicó Ledesma—. Digamos que hay unas ciento treinta o ciento cuarenta personas. La banda de Alonso al completo y casi toda la de Patule el Grande.

—¿Y los soldados? —se interesó Muñoz.

—Los soldados han abandonado el barracón, obviamente. Algunos se han trasladado a casas no ocupadas por los apaches y la mayoría duerme al raso. Sus pertenencias han desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Bueno, los mescaleros accedieron al barracón de forma muy rápida… No dio tiempo a nada. Entraron, se apoderaron de todo lo que hallaron y ya está. Duermen en el suelo, se visten con las ropas de los soldados y queman en hogueras todo lo demás.

—¿Y las bandas de Domingo Alegre y de Volante?

—Repartidas por las viviendas y las estancias. Sin orden aparente, coronel. Entraron allá donde les pareció oportuno y se quedaron. Nada más.

Como coyotes oportunistas apoderándose de una madriguera ajena en ausencia de su inquilino. Le sonríen cuando el cándido dueño del agujero regresa y, al hacerlo, muestran una dentadura perfecta y dispuesta. ¿Te vas ya o lo discutimos a dentelladas?

—¿Se han hecho con armas? —continuó interrogando Muñoz.

—Salvo un par de cuchillos que los dragones guardaban entre sus pertenencias personales, con nada, coronel. Las armas, por suerte, se hallaban en la armería. Y la armería estuvo bien protegida desde el principio y así continúa.

—Es un alivio.

Dentro de la inmensa mala suerte que nos asola, es un alivio. Al menos, seguimos manteniendo el control sobre las armas. Bien. Dispóngalo todo para que encaramemos a cien hombres a la plataforma. La guarnición al completo y los mejores tiradores de

entre los colonos de la milicia. Los abrasaremos en un fuego cruzado antes de que tengan tiempo de reaccionar. Vamos, coronel, ordénelo. El sargento está dispuesto. ¿Es así, Ledesma? ¿Le tiembla el ánimo, Ledesma?

—¿Cuál es su opinión sincera al respecto, sargento?

—¿Disculpe, coronel? No sé si yo…

No nos andemos por las ramas. Sabemos que los coroneles no solicitan ayuda a los simples sargentos. Pero estamos al borde del abismo y aquí todo vale. Sargento, usted está bien informado. Sabe cómo se reparten los mescaleros. Cuál es su disposición dentro del presidio. De qué manera se conducen y cuál es el ánimo que les impulsa. Diga lo que tenga que decir. En confianza, sargento. En total confianza.

—¡Hable, carajo!

Ledesma miró a los oficiales y decidió cubrirse las espaldas. No estaba seguro de nada y así lo confesó:

—No recomiendo un enfrentamiento total. Podría salir bien, pero podría salir mal. Digamos que mitad y mitad de posibilidades. Si me aprieta, coronel, alguna más de salir victoriosos. Pero no muchas más, si le soy sincero… En este caso, aconsejo no correr riesgos. Nuestras familias están aquí. Mujeres, niños… No, yo descartaría el uso de la fuerza.

Lo cual nos lleva de vuelta al punto inicial. ¿Qué hacemos ahora?

El capitán Herrán había seguido la conversación desde su habitual ensimismamiento. El resto de los hombres, acostumbrado a tan peculiar actitud, se limitaba a ignorarle. Ese señor mayor al que mantienen al mando del presidio Dios sabe por qué motivo…

Y habló. Y expuso la mayor majadería que los oídos de aquellos hombres desesperados habían escuchado en toda su carrera. Pero la desesperación descubre posibilidades inusitadas donde, simplemente, no existen. Por eso le llamamos desesperación.

—¿Y si los bautizamos a todos? —dijo, casi con una sonrisa en los labios, el capitán. Claro. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

¡Los bautizamos y adiós a los problemas!

—¿Bautizarlos, capitán? —preguntó Muñoz.

—Exacto, coronel. No podemos permitir que toda esa gente viva bajo nuestro techo sin ser parte del pueblo de Dios.

Dicho así, tenía sentido.

—Quizás, una vez que hayan pasado a formar parte del rebaño del Señor, valoren más en serio la posibilidad de regresar a Buena Esperanza —concluyó, satisfecho, Herrán.

O no. Pero, dado que carecemos de más ideas, ¿y si nos ponemos a ello? No funcionará, pero por intentarlo… Y así la guarnición se mantiene ocupada.

A los mescaleros no les agradó la propuesta, pero en cuanto Gauna abrió un barril de aguardiente y prometió un trago largo a todo aquel que accediera a bautizarse, la hilera se formó de inmediato. Daba vueltas a la plaza del presidio como una culebra enroscada: desconoces sus intenciones, pero, por si acaso, mejor ni te acercas.

Nosotros sí. Nosotros no solo nos acercamos, sino que tratamos de llevarla por el buen camino. Cristianos de los pies a la cabeza en cuestión de dos o tres horas, verás. No existe nada imposible en el Río Grande.

—Esto no se puede hacer así, esto no se puede hacer así… —protestaba vagamente el capellán. Un par de dragones lo habían conducido, casi arrastrándolo, hasta el centro de la plaza. Dispusieron, a su lado, un cubo con agua sucia y el barril de aguardiente.

—Vamos —dijo el teniente—. Esto no puede llevarnos el resto del día.

El capellán masculló quién sabe qué y bendijo el agua del cubo.

—No será suficiente —apuntó.

—Enviaré a un hombre a por más —repuso Gauna.

—Tiene que ser agua limpia.

—Está limpia, padre.

—Parece que alguien se haya lavado los pies con ella.

—Puede pasar, padre.

—Deberíamos explicarles los conceptos básicos del cristianismo.

—Usted bautice, padre.

—Amor a todos nuestros hermanos, que es lo que nuestro Señor nos enseñó.

—Creo que ya lo saben, padre. Usted bautice.

Así que lo hicieron. El capellán, un tanto terco al principio, fue amansándose a medida que los mescaleros inclinaban la cabeza frente a él. Lo adecuado habría sido un bautismo en el Río Grande, que era como Dios mandaba, pero si no era posible, tendrían que apañárselas con el cubo.

Eso sí: nada de plumas en el pelo. Venís a Dios con la cabeza descubierta y aseada.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo —dijo mientras derramaba un poco de agua en la coronilla de un mescalero de catorce o quince años—. Amén. El siguiente.

Gauna le dio un trago de aguardiente al muchacho y vio cómo los ojos se le iluminaban.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Un muchacho más joven que el anterior. Trago de aguardiente y una mirada resplandeciente. Si nos hubierais dicho antes que el bautismo era así, no lo habríamos demorado tanto.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Y trago al barril. Dieron de beber incluso a los niños que todavía colgaban del pecho de sus madres. Uno de los dragones que custodiaban el barril de aguardiente enarcó las cejas cuando una madre acercó los labios de una criatura de cuatro o cinco meses al vaso de barro del que todos bebían. El teniente no dudó y asintió. Claro, que beba. ¿Qué puede pasar? ¿Que se muera?

La ceremonia se alargaba mientras la tarde caía pesadamente sobre el presidio. El calor era intenso y no había español que no deseara hallarse a tres mil leguas de distancia de allí. Pero los

deseos no se cumplen nunca. No en El Norte. Aquí cierras los ojos para no ver el rostro de un mescalero malcarado y, cuando los abres de nuevo, no solo no ha desaparecido el mescalero malcarado, sino que se le ha unido un primo aún más feo y grotesco.

Herrán, esto no ha sido sino una pérdida de tiempo. Casi todos los doscientos cincuenta apaches son ya parte del rebaño del Señor. ¿Nos acercamos a Alonso y le preguntamos si ahora está dispuesto a trasladarse con su gente a Buena Esperanza?

Probemos. El capitán, el coronel, el teniente y el sargento caminaron hacia el grupo de los jefes apaches.

—Gobernador Alonso. —Herrán, con movimientos lentos y mirada cansada, se dirigió al mescalero. Al igual que Alegre, Volante y Patule, había sido bautizado no hacía ni diez minutos y acababa de recibir su ración de aguardiente. Doble, por tratarse de un jefe.

—Capitán —correspondió, siempre grave, Alonso.

—Siente uno cómo se transforma por dentro, ¿verdad?

Sí, de una forma increíble.

El mescalero no se dignó a contestar. Observó al capitán con esa indiferencia que tanto enfurecía al teniente. No tienes derecho a mirarnos con condescendencia, maldito holgazán. Somos nosotros los que os alimentamos. Continuáis vivos porque así lo hemos decidido.

—¿Qué tal si ahora, una vez que…?

El capitán Herrán no pudo finalizar su pregunta. El vigía que se hallaba en la plataforma junto a la puerta del presidio dio una voz de alerta y llamó la atención de los oficiales. De los oficiales y de todos y cada uno de los dragones de la guarnición. Novedades son siempre novedades.

—¡Alguien se acerca a caballo! —gritó.

—¿Español? —preguntó Gauna.

—Español, teniente.

—¿Solo?

—Un hombre solo. Y, además, creo que le conozco.

—¿Cómo se llama?

—Pues o mucho me equivoco, o yo diría que es Salazar.

Salazar. Un colono de cuarenta y pocos años que vivía a casi tres leguas al norte del presidio y que pertenecía a ese tipo de hombres que siempre caen de pie: el ganado de su rancho era de primera calidad y se reproducía a tan buen ritmo que pronto tuvo que contratar a varios sumas para que le ayudaran en las tareas diarias. De hecho, incluso un par de españoles acudían, de cuando en cuando, a echar una mano y sacarse unos pesos.

Pero a Salazar había dejado de sonreírle la fortuna. Se presentó a los oficiales y les contó lo que había sucedido. Llegaron de noche y se fueron a por las reses. Sin titubeos. Le rajaron el cuello a una y, antes de que lo intentaran con otra, a Salazar le hirvió la sangre en las venas. Aquellas vacas y aquellos bueyes eran suyos. Y nadie se los iba a robar por las buenas. Asió una afilada vara de madera y salió de la casa para hacer frente a los ladrones.

Mataron a uno de sus hijos, golpearon al resto y le rompieron una pierna a su esposa. Al menos, Dios no permitió que la violaran… A Salazar lo maniataron y le pegaron una paliza de la que todavía no se había recuperado. Igual trato dieron a los sumas: se restablecían muy despacio, pero todos parecían fuera de peligro.

¿Cuánto tiempo hacía de aquello? Entre que tuvo que enterrar a su muchacho, auxiliar al resto de la familia y hacerse cargo él solo del cuidado de los animales durante más de una semana, había perdido la noción del tiempo. Digamos que quince días. Quizás veinte, pero ni uno más.

—¿Los viste, Salazar? —preguntó Gauna.

—Sí, teniente. Los vi —respondió el ranchero.

—¿Dirías que eran apaches?

—Lo diría sin dudar, teniente. Eran apaches y no eran otra cosa.

Gauna miró a Muñoz. Coronel, esto de los bautismos está muy bien. Resulta piadoso y, si quiere, hasta pintoresco. Pero hay apaches ahí fuera atacando a nuestras gentes. Primero Beldarráin, después García y ahora Salazar. Se acabó. Hasta aquí hemos llegado. Vamos a ir a por ellos y vamos a llevarnos a los mescaleros.

Soldados auxiliares del ejército español, ¿recuerda? Pues que cumplan con su parte. Matamos dos pájaros de un tiro: reunimos una gran fuerza de combate para atacar a nuestros enemigos y despejamos el presidio de parte de sus molestos invasores.

—Chiricahuas, coronel —dijo Gauna.

¿Dejamos de lado esta zarandaja de los bautismos? ¿Vamos a por ellos? ¿Intentamos algo para evitar que los soldados enloquezcan? Acción, coronel, acción.

—Vaya teniente. Y haga su trabajo.

—A sus órdenes, coronel.

Tardaremos al menos un mes en ir hasta las fuentes del Gila y regresar. Guerra.

11

Cueste lo que cueste

No podían dejar a las mujeres, los niños y los ancianos solos, así que decidieron que Alonso permaneciera en el presidio mientras los demás partían. Alonso, media docena de guerreros pertenecientes a su banda y algunos hombres mayores que, a pesar de todo, todavía podían empuñar un machete. Marinero, José Seisdedos y Trapote también se quedaban. La guardia personal de Alonso. Sus hombres de confianza. Los tíos que no dudarían en sacrificarse junto a su jefe para salvar el honor de toda la banda.

Buena gente dispuesta a todo. A todo.

El resto, al Gila. Domingo Alegre, Patule el Grande y Volante al frente de veintinueve guerreros jóvenes y dispuestos. Vamos a matar chiricahuas y vosotros os venís con nosotros. Se lo dijeron y lo cierto es que no les pareció mal. Gauna diría, incluso, que una luz se encendió en el fondo de la mirada de Alegre. ¿Tenéis alguna deuda pendiente con vuestros hermanos apaches?

Son hermanos, son apaches y esto, en sí mismo, debería explicarlo todo: los apaches odiamos al resto del mundo y nos odiamos entre nosotros también. ¿Por qué no habríamos de matar chiricahuas? Un apache que vive en un bosque no es un apache. De acuerdo, lo es, pero no debería serlo. Los árboles te tornan extraño. Te cambian los razonamientos y actúan sobre las intuiciones. Hace muchos años que apenas somos capaces de entendernos con los chiricahuas. Hablan raro. Hablan distinto. Parece como si, al hacerlo, la boca se les llenara de hormigas.

Dicho de otra manera: nos importa un carajo matar a unos cuantos de ellos si a cambio nos seguís proporcionando raciones de comida de forma indefinida. No, no haremos el trabajo de los sumas. No cultivaremos maíz, no criaremos ganado, no trabajaremos en las acequias y, menos aún, introduciremos nuestros pies en la adobera. Pero, ¿matar hermanos chiricahuas?

Hemos reunido a nuestros veintinueve mejores guerreros. Los más fuertes. Los más jóvenes. Patule, Alegre y Volante. ¿A qué esperáis, españoles? Estamos listos para la partida.

Al coronel Muñoz le sorprendió la presteza con la que los mescaleros se organizaron. Los españoles dieron la orden y estaban listos en media hora. No, no es normal. Los mescaleros siempre remolonean. Dicen que van y no van. Afirman que vienen y te crece la barba hasta el pecho mientras esperas. ¿Quién ha olvidado la Jornada del Muerto? Tuvimos que ir hasta allí para buscarlos. Pero no ahora: ahora, hoy, están listos; preparados; dispuestos antes, incluso, de que a los españoles les hayan ensillado los caballos.

El grupo partía. Demasiada improvisación, cierto. Pero se hallaban desesperados y lo importante, a corto plazo, era sacar gente del presidio. Si para ello tenemos que emprender una campaña de castigo contra el enemigo, lo haremos. Vamos a matar a los cabrones que están acosando nuestros ranchos. Sin miramientos, además. Sin que nos tiemble el pulso. En las fuentes del Gila. En vuestra casa. Entraremos en los campamentos chiricahuas y os diezmaremos de tal forma que el mensaje quede claro: dejad en paz a los españoles o volveremos de nuevo y mataremos a los que ahora hemos permitido vivir.

Los españoles del Río Grande son intocables. Comprendedlo. Lo son y también para los chiricahuas.

—Me uniré a la columna —comunicó el teniente Gauna a Herrán —. Si a usted le parece bien, capitán, por supuesto…

—¿Piensa que es lo mejor?

Salgo de aquí o me vuelvo loco. Prefiero que un chiricahua me corte en pedacitos a permanecer un minuto más en este presidio.

Enloqueceremos si no partimos de inmediato. Por Dios que sí.

—Es lo mejor, capitán —aseguró, no obstante, Gauna. Al capitán había que ofrecerle las debidas explicaciones. Aunque fueran tan absurdas que ni el propio Herrán se las creyera—. La campaña es vital para los intereses de El Norte y juzgo imprescindible la presencia de un oficial al frente de la columna.

Como si el sargento y sus dragones no se las apañaran bien sin el teniente. Como si un tío de la edad de Gauna no pudiera convertirse, si venían mal dadas, en un lastre para la columna.

—En ese caso, teniente, vaya. Tiene mi permiso y mi bendición.

Perfecto. Larguémonos cuanto antes.

Ledesma aguardaba junto a su grupo de habituales: Barrios, Grijalva, Orozco, León, Cuéllar, López, Martínez y Carrillo. Sables recién afilados, mosquetes ajustados y equilibrados a última hora por el maestro armero y las alforjas de la munición repletas hasta los topes. Cincuenta balas para cada soldado. Sin contar al sargento y al teniente, cuatrocientos disparos. Suficiente para acabar con medio pueblo chiricahua. Que, a poco que los mescaleros cumplan con su cometido como soldados auxiliares, será lo que suceda.

Por lo de Beldarráin. Por lo de García. Y, sobre todo, por lo de Salazar. ¿Nos matáis? Os matamos. A ver quién ríe el último.

—Capitán Alegre —dijo Gauna. Mírame a los ojos: como nos la juguéis ahí fuera, el castigo será de los que no se olvidan fácilmente —. ¿Preparado para la partida?

Veintinueve guerreros y tres jefes erguidos sobre sus caballos. Caballos españoles que les habían sido entregados para la ocasión. Animales jóvenes, fuertes y ágiles que soportarían sin dificultad el largo viaje hasta territorio chiricahua.

Cuarenta y dos jinetes cruzaron la puerta del presidio. Era el 7 de agosto de 1780. Un mes exacto después de la entrada de los mescaleros en el presidio.

Menos de la mitad de esos cuarenta y dos regresaría.

* * *

Ni una sola alma sin bautizar en El Norte. Es lo que quedó atrás. Un poco más de espacio y mucha calma. Mucha. Calor derramándose sobre las gentes y poco que hacer. Cultivaríamos nuestros maizales, pero no nos atrevemos a salir dejando a los mescaleros sin vigilancia. Bueno, cierto que hay varios tiradores siempre dispuestos en las plataformas. Sin embargo, todos saben que resultarían insuficientes. La horda continúa siendo horda. De hecho, ahora más que nunca: son menos, pero los más bravos, los que se distinguen y distinguen al grupo, han partido. Queda la masa informe de mujeres, niños y ancianos. El ruido, el hambre insaciable y el hedor a mierda y a moscas.

Alonso, Seisdedos, Marinero y Trapote.

Al coronel se le ocurrió invitarles a tomar un trago de mezcal. Solo nos resta esperar. Rezaríamos juntos, ahora que sois cristianos, pero… En fin, no nos hacemos ilusiones. Muñoz, al menos, no se las hace y no pregunta.

—Descorchemos una botellita —dijo el coronel. Sudaba a raudales bajo el sombrero.

Los mescaleros, fieles a su estilo, ni aceptaron ni rehusaron la invitación de Muñoz. De todo un coronel. ¿Sabéis que en Chihuahua un tío puede caer en desgracia por algo así? Le haces un feo a alguien como Muñoz y ya no asciendes en lo que te resta de carrera. Observa atentamente tus galones porque serán los que luzcas desde hoy hasta el día en el que pases a criar malvas. Por idiota.

Y ahora cuatro salvajes medio desnudos no se dignan a mostrar un poco de cortesía cuando Muñoz les ofrece un trago de mezcal. De un mezcal que, dicho sea de paso, no es el mismo que beben los soldados. Mucho menos aún, el que, de cuando en cuando, les dan

a los apaches. Esto es néctar de otro mundo y la que se presenta ante vosotros, la ocasión de vuestras vidas.

Pero allá se fueron. A Muñoz lo acompañaba un par de dragones. Por precaución, ya se sabe. Por pura costumbre. Un coronel no deambula solo por ahí. Si le sucede algo, ¿qué diablos le contamos a Croix? No, un par de hombres siempre a su lado. Armados, dispuestos y vigilantes. Sin que se note demasiado, pero siempre preparados para lo peor.

Muñoz condujo a los cuatro mescaleros a un rincón de la plaza del presidio. Allí había un barril de los que usaban para el abastecimiento de agua y el coronel se acodó en él. Estaban a la sombra y hasta se diría que corría una leve brisa.

De pie, los hombres aguardaron a que el mezcal les fuera traído desde la estancia de Muñoz. Vasos para todos, venga. No celebramos nada ni es hoy un día especial, pero digamos que nos lo merecemos. Trago al coleto a la salud del rey y una nueva ronda para todos.

Bebieron en silencio. Cuando los vasos se vaciaron, Alonso y sus tres guerreros los depositaron sobre el barril. Muñoz, que había permitido que los dos dragones de su escolta bebieran también de la botella, hizo una señal a uno de ellos para que sirviera de nuevo. Hasta que no quede una gota.

—Hace calor… —dijo el coronel mientras se descubría, extraía del bolsillo de su casaca un pañuelo que una vez fue blanco y se enjugaba el sudor de la frente con él.

Mucho. Pero a los mescaleros no parecía afectarles. No transpiraban ni daban muestras de cansancio.

—Es siempre así en verano —dijo Alonso.

Gracias. Gracias por tener la deferencia de dirigirte al coronel. Recordaremos tu gesto con cariño durante décadas.

—Insoportable… —repuso Muñoz. A lo largo de su carrera, había servido en diferentes lugares de América. Calurosos muchos de ellos, pero ninguno como el Río Grande.

Una nueva ronda y los ánimos aquietándose por momentos. El mezcal que le enviaban al coronel era realmente bueno.

Frente a ellos, en la plaza del presidio, no habría menos de doscientas personas. Sentadas o tumbadas en el suelo y sin hacer nada.

—Gobernador Alonso —comenzó Muñoz.

—Coronel.

—Esto tiene que cambiar.

—Lo sé, coronel.

De hecho, va a hacerlo. Muy pronto.

* * *

El camino hacia las fuentes del Gila no tenía pérdida: te sitúas en la ribera sur del Río Grande y lo remontas durante cien leguas. Notarás, al final, que el terreno se encrespa y que lo que era llanura semidesértica comienza a convertirse en bosque, verdor y humedad. Has llegado. Ojo con los riscos y las posiciones elevadas. Están ahí y se ocultan. Te matarán en cuanto te descuides.

Sin embargo, todavía faltaba mucho para ese día. El grupo de españoles y mescaleros avanzaba con parsimonia: si exigían demasiado a los caballos bajo aquel infernal calor, corrían el peligro de que alguno se desplomara para no levantarse más. Y no, no se trataba de un riesgo que quisieran correr.

Desde el principio, el trato de unos y otros fue cordial. ¿Sin recelos? No, tanto no. Los españoles siempre recelaban de los mescaleros. Siempre. Por puro reflejo. Si les corre sangre apache por las venas, como apaches se comportarán. Tarde o temprano. Pero, mientras ese día llega, los consideraremos soldados auxiliares del ejército español. Salimos juntos de campaña y nos marcamos un objetivo común. Lo cumpliremos.

—Eh, Volante —llamó el sargento Ledesma al tercer día tras la partida.

Volante era unos quince años mayor que Ledesma. Sin embargo, aún tenía el aspecto de un joven y recio guerrero apache. Pocas bobadas con esto.

—Diga, sargento —contestó el mescalero. Cabalgaban cerca el uno del otro.

—Tú eres un hijo de puta, lo sabes, ¿verdad? Todos vosotros, en realidad, lo sois.

Ledesma exhibía una media sonrisa en el rostro. Esa tan propia de él y que tanto desconcertaba a los demás: ¿te ríes de mí o es que simplemente miras así?

Volante no respondió. Siguió cabalgando erguido sobre su montura. El sol a plomo había curtido la piel del jefe hasta volverla casi cetrina.

El resto de los hombres, españoles y mescaleros, permanecía atento al sargento. Aquí no tenéis al coronel Muñoz para que interceda por vosotros. Oh, pobrecitos mescaleros. Lo que han debido de sufrir ahí fuera… Es tan dura la intemperie… Ofrezcámosles la paz y veréis cómo, de ahora en adelante, todo marcha a las mil maravillas.

—Eh, Volante —insistió el sargento. Ni siquiera se molestaba en darle tratamiento de jefe—. Volante, tú eres un hijo de puta como una montaña de grande. No me digas que no.

El teniente observaba la escena un tanto alejado. ¿Cómo respondería el indio? No, no, que nadie eche mano de las armas. No sucede nada. Calma, chicos.

Volante continuó impertérrito. Que es lo peor que puedes hacer cuando un sargento español ha decidido carcajearse un rato a tu costa. Sabemos que eres fuerte. Sabemos que eres orgulloso. Sabemos que no te faltan arrestos y que no te temblaría el pulso a la hora de empuñar tu hacha contra mí. Pero no lo vas a hacer porque, ¡diablos!, aquí todos somos amigos. ¿Verdad, Volante?

—Un auténtico hijo de puta —silabeó Ledesma—. ¿Te acuerdas de la batalla contra los lipanes? El verano pasado, Volante, el verano pasado… Joder, cómo pasa el tiempo… Un año ya de aquello. Pero

les jodimos bien, ¿verdad, Volante? Les jodimos de lo lindo. Hijos de puta mescaleros e hijos de puta españoles. Todos juntos y rajando enemigos. ¿Puede existir algo más bello en el mundo? Somos la hostia, Volante, la hostia…

—Los mosquetes que nos disteis no funcionaban.

—Eso es porque los llenasteis de plumas. Menudos cabrones… ¿A quién se le ocurre poner plumas en las bayonetas? Puto hatajo de tarados…

—No funcionaban, sargento.

—Tú eres un hijo de puta, Volante. Quiero decir que eres un hijo de puta mayor de lo que lo soy yo. Y a los hijos de puta como tú nunca les daremos mosquetes de verdad. ¿O qué te creías?

Ahora sí, Ledesma sonreía abiertamente. Para que no hubiera duda. Volante observó el rostro del sargento y contuvo la tentación de sonreír él también. Habría sido impropio de un apache.

—Podríamos salir cada verano —continuó Ledesma—. ¿Cómo lo ves? Campaña tras campaña contra las diferentes familias apaches. El año pasado, los lipanes. Este año, los chiricahuas. El verano que viene, si Dios quiere, podríamos cabalgar hacia el este y acabar con todos los perros bastardos de Sonora. ¿Qué opinas? He oído que aquellos apaches sí que son duros de verdad. Duros como piedras. Nada que ver con los mescaleros del Río Grande, que aflojan el ánimo a la primera de cambio. —El sargento sonreía. Y el sargento no pensaba detenerse. Ni Gauna ordenárselo—. Porque solo unos hijos de puta cobardes como vosotros podrían tener miedo del Río Grande. Se desbordó, de acuerdo. Murieron unos cuantos de los vuestros, menuda desgracia… ¿Y qué? ¿Fue para tanto? Un poco de agua, por el amor de Dios… Pero los mescaleros recogieron sus cuatro cosas y salieron de Buena Esperanza a la carrera. ¡Asustados como frailes! Oh, pobres indios, qué pena nos dan…

Algunos guerreros comenzaban a incomodarse. A sentirse molestos por las palabras del sargento. Ofendidos. Humillados, si se quiere… Bien, porque exactamente esto es lo que pretendemos.

Volante, sin embargo, continuaba cabalgando sin separar los labios. Ledesma sabía que no conseguiría enfurecerlo. Un guerrero se convierte en jefe de banda con cuarenta y pocos años solo si la sangre le corre más lenta de lo ordinario por las venas: no te apresures nunca, no tomes decisiones de las que podrías arrepentirte y deshazte de tus enemigos en el momento justo.

Haz siempre lo que debas y pese a quien pese. Sin remordimientos.

¿Tú lo haces, Volante? ¿Lo estáis haciendo todos vosotros, mescaleros?

* * *

El presidio había quedado en manos de dos hombres mayores: el coronel Muñoz y el capitán Herrán. Un tipo al que jamás debieron dejar solo en El Norte y otro al que la languidez apenas le permitía respirar con normalidad.

Alonso era demasiado rápido de mente, demasiado hábil y demasiado taimado para aquel par de pobres hombres. Y, sin embargo, en honor a la verdad, quede dicho que aquel par de pobres hombres no se las arregló mal del todo.

Los mescaleros no se lo comunicaron a nadie. Simplemente, sucedió: un buen día, algunos de ellos atravesaron el portón del presidio y se dieron una vuelta por los alrededores. No hay peligro, todo está en su lugar, luce el sol como siempre lo ha hecho en esta tierra. Regresaron pronto al interior del presidio, pero algo era algo.

Comienzan a salir de aquí. Aire para todos, que es lo que necesitamos.

En sucesivas ocasiones, repitieron las cortas expediciones. El portón no se cerraba jamás y la orden que el coronel había dado a los centinelas era la de mantenerse alerta. Tenerlos siempre bajo vigilancia y comunicar a la oficialidad del puesto cualquier cosa extraña que observaran. Cualquiera.

No obstante, nada del otro mundo sucedía. Sí, iban. Sí, se daban una vuelta y los centinelas tomaban buena cuenta de ello. Se acodaban en el muro de adobe, empujaban el ala del sombrero hacia las cejas para hacerse sombra y contemplaban a los mescaleros. Y ya está. Al rato, los apaches daban por concluida su pequeña expedición de reconocimiento y regresaban a aquella que consideraban su casa.

—¿Qué opina, capitán? —dijo Muñoz. Los dos oficiales oteaban la plaza desde la puerta de la capitanía.

—No sé qué decirle, coronel —respondió Herrán, tan taciturno como siempre. Muñoz se sentía cómodo junto al capitán. Un tío tranquilo junto a otro tío tranquilo. Uña y carne. Si no fuera porque, decididamente, este ambiente no es el nuestro, podríamos gobernar El Norte durante décadas. Resultaría espléndido, sí.

—Es lo que estábamos esperando —dijo Muñoz, levantando ligeramente la mirada hacia el cielo. Si la Providencia ha tenido algo que ver con esto, un gesto de reconocimiento no está de más.

—Se van, pero vuelven —expuso Herrán. Puede que la languidez estuviera a punto de tornar a un hombre hecho y derecho en un guiñapo inútil, pero mientras ese momento definitivo llegaba, al capitán le quedaban unos cuantos cartuchos de lucidez. Pólvora fina del que se ha pasado la vida entera en lugares como este: ve y comprende de forma instintiva.

—Es un comienzo, capitán.

—Siguen orinándose por todas partes.

—No le quito razón, capitán.

—Apesta. El presidio apesta.

—Habrá que disponerlo todo para una limpieza a fondo.

Cualquier día de estos. En cuanto los mescaleros hayan abandonado por completo la posición. ¿Ve, capitán? Ahí salen de nuevo. Uno de los soldados ha comunicado al coronel que un guerrero de Alonso le dijo que iban en búsqueda de sus caballos. Los pocos que conservaban quedaron abandonados a su suerte cuando las bandas invadieron el presidio y se negaron a salir de él.

—Y ya sabe qué significa un caballo para un mescalero, capitán —dijo Muñoz.

Pero no, Herrán no lo sabía. Si le hubieran preguntado dos o tres años antes, quizás hubiera respondido que sí. Que lo conocía todo en torno a los mescaleros. Hoy en día, solo le restaba el instinto. Un instinto que operaba como el poso de lo sido y lo sabido: hay un resquemor y una inquietud que todo lo nubla; es vago, es inestable y no debe uno fiarse demasiado de él.

—Los caballos estarán Dios sabe dónde —sentenció Herrán.

Estarían, pero, mira tú por dónde, encontraron más de veinte animales. Con un aspecto verdaderamente lamentable la mayor parte de ellos, pero ahí estaban. Alonso, al verlos, experimentó una alegría tal que, raudo y con una sonrisa en mitad del rostro, fue al encuentro del coronel Muñoz y le pidió que pusiera media docena de sumas a su disposición para levantar un cercado. Algo provisional, desde luego.

—¿Un cercado, gobernador Alonso? —inquirió Muñoz.

—Para los caballos —explicó el mescalero.

—No necesitas un cercado, gobernador.

—Sí lo necesito, coronel. O escaparán.

Herrán observaba el diálogo con la mirada puesta en un lugar a medio camino entre las cabezas de los dos hombres y el cielo. Las nubes de verano adquirían, de cuando en cuando, formas de lo más extravagante. Como para pasarte horas contemplándolas y no quedar nunca saciado.

—Mira, gobernador —dijo en tono calmoso el coronel—. Tú lo que tienes que hacer es reunir a tu gente y regresar a Buena Esperanza. Te lo llevo diciendo durante mucho tiempo. A Buena Esperanza. Carajo, construimos el pueblo para vosotros… Las ciento trece casas, la acequia, los sembrados… Todo, gobernador, permanece ahora sin uso. Vacío. Regresa a casa, gobernador.

De una maldita vez. O el coronel tomará medidas al respecto. Dijimos paz a cualquier precio. Pero la paz no está exenta de condiciones que los mescaleros han de cumplir.

—Un cercado… —insistió Alonso.

—No.

La respuesta fue tajante. En un tono tan poco habitual en Muñoz que hasta a Alonso le sorprendió. ¿No? No. No hay sumas, no hay cercado y no hay nada que se le parezca. De ahora en adelante, es el coronel el que dirá qué se puede hacer y qué no. Él y únicamente él.

—Mis caballos se escaparán.

—Me da igual, gobernador. No habrá cercado. Regresad a Buena Esperanza.

En los dos siguientes días, apenas vieron a Alonso. Uno de los centinelas aseguró que había pasado una noche fuera del presidio. Salió junto a sus seis guerreros y no regresó hasta bien entrada la tarde del día siguiente.

—Que se presente ante mí —ordenó el coronel al dragón que le había informado. Un muchacho muy joven, con aspecto jovial y pecas en la nariz.

—A sus órdenes, coronel.

El soldado dio media vuelta y fue a cumplir la orden. Al rato, regresó con expresión compungida.

—Dice que no, coronel —explicó.

Muñoz se pasó la punta de los dedos por la papada. No había oído bien.

—¿Qué?

—Que dice que no, coronel.

—Adviértele de que se presente ahora mismo o…

No había terminado la frase cuando Muñoz vio cómo el jefe Alonso, junto a su reducido grupo de hombres, volvía a abandonar la plaza del presidio a lomos de los caballos recién recuperados.

—Pero adónde cojones… —comenzó a balbucear Muñoz.

—¿Quiere que los detengamos, coronel? —preguntó el dragón.

¿Que carguemos los mosquetes y abramos fuego a discreción? Ahora mismo hay siete soldados sobre la plataforma. Tres al este, dos al oeste y dos más al norte. En un fuego cruzado acabaríamos

con ellos sin problemas. Y, acto seguido, el resto de la guarnición se haría cargo de los demás mescaleros. Mire los ojos del muchacho, coronel. Mire y comprenda que ellos están dispuestos a todo. Dé usted la orden. Dela y verá a qué velocidad hacemos que aquí cambien las cosas. El comandante general Croix nos dará una medalla a todos.

—No —dijo Muñoz—. No hagáis nada.

El capitán, que, por quién sabe qué motivo, había bajado la mirada desde su lugar en las nubes, observó la decepción en el semblante del soldado.

Fue un destello en lo más hondo de su mente. El instinto que se apaga, pero que, mientras lo hace, fulgura con sutileza: demasiados momentos perdidos.

—Con todo —dijo Muñoz con el dragón aún presente—, no vamos a permanecer con los brazos cruzados por más tiempo.

Herrán volvió ligeramente la cabeza hacia él.

—¿No, coronel?

—No, capitán.

—¿Y qué vamos a hacer, si puede saberse?

Muñoz se tomó un par de segundos para responder. Dos segundos para que su corazón bombeara euforia al resto de su cuerpo. No es el coronel de esa clase de hombres que manda ensillar un caballo a la primera de cambio. No lo es; sin embargo, hoy el día luce raro, así que a ello y que sea lo que Dios quiera.

—Vamos a seguirles —anunció.

Alonso tiene asuntos fuera del presidio. Y sean cuales sean, es nuestra obligación descubrirlos. ¿Adónde va? ¿Por qué va? ¿Por qué regresa? ¿Qué hace?

Son preguntas que no pueden permanecer sin respuesta.

Lo bueno es que nos hemos dado cuenta de ello. Lo malo, que dos oficiales entrados en años y en carnes no se mueven a cielo abierto con el sigilo de una liebre en la noche. Sobre todo si han decidido que lo mejor es llevarse consigo una docena de dragones

armados hasta los dientes. No vaya a ser que nos topemos con dificultades ahí fuera.

Cuando los jinetes españoles abandonaron el presidio, el grupo de mescaleros era un puntito en el horizonte.

—Van hacia el noreste —dijo Muñoz tras observar el sol. Llevaba años sin realizar aquel gesto tan habitual en un soldado: levantas la cabeza, observas la posición del sol y te orientas. Por un momento, el coronel se sintió bien consigo mismo.

Por un momento, porque ni media hora más tarde el calor comenzó a apretar de tal forma que Muñoz decidió aflojarse la cuera estrenada para la ocasión.

—No lo haga, coronel —le reprendió uno de los dragones.

Muñoz se volvió hacia él. El coronel soy yo, chico.

—No lo haga —repitió el soldado.

Y Muñoz, cayendo en la cuenta de que más le valía, obedeció.

Avanzaron despacio a través de un terreno de lomas limpias y suaves sobre las que el calor se derramaba sin compasión. Sudaban. Sudaban todos, pero Muñoz, a causa de sus abundantes carnes, más que nadie. Comenzó a preguntarse si había sido una buena idea salir tras Alonso. En el fondo, ¿importaba algo el lugar al que se dirigiera?

En el fondo, muy en el fondo, ¿importaba algo? Dicho de otra forma: Muñoz, no por primera vez ni tampoco por última, pensó en que nada de lo que hacían traería como resultado la tan ansiada y perseguida paz con los apaches. Nada.

—Coronel —dijo uno de los dragones pasadas dos horas desde que atravesaran el portón del presidio. Las distancias respecto al grupo de mescaleros se habían acortado notablemente, lo cual solo podía significar una cosa: los indios avanzaban a un paso tan lento que sus caballos podrían ir apacentándose al tiempo que caminaban.

—¿Sí, soldado?

—Giran hacia el este.

—Me he dado cuenta.

Por supuesto, coronel. Usted lo sabe y los demás callamos. Es lo que toca.

—¿Qué hacemos, coronel? —preguntó Herrán. Tenía esa voz pastosa del que hace rato que no siente la lengua.

—Seguirlos, sin duda —respondió Muñoz. Ni un paso atrás. Saben que les seguimos y no será este coronel quien dé muestras de debilidad.

—No parece que se dirijan a ningún lugar en concreto —intervino el dragón.

—¿Qué hay por ahí? —se interesó Muñoz, señalando en lugar hacia el que se encaminaban los mescaleros.

—Nada. Algo más al norte, un rancho español. Pero está fuera de su ruta.

—¿Seguro?

—Completamente, coronel. Ni siquiera lo divisarán.

El agudo calor enturbiaba los pensamientos del coronel. ¿Sería esto parte de los cambios que le había prometido Alonso? Quizás los mescaleros se hallaran buscando un sitio apropiado para levantar un campamento estable. Algo a medio camino entre Buena Esperanza y la actual ocupación del presidio. No estaría mal… Es decir, sí, claro que estaba mal. Muy mal. Todo el trabajo en Buena Esperanza habría sido en vano y el pueblo apache sería pasto del polvo y de la ruina en cuestión de pocos años. Pero cualquier cosa que supusiese sacar a los mescaleros del presidio era positivo. Por Dios que sí.

—¿Le preocupa nuestra gente? —preguntó, al cabo de un rato, el capitán.

Muñoz no comprendió el sentido de la pregunta de Herrán.

—Claro que sí, capitán…

—Me refiero a las gentes de los ranchos aislados —se explicó Herrán—. Como Beldarráin. O aquel pobre hombre al que los chiricahuas le mataron un muchacho…

—Salazar.

—Exacto, Salazar. Gracias, coronel.

El capitán no parecía demasiado al tanto de que, precisamente, la campaña que ahora mismo estaba dirigiendo el teniente Gauna contra los chiricahuas de las fuentes del río Gila había sido decidida

para castigar la muerte de aquel niño y los ataques a otros dos ranchos más.

—Pero dudo mucho de que haya chiricahuas por las inmediaciones —dijo Muñoz.

Herrán se atusó la barba. Miró apáticamente la interminable llanura que se abría frente a ellos y estiró los labios en un gesto indefinido. Como al que se le ocurre algo decididamente importante pero que, de inmediato, olvida.

—No hay chiricahuas, no… —dijo. Y ya no habló en un buen rato.

Muñoz observó el grupo de Alonso y sus seis guerreros. Como el soldado había señalado, ahora cabalgaban muy despacio hacia el este. Hacia un punto en el que no había nada importante.

—Solo están dando un paseo —murmuró en voz casi inaudible.

Solo se trata de eso: de que nos han sacado a pasear.

—Capitán.

—Diga, coronel.

—Tengo un mal presentimiento.

—¿Ah, sí, coronel?

—¿Y si todo esto no es más que una trampa?

—¿De qué trampa podría tratarse?

—Nos alejan del presidio para que los que allí se encuentran tomen el mando.

Herrán, por primera vez en años, sonrió. Hasta alguien tan alejado de la realidad como él sabía que algo así era imposible.

—Quedan muchos soldados en El Norte —dijo.

—Lo sé, capitán.

—Y los mescaleros, aparte de con las mujeres y los niños, apenas cuentan con unos pocos hombres ya mayores.

—Que podrían empuñar un machete contra los nuestros.

—Podrían, pero no lo harán. No si quieren conservar la vida.

Muñoz comprendió que se había puesto en ridículo frente al capitán Herrán. Tranquilo. Tarde o temprano, es algo que nos pasa a todos.

—Coronel —dijo un dragón, señalando el grupo de Alonso—. Ya no avanzan hacia el este.

Esta vez, Muñoz no tuvo reparo en mostrar su ignorancia:

—¿Ah, no?

—No, coronel. Dan media vuelta. Regresan al presidio.

Muñoz respiró hondo un par de veces y aquel aire caliente y granuloso le abrasó la garganta antes de caerle en los pulmones.

* * *

Llevaban víveres, claro. Si no de sobra, sí suficientes para que el hambre no acabara con ellos. Esa carne fibrosa que con tanto esmero cortaban y secaban las mujeres del presidio. Mira, algo positivo que aprendimos de los apaches: desecar carne para no tener que comérnosla toda de golpe. Aprendimos mucho de vosotros en su día… Observábamos vuestros comportamientos y vuestras costumbres y actuábamos en consecuencia. Nos aplicamos el cuento, amigos. ¿Aprendisteis vosotros algo de nosotros? ¿Hay algo de españoles en vuestro devenir a través de los tiempos?

Salvo los caballos que nos robasteis hace doscientos años, lo más probable es que no.

Sin embargo, Dios santo que todo lo puedes: pon algo de carne fresca en nuestro camino, pues no es de hombres una alimentación como la que llevamos en las alforjas. Se nos caerán los dientes de tanto roer. Y no, no protestamos: no lo hacen los mescaleros y no lo hacemos los españoles. Pero, Dios nuestro… Haz algo.

Lo hizo.

Nada milagroso, desde luego, pero suficiente. Los dragones, que avanzaban en la vanguardia de la columna, lo vieron primero. Un par de segundos antes de que los mescaleros lo hicieran. Estaba ahí, era un pecarí de generoso tamaño y parecía aguardar a que le metiéramos una bala en la cabeza.

—Es mío —dijo Ledesma, adelantando un poco su caballo respecto del grupo.

—¿Necesita ayuda, sargento? —preguntó López un tanto ingenuamente.

Se trata de un pecarí, no de una horda de comanches. ¡Pues claro que no necesita ayuda!

Ledesma miró a su dragón.

—Recoge leña —dijo a modo de única respuesta.

Porque hoy cenaremos caliente. Un jugoso asado de pecarí salvaje. Miradlo, muchachos. Nos tocará a un buen trozo a cada uno. La parte más jugosa para el teniente, la segunda ración para el sargento y ocho buenos pedazos de carne recién asada para la tropa. Muchachos, hoy es vuestro día de suerte.

¿Y los mescaleros? Tienen la carne seca. Carne que, por cierto, les dimos nosotros. Carne de buey español criado en un rancho español del Río Grande. Buena carne. Correosa de cojones, pero que te llena la tripa. Dijimos que nadie moriría de hambre y nadie morirá.

¿No les molestará que no compartamos la pieza cobrada con ellos? Solo son soldados auxiliares. Que se jodan. Que se deslomen sin descanso durante unos cuantos años y, después, ya veremos. Quizás terminemos por confiar en ellos. Por darles uniformes y armas de verdad. Entonces, solo entonces, compartiremos la caza con ellos. Lo bueno, aquí y en todas partes, hay que ganárselo. Con sudor. Con esfuerzo. Con empuje. Tres palabras que, mira tú por dónde, no existen en la jerga apache.

—Quietos… —detuvo la columna Ledesma.

Los dragones se detuvieron de inmediato y Gauna aprovechó la ocasión para echar la mano a una de sus alforjas y extraer un cigarrito a medio consumir. Se lo llevó a los labios y lo mantuvo allí durante un buen rato. En cuanto pusieran pie en tierra, ordenaría a uno de los soldados que prendiera fuego y que le acercara una brasa.

Los mescaleros avanzaron un poco más y rodearon a los soldados. Ellos también habían visto al pecarí. Y ellos también querían cenar caliente aquella noche.

—Es mío —espetó, resuelto, Ledesma.

Los guerreros indios le miraron. Nada en sus rostros. No hay desafío ni hay emoción. Si antes no teníamos la menor intención de compartir la pitanza con vosotros, ahora menos.

—Es nuestro —se aseguró Ledesma. ¿Comprendéis, verdad? Lo vamos a cazar y nos lo zamparemos entre los tíos que visten cuera. Los demás tendréis que apañároslas con lo que tenéis en las alforjas. ¡La mejor carne correosa de todo el Grande!

—¿Y si aparece otro, sargento? —preguntó Domingo Alegre. Y no era mala pregunta.

—Es también nuestro —respondió Ledesma. Nos adeudáis miles de raciones de comida, de manera que no existe un solo motivo para considerar que, ahora, los pecaríes que nos topamos en nuestro camino pertenecen a los mescaleros.

—No es justo, sargento —protestó Alegre.

Lo que no es justo es lo que hacéis vosotros, jefe Alegre.

—Ya lo sabes, capitán. Los pecaríes son nuestros. Todos.

Bueno, de momento solo había uno. Ahí, plantado como un memo en mitad de la senda. ¿Estaría herido? Convenía asegurarse, pues nada existe más peligroso a cielo abierto que un pecarí herido. Tras, por supuesto, un chiricahua herido, un lipán herido, un cuervo herido y un comanche herido.

—Será mejor que no se acerque demasiado —sugirió Orozco.

El sargento no es un cobarde. No sería este el primer pecarí que mata cuchillo en mano.

El sargento no es un cobarde pero tampoco un idiota. Si de algo pecaban los españoles del Río Grande, era de espíritu pragmático: hagamos lo que más nos conviene y de la forma más tranquila y segura posible. Resulta absurdo correr riesgos innecesarios.

Además, hay un teniente presente y Ledesma ha de conducirse con tiento y acierto si algún día quiere ascender a alférez. Y vive

Dios que quiere…

—No lo haré —dijo Ledesma mientras desenfundaba su mosquete con una mano e introducía la otra en la alforja de la munición—. Ahora quiero que todos permanezcáis en vuestro sitio y sin hacer ruido. No me espantéis la pieza.

—Sí, sargento —murmuraron varios hombres que ya salivaban ante la posibilidad de cenar sabroso y caliente.

—Pero sargento… —comenzó a protestar Domingo Alegre, poco satisfecho con la explicación que Ledesma le había ofrecido. Todos los pecaríes de aquí a El Paso son nuestros. Ojo con esto.

—Ya me has oído, capitán —repuso, taxativo, Ledesma. Y, acto seguido, cometió un error. No un error de esos que te conducen a la derrota y al fracaso, pero un error a fin de cuentas: sonrió a los mescaleros.

A unos mescaleros cuyo orgullo comenzaba a rebosar. Que empezaban a estar hartos del modo en el que el sargento se dirigía a ellos. Estaban allí para luchar y merecían un respeto. De hecho, merecían un respeto por el simple hecho de ser guerreros apaches. Un respeto que, a la vista de todos estaba, el sargento no les estaba guardando.

Sí, Ledesma lo sabe. Gauna lo sabe. Todos y cada uno de los dragones lo saben. Hasta León, que nunca fue demasiado ancho de entendederas, lo sabe: entre españoles, el respeto hay que ganárselo; no pervive bajo la piel ni adviene con la raza. Súdatelo, Alegre.

El respeto se lo debemos al sargento porque es él el tipo que lleva los galones en la casaca. No nos preguntamos cómo los consiguió porque, además, resulta irrelevante. El sargento manda y el resto obedece. Al sargento se le debe respeto y su palabra va a misa.

Solo el teniente podría objetar sus instrucciones. Y, como españoles y mescaleros pueden contemplar, no lo hace. Así que sigamos adelante.

Ledesma golpeó con las rodillas los flancos de su caballo y lo hizo caminar muy lentamente hacia el pecarí. El resto de los hombres miraba. Poco a poco, sin efectuar sonido alguno, el sargento cargó, en cuatro hábiles maniobras, el mosquete. Se lo llevó al hombro, apuntó con esmero y parsimonia, y aguardó el momento propicio para disparar. Disponía de una sola oportunidad. Salvo que el pecarí se hallara cojo o impedido para la carrera, si la bala no lo abatía, huiría al escuchar la detonación. Se perdería entre los matojos y la hierba alta y no volverían a verlo jamás.

Un tiro, Ledesma. Un tiro, y la cena estará lista.

En ese preciso instante, el error cometido por el sargento arrojó sus consecuencias. ¿Nos sonríes, español? Pues traga con esto que viene.

Un guerrero de la banda de Domingo Alegre al que todos conocían por el nombre de Palacio, dio un alarido y se lanzó con su caballo hacia el pecarí. Haciendo honor a la verdad, el cabrón era ágil como un puma y espasmódico cual cola de serpiente cercenada de cuajo. En menos de dos segundos y antes de que el pobre pecarí tuviera tiempo para reaccionar, se situó a su lado con una lanza corta en la mano y la clavó con fuerza en el cuello del animal.

Dos cosas hizo mal Palacio: dejó al sargento con un palmo de narices y, sobre todo y más importante, le hurtó el honor, la dignidad y la cena.

O ello pretendió.

Palacio era un hombre nervudo de unos veinticinco años. Quizás estuviera emparentado con el propio Domingo Alegre. O quizás no. Los españoles pensaban que, en la mayor parte de las ocasiones, ni los mismos mescaleros lo sabían a ciencia cierta.

El guerrero apache descabalgó de un salto, desenvainó su puñal y remató con él al pecarí. Acto seguido, se volvió hacia un sargento que comenzaba a bajar su mosquete y le sonrió: ¿Ve, sargento? El pecarí se lo quedan los mescaleros. Serán los mescaleros los que hoy cenarán caliente. Sana competencia, ¿no es así, sargento? Más rápidos y más hábiles los mescaleros. Sí, así es.

Ledesma deslizó con cuidado el percutor del mosquete y procedió a enfundar el arma. Después, ante la expectación general, avanzó, siempre a caballo, muy despacio hacia Palacio. El indio, excitado por el éxito, se volvía alternativamente hacia la pieza y hacia el sargento.

Mírale a los ojos, mescalero. Y deja ya de sonreír al sargento. Él no lo hace y ello debería significar algo para ti.

Gauna experimentó cierta lástima por el guerrero. Seguro que, en el fondo, no era un mal tipo. Bueno, sí, lo era, claro que lo era. Todos los mescaleros son un hatajo de cabrones. Lo sabemos desde mucho antes que Croix cabalgara hasta El Norte y nos contara sus maravillosos planes de pacificación. Pero, dentro de lo que cabe, dentro de lo que es y supone ser un mescalero, Palacio pertenecía al grupo de los buenos chicos. De los que no te perjudican más de lo necesario. De los que actúan más por instinto e inconsciencia que por mala fe.

Son así y no pueden evitarlo.

Nosotros tampoco.

Ledesma se puso a la altura del mescalero y observó cómo este señalaba el pecarí con el dedo índice extendido. Eh, sargento, le he arrebatado la pieza. No se lo tome a mal, pero no debería haberse mofado de Domingo Alegre. Él es el jefe de mi banda. De una banda de apaches mescaleros y, por ello, usted y todos los que son como usted le deben un respeto. El rey de España incluido.

A partir de ahí, todo sucedió en menos de cuatro o cinco segundos. Palacio dejó de señalar al pecarí y alzó su mano hacia el sargento. Pretendía señalarle con el dedo o algo por el estilo. De mala educación, caray, sí. No se señala a un superior. Porque Ledesma es precisamente eso para ti, Palacio: tu sargento.

El sargento lanzó la mano derecha hacia delante, alcanzó la empuñadura de su sable y tiró con fuerza de él para extraerlo de la vaina. Todos escucharon ese sonido inconfundible, majestuoso, excepcional: el filo se separa del metal que lo cubre y queda expuesto al aire.

Brilló al sol de la tarde cuando Ledesma lo hizo girar una sola vez. Hacia arriba, un instante en posición completamente vertical y derecho hacia su objetivo. De un golpe firme, la mano extendida de Palacio quedó amputada a la altura de la muñeca. El mescalero se la miró sorprendido y una mueca de espanto, de auténtico horror desolado, afloró a su rostro cuando un grueso y espeso chorro de sangre comenzó a brotar de la herida.

Ledesma envainó y dijo así que aquí quedaba todo. Que el castigo finalizaba en este lugar y que no iría más allá. No te morirás, Palacio. De hecho, puede que todavía llegues muy lejos en tu banda. Dentro de unos años, Alegre estará obligado a dejar la jefatura y tú y tu muñón no os veréis mal situados para disputar el puesto al resto de los guerreros. A no todos los mescaleros les corta una mano un sargento del ejército español. Y no todos los mescaleros, desde luego, serán capaces de exhibir con tanto orgullo como tú una herida semejante.

Recuerda a Tuerto. Con solo un ojo, llegó a ser el hijo de perra más grande que hemos conocido en años. Uno de ellos, al menos. Haz carrera y no desesperes, Palacio. Te hemos hecho un favor.

El sargento, mientras Palacio regresaba, dando tumbos, en dirección hacia el grupo, se acercó al pecarí, se agachó y lo agarró por las fauces. Pesaba como un condenado, pero Ledesma era joven y sabía que el teniente se hallaba observando: tiró con fuerza hacia arriba y logró alzar la pieza hasta la grupa del caballo.

—¡Alegre! —gritó—. ¡Capitán Alegre!

Domingo Alegre miró a Ledesma. Se hallaban a unos veinte pasos de distancia el uno del otro. El aspecto bonachón y cachazudo del jefe mescalero se había disipado por completo en el preciso instante en el que el sargento seccionó la mano de su chico. ¿Sabes lo que haces, español?

—Eh, Alegre —insistió Ledesma. Por supuesto que sabía lo que hacía. ¿Acaso había alguien allí que no lo supiera?

El jefe mescalero no respondió. Se limitó a mantener el semblante adusto y a clavarle la mirada a Ledesma. Una mirada que,

en otro tiempo, habría hecho vibrar al soldado más templado del Río Grande. Hoy ya no. Hoy ya no nos impresiona nada, pues os conocemos demasiado bien. Alguno de vosotros debería encender una hoguera para calentar un hierro. Si no cauterizáis pronto esa herida, el pobre patán acabará desangrado.

—Oye, capitán Alegre —continuó Ledesma—. Recuerda lo que te he dicho antes: si aparece otro pecarí, es nuestro. ¿Estamos de acuerdo, capitán? Nuestro. De los cabrones que visten cuera, ¿entendido? Si uno de tus hombres ataca mi presa, el tajazo, esta vez, no irá a la mano.

Al cuello, Alegre. Al cuello.

Ledesma empujaba muy despacio su caballo hacia el grupo. Cuando se halló al lado de Grijalva, soltó el pecarí y lo dejó caer a tierra.

—Te toca, Grijalva.

—A la orden, sargento.

El dragón descabalgó y asió con una mano la pieza mientras que, con la otra, desenvainaba su cuchillo. En menos de diez minutos lo habría desollado por completo y lo habría cortado en dos o tres pedazos mucho más manejables. El sol continuaba alto en el cielo y aún cabalgarían durante varias horas más.

El resto, atento. Gauna seguía mascando su medio cigarro apagado. Había observado la escena sin perder un detalle y se sorprendía por la contención de los mescaleros. Contempló cómo varios hombres de Alegre echaban pie a tierra y lo disponían todo para curar al herido. Para un mescalero, aquello no era más que un pequeño inconveniente que quedaría saldado en media hora. A Palacio le dolería la mano durante unos días, pero se tragaría el dolor, que es lo que un mescalero hecho y derecho ha de hacer. Mantener el pico cerrado y no humillarse ante los españoles.

Tiempo habría para resarcimientos. Porque lo habría y Gauna cada vez estaba más seguro de ello. Ledesma y él lo habían hablado en la primera noche tras la partida del presidio: ¿son lo que parece, sargento?

Ni lo sueñe, teniente.

* * *

No, nada es lo que parece. Solo que, todavía, Muñoz y Herrán no lo saben. Pero descuida: más pronto que tarde se darán cuenta. Porque nadie permanece en el limbo durante tanto tiempo, ¿comprendes?

Alonso y sus guerreros se mantuvieron entre los muros del presidio durante dos días y dos noches. Ni se movieron. Quietos. Quietos en el sentido literal de la palabra: amanecía, abandonaban las estancias y se sentaban a la sombra de la plataforma. Horas y horas. Viendo el tiempo pasar. Viéndolo al modo apache de concebir el mundo: sucedemos cada vez que somos viento, tierra y orgullo; el resto es espera.

Esperaron. Y el coronel y el capitán con ellos.

—¿Qué piensa al respecto, coronel? —preguntó Herrán mientras servía sendos y generosos tragos de mezcal. Se hallaban sentados en la estrecha capitanía. Ojos para Alonso, y los soldados en los puestos de vigilancia. ¡Si se mueven, advertid!

—No sé qué decirle, capitán… —respondió Muñoz al tiempo que observaba el contenido de su vaso. El mezcal había llegado el día anterior desde Chihuahua. Junto a suministros para una semana. No pasa hambre nadie en El Norte. Ellos tampoco.

Ellos tampoco.

—Por lo menos, aquí se está bien —dijo Herrán, al que la fresca penumbra de la capitanía le bastaba para considerar al mundo como un lugar habitable. Los hombres que pasan mucho tiempo aguardando un traslado que jamás llega, terminan por agarrarse a un clavo ardiendo. A una vana ilusión. A la primera idiotez que se les pasa por la cabeza.

—No se está mal.

Y durante diez largos minutos no dijeron nada. Bebieron en silencio, agotaron el contenido de los vasos y Herrán sirvió una nueva ronda. A la salud del comandante general Croix.

—¿Y ahora? —preguntó, de improviso, el capitán.

—¿Ahora?

—Ahora, coronel. ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

—Aguardaremos a que la expedición regrese del Gila. Es una campaña importante y…

Herrán, en un estilo impropio de él, interrumpió a Muñoz:

—Quiero decir que… Bueno, lo del Gila está bien. Debemos castigar a los chiricahuas. Pero yo iba más allá en mi pregunta, ¿me sigue? Lo que quiero saber es qué va a hacer usted ahora. ¿Permanecerá en El Norte?

Muñoz miró huraño el fondo de su vaso.

—Los mescaleros no están pacificados —dijo.

—Tampoco en guerra.

—Ni en paz.

En territorio de nadie. Que es lo peor que le puede suceder a un oficial del rango de Muñoz. Tenía un encargo: intente pacificar las tierras del Río Grande y regrese a Chihuahua para informar; sea cual sea el resultado obtenido, nos haremos cargo de que ha hecho lo que ha estado en su mano.

¿Y cuál sería ahora el informe? Que ni sí, ni no, ni nada que se le parezca. No hay paz en el Grande, tampoco hay guerra y en absoluto existe una confianza mínima entre mescaleros y españoles. Y eso que, bien lo sabe Dios, lo hemos intentado todo con ellos. Pero no se doblegan. Es decir, sí, sí que lo hacen. Se doblegan y se mantienen erguidos al mismo tiempo. ¿Cómo expones esto por escrito? ¿Cómo se lo cuentas a Croix, que sabe en torno a los apaches lo que ha podido atisbar a través del grueso cerco de dragones que siempre le protege? Y más aún: ¿Cómo diablos logras que los tipos de la España europea comprendan que todo aquí resulta endiabladamente enrevesado y que, además, nunca lograremos que sea de otra forma?

Ni aunque los bauticemos en ríos de agua bendita. Son lo que son y su naturaleza es inmutable.

—Quizás en el futuro… —comenzó a argüir, sin demasiado énfasis, Muñoz.

—¿Futuro, coronel?

—Sírvame otro trago, por favor, capitán.

—Desde luego, coronel.

—Buen mezcal.

—No lo dude.

De hecho, es prácticamente lo único acerca de lo que no dudamos.

—Capitán, ¿puedo hacerle una pregunta? En confianza, me refiero…

—Por supuesto, coronel. Adelante.

—Usted lleva aquí mucho más tiempo que yo.

—La respuesta es afirmativa.

—Aún no he formulado la pregunta.

—Pero llegado este punto, solo resta una por hacer.

—¿Usted cree?

—No le quepa duda, coronel. Si yo estuviera dentro de su pellejo, no habría otro pensamiento que me atormentara más: ¿hemos fracasado?

—Y la respuesta es…

—Estrepitosamente. Pero descuide, que las cosas de El Norte, en El Norte quedan. No nos degradarán ni nos castigarán por esto. La misión que Croix le encargó, entre usted y yo, coronel, partía de un presupuesto equivocado.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. El más errado de todos. Ese que sostiene que los apaches pueden ser domesticados. Encerrados, civilizados, amansados, pacificados. No, no se puede. Siento que haya perdido un año de su vida en este lugar, coronel…

—No lo he perdido. O no del todo…

—¿Porque no nos atacan?

—Sin duda. No hace demasiados años, esos mescaleros que ahora están tumbados a la sombra en plena plaza del presidio, a treinta pasos de donde usted y yo nos hallamos, suponían nuestro más cruel enemigo. Afirmo lo mismo sobre los que asisten, en la campaña del Gila, al teniente Gauna: enemigos antaño, aliados hoy. Significa un gran avance, capitán.

Herrán frunció el ceño y volvió a servir mezcal en los vasos. La frescura de la capitanía se escapaba por las rendijas y comenzaba a hacer calor allí dentro. El capitán observó la frente perlada de sudor de Muñoz. El cabello ensortijado comenzaba a pegársele a la piel.

—Significaría —dijo, lento y flemático, el capitán—, si algo de lo que usted ha expuesto fuera verdad.

Al final, resultará que el hombre que nada sabe es el más sabio de todos. ¿Absurdo? Naturalmente. ¿Absurdo en los territorios del salvaje Río Grande? No pongas la mano en el fuego.

* * *

El mezcal y el calor hicieron efecto en los dos oficiales y al cabo de media hora se hallaban dormitando en sus sillas. La tarde perezosa cae sin prisa. El tiempo se ralentiza hasta casi detenerse y nada sucede: cesan los ruidos de los animales, cesan las conversaciones, cesan las miradas.

Cesa todo, excepto el sentido apache de la existencia.

—¡Coronel! —exclamó un soldado, entrando en la capitanía sin llamar antes a la puerta.

Muñoz se sobresaltó tanto que dio un respingo en su silla. Notó cómo un hilillo de baba se le escurría por la comisura de los labios y se lo secó con la manga de la casaca.

—Qué sucede… —titubeó sin comprender del todo. Miró a Herrán, que seguía dormitando felizmente con los dedos de las manos entrecruzados sobre su panza.

—¡Se marchan, coronel!

—Quién se marcha…

¿A quién nos ha mandado usted vigilar? Por todos los santos, coronel…

—Diablos, sí —añadió rápidamente Muñoz. No está de más ahorrarte la humillación de que un subordinado te tenga que explicar, con todo detalle, quién eres, qué haces aquí y cuáles son las órdenes que has repartido ni dos horas atrás—. ¿Cuándo ha sucedido, soldado?

—Ahora mismo —replicó el dragón—. Fue de improviso, coronel. Se pusieron en pie, caminaron hasta el lugar donde ataban sus caballos y saltaron sobre ellos. Sin cruzar una sola palabra, coronel.

—No puede ser.

—Se lo juro por mi vida, coronel.

Muñoz hizo una pequeña pausa para pensar.

—De acuerdo —dijo—. Reúne una docena de dragones. Armas, sables y todo el equipo completo. Que os den munición en la armería. ¡Vamos, apresúrate! Di que lo manda el coronel.

—¡A la orden!

El dragón abandonó la estancia y Muñoz todavía se demoró un par de minutos más. El efecto del mezcal todavía no había cesado, pero se mantendría a lomos de su caballo. Eso o él mismo se arrestaba antes de que cayera la noche.

—Capitán —dijo en voz baja. Y al no obtener respuesta alguna, aumentó el volumen de su voz—: ¡Capitán!

No es bonito descubrir que hombres que tiempo atrás fueron bravos se han transmutado en viejos carcamales. ¡Capitán!

—Qué… —respondió Herrán, abriendo los ojos y mirando nerviosamente en todas direcciones. Como el que despierta y no recuerda dónde está.

—Vaya a por su cuera y sus espuelas. Partimos.

* * *

Esta vez, Alonso y sus guerreros avanzaron hacia el noroeste. Alejándose del Grande, pero no demasiado.

Ahí sí que tenemos ranchos. Y unos cuantos. De esos que nuestros soldados visitan al menos una vez por semana. Muchos de ellos, por no decir que todos, abastecen directamente al presidio: caballos y la mejor carne que podrías echar a la tripa desde aquí hasta Sonora. Garantizado.

Si hay ranchos españoles, mantenemos doblemente abiertos los ojos.

Sin embargo, nada en la actitud de los mescaleros resultaba sospechoso.

—Nos vuelven a sacar de paseo —dijo Herrán.

—Con este maldito calor que hace… —replicó Muñoz.

Los dragones no decían nada. Miraban en silencio y chasqueaban, de cuando en cuando, la lengua. Es para que el caballo no se detenga. Y para que el tío que cabalga a tu lado se dé cuenta de que tú te das cuenta. Una manera de sonreírnos sin hacerlo, ¿sabes? Si Muñoz se entera, nos arresta hasta Navidad.

Pero cierta gracia sí que tenía… Dos tipos viejos, sudorosos y con más mezcal en el cuerpo del que sería recomendable se lanzan a perseguir a varios guerreros mescaleros en pleno territorio mescalero. Menos mal que vamos despacio. De lo contrario, se nos desnucan. Y a ver qué le contamos al teniente Gauna cuando regrese del Gila.

Si es que los perseguimos. Porque, ¿acaso alguien cree que los mescaleros no nos han avistado?

—¿Distingue algo, capitán? —preguntó Muñoz, y se pasó un pañuelo blanco por la nuca.

—Cuento varios jinetes —respondió, demasiado seguro de sí mismo, Herrán—. Cuatro, cinco…, yo diría que seis.

—¿Soldado? —se dirigió Muñoz a uno de los dragones que cabalgaba a su lado. La pregunta se la había dirigido primero a Herrán por una cuestión de pura cortesía. Pero la respuesta la aguardaba de los dragones.

—Hay siete jinetes, coronel —contestó el soldado, tratando de no parecer taxativo. Habría dado igual: el capitán no era hombre que, a estas alturas, fuera a ofenderse por naderías. ¿Que son siete, muchacho? Gracias por la corrección y que el Señor te conserve la vista—. Pero a ratos parece que solo hay cinco.

—¿Cómo puede ser? —inquirió, más o menos interesado, Muñoz. Se daba tres horas de plazo para soportar aquello. Si para entonces Alonso no había dado media vuelta y regresado al presidio, el coronel suspendería la persecución. O aquello que ellos llamaban persecución, pero que no era sino una triste pantomima.

—No lo sé, coronel —respondió el dragón—. Supongo que tiene que ver con el modo con el que se alinean…

—Será eso.

—Aunque no estoy seguro, coronel.

A ver, soldado. Puede que tú seas joven y no notes el insoportable calor en tus carnes. Puede que a ti no te moleste la cuera ni que te aprieten las botas. Pero, muchacho, date cuenta de que cabalgas con un cabrón que porta galones de coronel. Es muy improbable que, una vez que Muñoz salga de tu vida, vuelvas a contemplar, con tus propios ojos, a un oficial de tan alta graduación. De manera que, soldado, ve, ¡por el amor de Dios!, al grano.

—¿De qué no estás seguro?

—Discúlpeme si titubeo, coronel. Pero es que hace un rato distinguí claramente a Seisdedos y a Marinero. Se hallaban junto a Trapote y a Alonso. Cabalgando juntos, como el otro día. Y, por un momento, he dejado de verlos… ¡Oh, mire! ¡Ahí están!

—¿Son ellos?

—Diría que sí, coronel.

Muñoz realizó un esfuerzo sobrehumano para erguirse en la montura. Herrán hizo lo propio y ambos oficiales entornaron sus ojos para no perder detalle.

—Lo cierto es que mi vista ya no es la que era —confesó el capitán—. A semejante distancia, solo acierto a divisar un grupito algo borroso.

Lo dice el hombre que ni cinco minutos atrás había declarado, muy seguro de sí mismo, que en el horizonte había seis mescaleros. Buenos estamos.

Muñoz comenzaba a impacientarse.

—¿Cuántos hay, soldado? Quiero una cifra y quiero que sea exacta. ¿Cuántos?

—Siete jinetes, coronel.

Muñoz se volvió al resto de los dragones. Menos chasquear las lenguas y más contar. ¿Cuántos de esos hijos de puta hay en el horizonte?

—Siete.

De acuerdo, sigamos cabalgando.

Pero media hora después, el soldado que avanzaba junto a Muñoz volvió a hablar. Podría haberse callado pero, qué diablos: si le caes bien a todo un coronel, puede que sea cuestión de un par de años que te llegue el ascenso a sargento. Que es mucho más de lo que cualquiera de nosotros soñaría.

Entorna la mirada y esfuérzate por atinar.

—Cinco, coronel.

—Qué cojones…

—Cinco, coronel. Estoy completamente seguro de lo que digo.

Muñoz ni se molestó en mirar. Estiró un poco el cuello, volvió a secarse el sudor con su pañuelo y se rascó una axila.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Marinero y Seisdedos.

—¿Seguro?

—Sin la menor duda, coronel. Marinero y Seisdedos no cabalgan con el grupo del jefe Alonso.

—Joder.

—Sí, coronel.

—¿Adónde coño han ido? ¿Y por qué no nos hemos dado cuenta?

—No lo sé, coronel. Estamos demasiado lejos y hace mucho calor, coronel.

Y el calor hace que la tierra tiemble frente a nosotros. Ves y, al mismo tiempo, crees ver. Y porque crees que crees, desdeñas. Ha sido siempre así.

—Continuemos.

—Sí, coronel.

Herrán se volvió hacia Muñoz.

—¿Y si apretamos un poco el paso?

¿Para qué? ¿Para darles alcance? En primer lugar, no es seguro que nos lo permitan. Y en segundo y más importante aún: si lo logramos, ¿qué carajo les preguntaríamos? Eh, mescaleros, ¿no cabalgaban Seisdedos y Marinero por aquí? ¿No? ¿Estáis completamente seguros? Vaya, habríamos jurado que sí… En fin, serán cosas nuestras.

—Mejor seguimos a nuestro paso, capitán.

—Como juzgue conveniente, coronel.

Restaban unas cuatro horas para que se pusiera el sol. Hallaron un pequeño pozo con agua y se detuvieron un rato para que los caballos bebieran. Por suerte, los efectos del mezcal se habían disipado en Muñoz y el coronel volvía a pensar con lucidez. Con toda la lucidez que aquel maldito e inclemente calor permitía, claro…

—Capitán…

—Diga, coronel.

—Hace un rato, en la capitanía, he dejado una pregunta sin respuesta.

—Pues si le soy sincero, no recuerdo que…

—Usted me preguntó si abandonaría pronto el presidio.

—Oh, sí, es cierto. Espero que no le incomodara. Yo…

—Descuide, capitán. La pregunta no me molesta nada en absoluto. Pero la dejé sin contestar.

—Le escucho, coronel.

—Vine con la intención de realizar un trabajo y no me iré hasta que lo haya concluido.

—¿Y si no logra la paz?

—Lograré una respuesta. Es todo lo que necesito. Pero hasta que ese momento llegue, no me moveré de aquí.

De pronto, el dragón que cabalgaba junto a Muñoz exclamó:

—¡Ahí están, coronel!

—¿Los ves, soldado?

—¡Sí, coronel! ¡A los siete!

—¿Marinero y Seisdedos incluidos?

—No me cabe duda alguna. Son aquellos dos jinetes que cabalgan al trote tras los otros cinco.

Muñoz probó suerte. Entornó los ojos, se hizo sombra situando la mano sobre las cejas y oteó la gran llanura.

—Sí, me parece que los veo —dijo.

—Dos hombres acercándose sin prisa hacia el lugar donde están los demás.

Dos hombres a los que hemos perdido de vista durante un buen rato. ¿Qué era lo que debíamos hacer? Tenerlos siempre vigilados. ¿En qué nos estamos equivocando? En todo.

Empezando por esa singular teoría acerca de la mano izquierda. Trátalos con complacencia y lograrás asombrosos resultados. Paz a cambio de comida, techo y buenos modales.

Nos está saliendo redondo.

* * *

A veces, pones unas cuantas leguas de por medio y comienzas a ver las cosas de otra manera. Ya no estaban en El Norte y aquí ya no mandaba el coronel Muñoz. Un buen tipo, sabe Dios que sí. Y guiado por buenas intenciones que, a la larga, es lo que apreciamos de la gente. Pero estamos en el Río Grande. Y en el Río Grande, como en toda la frontera norte de Nueva España, las cosas son y suceden de una forma muy distinta. Aquí, te guste o no, hay apaches. Y los apaches, te guste o no, se comportan siempre como tales.

No se les puede cambiar. Aunque lo parezca.

Llevaban un largo año tomándoles el pelo. Esa y no otra era la conclusión a la que habían llegado Gauna y Ledesma. Por su cuenta y riesgo y sin contar para ello, por supuesto, con el coronel. Los mescaleros no habían hecho nada distinto de aprovecharse del presidio. Recibir víveres a cambio de vagas promesas y no someterse jamás a la disciplina del capitán. Que, nos guste o no, es quien ostenta el mando en El Norte. Y al que todos debemos respeto y obediencia.

No vamos a cambiar siglos de tradición por cuatro mescaleros vagos y oportunistas, ¿no? ¿Qué pretenden? ¿Un nuevo ejército para ellos? ¿Uno en el que el servicio sea y no sea al mismo tiempo? ¿Donde hoy sirves como soldado auxiliar y mañana te tomas el día libre para salir a cazar liebres?

Bien, de momento sigamos con el plan previsto. Estamos de campaña y viajamos hacia el noroeste. Hacia las fuentes del río Gila. Hacia los bosques en los que se ocultan los chiricahuas. Mataremos unos cuantos, les enseñaremos los dientes y regresaremos a casa. Es el plan. Es lo que nos disponemos a hacer.

Lo cual no evita que sigamos adelante con nuestro juego. Vamos a descubrir de qué va todo esto. A dejar las cosas claras de una vez y para siempre. Cueste lo que cueste.

—¡Cuéllar! ¡Por mi puta vida, Cuéllar! —exclamó el sargento. Se hallaban a más de cincuenta leguas del presidio. Sobre los caballos. A trote lento. A trote parsimonioso y tocahuevos.

—¡Sargento! —gritó el dragón. Puede que lo hubieran hablado con anterioridad. O puede que no. Pero lo cierto era que la preocupación se aparecía real en el rostro del soldado.

—Me voy a cagar en todos tus muertos, Cuéllar —espetó Ledesma.

—Pero, pero… —balbuceó el dragón—. ¿Qué sucede, sargento?

Todos los hombres de la columna volvieron la mirada hacia el origen de las voces. Cuando cabalgas en silencio día tras día, hasta el sonido que produce un tío rascándose la espalda adquiere su interés. Su emoción. Su cosa.

—¡Has perdido el mosquete, cabrón! —soltó, a bocajarro, el sargento.

A Cuéllar casi le da un pasmo. Allí mismo, sobre su montura. Se cae de espaldas, alguien salta para reconocerlo y da la mala noticia: Cuéllar ha pasado a mejor vida.

Por suerte para el dragón, no tuvo más que girar la cabeza hacia la funda de su arma y comprobar que seguía allí. Donde siempre había estado y de donde no se había movido desde que partieran de El Norte.

—Pero, sargento, si mi mosquete está en la funda y…

—¡Cierra el pico, gañán! ¡Pierdes el puto mosquete y ahora, además, quieres tocarme los huevos! Porque eso es lo que quieres, ¿verdad, Cuéllar?

No, no lo habían ensayado. El dragón, por mucho que practicase, jamás podría dibujar voluntariamente aquella mueca que ahora amargaba su semblante. ¿Pero qué dice el sargento? Si mi mosquete está donde debe… Bien guardado en su funda…

—A no ser que —continuó Ledesma, asegurándose de que el volumen de su voz fuera el adecuado para que todos le escucharan alto y claro— te lo hayan robado.

Cuéllar miró al sargento. El sargento le clavó sus ojos en el entrecejo. Esa sonrisa que no es tal y que solo lo simula. El gesto. La pericia. Una advertencia nítida: esto es lo que parece que es y en lo que tú estás pensando.

Comprendido.

Durante un par de segundos, los dragones se observaron con atención. Gauna no movía una ceja y se limitaba a aguardar acontecimientos. La marcha, casi de forma imperceptible para todos, se había detenido. Algunos mescaleros, más por curiosidad que por otra cosa, se adelantaron un poco y rodearon al grupo de españoles. Perfecto, porque es bonito no perderse detalle. Suceda lo que suceda.

—¡Tu puta madre, Cuéllar! —exclamó Ledesma.

—Pero sargento… —protestó el dragón.

—Tu puta madre, Cuéllar —repitió, silabeando con mala baba, Ledesma—. Te han robado el puto mosquete y ni siquiera te has enterado. Cuando estemos de vuelta en el presidio, una semana de arresto.

—Joder, sargento…

—¡Que te calles, cabrón!

Que selles tus labios y dejes hablar al sargento. Porque el sargento va a hablar. Lo va a hacer y tiene muchas cosas que decir.

—Lo bueno de estar en el último infierno —rugió roncamente Ledesma— es que estás en el último infierno. Hay lo que hay y los maricones que te rodean día y noche son los únicos maricones que cuentan. Porque, puta vida la mía, me ha tocado servir rodeado de maricones de mierda. Joder que sí. Pero no me importa porque yo estoy aquí para hacer lo que tengo que hacer. Esto es España, mirad mis galones, maricones. Esto es España y ahora alguien va a pagarlo muy caro.

Entornó los ojos y apretó los muslos sobre su caballo para crisparlo. El animal relinchó algo asustado. Deberíais tomar ejemplo de él. Id asustándoos un poco porque algo va a pasar y un mescalero terminará pagando por ello. Sí, uno. El sargento ya lo había decidido. Aquello tenía que pasar a mayores. Se lo había sugerido un rato antes al teniente y el teniente había dado su aprobación. Por probar, nada se pierde.

Un mescalero va a morir. No ha robado el mosquete, pero va a morir igualmente. De hecho, Ledesma ya ha decidido cuál.

—Lo voy a preguntar una sola vez —dijo Ledesma—. Una sola, ¿de acuerdo?

Hablaba sin dirigirse a nadie en particular pero, ¿quién robaría allí un mosquete? Cada uno de los españoles tiene ya el suyo… Ata cabos. Y hazlo rápido.

Domingo Alegre se inquietó en su montura. Estaba algo retrasado respecto a Ledesma, pero ya habían cruzado sus miradas en un par de ocasiones. El sargento se la sostuvo al mescalero y el

mescalero hizo lo propio. Fue Ledesma quien cedió: no me das miedo, Alegre; mira mi cara y comprende que así es.

—¿Quién ha robado el mosquete de Cuéllar? —preguntó en voz alta Ledesma.

El mosquete cuya culata estaba a la vista de todos. En su funda. Perfectamente limpio y preparado para ser utilizado.

—Advierto que, por esta vez, lo dejaré pasar —continuó el sargento—. No castigaré al bastardo que ha robado el arma de un soldado español. Estamos muy lejos de casa y esa arma supone la diferencia entre estar vivo y no estarlo pero, como ya digo, por esta vez, haré la vista gorda. ¿Sabéis qué significa esto? ¿Comprendéis qué es hacer la vista gorda? Supongo que sí. Habéis pasado tanto tiempo junto a nosotros en el último año que hasta el más retardado de vosotros habrá aprendido los recovecos de nuestro idioma.

Hará la vista gorda. Si ahora un mescalero da un paso al frente y entrega el mosquete sustraído, Ledesma no se lo tendrá en cuenta. Es un buen trato y cualquiera que lo hubiera robado, debería acogerse a él. A fin de cuentas, están muy lejos de cualquier parte y, tarde o temprano, el ladrón será descubierto. Sería. Si lo hubiera.

Pero, ¿cómo alguien va a reconocerse culpable de algo que no ha hecho? Si un español no se prestaría a algo así, un mescalero mil veces menos. ¿Mancillar tu orgullo por nada? ¿Aceptar una humillación decididamente inmerecida? Jódete, sargento. Nosotros no hemos hecho nada malo. Esta vez, no.

Ledesma barrió al grupo con su mirada. Nadie había echado pie a tierra y hasta para los hombres más retrasados de la columna tuvo un instante el sargento. ¿Has sido tú, cabrón? ¿Tú le has robado el mosquete a Cuéllar?

—Sargento —dijo, de pronto, Patule.

—¿Qué coño pasa, jefe Patule? —bufó Ledesma. Pocos miramientos con tipos que aguardan siempre un trato sin mácula.

—El mosquete de Cuéllar… —comenzó a decir Patule.

Está en su funda. Sí, lo sabemos. Todos lo sabemos. ¿Y qué?

—¡A callar, hijo de puta! —rugió Ledesma. Esta es la manera en la que hacemos que nuestro corazón lata más deprisa. Mucho más deprisa. Patule el Grande ha sido insultado por el sargento. De modo directo y sin ambages. A callar, mescalero.

Patule no respondió. De alguna forma, no sabía cómo hacerlo. Es decir, sí, sí que lo sabía: en ese momento, debía empuñar su arma y acabar con el hombre que acababa de convertirse en su adversario; en su enemigo; con el sargento.

¿Estaba Patule dispuesto a hacer algo así? ¿Lo estaban el resto de los jefes? Si lo hacían, ya no existiría posibilidad alguna de dar marcha atrás. Ataca al sargento y sus dragones presentarán batalla. Sabes, Patule, que muchos de vosotros podríais no contarlo. Los mescaleros sois más, pero la proporción de tres a uno no compensa la superioridad de las armas que blanden los españoles.

Patule optó por tragar saliva y acceder al mandato del sargento. A callar, hijo de puta.

—¿Y bien? —preguntó Ledesma. Se marcaban las venas en su cuello—. ¿Nadie va a tener la gallardía de reconocer su delito? ¿Así nos pagáis todo lo que hemos hecho por vosotros?

Y en esta pregunta había mucha más enjundia de lo que cualquiera podría pensar: ¿Así nos lo pagáis, malditos?

Ledesma tiró de las riendas de su caballo y lo encaminó hacia el grupo de mescaleros. Algunos apartaban las monturas para dejarle pasar y otros no. A estos últimos, Ledesma los empujaba sin miramientos. Los animales de la caballería española no se detienen ante los obstáculos. Nuestro buen esfuerzo nos cuesta que se comporten así, ¿sabéis? Que vean al jinete enemigo y que, a pesar de ello, avancen hacia él. Contra él.

Prácticamente a codazos, el sargento se acercó hasta el lugar donde se hallaba un hombre de la banda de Patule el Grande llamado Segundo Lejano. No era el más joven, ni el más listo, ni el más hábil. Era uno más y era mescalero. Y, según las informaciones que Ledesma manejaba, nadie en su banda estaba emparentado con él. Se le habrían ido muriendo todos… Quién sabe. Lo que estaba

claro para el sargento era que en Lejano tenía a su hombre. Sí, apache, vas a morir. Te ha tocado. Mala suerte, pero no será un deshonor para ti. Esto te lo garantizamos. ¿Que por qué mueres si no has hecho nada? No, no has hecho nada. No en este preciso instante. Pero, ¿y en cualquier otro momento?

Responded a esto, mescaleros: ¿pondríais la mano en el fuego por vuestra continua e inquebrantable inocencia? Ni hablar. No lo haríais porque sabéis que os abrasaríais.

El sargento pensó en Mesa y en Sáenz. Los dos dragones que había perdido en el último año. Sus dos dragones. Había llegado el momento de rendirles tributo. Ahí os va un hijo de puta, chavales. A vuestra salud.

—Dame el mosquete —dijo Ledesma, encarando con la mirada a Segundo Lejano.

El mescalero mostró cierta sorpresa durante un minúsculo instante. Muy pequeño. Después, torció el gesto y miró de reojo al jefe de su banda.

—Dame el puto mosquete —insistió Ledesma. Se hallaba rodeado de mescaleros a caballo y sus soldados habían quedado un poco atrás. Atrapados en un denso grupo de hombres y monturas que cada vez se cerraba más y más sobre sí mismo.

—Yo no tengo el mosquete —dijo Lejano. Hablaba un buen español. Como la mayor parte allí. Si has de vivir de los suministros que llegan de Chihuahua, has de aprender el modo de pedirlos. De, dado el caso, exigirlos porque es tu derecho natural.

—Sí que lo tienes, cabrón. Dámelo.

Ledesma no quitaba ojo al mescalero y el mescalero no se achicaba. Se oían los relinchos de los caballos y algunos murmullos en voz muy baja. El calor era tal que parecía que el cielo iba a desplomárseles sobre las cabezas.

—Yo no he robado —sentenció Segundo Lejano.

El sargento reaccionó rápido:

—¿No lo has hecho ahora o no lo has hecho nunca?

—Yo no he robado —repitió Lejano.

—Eso ya te lo he oído antes, gilipollas. Ahora dame el mosquete de Cuéllar. Vamos, rata miserable. ¡Obedece!

—Yo no tengo el mosquete. Yo no he robado.

El mescalero tendría unos veinte años más que Ledesma aunque el sargento le superaba en peso, impulso y mal humor. Debe de ser por la diferencia de caracteres. Por lo que nos configura como razas. Como naciones. Como lo que sea. Tú te yergues en tu caballo y haces del orgullo una obsesión. Yo encorvo la espalda hacia delante y mantengo mis manos siempre cerca de las armas. Apuesta qué, a la larga, resulta más efectivo.

Ledesma deslizó una de sus botas fuera del estribo y balanceó todo su cuerpo hacia el lado contrario. Tomó impulso, respiró hondo y, con las manos desnudas, se abalanzó sobre Lejano. Durante un fugaz instante, los dos hombres mantuvieron el equilibrio sobre el caballo del mescalero. Durante un instante, porque pronto el sargento logró que la espalda de Lejano se torciera hacia atrás y, de esta forma, se deslizara hacia el suelo.

Si caes de un caballo en plena lucha, que sea el otro el que soporte el impacto.

Segundo Lejano recibió un golpe en la nuca que lo aturdió brevemente. Después, abrió los ojos y vio al sargento sentado a horcajadas sobre su pecho. Había muchas patas de caballos nerviosos rodeándoles. Hombres que, desde arriba, gritaban en jerga incomprensible.

Y el sargento le sonrió. Mira, Lejano, sé que tú no tienes el mosquete de Cuéllar. De hecho, el mosquete de Cuéllar se halla en la funda del caballo de Cuéllar. Siempre ha estado ahí. Pero ahora vas a morir. Y lo vas a hacer porque estamos hartos de vosotros. Hasta los cojones, Lejano. Te ha tocado. Podría haber sido otro, pero eres tú. Aquí y ahora.

Ledesma sujetó su muñeca derecha con la mano izquierda. Acto seguido, empujó el brazo izquierdo hacia arriba y se preparó. El golpe era rápido y no demasiado doloroso: el codo del brazo derecho

cayó con inusitada fuerza sobre la parte superior de la nariz de Segundo Lejano y fracturó el hueso.

Ni tan siquiera sangras en exceso. El impacto del codazo te atonta y el hueso se te clava en el cerebro. Dependiendo de la habilidad de quien golpea, puede que un hilillo de moco gris comience a resbalar por tu rostro. No te preocupes. O hazlo. De una forma o de otra, poco importa para ti: estás irremisiblemente muerto.

Lejano aflojó todos sus músculos y quedó tendido en el suelo. Dos guerreros de su banda desmontaron y se inclinaron sobre él. Dijeron algo en la lengua de los mescaleros y Patule respondió con un monosílabo. Después, habló Domingo Alegre. Volante y algunos más. Ninguno en tono desafiante y sí en el propio de quien ha sido testigo de algo que no se esperaba.

Los ocho dragones del sargento Ledesma tenían la mano en la empuñadura de los sables. Un movimiento extraño y los desenvainarían. Le cubrimos, sargento.

Sin embargo, nada sucedió. Los mescaleros recogieron el cuerpo sin vida de Lejano y lo envolvieron en una piel. Después, lo ataron boca abajo en su caballo y se dispusieron a reanudar la marcha como si nada hubiera pasado.

Gauna y Ledesma, a la cabeza del grupo de soldados, observaron a los apaches. Al final, tendremos razón.

* * *

El primero de los dos rancheros llegó de par de mañana. Alto, enjuto, con más miedo que indignación en el rostro.

—¿Tú quieres hablar con el coronel? —le espetó uno de los dragones de guardia.

Llevas veintitrés años deslomándote en el Río Grande para que ahora un pollo se te suba a las barbas. Ojo, soldado, que yo soy de aquí y tú estás de paso.

—Al coronel, sí —respondió el ranchero. Había llegado a lomos de un caballo joven y brillante. Un ejemplar magnífico. ¿No es este el tipo que cría para el presidio? Caray, sí, lo es. ¿Cómo se llamaba? Diablos, ¿cómo se llamaba? Unos animales espléndidos. Nos vende una veintena cada año y con ello saca adelante a su prole. ¿Cómo se llamaba este tipo, por Dios?

—Joaquín Zafra, para servirle —dijo el ranchero sumisamente. Tez clara, sangre escasamente mezclada. Mirada directa y sencilla. Un abuelo mío sirvió como dragón en esta misma tierra. Después, abandonó el ejército y fundó el rancho. El rancho que mi padre heredó de él y que yo heredé de mi padre. Si has salido de campaña, soldado, es muy posible que lo hayas hecho sobre uno de los animales que yo crie. ¿Percibes esa limpieza en el trote? ¿Ese paso elegante? ¿La potencia continuada en el galope a tumba abierta? ¿Sí? Pues es Zafra quien hace posible todo eso. El coronel, si eres tan amable.

—Aguarda aquí.

—Lo que usted diga.

Aguardó, pero no mucho. Muñoz deseaba que sucedieran cosas. De cualquier tipo, pero cosas: avancemos de una santa vez. Adonde Dios nos quiera llevar, pero ¡avancemos!

—¿Qué se te ofrece? —preguntó Muñoz.

Se encontraban en un rincón de la plaza del presidio. A la sombra de la plataforma, que es el único lugar donde uno puede permanecer durante más de cinco minutos sin que se le asen los sesos.

—Buenas tardes, coronel —dijo el ranchero. Lo bueno del calor, si es que algo de bueno tiene, es que logra que los hombres no se vayan por las ramas—: Me han robado, coronel.

—¿Dices que te llamas…?

—Joaquín Zafra, coronel. Mi rancho está a unas tres leguas de aquí. Dos y media, si vas derecho por el camino de las lomas.

—¿En qué dirección?

—Hacia el noreste. Siempre se ha dicho que es tierra yerma, pero no es verdad. Hay varios pozos de agua que son más que suficientes para el ganado.

—¿Crías caballos?

—Sí, señor. Los mejores del Río Grande. Y no hablo por hablar, coronel. Suministro directamente al presidio, de manera que no tiene usted más que preguntárselo al capitán.

Herrán está durmiendo la siesta. Que alguien vaya y le despierte. Hay que confirmar lo que este hombre dice. Que no es que dudemos, pero mejor asegurarse. Sobre todo, y como Muñoz ya intuye, porque las cosas se van a tornar difíciles. Demos todos los pasos y no nos apresuremos más de la cuenta.

Errores, los hemos cometido a cientos durante el último año. Ahora ha llegado el momento de acertar.

—Así que crías caballos —dijo Muñoz mientras un par de soldados iba a despertar a Herrán.

—Sí, coronel. Todos con el hierro del presidio. Si lo desea, puedo acompañarle a las caballerizas y mostrarle cuáles provienen de mi rancho.

Muñoz se impacientó.

—No, no será preciso.

Enseguida apareció Herrán a paso ligero. Aunque entre los dos oficiales existía una relación de franca camaradería, Muñoz era el coronel y, por lo tanto, ostentaba el mayor rango en la posición. A lo mejor, una vez de regreso en Chihuahua, cuando todo este asunto de la pacificación apache se olvidara por completo, el coronel Muñoz se interesaba por su solicitud de traslado. El capitán Herrán, de El Norte. Un gran oficial al que debemos enviar al sur de inmediato. Resulta incomprensible cómo alguien no ha tomado antes esa decisión.

—Buenas tardes, capitán.

—A sus órdenes, coronel.

—¿Conoce a este hombre, capitán?

—Desde luego, coronel. Es Zafra. Durante el último año usted no ha montado un caballo que no provenga del rancho de Zafra.

El ranchero sonrió tratando de no parecer insolente. Muñoz lo fusiló con una mirada cuyo significado a Zafra no se le escapó: yo tengo que comprobarlo todo porque mía es la responsabilidad absoluta en torno a lo que aquí sucede.

—¿Y bien, Zafra?

Ya lo he dicho una vez, pero lo repetiré de nuevo. Como si las palabras anteriores se las hubiera llevado el viento.

—Me han robado —expresó.

—¿Qué te han robado? —preguntó el coronel.

—Un caballo.

—¿Estás seguro de ello?

—Sí. Es decir, no…

—¿Sí o no?

—Casi sí. No lo puedo asegurar por completo, pero sí, creo que me han robado.

—¿Te han robado o no te han robado?

Hace un calor que ablanda las piedras. ¿Hay delito o no hay delito?

—Me han robado un caballo, coronel —confirmó el ranchero.

—Chiricahuas —susurró Herrán, francamente compungido.

Muñoz se mordió el labio inferior. En un gesto intranquilo, se pasó las palmas de las manos por la casaca y terminó por introducir los dedos pulgares en el cinturón. No contento con esto, deslizó nerviosamente la mano izquierda hacia la empuñadura de su sable envainado y apoyó allí sus dedos gordezuelos.

Si hay un solo chiricahua en treinta leguas a la redonda, me como la hebilla del cinturón. Las botas, las espuelas y la cuera.

—¿Los viste? —preguntó Muñoz.

—Vi sombras.

Aquí todo el mundo ve sombras. Cabalgamos bajo un sol abrasador que apenas nos permite abrir los ojos, pero todos ven sombras.

—¿Qué tipo de sombras?

—De hombres moviéndose con sigilo.

—¿Era de día o de noche?

—De noche, coronel.

—¿De cuántos hombres estamos hablando?

—De dos o tres.

—¿Los oíste hablar entre ellos?

—No, señor.

—¿Ni una sola palabra?

—No, señor. Ni una sola.

—En cambio, viste cómo se movían.

—En las sombras, coronel. Entraron en mi establo y se llevaron uno de mis animales, ¿comprende, coronel? Pasamos mucho miedo, se lo aseguro. Mi esposa todavía tiembla al recordarlo…

—¿Cuánto hace de ese suceso?

—Cuatro días, coronel.

—¿Y has aguardado cuatro días para darnos el aviso?

—No podía dejar a mi familia sola, coronel. Entiéndalo…, estamos aterrados. Nos ha llegado el rumor de que hay apaches chiricahuas rondando las inmediaciones y, como comprenderá, algo así descompone a cualquiera…

Que no hay chiricahuas. Quítatelo de la cabeza, Zafra. Quíteselo, Herrán.

—La guarnición del presidio se está ocupando de ello —declaró, no exento de solemnidad, el capitán.

Lo cual no entusiasmó, que se diga, a Zafra. ¿Están ocupándose de ello? ¿Eso qué significa? A mí me han robado un caballo. ¿Alguien va a pagarme lo que cuesta?

—Al menos, no hubo heridos —dijo Muñoz.

Es verdad, Zafra. No violaron a tu señora ni mataron a tus muchachos. ¿Sabes que Salazar no puede decir lo mismo? Regresa de inmediato a tu rancho, reúne a tu familia y da gracias al Señor por la inmensa fortuna de la que eres dueño.

—Con el debido respeto, coronel —objetó el ranchero, utilizando un tono de voz moderado—, a mí me han robado. Y, que yo sepa, la guarnición de El Norte está aquí para protegerme.

Sonó un poquito insolente, la verdad sea dicha. Te has pasado de la raya, Zafra. Estás frente al coronel y al capitán. No son dos mindundis, ¿te das cuenta? Nadie les habla así. Nadie les dice cuál es su trabajo y, por supuesto, nadie les insinúa que aquel que es su trabajo no se está llevando a cabo de manera satisfactoria.

Por mucho menos que esto, a algunos los echaron a patadas del presidio. Y no hace tantos años de ello.

Sin embargo, Muñoz fingió que no había escuchado estas últimas palabras y Herrán, simplemente, miró al cielo y contempló, maravillado, una gran nube con forma de caderas de mujer.

—Tomo nota —concluyó escuetamente el coronel.

—Muchas gracias —replicó Zafra—. Espero que los atrapen y que les ajusten las cuentas.

—Lo haremos. No dudes de que lo haremos.

—Esos cabrones chiricahuas no se pueden salir con la suya.

—No.

Muñoz se giró y observó la plaza del presidio. Cuatro mujeres de la banda de Alonso habían encendido una fogata debajo de la plataforma y se disponían a asar un enorme trozo de carne en ella. Varios chiquillos mescaleros completamente desnudos corrían ruidosamente de un lado a otro.

Se escuchó el canto de una chicharra.

—Tiene usted esto lleno de indios —observó Zafra justo antes de dar media vuelta y regresar a casa.

De mescaleros. Que asan grandes pedazos de carne a media tarde.

* * *

Nadie sabe qué es cabalgar al norte del Río Grande. Nadie. Hazte con un caballo, consigue agua, víveres y armas y emprende tu propio camino. Así, solo así, quizás comprendas qué significa cuando se habla de viajar hasta las fuentes del Gila. El territorio más peligroso del mundo conocido. La guarida de los apaches chiricahuas. El infierno y, al tiempo, el vergel que a cada hombre que a él llega siempre sorprende.

Árboles del tamaño de montañas. Riscos escarpados. Desfiladeros. Rocas. Piedras verticales que solo la ira de Dios ha podido clavar aquí. Este es el lugar al que nuestro Señor viene a enfurecerse. Donde se desfoga. Donde muestra, porque puede, la mejor y la peor de sus caras. Al mismo tiempo.

La columna de dragones y mescaleros avanzaba en fila de a dos por un sendero en mitad de un frondoso bosque. Llegas desde el silencio y, de pronto y sin previo aviso, los oídos se te llenan de mil imprevisibles sonidos. Los pájaros. Los insectos. Los bichos que se ocultan en la espesura. Las culebras. Los mosquitos. El calor y la humedad.

Y varios cientos de cabrones aguardándonos. ¿Nos habrán avistado ya? ¿Qué opina, sargento? ¿Saben que estamos aquí?

—¡Eh, Volante! —llamó Ledesma, empujando su caballo entre los hombres. Llevaba la cuera muy apretada. El sombrero calado hasta las cejas y la mirada incansable. ¿Están? Dímelo tú, Volante, que seguro que de esto sabes más que nosotros—. ¡Volante, acércate!

Desde lo de Segundo Lejano, el sargento había abandonado los tratamientos de cortesía para los mescaleros. No había jefes y, desde luego, Domingo Alegre ya no era el capitán de guerra. Sois el hatajo de hijos de puta que creemos, y sabemos, que sois. Y así os vamos a tratar hasta que esto reviente de una manera o de otra.

Volante, torso descubierto y mirada torva, se aproximó al sargento. Obediente. Así nos gusta.

—Oye, Volante —dijo Ledesma, echándose hacia delante en su silla. Su tono era amigable. Como el que usas con un tipo al que

conoces vagamente, pero que no te cae mal del todo: es posible que seas una mala pieza, pero, caray, hoy estoy de buen humor—. Respóndeme a una pregunta: ¿crees que ya hemos llegado a territorio chiricahua?

Volante miró al sargento y se mantuvo en silencio. Una actitud que, de verdad, acababa con la paciencia de cualquiera. Mira, Volante, yo pregunto y tú respondes; tú preguntas y yo respondo. Así funcionan las conversaciones entre la gente normal. ¿Piensas que podríamos intentar algo parecido?

—Venga, Volante, que no tengo todo el puto día —insistió Ledesma sin miramientos. No te respeto, Volante. Y, además, quiero que contestes de inmediato cada vez que te dirijo la palabra—. En esto estamos juntos, Volante. No sé si en lo demás también, pero te aseguro que en esto sí: si los chiricahuas nos sorprenden rondando por aquí, nos matan a todos.

Y no queremos que un enjambre de chiricahuas nos destripe a cien leguas de casa, ¿verdad? No, no lo queremos. Así que comienza a hablar, Volante.

—Sí, sargento.

—¿Sí, qué, Volante?

—Sí lo creo. Creo que estamos en territorio chiricahua. Muy cerca del lugar en el que nace el Gila.

Ledesma no pudo evitar un gesto reflejo: alzó la cabeza y observó las copas de los altos árboles que les rodeaban. Gruesos troncos, frondosas ramas, imperceptibles escondrijos. Ahora mismo podemos tener a cincuenta de ellos sobre nuestras cabezas y no darnos ni cuenta.

—Vale —repuso el sargento—. Que tu gente abra bien los ojos. No quiero sorpresas.

Volante no miró a Ledesma y procedió a separarse de él para retornar junto a los suyos.

—¡Abre los putos ojos! —gritó el sargento a la espalda del mescalero.

Acto seguido, tiró de las riendas para acercarse a la vanguardia de la columna. Gauna, Orozco y Grijalva. Esto va por todos. Por usted también, teniente: abramos bien los ojos y no perdamos detalle.

—En realidad, sargento —dijo Gauna, que era el que más canas peinaba allí—, no importa demasiado.

—¿Qué quiere decir, teniente? —preguntó Ledesma.

Gauna contestó con otra pregunta:

—¿Cuántas veces ha venido a este lugar?

—Es mi segunda campaña en el Gila, teniente.

—Para mí es la séptima, sargento. Y créame si le digo que no merece la pena desgañitarnos. Entiéndame… Me parece bien que ordene a los hombres que no bajen la guardia. Que permanezcan atentos y tengan siempre los ojos bien abiertos. Pero…

—No los veremos ni aunque queramos.

—Es usted listo, sargento. Llegará a teniente, se lo aseguro.

Ledesma habría sonreído si hubiera tenido ganas. De hecho, no tenía otro plan en la vida que el expresado por Gauna: ascender primero a alférez y después a teniente. Y en veinte o veinticinco años retirarse a un buen rancho con dos docenas de sumas a su cargo. Una casa enorme, el mejor ganado del Río Grande y seis o siete chiquillos armando jaleo por todas partes. El plan perfecto. Y el que diga que no es que no sabe lo que es bueno en la vida.

Pero ahora lo importante se resumía rápido: que un chiricahua no ataje de cuajo todo tu futuro. Por ello, el sargento se ahorró la sonrisa y se limitó a asentir tras lo señalado por Gauna. Gracias, teniente. Es usted muy amable.

—Manteneos alerta —ordenó a sus dragones. Si están ahí, no los advertiremos. Pero si deciden abalanzarse sobre nosotros, que no sea por absoluta sorpresa.

Cabalgaron durante un par de horas más. A ratos, el bosque se tornaba tan espeso que no lograban ver el sol. Y si no veían el sol, no lograban orientarse adecuadamente. Por suerte, los mescaleros veían cosas para los españoles invisibles: rastros en la hierba,

sendas marcadas por los animales salvajes, restos y marcas que indicaban el camino correcto.

Y olores. Cientos de olores mezclados que impregnaban los sentidos de unos soldados que no se hallaban acostumbrados a aquella exuberancia.

—Echaría un trago de mezcal —dijo un sudoroso Martínez mientras se pasaba la mano por la frente.

Para abotargar un poco el olfato, ¿comprende, sargento? Al principio resulta hasta agradable, pero cuando llevas varias horas cabalgando lento entre estos olores tan intensos, comienzas a sentirte un poco mareado. ¿A usted no le pasa, sargento?

—Nada de tragos —cortó por lo sano Ledesma.

Comprendido. Martínez no insistió, pues sabía que sería inútil. De hecho, su comentario apenas había pasado de ser un deseo expresado en voz alta. ¿Mezcal cuando cabalgamos en territorio enemigo? Todavía se contaban historias de sargentos que habían sido degradados por permitirlo. No, nada de aguardiente en las venas con los chiricahuas tan cerca.

Mucho más cerca de lo que creían. Veinte minutos después, el grupo accedió a un claro en el bosque. Los árboles se separaban de forma tan repentina que Gauna y Ledesma cruzaron una fugaz mirada. Esto es obra de los indios. Talan árboles y crean claros en el bosque para que sus caballos se apacienten. Si están, estarán por aquí.

Estaban, pero no en el modo en el que ellos creían. En un extremo del claro corría un arroyo alegre y rumoroso, pero de escaso caudal en aquella época del año. Junto al arroyo divisaron dos caballos: uno de un intenso negro azulado y el otro castaño y blanco. Un par de estupendos ejemplares que no estaban marcados al fuego ni llevaban arneses de ningún tipo.

Ledesma avanzó en primer lugar con sus dragones y les ordenó que se desplegaran a lo ancho del claro. Y, de pronto, escucharon los gritos y las risas.

El teniente avanzó sobre su caballo y se aseguró de que los soldados le veían desenfundar el mosquete. Todos, de inmediato, le imitaron. Mosquete en la mano derecha y la izquierda al fondo de la alforja de la munición. Un cartucho entre los dedos que va a la boca y que es desgarrado con los dientes. La bala bajo la lengua, un poco de pólvora a la cazoleta y el resto al cañón. Prensar, escupir la bala en la boca del arma, empujar los restos del cartucho y prensarlo todo de nuevo. Tirar suave y constantemente del percutor hasta que chasquee y se sostenga por sí mismo. Ahora, apoyar la culata en el hombro derecho y apuntar. Hay alguien ahí delante que no sabe que estamos aquí. Que ríe despreocupado y al que se le acaba de echar encima el peor día de su vida.

Hacía calor y el sol se colaba deliciosamente entre las ramas altas de los árboles. Paz, sosiego y soldados armados. El relincho desvaído de algún caballo y los mescaleros algo retrasados respecto a la vanguardia española. Retrasados, pero alerta: ningún mescalero se siente seguro en territorio chiricahua.

Las risas y los gritos continuaban. Había personas en el arroyo y, a juzgar por los sonidos que llegaban hasta los oídos de los españoles, no se trataba sino de tres o cuatro niños que se hallaban jugando. Cinco, a lo sumo. Y no, no se habían percatado de la presencia de los visitantes. Lo cual, dicho sea de paso, resultaría fatal para ellos.

Ledesma realizó una señal y Orozco, Carrillo y López se fueron a por los niños. Un galope corto y rápido a través de la hierba y la interrupción de las risas. Os han descubierto. No tienen más que siete u ocho años. Son cuatro, los cuatro varones. Cuerpo flaco, piel cetrina y pelo negro resbalándoles, húmedo, por el rostro.

Sin duda alguna, aquella era la primera vez que veían a hombres de piel blanca. Los observaron y reaccionaron de inmediato. Uno se hallaba con los pies en el arroyo y los otros tres sobre la hierba. Estos últimos fueron los primeros en echar a correr hacia los caballos. Los alcanzaron con cierta facilidad y, aunque los dragones todavía encaramados sobre sus monturas los tuvieron

encañonados durante todo el tiempo, nadie dio la orden de abrir fuego. Dos caballos para tres muchachos: el más alto de los niños, y probablemente el mayor, se lanzó sobre el animal negro; los otros dos hicieron lo mismo sobre el pinto.

Y fue entonces cuando se angustiaron. Nos falta alguien. Nos falta un amigo. Miraron, aterrados, hacia el arroyo y vieron cómo el chico trataba de darles alcance. Nunca lo lograría: tres hombres altos, fornidos e inconcebiblemente vestidos le sujetaban por los antebrazos. El niño se debatía con furia y sus amigos, a lomos de los caballos, le llamaron una sola vez. Una. Observaron la escena y comprendieron. Se es un hombre con siete años. Se es si perteneces al pueblo chiricahua. El niño más alto de todos, el que cabalgaba sobre el caballo de color negro azulado, se agarró a las crines y lo azuzó con violencia. Ahora hemos de irnos. Asumir que uno de los nuestros queda atrás. En manos de un enemigo extraño y poderoso. No contamos más de siete veranos, pero sabemos lo suficiente del mundo como para reconocer la inminencia de la muerte. Y ya está aquí. En los ojos de los hombres de piel clara.

—¡No disparéis! —ordenó Ledesma al tiempo que contemplaba cómo los críos abandonaban el claro a galope tendido y se internaban en el bosque.

Nos quedan diez minutos. Quince, a lo sumo. Hay tres muchachos chiricahuas que cabalgan como llevados por el diablo en dirección a su campamento. Un campamento que no estará demasiado lejos de aquí. Llegarán, relatarán lo sucedido y cincuenta guerreros chiricahuas se nos echarán encima en menos de lo que tardamos en persignarnos.

De forma que actuemos ya.

—¡Traed al chico! —gritó Ledesma mientras desmontaba de su caballo y comenzaba a avanzar hacia el arroyo—. ¡Todo el mundo a tierra! ¡Vosotros también, mescaleros!

El sargento se acercó a sus tres hombres y observó al muchacho. Siete años y si los tenía. Cuerpo de serpiente y mirada de sapo. Sí, es un chiricahua.

—Ya me ha mordido dos veces —protestó Carrillo.

—Pues sujétalo con fuerza —repuso Ledesma, situándose a un palmo del rostro del niño. Sonrió.

—Joder, maldita culebra…

—Vamos, hostias, ¿acaso tres hombres no van a poder con un niño desnudo? Puto hatajo de maricas…

—Pero sargento…

Ledesma se dio media vuelta y, sin prestar atención a las protestas de los soldados, comenzó a caminar despacio sobre la hierba. Los mescaleros habían formado un grupo cerrado en torno a sus jefes y permanecían a la expectativa.

—¡Alegre! —llamó con energía Ledesma. Pero acto seguido se lo pensó mejor y rectificó—: No, Alegre no. ¡Volante! ¡Ven tú, Volante! ¡Tengo un trabajo para ti! ¡Vamos, hombre, que solo es un niño! Ya sé que se trata de un sanguinario chiricahua, pero mis hombres lo tienen bien sujeto. No te morderá, te lo prometo.

Carrillo dijo algo algunos pasos por detrás del sargento, pero fue nuevamente ignorado.

El grupo de apaches se abrió y Volante avanzó con marcha firme hacia el sargento. Cuando se situó a dos pasos de él, se detuvo, aguardó y no miró ni una sola vez en dirección a los tres dragones y al niño que habían prendido.

Vamos a ver si comenzamos a entendernos, Volante.

—Pues mira, resulta que ya hemos llegado —dijo, con fingida despreocupación, Ledesma. Levantó la mirada para contemplar los rayos de sol filtrándose a través de las ramas altas de los árboles—. Caray, no recordaba que esto fuera tan bonito. Observa, Volante, observa… ¿Ves aquellos pájaros? Diablos, hay un hombre en Chihuahua que se dedica a dibujarlos y a ponerles nombre. Parece que trabaja por cuenta del rey. En una ocasión, hará de ello dos o tres años, me encargaron escoltarlo hasta un paraje cuatro leguas al este de El Norte. Un sitio tranquilo, pero donde hacía un calor de mil pares de cojones. Nos estuvimos asando durante una semana entera hasta que el tipo decidió que había terminado de dibujar. Vi los

bosquejos, Volante. Y no me vas a creer, de verdad que no me vas a creer… Pero aquello fue una de las cosas más bellas que este par de ojos ha contemplado en su vida. —Volante le escuchaba y le observaba en silencio—. Te caerías de espaldas si los vieras. Joder, qué pena que no estuvieras allí… Bueno, supongo que la vida de los jefes mescaleros no es demasiado fácil. Todo el santo día de un lado para otro con la banda a cuestas… Consiguiendo algo de caza aquí, robando a los españoles allá…

Los dos hombres se miraron.

Porque nos seguís robando, ¿no es así, Volante? Seguís haciéndolo a pesar de que el coronel os juró sobre la Biblia que jamás os faltaría alimento.

Al grano. Disponemos de cinco minutos. No más. Los chiricahuas aparecerán de un momento a otro y, cuando eso suceda, lo mejor para nosotros será haber puesto tierra de por medio. Cuanta más, mejor.

Ledesma agarró a Volante por el brazo. El sargento sabía que no podía hacerlo, pero igualmente lo hizo. No se toca a un jefe mescalero. Simplemente, no se le toca. Es una grave falta de respeto.

El sargento hizo como que no veía el desagrado en el semblante de Volante y lo empujó hasta el lugar donde el niño chiricahua continuaba debatiéndose entre los tres soldados que lo sujetaban.

En un movimiento rápido, Ledesma desenvainó el sable, lo asió por la hoja y le ofreció la empuñadura a Volante.

—Tómalo —dijo. Por insólito que pareciera, su tono no fue imperativo. Toma mi sable, Volante.

El mescalero hizo lo que Ledesma le pedía.

—Es un buen sable —explicó el sargento—. De los mejores que hay en el presidio. Y muy bien afilado. El maestro armero de El Norte es un cabrón que conoce muy bien su oficio. Muy bien…

Volante levantó el sable frente a él y lo observó con interés.

—Los chiricahuas mataron al hijo de Salazar —dijo Ledesma—. A un español. A uno de los nuestros. Hemos venido hasta aquí para

devolverles el golpe. Y no hay mejor manera de empezar que haciéndolo por el principio. Volante… —El sargento se pasó la mano por la nariz antes de continuar—: Mata al niño.

* * *

El segundo de los rancheros, aquel que disipó toda sospecha, llegó con la tarde a punto de caer. Muñoz y Herrán se habían encerrado en la capitanía y aguardaban a que la cena estuviera lista. Hay carne de buey estofada. Y fríjoles.

Un dragón golpeó con los nudillos en la puerta de la capitanía. Aguardó unos segundos y, sin esperar respuesta, la entreabrió:

—Capitán…

—Adelante.

—Capitán… Coronel… Disculpen que les moleste.

—¿Qué sucede?

—Deberían ver algo.

—¿No puede esperar a mañana?

—Me temo que no, capitán.

Los dos oficiales se pusieron en pie y siguieron al dragón. Muñoz llevaba las espuelas puestas ya que un rato antes había sopesado la posibilidad de salir a dar una vuelta en su caballo. Después, se lo pensó mejor y se encerró en la capitanía para rumiar adecuadamente todo aquello que le rondaba por la cabeza.

—¿De qué se trata? —preguntó Muñoz cuando el dragón les condujo hasta un pequeño grupo de unos diez hombres compuesto por civiles y soldados.

—Ha llegado un colono, coronel.

Muñoz lo vio y sintió un escalofrío en el espinazo. Al tipo le faltaban tres dedos de la mano derecha y tenía multitud de heridas, golpes y arañazos repartidos por todo el cuerpo.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Capitán… —dijo el ranchero, sin reconocer los galones de Muñoz.

—Coronel —aclaró un dragón.

—Coronel… —repitió, aturdido, el hombre.

Muñoz se dio cuenta de que aquel pobre desgraciado temblaba de los pies a la cabeza.

—Vinieron a por mí —explicó.

Lo primero es lo primero. Seguimos, aunque a ratos no lo parezca, en un destacamento militar español.

—¿Nombre?

—¿Qué…?

—¿Que cuál es tu nombre?

—Oh, sí, disculpe, coronel. Estoy un poco… Me llamo Ubao. Luis José Ubao. Produzco ovejas para el presidio.

Muñoz se volvió hacia Herrán y aguardó su asentimiento. Es de los nuestros.

—¿Me quieres contar qué te ha pasado?

—Esos malnacidos… Vinieron y quisieron llevarse una de mis ovejas. ¡Una de las más gordas! Pero yo me interpuse, coronel. Esas ovejas son lo único que tengo en el mundo. Las crío y el capitán me las compra a un precio justo. De ello comemos mi familia y yo desde hace trece años.

Herrán asintió de nuevo.

—Por suerte —continuó Ubao—, y doy gracias a Dios por ello, mi esposa y mi hija pequeña se encontraban lavando la ropa en un recodo del arroyo que no es visible desde el rancho.

—¿Qué pasó, Ubao?

—Llegaron dos indios a caballo. Dos apaches. En un principio pensé que venían en paz y me acerqué para saber qué querían. No tardé en darme cuenta de cuán errado estaba: uno de ellos, el más joven, me lanzó un golpe de machete que me cortó los tres dedos que me faltan en la mano. Y a Dios gracias, porque si no me aparto a tiempo, el muy bastardo me lo clava en mitad de la cabeza.

—¿Piensas que quería matarte?

—Pienso que no le importaba en absoluto matarme.

—¿Y qué sucedió después?

—Mis dos hijos varones les hicieron frente con gran valentía. Cada uno de ellos asió una vara larga y se lanzó contra los apaches. Luego, en cuanto me recompuse, yo mismo les ayudé con un azadón que utilizo para despejar mi acequia. Hijos de puta… Si no es por mis chicos, nos matan a todos, coronel.

Muñoz observó el espanto en el rostro del ranchero. Quizás exagerara un poco, pero, desde luego, no mentía.

—Al final —siguió Ubao—, entre los dos indios lograron hacerse con una de mis ovejas. Ahí se me fueron unos buenos pesos, coronel.

—¿Hacía mucho tiempo que no sufrías robos?

—Mucho, coronel… Yo pensaba que los hurtos eran cosa del pasado.

—Intentaremos compensarte, Ubao.

—Muchas gracias, coronel. Se lo agradezco de corazón. Pero atrape a esos cabrones para que no hagan a otros lo que me hicieron a mí.

Muñoz lo preguntó sin saber muy bien por qué. Ni siquiera necesitaba hacerlo: sabía ya, en el momento de formular la pregunta a Ubao, todo lo que era preciso saber.

—¿Podrías describirlos? —preguntó.

—¿A los indios?

—Sí, a los que te atacaron.

—Bueno, no sabría decirle… Ya sabe que todos son iguales: flacos, más jóvenes que viejos, con el pecho desnudo y esa mirada enfermiza en los ojos… Virgen santa, solo de recordarlo se me eriza el vello…

—¿Algo más, Ubao?

El colono titubeó durante un instante. Después pareció recordar algo importante y aseguró:

—Uno de ellos, el que me atacó con el machete, tenía seis dedos en la mano izquierda. Lo que son las cosas, ¿verdad, coronel?

A él le sobran dedos y ahora a mí me faltan.

Sí. Lo que son las cosas.

12

Filo de sables al calor de una tarde de verano

Vinimos a matar chiricahuas y ahora serán mescaleros los que mueran. ¿No? Sí. Sí, es exactamente eso lo que va a suceder. Gauna lo sabe. Ledesma lo sabe. Los dragones lo saben y tú, si estuvieras aquí, dirías que hasta el último de los mescaleros se hace una idea al respecto. Las cosas no van bien. No van, no… Hay algo en la mirada del teniente que nos lo indica. De pronto, turbia. De pronto, prieta. De pronto, el sonido de lo imperceptible en nuestros oídos: una tarde lenta y calurosa en las increíbles montañas donde nace el río Gila. Territorio salvaje e inexplorado. Hay chiricahuas en alguna parte. Están ahí, sabemos que se aproximan a través de la espesura y que pronto harán acto de presencia.

Con todo, aún resta tiempo. ¿Cuánto dirías? Tres minutos. Cuatro, a lo sumo.

Suficiente. Para lo que vamos a hacer.

Volante no tuvo arrestos para matar al niño. Quizás si le hubieran dado algo más de tiempo, habría hecho de tripas corazón… Pero Ledesma no se lo permitió. Mata al niño. Mátalo ahora y demuestra que eres un soldado auxiliar español. Demuestra tu lealtad, Volante. ¡Hazlo, diablos!

No. Volante no pudo. El gran jefe Volante reconoció algo en la mirada desafiante del niño. Esa mirada del que ha comprendido que va a morir y, sin embargo, no titubea. Tienes siete años y ya encaras

con valentía tu propia muerte. Con arrojo. Con valor. Apache. Volante había matado apaches en el pasado y los mataría ahora mismo si se diera la ocasión propicia. Sin embargo, no de aquella manera. No arrebatándole al enemigo el honor de caer en una contienda justa. Él, el jefe Volante, no mataba niños chiricahuas solo porque un sargento español se lo ordenaba. Simplemente, no estaba dispuesto a hacerlo.

—¡Mata al puto niño! —gritó, salivando, Ledesma—. ¡Mátalo, Volante!

Es la última vez que escuchas la orden. Hazlo o todo cambiará en este preciso instante. Para mal.

Volante, a modo de respuesta, devolvió el sable al sargento.

El sargento lo recogió y lo empuñó. Sostuvo el filo frente a sí y lo miró durante unos segundos. El sol se desparramaba sobre Ledesma. Sobre los hombres y los efectos de sus actos. Hemos venido hasta este lugar. Este lugar que también es España y también se sujeta a sus imperativos. Tenemos a Dios y a la razón de nuestra parte y actuaremos en consecuencia.

Ledesma se giró muy despacio hacia el teniente. Se cruzaron una mirada que nadie supo interpretar y el sargento comprendió que allí terminaba todo. O que allí, si se quiere observar desde otro punto de vista, comenzaba lo verdaderamente relevante en nuestras vidas.

¿Escuchas el suave sonido de los insectos? Hazlo pues, junto al rumor de los sables en el aire, será lo único que escuchemos durante los próximos tres largos e interminables minutos.

* * *

Tres minutos para finalizar el trabajo de un año. Se dice pronto. El coronel Muñoz sintió el silencio. Como si fuera sólido, dentado y se echara sobre él. Hay alimañas en la noche que no podemos ver y de ellas debemos cuidarnos. Pero hay también alimañas que nos atacan

en mitad del día. A pleno sol. Cuando menos lo esperamos. Y a estas, a estas, que a nadie le quepa duda, debemos exterminarlas.

Porque si no lo hacemos, serán ellas las que acaben con nosotros.

Comandante general Croix, con su permiso.

—Capitán —dijo, muy despacio y sin alzar la voz, Muñoz.

La tarde avanzaba con una parsimonia indescriptible. Calor, sí, hace mucho calor. Pero nada explica que todo se detenga hasta casi pararse. Todo: los acontecimientos, las sensaciones, lo que yo espero de ti y lo que tú esperas de mí. Somos parte de un momento que no se nutre de nada, que no avanza, que no progresa. Somos la esencia lenta de la creación.

—A sus órdenes, coronel.

—Capitán… Escuche lo que voy a decirle.

—Sí, coronel.

—¿Recuerda qué motivo me trajo a El Norte?

—Desde luego, coronel. Estamos pacificando mescaleros.

—Exacto. Bien, pues olvídelo.

—¿Coronel?

—Que lo olvide. Estos hijos de puta son lo que son y nada ni nadie conseguirá que cambien.

—Pero el comandante general…

—De Croix me ocuparé yo, capitán. Cuando llegue el momento.

Porque ahora y aquí, capitán, tenemos que encargarnos de otro asunto.

Herrán parecía inusualmente lúcido. ¿De esos tipos que despiertan cuando la realidad te alcanza? De esos mismos. Abre los ojos, Herrán, y comprende qué sucede. Comprende que los mescaleros van a ser expulsados del presidio.

Por las buenas o por las malas.

—¿Qué se propone, coronel?

—¿Cree que podría encaramar a diez o doce dragones a la plataforma? Sin llamar la atención de nadie, quiero decir…

Herrán miró hacia los muros.

—Por supuesto, coronel. No existe dificultad alguna. De hecho, ya hay cinco hombres arriba. Ordenaré que doblen la guardia. Lo haré con discreción y, aunque ellos los vean, no sospecharán nada.

Ellos. Los mescaleros. Los que no son nosotros. Los que tuvieron una posibilidad y la desperdiciaron. ¿Habrá muchos muertos? Habrá tantos como sea necesario. Algo que se ha venido gestando durante semanas en la mente de Muñoz germina por fin. Algo terrible, pero necesario. Algo que describe la verdadera alma de un hombre: haces lo que debes y porque debes.

Nadie aquí espera lo contrario. Nadie en Nueva España lo espera. Nadie.

—En ese caso, hágalo, si es tan amable, capitán.

—A sus órdenes, coronel.

Herrán dio media vuelta para cumplir la instrucción de Muñoz, pero se detuvo. Tenía una pregunta:

—¿Abundante munición?

—Tanta como puedan cargar en una alforja.

—Resultará una escabechina.

—Lo sé.

Nos roban el ganado. Matan a nuestra gente sin motivo. Y lo que es peor: nos mienten miserablemente; nos han mentido miserablemente durante un largo año.

Escabechina.

* * *

El sargento Ledesma, en un gesto rápido y preciso, clavó el filo de su sable en el vientre de Volante. El mescalero puso cara de no creérselo. ¿Pero es verdad que tú, ahora, me matas, español? ¿Por qué? ¿Por qué, sargento, si accedimos a todo lo que nos solicitasteis? ¿Acaso no estamos aquí? ¿Acaso no os acompañamos hasta el Gila para luchar contra los sanguinarios chiricahuas?

Puede. Y puede también que todo haya sido una gran mentira. De hecho, es lo que los españoles creen. ¿Qué? Que es de idiotas confiar en los mescaleros. Que sois los mismos hijos de perra de siempre. Y que, por lo tanto, responderemos a las agresiones como sabemos hacerlo. Con violencia. Sin misericordia. Acabamiento, destrucción y muerte.

Sabemos hacerlo muy bien si nos lo proponemos. Y nos lo estamos proponiendo.

Los dragones que sostenían al niño lo dejaron libre cuando vieron caer a Volante muerto. Necesitaban las manos para llevárselas a los sables. Necesitaban empujar toda la energía de sus existencias a los dedos de la mano derecha. Empuñar el arma y luchar. ¡Luchar porque ahora, de repente, habéis sido declarados enemigos!

Y nosotros, os lo creáis o no, matamos enemigos. ¡Sin piedad!

—¡Teniente! —gritó Ledesma mientras ponía su pie derecho sobre el cadáver de Volante y tiraba con fuerza de su sable para recuperarlo—. ¡Ordene el ataque, teniente!

Gauna no dudó ni por un instante. Probablemente nada de lo que sucedería en los próximos minutos sería del agrado del coronel, pero, qué diantre… El coronel está tranquilamente sentado en la capitanía del presidio cien leguas al sur de este claro en mitad del bosque.

—¡Atención, soldados! —exclamó Gauna, cruzando el brazo frente a sí para tomar su sable—. ¡Matadlos!

* * *

Como había ordenado el coronel, los dragones se encaramaron a la plataforma y cargaron sus mosquetes. Localizaron a Alonso y a su media docena de guerreros y ya no los perdieron de vista. Trapote, Seisdedos y Marinero. Si os movéis, os metemos una bala en la cabeza. De hecho, puede que, de cualquier forma, lo hagamos.

Herrán regresó al lugar donde se hallaba Muñoz. En un lateral de la plaza del presidio. Cerca de los barriles de agua y del abrevadero de los caballos.

—Gracias, capitán.

Por cumplir la orden con tanta presteza. Los hombres están dispuestos. A ninguno de ellos le temblará el pulso, descuide. Son jóvenes, pero responderán como se espera de ellos.

—Capitán…

—Diga, coronel.

—Ha llegado la hora.

—Sí, coronel.

—Vamos.

Los dos oficiales cruzaron la plaza del presidio. Lo hacían sin prisa y en modo alguno parecía que aquel corto viaje fuera el más importante de sus carreras. De sus vidas.

Al otro lado de la plaza, en la sombra y en un lugar donde corría una levísima brisa, Alonso y sus guerreros aguardaban. Se habían percatado de que algo sucedía. Intuían que las cosas podían torcerse para ellos.

No sabían hasta qué término.

—Alonso —dijo el coronel, eliminando conscientemente todo tratamiento protocolario. Nosotros te nombramos gobernador y nosotros mismos te destituimos. El cargo fue una filfa, tarado. Nunca te lo dijimos, pero te consideramos poco menos que un alacrán. ¿Sabes qué hacen los niños del presidio con los alacranes? Cuando atrapan uno, levantan una murallita hecha con palos y piedras. Así, logran que no escape, ¿nos sigues? Después, reúnen trozos de hierba seca, los sitúan con cuidado sobre el pobre bicho y les prenden fuego. Se ensimisman durante diez o quince minutos en la contemplación de la agonía. Acuclillados y en corro. El alacrán se abrasa vivo y, mientras lo hace, trata de clavar su aguijón en un agresor que no halla ni comprende. Que no está aquí a pesar de que está aquí. Que resulta todopoderoso.

Nosotros, al menos, te ahorraremos una amargura cierta. No te quejes.

* * *

Veintiocho guerreros mescaleros y dos jefes contra los diez soldados españoles. Lucha desigual, pero de peores hemos salido. Cubríos las espaldas los unos a los otros y no permitáis que uno de estos hijos de puta os envíe al otro mundo. Vamos a salir todos de aquí, ¿comprendido? Todos. Somos mejores, somos más listos y tenemos razón. Así que luchad con cabeza y larguémonos cuanto antes.

Porque la horda chiricahua se acerca a galope tendido.

Martínez y Grijalva, que habían desenvainado en primer lugar, se lanzaron contra un grupo de unos cinco o seis mescaleros de la banda de Domingo Alegre. No se esperaban la reacción del sargento y esto otorgó a los dragones un instante de desconcierto. Vacilan y nosotros sabemos cómo aprovecharnos de ello.

Lo hicieron. Grijalva lanzó un tajazo por la espalda a un guerrero y le seccionó el espinazo. No lo suficiente para matarlo, pero sí como para amargarle el resto de sus días: quedaría tumbado en el suelo, incapaz de moverse, y allí moriría de hambre y sed. O se lo comerían las alimañas del bosque. O un chiricahua loco lo cortaría en pedacitos y lo utilizaría a modo de ofrenda divina. Siempre hay un dios loco al que presentarle nuestros respetos, ¿verdad? A cientos.

Martínez empujó su sable y, a pesar de que tocó carne, el guerrero al que había herido tuvo tiempo de alcanzar el machete que portaba en su caballo y revolverse contra el dragón. Martínez esquivó un machetazo que venía directamente hacia su cuello. Sorprendido, exclamó:

—¡Bastardo…!

Y recuperó el ánimo para reemprender la lucha. Una lucha que los dragones del Río Grande emprenden en silencio. Hablas o

batallas, pero por Dios que no ambas cosas al mismo tiempo. Estamos a lo que estamos.

El mescalero lanzó un segundo machetazo contra Martínez, pero cometió el error de apresurarse demasiado. Muchachos todavía jóvenes que desbordan valor, pero que no combaten con inteligencia: nunca pases por delante de tu adversario siguiendo el rastro huero de un golpe desafinado. No, porque el hombre al que has querido matar alzará su sable contra ti.

Martínez, qué duda cabe, lo alzó y golpeó rápido y profundo sobre la parte derecha del rostro del guerrero. Seccionó la mitad alta de la frente, desprendió la ceja y separó un gran trozo de carne desde el pómulo hasta el mentón. Dejó, por decirlo rápido, media calavera del tipo al aire. Sí, intenta sujetártela a la desesperada. Con ambas manos, con ambas manos… Deja caer tu machete y ocúpate de recomponer lo que ya no tiene remedio. Estás muerto, coyote.

—¡Cuéllar! ¡León! ¡Orozco! —gritó el sargento—. ¡Abríos hacia la izquierda y atacad por ese flanco! ¡Vamos, deprisa!

Porque los mescaleros comienzan a organizarse. Ya casi todos empuñan un arma y en casi todos ha aflorado la rabia apache. ¿La ves? Está en sus semblantes. En sus miradas. En el modo que nos encaran tras flexionar las piernas y avanzar hacia nosotros.

—¡Orozco! ¡A tu derecha! —avisó Gauna.

Gracias, teniente. El dragón se volvió y, aunque no tuvo tiempo para evitar el impacto de un machete, la cuera resistió y detuvo el filo de piedra. De cualquier forma, convendría que cuidarais un poco más de vuestras armas. Golpeáis con aristas romas y así jamás lograréis vencernos. Os lo dijimos cien veces y nunca nos hicisteis caso: las armas en mal estado no se suplen con una dosis extraordinaria de ardor, coraje y agallas. No, aunque vosotros penséis que sí.

Orozco asía el sable en la mano derecha y su cuchillo de dieciséis dedos en la izquierda. Algo poco ortodoxo que, en condiciones normales, habría supuesto una reprimenda para el

dragón. No obstante, si matas bien y matas rápido, haremos la vista gorda. Y, Dios lo sabe, Orozco mataba a las mil maravillas.

—¿Querías algo, maricón? —preguntó el soldado mientras, en ágil movimiento de abajo hacia arriba, ensartó el esternón del mescalero con su cuchillo.

Pensaba decir algo más, pero se calló, apretó los dientes y se concentró en la cuchillada. No resulta fácil atravesar con limpieza el esternón para alcanzar el corazón de un hombre. Requiere fuerza sostenida y pericia para no atorar el filo del arma. Hay cosas muy duras ahí dentro. Y si al tío al que ensartas es un mescalero, más aún.

Si mano izquierda Muñoz los viera, se caía de espaldas.

* * *

A Muñoz se le había acabado la paciencia. Lo cual, en un hombre que había sido enviado al Río Grande precisamente por su espíritu templado, era mucho decir. Pero todo llega en esta vida. Tarde o temprano llega. Y si el que tienes frente a ti empuja un poco, con más virulencia si cabe.

—Alonso —repitió Muñoz.

Al coronel y al capitán se les había unido una docena de dragones. Armados con el equipo completo: mosquete, sable al cinto, puñal de dieciséis dedos, cuera, sombrero, botas altas y espuelas. ¿Vamos a montar a caballo? No, pero vamos a entrar en batalla. Y ningún dragón combate sin sus espuelas, ¿lo sabías? Pues ahora ya lo sabes.

—Coronel.

Alonso había silabeado la palabra. Coronel. Lo pronuncio y baste este gesto para expresar mi respeto por usted. Me digno, ¿comprende? Me digno a estar aquí, a existir en este trocito de vida frente a usted, a no dar media vuelta y largarme a mis habitaciones. Este presidio es un buen lugar para vivir, coronel. Pero

agradeceríamos que los víveres no fueran tan escasos. Nos obliga a buscarnos el sustento por nuestra cuenta. No se lo tome a mal, pero así están las cosas. Robamos un poco, pero porque tenemos bocas que llenar. Una existencia dura la de los mescaleros.

—Quiero que tomes a tu gente y que abandones el presidio —dijo Muñoz con voz moderada.

—No podemos —respondió Alonso.

Y Muñoz sintió un vértigo desolado. Cansancio, mareos, extrañeza de sí mismo. Había escuchado muchas mentiras. Miles de mentiras. Y las había asimilado con serenidad. Tú me mientes, yo te creo. Tú me robas, yo te mato.

El coronel ladeó levemente su gorda cabeza hacia la izquierda. Crujieron un par de vértebras y la papada se estiró como al que le sobra cuello, pero no lo alza por pereza.

Una docena de mosquetes cargados apuntó a Alonso. Los soldados se los habían echado al hombro y aguardaban la orden de abrir fuego.

Alonso, por primera vez en mucho tiempo, sonrió. ¿Qué es esto? ¿Se ha vuelto usted loco, coronel?

De atar.

—Si alguno se mueve, disparad. Es una orden.

Alonso puso cara de no creerse lo que estaba contemplando. Muñoz daba libertad a sus hombres para abrir fuego contra ellos. ¡Contra ellos!

Los guerreros mescaleros apretaban los dientes tras Alonso. Estaban desarmados y en una situación de clara desventaja. Con sangre apache corriéndoles por las venas, nada que les preocupara en exceso. La situación está controlada. Y si no lo está, podría. Y si no puede… Moriremos.

Encaramos lo que nos sucede de una forma especial que nadie más comprende. Naces apache o no naces. Se trata de eso.

Marinero, entonces, dio un paso al frente para situarse al lado de su jefe. Tres dragones abrieron fuego, derribaron al mescalero y procedieron a cargar mientras sus compañeros les cubrían.

Mira, nos hace gracia que sea Marinero el primero en caer. Ningún apache debería tener un nombre tan absurdo. ¿Marinero? ¿En qué diablos estaba pensando el español que se lo puso? Caray, cuánto nos alegramos de que estés muerto. Oh, por cierto… Ahora que estás bautizado y que ya eres parte del rebaño del Señor, habrá un trozo de infierno para ti. ¿Ya lo ves, Marinero? ¿Ha llegado tu alma hasta allí? Dicen que todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. Te mueres, se desprende lo perenne de ti y acudes al juicio en el que se dirime tu futuro. ¿Algo que alegar, Marinero? ¿Fuiste bueno alguna vez? ¿Demostraste benevolencia con los españoles de los ranchos que, a lo largo de tu vida, atacaste y saqueaste? ¿No? Pues al infierno, cabrón.

Púdrete durante el resto de la eternidad.

* * *

Lograron matar a siete mescaleros antes de que cayera el primer español. León. Que quién lo iba a decir: si alguien es fuerte aquí, ese es León. El soldado perfecto que todo oficial querría siempre a su lado. Disciplinado, corajudo y recio como una roca varada. Y de esos que no hacen preguntas ni se las hacen. Pues a él le tocó. Un guerrero del caído Volante, al que llamaban Andrade, se le echó encima y a traición. Ya, nosotros también lo hacemos con ellos, pero no es lo mismo. Nunca lo es.

Andrade era ágil, perruno, resuelto en las acciones cortas. Un mescalero auténtico. No vio nada más que la axila de León e introdujo por ella su lanza corta. Un golpe mortal que, sin embargo, no tumbó, en primera instancia, a León. Hacen falta más lanzazos. Hace falta más coraje. Hacen falta más mescaleros para tumbar a un hombre de las dimensiones de León.

El dragón sintió la flecha penetrando hasta sus pulmones y notó cómo la sangre entraba en ellos. Algo húmedo en el lugar donde respiras. No sabes mucho acerca de lo que tenemos dentro, pero lo

intuyes. Vaya que si lo haces… León disponía de la suficiente experiencia en el combate como para no hacerse ilusiones. No saldría vivo de aquel claro en el bosque y solo una cosa se encontraba a su alcance: a Andrade se lo llevaba con él.

León dejó caer el sable. Olvidó que llevaba un cuchillo al cinto y abrió sus descomunales brazos. Ven, mescalero. Será el último arrullo también para ti.

La cabeza de Andrade desapareció entre las manazas del dragón. León miraba al apache, pues deseaba, antes de morir, observar la extinción del orgullo indio en aquellos ojos incendiados de cólera. ¿Lo logró? Quizás. Lo auténticamente cierto es que tuvo fuerzas para retorcer el cráneo de Andrade, hacerlo crujir con sonoridad varias veces y encorvar su cuello más allá de lo humano. Chasqueó como cuando levantas el percutor del mosquete. Clic y Andrade cayó inerte. E inerte cayó, también, el gran León.

Ledesma hizo furia de su hombre caído. De un salto, alcanzó su caballo y se encaramó a él. Necesitaba una posición de ventaja para hacer frente a unos mescaleros que les superaban generosamente en número.

—¡A los caballos! —ordenó.

Porque así los mataremos antes. Porque así nos hallaremos prestos para huir en infernal galopada cuando los chiricahuas lleguen.

Y llegan.

* * *

Los españoles que se hallaban en ese momento en el presidio corrieron a ocupar sus puestos. Cuando vives en un destacamento militar, sabes siempre qué has de hacer. Cuál es tu lugar en la contienda y qué aguarda de ti el capitán. Y lo último que deseas, lo último a miles de leguas de distancia de todo lo demás, es defraudarle.

Nadie que merezca ser llamado vecino de esta tierra defrauda al capitán. Ni siquiera los niños más pequeños.

—¿Ves, Alonso? —dijo Muñoz, sosteniéndole la mirada al jefe mescalero. Una mirada dura y salvaje que, sin embargo, no parecía impresionar al coronel. Ventajas de conocernos a fondo. De habernos tratado de manera estrecha. Somos como uña y carne, Alonso. Sabemos que tomas aire a través de los poros de la piel. Sabemos que tus entrañas son oscuras y tu sangre más espesa que la de los españoles. Lo sabemos todo sobre ti—. Es lo que sucede cuando desobedecéis las órdenes.

Solo que, hasta ahora, no os lo habíamos dejado claro. Un error por nuestra parte, desde luego… Pero lo vamos a solventar. Verás como sí.

—Ahora quiero que me obedezcas —añadió Muñoz—. De lo contrario, os sacaremos nosotros.

Dos centenares largos de mujeres, niños y ancianos. Que recojan sus cosas y que comiencen a atravesar la puerta del presidio.

Alonso, que ni se molestó en agachar la mirada para observar al guerrero muerto que yacía a sus pies, comprendió que no le quedaba opción alguna.

—De acuerdo, coronel —dijo—. Haré lo que pide. —No diría Muñoz que el jefe mescalero sonrió. No lo diría porque correría un serio riesgo de equivocarse. Pero vive Dios que le dio la impresión de que sus labios se estiraron ligeramente antes de continuar—: Iremos a Buena Esperanza.

Buena Esperanza es una opción que ha desaparecido para vosotros. Lo hizo cuando matasteis, sin motivo alguno, al chico de Salazar. Aquí, en el Río Grande, nadie mata a nadie. Y si alguien lo hace, somos nosotros. Nunca los mescaleros.

—No —repuso Muñoz. Hombre de rostro bonachón. Rostro de hombre escarmentado.

—A Buena Esperanza…

—He dicho que no. Nadie irá al pueblo apache.

—Pero, coronel…

—El pueblo es nuestro. Las casas son nuestras y todo lo que hay dentro de ellas nos pertenece. Y yo digo que no iréis a Buena Esperanza.

—¿Adónde iremos?

* * *

Ledesma lanzó varios tajazos furiosos contra los caballos de los mescaleros. Debía cortarles toda posibilidad de retirada y aquella era la forma adecuada de hacerlo.

La sangre caliente y espesa de los magníficos animales le empapaba el rostro y la cuera. El sargento, con todo, no titubeó. No podía hacerlo. Logró separarse unos pasos de la contienda y condujo con premura a los caballos. Este es el lugar en el que moriréis. Sois unos animales maravillosos, pero más lo somos nosotros. Y queremos sobrevivir. ¡Morid!

Mató o dejó malheridos a más de quince caballos. Fue entonces cuando Patule el Grande en persona se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se fue hacia él.

—¡Sargento! —gritó, iracundo, Patule. Ledesma, que conocía el carácter normalmente apacible del jefe mescalero, sabía también que lo que él se hallaba haciendo era sin error comprendido por Patule: anulas cualquier posibilidad de salvación para nosotros; incluso si, españoles, logramos venceros en esta batalla atroz.

Ledesma no respondió. Una palabra en su boca es un instante que pierdes. Que pierdes cuando no hay instante alguno que perder. Por ello, mientras Patule se le acercaba, el sargento continuó lanzando tremebundos tajazos contra los caballos. Sostenía las riendas del suyo con la mano izquierda y apretaba las rodillas contra sus flancos para contener el pánico del animal: eh, amigo; esto no te pasará a ti, prometido.

—¡Sargento! —oyó una voz sin acento Ledesma—. ¡Cúbrase!

Era el teniente Gauna, que desde una distancia de unos veinte pasos, advertía a Ledesma de la aproximación de Patule el Grande. Como si no lo viera con sus propios ojos… Pero el sargento continuaba doblando animales. Un trabajo sucio e impropio de un soldado, pero un trabajo necesario. Cada uno de estos caballos ha sido criado, desde el mismo día de su nacimiento, en un rancho español. Son caballos que nos pertenecen y que, estúpidos de nosotros, os entregamos cuando aún os considerábamos amigos. En ranchos españoles, sí. Esos mismos ranchos que vosotros, Dios os maldiga, atacabais a nuestras espaldas.

Nos engañasteis desde el primer día. Todo ha sido un embuste. Un fenomenal embuste. Comida gratis durante un año para todas las bandas de mescaleros. Y al menos otro más si no hubiéramos descubierto vuestro ardid, ¿no es así? El tiempo preciso para recuperaros. Para traer al mundo una nueva generación de mescaleros que pronto convertiríais en turba. Nunca quisisteis ser de los nuestros. Nunca deseasteis algo parecido. El coronel Muñoz lo creyó, pobre diablo…

Lo creyó y ahora tendremos que explicarle cuán equivocado se hallaba. Esperemos que dé crédito a nuestra palabra.

* * *

El coronel Muñoz no necesitaba que nadie le explicara nada. Había alcanzado una determinación y no titubearía ni por un instante.

—Capitán.

—A sus órdenes, coronel.

—Mate al primer cabrón que se mueva sospechosamente.

—Sí, coronel… ¿A qué se refiere con exactitud?

—Mate al primer cabrón que se le ocurra.

Simple. ¿Veis? Instrucciones sencillas, respuestas inmediatas. Alonso caminó hasta el lugar donde se hallaba un grupo de unos veinte ancianos mescaleros y les dijo algo en jerga. Acto seguido, el

jefe enmudeció y los ancianos estiraron el cuello para observar a Muñoz. Algunos masculllaron algo en voz muy baja. Otros apretaron los labios y adoptaron un aire orgulloso.

El coronel y el capitán observaron cómo los mescaleros, muy despacio, comenzaban a moverse. No en dirección a la puerta del presidio, como era de esperar, sino en vacilantes idas y venidas que no les llevaban a ninguna parte. Un juego un tanto absurdo a estas alturas, ¿no? No existe mescalero en el Río Grande que no acabe por desquiciarlo a uno. No existe, de verdad.

Llegaron al presidio con las manos vacías y ahora necesitan medio día para empacar el equipaje. Maldita sea.

—Dejadlo todo —ordenó Muñoz.

Había hablado en voz suficientemente alta como para que los mescaleros, siquiera los que más cerca se hallaban del lugar en el que él se encontraba, le oyeran con nitidez.

Había hablado también para todos los españoles presentes en el presidio: militares y civiles; todos en sus puestos y preparados. No se llevarán nada. Absolutamente nada. Prepárese todo el mundo para actuar a la orden del coronel. Lo nuestro nos pertenece. No vamos a permitir que se vayan con una sonrisa en los labios. No, Alonso. Olvídalo.

—¡Dejadlo todo! —repitió Muñoz, ahora sí a voz en grito. Y al tiempo que lo hacía, dio tres o cuatro pasos, hizo tintinear sus espuelas y agarró a una apache de unos veinticinco años que portaba un bebé al pecho y un hato con vestidos y telas a la espalda —. Esto no te pertenece.

No a ti. Sí a nosotros. ¿Comprendes la diferencia? ¿Te la explicamos? Muñoz propinó un fuerte manotazo al hato de la mujer y lo hizo caer al suelo.

—¡Recoged esto! —ordenó a un grupo de colonos que, expectante, se hallaba a unos quince pasos de él.

Una joven española avanzó con paso seguro y recogió los paños mientras la mujer apache la miraba con furia en los ojos. Muñoz se percató de la mirada y no le gustó. Despreciaban la mano tendida de

los españoles. La mano que les había proporcionado cobijo y alimento durante un año. La mano que quiso convertirlos en personas.

—¡Os vais a largar de aquí! —exclamó, entonces, el coronel. Lo hacía a gritos para que todos, sin excepción, le escucharan—. Todos, ahora mismo y con las manos vacías. ¿Me oyes, Alonso? ¡Fuera del presidio! ¡Fuera de El Norte! Os quiero a veinte leguas de aquí en menos de tres días. De lo contrario, yo mismo encabezaré una columna de castigo. ¡Iremos a por vosotros y os exterminaremos sin miramientos! ¡Uno a uno, niños y ancianos incluidos! ¿Comprendéis lo que digo? ¿Lo comprendéis, malditos desagradecidos?

Muñoz, poco habituado a hablar de aquella forma, había salivado en abundancia. Al advertirlo, se pasó la manga de la casaca por la boca y se secó. Estaba exhausto y, al tiempo, vivificado por la situación a la que se enfrentaba.

—¡Fuera! —gritó tras una breve pausa. Nadie hablaba. Nadie se movía. Todos le miraban.

Hay que poner esto en marcha de nuevo. Si la noche nos cae encima, nuestros planes se verán frustrados.

Quizás haya llegado el momento de matar a otro cabrón. Para ver si así os dais cuenta de que vamos en serio. De que os arrojamos al desierto y de que nada de lo que digáis o hagáis nos convencerá para que cambiemos de opinión.

Muñoz caminó con paso firme hacia la plataforma y levantó la cabeza para dirigirse al dragón armado más próximo.

—¡Soldado! —dijo con firmeza—. Dispara contra el primero que se te ocurra. ¡Hazlo!

* * *

Barrios y Carrillo lograron alcanzar sus caballos y lo que en ellos se hallaba: los mosquetes y la munición.

—No hay mucho tiempo… —dijo Carrillo.

Y tú lo estás desperdiciando mientras hablas. Barrios saltó sobre su montura a través de la grupa y desenfundó presurosamente el mosquete. Introdujo la mano izquierda en la alforja de la munición y extrajo un cartucho. Levantó una sola vez la vista cuando cargaba. Una vez y vio que las cosas no les iban mal del todo. Había por lo menos once guerreros muertos o inmóviles sobre la hierba y, a cambio, ellos solo habían entregado a un dragón. Ahora, Carrillo, que ya se hallaba a lomos de su animal cargando el mosquete, y él desequilibrarían decididamente la batalla. Hacia el lado español.

Y, entonces, vio al jefe Patule enfilando, machete en alto, al sargento Ledesma. Un sargento que ya había derribado a la mayor parte de los caballos que no portaban silla española.

Lo cierto era que Patule no le caía mal del todo a Barrios. De hecho, Patule pertenecía a esa clase de mescaleros que no caen mal. En otras circunstancias, habríamos intercambiado cigarros y nos habríamos tomado unos cuantos tragos de aguardiente. En otras: en estas, Barrios no va a dudar en matarte.

El dragón se llevó la culata del mosquete al hombro, apuntó a la enorme espalda de Patule el Grande y apretó el disparador.

* * *

El dragón se llevó la culata del mosquete al hombro, apuntó al centro del pecho de un anciano mescalero y presionó el disparador. Un viejo muerto. Así nadie pierde nada. Al menos nada importante. ¿Para qué queríais a este viejo? Era una carga para vosotros, tarados. Oh, al parecer el tipo tenía familia entre las bandas… ¿Gente de Patule? ¿De los que han ido junto al teniente Gauna en búsqueda de los chiricahuas? Dios sabrá cómo les está yendo… El caso es que aquí tenemos a un muerto más. Uno sin importancia. Uno que no mostraría resistencia alguna si los dragones decidieran echar a todos los mescaleros a culatazo limpio.

En fin, así es la vida en el Río Grande. Dura, incomprensible. Siempre, mientras podamos evitar lo contrario, cayendo de nuestro lado.

Ahora sí. Las balas funcionan como la mejor de las medicinas. Los mescaleros comenzaron, con paso decidido, a encaminarse hacia la puerta del presidio. Se van. Se van y con las manos vacías.

—¡Soldados! —exclamó el coronel a gritos mientras caminaba hacia el centro de la plaza. El mundo existente, lo único realmente tangible en cien leguas a la redonda: el presidio de El Norte y los ranchos y granjas bajo su protección, escucharían aquella voz única —: ¡Soldados! ¡Fuego contra todo el que muestre resistencia! ¡Contra todo aquel que no lleve las manos desnudas! ¡Contra todo aquel que levante la vista del suelo!

Hubo dos o tres segundos de silencio y, después, se escucharon varias detonaciones. Cuatro, cinco, hasta seis. Los dragones apostados en la plataforma se tomaban la orden del coronel al pie de la letra y abrían fuego. Dispara e incorpórate. Mosquete en posición vertical, mano izquierda a la alforja de la munición, cartucho que se desgarra con los dientes, bala bajo la lengua, pólvora en la cazoleta, pólvora en el cañón, prensar, prensar, prensar, aprestarse para disparar de nuevo y sin titubear.

Dios santo que en el cielo vives…: No veíamos la hora de que llegara este momento. Alabado seas.

* * *

Gauna experimentó un gran alivio cuando vio caer al jefe Patule. El disparo de Barrios había dado en el blanco librando así al sargento de una muerte más que probable. Cuando un hombre como Patule te encara con intención de acabar contigo, puedes empuñar el sable o puedes rezar. De hecho, resulta conveniente que hagas ambas cosas. Aunque ninguna sirva de mucho.

Pero las balas marcan la diferencia. Y solo los españoles las poseen y saben cómo utilizarlas.

Balas. Muchas balas.

El teniente contenía a tres mescaleros de la banda de Alegre en un lugar cercano al borde del claro. Desde donde él se hallaba hasta la posición de los caballos españoles no habría más de cincuenta pasos. Los caballos, los mosquetes, la munición. No lo dudó cuando ordenó:

—¡López! ¡Martínez! ¡Grijalva! ¡Intentad llegar hasta las monturas!

Fácil es decirlo. Estamos a tajazo limpio y resbalando, por momentos, en la hierba. Estas botas de suela lisa son lo peor en lugares como este. Mira tú por dónde, cuándo vamos a enterarnos de ello… Y ahora, ¿a los caballos? ¿Qué tal, teniente, si seguimos batiéndonos como hasta este momento? Resbalamos, a ratos retrocedemos, pero, en resumen, no nos está yendo nada mal. Mire los mescaleros que yacen muertos. Mire los heridos: hay un par de cabrones a los que les teníamos ganas desde hace meses. Los mismos cabrones para los que habrá muerte lenta. Es algo que sucede en el instante inmediatamente anterior a lanzar el tajazo contra el adversario: una extremada lucidez que te permite imaginar el golpe un momento antes de darlo; si rotas y desplazas un poco el recorrido del filo de tu sable, el bastardo que tienes delante se desangrará durante tres o cuatro horas antes de morir.

Algo que duele mucho. Que provoca indecible sufrimiento al que lo experimenta. Que nos encanta hacer al enemigo al que más odiamos.

Y os odiamos mucho a todos, pero más a unos que a otros.

—¡A los caballos! —repitió Gauna, logrando alcanzar en el cuello a uno de sus oponentes: chorro de sangre caliente hacia sus ojos y momentánea pérdida de la visión—. ¡Tomad las armas!

De fuego. Las que hacen ruido y provocan humareda. Las que deslizan la victoria en la batalla hacia nuestro lado. ¿Sabéis por qué las botas de los dragones resbalan en la hierba fresca?

* * *

Por suerte o por desgracia, según se mire, los disparos no se prolongaron durante demasiado tiempo. Manos vacías, piernas raudas y mirada en el suelo. No pedimos más. Y que vayáis largándoos de aquí. Vamos, Alonso. Fuera. Saca a tu gente del presidio. Bien, muy bien, así nos gusta… No, no, nada de encaminarse hacia Buena Esperanza. Ya os hemos dicho que el tiempo del pueblo apache ha pasado. Os queremos en el desierto y muy lejos de aquí. Para que veáis que no somos unos desalmados y que comprendemos que vuestro grupo está esencialmente formado por mujeres, niños y ancianos, os daremos un par de días para que recorráis las leguas que es necesario poner entre vosotros y nosotros. Hay desierto hacia el norte como para perderse durante décadas y no volvernos a ver las caras jamás. Ahí os queremos. Lejos de nuestra casa. Y mucho ojo con tocar uno solo de nuestros ranchos… Si algo así sucede, desencadenaremos un horror que hasta hoy ni habíais imaginado.

Nunca comprendiste qué es España, Alonso. Pensáis en nosotros como en este pequeño refugio en medio de la inmensidad. En caravanas de suministro que llegan desde lugares inciertos situados muy al sur. Y os figuráis que nada, absolutamente nada, trasciende más allá.

Y España no solo no es esto, sino que es todo lo contrario. Ni lo sabéis ni podríais comprenderlo por mucho que os lo explicáramos.

¿Sabes una cosa, Alonso? La única salida que os queda es nuestra mano tendida. Que os quedaba.

* * *

Barrios y Carrillo cubrieron a los dragones que corrían hacia ellos. Un proyectil proveniente del mosquete del segundo pasó tan cerca de López que el soldado no pudo evitar un reproche:

—¡Tu puta madre…! —exclamó.

Carrillo miró a López y a punto estuvo de responder. De decirle que acababa de tumbar a un mescalero que corría a sus espaldas. Tú corres como una mujer por la hierba mientras que los mescaleros lo hacen como una manada de lobos hambrientos. Cazan en grupo y con paso firme. Saben que sois la presa y que la presa se tambalea cuando tiene las botas en un prado. ¿Qué clase de Dios es el que ha puesto prados en nuestro camino? Perdónesenos la irreverencia, pero hay momentos en los que uno esperaría un poco más de ayuda. Menos hierba y más desierto. Más tierra y un terreno apropiado para enfrentarnos a los lobos.

Porque podemos y arrestos no nos faltan. Solo necesitamos ese minúsculo grano de fortuna. Lo buscamos. Y quizás se llame Barrios.

Nepomuceno Barrios. El último hombre en incorporarse a la guarnición de El Norte. El tipo que susurraba en las orejas de los caballos. Dispara como los ángeles. Como los ángeles que al Señor asisten en su guardia cercana. Armados con cien balas bajo la lengua y pólvora ingrávida en torno a ellos. Despliegan unas alas maravillosas que contienen lo esencial del mundo: el aleteo de lo desoladoramente bello, bueno y esencial; la ausencia de misericordia para todo aquello que perturba la santa palabra de quien con mano de hierro nos gobierna.

Amén.

Barrios tenía una bala en el cañón de su mosquete. El mosquete apoyado en el hombro, el ojo izquierdo cerrado. Apuntaba y buscaba el mejor de los disparos. Miró, miró y, entonces, lo vio.

Patule el Grande volvía a estar en pie. Hay tipos para los que no basta una bala. No importa: tenemos más.

* * *

Hubo un conato de rebelión entre los hombres de Alonso que quedaban en el presidio. José Seisdedos, Trapote y algunos más. Pocos. Un par de viejos no demasiado viejos se habían sumado al grupo de hombres. Hay que echar una mano cuando las cosas se ponen difíciles. Fuimos valerosos guerreros antaño y todavía nos hallamos en disposición de asir un machete emplumado. Da la señal, jefe Alonso, y nos lanzaremos contra los españoles. No son tantos, jefe Alonso. Y nosotros no estamos tan viejos como parece. Todavía podemos vencerles. Darles una lección. Dejarles bien claro que este río que ellos llaman Grande nos pertenece desde tiempos inmemoriales. Estáis en tierra apache.

Fue entonces cuando el coronel Muñoz mató por primera vez en su vida. Uno es de buena cuna. Uno ha recibido una educación exquisita. Uno, incluso, ha sido enviado a Europa y ha conocido y disfrutado los placeres más distinguidos. Y ahora, por quién sabe qué ensalmo demoníaco, terminas en un puesto militar muy al norte de Nueva España y te las tienes que ver con una horda de hijos de perra desquiciados y orgullosos. Sudas, sudas continuamente como una mula de carga. Y caes en la cuenta de que hueles a mierda de caballo. De que llevas oliendo así desde hace meses y tú sin saberlo hasta hoy. Maldita sea tu suerte. Y malditos todos los que ahora desfilan frente a ti.

Se trató de un muchacho de unos catorce años. No conviene equivocarse: un mescalero de catorce años podría arrancarte las venas del cuello de un mordisco; beberse tu sangre borboteante; observar, sin ápice de emoción alguna, cómo la vida se te escabulle; hundir sus fauces en tu herida y devorarte.

Antes de que sea él, sé tú. Instrucción elemental que se ofrece a todos los oficiales que por primera vez son enviados a servir a las tierras del salvaje norte. Entre tú y él, tú. Sin vacilaciones.

* * *

Barrios apretó el disparador y la bala salió proyectada del cañón de su mosquete. No había brisa en el claro del bosque y el dragón tuvo que aguardar un par de segundos hasta que la humareda se disipó. Dos segundos es el tiempo que te tomas para situar el arma en posición vertical, para alargar la mano hasta la alforja de la munición, para tomar un nuevo cartucho y llevártelo a la boca.

Rasgaba el borde de papel con los dientes cuando vio que, entre el humo, la figura de Patule brotaba indemne.

—Juraría que le di… —dijo, en voz baja, Barrios.

En ese momento, el jefe mescalero se llevó la mano a su oreja derecha para, acto seguido, extenderla frente a él y observarla ensangrentada. Me has arrancado el lóbulo, maldito español. Por no hablar de la bala que llevo en el hombro. Duele, ¿sabes? Duele demasiado. Y, o mucho me equivoco, fuiste tú quien hizo, también, ese disparo.

—¡Cojones…! —exclamó Barrios mientras veía cómo Patule, decidido, le encaraba.

A Carrillo, que había girado por completo su caballo y que ahora disparaba en sentido contrario, no podía solicitarle ayuda. López, Martínez y Grijalva estaban a punto de alcanzar sus monturas y algo separados de Carrillo y él. El sargento furioso Ledesma dando tajazos a los caballos apaches. Gauna, algo retirado, pero batiéndose duro contra dos de la banda de Alegre. Dos, pues de los tres que tenía no hacía ni veinte segundos, uno se retorcía en el suelo con ambas manos intentando detener el chorro de sangre que le brotaba del costado. Bien por nuestro viejo teniente Gauna. Es bueno que el oficial al mando no solo no dé trabajo adicional, sino que arrime el hombro y ponga de su parte.

¿Y Orozco y Cuéllar? Continuaban en el flanco izquierdo. Muy cerca del cadáver de León. Tenían frente a sí a cuatro o cinco guerreros que protegían a Domingo Alegre. Demasiado gordo para la batalla, Alegre. No deberías comer tanta carne de buey español.

Robado.

* * *

El muchacho abandonaba el presidio en mitad de una larga fila de mescaleros. Despacio, pero sin detenerse. Todos los ojos de todos los españoles allá presentes en ellos. Sobre ellos. En torno a ellos. No se nos escapa ni un pestañeo. Y no porque seamos de proceder obsesivo: es que si os perdemos de vista, no dudaríais en revolveros contra nosotros.

Es lo que, a pesar de todo, hizo el chico. Flaco, cetrino, correoso, inteligente, rápido, descarado: giró su rostro hacia el coronel justo en el preciso instante en el que en el coronel desbordaba un año difícil. Y se acabó todo. Y alguien tuvo que pagar su enojo. La ira, la impotencia y la desesperación.

Malditos salvajes.

Muñoz desenvainó el sable. Con torpeza. De esa forma en la que lo hacen los oficiales que no están acostumbrados a empuñarlo. Se halla al cinto, pero como una parte más del uniforme. Si no fuera porque, de cuando en cuando, el maestro armero lo desenvaina, lo limpia y lo afila, hacía tiempo que no sería otra cosa que herrumbre y ruidos hoscos.

Y, sin embargo, el sonido que brota parece maravilloso a oídos del coronel. Un hierro que se desliza sin trabas por la vaina. Que ve la luz y brilla. Que extingue el cansancio de quien lo porta. Tiene poderes curativos, ¿sabes?

El coronel se limitó a levantarlo frente a sí y a sacudirlo en un tajazo único. Uno, pues no tendría fuerzas ni ánimo para intentarlo de nuevo. Y acertó al crío en mitad del cuello. Al flaco indio que le había mirado con ojos de serpiente. Que pensó torcido y que, por pensar torcido, ahora moría en mitad de la plaza.

—Coronel.

Alonso había hablado. Fue solo una palabra. Coronel. Una palabra que en su boca sonó a reproche. A advertencia, si se quiere.

—Largo de aquí, hijos de perra —gruñó Muñoz, con el sable ensangrentado pegado a su pierna derecha.

También en él había mirada de serpiente.

* * *

Demasiado lento. Demasiado impreciso. Y ellos a punto de llegar a través de la espesura. Están en las sombras. Sabemos que lo están.

Lo cual no nos impide disparar.

López, Martínez y Grijalva saltaron sobre sus caballos y desenfundaron sus mosquetes. Ya había cinco dragones con las armas de fuego en el hombro. Barrios disparando con pericia y abatiendo a todos menos a Patule, al cual ni cien balas lo derribarían. Carrillo, boca negra de pólvora adherida, cubriendo al sargento tajacaballos. Ya no os queda salida. No os queda, mescaleros. Hay muerte o rendición. Quizás, ni siquiera lo segundo.

Y los chiricahuas llegaron. Como mínimo unos cincuenta hombres, de los cuales casi veinte venían a lomos de caballos salvajes y el resto a la carrera. Descalzos en la hierba oscura. Raudos, sigilosos, hábiles a la hora de esquivar las ramas bajas de los árboles.

El niño chiricahua, que había permanecido oculto en las inmediaciones del arroyo durante toda la batalla, dio cuatro o cinco pasos al frente y se mostró ante los suyos. Todavía Barrios trataba de derribar a balazos a Patule.

Todavía el sargento Ledesma tajaba un último animal.

Todavía éramos lo que éramos y no otra cosa: españoles en defensa de lo nuestro. De nuestra razón y de nuestros motivos. De nuestro espíritu y de nuestra conveniencia.

—¡Atención…! —gritó Ledesma. Y su grito se escuchó nítido en el claro del bosque. Atención para todos los aquí presentes:

nosotros, vosotros y ellos.

El teniente aprovechó el último instante antes del instante siguiente para matar a los dos mescaleros que tenía delante. Dos y ninguno más, pues el resto comenzó a retirarse sin perder la cara de los chiricahuas.

¿Y ahora? ¿La emprenderéis con nosotros?

—¡Tened los mosquetes cargados! —ordenó el sargento Ledesma mientras intentaba avanzar hacia el lugar donde sus hombres aguardaban sobre los caballos. Había tanta sangre impregnando la hierba que sus botas de suela plana resbalaban una y otra vez. Los chiricahuas le observaron: un hombre blanco que así camina no puede suponer un peligro para nadie.

Y, sin embargo, porta un arma y se halla empapado en sangre aún fresca.

López, Martínez, Grijalva, Barrios y Carrillo formaron un grupo compacto sobre sus monturas. Muy cerca de ellos, todavía a pie, Orozco y Cuéllar se les acercaban. Junto al sargento y Gauna, se cubrieron las espaldas.

Nueve hombres agotados bajo la transparente luz solar. Cinco a caballo, cuatro a pie. Algunos con la culata del mosquete al hombro y el dedo en el disparador. El resto, filo de sable ensangrentado en la mano.

—Esto no pinta nada bien —dijo López.

—Cierra el pico —contestó Ledesma.

No hablemos. No les hablemos. Aguardemos. Observemos. Recemos lo que sepamos.

* * *

Sobre el conato de rebelión, poco más. Hasta Seisdedos se llegaron tres dragones y le golpearon con rudeza en la cabeza con las culatas de los mosquetes. Tres o cuatro veces hasta que lo derribaron. Y

una docena o más cuando estuvo en el suelo. Sin miramientos. Os tratamos como a perros, pues perros sois. Salvajes. Apaches.

Al desierto con vosotros.

El rostro del coronel se veía cruzado por un reguero de sangre proveniente del muchacho al que había matado de un tajazo. Lo tenía a sus pies y nadie osaba recogerlo. El gran hombre gordo que antaño les había entregado comida y cigarros se había vuelto loco. Ya no era él.

Los españoles, a medida que los mescaleros abandonaban el presidio, fueron concentrándose en mitad de la plaza. En torno al coronel, pero dejando un espacio de respeto entre él y los demás. Lo protegemos con nuestros cuerpos, le mostramos sumisión y damos gracias a Dios por enviárnoslo. Tal y como vosotros deberíais haber hecho hace muchos meses.

La tarde declinaba con parsimonia. Más de la mitad de los mescaleros había atravesado ya el portón del presidio y algunos solicitaban permiso para recoger a los muertos. Permiso concedido. Y llevaos también a Seisdedos. Deberíamos matarlo y evitarnos problemas futuros, pero Alonso necesitará hombres jóvenes ahí fuera. ¿Sabéis qué? No estamos nada seguros de que acabáramos con todos los lipanes. Quizás haya más. Y quizás debáis véroslas con ellos en un futuro no muy lejano.

Os dejamos a Seisdedos, a Trapote y a los demás. Cuidarán de las bandas. O no. A nosotros, la verdad, nos importa bien poco.

Alonso, con gesto taciturno, caminaba al final de la hilera. Pasos cansinos en dirección a la nada. Fue entonces, al pasar frente al coronel Muñoz, cuando se detuvo y habló. Para un nombre que no había dicho gran cosa en los últimos seis meses, aquello suponía un gran esfuerzo. O así lo parecía.

—Coronel —dijo—. Su comportamiento es injusto.

Hablaba en un español casi sin acento. Como si lo hubiera aprendido en la cuna. Qué gran tipo, nuestro jefe Alonso.

—Se acabó todo, Alonso —replicó Muñoz sin suavizar ni su tono ni su mirada.

—Coronel.

—Ni una vez más, ¿de acuerdo? No me nombres ni una vez más, Alonso. Has traicionado la confianza que puse en ti. Todos vosotros lo habéis hecho. El comandante general Croix quiso daros una oportunidad a todos y no reparó, para ello, en medios. ¿Sabes tú cuánto nos ha costado a nosotros mantener a tus bandas durante el último año? ¿Acaso lo sabes? ¿Y sabes qué significa eso para nuestras gentes? Las gentes que día a día se levantan y doblan el espinazo para ganarse el sustento. Esto ha sido un agravio para ellos. Los apaches reciben comida y alojamiento a cambio de nada. Los españoles, sin embargo, tienen que trabajar duro para llenar sus bocas y las de sus familias.

—Queremos la paz, coronel.

—Es tarde, Alonso. Atacasteis nuestros ranchos. Los saqueasteis y matasteis a nuestra gente. No es el camino para la paz.

—Nada así volverá a suceder.

—Volverá a suceder, Alonso. Y lo hará porque sois unos hijos de puta indomables. Lástima que no lo comprendiera a tiempo…

El jefe Alonso sostuvo la mirada a Muñoz. Y por primera vez en mucho tiempo, el coronel no se sintió intimidado. ¿Qué había en los ojos de Alonso? Desvergüenza, lástima y una ilimitada ausencia de pudor. No, ya nadie te cree.

—Esto traerá consecuencias —dijo, tras el breve silencio, el jefe Alonso.

—¿Me amenazas?

No hagas eso con un coronel español. Será el rey de la mano izquierda, pero no por ello conviene amenazarle de forma directa.

—Digo lo que sucede —explicó Alonso.

—Es decir, que me amenazas. Que me adviertes de que si no me pliego a tus exigencias, alguien de los nuestros lo pagará caro. ¿Elegirás un rancho alejado del presidio y lo atacarás en mitad de la noche? ¿Harás eso, Alonso?

El jefe mescalero no respondió. Miró al coronel y al coronel le bastó para comprender.

Hay cosas, cosas que son increíblemente importantes en la historia personal de cada uno, que suceden en un instante. Decisiones que alcanzas por pura intuición y que, además, son las adecuadas. Caminos que no eliges, sino que intuyes. Verdades que contemplas ante ti y que resultan palmarias.

Muñoz jamás en su vida había visto algo tan claro. Hizo una señal a uno de los dragones que se hallaba a su lado. Una señal imperceptible. Inocua a ojos no españoles. ¿Ves? Nosotros también tenemos nuestros pequeños trucos. Y duelen tanto o más que los vuestros. Verás cómo sí.

—Yo no le amenazo, coronel —dijo el jefe Alonso.

El dragón al que Muñoz había dado la señal rodeó al mescalero. Sin apresurarse. Como el que se mueve porque no puede permanecer quieto. Oh, vaya, los pocos guerreros que te quedan se han situado algo lejos de ti. Cuatro o cinco pasos, no demasiado… Suficiente.

—Pero quiero que sepa que es su deber dejarnos entrar en Buena Esperanza —continuó Alonso.

Muñoz le observaba tranquilo. Con la calma del que ha alcanzado una determinación final y ahora solo aguarda.

El dragón se situó a la espalda del jefe mescalero. Fue entonces cuando Muñoz dijo sus últimas palabras:

—Alonso…

—¿Qué, coronel?

—Eh… Nada.

En ese instante, Muñoz miró a su dragón y el dragón actuó. Estiró la mano izquierda y sujetó con fuerza a Alonso por la frente. Será algo rápido, amigo. Estate quieto y todo irá bien.

El soldado extrajo su puñal de dieciséis dedos y lo acercó al cuello expuesto de Alonso. El tajo fue rápido y de oreja a oreja. Sin sonido. Sin respiración. Sin esperanza.

Alonso cayó muerto y su sangre se vertió sobre la tierra del presidio.

* * *

Los mescaleros sobrevivientes se retiraron hacia el arroyo. Continuaban armados, pero todos ellos cuidaban de no parecer hostiles a los chiricahuas. No ahora, pues nuestra desventaja es evidente. Si los mescaleros que se mantienen en pie tras la contienda contra los españoles desean salir de esta, más les vale no contrariar a los apaches de Gila. Porque ahora están en sus manos.

Porque ahora todos nosotros estamos en sus manos.

El niño chiricahua aguardó a que uno de los jefes de su banda le reclamara. Cuando esto sucedió, el crío echó a correr con todas sus fuerzas y se encaramó, de un salto, a la grupa de un caballo de largas crines blancas. El hombre que lo montaba, sin dejar de mirar al frente, pasó una mano por el pecho del niño. Sabías que vendríamos a por ti, ¿verdad? No olvidamos que uno de los nuestros es todos los nuestros. Que tu sangre es la de la nación y que nadie que ose hacerte daño saldrá de este bosque con vida.

El niño dijo algo al hombre y el hombre no respondió.

—No os mováis —dijo Gauna, apretando su espalda contra el flanco del caballo de Martínez.

—Joder, ahora sí que estamos metidos en un lío de verdad… —repuso Grijalva.

—Calla, cojones —gruñó el sargento mientras levantaba su sable y lo mostraba a los chiricahuas—. No vaciléis ni por un instante. Que sepan de lo que somos capaces.

—Los mescaleros huyen…

No exactamente. Domingo Alegre y el cien veces herido Patule se rodeaban de la decena escasa de guerreros que todavía se mantenía con vida. Habían optado por reagruparse, hacerse a un

lado y dejar bien claro a los chiricahuas que ellos no tenían nada que ver con aquello. Por mucho que tuvieran. Y aunque no les creyeran.

Está en el ánimo eterno de los mescaleros: lo intentamos todo y siempre con tal de sobrevivir.

Está en el ánimo de cualquiera, ¿no crees?

—¡Alegre! —exclamó, de pronto, el teniente Gauna—. ¡Capitán Alegre!

El mescalero miró en dirección a los españoles. Una mirada fría y extraña: aquí nadie conoce a nadie; aquí cada cual se las tiene que ver consigo mismo.

—¡Traidor hijo de puta! —gritó Gauna.

El peor capitán de guerra que podríamos haber designado: el que nos traiciona y nos niega; el que no lucha a nuestro lado ni blande armas en nombre de España.

—Olvídelo, teniente —gruñó, por lo bajo, Ledesma. Lo de los mescaleros le reconcome a uno por dentro, pero, en este momento, tenemos problemas más importantes a los que hacer frente.

Los hombres alzaron los sables ensangrentados. Nueve contra el mundo.

—¿Cuántos disparos podríais realizar a esta distancia, López? —preguntó Ledesma. Antes de que ellos, lanzados a la carrera hacia nosotros, nos den alcance.

—Dos, sargento.

Ni uno más. Y no es poco. Dos.

—De acuerdo…

Los chiricahuas se movieron lentamente y situaron sus fuerzas en posición de ataque. Sí, sabemos que lo hacéis. Sabemos qué pensáis y lo conocemos todo acerca de vosotros. Aunque no nos hayamos visto las caras jamás.

Porque sois súbditos del rey de España. Los más lejanos y los más insólitos, pero ante él os postráis con respeto. O deberíais.

Esto es… ¡España!

—Se están desplegando, teniente —indicó Ledesma. Había perdido el sombrero en la batalla y la sangre de los caballos muertos

le cubría de arriba abajo. Como un demonio surgido del abismo que alza su sable frente a lo que se le opone. Lo alza y mira con esa sonrisa peregrina en los labios: está y, al mismo tiempo, no está.

—Lo sé, sargento —repuso Gauna. Y dirigiéndose al resto de los hombres, añadió—: Mantened el grupo cerrado y, pase lo que pase, no descubráis la espalda. Vamos a luchar como un grupo unido.

Como lo que somos. Como lo que siempre hemos sido.

Nosotros: los españoles del Río Grande.

—Cincuenta y tres, teniente —dijo Ledesma tras contarlos.

—Gracias, sargento.

—A sus órdenes, teniente.

La batalla era inminente y las fuerzas desiguales: seis a uno. Complicado, muy complicado… Sin embargo, puede que nuestros mosquetes nos saquen de esta. Barrios es un tirador excelente. Lo mismo que Grijalva. Incluso Martínez puede acertar sus dos disparos. Diablos, sí, disponemos de una oportunidad.

—Atención… —dijo el sargento.

Que nadie pierda pulso. Todos atentos y sin precipitarse. Hacer lo correcto es tan importante como hacerlo en el momento preciso.

¿Qué se siente cuando más de medio centenar de chiricahuas te encara en un claro del bosque? ¿Qué cruje por dentro al comprender que el ataque sobre la hierba es ingrávido y casi imperceptible? Vienen tan deprisa y es tal su coraje que el sonido queda en suspenso. Habrá detonaciones, habrá filos cruzando el aire de la tarde. Habrá quejas, lamentos y heridas que se abren al aire limpio y dulzón.

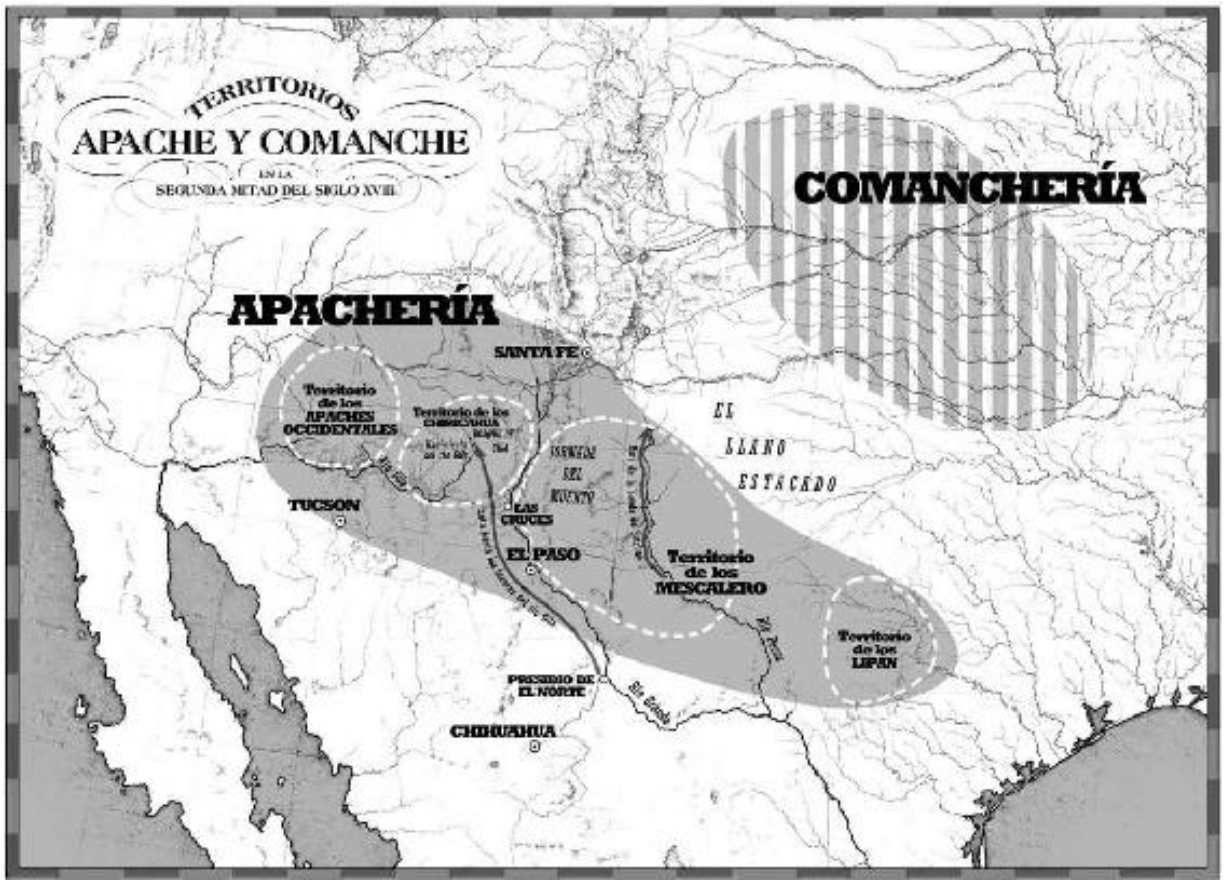
Y fue entonces cuando el sargento cruzó una mirada final con el jefe de los chiricahuas. La mirada de dos hombres que han llegado hasta aquí para matarse. Dos hombres a los que la propia muerte no les asusta. Dos hombres que comprenden que somos parte de algo muy grande y cardinal que apenas acertamos a vislumbrar y entender.

Magnífico enemigo.

El jefe chiricahua sintió la brisa en el pelo y aulló antes de azuzar a su caballo y lanzarse y lanzar a sus guerreros contra los soldados españoles. Acto seguido, el sargento Ledesma le dio réplica:

—¡Yehah!

—¡Fuego!


TERRITORIOS
APACHE Y COMANCHE
EN LA
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII
COMANCHERÍA
APACHERÍA
SANTA FE
Territorio de los APACHES OCCIDENTALES
Territorio de los COMECHINGONES
EL LLANO ESTACADO
TUCSON
LAS CRUCES
EL PASO
Territorio de los MESCALERO
Territorio de los LIPAN
PRESIDIO DE EL NORTE
CHIHUAHUA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Alberto Vázquez Pérez, 2017
© La Esfera de los Libros, S.L., 2017
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): julio de 2017
ISBN: 978-84-9164-094-3 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.